# DEL ESPAÑOL

## GERARDO, Y DESENGAÑO DEL AMOR LASCIVO.

## Primera, y Segunda Parte.

*NVEVAMENTE CORREGIDO, Y ENMENDADO en esta impresion por Don Gonçalo de Cespedes, y Meneses, vezino, y natural de Madrid, su mismo Autor.*

A FRANCISCO DE HORCASITAS, REGIDOR, y Sindico General del Señorio de Vizcaya.



Con licencia. En Madrid, por Ioseph Fernandez de Buendia, Año 1666. *Acosta de Manuel Melendez, Mercader de Libros. Vendese en su casa en la Puerta del Sol.*

# A FRANCISCO DE HORcasitas, Regidor y Sindico General del Señorio de Vizcaya.

QVien reconoce la deuda, està cerca de agradecido, y aun de pagar, y mas si es corto su caudal, que es industria de los que pueden, poco satisfacer deste modo; y si eoy obligado con los continuos beneficios, que de su lieral mano, en la direccion deste Libro conocerà Vm. mi caudal, pues me valgo de lo que no es mio para se agradecido; pero su liberalidad quando haze el aassajo, no mira el retorno con la proporcion, que el ieressado. Bastaua el ser V.m. Vizcayno, para ser Iidalgo en el obrar, como lo es en la sangre; pues sobe lo heredado, ha adquirido con su proceder en esta Crte aplausos de fidedigno. Ojalà las Republicas logaran muchos como V.m. para su consistencia; y en su Patria el muy nobre titulo de Regidor, y Sindico General del Señorio, y Encartaciones de Vizcaya. No quiero dilatarme mas, por no maltratar su cordura, exponiendome al riesgo de perder su fina protec.

teccion, sino que admita esta direccion, no por lo que deuo a su liberalidad, que fuera interessado, si por la omission que he tenido de no auer confessado antes mi obligacion. Dios guarde a Vm.

Su mas obligado Seruidor.

*Manuel Melendez.*

## APROBACION.

POR Comisión, y mandado de los Señores del Consejo, he hecho ver el Libro de Discursos Tragicos, contenido en este memorial; es Libro de ingenio, y escrito en buen lenguaje, no contiene cosa contra la Fè, ni buenas costumbres, puedese dar licencia para imprimirle. En Madrid en 11. de Diziembre de 1614.

*Doctor Gutierre de Cetina.*

---

## APROBACION.

POR mandado de los Señores del Consejo Real, he visto el Libro intitulado Discursos Tragicos exemplares del Español Gerardo, compuestos por Don Gonçalo de Cespedes y Meneses; y en èl no he hallado cosa contra la Fè, & bonos mores. En Santo Tomas Madrid 26. de Diziembre de 1614.

*El Presentado Fr. Tomas Daoiz.*

# LICENCIA.

YO Gabriel de Aresti y Larraçaual, Escriuano de Camara de su Magestad, de los que residen en el Consejo, certifico, que por los Señores dèl se ha dado licencia à Manuel Melendez, Mercader de Libros, para que por vna vez pueda imprimir, y vender vn Libro intitulado Poema Tragico del Español Gerardo, primera, y segunda parte, compuesto por Don Gonçalo de Cespedes y Meneses, que antes de aora ha sido impresso, la qual dicha impresion se ha de hazer por el que và rubricado de mi rubrica, y firmado al fin de mi firma, con que antes que se venda, se trayga al Consejo, con Fè del Corrector, de estar conforme a èl, guardando en la impresion lo dispuesto por las leyes, y Prematicas de estos Reynos, que tratan de la impresion de los Libros. Y para que conste doy esta certificacion. En Madrid à primero de Iunio de 1666.

*Gabriel de Aresti.*



T 45.

# TASSA.

YO Gabriel de Aresti y Larraçaual, Escriuano de Camara del Rey nuestro Señor, de los que residen en su Consejo, certifico, que auiēdose visto por los Señores dèl, vn Libro intitulado, Poema Tragico del Español Gerardo, compuesto por Don Gonçalo de Cespedes, que con licencia de dichos Señores ha sido impresso, tassaron a cinco marauedis cada pliego; y el dicho Libro parece tiene cinquenta y nueue, sin principios, ni tablas, que al dicho respecto monta ducientos y nouenta y cinco marauedis, y al dicho precio, y no mas, mandaron se venda el dicho Libro; y que esta certificacion se ponga al principio de cada vno. Y para que conste doy la presente, en Madrid a 9. dias del mes Setiembre de 1666.

*Gabriel de Aresti.*

# *ERRATAS.*

FOlio 1. pag. 1. column. 1. elampagos, lee relampagos, fol. 115. pag 2. puſalumbre, lee peſadumbre, fol. 147. pag. 1. column. 1. ſoſpechanlo, lee ſoſpechando, fol. 315. column. 1. pag. 1. conocoiendo, lee conociẽdo, fol. 187. pag. 1. column. 1. advertires, lee advertirles.

Eſte Libro intitulado Tragico de Gerardo Eſpañol, con eſtas erratas correſppnde, y eſtà impreſſo conforme al que antes lo eſtaua, que rubricado, le ſirue de original. Madrid 6. de Setiembre de 1666.

*Lic. D. Carlos Murcia de la Llana.*

PRI

# PRIMERO

# DISCVRSO
## DE LOS TRAGICOS
## DE GERARDO.

BRamaua el ayre, y con nublados negros, a trechos, matizaua el celestial color; y entre espessos relampagos, y temerosos truenos, muriendo en los ardientes cuernos del dorado Toro, las Hiadas anunciauan las futuras aguas, y saliendo la nocturna Proserpina de su escura, y tenebrosa cueua, emboçada con su triste manto, apenas del hurtado resplandor hazia alarde, quando entre el sordo retumbar de las hojosas ramas, y tajadas peñas de vna montaña espessa, hirió en las orejas de tres pastores rusticos, vna lastimosa, y penetrable voz, de q̃ quedaron tan confusos, como temerosos, pareciendoles huuiesse salido de las entrañas, y cauernosas partes de la tierra. Suspendieronse algun tanto, por entender, si acaso huuiesse sido antojo de la soledad, ò fantasia del miedo que les ocupaua. Mas boluiendo a oir los lamentables, y profundos ecos, saliendo desta duda, se persuadieron, a que si ya no fuesse temerosa sombra, alguna afligida, y humana criatura se quexaua.

Por puntos se iba acrecentando la espantable voz, y en los pastores el conocimiento de lo que ser podia: y assi vno, que por mas animoso, y fuerte se estimaua, sacando esfuerço de flaqueza, y del çurron quarteado yesca, eslabon, y pedernal, con pequeño trabajo encendió lumbre, y en ella vnas leues, aunque mojadas atochas, por la lluuia, que ya despedian de si las preñadas nubes, diziendo a los compañeros, le siguiessen, apercibiendo sus hondas, y ñudosos cayados, descendieron vna ladera abaxo, guiandose al tino del horrible son, y encendidos hachos, que de hinojos en las manos le seruian; y en breue espacio llegaron, adonde de entre vnas malezas, y intrincada espessura, sintieron salir embuelta, y en medio

dio de congojosos suspiros, la voz, que con tanto temor les traia, el qual aun estando tan vezinos a ella, suspendia su determinacion, hasta que atendiendo con mayor silencio a las tristes quexas, claramente en ellas conocieron ser de algũ miserable hombre, y mas se asseguraron, oyendo entre el amargo llanto, pedir al que le hazia, fauor a los justos, y piadosos cielos: con que pospuesta la cobarde presumpcion, se arrojaron por las incultas matas, y copados arboles, a cuyos robustos troncos, ayudados de las encendidas atochas, vieron reclinado en las marchitas yeruas vn casi difunto, y desmayado jouen, palida la color del rostro, traspillados los dientes, eclipsados los ojos, y que de rato en rato, sus mortales ansias acompañaua con aquellos dolorosos gemidos, que naciendo de tan lastimosa causa, y en tan oportuna noche, no es graue de creer, biziesse el espantoso efecto que he contado.

A gran compassion, y llanto les mouiò el raisero, y desdichado espectaculo, y con piadosas lagrimas lo celebraron. Tenia el herido mancebo, con su sangriento humor, teñidas las menudas, y cercanas yeruas, entre las quales, con las rabiosas ansias que sentia, daua furiosos buelcos; y era tan graue su congoja, que tràs cada suspiro, los que con tierno llanto le mirauan, se persuadian a que era el vltimo, y final de su vida. Y auiendo con muchas razones, y palabras procurado saber su desastrada suerte, no les fue possible, porque la mucha sangre que auia vertido, causaua en èl vn mortal, y notable desacuerdo; y assi reconociendo el poco efecto que por entonces podia conseguirse a su deseo, trataron de remediar, si fuesse possible, sus heridas; y con este piadoso parecer, començaron blandamente a desnudarle, y auiendole desabrochado vn jubon, que de fina tela traia vestido, le hallaron en los pechos dos heridas, que aunque penetrantes, y crueles, no les pareciò guiauan por peligrosa parte; pero bien conocieron, que los maestros de tal obra no auian tenido pequeña determinacion de dexarla de acabar. Lo que entonces les pareciò de cõformidad, y sano acuerdo poner en execucion, fue desgajar de aquellos altos chopos vnas ramas, y vnẽdo, y adereçando vnas con

otras,

otras, lo mejor que les fue posible, formaron vn estalage a manera de andas, en quien queriendo poner el desmayado cuerpo, para poder lleuarle a vna cercana aldea, donde los compassiuos pastores tenian su alvergue, les detuuo vn tropel, y relinchos de cauallo, que muy apriessa se les venia acercando, que como del passado temor aun no estuuiessen libres, poca causa fue bastante a alterarlos, imaginando, que sin duda boluian a rematar la vida del sangriento moço; y sin esperar a mas certificarse de lo que ser podia, oluidando la obra començada, dieron la buelta con turbados, aunq̃ ligeros passos. Mas el mismo efeto q̃ hizo en ellos el estruendo, que del cauallo aueis oido, fue causa de que se espantasse, el que a su conocido dueño no auia hasta aquel punto querido desamparar; porque saliendo de la espesura los que huyendo venian, y con las luzes, que no auian dexado, de tal suerte alborotaron el suelto animal, que qual el mismo viento, atropellando quanto por delante se le ponia, en vn instante le perdieron de vista, dexandoles con premissas bastantes, de que era hombre de valor que entre los arboles quedaua, y dueño de aquel cauallo, con que les naciò mayor deseo de poner en execucion su intento; y assi boluiendo al puesto, sin aguardar a que de su para sismo recordasse, tomaadole en las compuestas ramas, y en sus fornidos ombros, se pusieron en el camino de su aldea.

Desta suerte que digo fueron caminando por la embreñada selua, hasta que auiendo salido, como praticos della, queriendo tomar vna vereda angosta, que de arajo seruia al casi ya vezino lugarcillo, que algun tanto del camino real, y passagero se apartaua, oyeron grandes vozes, çumbidos de hondas, confusos alaridos, ladridos de perros, y estruendo tal, que verdaderamente se les antojò baxaua en armas toda aquella rustica serrania, y moradores della. Mas quiero que antes sepais la causa de tan notable alboroto, que aunque no fue tan congruẽte, como era justo, todavia para gentes tan barbaras, como son las que habitan aquellos montes, fue bastante.

Ya dixe arriba de la forma que los tres pastores, con su medrosa fuga, auian al ligero cauallo alborotado, que por la

aduersa fortuna de su dueño, anduua suelto, y que qual otro Hipogrifo, aunque sin alas, bolaua por entre las malezas del desierto, y cerrado monte. Quiso, pues, la contraria suerte destos piadosos hombres, que recordasse con su acelerado mouimiento el veloz animal, a ciartas guardas, que en custodia tenian todos aquellos cotos, y cerrados bosques, los quales cuydadosos de la caza, y recreos, que a su cargo estauan, no dexaron de ponerse en centinela, pensando otra fuesse la ocasion de su desvelo; y aun no se auian del suelo leuantado, quando boluiendo las cabeças a la parte por donde traian el desangrado cuerpo, viendo venir tantas luzes, y que sin duda el miedo haria, que entonces pareciessen a sus ojos bolcanes encendidos, no reconociendo lo que ser podia, ni menos quié en tal forma, y a semejantes horas caminaua, atonitos, y como fuera de si, no sintiendose con animo para aguardarlos, sin esperarse el vno al otro, arrancaron con subita corrida para la primera aldea, pidiendo socorro, y ayuda; y esto fue con tan excessiuas vozes, y alaridos, que escandalizaron, y pusieron en arma todo el lugarcillo, y aun las vezinas, y cercanas granjas y caserias: y mayor fue, quando entre el fauor, q̃ reclamauan, oyeron apellidar el temido nombre del Rey, y su justicia, que con tales interpuestos no quedò hombre, ni muger, que ya con chuços, lanças, ò espadas, a campana tañida, no salieSSe àzia la parte donde las guardas afirmauan, ponian fuego inmensas gentes a los Reales bosques, y vedados montes, y lleuandoles por espias, en vn momento llegaron bien cerca de adõde los descuidados pastores, poco a poco, en prosecucion de su piadoso oficio caminauan, ya a vezes trocando su fatiga, ya descansando en las peladas, y desnudas peñas; con q̃ dieron lugar, a que antes que llegassen al aldea estas indomitas, y ferozes gẽtes, se huuiessen apercibido, y salidoles al encuentro: que estos alaridos, y algazaras, fueron las que he contado oyeron los seguros pastores al salir del mõte, y cerrada espesura. Mas apenas del villanage, y tropa, fueron vistas las mal formadas luzes, quando como a punteria començaron a desembraçar vna espesa lluuia de terri-

bles,

bles, y peligrosas piedras, haziendo retumbar con sus texidas hondas el hondo valle, y el fragoso risco; con que viendose tan cruelmente salteados los tristes hombres, y que aunque dauan grandes vozes, pidiendoles se detuuiessen, era escusado el poder ser oidos, les conuino dexar la carga, y ponerse en defensa, a tal hora, que ya a las partes del dorado Oriente se diuisaua el Orizonte de la tierra, en el regazo, y cristalinos braços de la purpurea esposa de Titon.

De la humedad de la noche, y frescor de la vezina mañana, se le auian al lastimado mancebo alterado sus heridas, cuyo agudissimo dolor le tenia con mas viuo, y eficaz sentimiento, y con algun acuerdo; y aunque se quexaua, y pedia ayuda, era con flaca, y debil voz, que no pudo en ninguna manera ser oido de los que en la trauada refriega andauan embueltos con los pobres pastores, sin culpa dellos maltratados; los quales viendose solos, y de tantos, sin armas, y defensa, perseguidos, mal de su grado, huuieron de boluerles las espaldas, emboscandose en la fragosa, y vezina montaña, yendo en su alcance toda aquella canalla, y junta de rabiosos villanos, con tantas ganas de matarlos, ò prenderlos, como si los tristes fueran crueles vandoleros, ò Caribes piratas. Llamame el solo, y desgraciado Cauallero, que sin remedio dexamos en la encrucijada, y camino trillado del aldea, que era el verdadero, y Real de la antigua Segouia, que a dos leguas de alli era distante, y assi avrè de suspender hasta su tiempo el successo de los que huyendo pretendian apartarse de aquellos contornos. Quiso, pues, el justo cielo dar socorro a aquel, que con tantas veras, y necessidad se le pedia; y assi no permitiò dilatarle este fauor, embiandosele por medio de vn noble Cauallero, que a esta misma hora atrauessaua desde S. Lorenço el Real, octaua Maravilla de el mundo, a la famosa Ciudad de Segouia, acompañado de algunos criados, y siendole forçoso el passar por el sitio, adonde lamentando estaua su desdicha el afligido, y casi difunto mancebo, no pudo menos, viendo tan lastimoso encuentro, de enternecerse, y su gustar de saber la causa, por parecerle obra de salteadores, lo mas acomo-

modadamente que pudo, le hizo subir en vna mula; y juntamente a las ancas vno de sus criados, que pudiesse irle sustentando; y conociendo por su amortal aspecto la cercana muerte, que le amenazaua, temeroso no se le muriesse entre manos, sin poderlo remediar, apresurò su viage, y con tanto cuydado, que dentro de vna hora todos juntos, llegando a la cumbre del nevado puerto, descubrieron la insigne Ciudad, adornada de soberuios muros, suntuosos chapiteles, espesos bosques, y floridas seluas; y no queriendo detenerse a contemplar el hermoso, y pintado pais, que agradable a la vista se mostraua, en breue espacio entraron dentro della: y luego en la primer posada, que abierta hallaron, al tiempo, que el amante dios de Daphne, con sus lucidas hebras bordaua los altos, y encumbrados edificios. No dilatò en apeandose el noble Cauallero, el tratar de la salud del que debaxo de su amparo venia; y assi con notable diligencia despachò por Medicos, para la del alma, y cuerpo, y en el entretanto, auiendo mandado aderezar vn lecho, èl mismo desnudò al herido moço, y auiendole quitado vna almilla de raso, que por vltima ropa vestia, le hallò pendiente de vna cadena de oro, vn precioso joyel, ò relicario de admirable traza, y hechura, demas de vn rico, y inestimable diamante, que engastado en vn labrado anillo, traia en la mano derecha, con que quedò el buẽ Cauallero demasiadamente confuso, conociendo ser muy ageno de su presumpcion, lo q̃ entre manos tenia, y con los ojos via: porque si como auia imaginado, huuieran sido salteadores los reos de tan crueles heridas, no se compadecia de semejantes hõbres, le dexassen con joyas de tanto valor, y estima; y assi se persuadio, a q̃ al dueño no le faltauan estas partes, y a que assimismo no auian sido ladrones los que a tan mortal estado le auian traido: y estando con estas imaginaciones, casi inuestigando la verdadera causa, entro vno de los criados, que auian ido a llamar los cirujanos, con vno experto, y excelente en su arte, el qual auiendole tomado el pulso, y visto las heridas, conociò dèl, y dellas no ser de muerte: porque de su desfallecimiento, el mayor daño, y ocasion era la mucha sangre que le faltaua; y esta,

esta facilmente con la juuentud, y ardiente edad del no conocido mancebo, podia restaurar, q̃ con los confortatiues remedios, y medicamentos saludables, que el cirujano le aplicò, quedò algo mas aliuiado, aunque por el conocido detrimento, dieron orden de q̃ nadie le hablasse, hasta que del todo recobrasse su entero juizio, sin el qual estuuo casi por todo el siguiente dia, que quando boluiò en si, y se consideró en tan diferente lugar de aquel donde fue herido, no pudo menos de recibir notable admiracion; y aun recorriendo la memoria de sus desdichas, entretenerse, y con lastimosas palabras, boluiendose al noble Cauallero, que nunca de la quadra salia, ni de su cabecera se apartaua, le rogò le dixesse en que parte, ò lugar se hallaua, ò por que orden, ò camino huuiesse sido traido à el. A que el noble Leriano (que assi se llamaua el piadoso Cauallero) le satisfizo con amorosas razones, procurando con ellas diuertirle en su mayor afliccion, y escusarle en la prosecucion de su salud, de otro nueuo cuydado; con que algo mas animado el pobre mancebo, suspendiò su deseo, y dandole primero, como mejor pudo, las deuidas gracias, puso tregoas en el dolor de las recientes heridas, creciendo su consuelo el ver tan mejoradas en su vida las casi ya difuntas esperanças.

Fue enefeto seruido Dios de darsela, guardandole para otros innumerables trabajos, y desventuras; y assi dentro de breues dias supo de Leriano la forma en que dèl auia sido hallado; y assimismo, como era na ilustre del antiguo, y nobilissimo tronco de los Caualleros Perafanes de Ribera, y natural de la Real Seuilla, Babilonia de nuestra España, de adonde auia salido a ciertas pretensiones para la Ciudad de Valladolid, Corte en aquellos tiempos de Felipe III. cuya prosecucion, y viage, solo dilataua, por acudir a su cura, y salud, mas que a algunos deudos, que alli le festejauan; de que el incognito mancebo se hallaua tan agradecido, y obligado, quanto alegre, y contento; y considerando vna tan verdadera, y fiel amistad, dana todos sus trabajos, miserias, heridas, y calamidades, por bien empleadas, pues por su triste ocasion en tan confusos males le auian dado a conocer tan leal amigo.

Aun-

Aunque despues del tiempo que he dicho se leuantaua, no era con tanta seguridad, que se atreuiesse a salir de su aposento, adonde entretenimientos no le faltauan, para poder desechar la melancolia, y tristeza, de que grauemente era algunas horas atormentado: y en vna, que la soledad de Leriano, que a la sazon andaua por la Ciudad, dio motiuo al afligido pensamiento, viendose despeñar en su profundo abismo, queriendo diuertir la triste fantasia, pidiò vn instrumento, y auiendole templado diestramente, por engañar sus males, hizo alarde de sus passados bienes, y con sonora, y acordada voz cantando, dio principio a los siguientes versos.

*Alma, desde oy entregad*
*Al oluido mi memoria,*
*Que esperando la vitoria,*
*Dilarais la libertad:*
*Negad vuestra voluntad*
*Al deseo mas querido,*
*Tantas vezes prometido*
*A mi leal pensamiento,*
*Y por su gran sufrimiento,*
*Dessedo, y no cumplido.*
*Alma, no hagais experiencia*
*De las fuerças del amor,*
*Que las sabe el dolor,*
*Que las cortò a la paciencia:*
*No hagais culpa mi inocencia,*
*Y a la verdad confession,*
*Pues libre dessa prision*
*Podreis dezir que soy mio,*
*Respetando el aluedrio*
*La imagen de la razon.*
*Alma, yo sè que merece*
*La causa de mi cuidado,*
*Que vos la ayais oluidado,*
*Pues dezis, que os aborrece:*
*Y aunque otra cosa apetece*
*Mi propia naturaleza,*
*Teneis vos alma, vna alteza*
*Mayor, que vuestro apetito,*
*Como caracter escrito*
*Debaxo desta corteza.*
*Alma, començà a llorar,*
*Si acabais el padecer,*
*Porque aueis de aborrecer*
*Lo que quereis desear;*
*Determinaos a oluidar*
*Con industria, y artificio,*
*Que à las vezes vence al vicio*
*El arte, y no la razon,*
*Porque la misma passion*
*No la dexa hazer su oficio.*
*Alma, refrena el rigor*
*De mi estrella, y nacimiento,*
*Sino ha sido encantamento,*
*Tirano dueño, tu amor:*
*Vos que sois mi bien mayor,*
*Y teneis eternos años,*
*Para males tan estraños*
*No deis licencia à mi gusto,*
*Que la que dais al disgusto,*
*La quitais de mis engaños.*

*Alma,*

*Alma, Clarinda, y tormentos,*
*Que todos estais mezclados,*
*Ya de escucharme cansados,*
*Ya de matarme contentos:*
*Ya he dicho mis sentimientos,*
*Ya he prometido oluidar,*
*Lo mas està en començar,*
*Dezid alma, olaidarè?*
*Si, que perdida la fè,*
*Tambien se oluida el amar.*

En tanto que cantaua esta cancion, llegò Leriano, y no queriendo interrumpirle, se detuuo, hasta que en los ardientes suspiros, con q̃ diò fin a su canto, conociò auia hecho en èl la musica su efeto acostumbrado, entristeciendole; y assi entrò, adonde encima de su lecho recostado, le hallò, que estaua distilando desus ojos dos abũdantes fuentes de tiernas lagrimas: y fuele escusado, aunque lo pretendiò, encubrirla. Do entrar à su caro amigo, cõ los braços abiertos se vino para èl, diziẽdole: No es justo, señor caualler o, que à quiẽ sin conoceros, como yo, ha mostrado tanta voluntad de seruiros, querais encubrir la causa de vuestro sentimiẽto, que de las demõstraciones, q̃ assi aora, como en otras ocasiones os heuis to hazer, colijo es grande la que os obliga; y si hasta la ocasion presente no os he pedido cõ encarecimiento la razon de esto, no ha sido otra, q̃ temer, trayẽdoos à la memoria casos tan lastimosos, dañar con algũ accidente vuestra salud: y pues en ella estais oy tan adelante, no podreis escusaros de sacarme desta duda, diziendome, quien, y de q̃ tierra sois, que os prometo de arriesgar, siẽdo necessario por vos, y vuestra vengança, honra, vida, haziẽda, patria, y reputacion. Bien satisfecho viuo, replicò el encubierto moço, ò buen amigo Leriano, del amor, y verdadera aficion con que me trarais, y ofreceis vuestras fuerças, y noble pecho, el qual solo os ha mouido à amparar mi vida, restaurandola, y dandome el ser q̃ tẽgo, pues cõ justa causa, despues de à vos la deuo; y aunque desdichas sea tã peno a, y s el acordarme dellas, todav a por lo que os deuo, y porq̃ entendais lo mucho que deseo hazer vuestro gusto, aun que buelua a renouar llagas viejas, y antiguas heridas, satisfarè a vuestra volũtad, dãdoos estrec a cuenta de mis encubiertos pensamientos, y primeros empleos, como manantiales delos presentes naufragios.

No

No sabrè encarecer lo mucho que Leriano agradeciò la determinacion de su amigo, como cosa que tan deseada tenia; y assi noviendo la hora de que començasse su prometida historia, mandò a los criados les dexassen solos, y dandole atencion, con alegre rostro oyò, que assi dezia.

Mi nombre, ilustre amigo, es Gerardo, la insigne, y famosa Villa de Madrid, dignissimo aposento, y morada de nuestros Catolicos Monarcas, es mi amada patria, comun, y general madre de diuersas gentes, y remotas Naciones. Entre sus mas leuantadas murallas, y adonde con mas verdaderas señales se ven las de su antigua fortaleza, estàn las casas de mis padres, adornadas tanto de su nobleza dellos, quãto de su antiguo solar: aqui nacì, y vn Martes, cuyo prouerbio desgraciado, puedo dezir no ha salido à ninguno mas verdadero, que à mi; pues hasta en el ser segundo, fue cõtraria la infeliz estrella de mi nacimiento.

Aunque no salia fuera de mi proposito, no quiero alargarme en cõtaros los tiernos exercicios de mi infancia, hasta los quinze años, que cumplidos me fue forçoso, segun la voluntad de mis padres, saliendo en su compañia para vno de los mejores Gouiernos de Castilla, de que su Magestad le auia hecho merced. Iba juntamente con nosotros Leoncio, mi mayor hermano, mancebo de notable valor, y mayores esperanças, y todos con general cõtento, por lleuarle nuestros padres. Fue el viaje breue, y assi en pocos dias llegamos al fin dèl, adonde fuimos recibidos, como en semejantes ocasiones se suele acostumbrar. Tomò mi padre la possessiõ desu gouierno, y con grande satisfacion fue prosiguiendo en èl.

Es esta ilustre Ciudad la antigua Talbora, vna de las mas nobles, insignes, y populosas del Reyno de Toledo, cuyo assiento bañando fertilizan las cristalinas aguas del celebre, y dorado Tajo; causa para ser de las mas amenas, alegres, abundantes, y deleitosas de su famosa margen, y ribera: la gẽte della apacible, agradable, y cortesana, y en particular la noble, que es mucha, lucidissima y de las mas calificadas casas de nuestra España: partes todas dignissimas de vna tan antigua,

gua, y grandiosa poblaciõ. Hallome aqui tan bien, como en mi propio natural, y con amigos de mi edad, y condicion, siẽdo nuestro particular entretenimiẽto, cauallos, toros, mascaras, sortijas, y torneos, y otros passatiempos, con quien alegrando la gente, nosotros nos haziamos praticos, y diestros. Otros dias gastauamos en la caça, campo, y monteria, que de qualquier genero en esta materia es bien abundante aquel terreno. Estos, y otros semejantes exercicios erã mis gustos, mis contentos, y deleites, sin que a los de amor, y à sus ardientes, y nociuas llamas huuiesse entregado en ningun tiempo mi coraçon: de lo qual me hallaua tan alegre, como libre, y tan satisfecho, como embidiado de mis amigos; mas durò poco el poder jactarme desta embidia, y menos del alegria, y libertad, que hasta entõces gozaua. Como me faltò, como de libre me hize suge to, como de alegre melancolico, y como de dichoso desgraciado; mas presto, ò buẽ Leriano, sabreis esta no pensada mudãça de lo que mi alma quisiera. Entre estas fiestas, y regozijos, llegaron las principales, y de obligacion, por particular voto de aquel Ayuntamiento, en honor de las dichosas bodas de la Virgen, y su excelẽte esposo Ioseph: son celebradas en toda Castilla, y por su antiguedad famosas, y mas por la aduocacion milagrosa, que tienen: à estas acuden innumerables gentes, y gran concurso de caualleros, y damas, assi de la Corte, y Ciudad de Auila, como de la Imperial Toledo, y otras diuersas partes de su Reyno. Amaneciò, pues, el deseado dia, siendo de Abril los viente y seis, pardo, y cubierto de espesas nubes, natural tiempo en aquella tierra: si ya no fue conocer el rubio Apolo la poca falta que sus rayos harian en semejante ocasion, adonde tantos, y tan hermosos soles se mostraron. Salieron de librea treinta y dos Caualleros, y siendo yo vno dellos, fuy tercero à mi padre, y hermano Leoncio. Diose principio à las fiestas de toros, y con vn muy bien ordenado juego de cañas se concluyeron, con general aplauso, contento, y regozijo de todos los que las mirauan, por no auer en ellas sucedido desgracia alguna, sino es la mia, que segun el es-

tado à que me ha reducido, fue la mayor que pudo venirme.

Auian reparado à la primera entrada de la plaça mis descuidados ojos en vn balcon de damas forasteras, tanto por la nouedad del serlo, quanto por el hermoso teatro, que representauan à la vista: y assi quise despues con otros caualleros amigos boluer à gozar de su belleza; y poco à poco nos fuimos acercãdo adõde estauan, dandoles mas buel tas, y passeos, que à vezes suele dar la imaginacion de vn preso en tristes soledades, y cauernas. Y me parece, que hasta oy nos estuuieramos en el mismo proposito, si ellas, viendo concluida la fiesta, no se fueran leuantando, para descender à vn coche, q̃ las aguardaua. Aqui fue el dar en el suelo mi edificio, y en este instante començò el incendio, y total ruina de mi abrasada Troya.

Auia estado encubierta hasta la presente ocasiõ, entre las damas de su compañia, vna de tan rara, y peregrina belleza, adornada de vn tierno, y juuenil sujeto, que casi de improuiso nos dexò à todos suspẽsos, y admirados. Pareciome, como poco acostũbradò à semejãtes golpes, me auia cõ el de su hermosa vista rasgado, y hecho partes mi tiernocoraçon: q̃ bien entiẽdo, si se aduirtiera en su efeto, qualquiera echara de ver el mal de que estaua herido: tan poderosa y penetrãte fue la soberana fuerça de sus ojos. Llegose al leuãtar, tã cerca de la reja, que me huue de auenturar, viendo sus blancas manos puestas en el antepecho del balcon, à dezir al tema hermoso, que me ofreciò su vista en tã peregrino assiento, ya en parte ponderando la firmeza del bronze duro, à quiẽ estaua asida, y ya a la nieue, y mas fil, q̃ en èl estaua incorporado, muchas de las amorosas razones, q̃ mis nueuos deseos, y voluntad supierõ entonces formar, y preuenir; si bien la respuesta q̃ tuue, fue remitirme cõ agradable silencio, a vna graciosa risa, y cortesia, à la que todos le auiamos hecho, con q̃ siguiò su cõpañia. Al entrar del coche, à pesar suyo, y de mis compañeros me apeè, y le tuue el estriuo, aunq̃ no lo cõsintiò ella, ni otra dama, q̃ despues supe era su tia; aparteme, y entraronse; hizeles vn breue ofrecimiẽto, que no fue poco agradecido-

Pre-

Preguntèles de adonde eran, dixeronme q̃ de Auila; y aun si no temiera el ser notado, no dexara entõces de saber su posada, y el limite, y fin de su viage. No acertaua a despedirme, segun aquel me tenia suspenso: pero en efeto, viendo q̃ no podia ser menos, lo hize. Fueronse, dexandome tan desacordado, que aun no tuue memoria del caualio, ni aun de que mis amigos me aguardauan. Subi, y juntamente mandè à vn criado viesse adonde paraua aquel coche, y procurasse informarse con certeza, de quien era la gẽte que en èl iba. Y auiendo hecho esto, mientras la noche se acercaua, nos fuimos a dar vn passeo por la alegre, y regozijada Ciudad, aunque el desassossiego con que el nueuo cuidado me trataua, no dio lugar a que seguir pudiesse la agradable cõpañia de mis amigos, de quien (diziẽdo me sentia indispuesto) me despedi. Quando llegue à mi posada, era ya de noche, y assi desnudãdome, y tomando habito conueniente, escusando mayores dilaciones, me sali a la calle, y conmigo Sanabria, q̃ assi se llamaua el criado à quien hize legua de mi deseo, al qual le pregunte me dixesse la casa de mi querida forastera, y lo q̃ de sus partes se auia informado: y supe dèl, posauã en casa de vn caualiero de los mas poderosos de la Ciudad; y assimismo, q̃ el dueño q̃ para mi alma auia escogido, era sobrina suya, como tambiẽ lo era de aquella dama, q̃ en el coche la acompañaua, y q̃ iban a Guadalupe a hazer vna nouena en aquella diuina, y milagrosa casa, cuyo viage seria dẽtro de dos dias. Y con esto, pareciendome bastante relacion para lo q̃ yo pretendia, quise ir a dar vna buelta por su calle, pareciendome recibirian mis ojos algun consuelo, viẽdo las paredes que ocultauan el Sol, de donde procedia su luz; mas atajòme vno de mis mayores amigos, que cuidadoso de mi indisposicio, venia a verme: conocimonos, y como si en largos tiẽpos huuieramos carecido de tal vista, nos abrazamos; porq̃ el singular amor, y amistad q̃ nos teniamos, pedia aun mayores estremos; tã poderosa suele a vezes ser esta eficaz simpatia de estrellas, q̃ otros llaman cõfrontacion de sangres. Admirose de verme tan ageno de su pẽsamiẽto, y como no solia recatarle las menos aduer-

tidas imaginaciones, tampoco quise encubrirle la indisposició que dèl me auia apartado. En el alma se holgò D. Fernando (q̃ assi se llama este amigo leal, y verdadero) de q̃ mi achaque no fuesse otro del q̃ le auia cõtado: aunque procurò cõ razones, q̃ haziã fiel demonstracion de su voluntad, diuertir mi deseo, y pretension, entendiendo por lo que le auia dicho, quan de camino estauã estas damas, y el poco remedio que por esta razon podia conseguirse en mi amor. Mas con todo, hallandome tan arraigado en mi proposito, le conuino seguirle, y assi nos fuimos solos a la calle, y casa donde Sanabria me auia informado; y llegando debaxo de las ventanas de ella, conoci en vna de las mas baxas, al norte de mi guia, dando mas luz sus ojos, q̃ los rayos de la hermosa Cinthia, que ya entõces se iba mostrando en el silencio de la noche escura. Estauan hablãdo ella, y otra dama de gentil, y bizarro talle, y no mayor edad, la qual luego fue conocida por D. Fernando; y assi me dixo se llamaua Doña Francisca, vnica hija de Segundo Otauio, dueño de aquellas casas, cuya calidad ya os tengo referida. Bien quisiera yo al punto llegarme a las ventanas, y hablarlas; mas a Don Fernando le pareciò no espantar con nuestra impensada venida la hermosa caça, y con este pensamiento nos fuimos acercando poco a poco, adonde mas claramente podiã ser de nosotros vistas, por la comodidad de la Luna, que quando reconocieron auiamos hecho alto, dexando su conuersacion, quisierõ retirarse, y como dizen, darnos vn ventanazo, si Don Fernando, como mas libre, llegandose a las rejas, no las suspendiera, diziẽdo: No ha de ser parte nuestro atreuimiento, teniendo tan conocida disculpa, como es la vista de vuestra hermosura, para que interrumpais la agradable platica; q̃ si ya no se admite tal escusa, podeis, como en criados de vuestra casa, disponer el castigo. No poco turbada respõdio en baxa voz Doña Frãcisca, diziendo: Quãdo nos fuera licito hazer aqui mayor assistencia, nunca de vuestro atreuimiento formaramos grãdes quexas; y mas auiendo con tan humilde cortesia satisfechonos; mas solo el hazerse tarde nos fuerça a mudar sitio. Cõ todo esso, repliquè yo, haziendo

do

do en tal ocasion ausencia deste puesto, es fuerça que nos dexeis dudosos en vuestra indignacion, cosa que estimarè por mayor desdicha, que la muerte. A todo este callaua mi diuina, y hermosa forastera, y boluiendome a ella, prosegui, diziendo: Suplicoos, dueño mio, no seais del rigurosso parecer de aquesta dama, pues con tanta breuedad nos ha de dexar vuestra hermosura, haziendo larga ausencia desta tierra. Acaso, respondiò mi dama con vn graciosissimo desden, conoceisme? ò como sabeis q̃ ha de ser mi partida tan breue? Estaua Doña Francisca preguntando a Don Fernando (q̃ ya le auia conocido) quien yo era; y assi tuue ocasiõ de hablar, aun cõ mayor claridad, diziendola: Si como està esculpida la effigie peregrina de esse rostro en mi alma, estuuiera su dueño en vuestra memoria, bien creo, que no con tanta facilidad hunierades oluidado a quien esta tarde besandoos las manos, rindiò en ellas su coraçon, y libertad. No os entiendo, me boluiò a replicar, ni menos a las razones que me aueis dicho sabrè dar verdadero sentido, aunq̃ si và a dezir verdad, desde q̃ aqui llegasteis he querido reconocer vuestra presencia; mas es el habito de aora tan diferente de la librea desta tarde, que no pienso se me puede atribuir por esta causa nombre de desconocida. No quise alargar sin sustancia nuestra platica; y assi en lo que mas hazia a mi proposito, la dixe: Quando ha de ser vuestra triste partida, ò por mejor dezir, mi temprana muerte? y esto cõ tanta congoja, y desmayada voz de pensarlo, que conociendo mi dama el sentimiento con que auia hablado, me respondiò con algun genero de cuydado, aunque riendose: Casi estoy por dezir, que os pesa de que me vaya de vuestra Ciudad, sino es que lisongeramẽte quereis darme a entender vuestro disgusto. No estoy en parte, dulce señora mia, repliquè, ni la breuedad del tiempo da lugar a encareceros el sentimiento justo de mi dolor, que es de tal calidad el que me aflige, pensando en vuestra ausencia, que entiendo, sino sigo contra la voluntad de mis padres vuestras pisadas, el ser de mi propio desesperado homicida, vendrà a ser el vltimo remedio, tomando del veneno que me abrasa, y consume, por antidoto la volun

taria muerte. Mucho encareceis vuestra enfermedad, dixo mi dama (casi dandome a entéder la lisonjeaua) porq̃ si es tal como vuestro sentimiẽto significa, mi ciencia es corta, y mis fuerças menores para la aplicacion de vn breue remedio, aunque yo sospecho, que como enfermasteis breue, sanareis con mas facilidad; porque es cõdicion de los hombres dificultar con nosotras lo muy posible, y facilitar para su gusto mõtañas de mayores inconuenientes, apead el punto del dificãte, si quereis que me concierte cõ vuestro parecer; si bien porque entendais, que no en todo pretendo contradezirle, ni que se me atribuya nombre de ingrata a la voluntad que me mostrais, sabed, que despues de mañana me parto a Guadalupe, y entiẽdo, que la buelta serà por aqui; y aora, y entonces, si en alguna cosa os pudiere seruir, creedme, y mandadme, vereis si soy agradecida, ò si echo en olui do vuestras razones, aunque sean lisonjas. Aqui llegaua nuestra conuersacion, quando auiendolas auisado de adẽtro, les conuino pararse: y llamandome en esta sazon Doña Francisca, despues de algunas breues cortesias, me dixo: Don Fernãdo me ha informado, teneis en vuestro seruicio vn excelente musico, hele encarecido a mi señora Doña Clara las diuinas vozes de nuestra patria; assi os suplico, que a ella satisfagais el deseo que tiene de oirlas, y à mi me saqueis verdadera, q̃ a esta hora, y en este mismo puesto aguardaremos el efeto de mi demanda. Quisiera oyendo esto, cõ el mayor agradecimiento de mi alma, besarla las manos por el fauor que me hazia, mas no me fue posible, por la mucha breuedad de su despedida; y assi, quedando sin mi luz, como en tinieblas, huue de dar la buelta, dexando D. Fernando, y yo la calle, de quien auiẽdo aplaçado para la futura mañana nuestra vista, me despedi alegre, y contento, por auer hablado a quien mi coraçon, y alma tãto deseaua. Todo lo restante de la noche se me passò cõ mil diuersas trazas, acuerdos, è imaginaciones, todas procedidas de la dificultosa empressa, q̃ acometia, hasta que poniẽdo treguas la clara Aurora en mis confusos pensamientos, pude salir de su laberinto, y de mi posada, y auiendome informado

mado de la Iglesia adonde mi dama auia de ir à los Diuinos oficios, me hallè presente a ellos con mi amigo Don Fernando, recibiendo de mi dueño, en quanto pudo dar lugar su recatada, y amorosa vista, ricos, y inestimables fauores. En esto entretuue la mañana, y la tarde en passear su calle, hasta la siguiente noche, que siẽdo ho-

*SI como el Sol en el mar*
*Descansan tus ojos bellos,*
*Cansada de ver por ellos*
*Vn hombre muerto penar.*
*Fuerça me serà señora,*
*Para boluer à viuir,*
*Esperar, que en su dormir*
*Tonga treguas el Aurora.*
*Serè, pues te satisface,*
*De tus soles flor del Sol,*
*Que al deshazer su arrebol*
*Muere, y al nacer renace.*
*Aunque esta verdad en mi*
*Ayer la pudiste ver,*
*Pues viendole tuue ser,*
*Y al partirte le perdi.*
*Desuerte, que ya en tu mano*
*Està mi muerte, ò mi vida:*
*Mas como serà homicida,*
*Quien es Angel soberano?*
*Porque si por justa ley*
*La vida se le assegura*

Desde que el diestro musico dio principio à su canto, se abrieron las ventanas donde la ra acomodada, con mi caro amigo, y en nuestra compañia el musico, nos fuimos acercando à la calle de Doña Clara, y auiẽdola hallado en profundo silencio, puestos en el sitio de la noche passada, al son de vna bien concertada, y sonora viguela, començò a cantar estas coplas Castellanas, de que yo le auia preuenido.

*Al preso, que por ventura*
*Vio la cara de su Rey.*
*Con mas razon tu belleza*
*La vida assegura en mi,*
*Pues que mirar mereci*
*Su magestad, y grandeza.*
*Que como al Sol sus despojos*
*Prueba el Aguila, mi amor,*
*En tu claro resplandor*
*Me ha acrisolado los ojos.*
*Tanto que a seguirme inclina*
*Amor tu dichosa estrella,*
*Sin temores de perdella,*
*Por soberana, y diuina.*
*Assi, que aunque agora encubra*
*Tu norte su luz hermosa,*
*Mi piedra imàn amorosa*
*Podrà ser que la descubra.*
*Que belleza, y calidad,*
*Nunca pagan con rigor:*
*Y al fin pagaràs mi amor*
*Con otra igual voluntad.*

passada noche estuuimos: pero ninguna persona se puso a ellas, cosa que nos tuuo bien

confusos por ignorar quien de adẽtro dificultaua la salida de mi dama, y su prima: mas sin desatar esta duda, fue prosiguiendose nuestro intento en el Soneto siguiente.

*Agora esteis, ò fixas, ora errantes,*
*O en la tabla del cielo como nudos,*
*Siruiendo de clarissimos escudos*
*A los Planetas dioses rozagantes,*
*Las que inclinais amigas, y constantes*
*A enamorar los pensamientos rudos,*
*Oid conceptos simples, y desnudos,*
*Del exemplo mayor de los amantes,*
*Y tu, mas que templada noche fria,*
*Que ausente de su luz el Sol esperas,*
*Con que serena duermes hasta el dia;*
*Si como yo (ò triste noche) fueras,*
*Y tu dolor como el ausencia mia,*
*Mas lagrimas que sueños repartieras.*

Acabose con tal dulces cadencias este Soneto, q̃ su armonia, y musica nos tuuo vn breue espacio suspendidos, en el qual assomandose doña Frãcisca, y su prima à la ventana, nos mandaron llegar, diziendo doña Francisca: Desde el punto q̃ parastes en el puesto, hemos estado doña Clara, y yo oyendo la diuina voz de esse criado, y teniendo cõ nuestra salida interrumpirla, la hemos dilatado. Respõdiola D. Fernando, y auiendola besado las manos, me bolui a mi dama, preguntãdole lo que la suaue armonia del musico le auia parecido, à que congracioso semblante me respõdio: muy bien, aunque en declarar la passiõ de su dueño hã alargadose à mas de lo que por acà se pretende. Y acaso dulce amor (repliquè yo) hã os disgustado los ardiẽtes, y amorosos efectos de mi coraçon? porque si esto es como imagino, de aqui adelante rebentarà en vuestro fuego, como bolcã, mi pecho; y en mis penas, y sentimiento la lengua al declararlos serà vn peñasco mudo: No digo yo, Gerardo, (respondio mas alegre doña Clara) que aueis sido vos el demasiado: mas ya que tanto os aueis sentido, creedme, que quisiera, q̃ ni mi prima, ni aun vuestro ca-

ro amigo, ſoſpecharan por nin
guna via la voluntad con que
me fauoreceis, que en lo que to
ca al pagarſe de mi parte, no sè
q̃ dezirme, ſino q̃ al Cielo plu
guiera, que nunca de Auila
huuiera yo ſalido. Y quedãdo-
ſe aqui, pueſto el brazo dere-
cho en el baſtidor de la reja, y
afirmãdoſe en la blanca mano
la mexilla, cõ vn pequeño ſuſ-
piro, ſenti, que arraſandoſele
los ojos de agua, enjugaua, ò
por acertar, cogia ſu criſtalino
aljofar en vn blanco lençuelo.
Bien ſoſpechè, que ſemejante
accidente no podria ſer menos,
que en mi fauor; y con eſte pẽ-
ſamiento le pedi me dixeſſe la
cauſa de ſu nueuo ſentimien-
to, haziendo del cargo a ſu di-
choſa jornada, y juntamente la
ſignifiquè mas por extenſo mi
amor, y voluntad, prometien-
dola gaſtar en ſu ſeruicio la vi-
da, ſi por èl mil vezes la auen-
turaua, aunque en la proſecu-
cion de mi guſto tuuieſſe por
opueſto lo reſtante del mun-
do. A lo qual con el miſmo pe-
ſar que auia moſtrado, me reſ-
põdio; No os parece Gerardo,
que es juſto ſienta el verme
agena de mi voluntad; y quan-
do tan à rienda ſuelta me voy
arrojando à la vueſtra, cono-
cer de mi deſdicha, que aun no
ſoy ſeñora de mi libre aluе-
drio, y que por eſta cauſa me
ha de ſer fuerça el partirme,
aunque ſe parta el coraçõ, y el
alma, ſin que la ſeñora mi pri-
ma, y ſus padres, ayan podido
con infinitos ruegos alcançar
me dexe en ſu compañia mi
tia, quizà porque conoce mi
deſeo? Tened por cierto, q̃ no
encarecen los ojos la pena de
mi alma, y que es la mayor que
la aflige, impoſsibilitarſe, eſ-
tando auſente, de pagaros el
amor que me teneis. Y dando
fin à ſu razon con muchas la-
grimas, y ſuſpiros, boluiendoſe
à ſu prima la dixo, ſin darme lu
gar à que pudieſſe reſponder-
la. Pareceme, ſeñora, que ya ſe
haze hora de recogernos, ſino
es, que queremos ſer ſentidas.
Replicarla queria doña Fran-
ciſca, quando atraueſſando
triunfo don Fernando, la ata-
jò, diziendo à doña Clara: No
podrà tener vueſtro deſeo efe-
to por aora, hermoſa dama,
que ſi os ſentis neceſsitada de
ſueño, mi ſeñora doña Francif-
ca ha de mantenerme el cam-
po, en tanto que no determina-
remos cierta propoſicion, en
quien ha de auer vencedor de-
clarado, ò no ſe ha de dexar. Es

la mas graciosa del mundo, respondio D. Francisca; pero tan larga, y reñida de diuersas gétes, que pretender nosotros apearla, serà darla nueuo principio. Pues no auemos de quedar dudosos de vuestro argumẽto, repliquè yo: entendamos entrambos pareceres, q̃ mi señora Doña Clara serà cõ su discrecion el juez arbitro de la determinaciõ mas cierta de vuestras opiniones. Pues la q̃ yo sustento, dixo Don Fernando, nadie la podrà negar por verdadera, pues no es justo se reciba a parangon nuestra firmeza, y estabilidad, cõ la de las mugeres presentes, y passadas, q̃ esta porfia tan fauorecida, y allegada à razon, viuirà en mi hasta morir. Y yo (repliquè) la reforçarè hasta verme en el mismo trance. Pues dessa suerte, dixo D. Francisca, no ay sino partirnos al campo. Y que mas de lo q̃ està respondi, pues por balla tenemos esta fuerte reja? Pero dexado esto aparte, como cosa tan assentada en nuestro fauor, ayudado del vuestro, y dãdome licencia, pondrà con alguna cosa à proposito, el instrumẽto, pazes entre nosotros.

Con mucho gusto mostraron las dos primas el agradecimiento de mis razones, y mayor fue quando vieron, que tomando à mi criado la viguela, ayudado del diuino aliento de mi Musa, di principio cantando, a los siguientes versos.

*A treuido pensamiento,*
*Callar conuiene, y sufrir,*
*Porque es muy cierto el morir,*
*Sino callais el tormento.*
*Consumid dentro de vos*
*El fuego de amor q̃ os quema,*
*Y salid con vuestra tema,*
*Aunque muramos los dos.*
*Que si el pagar mi aficion*
*Solo en mi silencio toca,*
*Yo harè que calle la boca*
*Quanto siente el coraçon.*

Aqui cessò mi voz, quando cõ las suyas començaron las hermosas damas à celebrar la letra, y con rãtas exageraciones de su dueño, q̃ à no irà esta fazõ perdiendo ya la casta Lucina su prestada luz, entiendo, facilmente en las colores de mi rostro, echaran de ver la vergüença que me ocupaua; y queriendo encubrir la con las razones mas a proposito q̃ supe, de nueuo me bolui a ofrecer a su seruicio, y gusto; y a mi Doña Clara, que en baxa voz me agradeciò la enmiẽda, y desuerte, q̃ todos me pudieron entender, la dixe: Muy solos auemos de

de quedar, siẽdo vuestra partida tan breue, como a noche dixistes: porq̃ al fin no es esta tierra merecedora de tener mas en si tan gran tesoro, fuera de q̃ el natural vuestro, es bizarro lugar, y os avrà de tirar tanto como no vuestros padres, y deudos. No sè lo que serà, respondio Doña Clara; mi voluntad por aora, q̃ estoy en su poder, es la de mis tios; aunque os sè dezir q̃ por la señora mi prima, a quien mas q̃ a mi quiero, no solo dexara la patria, mas pusiera en oluido mas graues, y mayores perdidas. Y acabò boluiendome à mirar, cõ tan dulce, y amorosa vista, q̃ claramente conoci el sentido de sus razones, cõq̃ del todo me enredè en su gracioso laberinto, y de tal suerte, que primero que del me libre, passaràn por mi largos tiempos, y mayores desdichas. Con esto, viendo que el dia a mas andar se venia acercãdo, nos despedimos, y yo publicamẽte de Doña Clara; y como si mas no la huuiera de ver, y al fin harto a pesar de entrambos, di la buelta, mas tan pensatiuo, y melancolico, que reparando en ello Don Fernando, no pudo escusar el dezirme estas razones. Mucho siẽto, amigo Gerardo, que en semejantes ocasiones no deis muestra del valor que os acompaña; que os falta? ò que no os sobra? ayer aun no conociades, y oy podeis dezir lo q̃ el famoso Iulio Cesar, vine, vi, y venci: Doña Clara os fauorece, y tãto como vos sabeis, y yo conozco; y que se vaya a Auila, no es tan larga la jornada, ni vuestra haziẽda, ni la mia tan corta, que no sea suficiente a tenernos huespedes en qualquiera tierra, como dueños en nuestros naturales, y patrias. Y pues entẽdeis esta verdad, y estais satisfecho de mi amistad, y amor, no ay sino animaros, y atropellar, como hõbre valeroso, las dificultades, que el trempo, y la ocasion os ofreciere. Ay querido amigo, respondi, echandole al cuello los braços, y como vuestro generoso pecho no pudo en ningun tiẽpo faltarme: creedme, que es tanto lo que a mi afligido coraçon han alegrado vuestras razones, q̃ por lo menos aueis con ellas reuocado mis muertas esperanças, que ya casi del alma eran desahuciadas; y assi estoy del todo dispuesto a ver el fin de mi vẽtura en la ocasiõ presente, aunq̃ entienda passar por el dela muerte,

rompiendō por qualquier peligro, riesgo, ò trabajo que se ofrezca; y siendo vos seruido, mañana en sabiēdo, que ha salido doña Clara de la Ciudad, lo mas ocultamente que pudieremos, por el camino baxo del rio, pues es distāte del real, hemos de ir a su famosa Puente, que sin duda no tendrān tiēpo para passar de alli, y aquel lugar ha de ser forçosamente su primera jornada. Bien me parece, replicò Don Fernando, quizà bolueremos mas alegres: solo resta, que de vuestra parte, y de la mia se guarde gran secreto en todo, por lo que resultare. Esso es, dixe yo, lo que en tales cosas mas conuiene; y assi soy de acuerdo, q̄ salgamos solos, y disfrazados; y quedando deste parecer, nos despedimos hasta el siguiente dia, que auiendo entendido se partian despues de comer, mi dama, y sus parientas, y que juntamente iba en su compañia Doña Francisca, me fui a la posada de Don Fernando, de q̄ yendo de nueuo con sus discretas razones animado, mostrò las de su noble deseo en el breue discurso deste Soneto, que para mas alentar mi empressa, tenia hecho; y gustarè mucho le oigais, aun mas atento, porque en èl conocereis algunas de las prudentes partes de mi amigo.

Don Fernando, à Gerardo.

*De bronce el pecho, el alma de diamante*
*Tuuo sin duda aquel, cuyo desvelo*
*Casas mouibles diò al instable suelo,*
*Y sus quicios al ayre, y agua errante.*
*Frenetico furor, zelo arrogante*
*Tuuo el que alçò su temerario buelo,*
*Y mucho mas el jouen, que del cielo*
*Precipitò su coche rutilante.*
*Gentil osar, y celebre ardimiento,*
*Fue descender al Erebo, y domalle*
*Su trifauce custodia (en lazos presa:)*
*Pero atreuerse à vn bello rostro, y talle,*
*Sin prendas de mayor merecimiento,*
*Es locura mayor, mayor empressa.*

La

La buena voluntad de Don Fernando era ya tan reconocida de mi, q̃ para su recompensa qualquiera exageracion fuera muy corta, y assi quise escusarlas por entonces, dando a nuestra jornada el primer passo. Y auiendonos vestido de la forma que mas conueniente nos pareciò, salimos por vna puerta falsa de su casa por mas secreta, y tomando el camino concertado, gozãdo de la amenidad, y frescura del cristalino rio, en agradable platica, al ponerse el Sol llegamos à vnas caserias, que està media legua de la puente, y apeandonos en la verde yerua, entre vnas derribadas tapias recostados, nos parecio aguardar la futura venida de mi dama, que no tardò mucho; y auiendo reconocido el coche que la traia, dexandole passar adelante algun trecho, poco a poco en su seguimiento, boluimos a nuestro camino, sin perder en los oidos el ruido que leuaua, que verlo era imposible, por auer cerrado la noche muy escura, con vnos nublados negros, que muy apriessa se iban condensando. Llegamos al lugar, y auiendo visto la posada donde entrauan, tomamos el parage de otra; adonde apeandome, entreguè al huesped mi caballo, y boluiendose Don Fernando en el suyo, nos salimos, a la calle, en quien me puse vna montera, y vn capotillo de dos faldas, de que venia apercebido, y descalçandome las espuelas, quedè con mi espada debaxo del brazo, representando al viuo vn muy gentil mozo de mulas. Dixele a Don Fernando me siguiesse, que de risa no podia mouer el caballo: y con este disfraz nos entramos en la posada de mi dama; a la qual en entrando vi, aunque cõ notable tristeza, sentada con su prima en vnas sillas. Pedi vn aposento para mi nueuo dueño, y auiẽdonosle dado en vn anchuroso patio, di orden de curar el caballo, y teniẽdolo todo puesto a punto, y pedido de cenar, en el entretãto q̃ nos lo aderezauan, confiado en mi librea, me fui adonde estaua mi dulce prẽda, y ya atrauessando de la calle al patio, y ya del patio à la calle, ya acercãdome a su presencia, y ya al resplandor de vna vela, que alumbraua todo el antepuesto de la casa, procurè hazerme conocer de sus hermosos ojos: aunque todas mis diligencias, saliera vanas,

nas,

nas, si Doña Francisca, que la acompañaua, no la dexara sola, entrandose en vna quadra, dõde las demas damas, y señoras estauan descansando; y assi reconociendo la merced que el cielo me hazia, y la venturosa ocasion, que a las manos se me auia ofrecido, no quise soltarla de la melena, y llegandome a mi querido dueño, le dixe: Es posible, sol de mis tinieblas, que ha sido este vuestro esclauo tá desconocido de aquestos claros ojos? Y queriendo turbada leuantarse, la detuue assiẽdo cõ la mia su blanca mano, y destocandome la mõtera, y rebozo, di lugar a que me conociesse, que quãdo se huuo satisfecho, de admirada no cessò en gran espacio de hazerse cruzes, y con la alteracion que el no pẽsado caso la causaua, me dixo: sois por vẽtura Gerardo? que pienso, que aun mirandoos estoy ciega. Quien puede ser bien mio, respõdi, sino esse que nõbrais, que transformado en vuestro dulce amor, nunca vn punto de vos se aparta? Pues como, señor mio, replicò Doña Clara, ha sido vuestra venida? q̃ trage grossero es este q̃ vuestro noble ser me tenia encubierto? adonde es vuestro viage? acaso entendeis, ò imaginais, que he de perderme? ò temeis, q̃ va tan à poco recaudo mi persona, q̃ han de poner la à riesgo los salteadores homicidas, que habitã estas asperas, y fragosas mõtañas? No entiendo, dixe, norte de mis deseos, que viendo vuestros diuinos ojos, auia tan cruel cosario, ò vandolero, que dexe de rendir a vuestros pies de nieue sus armas, y ferocidad: y en lo que dezis de mi venida, Don Fernãdo, y yo, amigo digno de mayores cõfianças, os hemos hecho escolta en sẽdos cauallos; y si os parece pagar en algo mi pequeño trabajo, aunque el ser de vuestro seruicio es muy grã premio, seruios de que yo pueda hablaros esta noche, pues no faltarà ocasion, queriendo vos. Queriendo yo, respondiò mi dama? Pues si tan cierto estais de que no auràa otra dificultad mas de mi gusto, no os vais de mi presencia. No conuiene assi mi señora, repliquè, q̃ saldrà vuestra prima, y aunque mi trage escusa su conocimiento, todauia no quiero ponerlo en cõtingencia. Pues idos norabuena, dixo Doña Clara, y aguardadme en parte, que no os descubran. Con esto di la buelta

adonde

adonde mi amigo esperaua, y auiendole cõtado mi sucesso, y el termino en que mi disfraz puso a mi dama, con notable gusto, tanto por en gañar el tiẽpo concertado con ella, quanto por disculpar mi humilde trãsformaciõ, dixo al cãbio de el valiẽte Hercules, rẽdido al desenfrenado amor de Iole, por aludir su semejãça tanto al sugeto presente, estos versos.

*Hercules tierno, aquella clava fiera,*
*Que doze empressas à sus plantas puso,*
*La piel que el Sol de resplandor compuso,*
*Defensa a los puntales de la esfera.*
*Cambia con Iole, que riyendo espera*
*Verceñir, y torcer la rueca, y huso*
*Al semidios rendido, que al vil vso*
*Aplica cinta, y mano lisonjera.*
*Ella de Marte al fiero aspecto excede,*
*Yel de Venus la sciua, essa poniendo*
*Al desengaño nuestro vn fiel retrato,*
*Pero yo no me admiro, porque entiendo*
*Quanto el amor en los mortales puede,*
*Con sangre, estrella, inclinacion, y trato.*

En tanto que nosotros tratauamos estas, y otras semejantes cosas, cenauan Dona Clara, y su compañia; y antes que de las mesas se leuantassen, fingiẽdo algun achaque, y dexando en ella sus deudas, cõ vna criada de la mano, se vino àzia el vltimo patio de la posada, y mãdãdo la boluer, apercebida, que en echãdola menos, la llamasse; se detuuo todo el tiempo que fue necessario, para que yo considerando su traza, acudiesse adonde estaua; y aunque mis pies tuuieron alas, ya Doña Clara se queria boluer; y auiendonos encontrado, quien primero rompiò el silencio de nuestra turbacion, fue ella, diziendome: No tendreis agora razon, Gerardo, de culpar mi voluntad, pues con tãtas veras hago la vuestra. Quando (respondi) dueño del alma, podrà el cuerpo formar quexas de vos q̃ no sean injustas? Pues solo con el presente fauor queda pagado, aũque por vos huuiesse recibido mas trabajos, que Vlises en su prolixo nauegar No ay para q̃ exagerar la mer-

ce

ced que os hago, replico Doña Clara, sino dezidme aora: Pensais verme en Auila, si por mi desventura no muda de parecer mi tia? aunque sin duda entiendo me ha de ser en este particular propicio el cielo. A esto le dixe: Desde el punto, y hora que mis ojos os vieron, y el alma hizo eleccion de vuestra persona, para archiuo de sus pensamientos, fin, y limite de su voluntad, me dispuse, y determinè a seguiros, no a Auila, que es vn tan corto, y breue camino, mas al distãte ocaso, y remoto emisferio: y desta verdad os ruego, amada prenda, viuais segura, y satisfecha. Biẽ està, respõdiò mi dama, estoy sola, y reconozco como muger, la vẽaja de vuestras fuerças; y assi lo serà para mi el creeros, confiada en que al fin el tiempo descubrirà vuestra fè, y mi amor. Y dezidme, pensais acõpañarme al presente hasta Guadalupe? No mi señora, repliquè, porque aunque otra mayor gloria no se me podia conseguir, temo el sentirse en Talavera mi ausencia, de que podria ser redundassen algunas curiosas sospechas, y assi por escusarlas, en caso q̃ arriesgais la reputacion, quiero antes tropellar mi gusto. Muy grande me le dà a mi, dixo Doña Clara, vuestro recato, proseguidle en todo, por lo q̃ a entrambos toca, y la noche que supieredes hemos sido de buelta, no seais pereçoso en acudir al puesto acostumbrado, y hasta entonces quedaos con Dios, que me he detenido mas de lo justo. Pues no serà razon, descanso mio, respondi, que me dexeis en tal ausencia, sin prenda, y fauor de vuestra mano, que baste a engañar el deseo de vuestra amorosa, y deseada vista. Y diziendo esto, con el mayor de mis atreuimientos la ceñi mis braços por su gracioso cuello, juntando mi rostro con el carmin neuado del suyo hermoso, y bello, a su pesar yõ grã gloria mia, cogi las dulces, y suaues flores de su peregrina boca: de q̃ no os sabrè encarecer la demasiada alteracion, y enojo que recibio, y aun diò de mi licencioso fauor bien claras muestras. Mas es facil la paz en semejantes guerras, y assi el amor, que a entrambos nos tenia sugetos, hizo que mi dama perdonasse con facilidad mi arreuimiento, confirmando su amistad con echarme al cuello vn rico joyel, que pendiente de vna sutil cadena de oro

oro auia sido ornato de su pecho, diziendome: Aunque me aueis tenido algo enojada, satisfecha de vuestro arrepentimiento, recibid esta prenda, para memoria de que la que de vos se parte a Guadalupe, os lleua engastado en el secreto relicario de su coraçon. Aunque la quisiera responder, no me dio lugar vna de sus criadas, con que encubriendome algun tanto Doña Clara, passò adelãte, y yo despues a mi aposento, adõde descansamos Don Fernando, y yo, con igual contento de verme tan mejorado en mi pretension, y con tan dichosos principios, que por ser el origen de los fines presentes, ha sido necessario el ser en contarlos prolixo.

No aguardamos a que llegasse el futuro dia, antes tomando yo mi caualllo, a largo passo dentro de breues horas ya estraua Don Fernando en su posada, y yo en la de mis padres: Quinze dias fueron los que en el naufragio de la ausencia de mi dama estuuo padeciendo crueles tormentos mi abrasado coraçõ; y aquella alegre noche de su venida, aun horas antes de la que solia, como vigilantissimo amante, aguardaua la salida hermosa del Sol de mi Doña Clara, que mas bello, y luzido, que el que nos alúbra, se mostrò a mis ojos en la acostumbrada reja, estãdo assimismo en mi compañia Don Fernando. El contento, quando es excessiuo, dizen que mata, y aunque en mi no hizo por particular merced del cielo, este efeto, todavia me dexò tan turbado, q̃ casi no acertaua a pronunciar las eficazes razones q̃ el deseo, y amor me ofrecian. Remiti a las acciones de la vista, y manos, lo q̃ la muda lengua auia dificultado; y assi tomando en las mias aquellos ricos, y blancos copos de quaxada nieue, imprimiendo su cristal puro en mis tiernos labios, los ojos exteriores declarauan los impulsos secretos de mi alma. No estaua menos suspẽdida mi querida prenda, q̃ entiendo nos pagauamos con vna conforme, y reciproca voluntad. Al fin Don Fernando con su acostumbrado despejo, quebrantò los nudos amorosos de nuestro igual silencio, besandole a Doña Clara las manos, y dandome a mi animo para que pudiesse hazer lo mismo, y darla bienvenida, oyendo de mi dama otras semejantes, y amorosas re-

respuestas, despues de las quales me dixo, como su assistẽcia en Talabora estaua ya efetuada con furtia, por los importunos ruegos de su prima Doña Francisca, cosa q̃ quando la entẽdi, estuue à pique de perder el juizio de contẽto; pues no podia en la ocasion presente, suceder en mis negocios caso mas à proposito, ni de mejor suerte: y este amoroso sentimiento reconozca, y echele de ver el q̃ hauiere sido desta dulce, y sabrosa enfermedad herido. Preguntele por su prima, y dixome, que el cansancio la tenia rẽdida à vn sabroso sueño, fuera de que su pensamiento era no darle cuenta de la prosecucion de nuestra amistad, de que no recibi poco gusto, tãto por el secreto della, quanto por el poder hablar con mi dama mas libre, y menos recatado. En cõclusion, por esta misma parte nos comunicamos muchos dias, y con tanta industria en el recato, que sino era D. Fernando, otra persona no fue sabidora de nuestra voluntad. Dos años se nos passaron en estos amorosos trances, y porfias, sin que las mias pudiessen llegar al fin tan deseado de sus trabajos, y seruicios. Affligiase el coraçon con las dilaciones, y dificultades, que Doña Clara me ponia, aunque la esperança con que mezclaua estos disgustos, hazia permanecer firme, y estable mi voluntad.

Acercauase en este tiempo el dia glorioso de nuestro Patron Santiago, para el qual se ordenauan en la Ciudad de Auila vnas grandes fiestas, cosa que a Doña Clara tenia en harto temor, y à mi cõ no menos pena, por sospechar q̃ sus tios tratauã de ir à verlas, lleuandola en su cõpañia, cõ q̃ venia à estarnos dudosa su buelta; y aunque no llegò à execucion este pensamiento, todavia sirviò de espuelas en mis viuos, y amorosos deseos, y assi con mas crecidas ansias, ruegos, y importunaciones, procurè entrar en el aposento de mi querido dueño, para lo qual era la mayor dificultad q̃ podia mouerse, dormir en èl Doña Francisca, aunque esta, la experiencia de su profundo sueño la facilitaua, y para llegar a este punto, comodidad no me faltaua, mediante vna ventana, q̃ sin reja, aunque algo mas alta, caia à otra quadra, que se dividia de la de Doña Clara, cõ vna pequeña puerta: desta pedi yo a mi dama, in-

informado por su propia boca, me diessen en vna targeta de blanda cera impressa la cerradura, y con cautidad de su llaue, pareciendome, que cõ esta traça podia yo mandar, que se me hiziesse otra de prouecho. Y al fin, aunque fue mi deseo bien reñido, y dilatado, mis cõtinuos ruegos, lagrimas, y suspiros, vencieron su empederni da voluntad, forçandola a que hiziesse la mia, con que tuuo efeto el contrahazer la llaue; la qual al punto que estuuo en mi poder, yendo a ver a Doña Clara, se la entreguè, para que ella experimentasse su seguridad, que quiso mi buena suerte fuesse tan cierta, como mi amor la deseaua, aunque para boluermela, casi estuue necesitado de mas eficaces lagrimas, y ruegos: tanta era su rebeldia, ò por mejor dezir, temor honesto. Pero reconociendo con mayor claridad mi firmeza, y lo mucho, que a mi voluntad deuia justa satisfacion, no pudo escusar el darmela; cõ que viendola en mis manos, sino dixe al tema de la llaue mil subidissimos disparates, fue por no dilatar mi gloria; y assi haziendo alas los pies, como otro Ycaro, subi a la ventana, cõ pequeña ayuda de Don Fernando, y auiendo acertado a la puerta, lo mas passo que pude, abri, y entrè donde hallè el Sol de mi alegria, turbados, y no tan resplandecientes sus diuinos reflexos, dila mil abraços, y por no ser vistos acaso de su prima, nos encubrimos con las cortinas del pauellon, y lecho de mi dama, con la qual, sin mas palabras, ò condiciones, q̃ sus honestos, y vergonçosos desvios, antes que de la quadra me saliesse, pude contarme con los mas dichosos, teniẽdo mis trabajos, ansias, y fatigas por biẽ empleadas, y mis disgustos, y dilaciones por satisfechas. Ya era en mi otro tiempo, otro mundo, otros gustos, y otros contentos. Tenia ya la possession de la inexpugnable fortaleza de mi dama, y pareciame, y aun tenia por cierto, que no auia que temer ningun cõtraste, auiendo llegado mis deseos al fin que esperauan, ignorante de las mudanças de la inconstante rueda. De mi dueño puedo con razon dezir, que no menos que yo quedò contenta, y al despedirme con infinitas lagrimas, me pidiò no la oluidasse, cosa de que yo estaua bien ageno.

Desde la hora, y punto que mis ojos vieron los celestiales de mi dama, y desde que la elegi por vnica señora de mi volũtad, me atreuo sin exageracion a dezir, que nunca sospechas inciertas, ni seguras me desvelaron, ni zelos me pusierõ cuydado. Tanta fue siempre su honestidad, que aunq̃ atractible, y amorosa, a nadie dio atrevimiento para que presumiesse dedicar a su hermosura el pensamiento altiuo, hasta este punto que ya predominaua yo en lo mejor de su voluntad, y con tan auẽtajado señorio en ella, que no auia otra que la mia, ni mas querer, ò no querer, que el de mi gusto. Viuia con esto tan alegre, y confiado, que ningunos passeos, cartas, villeres, terceras, mascaras, sortijas, ò torneos, que en su seruicio se hiziessen, me parecia suficiente ocasion para contrastar el bolluer de sus ojos en ofensa mia.

Passeaua en este tiempo su calle muy continuamente vn caualliero de la misma Ciudad, mancebo, galan, rico, mayorazgo, y de alguna mas edad que yo, y muy especial amigo mio, à quien assimismo, aunque sin genero de sospecha de mi parte, via ser en la Iglesia adonde Doña Clara acudia, de los primeros, y mas ciertos: y con todos estos motiuos rezelosos que me daua, nunca el menor estimulo de malicia llego a mi coraçon, de que fuessen por mi dama sus diligencias. Diuersas vezes assimismo me aduirtió Don Fernando desta sospecha, que yo ignoraua, casi adiuinando lo mucho que Don Rodrigo (que assi es su nombre deste caualliero) nos auia de dar en que entender. Mas como me hallaua en la suma alteza de mi gloria, y absoluto señor de la de Doña Clara, nada desto fue bastante a ponerme en cuidado, ni menos hazia caso de los de mi contendor.

Entre otras noches que passaua alegre, y cõtento en los braços de mi dama, vna, que para mi fue la primera, en la qual empecè a sentir la venenosa põçoña de los zelos, estãdo el mas regozijado de los mortales, auiendo primero mi dueño conjuradome, y cõ grandes encarecimientos facilitado el disgusto, q̃ podia reñirme, y yo asseguradola de no recibille, deseosissimo de ver el parto que prometia aquel monte de preñadas razones, dio principio a su platica desta manera.

El

El temor que tẽgo de enojaros, en ningun tiẽpo, amado, y querido Gerardo, y el pretender q̃ por ningun modo, ò camino vengais a caer en alguna engañosa sospecha de mi verdadera, y constante fè, por ocasion por mi no merecida, me fuerça a que con tiempo os dè noticia de la porfiada pretensiõ de vno de vuestros grandes amigos. Sabe Dios, si quando Doña Clara llegò a este punto, mi coraçon estuuo en el de rebentar dentro del pecho. Y prosiguiò diziendo: Este es Don Rodrigo (con q̃ acabò mi colera de ponerse en su punto) cuyos necios pensamientos emplea contra todo mi gusto, en mi seruicio, haziendo alarde dèl, como claramẽte pudierades auer conocido en diuersas ocasiones, de las quales, si antes de aora no os he dado muy larga cuenta, ha sido por parecerme, que mis desdenes, y poco caso le huuierã mudado de su loco parecer; mas visto, que antes de mis desvios toma su intento mayores fuerças, no he querido passarle en silẽcio, ni menos este papel, que oy ha venido a mis manos por las de vna donzella de mi tia, la qual disfraçãdo su libertad, cõ dezir eran cartas de mi padre, me le hizo tomar, y leer, pidiẽdome despues la respuesta, que tuuo, conforme su atreuido proceder merecia. Esta es la verdad de lo que passa, y este es, biẽ mio, el villete, y yo la que le recibio, sin pensamiento de que os pude ofender, ni le tendrè en tanto que el Cielo me tuuiere en vuestra gracia. Con esto, dandome el papel, cessò, y yo comencè a desengañarme en mi confiado parecer, disponiendome para andar de alli adelante en mis amores mas recatado, como quien ya auia de contender con vn tan poderoso opositor.

No dexè de culpar a Doña Clara la dilacion de aqueste auiso por el daño, q̃ de sentirme podia auerse conseguido, pues es imposible, y casi irrecusable, dexar de ser conocida la voluntad de dos amantes, auiendo nueuo pretendiente, que en su cuidado se desvele; mas con todo esso la tuue por escusada en mi enojo, y algo sossegado la roguè me dixesse, q̃ salida auia dado a la respuesta de la tercera? Y ella me respondiò, q̃ auiendo primero sacado de la manga otro papel, le auia rompido, amenazandola, con que auia de hazer castigassen sus tios

semejante infidelidad, y desver guença, y otras semejantes razones, con que dexandome algun tãto satisfecho, me despedi della: y saliẽdo a la calle, tomè el camino de la posada de Don Fernando, el qual, aunque es verdad, que siempre me acompañaua, en dexandome dentro, a ruego mio se boluia, conociendo la seguridad con que mis negocios se tratauan; que de otra suerte era tanto lo que estimaua mi vida, que si sintiera en ella el menor riesgo, primero auẽturara la suya, que dexarme. Lleguè, pues, a los vmbrales de sus puertas, y casa, al mismo tiempo, que èl se venia a descansar, y con no pequeña admiracion de verme tã à deshora en busca suya, aunq̃ en mi triste semblante concibio auer alguna nouedad en mis cosas; y auiendonos saludado, sin dezirle yo la ocasion que assi me traia, nos entramos en su aposento, y sacando el papel de Don Rodrigo a la luz de vna blanca buxia, le leì desuerte, que mi querido amigo lo pudiesse entender, quedando sus eficaces razones en mi alma, y memoria tan impressas, que eternamente le borrarán della en tanto que la vida me durare; y assi expressamente, señor Leriano, en el progresso siguiẽte oireis lo que dezia.

Papel de Don Rodrigo a Doña Clara.

*Temiendo, como es razon, el justo castigo de su atreuimiento, y confiando, como deue, en la clemencia de vuestro noble pecho, queda mi alma aguardando la difinitiua sentencia de su muerte, dexandola perecer en profundo abismo de sus males, ò siendo principio a su eterna gloria, leuantãdola vuestra generosa mano del pantanoso pielago dõde la tormẽta de vuestros desdenes, y desvios la tienẽ casi à pique, siruiẽdo de arrecife, y peñasco duro a los embates de las furiosas olas de tan graues desdichas, de quien humildemente os suplico tengais cõpassiõ, siruiẽdoos de mãdar se amainẽ ya las velas de vuestra crueldad, y rigor, q̃ ha sido tãto, quãto en mis tristes efetos aureis conocido, y en las lastimosas razones deste papel, nacidas de lo intimo de mi coraçõ, el qual os ofrece mi volũtad con constãte, y firme fè: recibidle hermoso dueño mio, y tratadle mejor q̃ à su afligido poseedor, cuya vida, y muerte queda al arbitrio de vuestra infeliz respuesta.*

No entiendo noble amigo, q̃ venenosa vibora pisada, ò põçoñosa

çoñosa serpiente de la arenosa, y ardiente Libia, mas enojada, y colerica se mostrara, que lo estaua mi encendido, y abrasado pecho, quando acabè de leer el amoroso, y tierno papel de mi contrario, que pienso, si Don Fernando no me detiene, temeroso de algun desastre, a aquella hora le saliera à buscar y en èl vengara la zelosa rabia, que me afligia. Mas procurò mi amigo asseguraríme con grãdes veras, y con razones dignas de su discrecion, y prudencia, mitigando mi irritado pecho. Acabò de entender punto por punto la causa de mi disgusto, y el autor, y dueño de aquel papel: a todo lo qual auiẽdo estado atento, con alegre, y risueño semblante, me dixo las siguientes palabras. Por Dios Gerardo, que segun os he visto, y veo furioso, era de parecer, y aun sin duda imaginaua que este villete auiades hallado a Doña Clara, siendo contra su gusto, y voluntad sabidor del, ò que por su parte a otro mayor mal se huuiesse abierto puerta, y camino. Reparaos, no os arrojeis, q̃ por agora la fortaleza, aun mas pertrechada, y defendida està de lo que vos podeis desear; ella misma se zelò, ella misma se guarda; que pretendeis? de que os quexais? que a Doña Clara no ay razon para ponerla culpa, ni menos Don Rodrigo merecepena, que en buscar cadaqual para su prouecho la mejor suerte, adõde no entiende corre detrimento, ò perjuizio de parres, y mas amigos, no pienso que andarà desacertado. El ni otra persona sino es la mia, sabe vuestro pensamiẽto; y assi està disculpado; solo lo que al presente importa, es andar cuydadoso, pues tenemos sus ojos mas, q̃ se desvelen en nuestro cuydado, escusandoel encuentro lo posible, que en esto consiste el secreto vuestro, y el gozaros con Doña Clara con la quietud, y trãquilidad que deseais.

Estas, y otras razones me supo Don Fernando tan bien significar, que fueron bastantes à reducirme en mi primer contento, y a su sano parecer; y assi, determinado a seguirle, me despedi, yendome a descansar a tal hora, que ya en los mas altos, y encumbrades chapiteles se señalauan los rayos de oro del mismo Faetonte.

Con el apercibimiento que requeria ocasion tan graue, co-

mo la que traia entre manos, anduue siempre, aunque viendome con nueuos enemigos, no me descuidè en la mayor seguridad, y defensa de mi persona, procurando anticiparme en qualquier trance, a ser antes el ofensor, que el ofẽdido. Encontrauamos D. Fernando, y yo, assi de dia, como de noche, en la calle de midama, cõ su amorosa porfia, diuersas vezes à D. Rodrigo, y assi las mas noches mudauamos, por no ser del conocidos, mas formas que Proteo. Y vna destas, que sin pensar fue el origen, y principio de los presentes males, siendo algo tarde, estauamos Don Fernando, y yo biẽ cerca de las ventanas, y puesto acostumbrado aguardãdo hora suficiente para entrarme; y vimos que por la misma parte se nos venian acercando dos hõbres emboçados, que en llegando mas cerca fueron conocidos de mi compañero, que boluiendose a mi, me dixo: Estos que passá, son vuestro opositor, y vn su criado, y hã de boluer sin duda a darnos treinta bueltas, como en efeto lo hizierõ. Y pareciendome era partido irnos, y escusar el disgusto, q̃ ya adiuinaua, se lo aduerti a mi amigo, q̃ aunque le pareciò intento apretado, no estuuo bien en que dexassemos el puesto, temeroso de que Don Rodrigo al punto auia de ocuparle, y no siendo Doña Clara aduertida, forçosamente, quando solia, abriesse para llamarme la ventana, viendõ alli dos hõbres, sin distincion, haria la misma seña, con que quiza Don Rodrigo daria en alguna verdadera sospecha: cãusa muy bastãte para que no desocupassemos el primer lugar. Gran rato auia, que mientras nosotros estauamos en estos discursos, Don Rodrigo no parecia, con que seguros de su ausencia, quando menos pensauamos, le vimos, que auiendo hecho vn gran rodeo, se venia acercando por la misma calle, que nosotros teniamos tomada, dẽ que recibi harto disgusto, y no menos Don Fernando, por hallarnos empeñados, y sin poder boluer atràs, aunque cõ nuestro disfraz, sin temor de ser conocidos, lo podiamos hazer, sino que la fuerte ocasion nos detuuo. Llegauase la hora del salir mi dama, y Don Rodrigo no acordaua, ni aun tenia pensamiento de dexarnos, de que yo estaua tan temeroso,

roso, como impaciente, y reconociendo en Don Fernando el mismo disgusto, viendo el peligro de encenderse mi pensamiento, y lo mal que podiamos escusarlo sin alguna violẽcia, nos determinamos a rebatir con los azeros su descortès proceder; y con esta determinacion, sin hablarlos palabra, desembaraçandonos, y poniendo mano a nuestras espadas, nos fuymos àzia ellos, los quales viendo nuestro intento, no con menor voluntad salieron al encuentro. Queria yo de muerte a D. Rodrigo, y auiendome cabido en suerte, sin reparar en la punta de su espada, me fuy arrojando, y metiendo en èl de suerte, que ayudandome la fortuna, no la flaqueza de mi contrario (porq̃ hablando sin passiõ, es determinado caualliero) èl me fue sacãdo pies, y en buen romance, retirandose muy apriessa la calle abaxo, hasta q̃ auiendole dado algunas heridas, cayò pidiendo confesion, que apenas semejante demãda llegò a mis oidos, quando reconociendo el buen recaudo q̃ dexaua, di la buelta adonde auia quedado D. Fernando con el criado, y a entrambos los hallè bien fuera de la calle, que por salir de la de mi dama, y de entre sus ventanas, D. Fernando de industria se auia ido retirando, hasta vna plazeta, q̃ alli cerca se hazia, adonde auiendose con èl afirmado, a pocos golpes le dexò atraueſſado el braço de la espada, y con otro altibaxo en la cabeça, pidiendo a vozes lo que su amante dueño. No fue con tan poco estruendo nuestra pendencia, que al ruydo della no salieſſen muchas personas, assi a las ventanas de Segundo Otauio, como a las demas circunvezinas, de cuyas casas, viendo acudia mucha gẽte, atraueſſando ciertas secretas calles, y desmintiendo las espias, que nos seguian, sin ser de nadie conocidos nos fuimos a nuestras posadas.

Era (como tẽgo dicho) Don Rodrigo vn caualliero tan rico, como emparentado en la ciudad; y fuera desto de muy gran calidad, y nobleza, cõ cuyos requisitos, el siguiẽte dia no se hablaua de otra cosa, con general sentimiento, y alboroto, echãdo vnos, y otros juizios a monton, sin que ninguno diesse, ni aun imaginasse en èl, la causa verdadera, porque aun del no se auia podido, con el desacuerdo de las heridas, entender las

quales eran muchas, y peligrosas, segun cuerdamente nos informamos; porque tenia vna estocada encima del lado diestro, y por el pecho le atrauessaua el cuerpo, y otra no menos cruel en la garganta, con vn tajo terrible en el rostro.

Muy grandes, y exquisitas fueron las diligencias q̃ mi padre hizo por aueriguar vn caso tan sangriento, y de consideracion, aunque por auer declarado el criado de Don Rodrigo la parte, y lugar, disfraz, y disposicion de los actores, huuo de ir con notable tiento, y prudencia, por parecerle, que no auia sido menos que vn caso muy pẽsado, y efeto del honor disfamado de persona de iguales meritos.

Al fin, tratando deste caso, y adiuinando los amigos, se nos passaron algunos dias, en quien por parecer de Don Fernando, lo que era de noche no atrauessauamos la calle de Doña Clara; y si de dia por mi aliuio, era como vnos Capuchinos, los ojos en el suelo, aunque algunas vezes el amor vencia mi temeroso recato; y violentandole, leuantaua la vista por si acaso en las ventanas de su Oriente descubria los rayos de su luz.

Ya auria veinte dias, ò mas, que Dõ Rodrigo algo aliuiado dauà lugar a que sus amigos le visitassen, y no fuimos Don Fernando, y yo, por justa prouidencia, de los vltimos, ni de los que en esta ocasion menos solicitamos su posada, y en vno que le hallamos solo encarecidamente le supliquè nos dixesse la causa, y origen de aquel tan dudoso caso; tanto por entender si doña Clara me auia tratado verdad, quanto por el acordado dissimulo. Y auiendo en alguna forma rehusadolo Don Rodrigo, visto mi efeto, y el deseo con que assimismo Dõ Fernando se lo pedia, nos comẽçò a dezir de aquesta suerte. Aunque es verdad, que siento en lo intimo de mi alma traer a la memoria el motiuo, y ocasion de mis crueles heridas, satisfecho de que no salen estas verdades de mi pecho, os lo dirè. Sabed q̃ avrà seis meses, que cõ notables veras passeo la calle de Segundo Octauio, y en su casa a vna sobrina suya llamada Doña Clara, cuya peregrina y admirable belleza ya avràvenido a vuestra noticia. En este tiempo he procurado mil modos, y caminos, para darla a entender mi cuydado, que aũque

ella

ella le ha podido conocer en mis ojos, que claras, y diuersas vezes se lo han dicho, sin la fortija, ò torneo, que en su plaça, y calle, y en fè de su amãte, ha pocos dias que mantuue, fueron por demas, y han sido aquellas y otras diligencias, para que si quiera sus hermosos ojos, mirãdome apacibles, huuieran sido paga de sus trabajos. Mas quiẽ ignorara estas viuas, y ardientes demonstraciones, sino este monstruo de belleza, sorda al encanto de tan abrasados suspiros, y continuas lagrimas, como he derramado por su crueldad, y esparcido al viento? al fin, al fin, todas mis esperanças han salido con el fruto amargo, que en mi veis, porque auiendo intentado por varios medios el valerme de la solicitud de vna criada de su casa, animandome à escriuilla, por su mano la embiè vn papel, q̃ entiendo si le leyeran vuestros ojos, le estimaran por facil instrumento para ablãdar el marmol duro, y empedernido de su coraçon. Dezia esto Don Rodrigo con tal sentimiento, tan tiernas lagrimas, y congojas, q̃ mouiera a compassion a otro que le fuera menos q̃ a mi en el juego; y assi mouido de otro intento, le interrumpi, diziendo: Acaso D. Rodrigo tuuistes respuesta? q̃ ya si la merecistes, no me parece està vuestra pretensiõ tã desvalida. Si tuue, me replicò, y tal qual mis seruicios merecian. Quando no me respondiò, perdi pie, y aun el juyzio estuuo en el mismo termino, pareciendome, que Doña Clara auia respondido, y engañadome: mas sacome desta zelosa duda D. Rodrigo, diziẽdo: Estas heridas, y cicatrizes, q̃ tienen vlcerado, y rõpido mi cuerpo, es la respuesta que tuue, y la que yo siempre esperaua: por que auiendome dicho la tercera de mis amores, que acudiesse dentro de pocos dias por la resolucion de lo que huuiesse, que estaua cõcertado me auia de dar por cierta ventana de su casa de Segundo Otauio, quiso mi desgraciada estrella, que yẽdo al concierto, hallasse a vna de sus esquinas dos hombres encubiertos, que por ninguna humana diligencia tuue remedio de hazerles dexar el puesto, hasta que auiendoles cogido la buelta de la calle, me vine a poner tan cerca, que sin duda di lugar a que me conociessen, porque al mismo punto començaron a acuchillarme,

de

de la suerte, y forma que veis, y entiendo, que si antes huuieran enterado se en nuestras personas, antes lo huuieran executado, porque sin duda ellos sobre el caso pesado me aguardauan. No me parecierõ en los vestidos, y trages gente de estofa, aunque el valor que mostraron me desengañò en su disfraz, haziẽdome creer eran personas de mas calidad que sus habitos. Despues acà he sabido el ruin despidiẽte de mi papel; y assimismo, como Doña Clara auia amenazado à la q̃ se le diò, diziẽdo auia de dar cuẽta a sus tios de su libertad, y atreuimiento, con q̃ he venido à caer en mayores sospechas de las que me tenia; y assi pienso, q̃ sin falta, sabiendo Segundo Otauio lo que passaua, haria que algunos de sus criados, ò de sus parientes, y deudos, que an dan entre nosotros, se apercibiessen, y me matassen. Pero quiso Dios no salliessen con su dañado intento, y èl sera seruido de leuãtarme desta cama, q̃ no me hizo tan desnudo de familiares amigos, y parientes, q̃ no sea poderoso a dar à los suyos, y à èl muy gran cuydado.

Mirad señor (dixo D. Fernãdo) que no es bastante indicio el que nos aueis declarado, para poder afirmaros en pẽsamiẽto tan temerario, porque Segũdo Otauio, demas de su pacifica nobleza, es tã prudente como todos sabemos: y quando, pongo caso, que Doña Clara le informasse, y èl se creyesse tan de ligero, no es hombre, que por tan liuiana causa se auia de mouer a la execucion de semejante rigor, fuera de que de vos, èlni otra persona presumieta, que le auiades de pretender sus prendas, menos que para hazer con ellas vn licito, y generoso empleo; assi, que pues esto es lo cierto, os suplico no os dispongais a creer vuestro engañoso pensamiento, y tan mal fundada sospecha. Veome tal, respondiò el doliente, y enamorado cauallero, que aun que he hecho essas, y otras consideraciones, nadie puede culpàrme en que piense, ò diga lo que aueis oido; y en resolucion, para no cansarme, si lo dicho no es tan cierto como he imaginado, esta dama, ò su prima tienen pretendientes, à quien importò echarme de la calle, y no sera dificultoso dar algũ dia cõ ellos, si el cielo me fauorece. Por esso, dixe yo entre mi, era tan acertado el parecer

ter de aquel sabio, que dezia, que al enemigo honrado era mejor matarle que injuriarle, y si como pude hazerlo, lo pusiera por obra, yo os prometo amigo Leriano, que nunca huuiera llegado al mísero estado en q̃ me hallò vuestra piadosa presencia. Y antes que de la de Dõ Rodrigo nos apartassemos; pareciendole que de su desabrimiento nuestros animos se avrian alterado, y mas de lo q̃ se permite a vnà apacible visita, quiso darnos mas suaue despidiéte, rogãdonos le tuuiessemos en el assumpto de vn soneto, que al de sus amores, y en los ratos dela peligrosa vigilia de su enfermedad auia hecho, y significa en èl mi enemigo tan discretamente el rigor de su pena, que no he querido escusaros la que en su corta digression podeis recibir oyendole.

*Si es la mayor desgracia el no auer sido,*
*De quantas tiene el mundo por mayores,*
*Tanto que el condenado en sus ardores,*
*No quisiera dexar de auer nacido.*
*Luego el martirio lento del oluido,*
*Y del ausencia ansiosa los temores,*
*Del cielo inexorable los rigores,*
*No se comparan con no ser querido.*
*Estuuo en posssion el oluidado,*
*El ausente podrà boluer a ella,*
*Y a la quietud el mismo zeloso.*
*Pero no ver la sombra, ni la huella*
*De la esperança, es el peor estado,*
*Porque es no ser, ni auer sido dichoso.*

En efeto entre aquestos discursos, se nos passò gran parte de la tarde, con que despedidos de D. Rodrigo, nos fuimos mi caro amigo, y yo a la calle de mi dama, tratando por el camino el mucho daño que auia de hazernos D. Rodrigo en la curiosidad de su vengança, si por vẽtura no le hazia el tiẽpo mudar de parecer. Por essa misma razon, respondiò D. Fernãdo, importaria mucho procurassedes hablar cõ Doña Clara, y tratar cõ ella de alguna mejor ordẽ, para el secreto devuestras entradas amorosas. Esso que me dezis, repliquè, y el

igno-

ignorar, si en casa de Segundo Otauio han causado estos alborotos alguna nouedad, me trae melãcolico, y sobre manera disgustado, y pienso salir sin dilatarlo mas, dèl esta noche. Bien me parece, dixo Don Fernãdo, si vuestro acuerdo pudiesse tener en alguna forma efeto: mas el salir Doña Clara, sin estar aduertida, a la ventana, lo hallo por dificultoso. Acudamos al puesto, respondi, que ya podria ser que mi mismo deseo la truxesse; y sino sucediere assi, no por esso para otro dia perderè la esperança de mejor sucesso.

Sin sentir nuestro camino, ocupados en la conuersacion q̃ os he cõtado, nos hallamos en la propia calle, y alçando sin pensar los ojos a vnas altas rejas, vi a mi dulce, y hermoso dueño tan triste, y pensatiuo, como yo venia, hizome con la mano señal, que me aguardasse, y assi con notable alegria, obedeciẽdola, con algun disimulo estuuimos Dõ Fernando, y yo vn breue espacio entretenidos, despues del qual auiendo buelto Doña Clara a la ventana, sacò en la mano vn papel, y mirando primero si auia seguridad en la calle, visto que nadie parecia, lo dexò caer, y tomandole con vna breue cortesia, dimos la buelta dos, ò tres calles, adonde auiendole abierto, leì las razones que se siguen.

Doña Clara, à Gerardo.

*No sè, amado, y querido señor, q̃ disculpa podreis dar a vn tan largo olaido, ni menos alcançar, ò entender que causa os aya dado esta vuestra firmissima, y verdadera esclaua, digna de rigor, y crueldad semejante. Oy ha ze veinte dias q̃ mis ojos no os hã visto, dos mil años que el alma os desea: mereza yo, Gerardo, veros esta noche, y saber de vuestra boca el mortal disgusto, que assi me tiene.*

El poco lugar que Doña Clara tuuo de escriuiros, dixo Dõ Fernando, fue causa de que viniessen tantos blancos en esse papel: a lo qual le respondi: Pareceos fiel amigo, que para el fuego q̃ me abrasa, es necessaria mayor materia, que las presentes razones? que puedo dezir, son bastantes a causarme, en tanto que no estè desengañada de nuestra remission, vna infernal tristeza. Mucho me espanto, replicò Don Fernando, que Doña Clara ignore la importãcia desta breue ausencia,

aun-

aunque por esso pintan ciego, y niño al poderoso amor, que como tal no piensa, ni repara en ningun grande, ò pequeño inconueniente, todos los atropella, y deshaze, hasta vencer sus dificultades, ò despeñar a los q̃ le siguen. Ya auia largo espacio, que el mayor de los Planetas, en las sagradas ondas del Atlántico bañaua sus furiosos, y veloces cauallos, quando viendo salir a su lucida hermana, nos despedimos Don Fernando y yo, citados para la hora acostumbrada, en quiẽ auiendo acudido a la calle de mi dama, y hallado la q̃ me aguardaua, mirando primero con particular cuidado, assi las vezinas casas, rejas, ventanas, como todos aquellos contornos, reconociendo toda seguridad, cõ ayuda de Don Fernando, y como solia, entrè, adonde tomando en los braços a mi afligido, y quexoso dueño, con breuedad la satisfize de sus injustas quexas, y juntamente la dixe, quan imposible nos auia sido el escusar el passado encuẽtro. A lo qual me respondiò, lo mucho que el caso tenia escandalizados à sus tios, y con quanto sentimiento tolerauan la eficaz sospecha, y presuncion del entender venia en su casa quien era origen, y motiuo de las heridas crueles de Don Rodrigo, y otras cosas deste mismo intento, que no me causaron poca pena; aunque el perdido amor, que me tenia arrobado el sentido, y potencias, me hazia facilitar con poca estima semejantes accidentes; y assi con este presupuesto, determinado à passar adelante, me despedi de Doña Clara, aduirtiendola, que para escusar otro semejante disgusto, aunque viesse en sus ventanas gente, nò hiziesse seña alguna, ni llamasse, mientras no me viesse sacar vn lençuelo. Y con esto, hallando a Don Fernando, que me esperaua, nos fuimos a nuestras posadas.

Desta suerte, y con la misma compañia, recato, y preuenciõ, acudi otras muchas noches al amoroso abrigo de mi dama; mas la mudable fortuna, que ya empeçaua a vsar de su acostumbrada condicion, pareciendole era tiempo de arrojarme del trono adonde con tãta gloria me auia leuantado, no quiso que passasse mas gustos, y deleites adelante, con la estabilidad, y quietud que hasta este punto. Deuio de quedar la ima-

gi-

ginacion de algun curioso ciudadano, y vezino, alterada con las heridas, y passada refriega de mi contrario, sospechando el verdadero principio della, y assi su demasiada solicitud hizo patentes a la vista mis amorosos passeos, y entradas, q̃ no tardaron mucho en salir a publica plaça, fuera de toda presunciõ en mi secrẽto; y assi vn dia, q̃ de semejante nueua estaua mas descuydado, asiendome mi amigo D. Fernando por la mano, me dixo lo mucho q̃ conuenia, procurar con todas veras, q̃ la prosecucion de nuestros amores y visitas fuesse por otra mas oculta parte; ò que si desto no auia lugar, tratasse cõ el valor de mi pecho, de ir suspendiendo, ò del todo retirando mi persona de la amistad de Doña Clara, porque de no hazerlo, adiuinaua ya, ò temia vn lastimoso fin.

Marauillaronme sumamẽte, y aun me dieron enojo las razones que aueis oido, y assi le roguè, que me dixesse desnuda, y claramente la causa, q̃ le auia mouido a aconsejarme vn tan estraño disparate, como era poner en oluido vna persona, sin quien mi vida fuera imposible sustentarse vn minuto solo. Y auiendole dicho cõ passion estas, y otras palabras, viendome Don Fernando pesaroso, y con tanta alteracion, con su acostumbrada prudencia me respondiò desta manera: Amigo Gerardo, si la satisfacion q̃ tengo de seruiros, y el verdadero amor cõ que os trato, y vos pudierades auer conocido, no assegurara mi credito, y intencion, no me tengais por hombre tal, que pretendiera sucitantemẽte obuiar vuestra derrota, y el progresso peligroso q̃ seguis, sin daros muy particular cuenta de las causas, y motiuos q̃ tuue, pues sino fueran de tan mala condicion, como es la publicidad de vuestros amores, entradas, y salidas, horas, tiempos, y lugares, no me arrojara a aconsejaros lo q̃ es justo, y yo deuo a nuestra amistad, la vuestra, y de D. Clara, o alomenos q̃ entrais, y salis en su aposẽto, es notorio en la Ciudad: à mi me la han aduertido, yo he fingido no saberlo: auisados somos, y cuerdos sois, reconoced semejãte suerte por muy buena, y entended sobre todo, Gerardo, que solo vuestro riesgo es el que me da cuidado, y que por mi parte, no siendo esta vuestra volũtad, no os he de

fal-

faltar hasta morir. Y cesso, dexandome cõ la suspension que podeis considerar, q̃ duda no la supe por la cõfiança segura de mi amigo, al qual no supe que responderme. Vi la razon que tenia, y lo mucho q̃ me importaua el no salir della; y por otra parte via tan arraigado mi coraçon en la aficiõ de Doña Clara, q̃ solo pensar la auia el tiẽpo de cõsumir, y acabar, como mortal, y perecedera, me causaua vn eterno, y profundo dolor, y pareciame imposible de xarla; y assi con vn tierno suspiro, nacido de lo mas secreto de mi alma, le respondi de esta suerte. No ha sentido, amigo amado, mi coraçon golpe de mas intolerable pena, q̃ el q̃ cõ las razones que me aueis dicho al presente lloro, y verme con la llaga de mi passion cancerada, y incurable, y juntamente tan desconfiado de remedio, me tiene puesto en tan afligido estado, que no os lo sabre encarecer. Reconozco que amenaza à mis cosas vna ruina aduersa, y miserable, y no hallo andamios suficientes, ni colunas bastantes à escusar su caida; y veome ir despeñando, y mis pensamientos, y discursos deshechos, y sin la fuerça superior, que en otros tiempos conformaua à la razon mi libre proceder; y aunque conozco esta verdad, ni sè, ni puedo determinarme a lo que tan biẽ me està, y vos me aconsejais. Esta noche verè si Doña Clara puede, ò acierta à dar en nuestros negocios mejor salida, y conforme à lo que de su respuesta resultare, hariẽmos lo q̃ mas conuenga. Con esta resolucion, y auiendose despedido de mi Don Fernando hasta la hora aplaçada, que mejor apercebidos, que otras vezes, nos juntamos en la calle de mi dama.

Hazia la noche mas serena, y apacible q̃ vieron los humanos, y con tan sordo, y general silencio, que èl solo parece que causaua en mi alterado pecho, aun mas segura confiança. Todo me parecia, q̃ à medida del deseo se nos iba traçando, y nunca menos estoruos, inconueniẽtes, y dificultades hallamos: que quando la desdicha ha de venir, hasta llegar, todo es cãpo franco, y camino deleitoso. Tardò Doña Clara, aun mucho mas de lo acostumbrado, y tanto, que tuue para irme bueltas las espaldas; pero estaua echado el dado, y auia de salir açar.

En

En efeto llegò la hora del verla, y auiendo hecho la seña, y juntamente ha oladola, subi, y entrè como soìa, y sin el menor rezelo me arrojè en sus braços, cuyas caricias, y regalos me traian loco: pareciòme, q̃ la hallaua cõ poco sossiego, y demasiadamente cõfusa: muchas vezes hablandome, se queda-ua en medio del camino: y si acaso yo la preguntaua, ò dezia alguna razon, me respondia cõ otra agena del proposito: mas como mi amor verdadero me cegaua, no conoci sus engañosas caricias, ni menos aduerti en aquellos falsos, y engañosos accidentes. Rogòme al principio, que me desnudasse, y esto con mas ahinco q̃ otras vezes, y con tantos ruegos, è importunaciones, q̃ otro que tan sin juizio, como yo no estuuiera, conociera sin duda su dañado intento: pero viẽdo me ageno de su parecer, cessò de importunarme vn breue espacio, despues del qual boluio a pedirme, que alomenos gustasse de quitarme por su defenfado, vn fuerte, y seguro jaco, que siempre traia vestido; y aũ que satisfize en esto, como en lo demas a su deseo, no fueron bastantes tan nueuas demandas, para que en mi coraçon cupiesse genero de sospecha, de q̃ eran en mi daño. Quando llego a pensar en la intencion infame desta muger, en el mismo punto pierdo el sentido, y como loco furioso, àvozes clamo al cielo, pidiendo el castigo de amor tan mal pagado, de volũtad tan desconocida, de seruicios tã mal empleados, de trabajos tan desagradecidos, y de suspiros, lagrimas, y dolores tã al viento esparcidos, y en el mismo viento deshecho: mas bien cierto viuo, amigo Leriano, q̃ no le faltarà el justo, y deuido castigo que amenaza a su ingrato, yaleuoso pecho. Y boluiendo a mi discurso, no auria media hora que estaua con la que entendia ser mi fiel seguridad, y mayor riqueza, quando senti con acelerado, y espantoso estruendo, auiã echado por el suelo las puertas del aposento, y queriendo a tan repẽtino caso ponerme en pie, adiuinando ya lo que ser podia, casi huuiera hecho vn mal lance: porq̃ auiendose abraçado Doña Clara conmigo muy apretadamẽto, acabando de conocer su maldad, primero que de sus braços me vi libre, ya estaua cõmigo su tio, y los mas de sus cria-

criados, con mas armas, y el truendo, que el que se requeria, para poner a vn muchacho de diez y ocho años en aprieto: y reconociendo el notable peligro, queriendo echar mano à vn pistolete, q̃ en la cinta traia, hallè que Doña Clara le tenia en sus manos: con que vista mi perdicion, y que las vozes de su tio eran de muera, muera, auiendo arrancado de mi espada, y cobrado juntamente la puerta por donde era mi salida, a pesar de todos los que me lo impedian, me arrojè à la calle por la ventana, ayudando me vn bote de alabarda, que me hizo preuenir con mas brevedad el suelo, dexandome por despojos, capa, sombrero, y pistolete. Apenas puse los pies en tierra, quando diziendo à Don Fernando me siguiesse, que ya auia oido lo que passaua, en vna imaginacion, como alcotanes nos desaparecimos de sus ojos.

No sali tan bien parado de la feria, que no lleuasse, como dizen, q̃ contar, y que curar de ella mas de diez pares de dias, con vna gran cuchillada en la cabeça, y vna estocada por el hijar izquierdo; la qual auiẽdo seme resfriado; fue forçoso, q̃ tomandome Don Fernando en sus ombros, como a otro Anquises, me traxesse à vn Monasterio de Frayles Dominicos, adonde fuy con notable caridad recibido, y curado. D. Fernando, à ruegos, y importunaciones mias, temiendo hazerle complice, se huuo de ir à su posada. Quando esta desdicha me sucediò, ya mi padre auia llegado al limite de su gouernacion, y estaua à la sazon en medio de la acostũbrada residencia, q̃ tomaua vn seuero, y riguroso juez, de los señalados por el supremo Cõsejo. Este, pues, fue el q̃ auiẽdo, assi en mi posada, como en otros secretos lugares, hecho en mi busca grandes diligencias, no hallando de mi rastro alguno, no faltò quien le dixo la verdad, con q̃ sin embargo de la inmunidad quebrantada, y de los muchos requerimientos que los Frayles le hizieron, se determinò a sacarme, y en vna silla cerrada me traxo hasta vna fuerte torre, en quiẽ auiendo puesto bastante guarda, me dexò preso. No escusò mi padre, cõ el sentimiento deste disgusto, aunque cõ valor disimulado, el hazer q̃ agrauando censuras, y excomuniones, me restituyessen à la

Iglesia, àq̃ no les faltaua alegaciones en contra, con las quales, y en probanças, y terminos se fue hartos dias dilatando mi prision. Yo estaua con estos sucessos tal, qual echareis de ver, aunque no del todo desengañado en la causa distinta, que le auia mouido a Doña Clara, de quien, para mas confusion mia, me enseñò mi hermano Leoncio vna declaracion firmada de su nombre, en que no tan solamente, con clara, y euidente razon me culpaua, sino que pretendia assimismo auer sido gozada de mi cõfuerça, y que violentamente le auia puesto, porque se defendia, vn puñal à los pechos, de cuyo temor, auiendo precedido primero palabras de casamiento, cõdecédiò con mi gusto, cosa tan agena de la verdad, q̃ aueis oido, y sabe el justo cielo. A esto se juntaua el quebrantamiento de vna casa de tanta calidad, y otras circunstãcias, q̃ venià à poner mi negocio en terribles terminos; y à no estar de por medio el sagrado refugio, mi vida en contingencia de perderse.

No era menos odiosa, y cruel la declaracion de aquella serpiente venenosa, enderezada solo à verse harta, y satisfecha de mi sangre. Tenia el papel en mis manos, y aunque conocia su firma, no acabaua de entender, ni dar credito a lo que via, antes sospechaua, que carecian mis ojos de la virtud visible, q̃ los sustenta; quedè atonito, y suspenso, y casi del todo perdido al juizio, y viendome tal, rogando a los que me acompañauan, me dexassen solo, arrojandome encima de mi lecho, dando profundos, y lastimosos suspiros, estuue la mayor parte de el dia, y tan apretado de mi nueuo dolor, que entiendo à no temer el castigo eterno, diera infame cuenta de mi persona. Al fin, considerando las obligaciones que tenia, y la graue ceguedad de mis antojos, por causa tan indigna de semejante sentimiento, me determinè à oluidarla, y con tantas veras aborrecerla, como del intento destos versos lo echareis de ver.

*Babilonia, y sirena en lengua, y canto,*
*Quimera en el compuesto indiferente,*
*Esfinge en las preguntas, inclemente*
*Hiena, y Crocodilo en voz, y en llanto,*
*Cuena de Circe, yerua de su encanto,*

Hues-

*Hueſped Diomedes, placida ſerpiente,*
*No viſta entre las flores, dulce fuente,*
*Que lo conuierte todo en duro canto,*
*Ya te conozco, ya penetro, y veo*
*Por el viril del deſengaño noble,*
*Dentro en tu pecho el alma que te rige.*
*Ya ſe acabò conmigo el trato doble,*
*Pues ya fuerço al Vliſes del deſeo,*
*A que en el arbol de razon ſe fixe.*

Ya avria dos meſes que eſtaua preſo, quando conociendo mi padre la mudança de mi voluntad, y lo poco que della ſe podia temer, dexando mi negocio en buen punto, y à mi hermano en mi compañia, con algunos criados, èl, y lo reſtante de nueſtra caſa dieron la buelta à Madrid.

No pararon aqui mis naufragios, y tormentas, antes puedo dezir, que deſde aquella hora tuuieron principio, porque dẽtro de pocos dias, como mi padre llegò a Madrid, fue Dios ſeruido de lleuarſele, quitãdome la joya de mas valor q̃ me auia dado. Luego como lo ſupimos ſe partiò por la poſta mi hermano; y aunque es verdad, q̃ en Talbora teniamos infinitos amigos, à quien aſsi mis padres, como Leoncio, y yo auiamos grangeado, todavia ſentimucho ſu auſencia, porque en ſaliendo de la ciudad ſe declarò a vanderas deſplegadas por mi enemigo D. Rodrigo, confiriẽdonos a mi hermano, y a mi por los autores de ſus heridas. No faltò quien de mis amigos ſe le opuſo: y el que mas ſe moſtrò de mi parte fue el buen Dõ Fernando, con cuya prudente conuerſacion hallaua cõſuelo en medio de tan grandes deſventuras; y no fueró las de menor ſentimiento para mi alma, boluer Doña Clara a acordarſe de mi, eſcriuiẽdome vn papel lleno de diſculpas engañoſas, fingidas lagrimas, cõceptos, y razones ſin fundamento. Queria eſcuſar en èl mi ingrata dama, el termino de mis heridas, y aun el eſtilo de ſu confeſsiõ. A lo primero, con auer ſido engañada de ſus deudos, q̃ pretẽdian darla à entender, que ſolo aquel camino auia para ſoldar ſu publica afrẽta, y ganarme por eſpoſo, del qual yo le auia dado fè, y palabra, como

tenia declarado, aunque cótra toda verdad: pero forçada del temor del perder la vida si con semejante disculpa no escusaua para con sus parientes el cometido yerro. Pero a las circunstancias que tuuieron mis heridas, y el disponer este intéto, desarmandome por vna, y por otra parte, y por otra, assegurandome con tan nueuos estremos, para mejor entregarme en las manos de los suyos; ni las saluò, ni pudo con toda su falsa retorica probarme argumento, que haziendola en el caso inocente, la dexasse sin menos que vna vehemére sospecha, de que sin duda ella, ò atemorizada, ò conuencida de las persuasiones de sus deudos, vino con ellos en el cõcierto de mi muerte, y vengança de su amorosa injuria; la qual no auiendo efetuado, acomodandose con el tiempo, les fue fuerça guiarla por el camino de mi prision. Y esta sospecha mia, aunque al presente os parezca incierta, muy presto con lo q̃ oireis fereis desengañado; pues en lo que despues hizo doña Clara, no solamente la confirmò, mas dio nueuos indicios de su inconstante amor; pues es llano, q̃ à ser aqueste en ella verdadero, ninguna causa la pudiera obligar al deseo de mi perdicion: y ya q̃ esto quisiessemos dissimular por vengança: su incõtinencia, su nueuo amor y liuiandad, de que suerte dexarà de hazerla muy culpada? No quiero, noble amigo, anticipar mi pena, con las causas, que presto aueis de oir con lastima en mi cuento; y assi avreis de sufriros, hasta que llegue en el su propio lugar, que en este solo os puedo dezir, que su papel causò en mi ofendido animo tanto enojo, que lleuado de arrebatada colera en las espaldas de lo que venia escrito, respondi casi precipitadas algunas de mis justas quexas.

Passar quisiera adelante el afligido Gerardo, dexando en blanco su respuesta, si la curiosidad de Leriano no le interrũpiera, pidiendole no se escusasse dezirle el despidiente que le auia dado, si acaso, como lo demas, estaua en su memoria; pues no era posible, estando los negocios en tal termino, dexar de auer sido muy riguroso. A q̃ Gerardo, con vn entrañable gemido, le respondiò de aquesta suerte. Estan, amigo amado, vertiendo aun todavia sangriéto humor de mi lastimado co-

corçon los mas minimos gol-
pes de aquellos insufribles tra
bajos, y las cenizas guardã en
su macilento color parte de el
encendido fuego, con q̃ enton
ces se abrasaua el alma; y siẽdo
esto assi, mal podrà auer olui-
do en su mas ligera imagina-
ciõ, obra, ò palabra, sino q̃ fue-
tõ de tan excessiuo rigor las q̃
en aquel pũto salierõ de mi pe
cho, que aun siendo ofendido,
como al fin quise cõ tan fuerte
amor, y voluntad, si và à dezir
verdades, me ha pesado de lo q̃
entõces escriui, y aora recusaua
traer à la memoria; mas pues
gustais, passe plaça este, como
los demas pensamientos; escu-
chadle sucinto en estos versos.

*Pandora vil, tu rigor*
*No es altiuo ni es ingrato,*
*Ni doy à tu injusto trato*
*Titulo de disfauor:*
*Con prendas de mas valor*
*Era lenguaje discreto,*
*Como necio, y imperfeto*
*Contigo, y mugeres tales,*
*Que solo à las principales*
*Se les deue este respeto.*
*Si dexo tu alene cama,*
*Loba voraz, y sangrienta,*
*De tu lado, y de mi afrenta*
*Salgo à despertar la fama,*
*Que si me tocò la llama*
*De tu lasciuia cruel,*
*No fuy estopa, ni papel,*
*Pues de mis passados bienes,*
*Aun reuerdece en las sienes*
*El ya tostado laurel.*
*Fuy Adonis de tu apetito,*
*Venus amante lasciua,*
*Y agora Daphnes esquiua*
*Del Apolo à quien imitot*
*Ser Adonis fue delito,*
*Ser Apolo es premio igual.*
*O quantas vezes el mal*
*Haze bien, aunque maltrata:*
*Sè tu mi Daphnes ingrata,*
*Serè yo Apolo inmortal.*
*Vio del mal-logrado moço*
*La diosa de los amores*
*Tintas en sangre las flores,*
*Y al tierno, y dorado bozo,*
*Sin esperanças, ni gozo,*
*Como tu las piedras llenas*
*Del rojo humor de mis venas:*
*Que nunca en mugeres ruine*
*Se ven los dichosos fines*
*Que dàn las q̃ fueron buenas.*
*Ya no me enredan las penas.*
*De tu dulce laberinto:*
*Viue tu Lamia en Corinto,*
*Que yo me estarè en Atenas:*
*Que si imitas las sirenas*
*Que cantan para encantar,*
*Desde oy pienso el alma atar*
*Al arbol del desengaño,*
*Porque passe sin tu daño,*
*Como otro Vlises el mar.*

Bien claramente dais à en-
tender, dixo Leriano, en estas

Espinelas (que assi podriamos llamar este genero de poesia, pues su primer inuentor fue el Maestro Vicente Espinel, insigne musico, y elegantissimo Poeta Castellano, y Latino) el sentimiento de vuestro justo enojo, solo me parece demasiado en desear mas vengança de la que vos mismo aueis tomado, dexandola; pues si se mira sin passion, la q̃ es mas sangrièta, y la que en vna muger haze mayor destrozo, es ver se tratada con oluido, y desprecio de quié antes fue querida, y adorada. No puedo negar, respondiò Gerardo, razõ tan cuidéte: pero si aduertis, q̃ el impetu colerico de vn hombre, y apassionado, es irremediable, tambiẽ echareis de ver tengo disculpa, quanto y mas donde sobra razon, y paciencia falta. Yo sè, que fue esta enemiga mia merecedora, aun de mas asperos, y desabridos despidientes; y por lo menos este fue bastante a poner treguas en la prosecucion de sus enojosos villetes.

No passaron muchos dias, despues de los quales reconociendo mi hermano Leoncio, quã a la larga iban mis pleitos, y negocios, se determinò a hazer lo q̃ mucho antes, sino fuera por el desassosiego de mi madre, huuiera puesto por obra, y assi auiendome apercebido, vispera de los Reyes en la noche llegò cõ sendos caualos a la puerta de la torre, con vn criado de satisfacion, a quié dexando en guarda dellos, subio adonde yo estaua en su espera, que viendole no fuy perezoso a entrar en mi quadra, y tomando vna espada, que en lo mas secreto della tenia, sali a ayudar à mi hermano, q̃ ya andaua con la suya en la mano, embuelto entre los hombres q̃ me guardauan, delos quales cõ breuedad nos vimos libres: porq̃ no queriẽdo arriesgar las vidas, donde tan poco auenturauan, dando vozes, y apellidãdo al Rey, tomaron mas que de passo la calle, y los q̃ quedaron, rotas las cabeças, y mal heridos, les conuino darnos lugar, y franca salida: y auiẽdo tomado ligeramẽte las sillas de los caualos, qual el veloz viento salimos de la Ciudad lleuando yo el criado à las ancas, à tal tiempo, que ya ibã acudiendo infinitas gentes en socorro, y ayuda de las guardas. Aquella noche, tomando el viaje de la Imperial Toledo, nos amaneciò de aquella parte de la Ciudad,

dad à pocas leguas de la villa de Ocea, adõde mi hermano tenia la mayor parte de su mayorazgo, y hazienda. Alli cõ mas seguridad, y sin las dilaciones q̃ acarrean, y traen consigo los largos pleitos, auiẽdo intervenido personas de meritos, y calidad, de por medio, se començò à dar la mejor orden, y salida, q̃ mis negocios podian tener, y yendose tratãdo con buenas esperãças de concierto, la muerte acelerada del Capitan Escobar, padre de Doña Clara, lo estorvò, y deshizo, ceſſandò por entõces todos nuestros tratos, y conueniencias. Treinta dias avtia, que à mi dama le auia sobrevenido esta desgracia, quando por cartas de mi leal amigo Don Fernando supe como faltò vna noche de casa de su tio, cõ grande alboroto, y detrimiento del noble, y ancia no cauallero, y general escandalo, y murmuracion de toda la ciudad, y mayor mientras menos rastro se pudo hallar de Doña Clara, aunque para saberlo se hazian notables diligencias, y grandes prometidos al q̃ della diesse noticia. Sobre este increible caso me escriuio mi amigo otras muchas aduertencias, q̃ causaron en mi no pequeña confusion, y cuidado, ignorante del arrebatado pensamiento con que Doña Clara se huuiesse mouido a semejãte locura, y liviandad; y aun os prometo, q̃ no las tuue todas conmigo, pareciendome, q̃ sin duda, quando menos pensasse, la auia de ver entrar por mi posada: y temeroso de semejante acaecimiẽto, dẽtro de dos dias apercebi mi viaje para la Corte, y Ciudad de Valladolid, q̃ pocos años antes à ellà se auia mudado de mi antigua, y querida patria. La novedad desta no pensada mudança, y lo q̃ de la soledad, y apretura de entrãbas se dezia, puso en mi deseo mas vivos azicates, para que abreviasse en la partida, como enefeto lo hize, saliendo de Ocea, despues de auer atropellado mil dificultades, y estorvos, y en cõpañia de Senabria, criado muy querido de mi hermano, y à quien yo tenia particular amor. Dexo de dezir algunos aguetes, que tuue aquel dia, porque nunca de semejantes cosas hize melindres; aunque os prometo, que si en ellos reparara, y quando mi cauallo al salir de la villa, en medio de vn florido prado tropezò, dando consigo, y cõmis ojos en el

suelo, me boluiera, como tuue propósito, nunca yo huuiera dado en las crueles, y aleuosas manos de mis enemigos. Mas boluiendo à mi viaje, al poner se el Sol llegamos a pisar los encendidos pedernales de la antigua Mantua, auiendo atràs dexado algunas leguas, en las fertilissimas riberas del dorado Tajo, y escondido Xarama, al nueuo, y celestial paraíso Aranjuez, considerando en las famosas riberas, y en las cristalinas fuentes, lacias, y marchitas flores, que assi vnas, como otras, acompañauan en el deuido sentimiẽto al diuino, y celebrado Mançanares, que verdaderamente mostraua en sus humildes, y plateadas margenes, secas, y agostadas murtas, trebol, jũcia, y verbena, las lagrimas, q̃ por su ausente dueño distilaua, desgajandose de los neuados riscos, y erizados montes de Guadarrama, q̃ hasta las mismas peñas, y insensibles plantas, dauan a entender cõ sus amargas quexas, el triste pesar, y dolor de tan no merecido trueco. Y à fe mia, que entiendo acompañaros, sin ser descuido a sus tristes corrientes las lagrimas de mis ojos. Tal efeto causò en mi ver las desiertas calles, despejadas plaças, tapiadas puertas, inhabitadas casas, clauadas rejas, y cerrados balcones: al fin, no hallè cosa con cosa, y como dizen, todo me parece vn caos de espantosa confusion, llàtos, despedidas, tiernos gemidos, y dolorosas vozes, con que no vi la hora de salirme fuera de mi arruinada Troya; y assi auiendo visitado à mi madre, y casa, al nacer del Sol el siguiente dia la bolui las espaldas, enderezãdo à la fauorecida mi viaje, acõpañado de inumerables gẽtes, q̃ la iban dexãdo; que a vn caido, y desgraciado, aun sus mismos hijos, partos de sus entrañas, le oluidã, y desamparã.

Apenas auia salido de entre las texidas, y enmarañadas arboledas de la Real casa de el Campo, quando me alcãçò vn hombre de razonable talle, q̃ assimismo caminaua en vn caballo tordillo, de gentil passo, el qual despues de auernos saludado, me preguntò, si caminaua à Valladolid? Y auiendole respondido la verdad, haziẽdo demonstraciones de que se alegraua, me replicò que èl iba el mismo viage, y que si yo era cõtento, me acompañaria hasta el fin dèl, y yo, q̃ no deseaua

otra

otra cosa, por auerme parecido en trage, y conuersacion hombre entretenido, con no menor cumplimiento se lo agradeci, condescendiendo con su gusto. Llegamos aquel dia a hazer siesta à vn pequeño lugar, y auiendo en èl hallado muy gran carestia de regalo, bastimentos, y posadas, mientras descãsauamos mi cõpañero, y yo, temeroso de otro semejãte alvergue la venidera noche, le mãdè à Senabria, se adelantasse a tomar en el puerto la mejor comodidad que ser pudiesse; y el compañero, q̃ era quien me lo auia aconsejado, apretando en mi proposito, tuuo efeto, quedãdonos los dos solos hasta q̃ fue refrescando la tarde, que auiendonos puesto a cauallo, boluimos a nuestro camino; y entre otras cosas, q̃ el que cõmigo lleuaua me preguntò, fue al descuido dezirme, si auia otra vez ido aquel camino? A lo qual respõdi, que nunca, asegurado de la traiciõ que me iba aparejando, con q̃ como dizen, deuio de caerselc la miel en la boca, y a mi el agraz en los ojos. Ya se arrojaua Febo en las profundas ondas del Oceano, quando tomando mi guia vna mal vsada senda en la mano, pareciendome nos apartauamos del camino real, se lo aduerti; mas respõdiome, que era vn breue atajo para el vezino puerto, sabido dèl por la larga experiencia, y curso del viaje. Oi q̃ detràs de mi venian passos de caualios; y assi entendi seria cierto lo que èl afirmaua, y yo con sano pecho creia. Esta necia confiança me hizo oluidar totalmente el buen discurso, que deuia tener vn hombre, rodeado de tan recientes, y arduas ocasiones, pues en lugar del recato que tanto siempre auia preuenido, sin consideracion de la que pudieran con mayor vigilancia traer sobre mi mis enemigos, me embreñè solo con quien no conocia, y por tierra, q̃ tan ignorada era de mi. Mas estaua ya de superior prouidencia dispuesta mi desgracia, y era imposible el escusarla. Digo, pues, señor Leriano, q̃ no auiamos caminado mi cõpañia, y yo por la angosta senda vna pequeña legua, quãdo llegaron a nosotros tres hombres de a caualio, q̃ à lo que presumi, fueron los q̃ grande espacio auia, que en nuestro seguimiento venian. Iba el que me acompañaua delante de mi, desuerte,

que

que vine à quedar en medio de los quatro, y cercado de vna parte, y otra del cerrado, y escuro monte, y en esta forma fuimos caminando, sin hablarnos palabra, hasta que auiendo cerrado la noche muy escura, quando menos cuidado traia del futuro sucesso, me oì llamar por mi propio nõbre; y os prometo, q̃ sino pareciera aun el pensarlo disparate, dixera, y afirmara ser la voz de Doña Clara la misma que auia oido: y con la alteracion, q̃ me causò este pensamiento, queriẽdo reboluer à aquella parte el caualllo, mi aleue cõpañero lo hizo con el suyo mas facilmẽte, y casi sin poderlo ver me tirò vna cuchillada, y fue tan venturosa, q̃ esta entiẽdo me dio la vida, porque cortandome las riẽdas, quando acordè no tuue con que gouernarme, y mientras en vn instãte passò esto, tuuieron los tres lugar de darme algunas heridas, y auiendome puesto en mi defensa, y como mejor pude con la espada en la mano; el vno de los tres, que por auerse caido el reboço, conoci ser D. Rodrigo, me dispatò vna pistola, de la qual el piadoso cielo quiso librarme, aun q̃ a lo q̃ sospecho, hiriò mi caballo, porque al punto, sin poder, por la falta de freno remediarle, y morir, aguardando, como bueno, arrãco qual si fuera vn torbellino, por entre aquellas fraguas, y malezas, de suerte, q̃ aunque me siguieron, mi caualllo iba tan desapoderado, que fue por demas el darle alcance: à q̃ quizà entendieron iba su dueño herido de muerte, como assimismo, y bien apriessa lo iba reconociẽdo en mi debilitado espiritu, y profundo desfallecimiento, con el qual me acuerdo di del caballo abaxo fuera de todo mi sentido, sin boluerme enteramẽte à recobrar, hasta tanto que me hallè en vuestra compañia; y lo q̃ assimismo muchas vezes me pone en confusion, es auerme encontrado vos tan fuera del oculto monte, y en medio del camino desta ciudad, sobre semejãtes andas, como me aueis cõtado, por donde colijo, que otras personas antes q̃ la vuestra auiã començado à hazerme algun beneficio, aunq̃ la causa del dexarme en tal estado, ni la puedo rastrear, ni menos entender; solo esto y cierto, y assegurado del amor, y voluntad con q̃ de vuestras manos fuy, y he sido amparado, à las quales

deuo-

deuo esta desdichada vida, q̃ miẽtras me durare empleare en vuestro seruicio, como agradecida hechura, y siruo vuestro.

Aqui diò fin Gerardo a su lastimoso cuento, al qual boluiẽdo de nueuo à abrazar Leriano, condolido de su triste sucesso, los ojos llenos de agua, dixo las siguientes razones. No mas ofrecimientos, señor Gerardo, que me tienen vuestras desventuras tan enternecido, quanto deseoso de salir à su vengança, como antes os tengo prometido, y agora con mas justa razon bueluo à afirmarme en mi primer proposito, pues sè la justicia que teneis de vuestra parte. Bien cierto estoy, respondiò Gerardo, que de qualquier vengãça que tome del traydor de Don Rodrigo, nadie en ningun tiẽpo podrà culparme, èl nos dirà lo que hazer deuemos, que agora estoy de parecer de que me injuria se dissimule.

El largo discurso de la tragica historia de Gerardo hizo luficiẽte hora para cenar èl, y su buen amigo; y auiendolo puesto por obra, y reposado lo q̃ de la noche les quedaua, apenas auia llegado la siguiẽte mañana, quando entrando por la camara adõde dormian, el hueped de la posada los recordò, diziendo se leuantassen, si ver gustauã la justicia, que de tres hombres se hazia aquel dia en la ciudad, lo qual auiendo entendido Leriano, le pregũtè la causa, o el delito, porque assi auian sido à muerte condenados, a q̃ nunca le fue dada por el hueped euidente respuesta, como quien ignoraua el verdadero origen deste negocio: solamente le satisfizo con la comũ, y general voz del pueblo, que dezia erã ajusticiados por vn famoso salteamiento, con que pidiẽdo los dos amigos de vestir à sus criados, y viẽdo el hueped que lo hazian cõ algũ demasiado cuidado, les sossegò, aduirtiẽdoles de q̃ passauan siempre por su puerta, y calle, y assi desde las ventanas, y rejas que a ella salian, dentro de breues horas pudieron ver passar entre innumerables gẽtes, y de uotos Religiosos, los miseros y afligidos hombres; a cuyas espaldas venia embuelto en el concurso de las gentes, y acompañamiento, vn mãcebo de razonable talle, y habito, haziendo cõ notable estremo dolorosissimo llanto, y auiendo en èl reparado algun tanto los dos

ca-

caualleros, y amigos, fue sin perfar al punto de Gerardo conocido, porque quiero que sepais, que este mismo era su fiel, y querido criado Senabria, al qual, si se os acuerda, la tarde de su desdicha auia embiado à preuenir para la siguiente noche hospedaje regalado, que teniendolo todo apercebido, y viendo que su dueño no venia, ni menos pudiendo imaginar la causa de tan notable tardança, adiuinando algũ desastrado suceso, antes que amaneciesse diò la buelta por el mismo camino, peguntando a quantos encontraua por su perdido señor. Quiso, pues, su fortuna que a este propio tiempo atrauessasse por el camino que Senabria venia, vn rustico pastor, que apacentaua vna pobre manadilla de blancas, y pintadas ouejas, que auiendo oido su cuidadosa pregunta, y razonamiento, no con pequeña admiracion le dixo, como pocas horas antes auia visto sacar de aquellas conuezinas, y fragosas montañas, vnos ganaderos, y campesinos hombres, que entre vn gran tropel de guardas, y villanos lleuauã presos, y maniatados à vna cercana aldea, que de aquel puesto estaria dos leguas; y que a lo que auia podido entender, el lleuarlos de aquella suerte era, porque auian muerto en aquella espesura à vn noble caballero, por robarle lo que lleuaua, y vn gentil caballo, en que perdido acaso caminaua la passada noche. Que como esto fuesse entendido del lastimado moço, dando alaridos, como vn loco furioso, creyendo fuesse el muerto su querido Gerardo, sin quererse informar mas largamente del pastorcillo, por la parte àzia donde con la mano le señalaua al passo mas ligero de su caballo, se métiò en su demanda la montaña adentro.

No auia el hõbre, que à Senabria informò desta manera, andado muy descaminado, si traeis a la memoria aquellos tres piadosos pastores, q̃ embreñandose por el espeso monte, dexamos al principio deste discurso, y en su seguimiento aquella tropa, y cãsila de guardas, y Serranos; pues aueis de saber, que no pudieron tan ligeramente escaparse, y huir de tantos como les seguian, que antes del venidero dia siendo muy acosados, mal de su grado huuieron de venir à las manos,

nos, y poder, de quien con tan ardiente rabia eran perseguidos, y como otros muchos de aquellos barbaros anduuiessen derramados en su busca, algunos dellos dieron con el caballo, que la noche antes auia alborotado a los pobres presos, y otros, auiendo llegado al sitio, y lugar donde el herido Gerardo cayò, y fue hallado, viendo la tierra, y verdes yeruas matizadas de su reciente sangre, no pudieron menos de alterarse en semejante acaecimiẽto, y procurãdo saber quiẽ tan sangriẽto rastro auia dexado, escudriñando los espesos, y cercanos arboles, a poco espacio de alli, hallarõ vna guarnecida capa, y assimismo vn bordado, y luzido sombrero, con vna dorada, y desnuda espada, de azerados, y finissimos temples, con que mas admirados, y cõfusos de lo que antes estauan, sin aguardar à entender, ò rastrear la verdadera causa dese secreto, con velozes passos dieron la buelta adonde auian dexado la restante compañia, à la qual hallaron, y que ya assimismo tenian el caballo en su poder: porque aunque es verdad no fue el cobrarle sin gran trabajo, por estar suelto, y en su libre voluntad; al fin como eran tantos, y al pobre animal se le huuiesse resfriado vna peligrosa herida, que encima de los pechos tenia, en breue espacio le hizieron desmayar, con que fue de aquellos villanos ligeramente assido; y no poco admirados, viendo las prẽdas, q̃ les compañeros traian, todos de acuerdo fueron, en que sin duda huuiessen muerto por robarle à su dueño, los que ya tenian presos, y maniatados; y aunque los desdichados, como inocentes, procurauan, cõtando lo que verdaderamente passaua, descargarse, no huuo remedio de que disculpa se les admitiesse, ni menos entre aquel tropel de hombres, aunque muchos eran sus deudos, y aliados, huuo quien se atreuiera, por medio de las guardas, y atrocidad del sucesso, à soltarlos, cõ que oluidando todo piadoso pensamiento, con vozes, y algazara, arrancaron con ellos, à tal hora, que auiendo caminado el afligido Senabria, con la priesa, y aceleramiento q̃ su congoja requeria; oyendo el estruendo, y vozeria, que leuaua el villanaje, guiado de sus vozes, y cõfusos ecos, acertò tan bien, que al salir de la es-

pe-

pesura dio con ellos; y auiédolos, como pudo, saludado, y preguntado à los que atràs venian, por la ocasion de su cuidado, reconoció el ligero caballo, q̃ entre dos hombres bien aferrado caminaua, y dãdo vn doloroso grito, desapoderado y sin juizio, se dexò caer en el suelo, y acudiendo a su socorro algunos de los mas cercanos, se detuuieron, viendole, q̃ con la espada en la mano, con amargas vozes arremetia para ellos, diziendo le enseñassen los traidores, q̃ a su querido señor auian muerto; de que no se vieron en poca fatiga de quietarle, las guardas, y los mas platicos de aquellos rusticos, y seluaticos hõbres; de los quales auiendo entendido lo q̃ passaua, sin detenerse vn punto, cõ quatro villanos, a quien prometiò satisfacion de su trabajo, dio buelta a la vezina selua en busca del q̃ ya contaua en la otra vida. Mas como no fuesse possible hallar dèl algun rastro, tomò el camino de la antigua Seleuca, acõde auiendo llegado aquel dia, y dado cuenta de lo q̃ en su distrito passaua, à vn principal varon q̃ la gouernaua, y juntamente de quiẽ era el difunto caballero, sin querer descansar, ni tomar reposo, caminò toda la noche, y el siguiẽte dia entrò por las puertas de su amada señora, y madre de Gerardo, que como ya he contado, viuia en la famosa Mantua. Aqui fueron los justos sentimientos, el verdadero llanto, y terrible dolor, los espãtosos alaridos de la triste, y lastimada señora, cuyos ojos, en vez de las liquidas corrientes de su honor, vertierõ pura sangre, efetos verdaderos del interior tormento de su alma, la qual fue gran marauilla no despedir el desmayado cuerpo, y fue tal su lastimoso afligimiento, que aun participa dèl la mia al repetirle. Mas deseo tanto abreuiar, y salir destas fatigas, que por no atormentar con ellas los q̃ leyeren estos funebres rẽglones, me ha parecido passar en silencio las particularidades de tan justos sentimientos.

Luego sin dilacion, despachò la afligida madre por el valeroso Leoncio, hijo suyo, y hermano de Gerardo, q̃ a la sazon assistia en la noble, y leal villa de Ocea, adonde no fuerõ dèl, y de todo el cõcurso del lugar, menos sentidas, y celebradas las tristes, y dolorosas nueuas. Pero reconociendo el enterneci-

necido hermano, lo mal que de aquella suerte a su vengança se acudia, con infinita breuedad, sin querer aun reposar en Mantua, trocando por momentos caualos, y ligeras postas, llegò a la gran Seluca, acõpañado de algunos deudos, y criados, adonde luego fue informado mas en particular del tragico sucesso, por Don Manuel, señor de Ojanto, y Gouernador de aquella ciudad, a quien ya auia hecho traer los tristes, y sin ser lo, homicidas, y cõ la presencia de Leoncio, en breues dias, y cortos terminos, auiẽdo, por los grãdes, y vehemẽtes indicios, q̃ contra ellos auia, dadolos crueliſsimos tormentos, faltandoles cõ la fuerça el animo para sufrirlos, todos tres confessaron de plano quanto se les pedia, y imputaua, con que rectisſsimamente fueron condenados a rigurosa muerte; y llenandolos por las calles acostumbradas al lugar del suplicio, acompañados de innumerables gentes, que assi de la ciudad, como de todos aquellos lugares cercanos auiã acudido, por ver el espantoso espectaculo; quiso su buena suerte, o por mejor dezir su inocencia, que siendo, como arriba dixe, conocido del herido Gerardo, su querido hermano Senabria, espantado de verle hazer tan increible llanto, mandò à vn criado, que saliesse à llamarle con la breuedad, que su deseo pedia, que como semejante razon oyesse el afligido moço, y assimismo conociẽdola voz de Gerardo, leuãtasse la cabeza, reconociẽdole en la reja adonde estaua, abiertos los ojos, sin mouer pie, ni mano, qual arrobado en extasi, se quedo admirado, y suspenso. Mas boluiendo en si de aquel tẽpano espãto, dãdo vozes, y dexando en medio de la calle el sombrero, y la capa, sin acuerdo humano, se abalançò a los pies de Gerardo, q̃ ya auia baxado à la puerta de la posada, adonde en vn momento fueron rodeados de infinitas personas, que forçadas de la nouedad, y estremos que Senabria hazia, se llegauan à ellos, por ver en lo que semejante ocasion parauan. Dezia el fiel criado: Como es posible, señor, q̃ vos seais mi querido Gerardo? Es cierto que os ven mis ojos, que os tocan mis manos, y que à vuestra deseada voz oyen mis oidos? O amado dueño mio! posible es, que sois vos mi difunto

funto señor, ya aquel mismo, que tan llorado sois, y aueis sido de vuestros deudos, criados, y intimos amigos? Mas que dudo, pues verdaderamente mis manos propias son las que vino os tocan, y mis ojos los que sin estar ciegos al presente os miran? Los cielos santos, que de vuestra desdicha se han compadecido, tambien han sido poderosos para descubrir, como justos, y sapiétissimos jueces, los aleuosos, y traydores, que en tal estado os pusieron, trayendoles al merecido castigo, que aueis visto. Estas razones, y otras dezia el buen Senabria, aun mas descompuestas, y amorosas, forçado de la eficacissima alegria, y contento, que recibia, con la no pensada vista de Gerardo: el qual espantado de lo que le oia dezir acerca de los autores de sus heridas, pensando estuuiessen presos, auiendo retiradose dentro de su posada con el amigo, y noble cauallero Andaluz, le preguntò mas en particular lo que de aquel caso sabia, que siendo del entendidolo que os he contado, conociendo la lastimosa tragedia de aquellos hombres, que sin culpa iban inocentes à padecer con las lagrimas en los ojos, lleno de tierna compassion, auiédo por su flaqueza subido en vn caual-llo, y Leriano en otro, salieron à muy largo passo, y con veloz corrida de la posada, que esta breuedad fue la que saluò la vida à los pobres, que ya estauan al pie del espantoso sacrificio. Mas como de los ministros de justicia fuesse visto el tropel cõ que aquellos caualleros venian, acompañados de criados, y de otra infinita gente, que los seguia, entendiendo, que querian impedir la execucion, y muerte de aquellos hõbres, apellidando fauor, Rey, y justicia, se les pusieron al encuentro, con que no fue pequeño el escandalo, y alboroto, que en la plaza, y ciudad se causò; y auiendo llegado à noticia del Gouernador, con otros muchos caualleros, y entre ellos el noble Leoncio, salio à la plaza, que ya auiendo sido entendida la justa demanda de los dos amigos, estaua mas soffegada, y acabò de quietarse, quãdo auiendo conocido Leoncio à su hermano Gerardo, con los brazos abiertos, bañando el rostro con apacibles lagrimas, no con menor espanto que Senabria, assi à cauallo, como estaua

laua corrió à abrazarla, y en su seguimiento el prudente Don Manuel, y los demàs Caualleros, entre los quales passaron innumerables cũplimientos, q̃ escuso por no ser prolixo en escriuirlos; y auiendo entendido se la declaracion verdadera de Gerardo, en quanto hasta no descubrir à Don Rodrigo; y assimismo lo que los tres Pastores dezian, y de la suerte que le auian hallado, y juntamente la razon, porque les conuino desamparar le: conocida claramente su inocencia, con notable alegria, assi de los dos hermanos, como del prudente Gouernador, amigos, y Ciudad, fueron los pobres rusticos desnudados de aquellas funebres, y mortales vestiduras, y en medio de todos llenados a las casas de Don Manuel, que assimismo era posada de Leoncio, adonde con excessiuo regalo, por orden de Gerardo fueron curados, y con el cuidado sufficiente, que con ellos se tuuo, en breues dias quedaron sanos de sus tormentos, y haziendoles alegres promessas, y agassajo, fueron assimismo de Gerardo restaurados sus trabajos, y perdidas, con agradecida, y larga mano, En este tiempo, auiendo consultado los dos hermanos lo que en su vengança mas les conuenia, se resoluieron à suspenderla por algunos dias, dexando assegurar al enemigo. Y auiendose despedido Leoncio, y Gerardo del Gouernador, y Caualleros de aquella Ciudad, tomaron el camino de Madrid, adonde ya se auia estendido la venturosa nueua, y en su compañia el buen Leriano, que importunado de sus amigos, no le conuinò hazer otra cosa.

El fragoso, y nombrado Puerto de la Puẽfrida atràs auia dexado, en prosecucion de su camino, toda aquella lucida, y regozijada cõpañia, con tan general gusto, alegria, y cõtento, que casi no sentian el excessiuo trabajo del viaje, que por ser en aquellas partes asperissimo, tierra quebrada, montuosa, y de encumbrados riscos, no les podia ser muy sabroso, y apacible. Quando auiendose Leoncio, y Leriano adelantado solos, pagados de su conuersacion, y entretenidos en sus discretas platicas, y discursos, ya tratando de las grandezas de sus patrias, y ya del notable, y venturoso successo de Gerardo, no pudieron preuenir como quisiera el alargarse de la cõpañia de sus deu-

dos, amigos, y criados. Serian las nueue horas de la mañana, y el Sol con sus ardientes rayos començaua à hazerse temer de los dos aficionados caualleros; y assi por esta causa apresuraua con mayor voluntad su jornada, rompiendo las inaccessibles montañas de aquella erizada cordillera, que parte, y diuide en distintos Reynos, y Prouincias las dos Castillas. Ibã à esta sazon baxando poco a poco por vna angosta senda los desgajados riscos Carpetanos, con no menos dificultad, que tiento de los cauallos, por los peligrosos barrancos, y derrumbaderos, que à cada passo se ofrecian: quando al valeroso Leoncio, que iba el primero, al doblar de vna empinada roca, de repente se le puso delante de los ojos vn fiero, abominable, y espantoso monstruo, cubierto qual saluage, desde la negra cresta, hasta la adusta plãta, de cerdosas, y enmarañadas trenças, de tan fiera, y estraña catadura, que assombrado el ligero cauallo de Leoncio, queriendo contra la violencia del freno escabullir, huuo de dar con las ancas en el suelo, que reconociendo el peligro su dueño, en vn instante desembarazò la silla, al mismo punto que à Leriano casi le sucedio otro tanto, de que se hallaron con notable admiracion: y mayor fue, quando vieron, que de la misma suerte, amedrentado con su vista dellos, aquel vestiglo boluia huyendo, como vn ligero corço, saltando entre las peñas, y barrancos, con tanta velocidad, como si fuera por vn ameno, y floride prado. No dexaron de quedar entre si el vno, y el otro auergonçados del sucesso, y queriendo enmendarlo, de vn mismo acuerdo, y conformidad se determinaron a seguirle, y saber, que cosa fuesse, ò adõde se encaminaua; y sin suspender mas su intento, cõ el deseo, que ya les incitaua, dexãdo los cauallos, el vno en pos del otro, y no con pequeño riesgo de despeñarse, à la mayor priesa que les fue posible, se dieron à correr por entre aquellas roturas, y peñascos, y con tanta voluntad de alcançar la presa, que al llegar a la cumbre de vnos riscos, bien adelante del camino, que dexaron, la vieron lãçar por entre dos sombrias, y tajadas peñas, puerta escura, y tenebrosa, de su pobre, y miserable alvergue, al qual bien fatigados de la calor del Sol, y su de-

deleo, llegaron los dos amigos. No era la cueua muy profunda, ni menos estrecha, y lobrega la entrada, antes con los fogosos, y cristalinos rayos de Febo, que entonces herian en derecho della, se dexaua determinar la mayor parte; y assi con las espadas en las manos, los dos amigos se abalançaron dentro; y no anduuieron veinte passos, quando sin reparar Leriano embistiò, tropezando en vn madero, que en medio de la cueua, y cercado el pie de grãdes piedras, estaua leuantado, en el qual auiendo con cuidado reparado Leoncio, echaron de ver, q̃ era vna Cruz, formada de dos pequeñas ramas de algun roble, cosa que no les causò menos espanto, y confusion del que se traian, pareciendoles premissas, y señales muy contrarias de su pensamiento las que veian: y estando en esta consideracion, sintieron a vn lado passos lentos, y aguardando el intento del q̃ les traia, vieron al mismo monstruo, ó salvaje, que por la parte de la cueua mas distante de sus personas, entendiendo que con el embebecimiento de la Cruz q̃ auian encontrado, no le sentirian, se iba poco a poco acercando à la puerta para escabullirse, como en efeto lo hizieta, si Leoncio de dos ligeros saltos no se le pusiera delante, y con tan grande aceleramiento, que como lo viesse el saluaje ir con la espada desnuda en la mano, entendiendo, que lo queria matar, ò herir, se dexò caer en el suelo, diziendo con formada voz, clara, y de persona humana, como lo era: Ay de mi nobles caminantes! En que os he ofendido, que assi me perseguis, y matais? A esta temerosa voz, no menos despauorido q̃ Leoncio, acudio Leriano, y juntos, acercandose à aquel marauilloso mõstruo, le preguntarõ, quien era, por q̃ aun no estauan del todo satisfechos, ni creian fuesse persona humana. A lo qual con vn ronco, y profundo gemido, les respondio, que vna muger. Pues muger, replicò Leoncio, vertiendo piadosas lagrimas, que miserable ò caduca suerte te pudo reducir a tan brutal, y desesperada vida? Bien dizes brutal vida, repitio la espantosa muger, con mayores sollozos, pues por serlo la mia, cometiò tropeza, que del siglo me hizo salir huyendo à aquellas rocas, en las quales os ruego me dexeis, boluiendo à vuestro

camino, sin interrumpir el discurso solitario del mio. De las concertadas razones, y de su platica quedaron los dos caualleros mas dudosos, y con mayor voluntad de no partirse, sin saber la ocasion que à tan afligido estado auia traido aquella muger, a quien Leriano respõdiẽdola, dixo: Si la nouedad de semejante acaecimiento, y el trabajo con que te hemos seguido, no estuuiera presente, aun pudiera ser que te obedeciera-mos, sin importunarte; mas mi cõpañero, y yo dexamos nuestro viaje con determinado parecer, de no proseguirle, hasta ver el fin de nuestro intento, el qual està en tus manos, y assi te ruego no pretẽdas escusarte, ni menos entiendas que de nuestra parte faltarà, requeriendolo el caso, todo secreto; y siendo necessario animo, y fuerças para reducirte à mas descãsada suerte, queriẽdo tu valerte de nosotros. Como en semejante particular no me trateis, dixo la muger, serè contenta, y satisfarè a vuestra voluntad con mi triste historia. Fuerça serà, respondiò Leoncio, cumplirte la palabra, leuantate, y à la puerta desta escura cueua tomaremos mejor assiento. Esto vltimo rehusaua la pobre, y misera muger, con tanta fuerça como lo primero, y assi entẽdiendo Leriano, que el verse desnuda la auergonçaua, arrojandole su capa encima de los ombros, y ella cubriendo lo mejor q̃ pudo sus lacios, y marchitos miẽbros, se leuantò, y saliò con ellos à la puerta, y rotura de su cueua, dexando su fiero rostro, manos, y pies, q̃ era lo q̃ ni el largo, y erizado cabello, ni la capa cubria, assombrados, y suspensos a los q̃ la miraua; y tomando entre aquellas peñas assientos, conociendo ella la causa q̃ entonces les tenia confusos, formò de su motiuo, y admiracion el triste principio de su historia, diziendo.

Esta arrugada, negra, y tostada piel, que causa horror, y espanto a vuestros ojos, y cubre mis quebrantados huessos, no ha diez años, piadosos passageros, q̃ fue delgada tez, blanca, y tersa, mostrandose conmigo en tales atributos naturaleza prodiga, y humanada; desuerte, que pude parecer rica de sus riquezas, entre las mas hermosas, y gentiles damas de mi llorada patria, cuyo nombre no es junto, que se entienda; el mio es Leonora, mis padres no sè si oy son; y assi digo, que

fue,

fueron tan nobles en hazieda, como en calidad, alcançandoles de todo vna mediana suerte: tuuieron otros hijos, y yo naci a las postrimerias de sus años; y assi entiendo avrè sido fin dellos, y principio de su muerte. Viuia muy cerca de los solares de mi casa, vn noble, y rico ciudadano, cõ quiẽ mi padre tenia tratada especial amistad, y por el cõsiguiẽte las dos familias, assi criados, y hijos, como mugeres propias. Era la deste ciudadano, moza, hermosa, y por estremo honesta, y recatada, en quien no tuno mas de vn hijo, vnico heredero de su haziẽda, casi de mi misma edad, y tiempo; y assi en nuestros tiernos años nos criamos siẽpre jũtos, y con estrecho amor, q̃ dezian sus padres, y los mios, que para en vno auiamos nacido, y por entretenimiento nos llamauan los desposados. Tras de aquestos pueriles passatiẽpos llegò la adolescencia, y juuentud de entrãbos, con q̃ ya me recataũa mas de sus ojos, y èl sentia de veras el ausencia de los mios. Tendria yo diez y siete años, quãdo en mis padres crecian los nueuos cuidados del darme estado, de los quales, la no pẽsada viudez de su amigo, les sacò muy en breue, porque apenas enterrò a su difunta esposa, quando por tal me pidio a ellos. Era tan estrecha, y verdadera su amistad, como os he contado; y assi sin reparar en mis tiernos años, y en que los suyos frisauan en quarenta, ni en el hijo de mi edad, y de la difunta muger, forçoso emulo de los q̃ en mi podia tener, cõdescendieron con su gusto, teniendole tan notable con mi compañia mi nueuo esposo, que desde el mismo punto me colocò en su alma por idolo de ella, y de sus gustos, cõ tan perdido amor, y voluntad, que solo la mia era limite, centro, y fin de sus deseos. El sentimiento de su hijo, y mi entenado, aunq̃ disimulado con discrecion, todavia algunas vezes descubria a mis ojos las llamas de aquel su passado fuego, con q̃ me parecio cuerdo proposito el sacarle de mi casa; y assi con achaque de sus estudios, le hize a su padre, y mi esposo, que le embiasse a acabarlos a la Ciudad, y Escuelas insignes de Salamanca, donde estuuo quatro años; despues de los quales boluiò a mi parecer tan trocado, como permitia afinidad tã con-

conjunta, como de padres, y hijos, por cuya causa en lo interior, y exterior era mi casa vn paraiso de deleytes, vna continua primauera de alegria, y vn eterno, y inmortal cõtento, en regozijos, fiestas, banqueres, musicas, y festines, efectos que trae siempre consigo la paz de que gozauamos, en medio de la qual, que como trãquilidad humana auia de tener fin perecedero, boluiò à resucitar el hijo de mi esposo sus difuntas memorias, y con tan desenfrenada voluntad, que tuuo atreuimiento para darmela à entender por algunos papeles, que èl me ponia al forçoso encuentro, ò ya con sutileza, metiédomelos en las mangas de mis propias ropas, ò ya en mis escritorios, y caxas; lugares ciertos adonde mis manos solas allegauan. De los primeros hize donaire, que no deuiera aun mirallos, pues abria puertas a los segundos, y terceros, q̃ me hizieron caer en la cuẽta, aunq̃ e tarde, conociendo con cortesia estos yerros, los mios en auerlos leido, y los suyos en pretender tan atroz pecado, cõtra Dios, cõtra si, contra mi, y contra su padre verdadero, y legitimo, que con ser caso tan feo, y abominable, la terneza, y poca experiencia de mis años, no sabian aun hazer la distincion de sus meritos, conforme à los principios deuiera, y el intento de mi entenado requeria, del qual no pudiẽdo librarme, ni menos atreuiendome a darle cuenta de maldad semejante à su padre, me parecio tomar el consejo de mi Confessor, à quien auiendole desde el principio, y origen deste fuego, dado particular cuenta, cõ todos sus crecimiẽtos, y intercadẽcias, admirado como era razon, despues de otros acuerdos, se resoluio tomar à su cargo remedio tan importante; y assi con mi voluntad, al cabo de quatro dias embiò à llamar a mi entenado, y en su celda, y con el silencio, y recato que el caso requeria, reprehendiò su feo, y detestable pensamiento, poniendole, por si quisiesse negarle, los papeles que me auia escrito delante de sus ojos, los quales yo assimismo le auia dado a mi Confessor, que auiẽdole traido à proposito grandes exẽplares, y castigos q̃ Dios auia hecho, aun contra menos barbaras desobediencias, y mezclando con amenazas sangrientas de su mal animo esta re-

reprehenſion, y de que ſe daria cuenta, a mas no poder, dello a ſu padre, para q̃ dèl recibieſſe en vn venenoſo bocado el juſto caſtigo que merecia, le deſpidiò tan confuſo, y triſte, que en llegando a caſa, y a ſu aposento, rendido de la afliccion mortal, y cõgoja q̃ traia, ſe dexò caer encima de ſu cama, en la qual, auiẽdole ſobreuenido vn terrible, y melãcolico accidente de calentura, eſtuuo muchos dias caſi a peligro de ver el vltimo de ſu vida, cõ no poca pena de ſu padre, y familia. Mas quiſo la Diuina prouidencia por ſus ſecretos, y marauilloſos juizios, librarle de aquel rieſgo, y de otros tan grandes, para que deſpues viſta ſu obſtinacion, llegaſſe el mortal, y irremediable golpe de ſu ira, de quien me alcançò a mi la parte, que ya veis, y aſsi para abreuiar, y ſalir del tormento, con que à mi memoria aſſige eſte triſte diſcurſo, ſabreis, q̃ por la nueua ſalud, y mejoria de mi amante, ſu padre, y mi eſpoſo concertò vna fieſta, y regozijo para toda ſu familia; y aſsi deſpues de ſu conualecencia, teniendo todo el aparato preuenido, nos fuimos a vna hermoſa quinta, que a vna legua de la ciudad teniamos, rodeada de ameniſsimos boſques, fructiferas huertas, y oloroſos, y bien trazados jardines, adonde con la apacible, y licencioſa libertad de ſus ſoledades, eſtuuimos tres, ò quatro dias, cõ mil agradables regozijos, y juegos ingenioſos, que por alegrar a nueſtro conualeciente hijo, haziá los criados, paſtores, y gañanes de la hazienda. Auiande correrſe el ſiguiente dia en la ciudad algunos toros, y por gozar tãbien de aquellas fieſtas, nos pareció la tarde antes dar la buelta, y eſtádolo poniendo por obra, y ocupados a la puerta de la quinta los mas de los criados en aderezar el viaje, ſin poderlo eſcuſar fuimos ſaltea-dos de vn furioſo, y agarrocha-do toro, que de otros muchos que andauan encerrando en la ciudad, acoſado, y mal herido ſe auia eſcapado. Y a conſiderareis, q̃ tal ſeria el alboroto, y miedo de aquella ſobreſaltada gente, pues no quedò hombre con hõbre, que no ſe puſieſſe en vna imaginaciõ en lugar ſeguro, como aſsimiſmo lo hizo mi eſpoſo, q̃ deſde mi regazo, adõ de recoſtado eſtaua, no parò haſta lo mas alto, y eſcõdido de la caſa, dexandome caſi en los

agudos cuernos del brauo animal, el qual no viendo otra presa mas a mano en quié emplear su rabiosa furia, arremetiò para mi, al mismo punto, que viendo a los ojos mi notorio peligro, posponiendo el temor de su muerte al amor que me tenia, se dexò caer mi entenado desde vna ventana adonde estaua, y atraueſſando al executar el golpe, en medio de mi, y dèl con la espada en la mano le recibiò, metiendosela por entre los dos braços, hasta la cruz, y quedando entre sus agudos cuernos, sin peligro ninguno, aunque abraçado muy fuertemente dellos, y recibiendo muy terribles golpes, y baibenes, hasta que auiendose ya preuenido, salieron todos mis criados, y le acabarõ de matar, leuantando de la cerviz indomita, casi desalentado del teson, y grãdes golpes, a mi querido amante, con general admiracion de su venturosa hazaña, que como por milagro nos le quedamos mirando. y yo sobre todos, casi penosa ya de mi ingratitud. No alçaua mi marido los ojos de la tierra, auergonçado de su fuga, y de auerme desamparado: y yo ya viuia con el mismo despecho, aunque dentro de mi coraçon disimulado, obrando en èl otros nueuos accidentes; y assi auiendonos (despues de passado todo esto) buelto à nuestra casa, no pude sossegar en toda aquella, ni aun en algunas de las siguientes noches, desvelandome la paga de tan notable beneficio, cuyo agradecimiento fue cerrar à Dios, y al mũdo los ojos, y entregarme a la volũtad, y apetito de mi entenado, y cõ tan excessiuo amor, q̃ toda la repugnancia que mostrè a los principios, se me trocò en sujecion lasciua de sus deseos, siendo obedecidos de mi con harta mayor puntualidad, q̃ los de mi esposo, y marido, del qual, aunq̃ no era mucho (como en estos casos suele sucederi) nuestro recaro, no fuimos en dos años sentidos, porq̃ era mayor su confiança. Pero cansose el cielo de la obstinacion del pecado, y su fiereza por vna parte le irritaua al castigo, y la injuria del esposo, y padre clamando, le solicitaua por otra; desuerte, q̃ llegò la hora, y casi apresurada de nuestro mismo atreuimiẽto, q̃ para estas ocasiones siempre es grande, q̃ sin llegar à tener temor del vezino riesgo, apenas

à mi

à mi esposo le ocupaua el sueño, quando su hijo le ocupaua el paternal lecho, en el qual auia sido engẽdrado, violando le cõ su afrenta en su misma sangre, pues yo lo era de su padre. La tolerancia de su dormir experimentada de nosotros, deshazia el temor que podiamos tener, si bien que alguno (aunque poco) nos auia quedado; y assi como en distintos aposentos (no camas) proseguiamos la desorden abominable de nuestro fatal vicio; y vna de aquestas noches, que seria sin duda la penultima de mi tragedia, fue tã poco nuestro silẽcio, y recato, ò por mejor dezir, tãta nuestra desverguença, (que ay en ocasiones) que le quebrãtamos el sueño, dandole con la causa lugar, à que si ya no conocio à quien le hazia la injuria, alomenos la oyesse. Cõsiderariase entonces desaperce bido, segun lo que yo he pensado, y assi con prudente disimulacion suspendio su vengãça, y fingiendose dormido, sossegò hasta el futuro dia, en quiẽ cõ el mismo semblante q siempre, se fue a vna heredad, de adonde cansado, y caluroso vino la misma noche; y auiẽdo cenado, aun con mayor regozijo que solia (que à tales trãsformaciones obliga el honor ofendido) y diziendo, q̃ se sentia cansado, se acostò. Eran estas las ocasiones que mas nosotros deseauamos, y nunca perdiamos por la quietud de la familia, y por el mas profundo sueño, que asseguraua semejãte cansancio; y assi seria poco mas de media noche, quando mi amante vino, y metiendose en mi cama, y yo entre sus braços, boluimos a irritar al justo cielo, y al que dormia velando encima de nosotros, para su sangrienta vengança. Senti en estos intermedios, que mi esposo leuãtaua las almohadas, y con vn sudor frio, aun el aliẽto temia despedir el cuerpo. Y el caso fue, que entonces dexò de tomar el puñal agudo, que estaua diputado para azote de su esposa, y hijo, al qual assiendo fuertemente por vn brazo, con el suyo derecho le diò de puñaladas. La encarnizada vẽgança del padre, y las vltimas, y rabiosas ansias del hijo los hizo abrazarse fuertemẽte, dandome entonces lugar bastãte para huir su presencia; y assi saliendome del aposento, no parè hasta dexar tambiẽ la casa. Bien pudiera amparar-

me

rarme de las primeras, y mas cercanas, que eran las de mis padres, ò de las mas remotas de la Ciudad, pues era cosa llana, que a vna mugèr de mi suerte en ninguna se le negara alvergue. Mas fue tan grande el empacho, y verguença, que ocupò mi caraçon, reconociendo ya la publicidad forçosa de mi abominable delito, que sin tener animo para ampararme de mi propia sangre, ni menos de otra criatura mortal, rompiendo con las dificultades inmensas que entòces me rodearon, sin tomar camino, que cierto, ò incierto fuesse, dexando la Ciudad, por entre espesos bosques y fragosas montañas, caminando las noches frias, y sustentandome de mis amargas lagrimas, y algunas (aunque pocas) verdes yeruas, en quatro dias llegùe aqui, y passara mas adelante, si la terneza de mis pies, q̃ ya eran viua sangre, sufriera mas largo camino. A los principios de mi nueua, y miserable vida, cõfesso, piadosos mãcebos, q̃ dura obstinaciõ de vn animo desesperado me tenia sujeta a la inclemencia, y rigor del cielo, hasta q̃ la prouidencia del todo poderoso Dios, y Criador mio, compadeciẽdose de la perdicion de mi alma, le embiò su remedio espiritual, y diuino, por medio de vn Fray-le de la Obseruãcia del Seraphico Frãcisco, q̃ assi como vosotros, me encõtrò, y siguiò (forçado mas de su verdadera caridad, q̃ de curiosidad impertinẽte) hasta esta cueua, en la qual con su eficaz doctrina me dexò resuelta a gemir con puro, y entrañable dolor, mis grandes, y abominables pecados. Diez años ha q̃ passò desta suerte, y los nueue, y medio (a lo que mi humilde espiritu puede alcançar) muy vnanime, y conforme cõ la volũtad del Dios misericordioso a quiẽ ofendi, el qual me sustenta con su liberal mano, dando fruto a aquestos incultos arboles, y agua a la fragosidad de aquestas peñas. De tres a tres dias, el Confessor, y Padre de mi alma, q̃ habita en vn Conuento, a quien encubre aquella vezina mõtañuela, me tiene en vn lugar secreto, y reseruado a èl, algunos panes, por quiẽ iba al tiempo que vosotros interrumpistes mi camino. Y pues ya con el fin triste de mi historia he satisfecho a vuestras voluntades, lo que agora os suplico es, que deis la buelta al vuestro començado.

Aun-

Aunque todo el discurso de su cuento acompañó la afligida penitente cõ raudales de lagrimas, a los finales las aumentò con tan lastimoso sentimiento, que forçò a hazer lo mismo a los dos Caualleros, los quales despues de vn breue espacio, mouidos de sus nobles animos y compadecidos de su rigurosa, y miserable vida, procura rõ con ruegos, è importunaciones sacarla della, prometiédole cada vno por su parte la cantidad que fuesse necessario para recogerla en vn Monasterio de Monjas, y otras razones dignas de su Christiano proceder: à lo qual viendose de sus ruegos oprimida, y temiédo no la forçassen su voluntad, assegurádolos vn tanto, la respuesta vltima que les dio, fue soltar la capa, y ponerse en huida, saltando como cabra por entre aquellos riscos, y penascos: de suerte, que en vn instãte la perdieron de vista, quedando tan marauillados de su sucesso, y penitente vida, q̃ no acertauan à boluerse, ni auuque lo pusierõ luego por la obra, pudieron dar con la senda, y camino que dexaron, hasta q̃ oyendose llamar, y conociendo Leoncio ser aquella la voz de su hermano, al eco della, y de las q̃ los demas dauan, fueron poco a poco saliendo al camino, a quien no mucho antes auia el apeadero restante compañia, no con pequeño cuidado de auer hallado los dos caualios sin sus dueños, con q̃ temerosos de algun siniestro caso, se auian repartido en su busca, hasta q̃ (como tengo dicho) dio Gerardo con ellos, el qual como èl los viesse venir tan alborotados, suspẽsos, y hablando entre si, no pudo menos de preguntarles, que era la causa de su confusion, y del auerse assi desviado de su viage? A la misma pregunta, y deseo correspondieron los demas deudos, y amigos; y assi viendo que no podria escusar su satisfacion, poniendose con los demas a caualio, les començò Leoncio a contar el passado sucesso, al mismo punto que las vozes de tres criados suyos, y de Leriano, q̃ andauã en su busca, le interrumpieron, los quales con medrosa corrida alborotados, y boluiendo àzia atras las cabezas, dando à entender, que huian de alguno que les seguia, llegaron a sus dueños perdidos los alientes, erizados los cabellos, y las colores muertas, de lo qual

Leon-

Leoncio muy alterado, y antojandosele ser selua de auentura sa aquella montaña, assegurãdoles de su temor, les preguntò la causa, aunq̃ ninguno acertò a distinguirla, porque el primero dixo: Que buscandoles, auian encontrado vn infernal espiritu: Otro dixo, que no era sino vn Fauno, ò Siluano, semejante à aquel que San Antonio encontrò en el desierto: y el que mas se afirmaua en su parecer, dezia, que auia sido vn saluage, ò grifo, que bolaua cõ temeroso ruido de sus alas por entre aquellas desgujadas rocas. Tales efetos causa el repentino sobresalto, y temor, pues pudo à tres sujetos vna sola causa transformarse en tan varias, y distintas formas. No fue necessario dezirles mas à Leriano, y Leoncio, para que cayessen en lo que auia sido, y assi desengañandoles con no pequeña risa, auiendo todos buelto a su camino, Leoncio les cõtò todo quanto aueis oido, cõ general admiracion del triste, y no pensado acaecimiẽto, cuyo fin le tuuo con la jornada de aquel dia: y el siguiente, algo tarde, llegaron a Madrid, adonde, considerad, como seria recibido de su querida madre nuestro venturoso Gerardo, q̃ qual a otro Lazaro entre sus brazos le imaginaua resucitado, y con el mismo amor, ò alomenos con otra tal demõstracion fue della acariciado su restaurado Leriano, à quien con increibles regozijos la noble familia procuraua celebrar, y entretener. Mas no quiso la variable fortuna, enemiga de toda estabilidad, y sossiego, que durasse mucho el q̃ se tenia en la alegre morada de Gerardo, el qual con el caro amigo se hallaua el mas cõtento de los mortales, en espera de su hermano Leoncio, que à la villa de Ocea, con sus deudos, y amigos, auia passado a preuenir cõ ellos algunas fiestas a Leriano, en cuyo gusto procuraua cõ todas sus fuerças adelãtarse. Y vna noche destas que por la soledad de Leoncio se auian los dos amigos (aun antes de su costumbre) recogido, quando en mayor silencio el profundo sueño rodeaua su pacifica, y sossegada familia, siendo ya muy a deshora, y la mayor parte de la noche passada, con muy grande estruendo, vozeria, y espanto, fueron sin pensar los dos caualleros, y amigos, salteados, y presos de vn

juez,

juez, que con otros muchos Ministros el Supremo Consejo, con grandissimo secreto a solo aqueste efecto embiaua, cosa que les puso (como en aquestos casos sucede) en grandissima confusion, aunque la seguridad, y justificacion con que se hallauan, les diò animo, y valor para poder llenar este golpe. Diuidiò luego el astuto juez en la prision a los dos amigos, y sin mas dilacion por escusar apercebimientos, le tomò la confession à Gerardo, haziéndole en ella cargo de la muerte de su enemigo Don Rodrigo; y assimismo de la que intentò dar à Doña Clara, con palabras, y razones tan seueras, que pusieron al pobre Cauallero en notable aprieto, y turbacion, y no tanto por el sangriento caso que le imputaua, quanto por dezirle el juez se auia casado Doña Clara con su muerto, y aleuoso contrario, que aun estando difunto, y ella despreciada, sentia arderse en rabiosos, y crueles zelos. A todo lo qual replicò, lo q̃ de su desgracia, y traicion de Don Rodrigo aueis oido, y con quanta mas justa causa podia auer èl hecho estas diligencias en su daño, pues su maldad, y aleuosia lo merecian; y otras cosas tan verisimiles, y razones tan euidentes, q̃ casi satisfacieron, ò por lo menos reportaron la seueridad del riguroso juez. Assimismo en el particular de Doña Clara, dixo lo q̃ mas conueniente le pareciò, pues no tan solamente se hallaua ignorante de su nueuo, y no pensado estado, mas aun de que estuuiesse en el mundo, aunque con toda su justificacion quedò bien à recaudo aprisionado, y con muchas, y fieles guardas; ocupandose en el entretãto el sagaz, y executiuo juez, en inquirir secretos, penetrar causas, y fulminar processos, y auerigu aciones. Mas fueran por demàs sus exquisitas diligencias, si el rectissimo, y verdadero Dios no lo descubriera, quãdo menos se esperaua. Y ansi auiendo llegado por la posta su intimo, y leal amigo de Gerardo, el buẽ Don Fernando, con las nueuas que de Talbora traxo, aunque tristes, y lastimosas, salieron de las tinieblas, en que llenos de ignorancia, y confusion estauã, y auiendo primero echado al cuello del preso amigo los valerosos brazos, con aquel antiguo amor, y voluntad que le tenia, preuiniendole de paciencia, y

to-

tomando assiento entre el piadoso Andaluz, y noble Leoncio, que ya de Occa auia dado la buelta, con su acostumbrado reposo, y cortesia diò principio al siguiente razonamiento.

Luego como os ausentastes (ò amigo Gerardo) de mi presencia, y patria, procurè como leal, y verdadero seruidor vuestro, hazer lo que en vuestra ausencia deuia, procurando saber, entender, y descubrir aun los impenetrables pensamientos, y estratagemas de vuestros contrarios, y mas en particular de D. Rodrigo, dandoos cuenta, y auiso diuersas vezes dellos; y entre otras cosas, que si teneisen la memoria, os escriui, fueron las continuas visitas, passeos, y solicitudes que hazia en seruicio de Doña Clara, aun mas apassionado, y con mayor rigor, que si fuera (como dizen) el primero dia: de lo qual vino à resultar, que muerto el Capitá Escobar, padre de Doña Clara, con grande admiracion de toda la Ciudad, faltasse vna noche de la casa, y morada de sus padres, y luego consecutiuamente Don Rodrigo de la suya, y de Talbora, y dentro de nueue, ò diez dias, como esto sucedio llegò a mis oidos, y aun a los de todo este Reyno, la engañosa, aunque tristissima nueua de vuestra muerte, sentida, y llorada de mi, como muy cierta, y verdadera, no dexando mi leal coraçon de sospechar, que huuiesse sido D. Rodrigo el agressor de vuestra fatal desventura: y à esta presuncion con mayores fuerças dio motiuo su venida breue, juntamente con el casamiento que hizo, sacando a Doña Clara de vn cerrado Conuento, a donde fingiò (por lo que despues se supo) auer estado oculta por su orden: y aunque al poner su voluntad en execucion, tuuo de sus deudos, y parientes muchas, y apretadas cõtradiciones, èl diziendo, se casaua con viuda de Gerardo, atropellando todas sus dificultades, efetuò su matrimonio, dexando atoniros, y perplexos a quantos le conociamos, y el infame caso de Doña Clara sabiamos; oy haze quarenta dias que se supo el engaño de su mortal deseo, y recuperacion de vuestra vida, y salud; y quinze, que amaneciò muerto en su mismo lecho Don Rodrigo con siete cruelissimas, y penetrantes puñaladas, y juntamente su esposa amada con otras dos por los pechos, la qual à gran-

grandes vozes quexãdose muy amargamẽte, dezia, que vos auiades sido el sangriento homicida. Prendieronle con gran diligencia todos los criados de Don Rodrigo, auiendo con mucha vigilancia primero tomado los caminos, y procurando quien, ò que causas, ò intereses os huuiesse dado lugar, y segura entrada para el funesto caso: dieron luego crueliſsimos tormentos à los mas de sus sirui entes, y allegados, y no huuieran cessado hasta agora, si Doña Clara, sintiendose mortal, y desahuciada de sus heridas, y salud, queriendo escusarla eterna muerte de su alma, aconsejada de sus confessores, y medicos espirituales, no tomara por verdadero acuerdo el declarar la causa legitima de tantos, y tan grandes desastres, como por vos, por su esposo, y por ella hã passado; confessandose de su voluntad, y aluedrio, por el origen, y fundamento dellos; y assi hizo vna larga, y admirable declaracion, en q̃ auiendo hecho mencion de vuestros passados amores, hasta q̃ con tanto rigor, y causa la desengañastes, passõ adelante, diziendo, q̃ reconocida por su parte la mala orden que tenia de boluer à vuestra gracia, y el desprecio con que ya de vos era tratada, trocò (con el desesperado animo en q̃ estas cosas la pusieron) el amor, y voluntad con q̃ hasta entonces auia amado, en mortal odio, y aborrecimiento, y aun mas crecido, y assi no imaginãdo, ni procurando mas que el verse vengada, y satisfecha de vuestra sangre, auia tomado por medio para su cruel intento, el audaz pecho del ofendido D. Rodrigo, de cuya volũtad, y amor viuia segura, porq̃ en la sazõ de entonces, era dèl con mayores veras solicitada, y q̃ con esta determinacion, auiẽdole embiado à llamar con grã secreto, le auia propuesto el caso, precediendo à èl todos los alhagos, promessas, y lagrimas, que su deseo requeria, diziendole las muchas razones que tenia para ser agradecida a su amor, y voluntad, cuya paga, y recompensa solo dilataua hasta entender la vltima determinacion de su esposo Gerardo (q̃ este nombre tuuistes siempre de su boca) ò alomenos determinada la causa, y litigio q̃ entre los dos auia; y mas prosiguio, diziendole, q̃ siẽdo puesto era suficiente ocasion su persona, para quitarle delante este

estor

estoruo, desde luego le prometia ser su muger, cuya palabra, y mano empeñana desde entonces en las suyas; y demas desto (que para vn amante, y tan ciego como èl, sobraua exordio, y preambulo tan largo) le auia traido a la memoria las afrentosas heridas q̃ le distes, prouocándole à vengariua saña, y la segaridad con q̃ viuiades, facilitando con ella mejor su intento, y deseado fin, para solo poder, sin perjuizio de su honor, entregarse a la execucion de su gusto. Lo qual, auiendo sido por Don Rodrigo entendido, incitado, tanto por el daño de vos recibido, quanto por las lagrimas, y ruegos de quien se lo pedia, y èl tanto amáua, sin dilacion alguna, y con deliberado animo la auia prometido poner por obra su mandado, aunque en el disponerle perdiesse la honra, la vida, y la hazienda, y q̃ dexando entre los dos (muy de assiento, acordado entre) se determinó a poner en las manos de Don Rodrigo, como en efecto lo hizo la siguiente noche; y que no passaron muchas, que juntamente con tres criados apercebidos, y hombres de bastante satisfacion, auian salido, y encaminado a vuestra villa de Ocea, a donde auiendo espiadoos, y entendido ibades a la Corte, andando siempre a la vista, y no perdiendoos vn solo punto de ella, os siguierõ hasta Madrid, de cuyos muros salistes despues de auer visto a vuestra querida madre, y q̃ boluiendo el empezado viage, bien cerca de la Real casa del Campo, se juntò con vos vno de sus criados, de quien confiado, y acompañado, fuistes puesto aquella misma noche en la celada que para vuestra muerte tenian preuenida, acometiendoos su esposo, y los demas criados en medio de vn fragoso, y espeso monte, en el qual auiendo ella hallado se presente, os auian dexado (à lo q̃ por cierto se entendió) muerto, de muchas, y crueles heridas, como assi mismo dentro de pocos dias, como ellos auian llegado a Talbora, se publicó por toda la Ciudad, y Prouincia, a lo que se auia seguido el casarse, como os tengo dicho, con Don Rodrigo, temiédo el alenoso caualleto el premio, y galardon de sus seruicios, aunque no mucho despues le tuuo como merecia, porque auiendo entendido se por falsa, y incierta la nueua

triste

triste de vuestra muerte, quando llegò a noticia de Doña Clara, estuuo (que en semejantes ocasiones suele faltar el animo varonil) en puntos de matarse con sus propias manos: tanto fue el sentimiento, y terrible dolor que la afligio, considerandose casada por el precio de vuestra vida, con vn hombre a quien ella auia (en todas ocasiones) siempre mortalmente abotrecido, y agora con tal engaño era fuerça creciesse su mala voluntad, que se auia determinado a hazer la mas barbara inhumanidad, y fiereza, que pudo maquinar humana criatura, matando a su propio marido, y hiriendose a si propia por los pechos, para con este endemoniado atreuimiento escusarse de toda macula, y sospecha; librarse de vn nudo indissoluble, y tan oborrecido, y vengarse de Gerardo, con dar a entender que auiades salido de entre las cortinas de su cama a darlos cruel, y sangrienta muerte; a la qual la justicia Diuina, para exemplo de su castigo, y pena, la auia traido, tomando por instrumentos, y ministros de su marauillosa, y rectissima execucion, sus propias manos, y su propio intento; a quien auiendole dado con estas vltimas razones fin, dentro de pocas horas, afiloladas las profundas heridas, su malicia penetrò hasta la virtud secreta, y interior del afligido, y macerado coraçon, conque faltandole el vital aliento, cansada ya de batallar con las vltimas, y mortales ansias, rindio aquel hermoso, y gallardo cuerpo, su vengatiuo espiritu, cuya triste, aunque ligera fama, apenas llegò a mis oidos, quando considerando pendiente de su declaracion vuestra libertad, me puso en camino.

Aqui mostrò Gerardo con verdaderas señales de sentimiéto, y tormento de su alma, el puro, y eficaz amor con que a Doña Clara auia querido, pues no fueron bastantes a mudarle sus rabiosas, y mortales injurias, antes al mismo punto que tocò en sus orejas la fatal nueua de su miserable, y temprana muerte, no pudiendo su tierno coraçon tolerar tan riguroso pena, desfallecido de sus fuerças, y con vn lastimoso, y profundo gemido, a vista de quantos lo mirauan, y sin poderle ninguno remediar, dio consigo desmayado en el frio suelo.

# DISCVRSO SEGVNDO TRAGICO de Gerardo.

DE la suerte que escapar a vezes suele el venturoso nauegante, que impelido, y arrebatado del furioso Cierço, ò Tramontana, rota, y abierta la infeliz nauecilla, en que sulcando el iracundo, y proceloso Oceano, por sus profundas aguas, caminaua cubierto, y combatido de las soberuias olas de su salado humor, en medio de las rompidas velas, despedaçada quilla, popa, mesana, proa, y silares, animado de su fortuna, y abraçado de vna embreada tabla, ò quebrado mastil, falto el vital aliento, y difuntas las humanas fuerças, y con el coraçon solo apellidando el diuino, y milagroso Santelmo, por cuyo medio en el discurso de la variable tormenta, arrojado de su resaca, y en la desierta playa, entre el marisco de nacaradas conchas, verdes, y intrincadas obas, con alegre, y no pensado sucesso se halla libre. Tal qual este, y no cõ menos justa causa se contemplaua nuestro afligido Gerardo, ya buelto del doloroso, y amargo parasismo, en q̃ le tuuo la triste y funeral nueua de la difunta, y mal-lograda Doña Clara, vn tiempo prenda inestimable de su alma, y en el presente origen de sus mayores desdichas, y de la prision, grillos, y cadenas que le rodeauan, de los quales en breues dias, siendo entendida, y aueriguada la verdadera causa, con inmenso contento de sus deudos, y amigos, con su querido Leriano se vio en la amable, y deseada libertad, aunque por estremo triste, y apretado de disgustos mortales, no hallando para ellas mejor remedio, que las mudas, y incultas soledades, en quien con tanta fuerça se remontò, y detuuo, que totalmente trocaron su agradable y entretenida condicion, hazien dose, aun con su misma familia, y seruos della, enojoso, y intolerable, de que no poca pena, y cuidado causaua en el materno, y fraternal amor de su madre, hermano, y amigos, que de todos puedo cõ verdad dezir, era igualmente querido: y no fue esta tan poco poderosa

rosa causa en el noble animo de Leriano, pues fue suficiente a que sin poderle sus obligados amigos suspẽder enmedio de los regozijos, que por su respeto se hazian, diesse la buelta a su camino, y antiguas pretensiones; y lo mismo hizo D. Fernando a su ilustre ciudad, adonde serà fuerça dexarlos, hasta que al vno con no menos tragicos fines que los presentes, nos le ofrezca el veloz tiẽpo, el qual agora avrà de seruir de salutifero medico, borrando cõ su variable curso, de la memoria de Gerardo, las q̃ con tantas veras le atormentauan, y con tanto rigor, que èl solo pudo consumirlas, y agotarlas en su coraçon, y no tan del todo, que aun despues de largos años humeauan las cenizas del passado incẽdio.

Entendia, y aun sin duda alguna tenia por cierto Gerardo, que en Doña Clara se auian cifrado, y concluido con finiquito, todas las traiciones, maquinas, engaños, y enredos de las mugeres passadas, presentes, y futuras, y haziale dar credito a esta engañosa, y falsa opinion, su corta experiencia, ardiente, y juuenil edad. Mas con los largos dias fue entrando la tierra a dentro, descubriẽdo a cada passo nueuos, y mayores despeñaderos, cercados de lisonjas, apariencias vanas, tratos fingidos, y falsas voluntades, cõn que desengañando su loco parecer, acrecentaron con nueuas desventuras la materia deste tragico, y segundo discurso.

Muchos dias, como os tengo dicho, le tuuo recogido el passado sucesso de sus funestos, y lamentables amores, y hasta oy le tuuieran, si las grandes, y marauillosas fiestas, que en esta sazon se ordenauan, no inquietaran su dormido animo. Corria en la ocasion de entonces la dichosa era, y año de seiscientos y cinco, en cuyo progresso nacio a los ocho delmes de Abril nuestro deseado, y vẽturoso Principe D. Felipe Quarto deste nombre, cõ particular contento de el Tercero, padre suyo, Alexandro Español, y de la inestimable, y Austral Margarita, dignissima prenda de tã poderoso Monarca, y en general de todos sus vassallos, los quales con grandes regozijos mostraron esta rarissima aficiõ, celebrando el dichoso parto con las veras que su fee, y lealtad les incitaua,

A estas vniuersales alegrias, acompañado de su hermano Leoncio, y otros deudos, y amigos, vino a Valladolid el oluidado Gerardo, tanto forçado de su deseo, quanto importunado de sus parientes, y allegados, ò por hablar mas propiamente, de sus melancolias, y tristes pensamientos, que con la variedad, y grandeza de aquella insigne Corte, se diuirtieron y anegaron en el inundoso, y prolixo mar de sus passadas desventuras, y mas en puerto tan seguro, y alegre, donde a cada passo se encontrauan nueuos objetos de su diuersion. Dexo a parte las generales fiestas, que fueron tan magnificas, y soberuias, quanto dignas de mas bié cortada, y sutil pluma, y assi la mia, ni pretende bolar tan alto, ni menos tiene atreuimiento para exagerar las numerosas partes de sus grãdezas, solo las de mi assunto me han forçado a hazer dellas esta breue, y sumaria mencion.

Viuia Gerardo bien cerca de la calle, cuyo nombre toma del antiguo, y nobilissimo blason de los ilustres Zuñigas, en vna honrada, y apacible posada, y juntamente la demas compañia, adonde con particular cuidado eran seruidos, y alvergados de su diligente hueſped, y dueño (que no es poco importante en tan grande concurso, y ocasion, la de vna morada semejante) en quien auiendo vn dia destos sentidose (despues de auer comido) algo indispuesto Gerardo, le conuino recostarse vn rato: escusandose por aquella tarde de la compañia de sus deudos; pero no fue tan graue el mal que le afligia, que dẽtro de pocas horas, aliuiado del, se pudo salir a vna de las rejas de su quadra, desde adonde no sin grande admiracion suya, al son de vna harpa, pudo oir cantar algunos mal entendidos versos, con tan estremada y dulce voz, que casi la milagrosa suauidad de su canto le enagenò, y priuò de sentido, no acertãdo a determinar donde aquellos celestiales acentos se organizassen, ni menos el lugar, ò sitio que ocultaua el diuino, y angelical Orfeo, q̃ en tanta cõfusion le auia puesto, hasta que auiendole dexado esta primera alteracion, siendo del con mayor deseo, y gran vigilãcia procurada la causa, claramente vino a entender nacia de vna fiõteriza, y cercana reja, q̃ las suyas tenian por oposicion, aunque

que el ver el sugeto fue imposible, por estoruarlo vna verde, y marañada zelosia, que delante estaua. Bien q̃ el ser muger la que cantaua no podia encubrirse, tanto por la similitud de la delicada, y dulce voz, quanto por el bulto, y presencia, que aunque mal, todavia se dexaua determinar.

Auia cessado el agradable canto, quanto en Gerardo crecia con mayor violencia el deseo de boluerle a gozar; y assi viendo que aun el harpa se tenia en la mano, y que el pedir en tales ocasiones, le escusaua de qualquier descortesia, se atreuio con baxa voz, y amorosas señas, a pedirla boluiesse con su celestial harmonia a suspender el alma, que como sustento, y manjar suyo, lo deseaua. No fueron necessarios muchos ruegos para la oculta dama, porque auiẽdole con la cabeça hecho primero vna pequeña cortesia, con notable despejo, y donaire, y sin genero de enfado, ò melindre, tocando muy diestramente el real instrumento afrentando a Apolo, y entristeciendo a Orfeo, rompiendo el ayre, y suspendiendo las aues y al rubio moço en su Febea carroça, con increible gozo, y el pãto de Gerardo dio principio a estos versos.

*Sin espuelas picar, boluer sin freno,*
*Sacar de ausencia amargo nectar puro,*
*Poner el alma en laberinto escuro,*
*Y pensar que se libre al Sol sereno.*
*Beber en vez de antidoto, veneno,*
*En medio del peligro estar seguro,*
*Reir llorando en el tormento duro,*
*Dezir que es mansa luz el rayo, y trueno.*
*Llamar a la tormenta su bonança,*
*A la llama temblar, sudar al yelo,*
*Dar al corto viuir larga esperança.*
*Vn infierno juntar al mismo cielo,*
*Estas glorias, y triunfos solo alcança*
*Quien al sueño de amor da su desvelo.*

Confuso, y ageno de si mismo estuuo el gẽtil Gerardo, todo el tiempo que con su dulce voz suspendia a los mortales el cortesano, y no conocido dueño; y no menos el amoroso so-

nero le dio cuidado, aũque ser el motiuo, y assunto del, le parecia imposible. Pero dexando aparte estos intrincados pẽsamientos para mejor ocasion, no quiso a la presente dexar sin el deuido agradecimiento; y assi lo dio a entender lo mejor que el tiempo, y distancia de lugares lo permitio, a tal hora, q̃ auiendo venido Leoncio, y sus deudos, le fue forçoso el despedirse, escusando el ser dellos entendido; y auiendo la encerrada dama hecho lo mismo salio a recibir a su hermano, al qual solo dio parte de su entretenimiento, de q̃ no poco gusto recibio Leoncio, porque sumamente deseaua verle diuertido, y ocupado en alguna nueua pretension, aunque de quien fuesse la de entonces estauan bien agenos. Quatro dias se passaron en estos intermedios, en quiẽ Gerardo por precisas ocupaciones que le obligaron, no pudo assistir de dia en su posada, hasta que estandose vistiendo a la misma reja vna alegre, y serena mañana, oyò llamarse con vn baxo ceceo, acostũbrado estilo de amorosos efetos; y alçando el rostro vio, aunque indeterminadamente, mejor q̃ la passada tarde por la claridad de los puros rayos del Sol, que en la celosia dauan, vna dama de gentil cuerpo, y agradable semblante, a quiẽ haziendo vna gran cortesia, fue della con otra tal correspõdido. Bien conocio Gerardo, aunque la voz, y musica faltaua, que era el mismo sugeto, y mas claramente lo dio a entender la dama, descubriendo de vna albissima mano dos lisos, y torneados dedos, q̃ a otra cosa no daua lugar la entretexida red; y haziendole con ellos señas: dio a entender q̃ baxasse a la misma calle, lo qual auiendo puesto Gerardo por obra, dexaron en viendole desde la ventana caer vn papel, que siendo del leuantado, entrandose en su aposento, y abriẽdole, vio que assi dezia:

*Or haze 30. dias, que la feliz estrella mia (descuidada de la dichosa ocasion que me tenia guardada) me truxo à esta reja, desde adonde os vi apear à la puerta de vuestra posada, y desde el mismo punto (aunque sea el declararme libertad, y cosa tan agena de nuestra condicion) hallastes en mi tierno coraçon puerta franca, y lugar desocupado, que sin poderlo remediar, posseistes, siendo señor absoluto dèl, y de su dueño, que encarecidamente os pi-*

*pide eſtimeis ſu voluntad, pagandola con otra ſemejante.*

Vueſtra Iacinta.

Mucho ſe le pedia a Gerardo por el preſente papel, de cuya orden, y mandato, como eſcarmẽtado por los paſſados infortunios, temiendo enredarſe en otros de ſu condicion, viuia bien deſcuidado, y mas de obedecer, ni igualar la volũtad de que ſe le hazia cargo en el villete. Y auiendo aſsimiſmo entendido que al recibirle ſe le pidio reſpueſta, aduirtiendole de la ordẽ que en darla auia de tener, mas por corteſano, y entretenido cumplimiento, que por fuerça de amor que le obligaſſe, deſpues de auer comido, tomando tinta, y papel, reſpondio de aqueſta ſuerte.

Gerardo, a Iacinta.

*NO es lo menos que deuo a los piadoſos cielos, el fauor que en darme ſuficiente talento para conocerme, me hizieron, que auer en el ſido conmigo auaros. Bien pudiera la liſonja de vueſtro diſcreto papel, ſeñora mia, auer cauſado nueua jactancia en mi proceder: mas reconozco la humildad de mis partes, y merecimiento, por cuya cauſa, mas ſera corteſia, que necia confiança el daros credito. Pero con todo eſſo os puedo con verdad afirmar, y vos creer de mi con certeza, que fuera de quedar por el preſente fauor obligado a vueſtro ſeruicio, antes de aora me tiene rendido la preſencia vueſtra, como archiuo, y dueño de la mas admirable voz que los mortales han oido. Solo para entregarme del todo a vueſtra dulce priſion, os ſuplico deis lugar a que yo pueda gozar de la viſta del ſoberano alcayde que me ha de guardar: pues antes ſeria temeridad arrojarme al peligro, y vos miſma reputariades por locura mi determinacion.*

Vueſtro Gerardo.

Eſtas razones contenia el villete de Gerardo, y reſpueſta de Iacinta, la qual ſiendo de noche dio lugar a recibirle, echando deſde ſu ventana vna delgada cinta, q̃ entre los dos nueuos amantes ſiruio de eſtafeta, y no fue eſta la vltima vez que ſe aprouecharon deſta encubierta traza, ſin que en la de ſus amores interuiniеſſe otra perſona, en cuya proſecucion ſiẽpre de Gerardo fue diuerſas vezes importunada la aficionada Iacinta ſe dexaſſe ver, y juntamẽte ſe dieſſe a conocer, aunque en muchos dias eſta demanda no tuuo efeto, y vno deſtos

que en el puesto acostumbrado Gerardo aguardaua la futura venida de su dama, estando entretenido en estos amorosos deseos, le diuirtio dellos su dulce, y conocida voz, a quien dando grato silencio, oyó que al son del harpa, desta suerte cantaua estos versos.

*Si coraçon no tengo, como viuo?*
*Si ya no viuo, como el ardor siento?*
*Si el ardor es ministro en mi tormento,*
*Como a cuenta de gloria lo recibo?*
*Si soy de fuego, como el llanto esquiuo*
*Secar con tal ardor jamas intento?*
*Y si mares de lagrimas aumento,*
*Como apagar tal llama les probibo?*
*Si la vista me buelue vn desengaño,*
*Como su claridad tanto aborrezco?*
*Si la aborrezco ya, como la busco?*
*Milagros son de amor, y si apetezco*
*Alguna vez desintrincar su engaño,*
*Con mi propio argumento mas me ofusco.*

Con mil amorosos, y abrasados suspiros dio Iacinta remate al vltimo, y suaue acento de su dulce armonia: y no menos encendidos fueron los que del ya tierno pecho de Gerardo salieron en la ocasion presente, el qual como experto, y tan acuchillado de dolor semejante, reconocia por verdadera, y firme la voluntad que la encubierta dama mostraua tenerle; y no queriendo en ningũ tiempo parecer ingrato, ni desconocido merecer renombre, tuuo por acertado pagarla, si ya no en la moneda de su precio, y valor, alomenos en la que le pareciesse; que del todo arrojarse, ignorando tanto de sus partes, fuera confirmada locura; y assi con este amoroso, y agradecido pensamiento, tomando vna viguela, aliuio de sus graues melancolias, con diestra mano, y sonorosa voz, y con infinito gusto de Iacinta, que ya atenta escuchaua, a los siguientes versos dio principio.

*Oyga la dulce voz, cuya armonia*
*El ayre rompe al viento condenada,*

*Sin ver el Serafin de quien formada*
*Suspende, y enamora el alma mia.*
*Pues el amor no es voz, ò fantasia,*
*Ni su diuina fuerça imaginada,*
*Que de Venus, y Marte fue engendrada*
*La adultera deidad, y mi porfia.*
*No sola voz (si humano cuerpo) seas,*
*O seres eco, escucha, assi las iras*
*Del hermoso Narciso albagos veas.*
*Mas ya que su desden ingrato miras,*
*Porque en amante tan cruel te empleas,*
*Y del que mas te adora te retiras?*

Bien satisfecho estoy, que si Iacinta pudiera conuertirse en lenguas, qual la Ninfa Eco, ò qual en ojos Argos, no dilatara estas transformaciones, para mas agradecida obligar con ellas a Gerardo, que con el mismo generoso deseo procurauadarla a entender su pensamiento. Mas peynaua ya a esta sazon el rubio Febo sus doradas trenças otra vez en el distante ocaso, y a nuestro Orizonte la casta diosa en su seguimiento rodeaua con veloz corrida; y assi les conuino despedirse, dando lugar a la triste soledad de sus amorosos pensamientos, en quien auiendo gastado la mayor parte de la noche, y siguiente dia, dispensando el deseo, dieron buelta algo tarde al ordinario puesto, y en èl despues de las alegres, y acostumbradas cortesias, sacando de la manga Iacinta vn papel, y haziendole señas a Gerardo que baxasse, fue dèl recibido con el gusto que siempre, y despues de auerse Iacinta retirado, abriendole, leyò las siguientes razones.

Iacinta, a Gerardo.

*DExòme ayer vuestro amoroso canto, amado Gerardo, tan aliuiada en mis temores, que reconociendo la voluntad que de verme teneis, he gustado duros este contento, assi gerada, que vistas mis pocas partes, vuestro valor, y mi voluntad, han de suplir lo mucho que para merecer os en ellas falta, que esta cierta desconfiança mia, hallandome tan desnuda de razonables atributos, no os espanteis que aya dado causa a la dilacion de el dexarme ver, tanto temerosa de que*

*me oluidareis por fea, quãto por dificil de emprender. Mas queriendo el amor hazerme tã agradable a vuestros ojos (quanto su propia efigie a los hermosos de Narciso) èl es tan poderoso, q̃ podrà atropellar montes mas dificultosos, y inaccesibles. Por esta reja es imposible el verme sin sospecha del recato de mi casa, y assi serà forçoso que deis buelta a la vezina calle, a quien salen las puertas principales, y en vn balcon me hallareis mañana en la tarde vestida de la color que mi alma adorna, que esta seña podrà asseguraros de que seré alli la misma que aqui os habla.*

Con notable cõtento, y alegria acabò de leer Gerardo el amoroso papel de Iacinta, de cuya deseada promessa satisfecho, de los minutos breues formaua largos dias, y de las horas cortas, eternos siglos; hasta que sin peruertir el tiempo su natural, y acostumbrado curso, aunque a èl le parecia suma tardança, llegò la hora señalada, en la qual auiendo subido en vn gentil, y bien arrẽdado alaçan, guarnecido de vn rico, y vistoso jaez, salio de su posada, adornado de nueuas galas, y mas deloçano, y alegre coraçon, cuyos ardientes deseos, no dando lugar à mayor tardança, en breue espacio, auiẽdo dado la buelta, reconociò puertas, rejas, y balcones a la vista; aunque à su dama por entonces no vio, ni hallò en el balcon, y puesto concertado, de q̃ no poco disgusto llegò a su alma, aũque no hizo en ella muy prolixa assistencia, porque auiẽdo despues de vn largo, y espacioso passeo, dado la buelta para su posada, casi desesperado de mejor suçesso, al emparejar de la puerta de Iacinta, a vno de sus dorados balcones la hallò, que ya aguardaua, acompañada de tan rara belleza, que no sè a que endurecido coraçon no enterneciera. Tenia Iacinta vn natural sujeto, tan peregrino, graue, y honesto, q̃ en qualquiera que la mirasse causaua vn timido, y amoroso respeto, qual si fuesse alguna soberana deidad, de cuyo efeto la experiencia, q̃ en esta ocasion sintiò Gerardo, dio bastantes muestras, pues apenas reconocio en el acuchillado, y morado raso de sus gallardos arreos, el hermoso semblante, quando cayendosele las riendas de la mano, y aflojando las piernas, quedò qual si formado fuera de jaspe frio, y con tan graue ena-

ge-

genacion de sus sentidos, que aun le faltò acuerdo para desto-carse la cabeça; y aun sin duda diera mayor nota, si el gentil caballo, reconociendo la libertad de las flexibles riendas, sin licencia de su arrobado dueño, no discurriera en su camino, saliendo algun rato de la gallardia de su acostumbrado passeo, de cuya agitaciõ turbado Gerardo, y buelto mas en si, demasiadamẽte corrido, cobrò las riendas, y se afirmò en los estriuos, haziendo, aunque fuera de sazon, su deuida cortesia; pero dando a la calle otras muchas bueltas, pudo tener enmienda este amoroso descuido, si adonde el poderoso Niño haze morada, puede auer cosa q̃ lo parezca. Ya se iba a la del Dios Neptuno muy apriessa acercando el hijo de Latona, quando nuestro nueuo amante, contentissimo de auer visto à su dama, y satisfecho de su buen empleo, dio la buelta a su posada, en quien con increible gusto passò la noche, hasta el siguiente dia, que por la ventana acostumbrada pudo gozar de la amable, y desseada presencia de Iacinta, de quien fue desta suerte muchos dias fauorecido con tiernos papeles, y otras muchas vezes a ruego de Gerardo, se dexò ver en el balcon, que he dicho, y en vn vezino Conuento, adonde acudia muy de ordinario, acompañada de su madre, y familia; y en este discurso pudo Gerardo sin sospecha informarse, de quien fuessen sus padres, deudos, y parientes, y juntamente de su nobleza, y partes: y alfin entendiò ser tantas, y tan acompañadas de bienes de fortuna, que casi de feliz sucesso en sus amores, le dexaron desnudo de esperança. Bien que la hermosa Iacinta, con los muchos fauores que de ordinario le hazia, fomentaua mas su valerosa determinacion, y firmeza.

La mayor parte del alegre Verano gastò Gerardo en la prosecucion de sus ocultos, y secretos amores, recatado de sus mismos amigos, como Iacinta de sus propios criados, que esta secreta vigilancia fue asylo de la reputacion, y aun de la vida de entrambos, como adelante por este tragico discurso mejor entendereis; q̃ ya desde este pũto con tantas veras lo parece, como de la infelicidad de su suerte Gerardo podia esperar, pues quando menos cuidado le daua su aduersa fortuna,

fue

fue della falteado con nuevos cuidados, y aficiones el aficionado coraçon, auiendole dado a entender la discreta Iacinta por vn papel, como sus padres trataua de casarla muy apriessa, quizà que adiuinauan la afrentosa desdicha, que les aguardaua. Tenia le esta imaginacion à Gerardo tan apretado, quanto à Iacinta temerosa, aunque firme, y constante en contradecir en esto a sus padres, y deudos su voluntad, que era tan verdadera la que en Gerardo auia puesto, que primero passaria mil muertes, que hazer dueño de su alma a otro que èl no fuesse. Aunque es verdad, que el sentimiento de Gerardo crecia con estas nuevas, y con las que cada dia se iban aumentando por su dama, no por esso salio de su pecho razon en que la diuirtiesse vn punto de la paternal, y justissima obediencia, y parecer, porque como el suyo estuuiesse aun ageno de tomar estado, ni tal pensamiento huuiesse llegado a su coraçon, no queria descubiertamente ser estorno al casamiento que à Iacinta se le ordenaua, ni menos hasta ver el fin de su ventura queria desistir de su pretension. La de los padres de Iacinta passò tan adelante, que sin su resolucion, y voluntad, y contra todo su gusto se huuieron de otorgar las infelices bodas con vn primo suyo: para cuyo efeto señalaron el celebrado dia en que la Emperatriz de los Cielos fue en ellos por el Eterno Padre coronada.

No puedo escusar el dezir en esta ocasion, aunque salga de mi assumpto, y proposito, quan desacordados, y imprudentes andan los padres, que assi pretenden con tan conocida violencia dar a sus hijos estado: y mas este, que la muerte solo puede diuidirle, y apartarle; pues de semejantes determinaciones, nunca ha sucedido menos que vn lastimoso fin, ò afrentoso caso, como lo aduierte la experiencia del que al presente escriuo, el qual tenia a la bella Iacinta tan desesperada, como dispuesta à darse antes cruel muerte, que à casarse; de cuyo intento, aunque por momentos era Gerardo auisado, viendo ya las cosas en tan vltimos trances, dificultaua aun el credito de sus esperanças; y cõ este pensamiento, aunque forçando su tierno coraçon, procuraua retirarse poco à

poco

poco de la vista de su dama; la qual reconociendo esta sequedad, ò corta correspondencia, sus lagrimas, y suspiros iban aumentandose; desuerte, que ningun humano consuelo le podia dar alivio, y con este nueuo dolor, y zeloso sentimiento, tomando pluma, y papel acompañadas de las caudalosas corrientes de sus mas que diuinos ojos, las razones siguientes escriuio a su querido, y oluidado amante.

Iacinta, a Gerardo.

*SI La facilidad con que te hize absoluto dueño, y señor de mi alma, te ha dado atreuimiento para que con tanto descuido me oluides, falso, y mudable Gerardo, procede como el mas vil inconstante de los hombres, pues si noble sangre alimentara tu aleuoso pecho, la misma razon te obligara a pagar mi voluntad, teniendo eternamente delante de los ojos el agradecimiento, y firme amor mio: pues èl solo pudo forçarme a semejante desatino, ya que por mi licenciosa causa perdiesse nuestro generoso derecho, y principal accio. Mas ay que como loca, y ciega, yo misma di las armas, y las fuerças, para que con las tuyas se ordenasse mi muerte, la qual si tengo merecida, ya por momentos me amenaza, pues serà forçoso, antes que otro ocupe el lugar, que mi coraçon te concedio, darmela con mis propias manos: y desta mi vltima deliberacion puedes viuir assegurado, y desengañado, de que padres, hermanos, ni parientes (aunque mi triste, y infeliz casamiento està en tal estado) podràn hazer, que de mi parte tenga efeto, ni menos serà poderosa la falsa fee con que me has vendido, à que de sus quilates pierda vn punto la mia, firme, y verdadera.*

Aun mucho mas se alargara la apasionada Iacinta, si el tormento graue, y zeloso dolor que la afligia, creciendo en tal sazon con mayor violencia, no trauara la lengua, ofuscara el ingenio, y ligara las manos, y aun el vital aliento, y en tal trance, y aprieto la puso, que de mortal no hazia diferencia. O invencible, y poderosa fuerça de amor! que assi reduces a tu voluntad la mas firme, y constante, mostrandote tu poder contra toda noble condicion, aun con el mas humilde, y rendido a tus tiranas leyes: de cuyo rigor, aunque la hermosa, y afligida Iacinta pide a vozes, hollada de tus pies, misericordia, nada vsas con ella, porque no es tu costumbre, ni menos te apia-

apiada, porque cierras, como inhumano, las orejas: ya llora, ya suspira, y se lamenta, y ya reprimiendo su passion, y corrigiendo sus lagrimas, y congojas, propone, y aun se dispone a oluidar; y ya en vn instante aborrece, y en el mismo arrepentida, culpa de mudable, y varia a su firme fee, y verdadero amor, y del todo resuelta a hazer la voluntad de sus padres, se determina a dexar en aquel estado sus amores; y ya aun sin consentimiento deste nueuo parecer, a si misma se vltraja, y de si misma injuriandose, se quexa, y qual si verdaderamente transformada estuuiera en su Gerardo, con la misma eficacia alega por èl, y disculpa su oluido, tardança, y remission: y con este arrebatado, y amoroso acuerdo, quiere temerosa de enojarle, rõper el papel que escrito tiene; y ya loca, y furiosa, buelta vna tigre Hircana, castigando el piadoso pensamiento, de los cielos se quexa, maldiziendo su suerte, y la infelicidad de sus astros, y contraria estrella, y conuirtiendo sus verdes, y rasgados ojos en dos fuentes de lagrimas, alj farando el terso, y albissimo cristal de su candido rostro, juntamente humedece el papel que en la mano tiene, y el cuano, y marfil del labrado bufete en que estaua recostada; del qual leuantandose resuelta en dar a entẽder su justa colera al querido amante, siendo ya hora conueniente para darle el villete, se fue a la vẽtana, desde adonde pudo ver a Gerardo, que con otro semejante cuidado salia a la suya, y no dãdole lugar a que hablarla pudiesse, ni menos leuantando a mirarle la amorosa vista, dexando caer el papel, como solia, sin aguardar a mas dilaciõ, se boluio a entrar, dando de su apassionado disgusto en el cerrar de la ventana bastantes muestras. Todo lo qual sentia Gerardo en lo intimo de sus entrañas, y rezeloso de algun nueuo accidente en el parecer de su dama, auiendo cõ breuedad leuantado el villete, y leidole, sus colericas, y enojadas razones antes le fueron de contẽto, y gusto, que de pena, ò sentimiẽto, assegurando con las veras de su rigor, sus casi perdidas esperanças, con qne respondiendo a Iacinta, alegre la satisfizo de sus zelosas sospechas; y por mas assegurarla, cerrò el villete con el vltimo verso del siguiente soneto.

Ge-

Gerardo, a Iacinta.

*Trocar dos almas su corporea casa,*
*gozando en tal destierro alegre estado,*
*porque del vno objeto al otro amado*
*el peregrino espiritu se passa:*
*Ser cada qual el fin, limite, y taßa*
*del ageno deseo al propio atado,*
*tener en bien, y en mal comun el hado,*
*ser vno de otro en fee coluna, y baßa:*
*Dos voluntades reduzirse a vna,*
*y en vn misмo temor temblar sin causa,*
*ganando del martirio la corona:*
*Estos efetos, y misterios causa*
*mi reciproco amor de igual fortuna,*
*porque el amor nunca perdona.*

La exageracion con que Gerardo en los passados versos dio suficiente muestra de su verdadero amor, fue poderosa a concluir con su enojada Iacinta las quebrantadas treguas, quietãdo en su coraçon el zeloso rigor que le afligia, y obligando con nuevos, y mas ricos fauores a su Gerardo, el qual para viuir con alegria cumplida, y del todo satisfecho, solo se suspendia el casamiento aplaçado, de cuyo dudoso efero viuia con el temor, que el caso amenaçaua, que aqueste en el que bien ama, es imposible faltar, como señal verdadera de la amorosa ponçoña que le inficiona el alma.

Llegò pues el aplaçado dia de la casa, y padres de Iacinta, tan deseado, como aborrecido, y llorado della, y en este punto con tan extraordinario sentimiẽto, lagrimas, y suspiros, que sin poderlo dissimular, por momentos se quedaua desmayada entre los braços de su madre, y otras damas, y parientas, que a celebrar ocasion como la de tales casamientos auian venido, con que fue forçoso el dilatarse hasta la siguiente noche.

Esto passaua en la morada, y casa de Iacinta, mientras el afligido Gerardo, sin poder en vn lugar tener sossiego, con la inquietud que acossaua su penssamiento, ya poniendose a cauallo en vna imaginacion, daua mil buelras, y passeos,

rodeando la calle, y casa de su dama; y ya con la misma velocidad, boluiendose à la suya, vn instante solo no podia retirarse de la reja, y ventana, medianera de sus amores, hasta q̃ auiendo cerrado la noche, con su ocasion arrebocado, sin temor de ser de nadie cõnocido, ò notado, pudo entrar en la regozijada casa de Iacinta, à tal sazon, que con diuersos juegos, musicas, vozes, y alaridos, vnos à otros, ni se entendian, ni oian; cosa que en el temeroso pecho de Gerardo, aun puso mas viua sospecha de que su dama huuiesse, al fin como muger, faltado en la prometida fee, y palabra; y assi con este cuidadoso descuido, procurò informarse de vn anciano escudero, a quien la edad decrepita tenia priuilegiado de semejantes regozijos, y con mayor sossiego recostado en vn silla: el qual auiendo entendido que Gerardo preguntaua la ocasion de tanta fiesta, con breues, aunque tardas razones se lo dixo, haziendo con ellas verdaderas sus sospechas, porque quiero que sepais, que al fin Iacinta fue vencida de los continuos ruegos, y persuasiones de sus padres, deudos, y allegados, y en aquel mismo punto acabaua de dar al esposo, y pariente la hermosa y blanca mano. Mas apenas huuo el tierno Gerardo oido del cansado viejo los vltimos acentos de su platica, quando cubierto de vn sudor frio, le conuino arrimarse a la pared vezina, escusando quanto le fue posible el dar a sentir la triste passion que le atormẽtaua, que reconociendo se iba con furiosa violencia acrecentando, lo mejor que pudo, saliendo de la morada, y casa de Iacinta, diò la buelua a la suya, en quien ya le aguardaua su hermano Leoncio, y casi con el mismo cuidado, y deseo de saber el fin de aquellas cosas. Mas no fue necessario, viendo a Gerardo con el triste semblante que le acompañaua, mas grande informacion del succsso; y auiendo los dos solos encerrado se en su aposento, con alegre rostro, y fraternal amor, consolando al afligido hermano, a las siguientes razones diò principio.

No es necessario el encubrirme, querido hermano, el origen, ò causa de vuestro disgusto, siendo este el dia que aguardauamos para satisfacion de la fee, y promessas de Iacinta; y

sin ella, como creo, os ha faltado, al fin firmeza de muger. Si bien lo aduertis deste mismo sentimiento, y causa ha de nacer la de vuestro cõsuelo, pues viendoos assi desengañado, entendereis el fauor que el cielo os haze; rompiendo con la fragilidad de vn inconstante parecer las cadenas fuertes de vuestra oprimida libertad, de vna esclauitud eterna, y de vn siempre con dolor viuir muriẽdo, sujeto al ingrato proceder de muger semejante cuya paga, y recompensa es las mas vezes dada en su mismo fruto, pues es tan cierto pagar cõ sus mudanças nuestra estabilidad, con su profundo oluido nuestra mémoria, nuestras penas, y trabajos cõ sus desdenes, y disfauores, nuestras verdades con sus engaños, y vltimamente nuestro amor firme, y voluntad constante, con su acostumbrado aborrecimiẽto, y perecedera aficion, sin tener menos que vn inmortal, y vario proceder en sus palabras, obras, y pensamientos, siendo este el blanco de sus intentos, y nuestra perdicion el precio que arrastran cõ tanta facilidad: y esta verdad, pues està en la ocasion presente siruiendoos de testigo verdadero, ni aypara que negarla, ni menos deueis escusar por tan señalado beneficio las justas, y deuidas gracias a los piadosos cielos; estad alegre, y recibid contento, pues no es razon, ni la ay para que sucesso tan venturoso pueda priuaros dèl.

Responder queria al acertado, y saludable consejo el afligido Gerardo, ya conuencido de sus verdades euidentes, quando vno de sus criados le interrumpiò, diziendo, que vn hombre arrebozado le aguardaua à la puerta de la posada, y entendido, que por èl solo preguntaua, dexando la cõuersacion del prudente Leoncio, salio a la puerta, y no desapercebido, como escarmentado, adõde hallò embozado vn mãcebo, cuyo gentil, y bizarro talle representaua ser persona de prendas, y mandando retirar al criado, que de mensajero auia seruido, deseoso de conocerle, y mas de saber lo que pretendia, se lo preguntò con la cortesia, y discrecion de que era dotado. Mas la respuesta que tuuo, fue arrojarse el encubierto mancebo a èl con los brazos abiertos; y con tan veloz, y no pensado acometimiento, que por poco no echò

vn muy desastrado lance, porque apenas mudò del puesto que ocupaua los pies para Gerardo, quando temiendo el ser assi embestido, como ya venia sobre si, en vn momento, sacando atràs el siniestro pie, y arrancando la espada, le puso la punta delante, y fue notable felicidad, y ventura no atrauessarle; y no menos le sucedio à Leoncio, que auiendo estado en centinela de su hermano, sospechando lo mismo, acudiò con otro tal acceleramiẽto a su defensa. Y sin duda le sucediera mal al gallardo mãcebo, si viẽdo lo que passaua, y el desconocimiento de Gerardo, quitãdose el reboço no se retirara, diziẽdo con temerosa, y turbada voz: Como Gerardo? Que es esto? Pues assi me acogeis? Este amparo hallo en vuestro pecho? Esta cõtradiciõ en vuestros braços? Assi pagais mi amistad? Assi mi atreuimiento? Ha hõbre engañador! Que assi de tus lisonjas me he creido! Quedate cõ tu suerte, y desengaño, q̃ aunque es tarde, ha llegado à mis puertas; muy tẽprano llegarè à algunas, donde como tu no me nieguen la entrada. Y acabando cõ infinitas lagrimas, diò la buelta, y en el coraçon del alterado Gerardo, nudos, y lazadas fortissimas, que sola la muerte pudo desatarlas, porq̃ apenas descubriò el emboçado su hermoso rostro, quando fue dèl conocido, y no menos q̃ por el verdadero, y peregrino original dela bellissima Iacinta; y viendo el yerro en que sin ser en su mano auia caido, cõ presurosos passos, auiendola alcançado, llamando à su hermano, todos jũtos se encerraron en su aposẽto, con gran deseo de salir Leõcio de la duda en que aquel notable acaecimiento le tenia. Gerardo en viendose solo, y tan obligado a su enojado dueño, echandose a sus pies, con tierno sentimiento le pidiò perdon de su culpa, y desconocimiento; pues el hallarse indigno de tanta gloria le era bastãte escusa. Y aũque estas, y otras muchas razones saliã de la boca de Gerardo, aun entendia que algũ pesado sueño le ocupaua el sentido, representãdole en la idea aquella imagen, centro de sus amorosos pensamientos, y con esta frenetica imaginacion, no se cansaua de tocar con las manos el cuerpo de Iacinta; la qual cõ no menor contento, y sobra de alegria, le-

leuantando del suelo al querido amante, juntando su rostro con el suyo, aun no se persuadia à que fuesse Gerardo el mismo que tenia entre sus braços.

Muy grande espacio estuuieron en esta amorosa suspension, sin darlos à otro acuerdo lugar su mucha alegria, hasta que auiendo Leoncio entendido por los estremos la verdad, que antes le tenia dudoso, admirado de la resuelta determinacion de Iacinta, llegò a hablarla, deshaziendo con su venida el laço estrecho en q̃ los dos estauan; y sospecho, q̃ aunque la ocasion era de suyo peligrosa, no le tuuo a su hermano por engañado, disculpando en su coraçon con los grandes meritos de la hermosa Iacinta, la aficion ciega con q̃ de Gerardo era amada; y pareciẽdole assimismo necessario en caso tan importante tomar prudẽte acuerdo, sin dilatar su execucion, quiso saber de Iacinta primero la preuencion que auia hecho, para traer su intento al estado presente, para segũ ella cõsiderar la que de su parte cõuiniesse. A lo qual la hermosa dama le assegurò cõ solo el secreto de sus pensamientos, y amores, de quien persona humana sabia, ni antes auia entẽdido, con que de comun parecer, y consentimiento se acordò, q̃ Gerardo, y Iacinta en sendos cauallos tomassen la buelta de Aragon, y que en el interin Leoncio procurasse darles cautelosamente auiso de lo q̃ sus padres, esposo, y deudos ordenassen, los quales, auiẽdo al mismo punto que Iacinta se desapareciò desus ojos hallado la menos, y hecho en su busca con inuiolable secreto, diligẽcia, en lo mas oculto, y apartado de sus casas, y morada, por do menos se entendio el daño, q̃ era vn hermoso jardin, hallaron abierta vna pequeña puerta q̃ della salia à la calle, y muy cerca, entre vna mesa de verdes, y texidos arrayanes, las ropas, y gallardos vestidos, que auian sido adorno de su infelize boda, y al presente, ocasion de sempiternos dolores, lagrimas, y gemidos. Porq̃ aueis de saber, q̃ Iacinta apenas por las importunaciones, y ruegos de sus padres, y deudos, diò la mano contra su voluntad al ofendido esposo, quãdo se tuuo por engañada, y mas arrepentida, y dexandose lleuar del raudal de su afligido pensamiento, cõ

vna amorosa, y vehemente desesperacion, cerrando à todo inconueniente los ojos de la razon; disimulando su pesar, y diziendo se sentia indispuesta juntamente se entrò en su aposento, y dèl por vna ventana baxa al jardin, que he dicho, en el qual auiendose puesto cõ notable presteza aquel varonil vestido, de q̃ muchos dias antes se auia apercebido, dexãdo en su lugar los suyos, se dispuso a lo que aueis oido: tanto pudo en su tierno coraçon la memoria de Gerardo, y la ofensa que à su firme amor, y palabra auia hecho.

No haze a mi proposito el escriuir de nueuo el sordo, y mudo sentimiento de la noble familia de Iacinta, ni menos las esquisitas, y discretas diligẽcias, que en su busca hizieron, vanas, y de ningun momento, que por ello avrè de escusar el trabajo de contarlas; y assi me ha parecido, escusãdo esta prolixidad, boluer à mi proposito, dando puerto tranquilo, y seguro à estos dos amãtes, que ya à esta hora dauan muy gran priessa à su partida, y con tan acertada orden, y solicitud del prudente Leoncio, que antes de la media noche, sin ser de nadie sentidos, disculpando con otra disimulada causa con los deudos su forçosa ausencia, salieron bien proueidos de armas, joyas, y dineros, de la populosa ciudad la buelta de la antigua, y inuictissima Numancia, que este fue el camino, que mas seguro les pareciò por el prestéte, adõde en pocos dias, sin sucederles cosa de importancia, llegaron muy alegres; y auiendo descansado, boluieron a su viaje, lleuando en cõpañia vn hõbre, que hasta desmentir las peligrosas guardias y espias de los Reynos, les pusiesse con seguridad en el famoso de Aragõ: y teniẽdo este deseo (q̃ no fue poco de estimar) feliz sucesso, llegarõ àla ilustre Ciudad de Zaragoza con tanto contento de Iacinta, y Gerardo, q̃ no lo sabrè encarecer.

Adornan a esta gran ciudad (demas de vna milagrosa influencia, y constelacion felicissima) tantos, y tan excelentes dones de naturaleza, que con justo, y deuido titulo, merece el de Cesar-Augusta, sobre las mas insignes deste renombre. En este amenissimo lugar estuuo Gerardo algunos dias de assiento, que passaron de años, viuiendo el mas alegre de los hom-

hombres, con su amada compañia, y tãto, que no trocara en la sazon de entonces, la humildad de su estado por el mas estimado de la tierra; tal era la conformidad de sus dos voluntades, y tan intẽso, y fuerte el amor de Iacinta, que aunque el de Gerardo tenia de lo muy fino, y verdadero, la superioridad del de su dama no recibia su igualdad, ni comparacion, de cuya verdadera firmeza nacia su obligacion, su agradecimiento, y su conocida confiança, suma felicidad del que ama.

Auia cõ su agradable trato, noble correspondencia, y generosidad, grangeado Gerardo en este breue tiẽpo las mas calificadas volũtades de aquella nobilissima Ciudad, con que de toda era tan bien quisto como el mejor ciudadano, y cauallero; y assi con semejante beneuolencia le admitian, y apadrinauan en sus saraos, fiestas, y regozijos, assi publicos, como secretos, siendole en todo amigo, y compañero, con mayor voluntad de D. Iayme de Aragõ, ilustre rama del Real y antiguo tronco, y heredero en lo mejor de su Reyno, à quien no encubria Gerardo sus pensamientos, ni menos la ocasion de Iacinta exceptando partes. Tenia este Cauallero, entre otras posseſsiones de su mayorazgo, siete leguas de Zaragoza vna honrada villa de las bien pobladas de su comarca, y la mas agradable en frescura, y regalos de todo Aragõ, de cuyos entretenimientos, y recreaciones acostumbraua a gozar los mas Veranos; y assi, teniendo determinado este camino, con muchos ruegos, y cõtinuas importunaciones, procurò persuadir a Gerardo, que le hiziesse por algunos dias compañia: lo qual huuo de cõcederle forçado de su amistad, y de otras muchas obligaciones, aunque el dexar sola a Iacinta vn solo punto, fue por demas el alcançarlo della, y assi huuieron todos juntos de ponerse en el viage. Aquel dia de su partida, con dulce, y agradable conuersacion, llegaron al ponerse el Sol à vn castillo de vn primo de Don Iayme, adõde auiendose apeado, fueron recibidos con infinito gusto, al mismo tiempo que por otro camino llegauan à su parage dos peregrinos, que en sus presencias, y en la cortesia con que los saludaron, dieron a entender ser mas que el sayal que les

cubria, y reconociendo la cercana venida de la noche, huuieron de pedir al señor del castillo, y à aquellos Caualleros, tuuiessen por bien de ampararlos en èl, a cuyo ruego, y demãda, condecendiendo con volũtad, todos juntos se entraron en la fertaleza; preguntandoles Gerardo, por parecerles Castellanos, de donde fuessen, y qual su peregrinacion? A que el vno dellos tomando, como dizen, al responder la mano, dixo ser Andaluces, y naturales de la insigne Seuilla, de adonde auiã salido con intencion de visitar los mayores Santuarios de nuestra España, a cuyo Patron, en su casa de Compostela ya auian visto, y al presente en prosecucion de su proposito, iban a la milagrosa, y celestial imagen del Pilar.

A lo qual, auiendo estado bien atento Gerardo, oyendoles nombrar à Seuilla, y ser de ella hijos naturales, no pudo como tan en la memoria tenia al buen Leriano, y el beneficio dèl recibido, escusar en esta ocasion el preguntarles si le conocian, por parecele, que siendo vn tal Caualiero, no dexarian de tener dèl muy gran noticia. Mas apenas huuo Gerardo formado el final acento del nombre de su amigo, quando sin poder reprimir el peregrino que hablaua las lagrimas, con profundos suspiros diò à entender claramente la passiõ, que nõbrando à Leriano auia recibido, no causando en el pecho, y coraçon de Gerardo menos alteracion, y con semejãte sospecha, auiendose sentado, en el entretanto q̃ la cena se ordenaua, en el repecho de vna gran reja, ò balcon, que à vna hermosa huerta salia, y juntamente D. Iayme, y Peregrinos; al que el repentino sentimiento tenia, vertiendo espesas lagrimas, ruega con encarecidas palabras, le diga la causa de su pesar, y disgusto, pues era fuerça ser muy importante, segun el sentimiento a que le auia obligado. Que viendose destas, y otras razones importunado el lastimado peregrino, con vn entrañable gemido, muestras del interior tormento, assi respondiendo, dixo de aquesta suerte: No os espanteis, señor Caualiero, ni menos atribuyais a femenil demostracion la que mis ojos han hecho en la ocasiõ presente, pues el hõbre por quien me preguntais, q̃ yo amè con verdadera amistad sobre to-

todas las cosas deste siglo, puede cõ su memoria causar en mi alma aun mas lastimosa pena, y descontento; y assi os pido con el encarecimiento posible, no querais afligir mi cãsado espiritu, cõ pretẽder de mi persona saber otra mas legitima razon: y acabando con nueuas lagrimas, fuerõ las razones q̃ aueis oido, agudos acicates para acrecentar al doble el deseo en nuestro Gerardo, q̃ por la misma causa, q̃ el dezirle la de su sentimiẽto imposibilitaua el peregrino, se persuadia cõ mas viua sospecha, a que algũ desastrado sucesso le huuiesse sucedido al buẽ Leriano; y con semejante alteracion, aunque no dandola à entender por su semblãte, le replicò de aquesta forma. La estrecha amistad con que siẽpre nos hemos tratado Leriano, yo, mas que curiosidad impertinente me obliga, a que no obedeciendo vuestro mandado, aya de replicaros saqueis mi alma de la mortal sospecha q̃ la atormenta, desengañandola, aunque por hazerme este fauor recibais algun genero de disgusto, pues podeis estar cierto, q̃ por quitarosle arriesgara mi vida, como por el caro, y leal amigo, q̃ os pregũto; y os aduierto, q̃ no le tiene en el mũdo mayor que yo Leriano, ni quien con mas voluntad deua seruirle, porque son tales mis obligaciones, q̃ se estienden a deuerle no menos q̃ la vida. Segun esso, algo mas cõsolado dixo el lastimado peregrino, sin duda deueis de ser Gerardo, de cuya milagrosa historia, muchas vezes oì hazer menciõ a nuestro buẽ amigo? Aunque mi nombre, respõdio Gerardo, tenia proposito de encubrirle, mientras ausente, como vos, ando peregrinando, siquiera porque no me negueis la merced q̃ os pido, avrè de no zelaros essa verdad, y assi me podeis tener por el mismo: y en essa misma conformidad, pues todos professamos amistad cõ Leriano, gustarè, q̃ de mi como dèl, hagais vn mismo caudal, no escusãdo el darme cuenta de lo q̃ os he suplicado. Aqui se leuãtò el peregrino, ycõ mas alegre semblante, abriẽdo los brazos, se vino para Gerrardo, diziendo: Creedme, noble cauallaro, q̃ estanto lo q̃ deseaua conoceros, quanto vuestra vista en este punto me ha sido de cõsuelo verdadero; dadme essos brazos, que en ellos al viuo se me representan

los que de vuestro caro amigo al presente lloro, y ya escusado me será el no conceder vuestra demanda, aunque estoy bien satisfecho del riguroso tormento, que con su memoria se me apareja, y mayor mientras me ha de ser forçoso para traer su triste sucesso al legitimo lugar, hazer mencion del mas lastimoso desastre, que por hombre mortal en nuestros tiempos ha sucedido. Y diziendo esto, y queriendo dar principio a su historia, fue todo vno. Mas auiendo auisado de que la cena les aguardaua, de acuerdo, y parecer conforme, la dilataron hasta despues de cena, con no poco cuidado del sospechoso Gerardo, y de la restante compañia; aunque con distantes fines; y assi al leuantar las mesas, dandole agradecido silencio, a dezir començò el prometido cuento, con el lastimoso, y consiguiente razonamiento.

AVnque es verdad, ilustre compañia, que con suficiente causa podia acobardarme a salir con la empresa prometida, tanto por el renouar la inmensidad de mis trabajos con la memoria dellos, quanto por el peligro a que podia reducirme el mismo progresso de mi historia, auiendo quien entre vosotros puede justissimamente lastimarse, y sentirse, todavia asegurado de la inocencia de mi pecho, y de la nobleza del vuestro, no dexaré por respeto humano de cumplir mi palabra, dandoos estrecha, y muy particular cuenta de mi desgraciado sucesso, y aun de mi vida hasta el punto en que me veis. Y assi sabreis, que auiendo de la infelicidad de mi recio parto, muerto la madre, q̃ aun no merecí conocer, quedè desde mi tierna niñez sujeto a la incomodidad con que suelen criarse hijos agenos del materno regalo, aunque auiendo nacido en la opulentissima casa de Angelo Milanes, padre mio, no seria esta falta tan calificada. El entrañable amor, con que tiernamente a la querida esposa amaua mi padre, hizo con su fatal ausencia tan triste efeto en su memoria, que sin poderle ser alimo, ni cõsuelo humana diuersion, o passatiempo, del todo vino con la salud del cuerpo à perder el alegria, y quietud del espiritu, cõuirtiendose en vn miserable retrato de lagrimas, y duelos, hasta que reconociendo ser la

mayor

mayor parte de sus disgustos, la presencia del lugar, donde con su amada esposa auia passado dichosa juuentud, se determinò, y dispuso a apartar de si tantos, y tan dolorosos inconuenientes, poniendo tierra en medio, como dizen, y las inmensas aguas del profundo, y anchuroso Oceano: porque auiendo deshechose de la mayor parte de sus ricas possessiones, trocandolas en numerosos empleos, juntamente cõ ellos se embarcò en vna gentil, y bien artillada nao, lleuando su derrota a lás nombradas Indias de Occidente, y en ellas a la rica, y abundante Prouincia del Pirù, a quien auiendo llegado, en las dos embarcaciones cõ prospero y saludable tiempo desembarcando la empleada hazienda, hizo de toda vna admirable, y ganancioſa salida, con que boluiendo a cargar, y quedandose en aquellos Reynos, la embiò a Seuilla donde sus despidiétes, y lo restante de su hazienda, y mi persona, auia quedado a cargo de vn hermano suyo, y tio mio; y en resolucion, se halló tan mejorado de salud, y contento en aquellas remotissimas regiones, q̃ de su deseada buelta tuuimos por largos tiẽpos perdidas las esperanças; y entiendo hasta oy se huuiera sustentado en el mismo parecer, oluidando su sangre con el acrecentamiento de sus grandes riquezas, si Dios no mudara su pensamiento de la suerte que agora sabreis, que para mas bien entendida la ocasiõ de su mudança, serà justo, que entendais assimismo, que fue el principal instrumento della cierto cauallero Castellano, y natural de la Imperial Toledo, cuyo nombre es Leonardo Argentino, el qual auiendo con prodiga, y generosa mano dissipado vn gran mayorazgo, y hazienda que posseia, auiendose aniquilado, y que ya auia venido a tanta miseria su noble familia, que ann les faltaua vna moderada passadia, no le pareciendo consumir del todo lo poco que quedaua, con sano, aunque forçoso parecer, huuo de determinarse a hazer el viaje de mi padre, dexando cõ doloroso sentimiento la querida compañia de su muger, y vna hermosa hija de muy pequeña edad, llamada Ildaura, alimo de sus pesares; y aunque sus tiernas lagrimas, y suspiros, pudieran ablandar vn mar

mol duro, en la ocasion presente no hizieron enel determinado Leonardo ningun efeto, y assi huuo la afligida señora de darle voluntaria licencia, bien que limitada por tiempo de diez años; y con esto, tomando vna pequeña parte de la haziẽda, haziendo con gran secreto vn igual empleo, salio de su Ciudad, dexando enella la que le auia quedado, y a su esposa, y hija, a cargo de la solicitud, y fidelidad de vn antiguo criado, a quien tecia en lugar de hijo; que esto, y el ser nacido en la noble Vizcaya, lleuò al descõsolado cauallero cõ mas seguridad de su cõpañia, y seruicio. Quiso pues su buena suerte, òmi infeliz estrella, guiar su camino a la ciudad de los Reyes, desconocido, y trocado el nombre, costumbre guardada por los Españoles, que en aquellas, y otras partes pretenden encubrir su nobleza, para mejor humillar la altiuez de sus animos, reducirlos a buscar la vida por el camino mas prouechoso, y menos necesitado de honorosos respetos: aquien auiẽdo llegado, y deshecho el pobre empleo, procurando algun genero de entretenimiẽto para su persona, confiado en la agilidad de sus buenas partes, vino a coyũtura, que por auer sele muerto à mi padre, que assimismo residia en aquella ciudad, el mayoral, y capataz de sus ganados hazia la misma diligencia; y assi huuieron de encontrarse, aunque no en las voluntades, porque la de mi padre se agradò tanto dela persona de Leonardo, quanto èl de su afable trato, y condicion, cõ que no desconcertandose en el assiento, ni menos en el tiempo, ò cantidad, al fin huuo de quedarse en su compañia, y seruicio; al qual acudiò con tan cuidadoso estremo, que en breues dias pudo mi padre reconocer la mejoria de la hazienda, q̃ a su cargo estaua, y con tã grande acrecentamiento, que puso del todo à la restante con su presencia oluido, descargando el pesaroso cuidadõ de ella en los ombros de Leonardo Argentino, cõ cuya vigilancia viuia alegre, y descuidado. No auia en este tiempo nuestro mayoral oluidado el intento de su viage, ni las prendas q̃ le aguardauan, antes con el ayuda de mi padre, y lo q̃ de su parte auia traido, tenia ya junta vna buena parte de dineros, y hazienda, multiplicandola con

con las grandes, y ricas cargaçones, que todos los años ibã, y veniã en nueſtras naos, y por nueſtra cuenta à Eſpaña, y à las Indias, de ſuerte, que antes del tiempo de ſu licencia, podia contarſe por vno de los hombres caudaloſos de aquel Reyno, con qûe le pareciò dar la buelta à la amada patria: y con eſta determinaciõ, vn dia, q̃ mi padre, y èl ſe hallaron ſolos, le hizo ſaber ſu intento; que quando vino à entenderle, y que ſu voluntad era dexarle, no ſabrè exagerar el ſentimiento de ſu dolor; y pareciendole, que ſus ruegos mudarian la pretenſion de Leonardo, procurò por todos los caminos q̃ pudo diuertirſela; aunque fueron ſus diligencias por demas, y de ningun fruto; y pareciendole à Leonardo q̃ ſeria moſtrarſe ingrato à tantos bienes recibidos, ſi agora no le ſatisfacieſſe à la juſta cauſa de ſu ida (deſpues de auerle dicho quien era, nombre, y calidad, y juntamente las queridas, y amadas prendas que le aguardauan, y forçauan à boluerle las eſpaldas) tales, y tan euidẽtes fueron las razones, que le ſupo dar en ſu deſcargo, que totalmente le enmudeciò la lengua para mas replicarle; y no tan ſolamente la eficacia de ſus diſculpas hizieron eſte efeto en mi padre, ſino que le obligarõ à hazer lo miſmo, deſpertando en ſu coraçon el difunto amor, y volũtad de ſu caſa, hijos, hermanos, y naturales. Y auiendo concertado con particular contento de los dos ſu viaje para la primera flota, en el interin que ſe llegaua el tiẽpo, huuo lugar baſtante para trocar, vender, y deshazer la ſuma inmenſa que de ſu haziẽda tenian en aquellas partes, y cargando con ſu empleo dos grueſſas naues, cõ dichoſo viaje llegaron a la famoſa Barra de Sanlucar, adõde ya eſtauamos auiſados por el nauio de auiſo, y todos ſus deudos preuenidos; y antes de auer ſaltado en tierra mi padre, tomãdo à parte el que ya tenia por intimo amigo, le hablò de aqueſta ſuerte. Bien ſeguro eſtoy, amigo Leonardo, que de mi amor, y voluntad viuis ſatisfecho, cõmo yo aſsimiſmo de q̃ en eſte particular me ſois agradecido, aſsi quiſiera, q̃ eſta nueſtra amiſtad por ningun humano accidente ſe deslabonaſſe, òcõ la larga auſencia de nueſtras perſonas ſe deshizieſſe: y para

per-

perfetualla he pensado, siendo vos seruido, traza, y modo con que mientras viuieremos, no tan solamente nuestra amistad se eternize, sino que assimismo quede hecha parentesco, y propia afinidad; y este dudo ha de ser mezclando nuestras sangres, y conforme con mi voluntad, dando por legitima muger vuestra vnica hija à Roberto Milanes mi hijo (que este es mi nombre) y esta intencion, y parecer podrà tener efeto, si el cielo se ha seruido de guardarnos estas vnicas prendas, con la vida, y salud que deseamos. Yo os he comunicado lo mas interior de mi deseo; y assi gustarè mucho de saber vuestra vltima resolucion. Y dando fin a su platica, aguardando respuesta, la que Leonardo Argentino diò, fue arrojarse a sus pies, vertiendo sus ojos lagrimas de contento, y haziendo alarde del mucho que tenia su coraçon, con palabras dignas de su nobleza, despues de auer encarecido la que en mi padre, y en sus obras conocia: no tan solamente le diò la hija vnica, que para mi le auia pedido: pero de su vida, honra, y hazienda, hizo otro igual ofrecimiento; y auiendose con esto abrazado estrechamente, con infinita alegria, y regozijo de los que le aguardauamos, juntamente con Leonardo, desembarcó mi padre, pisando tierra de España, despues de diez, y ocho años, que della auia salido, aun no teniendo yo de edad los seis cumplidos. Passo en silencio lo que en este recibimiento alegre sintiò mi coraçon con la deseada venida de mi padre, que del contento de su alma qualquiera colegiera, que seria de mayores ventajas, como al fin hijo vnico de sus entrañas. No nos detuuimos en el puerto muchos dias, porq̃ la voluntad de ver su antigua morada, le solicitò el deseo, desuerte, que en breue termino llegamos a Seuilla con increible gusto de los dos amigos, adonde auiendo yo entendido el de mi padre, como obediente hijo, me dispuse a obedecerle en todo, aparejandome para el viaje, con el cuydado q̃ el caso requeria, y en el interin llegò de buelta vn correo, que Leonardo Argentino luego como saltò en tierra, auia despachado a su ciudad, y casa con la nueua de su venida, y siendo la que traxo a mi suegro de infinito consuelo,

por

por saber de la salud que auia hallado a su amada esposa, y querida hija, puedo yo tambien afirmaros, que las que tambien llegaron entonces a mis oidos, causaron tan grande regozijo en mi alma: siendo informado del diligente mensagero, a medida de mi deseo, y voluntad, exagerandome con encarecidas razones la excelente virtud, y admirable hermosura de la que ya aguardaua para esposa, y dueño de mi voluntad, y assi no via llegar la hora de mi partida, aunque mi suegro no se descuidaua en la solicitud de entrambas; y en efeto, estando puesto à punto, y auiendo embiado Leonardo Argentino delante lo mas rico, y precioso de sus riquezas, despedido con tiernas lagrimas, y sentimiento de mi padre, y su caro amigo, dexando concertado mi viaje, para quando se entendiesse auer el llegado a su patria, se puso en el camino della, a la qual auiendo venido, considerad ilustres Caualleros, si en su recibimiento se renouarian las antiguas lagrimas de su partida, aunque al presente nacidas de efetos diferentes.

Mi suegro con el general aumento que hallò en su casa, assi en la poca hazienda que dexò, como en la bellezaperegrina, y discrecion de su querida hija Ildaura, salud, y contento de su esposa, familia, y criados; de creer es, si se mostraria agradecido, y obligado al piadoso cielo; y assi dandole las deuidas gracias, tambien diò a su esposa cuenta del casamiẽto concertado, no encubriendo lo restante de sus sucessos, hasta aquel punto; y auiendola hallado conforme en todo su acuerdo, y parecer, con general aplauso de su casa, deudos, amigos, y parientes, començaron a preuenir las futuras bodas. En este tiempo, llegado el de mi deseada partida, con la bendicion de mi padre, y licencia de vuestro caro amigo Leriano, que era mi mas intimo, y familiar, acompañado de algunos criados, a la ligera, y cõ ligeras postas, en quatro dias vi las fortisimas, y antiguas murallas de aquella inclita, y famosa Ciudad, patria, y morada de mi esposa, y de sus padres, a cuya casa, auiendo llegado, en vez de alegre, y regozijado alvergue, hallè en ella copiosas lagrimas, llãtos, y gemi-

midos; y en conclusion llenos de confuso alboroto, y tristeza, cosa que en mi animo causò igual alteracion, aunque siendo de mis suegros entendida mi venida, con grande aliuio fuy dellos recibido, siendo mi presencia euidentissimo consuelo del pesar, y desventura q̃ en aquella sazon les afligia, de quien fuy informado, poniendome delante de los ojos el cuerpo muerto de su antiguo criado, y noble Vizcayno, encima de vn tapete negro, atrauessado de cinco penetrantes, y crueles heridas, al qual aquella misma madrugada auiã hallado tendido en los vmbrales, y puertas de la casa, y embuelto en dos sangriẽtas, y delgadas sabanas, sin saber, entẽder, ò imaginar quien, como, ò quando, à tã miserable, y doloroso estado le huuiesse traido, aũ que para descubrir el agressor de su muerte se auian hecho, y hazian grandes, y extraordinarias diligencias: y con esto, aduirtiendome juntamente de la criança, que desde muy pequeño en èl auian hecho, lo mucho que le amauan, y el buen seruicio que perdian; con los innumerables que les auian hecho; y en particular en el ausẽcia de Leonardo; no me pareciò exorbitante su sentimiento, quedando satisfecho del ruin recibimiento de mi persona. Con esta ocasion se dilatò la de mi desposorio otros dos dias, que para mi fueron prolixos años; porque auiendo gozado ya de la graciosa vista de la bella Isdaura, mis ardientes deseos, incitados de su peregrina hermosura crecian con mayor violencia. Al fin llegò el aplazado dia y juntamẽte la deseada noche, en quien auiendo con increible cõtẽto gozado cõ mi esposa el fruto de nuestro nueuo estado, gastando la mayor parte della en comunicarnos el vno al otro nuestros coraçones, enlazados en vn dulce, y sabroso nudo, nos quedamos dormidos. Mas apenas al blando, y suaue sueño, auiamos entregado los cansados miembros, quando con repentino espanto me despertaron las manos, y gritos de mi esposa, que estremeciendome con grandes vozes, me llamaua en ayuda, y socorro de la casa de sus padres, q̃ a esta hora se abrasaua en viuas, y furiosas llamas, y con tan grande alteracio mia, que sin mas esperar, tomando vna ro-

ropa, en dos saltos me puse fuera del aposento, deslumbrandome al salir las chispas, y cẽtellas, que del indomable elemento, hasta su misma esfera se leuantauan; y acudiendo adonde con mayor violẽcia crecia su rigor, hallè que assimismo venia a su remedio mis suegros, y los restantes de su familia, a tal hora, q̃ de los cercanos Templos hazian la acostumbrada, y temerosa señal, con que aumentandose el alboroto de la vezindad, con su ayuda se fueron muy apriessa atajando las inclementes llamas. En toda nuestra casa no se oian menos que espantosas vozes, y gemidos: aunque en medio de tanta confusion, claramẽte conoci los de mi querida esposa, con que temblando ya por ella algun desastre sucedido, en vn momento atinando adonde estaua, por el eco lastimoso de sus suspiros, la hallè que con vn profundo desmayo entre los braços la sustentaua su querida madre, y suegra mia, no muy apartadas de vn hondo, y fresco algiue, de quien con mayor alboroto estauan rodeados los criados, y sirnientes de su familia, con que de nueuo, viendo en tan triste estado a mi Ifdaura, creciò mi turbacion, y esta mas me afligiò el coraçon, quando entendi, que la causa de su mortal accidente no era menos lastimosa, que la miserable muerte del infeliz Vizcayno, porque siguiendo su misma y desastrada suerte, vna hermosa, y discreta donzella de mi esposa, poco antes que yo baxasse a sus mismos ojos, estando ocupada en sacar para el ardiente fuego agua del algiue, ò bien con la turbacion del caso, ò por otro accidente, auiendo caido dẽtro, en vn instante, sin poderla remediar se ahogò, feneciendo sus verdes años, y alegre juuẽtud, entre las aguas frias del profundo algiue: de donde despues de vn grande espacio, auiendola sacado, crecieron los llantos en mi esposa y su madre, y con tan triste sentimiento, por el amor que desde muy niña la auian cobrado en su seruicio, que casi las vi imposibilitadas de consuelo, estando yo con tales acaecimientos, tan ageno del, como ellas. Mas al fin estos disgustos, el tiempo, como suele, los curò, y deshizo, aunque en mi siẽpre hã viuido presentes, sin poder despedirde mi memoria los presagios, y agueros

de

de mi infelize casamiento, el qual auiendose concluido, y passado algunos meses, apresurando con diuersas cartas mi padre nuestra partida, tomando de los de mi Isdaura licencia, cõ hartas lagrimas nos despedimos, viniendo juntamente en nuestra compañia el buen Leriano, que à esta sazon de la Corte boluia a Sevilla, de adõde poco despues q̃ yo se auia ausentado. Llegò a tan buena coyuntura, como tengo dicho; y assi hizimos nuestro viage cõ increible gusto de todos, y en èl supe de su boca los tristes sucessos, y desdichas vuestras; y en conclusion, llegando a nuestra Ciudad, y casa adonde eramos muy deseados, con inmenso contento de mi padre, y deudos fuimos recibidos, oluidando Isdaura, con los extraordinarios regalos, y alegrias de mi familia, la de sus queridos, y ausentes padres. Y auiendo con gusto del mio, por justos inconuenientes apartado casa, visitado muy ordinariamente de mi leal amigo Leriano; viuia tan contento, y pacifico con mi esposa, que vn solo punto della no sabia apartarme, siendo sus bellos, y rasgados ojos, el centro de mis gustos, y mayores entretenimientos. Mas no permitio mi contraria suerte cumpliesse en este felicissimo, y dichoso estado los quatro años cabales, por ventura embidiando la estable firmeza de nuestra quietud, y descanso amoroso.

Era en este tiempo tan estrecha la amistad de Leriano, y mia, quanto bien pagada de nuestras voluntades, con que raros eran los dias, ò ninguno, que sin vernos, y hablarnos se passassen, ò ya viniendo èl a mi posada, ò ya yendo yo a la suya, y con tanta cõformidad, y amor, como si verdaderamente fuessemos nacidos de vn mismo vientre, y alimentados de vna misma sangre. Y vn dia de estos, en quien a Leriano no le auia sido posible encontrarme, ni à mi verle, casi zelosos (como amantes) el vno de el otro, atribuyendolo a descuido, quisimos con vn mismo pẽsamiento, y diligencia obligarnos; y assi siẽdo algo tarde, yo me vine à aguardarle a su posada, y èl con el propio intento se fue a esperarme en la mia, adonde hallò, que indispuesta mi Isdaura se auia acostado, con quien entreteniendo mi ausencia vn grande espacio, y

ya bien entrada la noche estuuo en mi espera, hasta que reconociendo yo su tardança, remiti su vista por entonces, dando la buelta à mi posada, de la qual hallè cerradas las puertas cosa q̃ faltando yo, nunca se acostumbraua, y enefeto, auiendo llamado muchas vezes, de tanta dilacion, y con tan leue causa sospechoso, por vna pequeña abertura que las tablas de las puertas hazian, procurè con los ojos, y el sentido, ver, ò oir lo q̃ dentro passaua. Ya pluguiera a los cielos antes cegara, que de semejãte curiosidad me huuiera aprouechado! Parecionie, q̃ al baxar vna escalera a abrirme, se auia encubierto a sus espaldas, atrauesando àzia la puerta del jardin vn hõbre; cosa que en mi coraçõ cansò el espanto, y alteracion que ya podreis imaginar, y con semejante tarbacion, en entrando me arrojè dẽtro del jardin, en el qual hallè a vno, q̃ entre las enmaraãadas murtas, y arrayanes procurana encubrirse, los quales mas que mi aceleramiẽto, puedo dezir, causarõ su repẽtina muerte; porque sin poderse poner en defensa, enredado de las espesas ramas, auiẽdo sacado mi espada, le di tres estocadas, sin aduertir, en que llamandome por mi nombre, dãdo vozes pedia me detuuiesse, hasta que auiendo caido en el suelo, conoci ser Leriano mi intimo, y caro amigo, aquel que con tan cruel inhumanidad tenia à mis pies tendido. Quando del todo me satisfize, atonito, y suspense, sin mas mouer el ayrado braço, quedè tan muerto, y difunto, como el que delante de mi tenia, que ya cõ flaca, y debil voz, me rogaua le truxesse vn Confessor. Perdi el sentido, reconociẽdo el mal que auia hecho, y del todo me acabè de boluer furioso, quãdo en sus vltimos acentos entẽdi mi maldad, y su inocencia, diziendo: Como amado Roberto ha permitido el cielo, que vuestra antiga espada sea mi homicida? En q̃ os ofendiò vuestro Leriano, que cõ tan acelerado pensamiẽto determinastes dèl tomar vengança? Mas que me pretendo quexar de vos? Yo os perdono mi muerte, pues àella dio lugar mi impertinente, y escusada diligencia, forçada del honesto recato de vuestra esposa, cuya fee se ha igualado a mi lealtad, que esta, los cielos son testigos, que ha sido siẽpre para vos inuiolable. Y no dãdo

le mas tiempo de declararme su confuso intento la executiua parca, cerrádo los ya eclipsados ojos, rindio el alma entre estos braços, quedando la misenable, y triste mia con tan acerbo dolor, pena, y tormento, que entiendo siguiera su camino, a estar entonces del todo satisfecho en la mortal sospecha que me afligia; y con este proposito, dexando al difunto amigo, entrè en la quadra de mi esposa, a quien no hallè, ni menos en lo restáte de la casa; solo acabarõ de quebrantar mi coraçon los alaridos, y vozes de sus criadas, q̃ llamando a su señora, mas mi dolor acrecẽtauan, y con mayor ocasion, quãdo entendi de la vna dellas, se auia Isdaura arrojado en camisa por vna ventana a la vezina calle, luego como a sus oidos llegaron las vozes del bué Leriano, y las desdichadas nueuas de su inocente muerte, temiendo, justamente de mi indignacion, la que la amenazaua, sin culpa alguna, que de ser esto cierto, mas en particular me satisfice, cõtandome la causa del auerse encubierto de mi Leriano, la qual auia sido à instancia, y persuasion de mi esposa, con quien como ya os he dicho, en dulce, y agradable cõuersacion aguardaua mi venida, hasta que auiendola entẽdido por los furiosos golpes q̃ yo daua, llegando à los oidos de Isdaura el alboroto, y sabiẽdo, que las puertas principales estauan cerradas, aunque por descuido de vno de mis criados, pareciẽdole, q̃ de tal nouedad, y mas hallandose Leriano en su compañia, yo podria engendrar alguna vil sospecha cõtra su honestidad, sin reparar en el fraternal amor de mi amigo; de tal suerte la atemorizaron estos pensamientos, que sin mejor acuerdo, a puros ruegos suyos obligò à Leriano a vna tan ignorante preuencion, que siempre vn loco desvario acarrea tras si tan graues daños; porque si se mira sin passiõ, del que recibiò de mis manos, tuuo culpa bastãte, pues rigiò su prudencia, y discrecion por el desenfrenado, y temeroso parecer de vna mugér afligida.

El cielo me es testigo, y sabe nobles Caualleros, que quando mi triste fantasia rebuelue, como agora, la triste memoria del fin desastrado de mi buen amigo, quisiera con mis manos tomar por su vengança otro semejante castigo, aunque

en todo rigor estoy del reseruado. Mas el amor, y voluntad que le tuue, me obliga a tan igual determinacion, pues puedo afirmar con verdad, no hizo a nuestra aficion ventaja, conocida, la que deuia tener a mi esposa, de quien por entonces, ni supe, ni entendi, porque el hazer en aquella sazon mas diligencia, me fue escusado; teniendo forçosa necesidad de poner en cobro mi persona, como en efeto lo hize, saliendome como mejor pude de mi alborotada casa, a la de las Cuenas, y Conuento piadosissimo de Monjes Cartujanos, de los quales fui con voluntad amparado, assegurando mi vida, para con ella estar sugeto a mas terribles desventuras, y trabajos. Alli fui algunos dias visitado de mis amigos, tanto como espiado de mis enemigos, y contrarios, que aunque es verdad podia en su passion saluarme mi inocencia, todavia no ha sido possible el desengañarse, dandome credito.

Poco despues de mi retraimiento remanecio mi esposa en el Conuento de Belen, porque auiendo aquella desastrada noche saltado por vna ventana a la calle, cómo aueis oido, huyendo de mi furia, ò ciego enojo, sin saber adonde, ò como caminaua, se entrò en vna casa, que a la sazon hallò abierta, de cuyos dueños, siendo con piedad recibida, quando la conocieron, y supieron otro dia el triste caso, y las grandes diligencias, que assi de mi parte, como de oficio la justicia hazia en su busca, tomaron por acuerdo el traerla a aquel Conuento, desde adonde fui luego auisado; con que si en tanta confusion, y tropel de desdichas pudo caber sossiego, le tuuo mi alma por entonces, aunque fue Dios seruido que este durasse, segun la instable rueda de mi triste fortuna me amenazaua.

Lastimaron desuerte estos graues, y nunca imaginados disgustos, el tierno coraçon de mi Isdaura, que apresurada del terrible golpe que dio de la ventana, sin poder escusar lo que ya estaua determinado por el cielo, cayò en vna grande, y grauissima enfermedad, de quien acosada, y con el continuo dolor de su memoria afligida, considerandose en las lenguas del mordaz,

y temerario vulgo, y tan por el suelo su honor, y reputacion, en pocos dias se le llegò el vltimo, y lamentable de su muerte, antes de la qual, llamando a la Abadesa del Conuento, dandola vna carta cerrada, y escrita de su mano, la rogò encarecidamẽte hiziesse desuerte, que llegasse a mi poder, adõde quiera que yo estuuiesse: esta pues vino a mis manos, alpũto que a mis orejas la triste nueua de su muerte. No ay para que significaros el dolor de mi alma, la diuersion de sus potencias, y enagenacion de mis sentidos, pues tẽgo por sin duda, que el priuarme el cielo de ellos en aquella ocasion, fue escudo, y reparo fuerte de mi vida, que aunque vazilando entre el morir, y viuir, dura hasta oy, para mayor castigo de su dueño; y porque el de mi memoria tenga por agora algun alivio, con el fin deseado deste miserable cuento, avrè de deziros lo que dèl resta, que es lo mismo q̃ cõtiene en si la carta, y vltima letra, que formarõ las blancas manos de mi esposa, cuyo papel por prenda de tal dueño, me seruirà de cõpañia, en tanto que la parca con su mortal golpe no nos diuidiere. Y diziendo esto, cõ grande cõpassion, y lastima de los que suspensos le escuchauan, desabrochando el tosco sayal, sacò del pecho vna curiosa, y bien labrada abujeta de fina plata, y della vna carta, la qual auiẽdo desembuelto, y besado, con tiernas lagrimas començò a leerla desta suerte.

*Isdaura, à Roberto.*

YA Dulce, y amado esposo mio, llego el dia de pagar la remissible, y mortal deuda, de cuya riguroſa execucion nadie puede eximirse, y aũque es verdad, que como tal siento, y temo su espantoso trance, sabe el que ya para juzgarme me aguarda, que el apartarme para siẽpre de vuestra amable compañia, es el mayor tormento que al presente aflige mi alma, la qual llora solo el no poderos ver, y gozar en esta amarga despedida, para mejor satisfacer vuestra dudosa confiãça, y mi inculpable lealtad, que esta ha sido inuiolable, desde el dichoso dia de nuestro matrimonio. Y pues ya es tiempo de dezir verdades, y las que en mi triste coraçon se encierran, importa tanto a la salud eterna de mi alma el descubrirlas,

justo

justo serà querido dueño mio, que vos, y el mundo no ignoreis el secreto q̃ tan a costa de mi conciencia he tenido encubierto. Passad los ojos por estos vltimos renglones, quedareis desengañado de mi ofensa, si pudo para vuestro honor assi entenderse, la que sin mi consentimiento, y voluntad se executò, aun sin interuenir el matrimonio de los dos, aũque parto segura de vuestro buẽ conocimiento, y mi inocencia en este particular, q̃ al fin con vos y con el mundo, quedarà mi honor en su lugar, y sin auer perdido de sus quilates.

Bien entiendo amado Roberto, que vinirà en vuestra memoria la de aquellas primeras desventuras con que fuistes recibido en la casa de mis queridos padres, quizà ciertos pronosticos de los presentes males. Tambien se os acordarà de las muchas diligencias que se hizieron para saber quiẽ fuesse el matador sangriento de nuestro mayordomo, y criado Vizcaino, aunque de poco, ò ningun efeto, pues nunca se entendio, ni se supiera hasta el final dia del juizio, si el mio acelerado no me amenazara, que este vltimo riesgo me obliga à declararme por su homicida. La aleuosa traicion de su pensamiento lleuo por descargo al soberano Tribunal, aunque es mayor mi arrepentimiento. Sabreis dueño querido, que entonces llegò apenas con la venida de mi padre, el concierto de mi nueuo estado à su noticia, quando no sin admiracion de todos, cayò rendido, y cassi de repente en la cama, de vna lenta, y furiosa calentura: mis padres, q̃ como à hijo le amauan, sintiendo su enfermedad, trataron de curarla, aunque no huuo Medico en Toledo, que acertasse la aplicacion de su remedio; resoluianse en que procedia el daño de gran melancolia, y acrecentandonosla en general à todos, fue cada dia en aumento, hasta que la noche antes de vuestra venida se declaro conmigo, y bien a mi costa su accidente. Era muy cerca de las doze, quãdo queriendo mis ojos reposar, que vuestra futura venida los traian desvelados, oi passos en mi aposento, y aduirtiendo a la vista que dormitaua, al leuantar el rostro, cassi se huuiera de encontrar en el suyo a nuestro enfermo, y criado afligido, de cuya no pensada venida no me

alborotè por su mucha satisfacion; antes con voluntad de hermana le reñi el exceſſo de ſu impertinente alinio, agena del que èl venia à hazer en mi: a lo qual con vn temeroſo gemido, y enclauada la furioſa viſta en mis ojos, me reſpondio.

Supueſto Iſdaura, q̃ mi mal, no tenga otro remedio, que el que pueden darme eſſas manos, eſtãdo mi vida en ellas, tu que tãto me deues, no querias parecer ingrata à mis buenas obras, y ſeruicios, ya que tus crueles padres querian tratarme con tanto rigor. Mas quien dellos entendiera, que con ſemejante deſagradecimiẽto pagaran mis obligaciones, mis trabajos, y los que en criarte, y ſuſtentar con honra ſu familia, padeci en ſu auſencia? cõſẽto, porque perſaua lograrlos en tu amable, y deſeada compañia, que injuſtamẽte, amada Iſdaura, me quieren quitar. Eſte es mi tormento, eſte es mi daño, eſta mi enfermedad, la qual crece al miſmo peſo q̃ diſcurre el tiempo, y ſe auezina el de verte en ageno poder; y aſsi vẽgo determinado a no ſalir deſta quadra ſin ſalud, y ſin ſeguridad de q̃ eres mia, aunque pierda mi vida, ſi la puedo perder en tu preſencia, que es el antidoto de ſu veneno, y el medico ſaludable de mi alma. Tu eſpoſo he de ſer, pues el cielo a mi ſolo ha tenido reſeruada tal vẽtura: la reſpueſta ha de ſer tu blanca mano; no me dilates eſſe bien, que de eſcuſarlo no me temo, pues eſta en la mia toda la ſatisfacion de mi deſeo, y no dudarè de quitarte la vida con eſte agudo puñal, ſi en ſu cumplimiento hazes alguna cõtradicion. Y con eſto arrancando de la cinta vna afilada daga, ceſsò poniendomela a los pechos, con tan notable turbaciõ mia, que aun no juzgaua por lo que via el ſucceſſo del hecho, y aun el apoſento tẽblaua de mi acelerado temor, y en grãde eſpacio la lẽgua no acertò a pronunciar razon, q̃ no fueſſe deſconcertada, y ſin ſentido: por vna parte el peligro de mi honor me atormẽtaua, y por otra el femenil miedo, y cobardia, procuraua formar algun engaño con q̃ dilatar la muerte, o el perder mi guardada caſtidad; y aſsi con tal intento procurè aplacar ſu determinacion, ſin afearle ſu traycion, antes le hize mil promeſas, y juramentos de ſer ſu eſpoſa, y juntamente, por parecerme, que con aquello

ſe

se contentaria, le di la mano, la qual apenas tuuo entre las suyas, quando yo me vi en sus braços: y finalmente, sin tener fuerças, aliento, ni valor para defenderme, hizo de mi a su voluntad, dexandome sugeta a su gusto. Pero no permitieron los justos cielos, à cuya soberana grandeza ya las quexas mudas de mi tierno coraçon auiã llegado, que a esta ofensa, y aleuosa traycion se le dilatasse el merecido castigo, de quiẽ fueron mis manos, y su daga executores, porque apenas a su lasciua furia puso treguas el blãdo, y apacible sueño, seguro de que dormia en el regazo de su esposa, quando reconociẽdo mi deshonra, y del doloroso sentimiento que a mis padres se les aparejaua, reuestido mi femenil temor de vn valiente animo, y dispuesta del todo a mi vengança, tomando el agudo puñal, que poco antes auia puesto freno a mi defensa, metiẽdole por el coraçon, y atrauesandole cõ otras muchas heridas, abri anchurosa puerta a aquella perjura, y infiel alma; y sacando el difunto, y miserable cuerpo rebuelto en su sangre, y en mis sabanas, como mejor pude, sin ser sentida, le dexè en los vmbrales de mi propia morada. Y no paraũ en esto mis desdichas, antes con vuestra venida crecierõ desuerte, que a no temer el fuego del infierno, hizieta de mi vida el mismo sacrificio, viẽdome perdida, y tan cerca de ser mi infamia conocida. Mas trocò mi desesperada imaginacion el consuelo, y aliuio de vna donzella mia, cõpañera de mis niñezes, y entonces secretaria de mis mas zelados pẽsamientos, aunque deste temi, como tan grãde, el darle parte, hasta que conociendo mi mortal congoxa, de q̃ le era mas fuerça admirarse en ocasion, que deuia yo estar muy alegre, con amorosos ruegos la procurò entender de mi boca: y yo, que ya la necessidad vehemẽte me auia adelgaçado para remediarla el entẽdimiẽto, y auia elegido por el vltimo de mis males el descubrirme a Iulia, bien satisfecha de su aficion, la dixe la ocasion q̃ assi me traia, sin alargarme a que della huuiesse redundado el sangriento fin del Vizcaino, puse mi deshonor en cabeça de otro, y en su persona mi remedio, y assi con las mas eficaces razones que el tiẽpo, y necessidad me ofrecieron, la

conuencia mi gusto, haziédo-lo que se preuiniesse para cumplir mi falta, con la entereza de su honestidad, de que yo estaua tan satisfecha, que no puse, ni tenia de que, duda ninguna. No dexò Iulia de reuelar el peligro, assi por su perdida, como por la incertidùbre del sucesso. Mas el sacarme de tan triste aprietola obligòà cerrar los ojos; y en conclusion mi traza tuuo efeto, porque temiéndo la noche de nuestras bodas a Iulia ya escondida entre las cortinas, y damascos de nuestro lecho, y a vos en el que solo me aguardauades, fingiendo ser recato vergonçoso el de mi necessidad, mandè sacar las luzes fuera del aposento, con que siendome las tinieblas fauorables, y auiendoos en mi lugar seruidoos Iulia, ni el engaño se supo, ni menos vos conocistes el trueco.

No mucho despues desto, cãsada, ò regalada de vuestros fauores, se quedò, cõtra la preuencion q̃ le auia hecho, dormida en vuestros braços, cosa que ya, ni se si lo zelaua, ò lo temia, aumentãdose mas mi tormento, quando oyendo al relox las tres de la mañana, sentia en ella tan poco acuerdo de mi peligro. Esto, y el mal remedio que de despertarla sin vuestro sentimiento tenia, me hizo atropellar por otro igual inconueniente (en su calidad) al passado del Vizcaino: pues sin mayor dilacion, ò mejor consejo, empeçando por las tapizerias de la principal sala de mi casa, con vna hacha que halle a mano, encèdi en toda ella el fuego, que tan cerca anduuo de consumirla, y con el alboroto que en mis padres, y criados causò, segura, de que con el repentino accidente, no echariades de ver en mas que mis vozes, abraçandome de vos fuertemente, a las muchas que di, recordastes, y juntamente despauorido salistes de la cama, y aposento, dexandome con Iulia, y tã apassionada del daño, que por su descuido me auia obligado a hazer en la casa, y hazienda de mis padres, que estuue en poco de atrauesarle por el cuerpo vuestra espada. A este enojo (a mi parecer entonces justo) ayudò la memoria de lo por venir, y el emulo forçoso que auia de tener mi alma, en quien para tan importante secreto me parecio pequeño vaso: el caso en contingẽcia, y no hecha esclaua de su

fee,

fee, ò inconstancia; pues a todo me auia sugetado mi propia necessidad. Este atribulado pensamiento inquietaua mi alma, en tanto que vos, y la restante familia aplacauades las vehementes llamas; y assi con el achaque de su remedio, tomando por la mano a Iulia, me baxè adonde algunos criados de vn hõdo algiue sacauã muy aptiessa copia de agua; y mientras que subian, y baxauan, reconociendo la buena coyuntura para salir de tanta confusiõ, mandandola, que me sacasse vn poco de agua, al ponerlo Iulia por la obra, con su cuidado tuuo efeto el que yo traia, pues con muy poca fuerça que hize, la trastornè dentro del hondo, y profundo algiue, adonde dexandola algun tanto batallar con la vltima, y temerosa agonia, quando ya me parecio estaria muerta, dissimulando mi ingratitud, y crueldad, dando vozes con lagrimas fingidas, assi a mis padres, como a vos, y a la restante familia, hize creer por infalible verdad la desgracia casual de Iulia, y mi verdadero sentimiento. Esta ofensa, y terrible pecado, que contra el cielo cometio mi alma, es la que agora cõ tanto desh nor ha permitido pague vuestra desdichada, y querida esposa, la qual os ha amado, obedecido, y querido con tanta fidelidad, y constancia, quãto desta verdad el cielo, y la tierra son testigos. Y assi dueño mio, por vltima dess pedida os ruego viuais seguro, y contento, de que por mi causa vuestra reputacion no ha desmerecido, antes sin embargo de mi afrenta, aunque podia escusarla, he hecho esta vltima declaracion, deseando sober todas las cosas, que en ninguna dexeis de quedar muy satisfecho; que haziendo vos en esto mi voluntad, si puede en este mortal trance auer consuelo, le tendrà esta triste, y afligida alma: la qual de nueuo os encomiendo, haziendo por ella de vuestra parte lo que de tan Christiano zelo confio, y en particular, la verdadera, y mas acertada satisfacion, que pudierades dar en estos dos sangrientos homicidios, como en la causa que mas en esta triste hora me atormenta.

Aqui pues no passò adelante aquella dichosa alma, dexò sin duda la vrna hermosa, y peregrina de su gallardo cuerpo:

y aqui

y aqui nobles caualleros, perdiendo los estriuos mi llanto, y mi paciencia, sin aguardar vn punto, en el habito que veis, y con la compañia que conmigo traigo, me sali de Seuilla, determinado a acabar esta cansada vida en la peregrinacion presente, si ya ilustre Gerardo, la desdicha de vuestro caro amigo no pretendeis vengar en mi cabeça, que rendida, y de mi voluntad ofrezco a vuestros pies.

Con estas vltimas palabras dio fin el lastimado Roberto a su llorosa historia, con tantas lagrimas, y suspiros, que no pudiendo hazer menos los que le escuchauan, huuieron de acompañarle con otro igual llanto, ya que no en el mismo tormento; hasta que despues de vn breue espacio, que assi les tuuo el desastrado cuento lastimados, reprimiendo Gerardo las lagrimas de sus ojos, assi le dixo las siguientrs razones.

Aueis tomado, señor Roberto, tan cruel vengança de vos mismo, con tan desgraciado, y lamentable sucesso, que entiendo por cierto, aunque muy culpado os hallarades en la muerte del buen Leriano, no aueis dexado parte a sus amigos sana en toda vuestra persona, para mejor satisfacion; assi, que de la mia podeis viuir seguro, que aunque a lo intimo del alma me ha llegado el desastre de mi querido amigo, el vuestro es tan grande, que quisiera antes cõsolaros, que afligiros, el cielo os encamine, y dè el remedio que puede a tanta pena: y con esto, retirandose de la sala con no poca, dio lugar a que los demas caualleros agasajassen el lastimado peregrino, con quien auian passado otras muchas razones, entretuuieron gran parte de la noche, hasta que haziendose hora de reposar lo pusieron por la obra.

La siguiente mañana, auiendose despedido los dos peregrinos de Gerardo, y sus amigos, se pusieron en camino, haziendo Don Iaime, y èl lo propio, bien cõfusos, y admirados del lastimoso caso, que auian oido. Aquel dia llegaron a hazer fiesta a vn gentil, y agradable lugar, q̃ del de Don Iayme parte, y diuide la mitad del camino, adonde de acuerdo de entrambos les parecio dexar a Iacinta en vn Conuento de Monjas, en el qual era Abadesa vna tia de Don Iayme, hasta

pre-

preuenir cierta duda, que en esta ocasion se les ofrecio, y fue, que auiendo encontrado Don Iayme vn criado, que de su lugar venia a èl despachado, supo como auia llegado aquel mismo dia vn juez de su Magestad, que con silencio, secreto, y vigilancia quedaua haziendo muy grandes diligẽcias, cosa que no pudo menos de darles mucho cuidado, al vno por el achaque que consigo traia, y tan peligroso, y de riesgo, y al otro por la confusion, que de la ignorancia de tal venida y diligencias en su señorio, le deuia de proceder. Y aunque despues se entendio la causa por biẽ poco importante para los dos, porque su assistencia del juez era de comission del Consejo de Ordenes, y sobre diligẽcias particulares de cierto Abito; todavia les parecio, hasta bien satisfacerse, dexar a Iacinta, la qual quando entendio su determinacion, sospechando no fuesse otro su intento, hizo tales, y tan grandes estremos en su contradicion, y hablò, y dixo razones tan lastimosas, que viendolas acompañadas de caudalosas corriẽtes de aljofaradas lagrimas, mil vezes estuuo su amante por dexar el viaje començado; y sin duda con su querida prenda se boluiera, a no estoruarselo con harto disgusto su amigo Don Iayme; y en efeto, aunque no les fue posible reducirla por ningun humano remedio de su voluntad, a tan sano parecer, aunque no quiso, llegando al Conuento, y dando auiso Don Iayme a su tia de la razon que les mouia, la dexaron en su compañia con tantas lagrimas, y desmayos, y gemidos de Iacinta, como si verdaderamente aquella fuera la vltima, y mortal despedida de Gerardo, ò le viera delante de sus ojos de penetrãtes heridas muerto; y aun entiendo encarezco poco su notable sentimiento, de quien procedio el irse deslabonando estas voluntades, persuadida Iacinta a que era de Gerardo mal pagada; cosa, que si vna vez llega a suceder, aunque sea sin causa, jamas buelue a soldarse, como el exemplo de esta dama, desde este punto nos da bien a entender. No fue menor la pena que hasta el fin de su camino llevò el enamorado cauallero, aunque en darla buelta no fueron pereçosos, informados con toda

toda seguridad, y certidumbre de la venida, y ocasion de el juez, que fue la misma que ya dixe; y assi la venidera mañana, antes de las diez del dia, se apearon en las mismas puertas del Conuento, y con tan ardientes deseos en Gerardo de ver a su Iacinta, que cada minuto se le hazia largos años de ausencia; y en conclusion, llamando en el torno, y porteria, no dilatò, sabiendo su venida, en salir el Abadesa, a quien despues de auer saludado, pidierõ juntamente mandasse llamar a la hermosa Iacinta; y auiendolo assi hecho con vna Monja, despues de vn gran rato boluio sola la que con el mensaje auia ido, la qual tomando licẽcia de la superior, boluiendose a Gerardo, le dixo desta suerte: Como quiera, que el ser mẽsajera, y mandada, me escusa de qualquier culpa, ò disgusto, avreis de perdonar señor Gerardo, el q̃ con la respuesta que os traigo, forçosamente aueis de recibir. La discreta Iacinta, a quien por vuestra orden fui a llamar, me pidio, que de su parte encarecidamente os rogasse tuuiessedes por bien de condescender con su volũtad, que determinadamente es de quedarse en este Conuento, y con el habito de nuestra Sagrada Religion. Tambiẽ me aduirtio, que os suplicasse sobre todo fuessedes seruido, pues os hallais con bastante auer, y joyas de valor, de suplir con parte dellas su necessidad, y la deuida satisfacion, que forçosamente se requiere en semejãtes casos, para poder con seguridad de assistencia quedar, como desea, siruiendo a Dios, y rogandole por vuestra salud, y vida. Esto es en suma lo que con muy eficaces palabras me mandò os dixesse; vos agora señor, podreis determinar como Christiano, y cauallero en lo que aquesta dama os pide, y tãto a su alma, y sossiego vuestro importa. No passò adelante en su razonamiento la Religiosa Mõja, ni la subita alteracion, y enojo de Gerardo la dio lugar a mayor preambulos; porque robentandole el coraçon dentro del pecho, y arrojando fuego, y centellas viuas por los ojos, boluiendose a la Abadesa, la dixo: No es possible señora, que de la boca de Iacinta ayan salido razones tales; ni yo de su amistad larga, y tan verdadera podrè presumir tan facil despidiente, y oluido

do

do, y estoy tan seguro de su firmeza, que aun me parece, estando en su presencia, y oyendo mis orejas semejantes razones, no las diera credito, antes sospecho, que de tal nouedad viue inocente, y assi os suplico me desengañeis, diziendome la verdad deste caso, aunque la vista de Iacinta sera el desengaño mas eficaz para mi coraçon. Aqui tomando Don Iayme la mano, que no menos alterado que Gerardo estaua, rogò lo mismo a su tia, la qual les procurò dar a entẽder por cierta, y infalible verdad lo que de Iacinta se les auia dicho, y juntamente desde la noche passada lo auia de su misma boca entendido: pidiendola no permitiesse la sacassen de su Conuento, y otras razones con que le era fuerça, y de obligacion Religiosa, y Christiana no cõsentirlo. Mas con todo esso, importunada de los dos amigos, se dispuso a hazerla parecer; y con este pensamiẽto, dexandolos en la porteria, adonde con los caualloss de diestro se aguardauan, boluio al cumplimiento de su palabra, aunque no tuuo efeto, ò no quiso que saliesse Iacinta delante de Gerardo, a quien procurando consolar con prudentes, y discretas palabras, juntamente pretendia borrarle de su memoria, y coraçon la de su dama.

Mas pudo tanto, y fue de tan gran fuerça el golpe de semejante desden en la afligida, y triste fantasia de Gerardo, que posponiendo el peligro de su vida a la ofensa del Cielo, y el riesgo de su honor, arrebatado de furiosa ira, y sin reparar en el sacrilego atreuimiento que cometia, boluiendose a Don Iayme, puesto el derecho pie en la puerta, y clausura del cerrado Conuento, le dixo estas breues, y sentidas razones.

Caro amigo, y compañero, el fuego que me abrasa es inmenso, mi amor terrible, y mayor, y mas graue de sufrir la sinrazon que Iacinta me haze; yo la he preuenido, y aconsejado esto, que agora determina muchas vezes, y adõde poniendolo por obra huuiera assegurado mi cansada vida, y consolado con tales nueuas las de sus tristes padres, y nunca della he podido conseguir mi deseo: por dònde reconozco, que otro es, y no el de seruir a Dios, el que a dexarme la ha mouido; y assi estoy dispuesto a no cõsentirlo: caualleros sois, y yo

vuestro amigo, y tal, que en qualquier trance perdiera por vos mil vidas. Harto os he dicho para dexaros empeñado, tomad estas riédas, y guardadme como quien sois estos vmbrales, que yo saldrè con mi intenciõ, ò morirè en la demãda. Y diziendo esto, sin esperar respuesta, ni atender a las exclamaciones, gritos, y alaridos de las Monjas, tomando a la que primero vino con el mensaje por la mano, y en la diestra la espada desnuda, para atemorizarla, se arrojò en lo vedado del Cõuẽto, adõde a pocos passos, auiendo sido guiado por la centinela, que consigo lleuaua, saliendo a vn ancho, y bien labrado claustro, vio entre otras Monjas sentada con gran regozijo, y sossiego a la ocasiõ de tan atroz delito. Las que la acompañauan, y la que con Gerardo venia, viendole venir de aquella suerte, se desaparecieron en vn punto, pero Iacinta no las pudo seguir, ni aũ mouerse de adonde sentada estaua, porque cortada, y qual si muerta fuera, la dexò la repẽtina vista de Gerardo, el qual leuantandola por vn braço del suelo, no pudiendo explicar la lengua lo mucho que el coraçõ en si encerraua, sin hablarse palabra, por la misma parte q̃ auia venido, se boluio con ella a salir, y cõ harta mas priessa, y brcuedad, porq̃ a esta hora crecian los gritos, y clamores de las Mõjas, con tal rigor, y vehemencia, que totalmente parecia venirse al suelo todas aquellas altas, y fortissimas paredes, coñ que no fue menor el alboroto de la vezindad, y aun de todo el lugar, pues en vn pũto se juntarõ a las mismas puertas que don Iayme aguardaua, mas de docièras almas, aũque como las mas vinieffen desapercebidos, con poca defensa, que los amigos hizieron, tuuieron lugar de ponerse a cauallo, atrauesando Gerardo en los arçones de lanteros a su Iacinta, que cõ vn profundo desmayo, causado del temor presente, en esta misma sazon estaua; y sin aguardar a mas dilacion, rõpiendo el valiente Aragones el esquadron de gente que delante tenia, abrio ancho camino con su espada, franqueandosele al caro amigo, q̃ detras le seguia, con que sin poder nadie estorbar su intento, al mas ligero correr de los cauallos, salieron del lugar, de quien por ver la mucha gente que los seguia,

pro-

procuraron alexarse quãto les fue posible, aunque en esta arrebatada fuga, como en todo, Gerardo anduuo desgraciado, porque auiendoseles cerrado la noche muy escura perdiẽdo el camino que lleuaua, assimismo perdio la noble, y valerosa compañia de Dõ Iaime, no pudiendo boluer a ella, ni aun saber por cartas lo que se huuiesse hecho, ò sucedidole; principio manifiesto de los muchos trabajos, que en castigo de tan detestable atreuimiento le fue embiando el cielo a nuestro Gerardo; al qual desta suerte le fue forçoso, aũq̃ no el perder el viaje, alomenos la certeza, y seguridad del camino, en quié por sentir a Iacinta muy debilitada, y peligrosa, se huuo de ir suspendiẽdo; y assi acomodandola lo mejor que pudo, poco a poco, aunque ignorando si se alexaua, ò acercaua, anduuo hasta la futura mañana, que se hallo emboscado en vn aspero y cerrado monte, por el qual auiendo caminado hasta mas del medio dia, cõ harto pesar, y disgusto de su alma, por la necessidad que de reposo lleuaua Iacinta; al fin quiso su suerte, q̃ a la hora que digo, llegassen a vna cabaña de pastores, adõde siendo de algunos que la guardauan, con buena voluntad recibidos, se apearon, procurando Gerardo, como mejor le fue posible, y el tiempo, y ocasiõ dio lugar, remediar en algo la pasion, y accidẽte de su cruel, y ingrata señora, que esta sola causa, mucho mas que el riesgo de su persona, daua cuidado al triste cauallero, aunque podia por entonces estar seguro, tanto por el fragoso lugar, quãto por auerse alexado del peligro mas de lo que pensaua, que en esto anduuo Gerardo venturoso; pues sin saber, ni conocer la tierra, estaua del lugar, y Conuento distante aun mas de diez legnas. Con todo esso tomando lẽgua del mas cercano lugar del Reyno de Valencia, aquella misma tarde algo mas aliuiada Iacinta, boluieron a su camino, y el siguiente dia adõde deseaũ, que fue vna buena villa, en quien aposentandose con secreto, pudo con mas comodidad ser curada su indispocion, que no fue tan leue, ni ligera, q̃ les dexasse proseguir el camino de Valencia en mas de treinta dias, despues de los quales boluiendo a el, en poco tiempo se acercaron a aquella apacible, y regalada Ciudad.

Ma

Mas antes que a ella llegassen vna jornada, yendo los dos (al parecer del buen Gerardo) bien que no al de la cautelosa dama, mas conformes, que nunca auian estado, vna fresca, y alegre mañana, aun mucho antes que amaneciesse, que por el encendimiẽto, y calor del Sol, entonces caminãdo, tratando en lo que mejor les parecia, ocupado, y diuertido Gerardo en la dulce, y disimulada cõuersacion de su Iacinta, quando quiso boluer sobre si, se hallo fuera de camino, y embreñado en vn alto, y enmarañado encinar, del qual queriendo salir a la perdida senda, con mas engaño se enredarõ en èl, pues caminando, como digo, perdido, y disgustado el pobre caballero, no passò muy grande espacio, sin que a sus oidos llegassen vnos lastimados, y tristissimos suspiros, que con algunas pequeñas pausas le herian, y lastimauan su coraçon. Crecian a mas andar las tristes quexas: y Gerardo, pareciendole, que su origen estaua no muy lexos, apresurò quãto le fue posible su viaje, aunque por mucha diligẽcia que hizo, primero que la causa hallasse, plateando los campos, y aljofarãdo las cristalinas aguas, mostrò su hermoso rostro la dorada aurora, dando al mundo alegres nueuas de la breue venida de su esposo, con cuya luz Gerardo pudo reconocer mas claramente el lugar donde estaua, y las aguas dulces de vn pequeño arroyo, por cuyo margen verde caminaua, matizadas de sangre, que como en el cristal el carmin puro, formaua varios, aũque temerosos esmaltes, de que no potã alteracion recibio èl, y su amada Iacinta: mas trayendo a la memoria aquellos primeros desastres de su tragica historia, dispuesto a qualquier peligro que le sucediesse, prosiguio su camino al tino de la voz, y por el mismo raudal, hasta que auiendo llegado adonde entre vnas verdes, y espinosas çarças, vn pequeño prado se hazia, vio enmedio del vn bulto, que solo por los gemidos que despedia conocio ser persona humana. Estaua sin mouerse a vna, ni a otra parte, cercado de abundãcia de sangre, y della matizadas las yeruas, y flores, que en este breue espacio mas amenas y alegres adornauan las margenes, yorillas del arroyo, que por estar, y correr tan vezino

parti-

participaua del sangriẽto, aun que no deuido tributo. Todas estas cosas lastimaron desuerte al noble Gerardo, que sin esperar mas vn punto se arrojò de la silla, y haziendo lo mismo Iacinta, llegaron à descubrir el herido cuerpo, al qual hallarõ desnudo, reconociẽdo ser muger al instante, con que fue mayor la compassion, y lastima de los que la mirauan. Parecicles, aunque macilenta, y palida la color del rostro, muchacha, y no de mal semblante; bien que harto confusos, y sin esperança del remedio de su vida, porq̃ tenia su cuerpo lleno de mil heridas, y lo que mas admiracion, y espanto les causò fue verla cosida, y hecha en todo vn ouillo, de tal suerte, q̃ las piernas con vnas cintas de gamuza claueteada tenia por las pantorrillas cosidas con los muslos, y estos con el vientre, y estomago; los brazos, la mitad cõ los dos lados del pecho y lo restante del codo a la muñeca, cõ los molledos. Castigo por cierto tã barbaro, y feroz, como cruel, y inhumano, digno de eterna pena; y aun si le pudiera auer en tal verdugo, mas graue, y riguroso tormento. No se escusaron los tiernos ojos de Iacinta, y Gerardo de dar en esta ocasion al sueló copiosas lagrimas, comò al ayre ardientes, y lastimosos suspiros. Mas viendo que con su tierno sentimiento no se ponia remedio al presente daño, pareciendole a Gerardo, no estarian de poblado muy lexos, se determinò a lleuar la sangrienta moça al mas cercano lugar; y con este presupuesto, quitandose vn gauan que encima de vn tahali de pistolas, y seguro coleto lleuaua, juntamente cõ la ropa que ella tenia cubierta, se la vistiò, y puso lo mejor, y mas acomodadamente que pudo, encima de su cauallo, en quien poco a poco, sustentandola èl, y Iacinta por entrambas partes, fuerõ saliendo a lo mas descubierto del fragoso monte, permitiẽdo el piadoso cielo, porque quizà no se perdiesse, y condenasse aquella alma, sacarlos muy cerca del camino real, desde adonde pudierõ diuisar vn bien poblado lugar, que à poco mas de media legua parecia, aunque fatigado Gerardo, y con razon, por parecerle, segun aquel cuerpo se desangraua, y su caminar era espacioso, moriria antes que llegassen adonde siquiera pu-

dieſſen acudir al remedio de ſu alma, y aſsi con eſte Chriſtiano dolor ſe determino à dexarla en compañia de Iacinta, a quien dandole parte de ſu intento, y teniendole ella por acertado, cobrando de vn ſalto la silla, y el camino del vezino lugar, a la mayor prieſſa de ſu cauallo, ſe fue acercando a èl.

A eſta miſma hora, que era aquella en quien el Sol moſtraua apenas los ſoberanos rayos de ſu frente, venian por el propio camino que Gerardo lleuaua dos Religioſos Frayles de San Geronimo, en dos grueſſas, y poderoſas mulas, que quando del fueron viſtos, no Frayles, ni hombres humanos, ſino Angeles, ò Cherubines ſe le antojaron, y aſsi con alegre ſemblante, parando ſu cauallo, les aguardò a que paſſaſſen vnos hondos barrancos, y quiebras, que alli ſe hazian; y auiendo llegado, con corteſes palabras, deſpues de auerles ſaludado, les pidio ſe viniеſſen con èl, adonde muy cerca ganarian, con remediarle ſu neceſsidad, vn alma, cuya ſaluacion ſolo conſiſtia en que le ſiguieſſen con breuedad, y no queriendo, por la ſuſpenſion, y peligro que corria alargarſe à mayores arengas, aguardando la reſpueſta, los vio, que aſsi moços, como amos, mirandoſe vnos à otros, auian enmudecido. Y ciertamente, que biẽ conſiderado, de ſu remiſsion no les pongo culpa, ni aun del penſamiento, que entõces los afligia: porque quien viera à tales horas vn hombre en vn gentil cauallo, y haziẽdo alarde de vn coleto de ante, y tahali, cargado con tres piſtolas, que por auer dexado el gauan venia deſcubierto, y en lugar tan fragoſo, y oportuno, no podia con la demanda que èl traia, imaginar menos de que fueſſe algun Capitan de vandoleros, gente de quien por ſus pecados ſuele ſer oprimida la ſeguridad de aquellas Prouincias, no obſtante la mucha vigilancia que los Virreyes ponẽ en limpiarlas de ſemejãtes hombres. Pero buelto à mi propoſito, digo, que verdaderamẽte los pobres Religioſos entendieron era ſin duda lo q̃ tengo referido; y pareciendoles, que ſu eſquadra no eſtaria muy lexos, acordarõ de pedir miſericordia; y aſsi al que de ſemejante proceder viuia tan apartado, leuantando al cielo

las

las manos, le començaron a rogar se apiadasse dellos, poniendole por delante el ser Sacerdotes, y Religiosos, y la grande ofensa que a Dios se le hazia injuriandoles; y en resolucion, sacando de las mangas las bien proueidas bolsas, con lo q̃ traian encima, se las ofrecieron, dexando a nuestro Gerardo tan cõfuso, y admirado, que casi se hallò corrido del afrẽtoso miedo de los Frayles, y por otra parte, no sabiendo como desengañarlos, ni menos acabando ellos de assegurarse, aunque les diò cuẽta del sucesso q̃ le obligaua, viendo que los moços que traian, dauan con acelerado passo buelta al vezino lugar, alborotãdo con subidos clamores, y gritos todos aquellos campos, y juntamente el peligro que de su tardãça podia recrecersele a la pobre, y lastimada muger, que auia dexado, sin atender en lo que hazia, ni en el detrimento de su reputacion, mostrando mas colera, y enojo del que su piadoso animo quisiera, les amenaçò de muerte, sino haziã su ruego; y diziẽdoles esto, y careãdo la pistola al vno de ellos, fue tan espãtoso el sobresalto de entrambos, que sin ponderle palabra, guiarõ tras dèl, y al infierno que los llenara decendieran de buena gana en su seguimiento, segun el miedo los tenia acobardados; y assi breuemente llegaron adonde Gerardo auia dexado el desangrado cuerpo, al qual hallaron, que todavia peleaua con la mortal, y temerosa parca. Aqui apeandose vno de los Religiosos, la empezò a cõfessar, y Gerardo, que a su Iacinta no descubria en todo aquello, sin poderle el coraçon sossegar en el pecho, entendiendo, que alli cerca se huuiesse con recato de los passajeros escondido, sin despedirse de los Frayles, començò à buscarla, no dexando en todos aquellos contornos por escudriñar vn solo palmo de tierra, q̃ como el descubrir à su querida prenda tanto se le dilatasse al pobre cauallero, casi loco furioso se arrojò por lo mas espeso de aquellas mõtañas, por las quales sin comer, ni beber, embreñado anduuo quatro dias, llamando a vozes su Iacinta, cuya memoria sola (puedo dezir) le sustẽtaua viuo, poniendo intervalo a las tristezas de su miserable estado, cõ repetir diuersas vezes las estãcias de la cãciõ siguiẽte.

Si herido el pedernal bomita fue-
sangre de sus entrañas, (go,
y quejas del dolor que le prouoca
à dar ojos de luz estando ciego;
con penas tan estrañas,
como no arrojo llamas por la bo-
siendo el hierro que toca (ca,
el coraçon cautiuo, (nos,
dolores de vn ausente por lo me-
donde todas las suertes de venenos
con que muriendo viuo, (cia
los reduxo el amor à quinta essen-
con fuego de el infierno, ò de vna
ausencia?
Salgan estos espiritus formados
del fuego, y del veneno,
por ojos, y por boca repartidos,
visiten en el ayre los alados
vinientes de su seno,
à los brutos en cuevas escondidos,
y à los pezes dormidos
al son de la corriente
en vrnas de cristal sin artificio,
todos sientan igual el sacrificio,
donde ofrece vn ausente
por holocausto de su amor tã ciego
en los suspiros humo, en llanto
fuego.
Esalen hasta el vltimo elemento,
aunque van tan pesados,
como fuerã materia de mis penas
q̃ temo hã de boluer al pẽsamiẽto
de donde son formados,
y conuertirse en sangre de mis ve-
pero corren tan llenas (nas:
de vn humor corrompido
con el cõtinuo curso de mis males,
que antes por no boluer se haràn
iguales,
al cielo mas subido,
ò del intenso ardor con q̃ bolaren
otra region de fuego, si pararen.
O ya os incorporeis en el esfera
de fuego poderoso, (viento,
ya os deshagais en humo por el
ya os derritais al Sol como la cera
de vn Icaro furioso,
mientras mi alma os diere mouimiẽ-
en el curso violento, (miento
los ecos sean conformes
al repartir la causa de mi llanto:
y aunque por ser amargo, y triste
el canto,
forme vozes disformes,
siẽpre à vn suspiro otro suspiro siga
y el vno tras el otro a mi enemiga.
Si acaso el ayre herido deste fue-
algun rayo formare (go
en la parte mas densa q̃ tuuiere,
repita el golpe a mi Iacinta lue-
y si en trueno parare, (go,
ò algun presto relampago saliere,
la execucion que hiziere,
con impetu confuso,
ceſſe con este nãbre en los extremos
q̃ a vezes obra amor estos estremos
contra el tiempo, y el vso,
porque tienen efeto diferente (te.
las quexas, y suspiros de vn ausẽ-
Aprendan a parlar en otro cãto,
oyendo mis suspiros,
las aues, q̃ rompiendo su elemento
sue-

*suelen llouer al estrellado manto*
*con alas de zafiros,*
*haziendo tornasoles por el viento,*
*y en mal formado acento,*
*y vozes destempladas*
*con los rusticos picos gorjeadores*
*publiquẽ la ocasiõ de mis dolores,*
*y sus quexas cansadas,*
*porq̃ mi mal en bocas de inocentes*
*lastime algunos ojos inclemẽtes.*
*Las hojas, q̃ del viento sacudidas*
*se besan tiernamente,*
*con embidia del Sol q̃ les azecha,*
*por verlas a la sombra entretenidas,*
*zelosa, y diligente,*
*hasta escalar la rama estrecha,*
*mas vana, y satisfecha,*
*de hazerle resistencia, (do,*
*murmurẽ la desdicha de mi estaquãdo en quexido tõco apresura-*
*y dulce diferencia, (do,*
*las ramas q̃ cõ otras se encõtraren*
*con reciprocos laços se besaren.*
*Las guijas de la fuente, que antes fueron*
*los dientes de Narciso, (duras,*
*huessos entonces, agora piedras*
*ni cuenten, ni murmuren quando*
*mudarse de improuiso (vieron*
*las venas rojas en las aguas puque vanas hermosuras (ras:*
*son breues tiranias,*
*sean los ecos de su centro frio,*
*no el llanto ageno, sino el propio*
*perdidas alegrias, (mio*
*y sin Iacinta, zelos, y desdenes,*
*presentes males, y passados bienes.*

Assi el lastimado Gerardo solemnizaua cõ amargo llanto la tragedia de sus desdichas, y ausencia de su fugitiua dama, hasta que reconociendo su perdicion, y el mal remedio que para hallarla podia auer en aquellos mõtes, determinò dar la buelta a la misma parte donde la auia perdido, pareciẽdole, q̃ por ventura, viendo aquella mañana que la dexò, Iacinta su tardança, temerosa, como muger, de algun desastrado suceso en aquel despoblado, se huuiesse ido al cercano lugar, a quien cõ este nueuo, aunque descaminado pensamiento, llegò Gerardo al ponerse el Sol, y con el desacuerdo que ya podeis pensar, no dexò calle, plaça, casa, ni meson adõde no preguntasse por su querido dueño, hasta que causado de trastornar de arriba abaxo el lugar, forçãdole su desmayado cuerpo à tomar algun descanso, se huuo de apear en vna posada, en la qual apenas puso los pies, quando sin ser oidos, ni vistos, se abraçaron con èl veinte hombres, y dando vozes,

apellidando fauor a la justicia, le llenarõ sin escucharle razon alguna a vna fuerte torre, cuyos hondos cimientos seruian de calaboços, y carceles a los pobres, y (como nuestro Gerardo) desdichados hombres, a quien luego se le aduirtio el origen de su prision, imputandole, no tan solamente el ser vandolero, mas las crueles, y barbaras heridas de la muger, q̃ confessando dexò en poder de los dos Religiosos, los quales viẽdo que èl no boluia, haziendo cierta su sospecha, acordaron de traerla a aquel lugar; y assimismo de dar cuenta a la justicia del sucesso, como al fin lo pusieron por obra, dexàdo escãdalizada toda aquella gente con semejante crueldad. Aunque no permitio el piadoso cielo muriesse la pobre moça del igor sangriento de tan innumerables heridas, acudiendo la justicia a su cura, y salud con gran cuidado; bien q̃ en mas de ocho dias nunca tuuo entero juizio, ni menos pudo hazer declaracion, que pareciesse conueniente para verificar su desdicha. Pues como descuidado de semejante peligro, y cuidadoso de la pena q̃ le affligia, Gerardo anduuiesse preguntando por su dama, por las calles, y casas del alborotado lugar, y muchas personas supiessen de relacion de los dos Frayles, las señas, y habito que traia, y su demanda fuesse assimismo de vna muger, juntandose vna, y otra sospecha, dió lugar, y ocasion, no poco justificada, a que andandole a las espias, intentassen su prision, como lo hizieron.

Muy affligido se hallò Gerardo con su nueua desuẽtura; tanto por el riesgo de su vida, quanto por el impedirle en tal coyuntura su demanda, y libertad. Mas visto, que ya no podia escusar su desdicha, penaya bien reconocida por èl, del temerario sacrilegio, pidiendo misericordia a los piadosos cielos, procurò lo mejor que supo descargar su persona, y no dexarse perecer, aunque sus diligencias fueran de poco efeto, si la herida moça muriera sin declarar la ocasion verdadera de su desgracia; mas auiendole cõcedido Dios la vida, con ella se facilito su trabajo, y entendiò la verdad, declarãdo a dos hermanos suyos por reos, y agressores de sus heridas, que irritados de que vn mancebo de desiguales prendas, teniendo-

do-

dolas mejores de su hermana, la pidiesse con publica afrenta por su esposa, con el enojo, y passion que della se les auia seguido, sin reparar mas que su vengança, para mejor tomarla, la auian sacado de la insigne ciudad de Barcelona, de donde todos eran naturales, y diziendo la traian a Denia con vnos deudos, que alli tenian, llegando vna noche a aquel monte, y desnudandola en carnes, auian hecho della el barbaro, y riguroso sacrificio, que aueis oido. Aunque con todo esto no se determinò la justicia a darle a Gerardo la deseada libertad, antes fuera de hazerle purgar biẽ los indicios, q̃ de vandolero le dauan el habito, y pedernales, le hizieron que a su costa embiasse a Cataluña para la verificacion de la verdad, y confession de la afligida muger, q̃ hallandose por cierta, y juntamente ausentes de Barcelona a sus hermanos, tuuieron por bien de soltarle. Y no se consiguieron estas diligencias con tanta breuedad, que primero que llegasse la de su libertad, no se huuiesse passado aun mas de quatro meses, en los quales consumio, y deshizo quanto de estima, y valor le auia quedado; de suerte, que quando se quiso partir, apenas limitadamente se pudo acomodar de dineros para vna mula, que a tal estremo reducen a los hombres muy poderosos, trabajos tan importunos, y insufribles, y al fin auiendo acordado su viage para la antiquissima villa de Denia, lleuado de forçosos respetos, salio para ella vna mañana de aquel lugar, y tan escarmentado de los naufragios que en èl le auiã sucedido, q̃ aun no le parecia caminaua en su entera voluntad. Todo este dia anduuo Gerardo solo con el moço que le guiaua, hasta el siguiente que cerca de vna venta se juntò cõ otro gentilhombre, que lleuãdo su mismo viage, y no con mayor compañia que la que èl lleuaua, despues de auer sestead juntos, prosiguieron en buena conuersacion su camino, con pensamiento de concluir aquella noche su jornada, picãdo cõ diligẽcia la buelta de Denia. No encontraron por todo el camino, por ser muy poco passajero, persona alguna, hasta q̃ siendo como las quatro de la tarde, enmedio de vn jaral espeso por do caminauan, y harto descuydados,

les salieron dos hombres al encuentro, que assi en sus trages, como en sus armas, y personas, dieron luego a entender quien ser podian. El vno destos dos, que verdaderamente, mas que hombre, parecia algũ ministro del infierno, les dixo se detuuiessen, y trauando a Gerardo de las riendas, poniendole la pistola a los pechos dio lugar a que su compañero hiziesse cõ el de Gerardo lo mismo: q̃ como esto viessen los criados, y reconociessen el notorio peligro de sus dueños, sin aguardar el sucesso los desampararon, boluiendo con la mayor priessa que les fue possible las espaldas. Todo esto considerana el buen Gerardo, y arriesgara sin duda en tan conocido riesgo su persona, si a esta hora no viera irse leuantãdo otros seis hombres, que entre las espesas matas estauan encubiertos: y el vno, que assi en la mejor disposicion de habito, como en la presencia, dana a entender ser el mayoral de todos, pareciendole, que los tristes passageros andauan en el dexar las sillas algo remissos, con vna voz ronca, y espãtable, buelto a su maldita compaña, les dixo: Canalla vil, que hazeis con essos desdichados? traeis acaso por bien parecer aquessos pedernales? Como no los derribais? ò quereis por ventura que mis manos se empleen en tan miserable tiro? Y diziendo esto, y leuantando vna pistola fue todo vno, al mismo punto, que derrocandose en el suelo los pobres, quenazones tales oian dieró lugar a que aquellos furiosos hombres los desarmassen, escudriñando assimismo sus personas, y con tanta violancia, y colera, como si sus mortales enemigos fueran. En conclusion los desnudaron, dexandoles en calças, y jubon. Golpe era este por cierto bastante a deshazer vn coraçon de diamante duro: mas no hizo mella, ò sentimiento en el afligido, y tierno de nuestro pobre Gerardo, el qual si se permite dezir Christianamente, mas deseaua la muerte, que el viuir tan rodeado de desdichas, y con este endurecido pensamiento, callando a las presentes injurias, con firme, y constante animo esperaua el fin de su sucesso: todo lo qual passaua muy al contrario por su compañero, porque haziendo mil lastimosos estremos, vertiendo de sus ojos tier-

nas

mas lagrimas, procurauа con ellas enternecer al barbaro, y empedernido Capitan, que reparando algo mas en su rostro, y persona, le conocio; y assi viendole que a sus pies se auia arrojado, cõ arrogãte, y soberuia voz le mandò le leuantasse, diziendo: Por ventura caminãte, no eres tu Vicente Arbias? Porque si en ti mi vista no me engaña, tengo delante el hombre a quié deuo no menos que la vida. A estas razones, como buelto de vn largo parasismo, alçò los ojos el medroso Valenciano, y viendose llamar por su propio nombre, mas animado, con flaca, y turbada voz le respondiò ser el mismo que imaginaua, cuyo oficio era de procurador de causas en la Ciudad de Valencia, aunque no le fue possible, por mas que lo procurò conocer, al que assi le estaua hablando, el qual reconociendo su temor, le replicò: No te atemorize mi vista, ni menos las deltos compañeros, que seguro puedes desde luego boluerte. Yadvierte, que has salido tu amigo Pedraça, que es el que delante miras, de la obligacion en que le tenias, desde la hora que por tu causa, y buena diligencia se libiò de la carcel, y prision de Valencia: toma tus vestidos; y boluiendose à su cõpañia, prosiguio: Y volot ued hasta vn diner, q̃ le a, sto mado, y acompañadle hasta el seguro puerto, que su recompensa queda a mi cargo. Palabras fueron estas, que à los oidos del afligido Vicente se le antojaron Angelicas saluraciones, y no sabiendo, ni hallando razones suficientes para tan grande agradecimiento, arrojandose de nueuo a sus pies, y vistiendose en vn instante, subiò en su mula, dando à su viaje la buelta, acompañandole dos de aquellos ministros de Caco.

Bien entendio Gerardo en este punto, que pues assi le dexauan, querian hazer de su mal lograda juuentud algun sangriento sacrificio, y con semejante pensamiento, leuantando los ojos al cielo, con el coraçõ le pedia misericordia, y remedio a los presentes males, y desdichas; y viendo que aquellas gentes le mandauan viniesse en su compañia, començò a seguirles por lo mas espesso, y fragoso de aquellas rigidas, y temerosas montañas, a tal hora, que ya el Sol muy apriessa a su

carro iba acercando a los Antipodas Poco mas de vna legua auian por el cerrado monte caminado, quando auiendo llegado a vn hondo, y escondido arroyo, que de caua, y fuerte foso seruia a vna atajada peña, prosiguiendo en las margenes mismas su viaje, en breue espacio llegaron a vna angostura, ò passo, que en èl se hazia, por donde atrauesando subieron a la erizada roca, enmedio de la qual estauan cinco, ò seis pagiças choças, que de aluergue, y reparo seruian cõtra las inclemencias, y rigor del tiempo, y sus mudanças. Mas apenas fueron de los que en las cabañas asistian oidas sus pisadas, y rumor, quando les salieron a recibir otros diez, ò doze hombres del mismo talle, oficio, y parecer, y entre ellos vno de bizarra, y gentil presencia, tan galan, y bien adereçado, que a Gerardo dio con su agradable vista gran consuelo, bien que entonces no pudo determinar, si el rostro conformaua cõ su gallardia, porque demas de encubrirle las faldas de vn blãco, y militar sombrero, el ser ya de noche se lo estoruaua.

Tenia vestido el galan mancebo (sobre vn jubon de tela, y plata fina, cuyas mangas claramẽte se le parecian) vna gauardina de terciopelo verde, guarnecida de espesos, y menudos alamares de la misma plata, y por encima del ombro diestro vn tahali tachonado, y guarnecido dèl precioso metal, pendiẽtes del dos pequeños, y granados pedernales, con vn calçon de damasco, media, liga, y çapato blanco, y plumas verdes, y blancas, con que adornaua la gallarda persona, con tanto donayre, y despejo, que sin acordarse Gerardo de sus trabajos, su vistà le tenia suspendido. A este pues endereçãdo el Capitan, se vino cõ los braços abiertos: mas poniendole el gentil mãcebo con algun desgayre la mano en los pechos, deteniendo su efeto, le dixo: Como señor Pedraça venis tan solo, y pedis mis braços? bien podeis escusarme de esse trabajo por agora, que boluiendo sin presa, no tengo obligaciõ a pagaros cõ semejãte fauor. A estas razones, replicò riendose Pedraça: No aya mas enojos, dueño mio, parad, no arrojeis sin oir mi descargo, el riguroso fallo de vuestra sentencia, y bolued los ojos a mi compañia

ſia, que en el acrecentamiento della conocereis, que traygo algun deſpojo, de cuyo precio deſde luego a vueſtras blancas manos prometo vn precioſo rubi. A eſtas vltimas palabras boluiendo con mas atencion el gentil mancebo la viſta, ſe huuo de encontrar con la del deſdichado cauallero, q̃ deſde el punto que auia oido ſu voz, pareciendole conocer, el triſte coraçon caſi le queria rebẽtar dentro del pecho. Mas quãdo del todo reconocio ſer el diſfrazado mancebo ſu Iacinta, en poco eſtuuo de dar conſigo en el frio ſuelo, en el qual no pudiendo el valor de ſu animo ſuſtentarle, ſin ſerle poſsible otra coſa, fingiendoſe indiſpueſto, ſe ſentò con vn profundo, y doloroſo gemido. No deſconocio la ingrata Iacinta el roſtro, y preſencia del que vn tiempo quiſo, adoro, y obedecio por ſeñor, y dueño abſoluto de ſu voluntad: mas no hizo en ſu ſemblante genero de mudança, o ſentimiẽto, ni menos el verle a ſi deſnudo, y maltratado, la mouio a compaſsion y laſtima; antes dando a entender que no le conocia, boelta a ſu nueuo amante, riẽdoſe le dixo: No me ha deſagradado el talle del moçuelo, pues al fin eſtà mas ſegura nueſtra ganancia, y no menos ſaneada la compra de vueſtros amigos, mãdale lleuar a la ſofota, y en el interin tratemos de cenar. Y con eſto, tomando al vandido Capitan por la mano, juntamẽte con èl dio buelta a ſu cabaña.

No paſſes adelante, lector piadoſo, ſuſpende vn tanto el curſo de tus ojos, y ya que con la preſencia es impoſsible, ſiquiera con la conſideracion ayuda a llorar en ſemejante trance tan grande dolor, como al preſente ſentiria aquel triſte, y laſtimado cauallero. Conſidera el viliſsimo empleo de ſu mas querida, y eſtimada riqueza, y contemplale pobre, ſolo, abatido, y deſnudo, y deſpreciado, y en poder de vnos furioſos, y homicidas vandoleros, que ſin duda ſoſpecho, ſi a tal penſamiento dà lugar tu fantaſia, muy preſto conuertiràs en lagrimas los preſentes renglones.

Mil vezes eſtuuo el deſgraciado Gerardo por arrojarſe entre aquella brutal gente, y deſpedaçarla con los dientes, tomando en ella de ſu injuria vengança; y aunque ſi tal

obra

obra intentara, le fuera muy cierta, y segura la muerte, no el temor de recibirla escusò su arrebatado pensamiento solo parecer desesperacion temeraria, en que ponia la perdida de su alma en contingencia, pudo suspender su furiosa rabia, la qual assimismo atajaron tres, ò quatro de aquellos hombres, que haziendole leuantar de adonde estaua, juntamente se le lleuarò consigo, y dando a la fragosa peña algunas buel tas, baxando casi hasta la mitad della, el vno descencajando cierta piçarra negra, que a vna juntura, ò boca de cueua seruia de puerta, aunque tan dissimulada, q̃ nadie la podia echar de ver, le mandaron entrar dentro, y cerrando ellos por la parte de afuera fuertemente, se boluieron por donde auian venido, dexando en la escura, y temerosa gruta a Gerardo, tan congojado, y afligido, que verdaderamente entendiò le auian alli encerrado, para que de hambre rabiando tuuiessen fin sus dias; y muchas vezes se hallò arrepentido de no auer puesto su vengança, y enojo en execucion. Al fin, desta suerte que digo estuuo mas de vna hora sin passar adelante, por parecerle, que solo hasta donde èl estaua se estendia aquella tenebrosa memoria. Mas en este punto oyò, que de la parte de adentro venian hablando, aũque muy lexos le parecio estaua dèl el rumor q̃ sentia, en medio del qual entẽdio vna voz, que con espantoso ruido sonaua, subiendo tan organizada, triste, y temerosa, por la caberna, y gruta, que totalmente se persuadio a que fuesse aquella alguna de las bocas, ò puertas infernales. Pareciole, que ya la voz se le venia acercando; y assi menos confusamente pudo entender, que dezia desta suerte. A tantos gritos, cautiuo, y miserable hombre, como no respondes? ò como adonde estamos no deciendes, pues ya a ser nuestro desdichado compañero te guiò tu infeliz estrella? que hazes? que aguardas? hate faltado por ventura el vital aliento? ò empieças a gustar del aziuar amargo, que por consuelo tenemos en aquesta morada? No desmayes, anima el coraçon, que aun son los trabajos presentes mucho menores de los que te esperan, aunque con algun genero de aliuio, pues tendras quien en ellos te harà forçosa cõpañia.

Estos

Estos vltimos, y finales acentos llegauan de la triste voz a los oidos de Gerardo, quando se le puso delante de los ojos vn hombre con vna tea de resinoso pino encendida en la siniestra mano, y en la otra vna delgada, y fragil cana, que de baculo, y arrimo le seruia, tan flaco, desemejado, y amarillo, q̃ totalmente, como le cogiò casi de repẽte, le dexò fuera de su acuerdo. Parecióle que via en aquella fantasma transformada el alma de su difunto contrario Don Rodrigo: porque nunca el temor en trances tales acarrea a la imaginacion menos horribles, y espantosos pensamientos. No supo que responderle, y en grande espacio, ni acertò, ni aun pudo desplegar la boca; que como assi le viesse el que de la profunda cueua auia subido, y assimismo conociesse su temeroso embelesamiento, lastimãdose de verle tal, se acercò a èl, y tomandole por la mano, le dixo: No os turbe, ni marauille, desdichado mãcebo, mi debilitada presencia, que aunque la veis en tan penoso estado, ya pudierades, no ha muchos dias conocerla tan fuerte, y robusta, como la vuestra: mas la tenebrosa morada adonde estamos, y la crueldad, y escaseza cõ q̃ de sus barbaros dueños somos tratados, que por onças nos dã vn miserable, y asqueroso sustento, hazen en mi, y en otros veinte hombres que allà abaxo nos esperan, igual efeto al que vuestros ojos determinan. No os marauilleis, replicò el desgraciado Gerardo, de q̃ assi aya alterado mi animo vuestra presencia, pues la nouedad, y el lugar triste que nos rodea, me pueden disculpar, y assi os ruego perdoneis el trabajo q̃ en llamarme aueis tomado, pues no ha sido el escusaros en mi mano; y con esto, ya que dezis tengo en mis trabajos tãtos compañeros, vamos luego en buena hora adonde nos aguardan. Y diziendo esto, comẽçarõlos dos a baxar poco a poco, dãdo mas de veinte bueltas en caracol, al fin de las quales llegaron alo mas profundo de la gruta; en cuya anchurosa mazmorra vio Gerardo otros veinte hombres, casi del mismo pelo, y no mejor semblante del que le acompañaua, rodeados todos de vn pobre, y escaso fuego, de quien (si alegria puede auer en desventuras tales) fue recibi-

bido con ella. Cada vno de por si le preguntò su desdicha, y à todos juntos les satisfizo Gerardo, entendiendo dellos juntamẽte la infeliz suerte que a tantos trabajos les auia traido, y assimismo supo, como cõ tanta brevedad auiã entẽdido su prision, estando a su parecer en parte tan agena de comunicacion humana: porque al darles, como solian (por vn alto, y pequeño respiradero, q̃ en la cumbre de la cueua estaua) el sustento, y racion ordinaria, que era vnos panes de centeno, viniendo vno mas, conocierõ auia nueua compañia, como lo tenian de costumbre, con que haziendoseles hora de dar algun aliuio a los cansados cuerpos, todos de conformidad se tendieron encima de vnas pobres pajas, que de cama, y regalo les seruiã, adonde solo nuestro Gerardo, aunque mas necesitado de semejante reposo, ni le tomò, ni pudo en todo lo restante de la noche, q̃ para èl fue la mas prolixa, y larga de su vida; antes entre susp̃iros tiernos, y miserables lagrimas la gastò, consumiendose en la cõfusa idea de su nueuo sucesso. Y no faltò quien en el mismo desvelo le acõpañasse, y casi con iguales sentimientos, q̃ fue vno de los mas praticos de su cautiua cõpañia, y à quien (como sin pensar sucede) con particular confrontacion Gerardo se auia algo aficionado. Este, pues, q̃ no lexos del pobre cauallero dormitaua, viendole agora con tan triste desassosiego, mouido à lastima, y interrumpiendo sus propias desventuras, le dixo: Aqui nueuo amigo, y cõpañero, necedad parecerà pregũtaros la causa con que despierto os afligis, pues adonde tantas, y tales sobran, llano es que qualquiera basta à mayor desconsuelo; y assi solo me dà cuidado el entender de vos, si al presente aumenta vuestra general desventura algũ particular accidẽte, pues de comunicarle no se os puede seguir otro daño, q̃ el obligarme a socorreros con lo que el estado, y fuerças en que me hallo alcãçarẽ; y assi os pido no dexeis en parte de hazer mi ruego. Callò el triste cautiuo, quando Gerardo, no poco admirado de su piedad, y buẽ estilo, aunque con baxa voz, por los que dormian, comẽçò a responderle. Discreto compañero, aun q̃ nuestra suerte sea igual en la mi-

miseria que al presente lloro, bien os puedo con verdad asse gurar, que en las circunstãcias que a ella me hã reducido, nadie lo puede ser cõmigo, aquestas me tienen loco, y lleno de dolores alma, y cuerpo, y tan mal dispuesto, q̃ imagino, solo ha de poder la muerte cõsumirlos; que quereis, que con tal enfermedad no me fatigue, y que mucho, q̃ con tã rabiosa medicina, como la que ha aplicado à mis males el cielo, gima, y se quexe mi cãsado cuerpo? yo os agradezco, como puedo, vuestro buen deseo y Dios os dè lo que merece, q̃ bien entiendo no faltarà vuestra piedad. En èl solo, replicò el pobre preso, tengo de veras puesta mi confiança, bien q̃ el estar seguro de que es el que padezco merecido castigo de mis pecados, me causa algunas vezes vn temerario descõsuelo, reduciẽdome a creer, q̃ por ser ellos de tan odiosa calidad, no han de tener humano remedio. Dixo estas vltimas palabras con tan afectuoso sentimiento el cautiuo, q̃ ocasionado dèl el curioso Gerardo, pareciẽdole en parte desesperado intento el de sus quexas, le atajò diziendo: El credito que de prudente vais ganando conmigo, me obliga à que os ruegue (aunque esto es lo de menos) no le querais perder con tanta breuedad, pues mucho mas importa à vuestra alma el no dexarse precipitar de tales pensamientos; porque confiando, como primero aduertis, en la piedad del cielo, della os puedo seguro prometer, como remedio à mayores desventuras, perdõ a muy grãdes pecados, doleos de auerlos cometido, que como vos de veras hagais esto, el cielo dispondrà en lo q̃ mas à vuestro biẽ importare. Consueleos Dios, como me consolais, respondio con lagrimas el preso. Y Gerardo queriẽdo saber dèl mas à la larga el motiuo de sus penas, estendiò su consuelo cõ darle de su tragedia triste vna sumaria cuenta, pareciendole, que por aquel camino, diuirtiendole, y cõsolandole juntamente, le obligaua à que de su vida hiziesse lo mismo, como enefeto le salio cierta su discreta presuncion: porq̃ auiẽdo gastado en los discursos de su passada historia vn breue espacio, suspenso el afligido preso con tan notables sucessos, despues de auerle a Gerardo

con

cõ lastima encarecido sus desdichas, cõbidado dellas, huuo de dar a las propias principio, quando la serena, y triste noche hazia en su mitad ligero curso; y assi con flaco aliento, acercandose mas al buen Gerardo, le començò a dezir de aquesta suerte.

Quando no fuera tan licito, como acostumbrado, en la ocasion en que nos vemos, el darse (ò buẽ amigo) los miserables presos vnos a otros generalmente cuenta de sus vidas (como los que engañando su soledad, y diuirtiendo la causa de sus penas, hallan assi algun breue alinio, y mas entretenimiento) la que con tan noble animo aueis dispuesto en el progresso de vuestra historia, me forçara, que haziendo lo mismo, procure salir de la obligacion en que me aueis puesto: y assi os pido con vuestra atẽcion suplais el estilo, y buen modo que faltarà en el disponer la de mi vida, la qual tuuo principio, adonde sus fines los Berberiscos Moros de nuestra España.

Siruieron mis abuelos tan valerosamente en aquellas vltimas conquistas a los Catolicos Reyes, fundamentos de aquesta Monarquia, que tuuieron por biẽ de heredarlos con generosa recompensa en la ciudad de Granada, adonde oy tengo mi casa, ò por mejor dezir, la de mis padres, caualleros (aunq̃ el dezirlo yo en tan humilde suerte parezca demasia) muy conocidos, tanto por su nobleza, quanto por ricos, y bienhechores de sus naturales; bien que tanta felicidad no es posible, sino que con la grãdeza de mis desventuras se aya notablemente atajado: porq̃ de mas de auer caido sobre su mayorazgo, soy solo, y vnico hijo de su casa; y assi como a tal, siendo luz de sus ojos, procuraron mi acrecentamiento, doctrinandome en la niñez, y mejorando mi juuentud con todos los respetos, y atributos que deuen adornar a los hombres nobles. Tendria yo veinte años, quando auiendose mouido la nobleza de España a seruir en la primera jornada de Larache a nuestro poderoso Monarca, incitado de amigos, y mas del gusto de mis padres, cõ mucha voluntad suya; y bien lucido de armas, galas, y criados, me hallè en ella. Tuuo el efe-

efeto que sabeis; y assi antes de dar a mi ciudad la buelta, con algunos deudos me entretuue en Cadiz algunos dias, que en aquellos estuuo por estremo viciosa, y regalada, y tan frequentada de valientes soldados, como de hermosas damas; con que entre las treguas, y mencion de Marte, tuuieron los incendios de Venus no pequeño lugar; y deste me cupo a mi buena parte, porque auiēdose tras èl algunas platicas seguido entre mi, y cierta dama Seuillana mas que vna ligera aficion, en breues dias me senti della tan prendado, que sin reparar en que de la facil possession, y assistēcia en tales concursos de su persona, no se podia esperar menos que vn inconstante proceder; yo la zelaua, recatana, y escondia, con tan crecida voluntad, como si mil años la huuiera posseido. Estaua la señora poco acostumbrada a semejantes desvelos, y assi facilmente se le hizo angosta mi cintura, desabriase mucho, comia poco, y mucho menos assistia en mi posada; y en cōclusion, ella se determinò à darme cantonada, como en efeto lo hizo, aunque dexando en mi poder dos bahules de galas, y vestidos muy buenos. No sabrè encareceros mi sentimiento, porque este genero de mugeres, de mas de su ordinario desenfado, tienen vn no se que, con que se hazen querer. Busquela, y buscaronla mis amigos con harta diligencia, mas como ella no queria parecer, todas fueron en vano. Con todo esso las prendas que me auian quedado alentauan la esperāça que de saber della tenia, como al fin sucedio, porque al tercero dia me desayunè con vn papel de desafio, que cierto galan por cuya cuenta corria mi dama, me embiò; pediame en èl los bahules que he dicho, ò de no darlos, que nos viessemos, señalandome el lugar adonde me esperaua, a quiē lleuado del deseo de saber de mi dama, y igualmente de los zelos que me encendian, inconsideradamente, y solo me vine con harta breuedad, y con mucha mas, de lance en lance nos medimos las espadas, y los cuerpos, bien que con mejor suerte mia, porque tropeçando mi enemigo, diò de espaldas vna muy gran caida, al mismo punto, que saliendo de entre vnos vallados otros dos amigos suyos, diziē-

do a vozes que me detuuiesse, y yo haziendolo, di lugar a que en el interin se leuantasse, y por vn lado, arrojandose impensadamente, me alcançasse a herir en el rostro. El coraje, que de semejante villania se recreciò en mi pecho, fue igual al que para ponerse en cobro pusieron los contrarios, los quales pensando me dexauan atrauesado, se desaparecieron de mis ojos, y aun de toda la isla. Yo por entonces, con general sentimiẽto de mis amigos, me curè, y aunque disimulando, presẽte la recibida injuria, y cuyo actor supe facilmente que era vn cauallero Sevillano, antiguo amante de mi lasciua Lamia, cuyo amor con el sucesso nueuo, y tan de honra, despedi de mi coraçon en pocos dias, embiandola luego como supe auia de temor retirado se a vn Conuento de Monjas, sus cofres, y vestidos.

Con este nueuo caso, despues de auer hecho hartas diligencias, inciertas en mi satisfacion, hasta mas asegurar los enemigos, hune de boluerme a Granada, adõde era bien deseado. Los primeros dias, con la licencia que para varicdad de colores, vandas, y plumas, dà el nombre de soldado, anduue acompañado de amigos, dando diuersos bordes, y rumbos à toda la ciudad: y no sè si las militares galas, ò mi contraria suerte, inclinaron los ojos de vna dama, hermosa por estremo, y por estremo noble, a que con mas cuidado reparassen en mi persona. Y he dicho de la de aquesta dama tantas partes, no porque entõces supiesse, sino por lo que en el discurso de algun tiempo entendi, en el qual vino a mi noticia, como era de Sevilla, y juntamente la causa de su assistencia en mi ciudad, que era acompañando a sus padres, que en aquella Audiencia tratauan vn importante pleyto. El de mis nueuos amores, y cuydados, que entonces comẽçaua, fue dilatandose por hartos dias, creciendo al mismo peso, que los passados; y como mi experiencia se corformaua con mis años, sin consideracion me arrojaua tras el deseo de mi ciega voluntad, la qual, aunque no tan bien paga da como merecia, en menos de seis meses se aumentò de suerte, que noche, tarde, ni mañana acertaua a salir de la calle de la graciosa Feliciana (que assi es el

es el nombre desta dama) y en este mismo tiempo, despues de inmensas dificultades que se ofrecieron, al fin tuue ordẽ, como de las mias llegasse a sus manos vn papel, en que significandole mi verdadero amor, juntamente por el assunto de vn Soneto la declarè mi pena, nacida tanto de mi desgracia, quanto de su esquiua condicion. No soy amigo de venderme por mas de lo que soy, y assi faltando en mi la dulçura, y gracia de las Musas, me valia de las que mas agradecidas se mostrauã en el noble, y felicissimo ingenio de vn grãde amigo mio cauallero, natural de Vbeda, que oy viue, y se llama Don Francisco de Aualos, descendiente de aquel famoso, como desdichado, Condestable de Castilla Ruy Lopez de Aualos, q̃ con tantas, y tan ilustres casas honrò nuestra Nacion, y las estrangeras, &c. y aun os confiesso, q̃ deseo lo oygais. Conociale Gerardo como a si mismo; y assi aduirtiendoselo al preso cauallero, con mayor gusto le oyò, que assi dezia:

*Atreuido emprendio, mas que prudente,*
*regir el coche de la luz del dia*
*Faeton, y por castigo a su osadia*
*vio en el Occaso su temprano Oriente.*
*Icaro sabe hasta la esfera ardiente,*
*animado del viento que lo guia,*
*y por subir al Sol con su porfia,*
*baxò al soberuio mar su altiua frente.*
*Consumio de Faeton el noble intento*
*vn rayo impio; del audaz, y ciego*
*Icaro, el agua fue su aduersa fuerte.*
*Ay atreuido, y noble pensamiento*
*qual Faeton de mi amor te abrasò el fuego,*
*qual Icaro te dio mi llanto muerte!*

Aunque huuiera el preso encarecido los versos de su amigo mucho mas, no le pareciera a Gerardo demasia, al qual viẽdo que en sũ cuento proseguia, con nueuo silencio le prestò atencion oyendo como la respuesta de la hermosa Feliciana se auia alargado a darle licencia, para que por cierto balcon la hablasse aquella noche. Esta dichosa nueua, dezia el triste

preso: fue milagro que entonces no me sacasse de sentido; crecieron con las nueuas esperanças, nueuas, y mas ligeras alas en mis deseos, los quales en el limite solo de su promessa se cumplieron aquella misma noche, pues en ella gozè de la suaue conuersacion de mi dama. No quiero alargarme en exagerar los amorosos disparates que la dixe, la fuerça de mis razones, y el agradecimiẽto de tal fauor; solo os sabrè dezir, q̃ de la bella Feliciana fueron aun mas de lo que su entereza prometia, alentradas mis esperanças, satisfaciendo juntamente con el recato de su casa, y persona, a la suspension que para hablarme auia tenido: con que mas encendido en su amor me despedi della, prosiguiendo por la misma parte nuestra comunicacion otras muchas noches, hasta que quãdo menos mas rezelaua, en el medio de nuestra larga aficiõ, sin saber como, ni porqual causa (porque yo aun nunca imaginè darsela) se retirò totalmente de verme, y hablarme: Que direis noble amigo de tan nueuo desdè? y que os dirè yo de mis estremos? que de mis ansias? que de mis diligencias? y que sobre todo de la firmeza de mi voluntad? pues esta crecio con mayor furia, que el injusto oluido de mi dama, de quien en conclusion no pude siquiera alcançar a saber la ocasion de tal desdicha, bien que no por esto la calle se perdia de mi vista, antes las mas noches con dulces musicas, y acordados instrumentos, hazia alarde de su ingratitud; que como mi intento iba enderezado a vn honesto fin, y este huuiesse de mi boca entendido diuersas vezes mi dama, no me daua cuidado el encubrir mis pẽsamiẽtos; y assi entre otros, que dispuso para la vihuela mi buen amigo Don Francisco, hize cãtar a Feliciana este Soneto, aludiendo en su materia la condicion de mi amor, y la rigurosa suya: y pues vos estais tan de su parte, no os serà enojoso el escucharle.

*Como eres niño, Amor, si eres gigante?*
*como eres linze, si te pintan ciego?*
*como yelas a vozes, siendo fuego?*
*como eres cera, si eres vn diamante?*
*Como si sufres poco, eres Atlante?*

*Como tirano, si eres blando al ruego?*
*Como si ausente, estàs presente luego?*
*Como eres Midas, si Alexandro amante?*
*Amor, si eres amor, como tu mismo*
*De desamor, y amor causas efetos,*
*Que vno aborrezca, quando el otro adora?*
*Escuros son al mundo tus secretos*
*Babilonico amor, confuso abismo,*
*Que el que mas te ha entendido, mas te ignora.*

Aunque en la corta digression destos versos declaraua yo, ò mi amigo por mi, los efetos deste poderoso rapaz, no por esso le hizierõ en la ingratitud de mi dama, de quiẽ ya poco à poco se iba engendrando en mi pecho nueua sospecha, de que tan subita mudança no nacia menos que de algun nueuo amor, con que buelto otro Argos, desvelado, y sin reposo, andaua hecho diligente centinela. Mas fuerõ por demas, y de ningun prouecho mis cuidados, porque aunque yo me cansè, nunca pude, ni aun imaginar cosa que no fuesse muy licita, y honesta, aun en toda su familia, con ser bien grande, y esto me animò à que algunas noches, sin ser notado, me arrojasse hasta partes bien secretas de su casa; y vna destas, que con la misma inconsideracio, deseoso de ver à Feliciana, me auia entrado hasta la puerta de vn jardin, adonde ella solia baxar, y yo con facilidad llegaua, por caer al patio principal, quando menos pẽsaua la vi, que en medio de vn florido cenador, y sentada en el regazo de vn galan mancebo estaua, y à mi parecer cõ notable gusto, y alegria hablandole. Susto fue este, que à no temer el escandalo de su casa, me forçara à dar mil rabiosos gritos; y con tan ardientes zelos me lleguè bien a vna reja, por donde mejor se podia oir su platica, en quien aunque confusamente, me parecio que se llamauan hermanos, con que alentandose mas mi coraçon, estando atento, por sus razones acabè de entender ser verdad, y que assimismo entonces se acabaua de apear de Seuilla, adonde antes desta ocasion sabia yo que estaua, por auermelo dicho mi dama. No fue pequeña la alteracion,

que entonces recibi; y os prometo, que por lo que despues sucedio, he considerado lo mal que entonces supe aprouechar me de la prouidencia con que el cielo iba preuiniendo a mi alma. Con el regozijo de su nueuo dueño estaua la casa de la hermosa Feliciana menos recatada, y con mayor concurso: aunque reconociendo mi poca seguridad, quise irme deslizando poco a poco: mas apenas para executarlo boluia las espaldas, quando vi, q̃ cruzauã de la puerta de la calle àzia dõde yo estaua, dos hombres, que traian enmedio vna muger, y todos, a lo que parecia de camino, siendome fuerça el escusarme de sus ojos, huue de torcer el mio a otra parte, encubriendome en la sombra de vnos corredores, adonde espere a que se recogiessen los venidos, de cuya compañia, alargandose vno, llegò a la rexa del jardin, y por ella, a lo que parecio, llamò al hermano de mi dama, q̃ no tardo mucho en salir al patio, recibiendo, aunq̃ recatado, con los brazos abiertos a aquella muger, con quien assegurada su familia, se entrò en vnos entresuelos, que deuian de ser quarto de su persona, haziendo otro tanto los criados, cõ que pareciendome que todo estaua quieto, quise yo recogerme àmi posada; mas auiendo llegado a la puerta de la calle, con no pequeño disgusto mio, la hallè cerrada, quepando el hõbre mas cõfuso de la tierra; y sin saber determinarme, hasta que boluiendo a vna parte del çaguan los ojos, y viendo abiertas las caualleri zas, sin mas detenerme, huue de entrar a hazer compañia a tres, ò quatro cauallos que en ella estauan, tomando entre el vno, y la pared vezina vn secreto lugar, adonde apenas encima de mi broquel me auia recostado, quando vn hombre q̃ entraua de la parte del patio con vna luz, y que a lo que parecio, deuia de tener cuidado de los cauallos, sin verme, atrãcandose primero muy buen, començòa desnudarse, pudiendo yo entonces, por tener delante la luz, verle mejor, y conocer que era vn gentil esclauo Berberisco del padre de Feliciana, por quien, como otras muchas, me determinè a passar aquella mala noche. Auiase en tanto q̃ yo pensaua esto acostado el esclauo en vna pobre camilla, q̃ arrimada a vnos tabiques, y

en-

enfrente de mi estaua, junto a la qual, auiendo primero apagado vna vela encendida, le vi, que de rato en rato aplicando la oreja alos tabiques, escuchaua lo que dela otra parte se hazia, y no tardò mucho, quãdo (no poco atento yo de su cuidado) levi, que dexando de escuchar, muy apriessa se leuãtaua, y de rodillas encima de su lecho, començaua à quitar quatro, ò seis ladrillos, que en el tabique solo estauan encaxados, y consecutiuamente, que auiendole preguntado de adentro, si podia salir, y èl respondido, que si, poco a poco entraua por el agujero vna muger, a quien ayudada algun tãto del esclauo, facilmente la vi entre sus brazos. Temblauanme entonces, aun sin auer conocido a nadie, con vna repentina turbacion, las piernas, y lo restante de mi cuerpo: y el coraçon, dando furiosos saltos, parecia querer romper la carcel de mi pecho; y no passò muy largo espacio, sin q̃ mi triste alma acabasse de conocer la causa de semejãtes efetos: porque no contentandose, sin ver aquella dama con mayor distincion sus barbaros despojos, quitando la vela de adõde estaua, aun no huuo en ella aplicado la luz al rostro de su amãte, quando la de sus ojos deslũbraron los mios; reconociendo los luzeros hermosos de mi querida Feliciana, y a ella con horrible dolor de mis entrañas, por el sujeto vil de tan infame empleo. Mas no sale de el encorvado lazo del valiente Caribe mas ligera la enarbolada flecha, q̃ yo desapoderado, y dãdo furiosos gemidos, sali de entre los pies de los cauallos, y arremetiendo a los infames amantes con la daga en la mano, sin hazer mayor consideracio, que la de mi vengança, ciego de los patẽtes zelos, y movido de su furor, sin resistencia, le meti al vil opositor quatro vezes por el cuerpo el puñal, y viendo que entretanto Feliciana se iba, dexando deherirle, y arrojandoseme, que la voluntad de auerla deseado por muger, me obligaua al mismo efeto, que si lo fuera, asiẽdola de vn brazo, en lo que de su cuerpo pude alcãçar la dino sè quãtas puñaladas, y sin duda alli la acabara, si sus vozes, y las del esclauo, q̃ ya auia salido al çaguan, nome atajaran, porque en vn instante ya estauan a la puerta los mas de los criados: lo

qual reconociendo con mi per dicion, en dos saltos me puse en resistirle la entrada, en tenié do tendido à mis pies, y por reparo el Berberisco, ya del todo muerto. En medio de aquesta confusion llegò su hermano de mi dama, con algunas luzes, al qual apenas vi, quando le conoci, y no menos que por el autor de la cruel herida, que en Cadiz recibi, y èl asimismo à mi por su enemigo, con que sospechando que yo sin duda, auisado de su venida, le auia entrado à matar, començò à declarar àvozes su pensamiento. No eran las que dauan en este tiempo de la parte por dõde Feliciana se auia entrado, menores; y assi viendo su hermano, q̃ dellas auia de seguirse el acudir la justicia, temiendo justamente algun daño por la muger que estaua en su aposento; y ignorante del que tenia su hermana, en vn momento mandò à los criados, que sacãdola de su casa, la pusiessen en cobro. Mas echaron tan siniestro lance, que sin poderlo remediar, al salir de las puertas dieron con la justicia, que mouida por los clamores que se oìan, llegaua al mismo punto a ellas, en quien embaraçandose los vnos con los otros, y acudiendo tambien su hermano de mi dama al riesgo en que via la suya, viendo yo tan buena ocasion, sin perderla, con presteza increible, mezclandome entre los ministros de justicia, pude librarme del peligro de sus manos, dexando en ellas à los criados de mi contrario, que con èl juntamente baraxauã la salida de aquella muger, à quien aunque mirè turbado, como quiera que algun tiempo la quise, facilmente conoci por la Seuillana de Cadiz. Mas como no era la coyuntura para mas dilacion, en vn pensamiento doblè la calle, passando al retirarme por debaxo de los balcones de Feliciana, cuyos gemidos, y vozes, acompañadas de las de su madre, y criadas, retumbauan con harta claridad, pidiẽdo vnas los Medicos, y otras el Confessor, con que sin detenerme en parte, sali de la Ciudad con tanta breuedad, que antes del dia me hallè dos leguas della, y en vn lugar de vn grande amigo de mi padre, de quien recibiendo vn buen caualo, y algunos dineros, aduertido del caso, y sin mas dilacion me despedi, atrauesando las Alpujarras, y jũtamen-

mente el Reyno de Murcia, hasta que reparandome en Valencia, con el mismo confuso proceder, que auia traido, llena mi alma de vna amargura, y tristeza intolerable, sin mas consultar mi arrebatado intento, con sus ofuscadas potencias, me metì Frayle en vna de las mas recoletas Ordenes de aquella Ciudad, adonde auiendo assistido nueue meses, y con el discurso del tiempo curado en parte mi amorosa llaga, cansado de la estrecha vida que passaua, y con tan facil determinacion, como en tomarla auia tenido, en fin me dispuse a dexarla, y oy haze vn mes, que boluiéde me a Andaluzia, deseoso de saber en lo que mis cosas auian parado, quando mas descuidado caminaua, dieron estos vandoleros conmigo, y quitandome vnos dineros, y esclauina, que por mas seguridad traia, me truxeron, adonde padeciendo, reconozco, que esta miserable desdicha me ha venido, tanto por mis passadas culpas, quanto por auer cortado el hilo de la santa, y religiosa vida que auia escogido.

Estas fueron las vltimas razones, con que suspirando dio el preso cauallerofin a su estraño cuento, acompañandole el buen Gerardo con hartas lagrimas, y mucho mas espanto de su notable historia, con que de nueuo, consolandole, y ofreciédose, viendoque la mayor parte de la noche auia passado, cófirmada la nueua amistad entre los dos, de comun acuerdo les parecio tomar algun descanso.

Aqui estuuieron los pobres Caualleros alguuos quinze dias, en los quales acabò de entender Gerardo de sus camaradas la ocasion del guardarlos en aquella tan tenebrosa carcel, que no era para menos que venderlos a la primera galeota, que se acercasse a las vezinas playas de cosarios Berberiscos Moros, con quien Pedraça estaua de concierto, y feriaua à veinte, y treinta escudos sus prisioneros, de lo que Gerardo no recibio poco consuelo, assegurandose por aquella venta su libertad, pues no auia de faltar animo en su hermano, y parientes para rescatarle; y assi con mas contento, entreteniendo con la nueua esperança la tristeza de su vida, se puso con varonil, y generosa determinació a aguardar el remate,

y

y fin de tantas desvēturas, procurando despedir, y borrar de su alma, y coraçon la infame, y afrentosa memoria de la vil Ia cinta, la qual assimismo se supo como a poder de aquellos vāndoleros huuiesse venido; por q̄ vno de sus compañeros, informado dellos sabia el caso; y assi le dixo, que avria poco mas de quatro meses, que la encontrarō perdida en vn espeso mō te, ò por mejor dezir, huyendo a lo que ella les dio a entender, de vn hermano suyo, y que aficionado su Capitan della, la traia consigo, obedeciendola, y respetandola todos sus sequazes, como a dueño, y señor absoluto, que este religioso ayuntamiento era sin duda el que Ia cinta deseaua, cō las veras que oistes. Por cierto mudança, y variedad de muger increible, y no menos espantosa, que temeraria liuiandad, adonde mi corto entēdimiēto pierde pie, y de todo punto su consideracion se despeña, y assi en el escudriñar la ocasion que esta muger prodiga de su hermosura tuuo, soy de parecer, que nadie tome trabajo, ò canse en vano estudio la curiosidad de su ingenio, pues tengo por imposible el apearla ninguno, no auiendole sido concedido, a quien como Gerardo mejor podia entenderla; el qual, como discretamente lo aduierte en este soneto, solo la quiso escusar, con la infame disculpa de su ordinaria variedad.

*Los atomos del Sol coge en redoma,*
*Va tras el viento, que alcançar pretende,*
*Con palabra de injuria al eco ofende,*
*Y al mar ayrado con alagos doma.*
*Castiga el fuego que en la mano toma,*
*En red las nubes obstinado prende,*
*Llora en el Ethna que apagar pretende,*
*El globo inmenso arrastra con maroma.*
*Pide arbitrios al loco, al mudo canto,*
*Al Poeta verdad, gusto al enfermo,*
*Risa à la muerte, peso a la fortuna.*
*A la carcel quietud, concurso al yermo,*
*Al sueño certidumbre, al Angel llanto,*
*Quien pide a la muger firmeza alguna?*

Y buelto a mi discurso, como ya he dicho, al cabo de los quinze dias que viuia en aquellas cavernas, estando el, y todos sus tristes, y forçados compañeros reposando vna noche, les despertò con grande sobresalto vn notable estruendo, y rumor de gentes, que por la profunda cueua les parecia venir baxando; y entendiendo, que con algun Arraez su enorme venta se huuiesse efetuado, cada vno començò a parejarse. Y no les salio vana su imaginacion, porque en vn pequeño espacio se vieron rodeados de muchos Moros de guerra, que con los desnudos alfanges en las manos, con sordas, y mal entendidas algazaras, los empezaron a maniatar, y juntamente a sacar de la cueua, y mazmorra, guiando con ellos àzia la marina, a la qual llegaron en menos de vna hora, adonde los embarcaron en vna hermosa, y bien aderezada galeota, que en cierta secreta cala tenian escondida. Mas apenas en el borde della puso Gerardo los cansados pies, quando vio los mas de los vandoleros, y salteadores con su Capitan, y la ingrata y vil Iacinta muy bien aherrojados, de que no poco espanto recibio; aunque de ver a su enemiga, y aquella ruin canalla en tal estado, templò con algun genero de alegria su nueua admiracion, imaginando, y aun teniendo por cierto le huuiesse vengado de sus crueles enemigos, el justo, y soberano cielo; como en efecto podia con verdad afirmarlo. Porque aueis de saber, que auiendo llegado aquella passada tarde Alibraen Arraez, y cosario famoso, especial, y grande amigo de Pedraça, a aquellas vezinas playas con aquella galeota, y cien soldados de sus mas escogidos, y alètados Berberiscos, determinado como infiel, à no guardar assiento, fee, ò palabra con Pedraça (ò quizà instigado de la diuina justicia, para que su peruersa infidelidad fuesse castigo del que con tanta, siendo Christiano, vendia sus mismos naturales a los barbaros, y atrozes enemigos de nuestra Santa Fè) se dispuso a dar sobre seguro en las chozas, y cauañas del confiado amigo, que ellos muy bien sabian, a quien en los braços de Iacinta prendieron, y juntamente a todos los demas foragidos, y vandoleros, sin hazer caso de sus quexas, ruegos, y amenazas. Y auien-

uiendoles dexado a buen recaudo, ya prisionados en su galeota, el astuto Arraez dio la buelta, con vno dellos por espia, y para que le enseñasse la cueua, adonde los presos, y Gerardo estauan; y desta suerte, dando cõ esta caualgada en su batel, antes que amaneciesse alçaron velas, lleuãdo por derrota a las temidas, y arcillosas plaças de la ciudad de Argel; para adonde con grande regozijo, y con tento de los fieros piratas, y igual desconsuelo, y confusion de los miserables, y Christianos cautiuos, nauegaron con prospero viento hasta las nueue horas de la mañana, que començando a refrescar vn recio, y desabrido Leuante, en vn instante se entapiço de nubes pardas, y negras el alegre, y turquesado color, amenaçando a los que las profundas, y variables aguas iban cortando, con alguna futura, y temerosa borrasca, que no tardò mucho en parecerse, porque reforçandose el iracundo viento, y rebentando las preñadas nubes raudales de agua, el cielo juntamente parecia entre confusos truenos, rayos, y relampagos, abrasarse en furiosas llamas. Aqui viendose perdidos, y faltandoles el animo a los que la contrastada galeota regian, metiendo los remos sobre filares, y haziendo de las velas terceroles, se dexaron lleuar del furioso viento, pareciendoles imposible por entonces el querer contrastar su violencia.

Cada momento abriendose hasta su centro las espantosas olas, parecian tragarse la desgouernada galeota, con que en toda ella no se oian, assi de los infieles Moros, como de los miseros, y cautiuos Christianos, menos que cõfusas vozes, llantos, promesas, votos, y romerias, creciendo cõ la noche, que muy escura, y temerosa les sobreuino, la tormenta en el cielo, mar, y viento, y el temor y desconfiança en los afligidos coraçones, principalmente en el de la hermosa Iacinta, la qual hazia, y dezia tales cosas, que prouocara lastima a vn pedernal, ò marmol diamantino, como en efecto todos se compadecian della, en medio de tan confusa tribulacion, que este generoso requisito trae siempre consigo la hermosura, que assi de enemigos, como de amigos, en leyes, costũbres,

bres, y naturaleza, halla igual acogimiento. Solo Gerardo no curaua en esta ocasion de mas, que quitarse lo mejor que pudo vna gruessa cadena, que le podia ser de grande embaraço, si a todo rompimiento, como ya se temia, diessen derrotados en algun escollo, que aunque esto no sucediò, todavia fue su preuencion importante.

Desta suerte, y llenados de la velocidad denfrenada del Leuante, caminaron con harto peligro la buelta del estrecho, por no serles possible hazer de si otra cosa, hasta que a la madrugada, aplacando algú tanto la tormenta, al doblar la punta, y cabo de Gata, de manes a boca, y sin pensar, dieron con tres baxeles de la armada Real, que arrojados de las terribles clas, con su mismo pensamiento procuraua amparar se en aquel abrigo. Mas apenas reconocio la galeera el notorio peligro, quando tomando los remos en las manos, contra la fuerça de los contrarios vientos, con gran presteza intentò alexarse de los enemigos, los quales ya venian en su seguimiento, adelantandose la Almiranta, que era vno dellos. Mas viendo que se les iba la presa (como dizen) de entre las vñas, dispararon las dos pieças de la amura: quiso el cielo acertassen a dar por tan buena parte a la pobre galeota, que como de la borrasca, y continuos golpes de mar viniesse por muchos lugares sentida, en vn pensamiento se viò el gran daño que los tiros, y balas en ella hizieron, porque le empeçò a entrar tanta agua, y con tanta furia, que sin que las vozes, y alaridos que dauan, ni el socorro que a los contrarios galeones pedian, pudiesse llegar a coyuntura, en vn momento se fue a pique, pereciendo casi quantos iban dètro; y principalmète todos aquellos a quiè la confusa borrasca no les auia dado acuerdo, y lugar para arrojar al agua vna chalupa, en que parte de los Berberiscos, y forçados cautiuos se escaparon de la presente muerte, y assimismo de las manos de los nuestros. Y tambien huuiera corrido por el buen Gerardo la misma desventura, si (como dixe antes) no se huuiera preuenido como discreto; a los quales, ni la prospera, ò aduersa suerte preua del prudente, y sagaz acuerdo. Mas per-

mi-

miriendolo el piadoso cielo, abraçado con vna caxa, q̃ junto a si le ofreciò el peligro, se sustentò entre las saladas, y profundas ondas, hasta que auiendo echado del Almiranta vna triza, entre los que por ella de la vezina muerte se libraron, fue el vno, y juntamente el Granadino Caualiero, aunque no pudo soportar tãto Gerardo el justo enojo de su pecho, que al fin no se dexasse vencer del tierno, y amoroso sentimiento del coraçon, viendo a sus ojos, sin poderla remediar, perderse, ò anegarse aquella que tan ardientemente auia amado, y querido; pues aunque su detestable liuiandad era digna, y merecedora de grande, y riguroso castigo, el vltimo, y mortal (que a su parecer) del cielo en las vorazes ondas recibio, llorò tan tiernamente el lastimado Gerardo, ò con tan desigual desesperacion, que estuuo en contingencia su determinado intento, al dexar de seguir su fatal ruina; no siendole ann de liuiano consuelo la cõsideracion del verse milagrosamente libre de tã triste muerte, ò por lo menos, de vn largo, y miserable cautiuerio, ni el hallarse rodeado de muchos valiẽtes, y gallardos Soldados Españoles, que con nobles, y generosos animos, igualando al valor de su Nacion la piedad de sus pechos, viendole desnudo, quitandose de encima sus vestidos, aun no conociendole, ni sabiendo quien fuesse, le abrigaron, y hizieron el mismo agasajo, que si de todos fuera hermano, ò particular amigo; hasta que auiendo llegado al famoso puerto de San-Lucar, tomando licencia del Capitan, y de su noble compañia, despidiendose del noble Granadino, que tomò otra derrota, desembarcò en tierra, tã acompañado de mortales, y interiores penas, quanto fallido, y pobre de remedio.

DIS-

# DISCVRSO TERCERO TRAGICO de Gerardo, y vltimo desta primera parte.

EL Tragico discurso de Dona Clara, y el lamentable, y espantoso sucesso de Iacinta, reduxeron al triste, y desgraciado Gerardo a tan lloroso, y miserable estado, que totalmente de hecho se determinò, y dispuso a acabar el cansado progresso de su vida en las incultas soledades de los amenos campos, rigidos montes, y fragosas montañas, repudiando para siempre en su libre voluntad la entretenida, y peligrosa assistencia de las grãdes, y populosas Ciudades, huyendo, y retirando el cuerpo de sus hombres, como de la ocasion pestifera, y veneno cõtagioso de que su alma, y coraçon tan lastimados escapauan. Y verdaderamente, que si con justo acuerdo este su nueuo intento se considera, con facilidad podrà qualquiera echar de ver lo muy acertado que en determinacion semejãte andaua Gerardo, y a quan sano parecer se disponia, pues para obviar el peligro de su desastrada, y aduersa suerte, no podia escoger mayor remedio, ni menos de su parte hazer obra mas digna de su valor. Mas quien contra sus hados, y infelize estrella puede preuenirse? y quien a lo que ya tiene ordenado el alto cielo, puede en ningun tiempo hazer repugnancia? Al fin Gerardo, por donde con mayor fuerça procurauа huir la determinacion de los diuinos Astros, por alli mas dellos, y de sus desvèturas se acercaua. Y verdaderamẽte parecia auerse en otro desastrado Epimereo transformado, ò que del vaso de miserias que Iupiter dio a Pandora, bebido huuiesse de su amargo licor la mayor parte. Enefecto, apenas en la plateada arena, y sagrada margen del nombrado puerto, inundicaciõ de las famosas aguas del caudaloso Betis, estampò las plantas nuestro Gerardo, quando siguiendo su solitario pensamiẽto, dexando la Ciudad a la siniestra mano, sin querer entrar en ella, prosiguio su camino, por donde sin llegarle cierto,

el

el aluedrio, y gusto le guiaua, atrauesando valles, cruzando vegas, rompiendo espesos mõtes, y subiendo asperos, y inaccessibles riscos, y montañas; hasta que vna tarde al ponerse el Sol, despues que desta suerte algunos dias auia caminado, deseoso de dar algũ aliuio al cansado cuerpo, y andando de vna parte a otra, buscando lugar acomodado donde passar la vezina noche, bié descuidado de semejante encuentro, dio en vna gran cabaña de pastores, que al pie de vna copossa encina, y rodeada de robustos troncos, su assiento, y lugar hazia mas deleitoso, y apacible. No le pesò a Gerardo de auer hallado tan buen aluergue; y assi muy alegre, queriẽdo acercarse a èl, se detuuo, temeroso de interrumpir la suaue voz de vn gẽtil, y gallardo çagal, que sentado en la siempre verde, y menuda yerua, en esta misma sazõ, al son de vn mal labrado y rustico rabel cantaua aquestos versos.

*Quando su fixa luz nos dà Calisto,*
*Y el Cortesano inclina el debil pecho*
*Entre la pluma del mullido lecho,*
*Sobre mis redes humedas assisto.*
*Ya la risa del alua vfano alisto*
*Traças que penden del opaco techo,*
*Con que la pesca incauta, del estrecho*
*Cuerno del Betis, con primor conquisto.*
*Sigo tambien la boladora liebre*
*Tras el galgo veloz, que con mi hela*
*Apenas temo que las yeruas quiebre.*
*Consuma en pie la vida, como vela,*
*El ambicioso quando al Rey celebre,*
*Que yo se que mi estado embidia, y zela.*

Ano hallarse en aquel punto el lastimado Gerardo en pie, claros los ojos, y despiertos, arrimado a las cortezas verdes de vn aliso, sin duda alguna pienso que tuuiera por ligera fantasma, vano, y fingido sueño, monte, sitio, cabaña, rabel, çagal, y cancion, cuyos gallardos versos conuenian tan enel todo de su determinacion. Y no fue este el mayor de sus efetos, pues trasportado de la eleuacion de su canto, a pocos lan-

lances se enmarañò en la de sus penosos pensamientos, y dexandose llevar dellos, y de sus memorias à rienda suelta, con tanta fuerça se remontò, y detuuo en las de sus passadas desventuras, que sin poder escusarlo, vencido del riguroso tormento de su pena, dando vn doloroso, y profundo suspiro, sin sentido alguno se dexò caer en las menudas, y floridas yeruas, causando con su repentino desmayo, y rumor de la caida, no poca alteracion, y espanto en el descuidado çagal, el qual, auiendo algun tanto sossegado, y reconocido la causa de su turbacion, viendoa Gerardo en tal estado, soltando de las manos el instrumento, con acelerado passo se vino para adonde caido estaua, y poniendole la cabeça en su regazo, considerando en èl su gentil presencia, su soledad, y repẽtino desmayo, no pudo menos de enternecerse, y deseãdo conocerle, y saber la ocasion de su mal, y venida por tan yermos lugares, dexandole recostado en la verde, y natural alcatifa del oloroso campo, entrado en su choza, y sacando della vn vaso de rojo tarai, le hinchò de agua en vna dulce, y cristalina fuente, que del centro de vna fragosa peña alli junto nacia; y boluiendo breuemente al desmayado cauallero, vertiendo parte della por su macilẽto rostro, le hizo boluer en su acuerdo, diziendo con vn entrañable gemido, triste, y debilitada voz: Hasta quando, confusas, y crueles memorias, aueis de atormentar el alma, haziendole presentes sus ya passadas penas, y desdichas? Y passara en sus lastimosas quexas adelãte, si reconociendo la piadosa cõpañia, admirado de lo que por èl auia sucedido, no trocara el començado llanto en agradecimiento de su buen socorro, dando al gentil çagal las deuidas gracias; el qual con las siguientes razones, mostrando à Gerardo apacible rostro, le atajò, diziendo: Por cierto noble mancebo, q̃ ha causado la pena de vuestro coraçon en el mio tan grande sentimiento, que de grado tomara muy gran parte della, a trueco de aliuiaros del interior tormento con que os veo afligido: alentaos por vuestra vida; y si es possible, despedid essas memorias, origen de vuestras tristes quexas: pues no es justo que reconociendo el daño que dellas se recrece,

admitais mas su injusta compañia; y al presente, si sois seruido, entremonos en mi cabaña, adonde assi de mi persona, como de las de todos mis compañeros, que ya no tardarán en recogerse, sereis con sencilla voluntad seruido; que esta es a que de su parte, y mia, por firme, y verdadera desde luego os prometo. No se halló poco agradado, y cortes to Gerardo, con tan sano, y amoroso ofrecimiento; y assi queriendo agradecer su cortesia, le respondió desta manera: No atribuyais, gallardo pastor, à flaqueza de animo la de mi coraçon, ni menos entendais, que el passado accidente nació de necessidad del cuerpo) porque estas, aunq̃ muchas mas graues fueran de lo que son, mi paciencia pudiera tolerarlas, y sufrirlas, y al fin el tiempo, como perecederas, vna vez que otra las consumiera, y acabara) solo la conoced, y disculpad por enfermedad, y passion del alma, en quien està tan enuejecida, y arraygada q̃ ya es con ella vna misma cosa, conuertida en su ser inmortal; desuerte que a mi mal falta remedio, y del todo se ha hecho en mis entrañas eterno, è incurable. Mas no su graue dolor será suficiente escusa, para q̃ toda mi vida no quede agradecido al fauor con que me aueis amparado, si bien remito al cielo la satisfacion justa de vuestra volũtad, y cõpañia, la qual estimo, y aceto cõ protestacion de seros amigo, y compañero el tiẽpo que gustaredes de ampararme en ella. Replicar queria el regozijado çagal, quando por la contraria parte de su choza vierõ assomar otros cinco pastores, los quales se fueron acercando, siendo de todos los q̃ venian saludado con algun genero de respeto el que con Gerardo estaua, por donde conocio ser el dueño, y señor de aquella gente: y no se engañaua Gerardo, porque assimismo lo era de muchas, y muy grandes manadas de ganado q̃ à cargo de los cinco pastores, y de otros muchos, andauan repastando por entre aquellos bosques, y sorestas. Y auiendo todos sentandose a la puerta de la pagiza cabaña, tẽniẽdo por labrados manteles la florida amenidad del prado verde, cenaron con igual regozijo, y regalo, agassajando el nueuo huesped, desuerte, que no echò menos las opulentas, y magnificas mesas de los grandes Prin-

cipes,

cipes. No le pareciò a Celio, (que assi se llamaua el Pastor) que vn tal sujeto como el de Gerardo podia viuir desnudo, siẽdo adornado de tan rara discrecion, del dulce, y no menos agradable atributo de la música; y assi poniendole en las manos el rabel, le dixo desta suerte. No es posible, gallardo mãcebo, q̃ à quien tanta muestra, y en tan breue termino ha dado de su valor, y agilidad de ingenio, le falte, ò ignore este sabroso, y apacible exercicio: porque os ruego de mi parte, y de la de todos mis cõpañeros, que si esto es como imagino, no negueis esta demãda, haziẽdo alarde de vuestra destreza, y voz, pues de la mia, ya sois tan satisfecho, como deudor. Aqui viendose Gerardo con tã sanas, y amorosas razones obligado, respondiendo a Celio, assi le dize: Como quiera que mis recientes desventuras mas fuerçan a suspirarlas, y gemirlas el animo, que a suspenderlas con el sonoro canto, todavia vuestra amistad, y el deseo que de perpetuarla tiene mi coraçon, violentãdo la voluntad por daros gusto, mas confiado en la que me mostrais, que satisfecho de mi destreza, y voz, avrè de abedeceros; y cessando con esto, templando el rustico instrumento, assi començò a cantar este Soneto.

*Los duros montes en la vena amiga*
*Rinden el oro à la auarienta mano*
*Del mercader, para que beba vano*
*La rubia sangre, que su sed mitiga,*
*El pieñudoso la preñada espiga,*
*Su rojo cuello, y su dorado grano*
*Rinde à la hoz, y troxes del villano,*
*Para que el premio del sudor consiga.*
*No llena el oro el auido deseo*
*Del mercader, ni al del villano el trigo,*
*Pues quando tienen mas, mas apetecen.*
*Yo destos mismos las pisadas sigo,*
*Pues quando el fruto de mi bien posseo,*
*Menguan mis gastos, y mis ansias crecen.*

Crecio el dolor de Gerardo cõ el discurso breue de sus quexas, en tanto grado, que aunq̃ quisiera alargarse con alguna co-

cosa a proposito, y entretener la apacible compañia de sus nuevos amigos, no le fue posible, aunque dellos fue importunado, admirados de su sabroso canto, y deseosos de boluer a gozarle. Mas viendo que su escusa era tan justa, no quisieron apretarle, con que siendo ya hora de reposar, durmieron hasta la siguiente mañana, que los pastores boluieron a su acostumbrado oficio, y Gerardo, y Celio, apercibidos de redes, perros, y hurones, en el noble exercicio de la caça, y pesca, gastaron este, y otros muchos dias, en quien auiēdo hecho Gerardo vn curioso vestido de campo, de diuersas, y pintadas pieles de fieras montesinas, con infinito gusto de Celio viuia en aquellas soledades, mas alegre, y contēto, que deseoso de oluidarlas en ningun tiempo, hasta que vna tarde, ya bien cerca de la vezina noche, dexando a Celio en lo alto de la montaña, recogiēdo al aprisco sus ganados, cāsado Gerardo, y caluroso, diola buelta solo ala cauaña, a la misma hora, que por entre los espesos y robustos arboles assomaua vna muger, la qual auiendo en poco espacio llegado adonde èl estaua, le dexò admirado sumamente, tanto por su tierna edad, y belleza, quāto por verla llorosa, triste, y afligida; y no dexò de sospechar luego como dèl fue vista, lo que ordinariamente sucede de mugeres, que semejantes lugares sūelen frequentar, aunque su peregrina hermosura, y el honesto adorno de su gracioso talle deshazia en su imaginacion esta sospecha: todo lo qual en mayor deseo le puso de saber la ocasion, que assi sola, y a pie, y con tan notable sentimiento la traia, y desta suerte, acercandose a ella, antes, que hablarla pudiesse, fue de su boca saludado: y respondiendo Gerardo con su acostumbrada cortesia, la rogò que se assentasse; y lastimado de verla triste, y con tan grā desassosiego, auiendo junto a su persona tomado el verde assiento del prado, con amorosas y apacibles razones, la començò a hablar desta suerte: Mucho me holgara hermosa señora, que dando a la passion, que affige vuestro coraçon, algun pequeño vado, me deis assimismo cuenta de vuestro disgusto, y de la ocasion que por estos remotos, y solitarios lugares os haze venir tan sola de com-

pa-

pañia, como acompañada de lastimosas señales, y muestras tales, que verdaderamente dan a entender por muy graue, y de consideracion, la causa que os obliga. En tanto que assi hablaua a la pobre, y afligida dama el buen Gerardo, no cessaua a sus claros ojos, dulce, y hermosa boca, de derramar espesas lagrimas, tiernos, y afectuosos gemidos, hasta que queriendo dar respuesta al que cõ tanto amor se la pedia, enjugãdo las perlas de sus cristalinos raudales, y entreteniendo vn tanto el afligido aliento, de lo intimo de su cansado pecho, despidiendo la triste, y lastimosa voz, le dixo desta suerte.

Si el inmenso dolor, y tormento, que aflige mis sentidos, diera lugar à la lengua para explicar su origẽ, segura estoy gentil mancebo, que a las presentes penas con que yo misma me atormẽto el alma, vuestro piadoso coraçon las acompañara con otro igual, y nueuo sentimiento, y assi os ruego, que escusandoos este cierto dolor, no trateis de importunarme, a que de su distante causa os dè mas larga cuenta, pues no aduirtiendo ya ningũ humano remedio, es vana diligencia el dezirla a ninguna persona; solo al presente ospido me informeis, si estoy muy lexos de poblado, y lo que deste sombrio, y fresco valle podrà auer hasta el lugar de Cesarina, adonde conuiene a la restauracion desta triste vida, que si fuere posible llegue yo esta noche. A lo qual Gerardo, triste en alguna manera de su desconfiança, assi la replicò. Bellissima señora, facil cosa le fuera al piadoso cielo hazer, que debaxo destas rusticas, y grosseras pieles se encerrasse alguna noble sangre, y coraçõ, no tan solo dispuesto a que le hagais la merced que os ha pedido, sino prompto, y aparejado à arriesgar su vida en qualquiera ocasion que querais emplearle; y no os persuadais, ni menos llegue a vuestra imaginacion, que pueda ser el mal que os atormenta irremediable, pues viuiendo, quando fuera de tan lastimosa calidad, se pudiera esperar, y prometer mas q̃ aliuio, y consuelo; ni tam poco deueis desdeñar mi importunaciõ por de vn hõbre no conocido, y que solo representa la baxeza de su pobre persona, pues ya algunas vezes suele hallarse en la mas desechada

y ſilueſtre yeruecilla del cãpo, el verdadero, y ſaludable ántidoto, que faltò en la precioſa triaca: y en lo que toca al particular del ſitio, y diſtancia del lugar que preguntais, venis tan errada como perdida; porque fuera de no ſer poſsible boluer ſin cerrar la eſcura noche, al cierto, y ſeguro camino, eſtais de Ceſarina vna gran legua; porque forçoſamente aueis de guſtar de ſer hueſped mio, haſta la ſiguiente mañana, que en eſte pobre, y pagizo alvergue ſereis tan regalada, como honrada, y ſeruida. No le parecieron a la afligida dama, que ſemejantes razones podian nacer menos que de vn ilustre, y noble animo, y con tal penſamiento, puеſta en èl ſu hermoſa vista, conſiderando, roſtro, talle, y modeſtia, caſi del todo a ſu verdadera imaginacion dana entero credito, y agradada de ſus ofrecimientos, dulces, y amoroſas palabras, determinada a valerſe de ſu conſejo y confiança, ceſſando de humedecer ſu blanco, y bello roſtro con el amargo llãto, de aqueſta ſuerte a las razones ſiguientes dió principio. Han hecho vueſtras diſcretas palabras tan notable efeto en mi coraçon, que no tan ſolamente con ellas me aueis animado, ſino que jũtamente me obligan a lo que eſtandome tan a cuento podria forçarme la futura noche, la qual tendrè debaxo de vueſtro amparo, y aſſegurada de la inuiolable fe que prometeis, con vos, y vueſtra compañia, y aſsi miſmo quiero contaros la miſerable, y laſtimoſa cauſa, origen de las deſdichas, que aſsi peregrinando me traen por eſtos aſperos, y incognitos lugares, cierta de que aunque la mas principal no admite conſuelo, ſus aceſſores le hallaràn en vueſtra mucha prudencia.

La famoſa ciudad, a quien Guadalquiuir rompe en partes diſtintas con ſus aguas, es mi naturaleza, y alli naci, para propias, y agenas deſventuras, aunque por faltarme deſde mi tierna edad mis padres, he tenido en igual poſſeſsion a vn caualléro della, tio mio, y hermano del que me engendrò, el qual eſtà al preſente caſado con vna dama deſte Reyno, tan noble, y rica de dones de naturaleza, quanto ambicioſa de ſu infamia, libre de cõdiciõ, idolatra de ſu propio guſto, y ſolo amiga de ſu parecer, y aluedrio, cuya deſorden llegòa tan

escandaloso estado, que ha dado à la que al presente en mi re
conoceis, ocasion, y principio mas que suficiente; porque no pudo la prosecucion de su lasciuo apetito, y voluntad ser tan secreta, que no llegasse la que con perdido, y ardiente amor tenia a vn gentil, y gallardo mancebo, vezino nuestro, a noticia de mi tio, y su esposo, muy pocos dias ha: y en vno destos, que fue el passado, estando recogida, y sola en vn retrete, y aposento mio, bien descuidada de la mortal congoja, y pensamiento, que a mi tio le affligia, ya à deshora, y muy cerrada la noche, le vi entrar alborotado, y tan colerico, que assi en su ayrada vista, como en la perdida color del rostro, y turbacion de la lengua, dana a entẽder ser muy grande el enojo, y disgusto que assi le traia; y queriendo leuantarme a recibirle, no con menos temor, que femenil alteracion, auiendose tras si cerrado las puertas de mi quadra, arrancando dela cinta vn agudo puñal, arremetiendo para mi, que casi muerta me quedè en sus brazos, amenazando mi gargãta, comẽçò a dezirme las siguientes razones, tan tristes, y espantosas a mis oidos, quanto penosas, y mortales para mi alma. Si la vengança que desea este furioso, y ofendido coraçon, no se me dilatara, derramando con tu merecida muerte la falsa, y fementida sangre mia, que escõ de esse tu vil, y infame pecho, no dudes ingrata Clori (este es peregrino çagal, mi desdichado nombre) que esta daga pusiera fin a tu mal empleada vida: mas tenle por infalible, y cierto, si al punto no me dizes lo que has zelado, y encubierto, siendo testigo infame de mi afrenta, y tu deshonra. No ay para que ya darme escusa, ni quererse valer de la ignorancia, que yo estoy tan satisfecho desta verdad, que ni seràn bastantes tus disculpas, ni menos creerè puedes auer ignorado la traycion que tu aleue tia, y mi esposa haze, y assi no gastes tiempo en mas razones de las que bastaren a satisfacer mi deseo, diziendome juntamente quien es el atreuido adultero, que manchando la pureza de mi honor, ha deshecho con ella mi fama, afrentado el lustre de mi casa, destruido mi reputacion, y quitadome la vida, dandome muerte para siempre,

de eternas, y mortales desventuras. Quedò quando discursos tales oyò mi alma, tan fuera de sentido, que sin poder responder, ni mouer los labios, haziendose con el paladar la lẽgua vn nudo fuerte, estuue vn grande espacio suspendida, hasta que reconociendo la nueua furia, y colera con que de mi tio era amenazada, arrojandome a sus pies, y vertiendo mis ojos abundantes, y copiosas lagrimas, pidiendo de mi tardança, y remission en descubrirle la traycion de suesposa, perdon, y disculpa; y viendo casi presente el palido, y difunto semblante de la inexorable parca, ciega de temor, y ofuscada del repentino caso, sin mas dilacion dixe quanto el coraçon, y el pecho tãtos dias en profundo, y inuiolable secreto auian guardado, satisfaciendo las verdaderas, y zelosas sospechas de mi irritado tio, sin encubrirle la menos importãte circunstancia de su pregunta, assi en el conocimiento del galan, y amante de mi tia, como en sus entradas, y salidas, la sciua comunicacion de sus deshonestos amores. Con que auiendome escuchado biẽ atento, sin replicarme mas palabra, dio la buelta por donde auia venido, y cerrandome por defuera la puerta, me dexò tan turbada, y triste, que temiendo algun desastrado, y miserable fin) pues por lo menos de lo que de mi dicho redundasse, no me le podia prometer muy dichoso) con este confuso, y afligido pensamiento, vencida del femenil temor, me determinè a no esperar el sucesso; y assi tomando las joyas de mas precio, y valor que tenia, por vna ventana, que sin reja caia a la vezina calle, siruiendome las sabanas de mi cama de escala firme, sin ser de nadie vista, sali de las casas de mis tios, y juntamente de la ciudad, de la suerte q̃ veis, dispuesta à no parar hasta llegar a las deseadas murallas de Cesarina, lugar a quien por ser possession del mayor hermano de mi difunto padre, y enojado tio, auia yo diuersas vezes frequẽtado en la cõpañia de vna primahermana mia, hija vnica, heredera de su dueño, cuya hermosura (aunq̃ parezca en esta triste ocasiõ mudar proposito) tiene con justa causa el titulo de mas excelente, y perfeta belleza, que se conoce en otro igual sujeto, en quanto con sus fa-

famosas aguas el caudaloso Betis fertiliza. Mas no permitieron mis tristes, è infelizes hados, que este deliberado atreuimiento quedasse sin su merecido pago, y castigo, porque auiendo encontradome a media legua de la ciudad vn hombre: que asimismo por el propio camino venia, admirado de verme sola, y a tales horas por vn despoblado semejante, acercandose à mi (que entonces de nueuo se me representò, con el temor que tuue, el airado braço, y puñal que poco antes auia sentido a la garganta) me preguntò, que adonde caminaua tan falta de compañia, y en tierra tan sospechosa, y de peligro, y otras razones, que ni la turbacion me dio lugar a determinarlas, ni menos a responderlas, hasta que reconociendo èl mi alteracion, assegurandome con las mejores palabras que supo, huuo de entẽder de mi el camino que lleuaua, en quien con muchas veras se ofreciò a acompañarme, y tan resuelto en su parecer, que sin ser bastantes mis ruegos, para que no interrumpiesse su viage, huuo de dar al mio la buelta, entreteniendo la apacible noche con algunos cuentos, y donayres tan à propósito, que ya daua por bien empleada su infeliz compañia, aunque presto trocò mi contento en eterno, y mortal dolor, lagrimas, y gemidos, que estos me durarán en tanto que mi afligida, y triste alma estuuiere assida à esta fragil, y aborrecida carcel. Aqui boluiẽdo la desdichada Clori con mas rígor à su passado llanto, dexãdo su començada historia, sin escuchar, ò admitir algun cõsuelo, acompañadas de ardientes, y profundos suspiros, boluio ahumedecer con nueuas lagrimas el matiz de sus blancas, y rosadas mexillas, causando en Gerardo tanta pena, que sin ser parte para hazer otra cosa, la començò a acompañar en el mismo sentimiento. Perouiendo que al fin, con la noche que se acercaua, seria fuerça el interrumpir su cuento la venida de los amigos pastores, temeroso desto, con mayores ruegos que al principio, la boluio a importunar por su conclusion; y reconocida de Clori su justicia, y la fuerça del cumplir su palabra, suspendiendo su llanto, prosiguio assi diziendo.

Dos leguas, segun dixo mi aleue compañia, auriamos ca-

mi-

minado, quando sintiendo de mi cansancio la necessidad q̃ de reposo lleuaua, ò quizà para poner en execucion su dañado pensamiento, tomando por achaque mi descanso, y a mi por la mano, diziendome que le siguiesse, atrauesamos el camino, y por fuera dèl, sin saber adonde me lleuaua, ni hallandome con animo para de superfona desliciarme, caminè vna gran pieça, despues de la qual, llegando à vnas quiebras y rompidos barrancos, por entre los quales corriẽdo vn profundo arroyo, el ruido q̃ entre las peñas, y pizarras sus corrientes hazian, formauan vn sordo, y temeroso rumor, q̃ a mi alma, y turbado coraçõ en no poca aflicion, y desconsuelo pusieron, casi adiuinando ya el lastimoso sucesso que me aguardaua; y assi cõ este nueuo desassossiego, buelta a mi aleuosa compañia, le roguè no passasse mas adelante, cosa que a èl le debio de estar mas a cuento, q̃ a la sin ventura, y desdichada Clori, que inocente de la traycion a que la ordenauan, con tãnecia confiança le assegurauà de quien no conocia. Y bien le parecio ser esto assi, pues al mismo punto que me vio, para tomar en la menuda arena algun aliuio recostada, sin poder remediarme, ò valerme de mis tiernas y mugeriles fuerças, vozes, lagrimas, y suspiros; al fin dèl fuy forçada, teniendo por sus secretos juizios a tan grande ofensa el piadoso cielo, embaynada su espada vẽgadora, y à mis roncos alaridos sordas y endurecidas sus clementissimas orejas. Y no parò en esto la barbara, y brutal furia de aquel sangriento verdugo de mi honra: porque auiẽdo satisfecho su lasciuo apetito, con tãta fiereza, ò venenosa rabia, como si tigre Hircana fuera, me despojò de las mejores ropas que traìa vestidas, quitãdome juntamente todas las prendas y joyas de estimacion, que inconsideradamente auia sacado de mi casa; y con esto, dexãdome casi en la vltima respiracio desta cansada vida, diò la buelta a la Ciudad, y yo a quexarme de nueuo, pidiendo de mi afrenta al cielo y à la tierra justa vengãça. Mas ay de mi! que fueron hechas, y esparcidas al ayre, ò como fundar en su diafano elemento soberuias torres; y en efecto quedaron de mi entonces escritas tan solamente en la variable arena, pues de

su

su maldad, y traicion èl se fue sin castigo, obligandome a venir perdida por estos montes, llorando mis desdichas, las quales eternamẽte estaràn presentes a mis ojos, clamando por su justa vengança, y mi deseada muerte, hasta que con ella tengan eterno fin. Y dandole assimismo a su historia, boluio como antes a solẽnizar la con lastimas, y quexas, sin que para atajarlas fuessen suficientes las discretas razones del prudente, y enternecido cauallero, que compadecido del triste caso, con notable terneza la consolaua.

Ya se venian con la fria, y tenebrosa noche acercando el gentil Celio, y sus pastores, al aluergue amigable, a quien auiendo sentido nuestro Gerardo, cõ regozijado semblãte les salio al encuentrro; y auiendose recibido los vnos a los otros, y dadoles de el nueuo huesped cuenta, todos juntos con Gerardo, llegaron a saludarle, no con pequeño espanto de su mucha hermosura, y del peregrino adorno de su persona; y aun si và a dezir verdad, ninguno huuo dellos, que en aquel particular diesse, en quãto al origen de su venida, credito a Gerardo, antes teniendo a Clori por sospechosa en su amistad, alegre, y dissimuladamẽte, despues de auer cenado, les dexaron desembargada la cabaña. Mas siendo su malicio sa cortesia entendida de Gerardo, de nueuo les satisfizo con grandes juramentos, aunque no fue posible con Celio, ni los demas, el hazerlos boluer à la choza, en la qual aderezãdo Gerardo vn pobre lecho, pidio a Clori se recostasse en èl dando al cansado cuerpo algũ reposo. Mas no pudo alcançar dela triste dama hiziesse su ruego, cosa que no dexò de causarle harto disgusto; y assi perdida la esperança de que por su intercesion huuiesse en Clori mejor consuelo, siendo ya la noche muy entrada, cerca de ella, y vencido del blando, y apacible sueño, se quedò dormido, aunque no auria dos horas que Gerardo reposaua, quãdo representãdosele en la ligera fantasia el viuo trasunto, y presencia de la desdichada Iacinta, de la misma suerte que en su vltima despedida batallar la vio con las furiosas aguas, de tal manera el pesado sueño le atormentò el sentido, que fue bastante su desas-

sos

sosiego a despertarle, y tan sobresaltado, y lloroso, quanto de memorias tales, y tan tristes se podia prometer, y con la misma congoja, auiendose sentado en el humilde lecho, mirando por la apasionada Clori, la hallò menos, de que no pequeña turbacion llegò a su alma; y sospechando, si acaso temerosa de su honestidad, y del cumplimiento de su palabra, se huuiesse ocultado entre los vezinos arboles, salio muy apriessa de la cabaña en su busca, lleuando por armas, y defensa vn nudoso, y fuerte cayado. Mas apenas del pagizo retrete huuo salido, quando sintio passos de gente, que al parecer guiauan àzia las altas peñas, y nacimiento de la cristalina fuente, y enderezando Gerardo à aquella parte su camino, algo lexos determinò vn bulto, que iba baxàdo a largo passo a la profundidad de vn cerca no arroyo, a quien las mas caudalosas vertientes de toda aquella sierra pagauan su tributo, dandole casi nòbre de grandioso rio, con que estendiendo con mayor vigilancia la vista, ayudado de los rayos puros de la clara Luna, que a esta sazon muy hermosa, y resplandeciente caminaua, claramente conocio en los mugeriles arreos ser Clori la que en este punto al mismo viento se igualaua: y viendo, que aunque muchas vezes por su nombre la llamaua, no suspendia su curso, ni menos respondia: admirado sumamente Gerardo, apresurò sus pisadas, y rompiendo con veloz carrera las entrincadas ramas, y fragosa espesura, en vn instante la alcançò, llegando tan desapoderado, que sin poder repararse, atropellandola cõ el cuerpo, y nudoso cayado, ella, y èl juntos vinieron al suelo, y no pararan hasta las profundas aguas, si Gerardo viendose perdido, no se recobrara con marauilloso valor: y viendo que Clori, ni hablaua, ni bullia pie, ni mano, temeroso, y lastimado, de que su gran caida fuesse ocasion de su desacuerdo, tomandola en sus brazos diola buelta a la cabaña, adonde auiẽdola puesto sobre el lecho, y encendido lumbre con vnas secas teas, antes que la restante compañia con el repentino caso se alborotasse, procurò boluerla en su entero acuerdo; y quando enefeto lo hizo, y abriò los ojos, fue con tan grauissimos sulpiros, y ansias,

sias, y congojas, y con tan extraordinarios espantos, y assombros, que verdaderamente en el triste, y cansado espiritu de nuestro caualliero causò penosa turbacion, y sobresalto, ypareciendole sin duda nacer las razones ypalabras que a Clori oia, de algun desesperado pensamiento, con las mas dulces, y amorosas que su prudencia pudo representarle, procurò consolarla, hasta que la sin ventura dama, rendida del llorar, y cõtinua fatiga de su cuerpo, sujetò al blando sueño la delicada ceruiz, dando lugar a que lo mismo hiziesse el alterado Gerardo, aunque mas cuidadoso, y auisado que la primera vez.

Las dulces, y arpadas léguas del pintado gilguero, calandria, y filomena, con su ordinaria salua dauan a los humanos noticia cierta de la venida alegre del Sol, quando con sus diuinos rayos, ahuyentando las lobregas tinieblas de la noche, al bordar cõ su luz la choza de Gerardo, rompio de su dormir las suaues treguas, con que a la hermosa Clori le parecio dar buelta a su jornada, y despidiendose de Celio, y los demas pastores, acompanada del solitario caualliero, hasta poner la en el seguro, y verdadero camino de Celarina, salieron de la cauaña juntos, sin que (auiẽdo al puesto llegado) Clori le permitiesse passar mas adelãte, no sin muy grandes muestras de su noble coraçon: y viẽdo que Gerardo en yrla acompañando porfiaua, le pareciò aduertirle del conocido riesgo que de seguirla se le prometia, si de los que era forçoso venir de Seuilla en su alcance, y busca, fuesse acaso hallada en su compañia. Con que reconociẽdo Gerardo el sano auiso, satisfecho de su mucha desgracia y desventura, quiso, aunque muy contra su voluntad, admitirle, despidiendose con iguales lagrimas de la hermosa Clori, dexandola primero bien industriada en su corto, y breue camino, y dando la buelta al suyo, con tardos, y perezosos pies, en poco espacio se perdieron de vista, trayendo Gerardo la memoria tan ocupada en los tristes naufragios de la pobre dama, que los tomara de buena gana por propios, antes que auerselos oido, ni al presente verla ir sola, y sujeta a otros semejantes. Y yendo assi considerando en estos piadosos pensamiẽtos, de repente se

le

se vino à la imaginacion la espantosa, y notable fuga que auia querido hazer la passada noche, y la fuerça con que aore le auia obligado a desampa rar su compañia: todo lo qual reboluiẽdo en su noble pecho, y mucho mas la flaqueza, que en dexarla al presente, por ningun temor, ò respeto humano auia mostrado, fue tal el sentimiento que dello recibio, que cerrando a qualquiera inconueniente los ojos, se determinò a seguirla, hasta dexarla en el fin de su jornada: y boluiendo atràs con este delibertado intento, en vn punto llegò adõ de poco antes de Clori se auia despedido; y passando mas adelante, viendo, que en quanto la veloz vista alcançaua no parecia, cõ terrible pena de auerla perdido, pareciendole caso impossible auerse alexado tanto en tan breue termino, culpandose à si mismo, y mirando por la trillada senda con mas atencion, vio la pequeña estampa de los pies de Clori, y llenãdola por rastro, y guia de su viage, conocio que a pocò trecho, dexando la vereda, torcia su camino a vna espesura de altos, y fornidos robles, que cerca de vnas viejas, y antiguas paredes en medio de aquel sombrio valle se hazia, conque reboluiendo èl asimismo a aquella parte su camino, apenas para hazerlo mouio las plantas, quando començandose a cubrir de espesos, y escuros nublados el cielo, juntamente con ellos se leuantò vn tan furioso, y repentino viento, que soplando de àzia aquella misma parte, era su fuerça tanta, que casi no daua lugar al determinado Gerardo, a que por èl rompiesse. Mas no fue la subita, y espantosa borrasca bastante a que boluiesse atràs vn solo passo, antes animado de su resistencia, cõ nueuo valor, y no pequeño trabajo, y admiracio, llegò a las ruinas de aquel casar antiguo, adonde en vna de las mas baxas de sus assoladas paredes, cõ grande espãto hallò las ropas, y vestidos de la afligida Clori, sin faltar de lo q̃ puesto traia mas que la camisa; y no huuieron los ojos de Gerardo reconocido el miserable despojo, quando ocurriendo a ellos copiosos raudales de lagrimas, adiuinando el coraçon su desventura, queriẽdo leuantarlos al cielo, se le puso enmedio el desastrado, y desnudo cuerpo de la llorosa dama, q̃ a este mis-

mismo punto acabaua, con diabolico, y desesperado atreuimiento, de arrojarse de vna copossa encina, quedando al ayre suspendida con vna fuerte lazada, y nudo ciego; siruiendole de soga, y cañamo la misma faja de grana, con que ceñia, y apretaua los blandos, y nevados pechos.

O soberano Dios! dixo Gerardo, dando vna temerosa, y terrible voz, no permita tu poderosa mano, perdida que tãta sangre te costò; y ayudado del que tan afectuosamente auia llamado, cõ milagroso valor y ligereza, despidiendo el temeroso espanto de su coraçon, en dos saltos se puso al pie del funesto arbol, y con la misma presteza en su alta cima, adõde sacando de la cinta, y vaina vn agudo puñal de monte, de que ordinariamente andaua apercebido, la cortò el triste, y mortal nudo, cayendo Clori cõ las vltimas ansias en el verde prado, a quien baxando su venturoso restaurador, la hallo sin genero de vital aliento, trocado el cãdido, y rosado color de sus mexillas, en verdinegro, palido, y sangriento, y los hermosos, y rasgados ojos casi fuera del cristalino encaje de su lisa frente, enmarañadas, y rebueltas las madejas rubias de su dorado cabello, y el fino, y candido alabastro de su eburnea garganta, pecho, y manos, matizado de hinchadas, y azules venas, y al fin representando vn horrible, y lastimoso espectaculo, que prouocara à cõpassion y lastima a los duros, y empedernidos peñascos, insensibles plantas, y carniceras fieras, quanto y mas al tierno coraçõ de Gerardo, cuyas lagrimas, y suspiros, imitando a la leona fuerte, que con bramidos intẽta resucitar al hijo muerto, de tal suerte pretendian restaurar la vida de la desesperada Clori, que en esta hora andaua batallando cõ la enemiga parca, Mas apiadandose los cielos de su cautiua alma, no la permitieron cerrasse la mortal tixera, librandola su clemencia, y piedad de aquella eterna prision, y fuego irreparable, que para siempre le aguardaua.

De la suerte que he contado, y con tan justo sentimiẽto, hazia el lastimado Gerardo las funebres obsequias de la que ya tenia por cierta habitadora de los tristes, y lobregos palacios de Pluton, quando trocãdo sus lagrimas en alegria, y

con

contento abriò Clori los ojos, pidiendo cõ flaca, y debil voz misericordia al piadoso Dios, y a sus Angelicos ministros, in tercesion, y ayuda, dando de su dolor, y arrepentimiento verdaderas señales: y mas se acrecentò su fatiga, luego que conociò al autor de su remedio, que a esta sazon, auiẽdola ya traido sus ropas, la cubria, vistiendola con sus propias manos lo mejor que supo, a cuyos pies arrojandose Clori, auergonçada, y corrida del funesto caso, sin osar leuantar el rostro del suelo, estaua arrodillada, forçando a Gerardo a que hiziesse lo mismo: el qual viendola ya en todo su acuerdo, haziendola sossegar con apacible semblante, assi à las siguiẽtes, y Christianas razones diò principio.

Tienen mi alma, hermosa Clori, los presentes sucessos tã atribulada, y afligida, que estimo a sumo bien poder la lengua explicar lo menos que ella siente de vuestro desesperado atreuimiento, que quando le considero, estoy en puntos de persuadirme, à que ò no sois Christiana, ò dexais de ser hija de nobles padres: pues alo vno y lo otro juntamente contradize el caso espantoso, que aun atemoriza mis sentidos; y biẽ tengo por cierto, que de los vuestros estais desamparada, porque si alguno tuuierades, llana cosa es que no trocarades vn breue deshonor por la inmortal infamia: vn ligero disgusto, por los eternos males; y por las inmensas, è incomparables desventuras, vuestra leue passion. Por ventura, dezidme hermosa Clori, muriendo para siempre, restaurauase en algo vuestra honra? soldauase esta mengua? sacauase la mancha, que tanto llorais? ò al reues, y por los mismos filos, no veis que crece con vuestra infame muerte la deshonra vuestra, y de vuestro linage, para siglos sin fin irreparable? y lo q̃ mas deueis sentir, y suspirar el tiempo que viuieredes, es el cierto, y notorio peligro, en que vos misma tan à pique ospusistes de ir por vna eternidad desterrada dela presencia diuina, al infernal abismo, donde en inmortales llamas pagarades este graue, barbaro, y temerario pẽsamiento, siẽdo abrasada en ellas, sin tener aliuio, ni menos faltar vn solo instante en su fuerça, y vigor este tormento, de quien los cielos, compa-

de-

decidos de vuestra total ruina os han librado, bolued pues a ellos con interior, y humilde sentimiento, los llorosos, y lastimados ojos, dandoles de tan señalado beneficio justas gracias, y confiando en su misericordia, que dará à vuestros trabajos, y desaichas felize remedio, pues las mas graues, y de calidad le han tenido tan alegre, y dichoso. Y concluyendo su platica, y juntamente viẽdo que Clori su respuesta remitia à las lagrimas, que de sus ojos distilaua, le parecio no dar lugar a otro nueuo accidente, y siguiendo este parecer, rogandola se aliuiasse, y animandola con tiernas, y amorosas razones, siruiendole sus braços de arrimo, poco a poco prosiguieron el camino de Celarina, a la qual llegaron bien entrado el dia, con mas contento, y cõsuelo de Clori, del que en semejãte ocasion se podia esperar, y assi sin no auiendo hasta este punto hablado a Gerardo, con increible gozo de verse en el lugar de su amado tio, le dixo la dexasse en la primera casa, y que en el interin le diesse de su venida auiso, lo qual auiẽdo oido Gerardo, no le pareciẽdo por venir Clori en semejante forma) acertado acuerdo, se lo la obedeciò en dexarla a dõde de zia, y sin mas detenerse en Celarina, despedido de Clori, por el mismo camino que auia traido, se boluio a la cabaña.

No me parece que el temor que Gerardo tuuo de esperar la venida de Don Antonio (que assi su tio de Clori se llamaua) fue sin muy gran causa, porque si bien se aduierte, qualquiera podrà conocer el peligro de su compañia, porque aunque su voluntad era digna de eterno agradecimiento, para quien ignorante della se viesse, acompañando y na muger, cuyas partes podian hazerle sospechoso por tan solitarios lugares, y con la violencia de que ella para su venida se auia valido, cosa llana es, que assimismo dexaua el ser, ò no ser creido en contingencia, con que por ventura se diera a otro mayor desastre lugar; aunque no fue pequeño el que padecio en pago de los seruicios hechos a la gentil, y bizarra Clori. la qual auiendo hecho auisar a su tio, y señor de aquella Villa (q̃ ya por lo que luego sabreis, estaua informado del ausencia, y falta que de Sevilla auia hecho) cõ algunos de sus criados

vino, sin detenerse, adonde su sobrina le aguardaua, y abraçandola, con tierno sentimiento, disimulando el pesar de verla en tal estado, metiendose con ella en vn coche, juntamente se fueron al castillo de Cesarina, en cuya fortaleza, por mas acomodada, y fuldable, viuia entonces Don Antonio, adonde en llegando fuede la gallarda, y bizarra Nise su prima recibida, renouando en su vista con tan notable estremo sus lagrimas, y suspiros, que huuo de cansar en su tio no pequeña sospecha, de que sin duda le obligaua à tan extraordinario sentimiento otra diferente ocasion de la que ya a todos era biẽ notoria, y solo Clori ignoraua, aunque no queriendo por entonces afligir a la triste dama, dilatò el saber la causa de su llanto para mejor coyuntura, escusando assimismo el darla cuenta del successo desastrado q̃ tuuo en Seuilla la ocasion de tantas desventuras, la misma noche que su atrevimiento la sacò de aquella ciudad, en la qual si se os acuerda, dexamos al zeloso, y colerico Don Enrique, que auiendo encerrado en su aposento a Clori, temeroso de que su deshonra quedasse sin vengança por dilacion del tiempo, determinando en su irritado pensamiento el fin breue de su adultera esposa, y hallandola, de su cercana muerte bien descuidada, recostada en su estrado, quedandose con ella solo, sin ser oido, ni visto de criado alguno, tapandole primero con vn lieço la boca, juntamente con dos penetrãtes puñaladas, la dexò sin aliento, y con el mismo secreto, poniẽdola encima de su cama, y tirando las cortinas de ella, mandò recoger la restante familia, y fingiendo hazer èl lo mismo, acompañado de vn valiente esclauo, de quien mucho se fiaua, salio a la calle, dexando primero de la ventana de su quadra abierto vn pequeño postigo, que este era, segũ Clori le auia informado, el verdadero contrasẽo, que la difunta dama tenia dado a su descuidado amante las noches que auia lugar de verse, por cierta puerta falsa, de quien estaua assimismo prouenido de vna hechiza llaue: y no passarõ muchas horas, que su desdicha y la seña, le truxeron al seguro concierto, ignorante del miserable successo de su dama. Mas apenas quiso poner en execu-

cion

cion su amorosa entrada, quando se hallò salteado del ofendido Don Enrique, y su esclauo, à los quales por auer estado encubiertos, no auia visto hasta este punto, que sin poder valerse, ni menos (porque no le dieron tanto lugar) ponerse en defensa, abraçandose el fuerte esclauo del, pudo Dõ Enrique vengarse bien à su voluntad, dexandole en el mismo trance y estado que à su esposa, y con la misma breuedad, dando (para dissimular el caso) vna buelta a la calle, queriendo entrarse en su posada, vieron las sabanas colgadas de la ventana por donde Clori auia salido, cõ que acelerando mas el passo, llegando a su aposento, y hallandola menos, cõ igual pena a la que su coraçon afligia, pareciendole, que ya su hecho no podia dexar de descubrirse cõ la fuga de su sobrina, auiendo primero embiado por diuersas partes en su busca, y tomando las joyas, y lo mejor de sus riquezas, en fendos caualios salio con su esclauo la buelta de Portugal, y con tanta diligencia, que aunque fuerõ grandes las que en prenderle se hizieró el siguiente dia, fueron por demas, como assimismo tuuieron igual efeto las que hizieron los criados que andauan en busca de Clori, que destos fue de quien Don Antonio auia sido auisado. El qual en esta sazon, dexandola en compañia de su hermosa hija, y yendo a la casa adonde auia parado, se informo de la suerte que con Gerardo auia venido, y del habito de pintadas pieles, que traia vestido; procurando Nise en el entretanto, y con el mismo deseo, entender de su prima la forma de su venida, la qual la satisfizo tan por entero, que sin zelarle la afrentosa desdicha de su deshonra, solamẽte guardò en su pecho el horrible, y desesperado atreuimiento de que ya teneis noticia. No hablaron las dos primas estas cosas con tanto recato, como su grauedad requeria, pues inaduertidamente, sin reparar en èl se hallò presente vn pequeño page, de quien al punto que boluio Don Antonio, fue largamente del lamentable caso informado, y con tan exorbitãte dolor, que priuado con su passion del justo, y razonable discurso, y sin aguardar a mas enterarse de Clori, se persuadio a que sin duda fuesse el agressor de su fuerça, el mismo q̃ alli la

auia traido, con que ciego de colera, y enojo, y acompañado de muchos criados en ligeros caualos salio en su seguimiento, corriendo en vn instante por diferentes sendas, y caminos toda aquella tierra, llenando todos bien en la memoria las señales de Gerardo, a quien alcançaron cerca de la cauaña: y milagrosamente en este encuentro le librò Dios de que no fuesse hecho pedazos, segun iban indignados, y furiosos los que le seguian, de que quedò fuera de si el pobre caualiero, que ya temiendo su peligro a vozes, les pedia se detuuiessen, y no le matassen: lo qual aunq̃ no lo pusieron por obra, fue por demas el dexarle de maniatar con muy recias cuerdas, q̃ que sus peticiones, y ruegos fuessen bastantes a que siquiera le dixessen la ocasion de su ira, que ya èl adiuinaua, y brevemente tuuo por cierta, quando se vio boluer a Cesarina: hallando la villa tan alborotada, q̃ verdaderamẽte parecia vn dia de juizio: y auiendo passado por enmedio de la turba, y tropel, que con injurias, y denuestos le auiã recibido, llegaron al castillo, y fortaleza, adõde sin quererle D. Antonio oir su inocencia, ni menos escusar las razones que en su disculpa Glori alegaua, entendiẽdo, que por saluarle las dezia, a sus ojos, y con igual sentimiẽto de la gallarda Nise, que del caso la verdad sabia, le mandò encerrar en vna fuerte torre, adonde podrà el que estos renglones leyere, entender si con justa causa podia Gerardo tenerse por sumamente infelize.

Aqui estuuo el dia siguiẽte, y parte de la tenebrosa noche, tan congojado, y triste, quanto en sus mas graues, y passadas desventuras, nunca se auia visto; y aun me atreuo a afirmar, que no era menor sentimiento el de las dos hermosas primas: porque reconociendo Glori, que por su causa estaua puesto Gerardo en tan peligroso estado, sus lagrimas, y suspiros erã tantas, y el dolor de su coraçon tan crecido, quanto el deuido, y justo agradecimiento la obligaua, sin poder hallar algun cõsuelo en quien le auia de tener, que era la bizarra, y gẽtil Nise, la qual regida de otro particular accidente, no sentia como agenas las penas, y disgustos de Gerardo, antes haziendolas cosa propia, aficionada del noble, y generoso proceder, que

con

con su prima auia vsado, mas que de las partes de su persona, que aun no auia visto hasta entonces, ni conocido, la acompañaua en su doloroso llanto, y con tan tierno coraçon, quanto dispuesto a no dexarle perecer; y assi diziendole a Clori, que la siguiesse, y dandola de su intento cuenta, entrò en el aposento, y quadra, adonde su padre acostado reposaua, y tomandole las llaues de la prisiõ, que en su poder tenia, apercebidas de algunos regalos cõuenientes a la necessidad del cautiuo cauallero, se fueron a la torre, y auiendo con singular silencio abierto las puertas, queriendo las determinadas, y hermosas damas entrar dentro, reconociendo la inaduertencia con que auian sin luz venido, para alumbrarse, fue forçoso que Clori diesse buelta por ella, y en el entretanto, abriendola para esperarla, sentadose Nise, oyò, que entre sus piros tristes graues, y lastimosas ansias, al son espantoso de vna grueßa cadena, en que Gerardo estaua amarrado, cõ sorda, aunque sabrosa consonancia, salia su voz, acompañando a los siguientes versos.

*De libertad al rio, que murmura*
*Del duro inuierno que le tuuo preso,*
*Y en vna, y otra margen dexa impresso*
*Abril su rostro de esmeralda pura.*
*Dexa la fiera ya su gruta esserra,*
*Y su escamoso trage en el mas grueßo*
*Tronco la serpe, y con mayor exceßo*
*Huir al ciervo vencedor procura.*
*Alterna el Ruy señor con saña noble*
*Quexas alegres del cuñado impio,*
*Cuyo estrago jamas pudo vengallo.*
*Todos su mal aliuian, solo el mio,*
*Con el placerse aumenta, y crece al doble;*
*Y assi busco el pesar, y en mi le hallo.*

Con tierno llãto escuchaua la amorosa Nise las tristes quexas del cautiuo Gerardo, quãdo la afligida Clori llegò con vna vela, y assi cerrandose tras si las puertas, baxaron adonde lamentando sus desdichas estaua nuestro aprisionado

caualiero; que quando de tal suerte las vio venir, leuantandose como mejor pudo, y admirado de la estremada belleza de Nise, y no menos de su atreuimiento, sospechãdo, que Clori huuiesse a su venida dado ocasion, buelto a ella le dixo desta suerte.

Nunca en el confuso mar de los presentes infortunios, graciosa Clori, ha podido persuadirse mi alma a que en vuestro poder, y viuiendo vos ha de llegar el vltimo; y mas teniendo vna tal protectora como la que os acompaña, en cuyo valor confio tendrà mi vida seguro puerto; solo agora os suplico gusteis de dezirme la causa desta prision, que si como sospecho es aueros seruido, aunque se eternize, la darè por justa, y bien empleada. No apartaua la hermosa Nise sus rasgados ojos de los de Gerardo vn solo instante, mientras que a Clori hablando estaua las passadas razones; y con tanta violencia sintiò a la de Gerardo rẽdida su libre voluntad, que sin reparar en tan grandes inconuenientes, como del no conocerle (incertidumbre de su libertad, y paradero, y fin de aquellas cosas) se seguian, atropellando su honor, y reputacion, se dispuso a arriesgar del todo por èl mil vezes su vida, y con este amoroso, y aficionado pensamiẽto, tomando de Clori licencia para responderle, lo hizo en esta forma. Hannos obligado tãto vuestras buenas obras, y el noble, y cortesano proceder, con que las aueis dispuesto, que os certifico de mi parte, y de la de mi prima, que a no esperar en el presente caso por vuestra clara inocẽcia buẽ sucesso, esta noche os pusieramos en libertad, aunque alguna de nosotras, por darosla, quedara muy sin ella: mas forçosamente os avreis de sufrir, hasta que su tio, y mi padre mas desapassionado dè lugar a vuestra disculpa, y a enterarse en la infalible verdad destos negocios: porque solo la sospecha de que sois quien a mi prima ha hecho tan cruel afrenta, le ha mouido a poneros en tal aprieto, por lo qual encarecidamente os ruego, no os aflixais, ni menos recibais la pena, y dolor de que yo, mientras en tal estado estuuieredes, no podrè escusarme; y con esto auiendo hablado le assimismo la bella Clori, le pidieron comiesse de lo que le auian traido,

do, y dexandole la luz, y con mas gusto del que en tales lugares podia prometerse, temiendo con su dilacion ser sentidas, dieron la buelta, quedando de su agradable visita Gerardo con nueuo agradecimiento, la qual tambien tuuo las dos siguientes noches, passando entre èl, y la diuina Nise amorosissimas, y no menos discretas razones, sin que las muchas q̃ en todo este tiempo propusieron las dos gentiles damas al enojado Dõ Antonio, pudiessen ser bastantes a persuadirle en la cierta verdad de su inocencia, antes a mas colera, y furia le incitauan; mientras en Clori via aficion, y deseo de librarle, y determinado a hazer del justicia, comunicando su parecer con el juez que tenia señalado en Cesarina, de acuerdo de entrambos, y por no estenderse su jurisdicion a mas, por el poco paño de sus indicios, le condenaron a tormento, para el qual le sacaron al quarto dia de su prision; y poniendole los crueles, y espantosos artificios delante, auiendole hecho primero los acostubrados requirimientos, y notificandole cõ fessasse llanamente la verdad de lo que se la imputaua, visto que su pretension no tenia remedio, començaron a desnudarle: que quando a las hermosas damas llegaron estas nueuas, fue tan terrible el dolor q̃ sintieron, y principalmente Nise, que casi se vio en puntos de hazer configo vn desesperado castigo, por la culpa que ya se atribuia del nueuo torméto de Gerardo, por auerle estoruado su libertad, y con tan lastimosa imaginaciõ eran las lagrimas que derramaua, y su prima vertia, acompañadas de tan excessiuo dolor, que si dezirse permite, qualquiera dellas igualaua al sentimiento de la pena, con que a esta hora el afligido cauallero estaua esperando por puntos verse hecho pedazos de vn sangriento y desapiadado verdugo. Mas en esta sazon atajò su execuciõ cruel la breue, y no pẽsada venida de D. Enrique, el qual auiendo luego como a la villa llegò informadose de lo que en el castillo passaua, queriẽdo llegar a tiempo, q̃ tal injusticia se estoruasse, como quiera que èl mejor que otro alguno sabia estar inocente Gerardo, por lo que aora entẽdereis, se dio tan buena priessa, que auiendo

llegado a la presẽcia de su hermano, y en su compañia el esclauo, que otro hombre traia consigo maniatado, abraçandose el vno al otro con tiernas lagrimas, sin tratar por entonces de otra cosa, mandò llamar a su sobrina Clori, la qual aunque temblando, apadrinada de la hermosa Nise, huuo de salir, arrojandose a sus pies. Dexo de dezir por la dilaciõ que pretendo escusar en este discurso, el de su recebimiento, y juntamente las lagrimas, y sentimiento, con que de todos fue solẽnizado, en cuyo progresso, auiendo Clori leuantado los ojos àzia la parte donde el esclauo estaua con el hombre que he dicho, apenas su rostro, y talle vio, quando al mismo punto le reconocio por el autor infame de su deshonra, con que sin poder para mas secreta ocasion reseruar la muestra, y señal verdadera de su rabioso sẽtimiento, dando tristes, y dolorosos gemidos, quiso arremeter para èl, si su amado tio, que entre sus braços la tenia, no suspendiera su justa colera, escusando para mejor castigo la vengança, que por su detestable, y enorme culpa merecia el miserable reo, a la qual su pecado, y los justos cielos le traxeron por el camino que el pretendia, alexandose de Sevilla, acercarse al Reyno de Portugal, que este era el mismo, que si os acordais, proseguia el ofendido, y bien satisfecho Don Enrique, acompañado juntamente de su esclauo, a quien auiendo este bestial, y cruel hombre encontrado, cerca del inculto (aunque famoso rio) que a los dos Reynos diuide; y pareciendole Don Enrique persona de valor, y quien mejor en aquella ocasion podria suplir su necessidad, sin mas acuerdo, se determinò a venderle algunas de las preciosas joyas, que a la burlada Clori auia quitado; y assi con este pensamiento, poniẽdoselas delante, y rogãdoles se detuuiessen, propuso assimismo a Don Enrique su platica, concluyendola con dezirle, que auerle faltado dineros, le obligaua a venderle algunas cosas de precio, y estima, si de su compra fuesse seruido: àcuyas razones, auiendo estado bien atento, y deseoso del buen lance, que assi por el mercader, como por la ocasion se prometia, respondiò Don Enrique, desuerte, que satisfecho de su voluntad,

tad, sin dilacion alguna el traidor hizo muestra, y alarde de vna esmaltada, y aljofarada gargantilla de oro, y dos bien labrados, y vistosos çarzillos, orleados de algunas ricas esmeraldas, finos, y nacarados rubies, y otras pieças de notable y sutil labor, que sin mas cõtraste, peso, testigos, ò informacion, al instante, no sin falta de confusion, y espanto, conocio por de su amada Clori; y tanto le apretò el interior tormento del presente caso, que sospechando por infalible, y cierta su temprana muerte, la qual aquel hombre por burlarla, y robarla se la avria dado; sin hablarle, ò inquirir de su pecho mas legitima verdad, dando al ligero cauallo vn espãtoso grito, y apretãdole con acelerada furia entrambos azicates, sin que el traidor alcue pudiesse desviarse, le atropellò con los pechos del cauallo, dando con el de espaldas en el suelo, y cõ la misma presteza, boluiendo las riendas, passò segunda vez por encima, dexandole tan atormentado, y herido, que no fue poderoso a mouer mas pie, ni mano, que quando el tal le vio, no queriendo, hasta saber adonde dexaua a Clori muerta, ò viua, acabarle de matar, mandò al esclauo (que sulpẽso estas cosas miraua) se apeasse, y fuertemente le ataste pies, y manos, y con esto saliendose del camino Real, algo emboscados entre vnos altos, y espesos encinares, amenazandole con la cruel, y espantosa muerte, de que escapar no se podia, le preguntò por el perdido dueño de aquellas joyas: a todo lo qual, auiendo el timido, y atormentado hombre con la verdad passada satisfecho, entendiendo Don Enrique de sus razones, como assimismo Clori le auia dicho, el viage quede Cesarina llevaua, sin detenerse con èl vn pensamiento, mas tomandole por su mandado el valiente esclauo en el traues de la silla de su cauallo, dieron con veloz passo la buelta a Cesarina, y con tanto cuidado, y voluntad de Don Enrique, por ver si hallaua en ella su querida Clori, que en tres dias llegaron a su vista, adonde como aueis oido, pudo escusar la sinrazon tan grande, q̃ con Gerardo queria hazer Don Antonio, el qual defengañado cõ el original verdadero deste delito, tuuo por bien de que el dedichado caballero fuesse absuelto

de

de su injusta acumulacion, de cuya merced, y beneficio, dando al cielo Gerardo humildes gracias, tomando de Clori primero licencia, y à vna parte de la quadra a los dos tios, les dio, sin reseruar cosa alguna, entera noticia del espantoso, y peregrino sucesso, que con ella en aquel solitario valle le auia passado, pidiendoles al fin, y remate de su platica tratassen con la integridad, y pureza que dellos, y de su amor se esperaua, el remedio tan importante de su sobrina, de quien auia entendido por cierta voluntad, deseaua acabar en santa Religion, y clausura.

Que quando los queridos hermanos tales cosas huuieron entendido, reconociendo lo mucho que à Gerardo deuian, y lo mal que se lo auian pagado, con nobles, y enternecidas lagrimas, abraçandole a porfia estrechamente le pidieron perdon, haziendo Clori lo mismo, como quien mas de su daño deuia lastimarse; assi auiendo en el interin que esto passaua mandado encerrar al agressor de su afrenta en la fuerte torre de Gerardo, de adõde dẽtro de dos dias fue sacado cõ inviolable secreto para la sepultura: siendo hora de comer, con igual gusto, y cõtento de todos, y en especial de la hermosa Nise, se sentaron a las mesas, dando el mejor assiento dellas al disfraçado cauallero, no siendo su porfia poderosa à vencer la que en este proceder cortesano mostraron los nobles, y agradecidos hermanos, de quien assi en el discurso de la comida, como despues de auerla concluido, fue Gerardo sumamente, y con encarecidas razones importunado, para que se quedasse en su compañia, dexando por entonces la de los rusticos, y agrestes pastores, campos, y florestas, ayudãdo a estos ruegos la agraciada Nise, con tantas veras, que huuo de contrastar con su noble, y amorosa cortesia, la firme voluntad del solitario cauallero: y assi tanto obligado de sus razones, quanto satisfecho de que la infelicidad de su suerte, aun a las mas humildes, y consagradas seluas, no respetaua, aceptò la merced que le ofrecian, dando desde este punto principio lamentable al tercero tragico, y vltimo discurso desta historia.

Con general aplauso, y regozijo dẽ Don Antonio, y su hermano

mano, Clori, y Niſe, fue admitido el agradable, y deſeado hoſpedaje de Gerardo, el qual por guſto deſtos caualleros, que ſin conocimiẽto de ſu perſona, en lo miſmo que era la reputauã, huuo de trocar el paſtoril, y monteſino traje, boluiendo a ſu natural, y verdadero adorno, acrecentando con las nueuas galas la encendida voluntad, y aficiõ de la hermoſa, y gallarda Niſe, cuyo padre haziendo con èl iguales mueſtras, juntamente mandaua ſe le acudieſſe con prodiga volũtad de todo lo neceſſario, aunque las ventajas conq̃ ſiempre acudio a ſu regalo la aficionada ſeñora, erã muy notorias, y conocidas de Gerardo; bien que darſe por entendido de tal obligacion, no le pareciò juſto, mientras la de ſu eſtimaciõ viuieſſe en ſu agradecido animo, anteponiẽdo las de D. Antonio a ſu propio guſto, aũque de quien con tanto amor era querido, fueſſe juzgada eſta correſpondencia por ingratitud.

Eſte leal, y honrado proceder de Gerardo causò en la ciega, y enamorada Niſe vna mortal, y vehemẽte ſoſpecha, de q̃ ſin duda la deſdichada Clori, ſiendo archiuo del coraçon de ſu amante, era tambien la ocaſiõ de ſu diſsimulo, que ya ella no reputaua, ſino por deſprecio, y deſden; con que ſin mas ciertas ſeñales, apenas eſte zeloſo penſamiento fue engendrado en ſu abraſado pecho, quando ſintiendoſe abraſar de ſus rabioſas llamas, precipitada en ſu acuerdo, y parecer, y del todo aſſegurãdo ſu zeloſiſſima ſoſpecha, ſe determinò à hazer de ſu engañada imaginaciõ ſabidor a Gerardo, q̃ como tengo dicho, de ſemejante empleo procuraua deſterrar ſu voluntad, diſpueſto a ſer primero verdugo de ſu vida, q̃ de la reputaciõ; y aſsi eſcuſaua el encuentro de Niſe, por todos los modos à èl poſsibles, pero tantos fueron los que ſe le ofrecian à cada paſſo por ella, que al fin ſu pertinaz, y conſtante deſeo huuo de vencerle en parte, y ocaſion tan forçoſa, quanto diſpueſta à declararſe, ayudando Niſe, ſu diſcreciõ, y prudencia con la traça de vn entretenido, y artificioſo juego, que vulgarmente llamamos de ſecretos, ò propoſitos, tã ordinario como general, particularmente entre tan apacible compañia, como la que ſe hallò jũta, vna ſerena, y clara noche,

despues de dos largos meses, que en estos amorosos desvios gastaua en Cesarina nuestro Gerardo el enojoso tiempo de el frio, y procelloso invierno, en cuyo discurso, auiendo partidose Don Enrique con seguro acuerdo a presentarse en la Corte (que ya en esta coyuntura auia dias, que por gusto vniuersal de sus Magestades, Grãdes, Titulos, y Consejeros, se auia buelto a su antiguo, y mejorado assiento, noble, y generosa villa de Madrid, tuuo por bien Gerardo, dandose a conocer, escriuir, juntamente con tan cierto mensajero, a su querido hermano Leoncio, haziẽdole con particular, y exagerada cuenta, sabidor de sus trabajos, y desdichas; que no fue esta nueua para èl de menos consuelo, y alegria, que la que en nuestro primer discurso causò el hallarle viuo, quando a vengarle muerto vino a la grã Segouia; siendo deste fraternal regozijo el que mas participò Don Enrique, a cuyos negocios (queriendo serle agradecido tanto por el hospedaje de su hermano, quanto por su nobleza) acudio Leoncio, y con tantas veras, y voluntad, que en breues dias, aunque con mucha resistencia, le sacò libre; adonde los dexaremos, en tanto, que prosiguiendo el intẽto referido de nuestro juego, haze el tierno rapazillo amor, discreto alarde del blando, y dulce fuego, con que la hermosa Nise se abrasaua, la qual auiendo de proposito forjado el juego de su nombre, poniendo à Gerardo entre Clori, y su persona, y por la misma orden otras tres hermosas donzellas, y criadas suyas, la mas alegre que nunca estuuo, viendose tan vezina al dueño de su alma, buelta àzia èl, y encomendando en baxa, y tierna voz a sus oidos el proposito, dio principio al agradable entretenimiẽto, discurriendo en èl Gerardo, y Clori, y consecutiuamente la demas compañia; y auiendo dado por todos igual buelta, tornò la vez a la graciosa Nise, que reuelando en voz alta su secreto, de aquesta suerte le dispuso.

*Si mi proposito firme*
*Mudare, matome amor.*

Y Gerardo con gentil desembolturа, assimismo la respondiò desta manera.

*Y a mi su fuego, y rigor,*
*Si tal parecer confirme.*

Y con semblante, aunque fuera de su costumbre, alegre, y risueño, prosiguiendo la bella Clori, dixo los siguientes versos

*Quien es desagradecido,*
*Que pena, y dolor merece?*

A que la primera donzella, concluyendo assi la Castellana, respondiò.

*Aquella que siempre ofrece*
*Vn desden, zelos, y olvido.*

Y algo mas piadosa, la segunda riendose, dixo:

*Grauemente avrá pecado*
*Contra amor, quien sentenciais.*

Y respondiendo la tercera, concluyeron el tercer proposito desta suerte.

*Nunca señora boluais*
*Por quien aborrece amado.*

Bien reconocio Gerardo, quan apelo, y medida de su condicion se auia trazado el ingenioso juego. Mas viendo que para la segunda suerte se apareja ua su apassionada señora, dando la grato oido, dexò el discurrir de su pensamiento por entonces, atendiendo al segundo proposito, que auiendo, como la vez passada, dado buelta, huuo la gentil Nise de començarle, diziendo:

*Con amor, fee, y esperança,*
*Se alcançará vuestra gloria,*

A que el escarmentado Gerardo respondio.

*Està muy en la memoria*
*Vna sangrienta mudança.*

Y Clori, que bien los entendio, discurrio diziendo:

*No todos los puertos son*
*De seguridad agenos.*

Y la primera donzella por respuesta;

*Yo tengo por los mas buenos*
*La voluntad, y ocasion.*

Y la seguuda prosiguiendo, dixo;

*Yo sè quien de los cabellos*
*Cautiua, a soltarla viene.*

A que replicando la tercera, concluyò, como primero el juego, con estos dos versos.

*Esse su muerte preuiene,*
*Como Absalon, preso dellos.*

Y no dando lugar à que su entretenimiento cessasse quien solia, auiendo su intento primero discurrido por todos, boluio assi à dezir:

*Martir serà mi deseo,*
*Y del mi amor homicida.*

Y Gerardo respondiendo con su acostumbrado despejo, dixo:

*Sealo de aquesta vida,*
*Si en la mas constante creo.*

Y luego la bizarra Clori:

*En essa misma opinion*
*Los hombres conmigo viuen.*

Respondio la primera doncella por su orden:

*Y mas si acaso conciben*
*En nosotras aficion.*

A que la segunda, satisfecha de su parecer, con alegre rostro replicò desta suerte:

*El remedio està en la mano,*
*No dandosela à entender.*

Y prosiguiendo la tercera el proposito, le diò el fin con el desta Castellana:

*Para encubrir vn querer,*
*Como avrà remedio humano?*

Pues desta suerte que he dicho y con el mismo entretenimiento gastaron la mayor parte de la noche, en cuyo discurso passaron entre Nise, y Gerardo, supuesto el velo, y artificio del ingenioso juego, en el de su amor, y desdien notables cosas, siguiendo ella su aficionado pẽsamiento, mas segura, y menos zelosa de su prima, y èl su escarmentado parecer, con tãto disgusto, y pesar de Nise, quãto el verse tratar con tan libre descuido podia causarle, sin q̃ alivio, ò consuelo tuuiesse en mu-

muchos dias, ni aun ocasion para hazer entender à Gerardo su nueuo sentimiento; y en este tiempo, auiendo Clori apretado a su tio D. Antonio en su santa, y Christiana determinacion, no sin lagrimas de su prima, que cõ extraordinario desconsuelo su soledad sentia, fue lleuada à vn Conuento de Mõjas a la gran Seuilla, en cuyo viage huuo nuestro Gerardo de acompañarla, juntamente con su amado tio; y antes que a Cesarina boluiesse, llegò à sus oidos la deseada, y no menos bien recibida nueua de la libertad de Dõ Enrique, escrita por el noble Leõcio, el qual assimismo con èl se aparejaua para dar buelta al Andaluzia, forçado tanto del deseo de su hermano Gerardo, quanto de mostrar a los dos caualleros el justo agradecimiento, que por su noble hospedaje les deuia: con que sin mas quererse detener en Seuilla, partio al punto, Don Antonio a su castillo, con pensamiento de preuenirles vn regozijado recibimiento, y cõ el propio intento, de pareceer de entrambos, huuo Gerardo de quedarse en la ciudad, para acudir desde ella algunas cosas conuenientes, y necessarias a las fiestas que ordenauan: todo lo qual auiendo puesto por obra; y assimismo dexãdo apercebidos a algunos deudos de D. Antonio, y citados a otros muchos amigos, para que en siendo auisados acudiessen como mejor les pareciesse a Cesarina, dio para ella la buelta, saliendose vna tarde puesto el Sol de la populosa ciudad, y apenas huuo desus muros veinte passos apartadose, quando llegandose de través quatro hombres, y el vno trauando de las riendas al quartago en que Gerardo caminaua, los demas le dixerõ se apeasse, dandole a entender ser sobreguardas, y alguaziles de las ricas aduanas, que alli su Magestad tiene, con que oyẽdo lo que se le mandaua, en vn pensamiento dexò la silla, dando con esto lugar a que empeçassen à desvalijar portamanteo, coginetes, y maleta, diziẽdo, que querian ver lo que dentro iba, para lo qual era forçoso el darles la llaue, que como ignorante de tal costumbre, anduuo no poco remiso en entregarla. Mas pareciendole precisa obligacion, no queriẽdo con ellos venir a las manos, aunq̃ de su jurisdicion estaua bien ocupado,

començò a desabrocharse la ropilla, descubriendo vna hermosa cadena de oro, de cuyas buelta s la llaue traia pendiente, cosa que a los que lo mirauan, causó no pequeña codicia; y assi le dixeron, que se la quitasse tambien; y esto con tan soberuio estilo, libres razones, y proceder, q̃ totalmẽte al buen caualler o le obligó su vexacion, y supercheria, a que sin reparar en la mucha ventaja que le tenian, y en lo que representauan, retirádose dos, ò tres passos, no aguardando a que mas cala, y cata hiziessen de su ropa, remitio a la espada, y a sus manos el castigo de su insolente desverguença; aunque como los contrarios eran quatro, y apercebidos de la suerte que suelen semejantes ministros, la vida de Gerardo corria notable riesgo. Todo esto, y quanto desde el principio auia passado, minaua vn poco desviado de la refriega vn mancebo de gallarda, y no menos valerosa presencia, como lo dio con harta breuedad, y satisfacion a entender a Gerardo, cuya demasiada razon, y justicia conociẽdo, y lo mal que lo iba passando, no esperando a que peor le sucediesse, en desaltos se puso a su lado, y terciando con notable gallardia la capa al braço, y en la diestra su espada, de tal suerte se animo Gerardo con su ayuda, que cõ nueuo aliento, aunque cansado, y herido, viendo al valiẽte amigo, que como otro Alcides entre las guardas se reboluia, cobrando lo perdido, y el animo so lado, y fauor que se le ofrecia, en vn punto los desbarataron, dexando parte mal heridos, y parte mostrandoles las herraduras, y pidiendo a grandes vozes fauor, y ayuda; que como esto no pudiesse tardar, y el recien venido lo entendiesse, haziendo a Gerardo embainar la espada, y tomando el caballo con lo que en el venia por las riendas, le dixo le siguiesse, y con tanta presteza, que aunque en su alcance se lle nò en vn instante todo aquel campo de innumerable gente, ya ellos se auian puesto en cobro, atrauesando por la torre del Oro el famoso rio en vn ligero barco, de los muchos que ay en aquel passaje, y ribera, yendo Gerardo tan contẽto, y agradecido, que aunque huuiera perdido quanto lleuaua, que no era de poca estima, y valor, lo diera por biẽ empleado,

do, por auer grangeado vn tal amigo, y assi viendo que ya estauã algo alexados los dos del nombrado arrabal de Triana, y en lugar mas seguro, no aguardando à passar adelante, le ciñò al cuello los agradecidos braços, diziendo con alegre semblante: Por cierto gentil, y valeroso cauallero, que puedo oy con verdad preciarme de que tẽgo entre mis braços los de mas noble valor, que mis ojos han visto, y a quien con justissima razon deuo eternamente seruir; y assi os ruego, y con todo encarecimiento supli co me digais quien sois, para q̃ yo sin esta ignorancia sepa a quien deuo agradecer la vida que sustento. No merece la volũtad que à vuestra persona he mostrado, respondio el valiente mancebo, que con tan exagerada, y conocida lisonja que rais engrandecer mi pequeño seruicio, tan propio de mi condicion, quanto si tuuierades de mi proceder mayor conocimiento lo echarades de ver, porque siendo ordinaria cosa en mi animo el acudir a semejantes sinrazones, no deueis agradecer lo que por vos he hecho; antes estimarè, dexando esto a vna parte, que sin proseguir el camino començado, y cõ tan ruin azar, os boluais cõmigo adonde en vna pobre posada, que en esta ciudad tẽgo, sereis regalado, y seruido. Y cõ esto, viendo q̃ el rostro de Gerardo estaua lleno de sangre, pareciendole, que mal herido estuuiesse, le apretò mas en el cumplimiẽto de su ruego; y no se engañaua, porque de la passada pendẽcia auia sacado Gerardo vna herida en la cabeça, de la qual salia a esta sazon demasiada sangre, sintiẽdose por su falta algun tanto indispuesto, cõ que le fue forçoso el admitir el noble, y apacible hospedaje del valiente amigo, cõ quien despues de auerle dado con discretas razones las gracias, dio la buelta a la ciudad, y a su morada, adonde de vna hermosa, y gallarda dama, que despues entendio Gerardo ser dichoso empleo de su amigo, fue recibido, y acostado en vna rica, y olorosa cama, siendo jũtamente curado, y con tanto amor, y regalo, como pudiera serlo en las casas, y poder de su querida, y ausente madre.

Aqui estuuo Gerardo quinze dias, y en este tiempo auiendo conocido en su nueuo amigo, pecho, y satisfacion para

poderle descubrir sus passados desastres, y desdichas, auiéndo sido dèl muy importunado, le dio larga, y estrecha cuenta dellas, combidandole cõ la lisura, y sencillez de su volũtad, a que Arsenio (que assi el valeroso compañero se llamaua) hiziesse con èl alarde de su vida, y sucessos tan peregrinos, y venturosos, quãto si permitido fuera el escriuirlos al tragico discurso de mi historia, pareciera no menos apacible, q̃ funebre, y lastimosa. Mas como mi principal pretension sea no desviar del començado intento estos rẽglones, avrà el letor curioso de disculparmi pereza y remission, satisfaciendose cõ saber, que lo menos de las excelentes partes de Arsenio era ser cauallero nobilissimo de la singular, y famosa casa de los Duques de Estrada, Illustrissimo solar de las antiguas montañas; y sin estos adquisitos, prudente, animoso, y de sutil, y gallardo ingenio, el qual por varios casos, golpes, y baibenes de la mudable rueda, viuia ageno de su natural, y casi tan encubierto, como hasta entonces auia estado Gerardo, fauoreciendo sus buenas partes vno de los mayores Principes de la antigua Vandalia. Pues auiendo trauado Gerardo, y el valeroso Arsenio firme, y estrecha amistad, comunicada su assistencia en Cesarina, y las futuras fiestas q̃ en ella se aparejauan, y juntamente la pena cõ que de su ausencia estaria Don Antonio, aũque ya del repentino sucesso le auia auisado, sintiendose Gerardo dispuesto para caminar, muy triste, por apartarse de su amigo, huuo de partirse, despidiẽdose primero de la bella Amaranta, q̃ este era el nombre de la dama de Arsenio: el qual saliendo con èl vna gran milla, con grandes protestaciones de cõtinuar su correspondencia, diola buelta a la ciudad, y Gerardo, adonde era bien deseado, principalmẽte de aquella hermosissima, y desdeñada Nise.

A quatro dias como Gerardo entrò en Cesarina, llegarõ assimismo D. Enrique, y Leõcio, en cuyas regozijadas, y alegres vistas, estuuo jũto, y cifrado el puro, verdadero, y fraternal amor destos caualleros, y hermanos, y cõ mas particular, y exquisita demonstracion en los coraçones de Leoncio y Gerardo, el qual prosiguiendo el intento de sus fiestas, con ge-

general aplauso, y contento de todos, acompañado de Leoncio, y de otros muchos caualleros, y amigos, que en semejantes alegrias quisieron hallarse, viniẽdo àellas de diuersas partes, adonde la fama se auia estendido, salio del castillo, y fortaleza en vna clara, y serena noche, èl, y los demas de encamisada, y en gentiles caualios, con muchos, y sonorosos instrumentos, al son de los quales, despues de auer el acõpañamiento passado su carrera, plantò vn paje, que delante dèl iba, en el lugar, y sitio mas publico, y acomodado de la gran plaça de Cesarina, vna azerada, y luzida rodela, en quien estaua fixado este cartel, y desafio siguiente.

CARTEL.

*EL Caualiero desdichado, por otro nombre el Español Gerardo, hago saber a todos aquellos caualleros a cuya noticia viniere el presente desafio, como de oy en veinte dias mantendrè en ésta plaça, en carrera publica, a tres lanças de sortija dè la caja al risire, ò como por ellos me fuere pedido: Que la mudança, y fragil variedad de las damas presentes, y passadas, sne, y es mayor que su firmeza, y fee: esto sustentare, siendo condicion, demas de las acostumbradas, que el caualiero que de conformidad, y parecer de los juezes saliere conmigo perdidoso, sea obligado a firmar por cierta, y verdadera esta opinion con su propio nombre: demas, que el auenturero, a quiẽ su buena suerte le diere la honra, y prez de la vitoria, ganarà de mi parte, por su justo premio de su valor vn fino, y excelente diamante.*

Y hecho esto, con el mismo acompañamiento, y regozijo, dieron la buelta, hasta dexar al mantenedor en su posada, boluiendo todos a las suyas, adonde cada vno tratò de preuenirse para el señalado, que fue el primero del florido, y alegre Mayo, hasta el qual la hermosa Nise entretuuo el breue termino en luzir, bordar, y enriquezer con sus hermosas manos, diuersas, y ingeniosas galas, para su esquiuo, y desesperado amante, que assimismo en este tiempo, auiendo hecho, que en la gran plaça se arajasse vn anchuroso palenque, y todas las demas cosas necessarias las mas horas del dia, deseoso de acertar, se entretenia en hazer se diestro, assegutando mas la honra, y gloria de la vitoria de aquel dia, que auiendo al fin

llegado, no entiendo que hizo falta el gran concurso de las populosas, y magnificas ciudades; antes auiẽdo de todas las circunvezinas acudido innumerables gẽtes, hermosissimas damas, gentiles, y bizarros caualleros, parecia verdaderamẽte, que todo el mundo alli se huuiesse juntado; y ayudando à esto el adorno, y riqueza con que la anchurosa plaça estaua aderezada, casi podria competir con las soberuias galas, motetes, inuenciones, letras, y cifras de la Española Corte.

Ya en esta sazon el claro, y rubio Apolo iria en la mitad de su acostumbrada carrera, quando del alto, y torreado Castillo de Cesarina, con admirable estruendo se començò a disparar mucha, y muy buena artilleria, que en el ay, con tanto ruido, y espanto, que el que a este mismo punto hazian en la vistosa plaça docientos arcabuzeros, no se oia, ni menos el alegre salua, que despues de vna bien ordenada escaramuza hizieron al galan mantenedor, que al son de varios instrumentos ya iba entrando. Venian delante del, y en gẽtil ordenança cien ginetes, q̃ no son de los menos temidos en aquella costa, armados a la ligera cõ azeradas, y jacerinas cotas, adargas blãcas, y de tafetã listado a trechos de hilo de plata las vandas de su empresa, lanças con vanderillas de la misma seda, todos los quales, auiẽdo la infanteria despejado la plaça, dieron principio a otra nomenos cõcertada escaramuca, y concluyendola en vn limitado caracol, yẽdose en dos quadrillas, y por dos diferentes calles, dieron lugar a que fuessen entrando doze poderosas azemilas, cuya carga era vistosas lanças, cubiertas de preciosos doseles de terciopelo bordadas de plata fina, las armas de Gerardo enmedio de ellos; y auiẽdo dado su buelta, pararon adonde estaua armada vna gran tienda de damasquillo pardo, junto a la qual arrimaron las lanças, y desocupando las azemilas el puesto, le ocuparon doze alindados, y ligeros caualllos, q̃ gallardamente enjaezados traian de diestro otros tantos lacayos, cuyas libreas eran, calças de raso pardo, cueras blancas, sobre jubones del mismo raso, sombreros pardos con plumas blancas: y tras destos, entraron muy galanes veinte y quatro caualleros

que

que quisieron acompañar al mantenedor, delantẽ del qual, por padrinos venian su hermano Leoncio, y Don Enrique, vestidos entrambos a dos de vn brocalete pardo, monteras rasas, con peñascos blancos, y pardos, y sobre todo con tanta gala, y bizarria, que casi escurecian la mucha del gentil mãtenedor, que en vn endrinado, y morcillo cauallo entrò representando otro famoso Augusto, y vestido a su vsança, y trage Romano. Era la librea de raso pardo bordado, el blãco dèl de fina plata, con tantas laçadas, cifras, y labores, quanto el ingenio humano pudo fabricar: traia en el diestro braço vn bastoncillo corto, tachonado de plata; y en la altiua, y destocada frente vna corona de verde, y funebre cipres, las guarniciones del cauallo eran assimismo pardas, y cõ las mismas bordaduras, y labores encobertado, boçal de plata, testeras, y penachos de plumas blancas, y pardas, hollandose con tanta gallardia, que verdaderamente parecia no tocar el suelo q̃ pisaua. Luego se seguian otros seis cauallos morcillos, que tirauan vn triũfante, y hermoso carro, y detras del otros diez ò doze caualleros, q̃ con iguales galas, y riqueza, siendo la retaguarda desta bizarra compañia, dauan fin a su acompañamiento. El carro era todo negro, matizado de estrellas, y luzeros de plata, assi por la vanda de adentro, como por la de afuera; y en la mitad dèl, en vn alto, y rico trono, que ocupaua la capacidad de todo el carro, y debaxo de vn triũfante, y artificioso arco, vna figura hermosa de muger, vestida de vna roçagante, y Egypcia ropa, orlada, y guarnecida de infinitas coronas, cetros, mitras, y tiaras, de tal suerte eslabonadas, y texidas, que haziendo labor curiosa a la vista, claramẽte representaua ser aquella tan temida, y respetada diosa, a quiẽ los Gentiles idolatras llamarõ fortuna, como assimismo lo aduertia vn letrero, que en la siniestra mano, y en vna roja, y plateada vanderilla traia escrito, el qual dezia desta suerte,

*Soy la inconstante Fortuna,*
*Varia, porque soy muger,*
*En quien no ay firmeza, y ser.*

La diestra tenia fixa, y pendiente de vna plateada rueda, que

encima de sus pechos sostenia vn casi muerto, y difunto caualleró, desuerte, que venia a estar debaxo della, vestido, y adornado de la misma forma, colores, y librea que Gerardo, con vn letrero, ò epitafio, que à la mano derecha, en vn blãco, y delgado pergamino traia pẽdiente, cuya breue sustãcia era la siguiente.

*Es tan cierta mi caida,*
*Que mas quiero assi morir,*
*Que para caer subir.*

Esta letra se iba arrojando por la plaça, aunque nadie, como la gallarda Nise la entendio, la qual en medio de Celia, y Leonora, dendas suyas, y de admirable hermosura, y con otras muchas damas forasteras, y de Cesarina, estaua en vnos ricos, y bien aderezados miradores, con tanta gracia, y belleza, que al Sol causara embidia su hermosura. Tenia la discreta dama vestida vna saya entera de raso pardo acuchillada, y en tal forma, que por cada picadura, saliẽdo los embeses, y aforros, que eran de tela de plata fina, se venia a hazer de ellos vnos artificiosos florones, cuyos medios adornauan grandes, y finissimas perlas, la guarnicion, y orladoras eran sutiles antorchados, y cañutillo de plata, y en èl entretexidas a cõ cerrados trechos las mismas perlas. El tocado de la hermosa cabeça, era no menos rico q̃ vistoso, descubierto el cabello y cogido con vn apretador de piedras finas, siendo la red el oro de sus madejas rubias, cuyas trenças, aun oy Apolõ embidia, para rayos, y adorno de su frente. Estaua Nise cõ la opinion q̃ su querido amante defendia tan disgustada, y melancolica, que claramente el braũo mantenedor en su semblante triste conocia la causa de su pena; y no fueron bastantes las que en su alma hazian assistencia, para que dexasse, viendola assi, de enternecerse; y contẽplãdo su celestial, y admirable hermosura, de reputarse por cruel, y desagradecido, y assi con este nueuo, y entretenido pensamiento, dando la buelta acostumbrada, vino a parar en su hermosa tienda, enfrente de la qual en vn gran tablado, à quiẽ varias alcatifas, tapizes, y damascos de diuersas colores cubrian, ya estauan assentados los

los juezes, que eran Don Antonio, y otros dos caualleros amigos, y deudos suyos; y vn poco de su asiento desviado, debaxo de vn dosel de brocado pardo, vn grande, y soberuio aparador, lleno de muchas, y muy ricas joyas, y en lo mas alto de todo en vna labrada salui lla de plata sobredorada, el fino diamante engastado en vn precioso anillo de oro, premio señalado del vitorioso auenturero, y assi en el entretanto que alguno venia, auiendose apeado Gerardo, tomò assiento en vna bordada silla, que a la puerta de su tienda estaua preuenida, dexando de su gallarda entrada, y grande bizarria admirados, y satisfechos a todos quantos con gran alegria, y gusto le miraua.

Los veinte y quatro caualleros, y los doze vltimos que le auian acompañado, se pusieron a la vanda de la gran tienda, formando vn hermoso, y bizarro esquadron, teniendo por retaguardia todos los menestriles, y sonorosos instrumẽtos, que con el mantenedor auian entrado. Y no tardò mucho, que auiendose oido gran ruido de trompetas, clarines, y atambores, se viesse assimismo entrar por vn lado de la plaça vna manga de caualleros, todos a la brida, y armados de la suerte que acostumbran los hombres de armas, y estas tã lucidas, y grauadas de curiosas, y doradas labores, q̃ no parecian sino clarissimos, y cristalinos espejos: llenauã delante su guiõ, cuyo valor, y tela era de damasco azul, y rapazejos de oro; con vn escudete: y enmedio dèl bordadas las armas de los antiguos señores de Cesarina, que son en cãpo azul dos castillos, pendiẽte del vno al otro vna gruessa cadena de oro, a quien esta assido del gorjal vn rapante, y coronado Leon. Luego se seguia vn carro triunfal, de tal manera obrado, que verdaderamente parecia ser todo de oro fino, y en las esquinas, y quadrangulos de tres hermosos arcos, pintados muy al viuo los metaforicos amores de la esquiua Daphne, y el Dios Apolo: oiase dentro del carro vna concertada musica de instrumentos, cuyo rumor daua vn dulce, y agradable regozijo a los oidos, y en la cumbre del arco de enmedio, sentado encima de vn globo, ò mũdo de oro, el

temido rapaz, y Dios Cupido, en la forma, q̃ en los antiguos solian pintarle, desnudo, y vendados los ojos, en las manos tenia vn arco Turquesco con vna aguda flecha, que parecia assestar al pecho de vn gentil cauallero, que confecutiuamẽte a las espaldas del carro en vn ligero caualloncio rodado venia haziẽdo alarde de su gallarda persona, a la qual adornaua vn vaquerillo de brocado azul, guarnecido de enlaçados, y espesos alamares de hilo de oro, sombrero valõ de tafetan azul, cubierto de menudas trencillas de oro, y de grãdes, y vistosas garçotas, y martinetes azules, de los quales, y ricos penachos traia el furioso cauallo enramada la soberuia frente, siendo sus guarniciones cubiertas de la misma tela, y colores del cauallero, que a esta hora fue de todos conocido por el valeroso Lauro, sobrino amado del noble Don Antonio, y en quien èl tenia para dueño, y esposo de su hija puestos los ojos; aunque los della en la ocasion presente viuian bien fuera deste pensamiento. Preciauase Lauro de su verdadero amante, y esta aficion crecia al mismo peso que Nise trataua de borrarle de su memoria, cuyo desprecio, y oluido fue suficiente materia para causar en su coraçon vn encendido fuego de rabiosos zelos; que aunque a Gerardo no se los daua à entẽder, de las muestras y señales que de amor auia visto en su amada prima, conocia con euidencia el que le tenia, y mas en este dichoso dia, adonde aun las libreas, y colores de entrambos, pudierõ darle mayores sospechas, y rezelos. Venian con Lauro, acompañandole otros doze caualleros Seruillanos, a la gineta en caualllos rucios, guarniciones, y plumas como las de su auenturero, y ellos con calças de obra de raso azul, y entretelas de brocado, sayos, capas, y gorras de terciopelo de la misma color, guarnecidas de trenças, y franjones de oro, de entre los quales al dar la buelta a la gran plaça, se iba arrojando esta letra, que es la misma que Lauro en medio delos pechos, y en vna tarjeta de oro traia escrita.

*Oy defiendo la firmeza*
*De mi dama, aunque en matarme*

Con grandes vozes, y algaçara solénizò la gente, y nouelero vulgo la entrada del galan Lauro, el qual despues de auer concluido su passeo, dexando a vn lado de la plaça el dorado carro, se vino para dõde el mãtenedor estaua, a quien auiendo hecho vna gran cortesia, le dixo: Ya sabeis señor cauallero el intento de mi venida, que os prometo, que este breue momento, que sin ponerle en execucion se me passa, le estimo por vna eternidad, seguro de que la misma sinrazon que mãteneis me ha de dar el premio, y vitoria que deseo; y si mi suerte fuere tan desgraciada, que sea forçado a firmar vuestra opinion, quiero perder assimismo esta preciosa cadena, a cuyo valor entiẽdo no haze vuestro diamante alguna ventaja. Y diziendo esto, se quitò vna esmaltrada, y gruessa cadena de oro, de notable artificio, y dãdola a los juezes, el mantenedor, que ya auia subido a cauallo, y atento le escuchaua, respondio, que era contento, y diziendo esto, tomò de la hasteria vna gruessa lança, que en la color parecia ser de vn bruñido cuano, y en cõcertados passos fue discurriẽdo la larga carrera, con tal brio, donayre, y gentileza, que a todos los presentes causaua de su vitoria notable aficion; y auiendo al limite del puesto llegadò, en vn pensamiento dio la buelta a su cauallo, y partiendo como vn arrebatado toruellino, enmedio de la carrera, sacando de la cuja el braço, y lança, la tendio con tanta gallardia, y sossiego, que sin tocar en la sortija se la lleuò en la punta: y deteniendo su cauallo, animado de las confusas vozes, que en fauor desu buena suerte se oiã, boluio a ver la desu contrario, el qual mas confiado que diestro, tomando vna lança, y el principio de la carrera, arrãcò con tanta velocidad, y furia, que casi no fue oido, ni visto; y tendiendo la lança, no fue con tanta seguridad, que se lleuasse la sortija, aunque en ella hizo vn admirable golpe. No sabrè encarecer lo muy vfano, y contento que se hallò Gerardo en este punto, y el dolor, y sentimiento del auenturero, que con harto dissimulo encubria su pesar, mientras para la segunda carrera se aparejaua, de la qual en su ligero cauallo,

salia ya el mantenedor, y tendiendo al llegar de la sortija la lança, se la llevò, dando a las vozes, y alaridos de la grã plaça mayor motiuo. Lauro passò su carrera cõ gran donayre, y mejor cuidado que la vez passada, pues se llevò assimismo la sortija como Gerardo, el qual renouando de lança, y de cauallo dio la vltima carrera, y enmedio de lo alto de la argolla, y casi en el mismo lugar que la primer suerte de Lauro, que en este punto, pareciendole no estaua muy en duda la vitoria, subiendo en vn bien arrendado, y Cordoues alaçan, como vna saeta passò la carrera: mas aunque lo hizo con harta gallardia, totalmente errò la sortija, de que quedò tã corrido, y enojado, quanto alegre y contento el mantenedor, por quien de los juezes fue declarada la victoria, embiandole la rica cadena, y mandando juntamente a Lauro firmasse el cartel de Gerardo, cosa que sintio mas, q̃ el verse sobrado, y perdidoso. Mas al fin siendo fuerça, huuo de acercarse a la gran tienda, de adonde le fue traida la rodela, y opinion de aquel en cuyas manos la firmò, el qual viẽdo a Lauro tan apassio nado, echandole los braços al cuello le dixo: No los varios sucessos, que la fortuna reparte con los hombres a su volũtad, ha de apartar la vuestra, amigo Lauro, de la merced que siempre me aueis hecho, pues della confiesso procede la presente vitoria; y porque desta verdad viuais seguro, veis aqui el premio della señalado por vos, a quien es mas justo buelua; y con esto, tomando de vna gran fuente de plata la preciosa cadena, se la echò al cuello, sin poder Lauro resistir su noble liberalidad; y assi agradecido, como era razon, le respondio: Por cierto señor Gerardo, q̃ podeis dezir, aueis oy cõ vuestro cortesano proceder grangeado en las veras de mi agradecido animo mayor vitoria, que la que deuia redundaros en las burlas de aqueste entretenido juego: y assi desde este punto, en vna, y otra ocasion me confiesso por vuestro vẽcido, y pues en lo que toca a la joya, que me aueis ganado, quereis sin serlo parecer perdidoso, razon será q̃ ya que yo lo soy, escuse el posseerla, porque dandome licẽcia, estoy de parecer de seruir con ella a la dama que mas oy la merece. Dessa serè yo aũ

mu-

mucho mas alegre, pues vos gustais de hazer tan buen empleo, respondio Gerardo, de que despidiendose el apassionado Lauro, enderezò àzia dõde la bizarra Nise estaua aguardando en lo que los cumplimientos de sus caualleros pararian; y en llegando, haziẽdo assi a ella, como a las circunstantes, que la acompañauan, vna grãde cortesia, tomò la cadena, y besandola primero, la puso en la punta de su lança, la qual leuantando àzia su hermosa prima, la dixo estas razones: Bien que el auer defendido tã mal vuestra causa, me haga desmerecedor, de que fauoreciendome querais recibir de mis manos esta joya, la voluntad mia, y la que yo sè tiene de seruiros el q̃ me la ha ganado, suplirà mi mengua, honrando en vuestro hermoso cuello esta prenda. Aqui cessò aguardando la respuesta de Nise, q̃ aunque dissimulãdo el sospechoso punto; todavia con alegre semblante le dio a entender su demassia, diziendo: Por cierto señor primo, que si nuestra firmeza es oy tan bien defendida como parece, que el mantenedor avrà de quedar bien arrepentido, y castigada su opinion; y assi en satisfacion del seruicio que a todas estas damas aueis hecho, quiero recibir la cadena de vuestra mano, siquiera porque si otra vez os pareciere auẽturarla, la halleis en mi poder. Aqui saliendole vivas colores de su sentimiento al rostro, no tuuo Lauro animo para replicarla, con que despidiendose della, huuo de salirse dela plaça, al mismo tiempo que por otra calle entraua el soberuio, y encendido Mongibelo de Sicilia, bomitando por vna horrible boca, ò respiradero, que en la cima leuaua, tantas llamas de fuego, y con tan espantoso ruido, que verdaderamente parecia venir en èl todo el infierno junto, lo restãte del desnudo monte venia cubierto de vn color adusto, y abrasado, mouiendose todo èl con tan notable artificio, que aun las señales de su rastro no se conocian en el suelo, hasta que llegãdo cerca de la tela, y miradorès de los juezes, y demas, suspendiendo su maquina, el fuego, y llamas crecieron con tãta violencia, que disparando por mil diuersas partes bombas, y cohetes de artificiosa polvora, el ayre se condensò con su escuro vapor; de suerte, que

nò se veiã los vnos a los otros, hasta que auiendose deshecho con el ardiente Etna aquella niebla espesa, quedaron en su lugar, y en sendos cauallos, dos gentiles, y gallardos mancebos, que rodeados de doze fieriſsimos saluajes, causò su gallardia, y viſtosa librea notable contento, y regozijo, en quantos admirados de su rara inuencion alegres los mirauan. Venian vestidos a la Morisca, marlotas de tela de plata, sembradas de flores carmesies, y capellares de raso nacarado cubiertos asimismo de flores blãcas de admirable hechura, y artificio; los bonetes eran tãbien rojos de terciopelo, apretados con blancas, y sutiles tocas de fina plata, plumas, y penachos de conformes colores, y mangas de vn cendal transparente, y delicado, bordadas de finiſsima pedreria: los cauallos en q̃ venian mas que la nieue, blancos paramẽtos, y cubiertas de raso encarnado, con todas las bordaduras de acendrada plata, vandas, y plumas, como las de sus dueños, que en este instante se mouieron de su puesto con exquisito donaire, y gẽtileza, cercados de doze saluajes, los quales iban arrojando entre la gente, y plaça estas letras.

*Si como somos iguales*
*En la sangre, y el valor,*
*Nos igualara el amor,*
*O y fueramos inmortales.*

El que de algo mas edad parecia, aunque entrambos tenian bié poca, lleuaua en vna grues lança vn pendõcillo colorado, y blanco, y bordada enmedio dèl esta letra.

*Si es la muerte mi remedio,*
*Y amor quien me la ha de dar,*
*Mucho se tarda en llegar.*

El segũdo asimismo en el pendoncillo de su lança traia tambiẽ esculpida esta letra.

*De amor procede mi vida,*
*Y assi en amor me conuierto,*
*Porque sin amor soy muerto.*

Luego començaron los fornidos saluajes a tocar diuersos instrumentos, assi dulces, y sonoros, como clarines belicos,

de

de quien en vez de las tremendas clauas, venian apercebidos, a cuyo son, y estruendo mouieron los gallardos cauallos. Mas apenas llegaron a la tela, quando fuerõ de todos los circunstantes conocidos por los dos famosos, y valiẽtes hermanos Saavedras, insignes ramas del famoso tronco, que al Castellar ilustre ha dado dueños, los quales queriendo honrar cõ su presencia a Cesarina, hizieron desta suerte de su valor alarde, que reconociendole bien nuestro mãtenedor, no poco dudoso de la vitoria los aguardaua: y auiendo llegado y hecho a las damas, y juezes su acatamiento, tomãdo la mano para hablarle el mayor hermano, le dixo desta suerte. Aũque la condicion que mãteneis pudiera yo sustentar, y quiçà con tan legitima causa, no será tan solamente (si yo faliere perdidoso) paga de mi corta destreza el firmar parecer que tengo por tan acertado; y assi quiero que ganeis juntamente esta preciosa esmeralda. Aunque era escusada, respõdio Gerardo, todavia por animarme a ganar prenda de tal caualleiro, aceto la condicion; y cõ esto, auiendo el auenturero entregado en vn hermoso anillo la esmeralda a los juezes, dieron la buelta, tomando cada vno la mejor lança que de la asteria le parecio; y llegãdo Gerardo a la carrera, partio della qual el ligero viento, dando el bote de la lãca en el estremo de la sortija por la parte de arriba en derecho, que aũque no se la lleuò, fue tan estremado golpe, quanto dificil de ganar; y boluiendo a su tienda, desde alli aguardò la suerte del contrario que arrancò con notable brio, y donaire, bien que su golpe no le tuuo, porque tocò en el borde de la sortija tan mala vez, que casi no se determinò auerla llegado. No le pesò de su desgracia al vencedor Gerardo, que boluiendo a su carrera la passò tan bien, q̃ se lleuò la sortija, a la qual auiendo mandado poner en su puesto, se boluio al suyo, dando lugar a que el galan auenturero, no poco confuso, y disgustado, con nueuo animo empeçasse la conocida carrera, al fin de la qual se lleuò la sortija, quedando contentissimo de su buena suerte; y viendo que el mantenedor se aparejaua al vltimo trãce, hizo èl otro tanto, trocando cauallo, y nueua lança, a la mis-

misma hora que con la suya acabaua el diestro mantenedor de lleuarse en la tercera suerte la sortija, encareciendo entre confusas vozes la gente su ventura, con que harto cuydado, so passò la carrera, y con tanto sossiego, q̃ al fin della se hallò con la deseada sortija en la punta de su lança, dádo motiuo, a que sobre la determinacion de la vitoria se començassen a alborotar los vnos, y los otros; Gerardo, y sus padrinos alegauan, y con justicia, que el golpe primero, causa desta diferencia, no recibia igualdad, mientras la sortija se quedasse en su lugar; à lo qual replicauan los dos hermanos auenturero, que tambien el suyo era muy mejorado, mas que en quanto la sortija no se lleuasse, no era suerte; y assi era igual el prez de la vitoria, ò por lo menos se auia de correr otra lança; y otras muchas razones, que por no esperar à que llegassen à mayor encendimiento, los juezes legitimamente mandaron al auenturero se retirasse, porque auia enefeto perdido, con que el Sevillano caualiero lo huuo de tener por bien, confiado, de que su desgracia, y mala suerte, seria recõpensada por su hermano, que hecho vna vibora de enojo, dixo al mantenedor. No sè por cierto, señor caualiero, como os concede el cielo tan alta vitoria, defendiendo la injustissima causa, que publica vuestro cartel, cuya sinrazon me mueue a pediros, limitemos el futuro successo a solo el breue tiẽpo de vna lança, siẽdo el premio señalado por mi parte, si como mi hermano de igual fortuna fuere perseguido, este ligero caualio enjaezado, y de la suerte q̃ en èl me veis; y si en mi fauor se declarare, aueis de obligaros a dexar luego la tela, no manteniendo mas tan cruel opinion. Sin menoscabar mi honor, respondiò Gerardo, biẽ pudiera escusarme de vuestra demanda; mas porque essa confiança no se vaya sin el castigo q̃ merece, gusto de acetar vuestro partido: y cessado su platica, cõ mas cuydado q̃ hasta entonces, escogio vna derecha, y lisa lança, con quiẽ, y en vn ruano Valençuela, passò su carrera, de adonde salio con tã gentil donayre, que desde luego le prometieron todos buen successo, como enefeto lleuandose la sortija le tuuo. El auenturero, assimismo

co-

corrio con mucha gracia, aunque para lleuarsela no la tuuo, porque dio en lo alto del argolla vn bote, menos razonable que el que de su persona se esperaua, cosa que en los dos hermanos causò igual pesadúbre, aunque la disimularon con mucha cordura; y no aguardando el auenturero q̃ le mandassen apear, lo hizo, entregando a Gerardo su buen caballo, el qual con alegre rostro le dixo: Porq̃ la perdida de tan gallardo animal os sirua de acuerdo en el engaño que viuis, me avrè de quedar con èl, sirujendoos con este mio, que entiendo no es de menos valor; y diziendo esto, y dexando la silla fue todo vno, con harta admiracio de los presentes, y mas de los dos hermanos, que con regozijado agradecimiento, admitieron la oferta, firmando juntamẽte el cartel del mantenedor; quando por la mas anchurosa calle de la plaça, entre infinitos tiros de artilleria, començò a assomar vn gran castillo, que encima de vn alto, yarcilloso peñasco parecia venir fundado; era de quatro puntas, cõ muchas, y muy vistosas torres, y vna gentil barbacana. En la torre del omenaje estaua por chapitel, y vltima arquitectura la boladora fama, con vna trõpeta en la finiestra mano, y en la diestra vna gran vandera de brocado morado carmesi, en quien veniã bordados diez escudetes, vno mas alto, y mayor que los demas, y en èl (pẽdiente de vn cordõ de oro) vna gran llaue, conocidas, y notorias armas de la muy noble, y mas leal ciudad de Gibraltar, de cuyos ganadores siguientes eran los otros nueue. El primero, y mas conocido de la mano derecha era de los Médoças: y luego consecutiue Ludueños, Bustos, Castillos, Piñas, Nateras, Mesas, Caluos, y Benitez. Todas las almenas, torres, murallas, y chapiteles veniã cubiertas, y hermoseadas de pintadas vanderas, flamulas y gallardetes, con las mismas armas, y las Reales en vn bordado guion de brocado amarillo; desuerte q̃ venian a estar sobre los arquitraues, y cornijas de las cerradas puertas del castillo, al qual mouian por la parte de adentro muchos hõbres, con ingeniosas ruedas. En cessando la artilleria, començò a oirse vna trompeta bastarda, à cuya señal, auiendo con notable magestad llegado debaxo

de

de los miradores, parò el gran castillo, y peña; y tornandose a disparar el artilleria, al ruido, y concertado son de diuersos clarines, se abrieron las cerradas puertas, de las quales arrojaron vna puente leuadiza, cubierta de damascos morados; y despues de breue espacio salio por ella vn galan mancebo en cuerpo, vestido a la miliciana Española, calçones, y jubon de tela de plata acuchillada, y por embeses tafetan naranjado, y vn fuerte, y gallardo coleto de ante, guarnecido de franjas, y espesos alamares de oro puro, medias naranjadas, çapatos, y ligas blancas, valoncilla Francesa, puntas de Flãdes, plumas doradas, y blancas, y sombrero de armiños, por imitarles en la color; los adereços de la espada plateados, y en la mano diestra vna rica ginera, por dõde el militar oficio de noble Capitan representaua. Este auiendo llegado juntamente cõ ocho pajes, que con ricas, y luzidas libreasle acõpañauan, a la presencia del mantenedor, despues de la ordinaria cortesia, en alta voz, que los juezes, y todos los presentes pudieron oirle, le dixo las siguientes razones.

En el castillo famoso de la insigne ciudad de Gibraltar, que veis delante, quedan nueue caualleros, descendientes de sus nobilissimos ganadores, de quien soy embiado a pediros de su parte, seais seruido de darles licencia, para que sobre las condiciones que manteneis, pueda correr cada vno con vos vna sola lança, que mas por escusaros de trabajo, q̃ dexarle de tomar ellos, les ha parecido escoger este partido. Aqui viendo Gerardo, que el bizarro Capitan auia concluido su platica, con no menos gracia, assi le respõdio. Supuesto, señor cauallero, que yo no estè en esta plaça para otra cosa de la que me pedis, bien pudieran aueros escusado esta venida los famosos auenturetos que acà os embian, a quien direis, aceto como ellos mandan la condicion, y con esto, haziendo a Gerardo, y a las damas, y juezes vn humilde acatamiento, dio el valiente mancebo a su castillo la buelta, dexando en todos los presentes de su gala, y cortesano proceder bastante satisfacion; y no tardô mucho, que boluiendo a disparar se el artilleria, al son de las trõpetas, y añafiles, vie-

ron

con salir por la misma puerta vn gallardo, y gentil Caualle-ro, y al mismo instante, abriendose en lo baxo de la peña otra puerta, salierõ dos fornidos esclauos muy bien atauiados, trayendo del diestro vn bizarro cauallo de color castaño, en el qual sin poner pie en el estriuo, subio el auenturero, cuyo vestido era vn sayo largo agironado de brocado amarillo, y rosado; lo amarillo bordado de cordoncillo de plata; y lo rosado de oro; las guarniciones, y cubiertas eran de la misma suerte, con infinitas plumas, martinetes, y penachos, de quiẽ assi el galan sombrero del auẽturero, como la soberuia frente del cauallo, iban enramados, y cubiertos, haziendo el blando zefiro en sus remates varios nudos, y diuersas laçadas; en medio del pecho lleuaua vn escudete, ò lamina de oro, grauada con las antiguas armas de los Bustos, por donde se conociò ser Cauallero de aquella noble casa; y por orla del escudo esta letra, quedãdose por la plaça, fue notoria à todos.

*Mi fuerte progenitor,*
*Diò à Gibraltar honra, y gloria,*
*Ganando della vitoria.*

Apenas llegò a la tela, quando el buen mantenedor, pareciendole que no era necessario mas conuenirse, poco a poco en su cauallo passò la carrera, y dando al principio della con vn ligero salto la buelta, espoleando el gentil cauallo, cõ notable destreza arrancò, tendiẽdo a su tiempo la lança, y tan bien, que se lleuò la sortija en ella, y boluiendo muy contento a su tienda, atendiò a la suerte del contrario, que fue tã buena como la suya, de que no poco se sintiò; aunque desquitò su pesar con la del segundo auenturero, que con la misma librea, y en la forma, y letra igual al primero salió, trayendo por blason las armas de los Piñas: este dió al soslayo en el argollon; y en esta orden corrieron hasta el noueno, y vltimo auenturero; al qual por diferẽcia se, assi en la librea, como en la letra, que demas de la de su tarjeta iba arrojando por la plaça, me parecio no passarle en silencio. Salió en vn alaçan tostado, vestido de brocado blanco, acuchillado, y tomadas las picaduras con alamares de oro tirado, cuyos boron-

zillos, y remates eran finos rubies: el sombrero que leuaua era de rafetan plegado, y blanco con vna hermosa toquilla, bordada de cañutillo de oro, y en la roseta vn precioso, y estimado camafeo, orlado de pequeños rubies: plumas, garçotas, y martinetes blancos, como tambien lo eran los grãdes penachos del cauallo, cuyas cubiertas, y guarniciones eran de brocado blanco, labradas de diferentes bordaduras de oro fino, que admirablemẽte campeaua sobre la nieue de su tela, color por cierto de hõbre mas aficionado al iracundo, y poderoso Marte, que al niño tierno, y dios amor. En el escudo de sus armas se conociò ser el heroyco, y nobilissimo Mendoza, y la letra que arrojaua, dezia desta suerte.

*De mi libre voluntad*
*Soy tan dueño, que confio*
*No dexarè de ser mio.*

Representaua en el robusto semblante gran fortaleza, y con la misma se señoreaua del ligero cauallo por la anchurosa plaça, a quien auiendo dado vna gran buelta, dexò muy alegre, y satisfecha; y acercandose à la tienda del mantenedor, que ya por verle venir àzia èl, le esperaua, escuchò de su gentil persona el siguiente razonamiento: Todos mis amigos, y compañeros, segun he entendido, han corrido con vos vna lança; y assi avrè yo de hazer lo mismo; mas para mi satisfacion, y para que nadie en el mundo entienda, que mi venida ha sido para contradezir la justa, y acertada opiniõ, que en contra de la firmeza de las damas mãteneis, quiero siendo vos seruido, firmarla de mi prompta voluntad, antes que por fuerça, saliẽdo vos vencedor, me obligueis a hazerlo, porque no en juegos, ni regozijos tan de burlas, como los presentes, mas en atreuida, y verdadera escaramuza sustẽtarè siempre tan acertado, y sano parecer.

Con notable gusto escuchò Gerardo la determinacion del valiente cauallero, y con semblante alegre, y risueño, le respondiò: Con seguridad podeis oy, señor cauallero, prometeros la vitoria, que no es posible falte, en quien sobra de la verdad q̃ sustento tan gran conocimiento; y yo soy contento

d(

de correr con vos vna lança, y aun de seruiros con el premio del vencedor, si vos dèl gustais; y auiendo dicho esto, abaxando en señal de cortesía vn tanto la cabeça, passò adelante à su acostumbrada carrera; al fin de la qual se lleuò la sortija, y poniendola en su lugar, al mismo punto partiò el auenturero con tanta velocidad, y gentileza, quanta hasta entonces ninguno auia corrido, y metiendo la punta de su lança por el argolla, se la lleuò como Gerardo, a quien con el regozijo del buen suceſſo, llegò a abraçar, pidiendo le sacassen la rodela del cartel para firmarle; que si bien no tenia obligaciõ, importunado de sus ruegos, huuo Gerardo de mandar traerla, aunque no lo consintiò firmasse adonde los demas; y assi junto à su firma quedò la del auenturero esculpida.

De todos los mueue caualleros dichos, los quatro ganaron joyas; y assi se les dieron muy preciosas, y ellos siruieron con ellas a las damas, que mas les agradaron, aunque la del vltimo auenturero fue mas rica, y auentajada; la qual pareciendole, segun su cruel opinion, no auria dama, que de sus manos quisiesse recibirla; pidiò al mantenedor, que de las suyas se la diesse à la hermosa Celia, que por darle à Gerardo gusto, huuo de recibirla; al mismo instante, que al son de varios clarines, trompetas, y caxas, la sempiterna fama, que por timbre del omenaje parecia, començò à tremolar la poderosa diestra, dando al ayre los dorados pliegues de su vandera, en cuyo embès parecieron escritos cõ crecidas letras de fino oro aquestos quatro versos,

*Oy con voz de metal, y bronze duro,*
*Destas casas, honor de las Espãnas,*
*Publicaré su nombre, y sus hazañas,*
*Desde el claro Cenit, al centro escuro,*

Y con esto, auiendose recogido el gallardo auenturero, a su castillo, con espantosos truenos del artilleria, desocupò la plaça, cogiendo su lugar doze hermosas azemilas, cargadas de derechas, y verdes cañas, cubiertas con ricos repostero, a quien seguian treinta y dos caualleros con adargas, y lanças embraçadas, trayendo en medio de si vn superbissimo, dis-

forme, y triunfante carro, al qual tiraua doze manchadas pias, con vn arco de ingeniosa arquitectura enmedio, labradas, y esculpidas en él con artificiosa, y sutil mano aquellas memorables hazañas, que en el cerco de la ilustre ciudad de Xerez de la Frontera hizieron sus valerosos ganadores, entre las quales mas resplandecia el no menos temido, que audaz hecho del fortissimo Herrera, que en vno de los quadros del rico arco mostraua con robusta presencia el braço, y puñal tinto en la roja, y Real sangre del barbaro, y cõtrario Rey en su misma tienda; y por su inuencible mano muerto. En la cumbre, y altura del arco venia vna gruessa lança, de cuyo limpio hierro, tremolando al ligero viento, pendia vn gran pendon de damasco azul, y bordado de oro, y perlas con milagroso arte fabricado, y en la mitad vn ancho, y Real escudo, cuyas armas eran en campo blanco, las saladas, y profundas ondas del sagrado, y procelloso mar, que son las antiguas de la ciudad de Xerez; y por orla, y flocadura de sus margenes otras doze targetas, con las ilustres, y notorias armas de los caualleros siguientes, que habitan aquella gran ciudad, Herreras, Villavicencios, Camachos, Ponces de Leon, Vargas, Rédones, Gallegos, Cueuas, Auilas, Morales, Valdespinos, y Espinolas. Debaxo del arco venia pẽdiente vna blanca, y hermosissima nube, que tomaua en qual circulo toda la anchura del pintado carro, en que se oia vna deleitosa, y dulce musica de menistriles, violones, harpas, y vihuelas, tan apacible, y agradable a los oyẽtes, quanto los tiros, y espantoso estruẽdo del armado castillo les auia atemorizado: detràs del carro venian doze Moros de vna misma igualdad, y fortaleza, con señalados hierros de esclauos en los rostros, vestidos todos a su vsança Berberisca, capellares de algodon blanco, y de grana roja los almaizares, damasquinos alfanjes, y datilados borceguies de Cordoua. Cada qual destos traia en el ombro izquierdo vn pequeño escudete de fina plata con las armas de sus queridos dueños, de quien assimismo traia de diestro el ligero cauallo, cuyos paramentos, y guarniciones eran de damasco, aunque apenas con la espesa bordadura

del

del oro se conocia ser la tela azul; las plumas, vãdas, y penachos eran amarillas; y azules; y estas mismas colores lleuauã los treinta, y dos caualleros, cuyas libreas tambien Moriscas eran de vn Chino damasquillo, tan vistoso, y alegre, como preciado. Estos en llegando à la mitad de la plaça, auiendo corrido iguales parejas cõ mucho donaire, dexando las agudas lanças, diuidiẽdose en dos quadrillas, començaron rostro à rostro, y conforme a su costumbre, vn bien ordenado juego de cañas, que durò todo el tiempo que el grandioso carro en dar la buelta a la admirable plaça, y hermosos miradores, adonde auiẽdo llegado, en vn cõcertado caracol se fueron recogiendo los del juego al puesto, que antes tenian junto a su carro, en quien con mayor sonido se començò a entender la melodia de su musica, a cuyo artificioso, y dulce son la blanca nube se fue abriẽdo, y leuantando por doze partes, descubriẽdo dentro vn hermosissimo, y turquesado cielo, matizado de luzidas, y radiãtes estrellas: todo el qual cubria vn rico trono de cinco gradas, adornado con vn pagizo brocado precioso, y de notable estima; y en vna gran basa, que en la color, traça, y materia, parecia ser de oro puro, y resplandeciente, en la vltima grada dos graciosas imagenes de bulto, y hechura peregrina, trauadas por las manos: la vna traia vn ramo de espeso roble en la siniestra, y en la altiua frẽte vna tiara, en que estauan escritas estas letras.

*Faltando yo, no ay vitoria,*
*Porque sin mi fortaleza*
*No ay honor, gloria, ni alteza.*

Bien claramente daua a entender esta valerosa, y robusta dama su soberano renombre, como assimismo la que la acompañaua, cõ vna hermosa, y laureada palma representaua la vitoria, dorando sus dichosas sienes con vna Imperial corona, y grauados en ella aquestos versos.

*Como al audaz, y atreuido,*
*Al valeroso, y prudente,*
*Me allego siempre igualmente.*

En la quarta, tercera, segunda, y primera grada estauan sen-

tados de tres en tres, doze caualleros, todos adornados con ricas, y bizarras libreas de damasco azul, y amarillo, bordadas de oro, plata, y piedras de inestimable precio, tan costosamente, que dexò de su valor, y riqueza suspensos, y admirados los ojos de quantos los mirauan; plumas, y penachos de las mismas colores, y cada vno del siniestro braço pendiente vn pendonzillo de brocado azul con sus antiguas armas, y por blason la siguiente letra.

*Vitoria cierta, y segura*
*Ofrezco que la tendremos,*
*Pues nosotros la traemos.*

Los tres de la primer grada, al son de sus instrumentos, y otras muchas trompetas, y chirimias baxarõ del carro, teniendoles sus valientes esclauos prouenidos los caualllos, en que subiẽdo con gentil donayre, en dereçaron adonde el mantenedor estaua, al qual el vno dellos le dixo: Por estos caualleros, y por los q̃ en nuestro carro quedan, y yo de mi parte os suplico gusteis de q̃ corramos vna lança cada auenturero, pues fuera de que limitandose mas el trance de la vitoria, mayor gloria se alcança; recebiremos todos de vuestra cortesia particular fauor en lo que os pido. Muy en buen hora, respondio Gerardo, os serà concedido de mi, que antes es vuestra demãda en mi fauor: pues quereis quitarme de trabajo, no ay fino q̃ demos principio a vuestro intento. Hagase assi, replicò el auenturero, quando despidiẽdose dellos Gerardo, passeando gallardamente la carrera, boluio al limite della su caualló, teniendo en tan buen punto la lança, que se lleuò la fortija; y finalmente auiendo hecho lo mismo el auenturero, de los doze, los siete le ganarõ joyas, con quien siruieron a las hermosas damas, boluiendose despues a su grandioso carro, en cuya entrada, siendo con armonia dulce de su musica recebidos, poco a poco se boluierõ por donde auian venido.

Pues auiendo salido la pintada nube con tanta gallardia de la plaça, dexando a los presentes desta rara inuencion, gala, y donayre de sus auctureros muy alegres; entrò por la misma parte a media rienda, tocãdo como correo vna trompe-

ta

ta en vn gentil cauallo, vn tan pequeño, feo, y abominable enano, que causò en todos notable risa, tãto por su mal gesto, y desabrimiento, quanto por las muchas, y diuersas galas, que sin orden traia vestidas, haziendole su descompostura, aun mas fiero, y espantoso. Desta suerte que digo passò la plaça, hasta la tienda del mantenedor, ante quien apeandose ligeramente, sacò del pecho en vna bolsa de brocado vna carta, que despues de auer besado, puesto sobre la cabeça, se la dio cõ cortesana, y graciosa reuerencia, tomandola de sus manos Gerardo, con ridicula admiracio de ver el mensajero qué la auia traido, el qual al entregarsela, le dixo: Desdichado caualiero, el dueño mio, q̃ por essa carta entendereis ser el Castellano, y venturoso, me mãdò os pidiesse, sin la presente, el breue despacho de mi persona; y assi yo de mi parte os lo suplico. Esso se harà, respondio Gerardo, si a ello diere lugar, lo q̃ en la carta se me pide, y diziendo esto la abrio, y auiendo passado por ella la vista, porq̃ todos entendiessen la demanda del pequeño enano, la leyò en alta voz de aquesta suerte.

CARTA.

*EL Castellano Caualiero, por otro nombre llamado el venturoso, a ti el noble, y desdichado Gerardo, salud embia tal qual has menester, para salir del yerro que sustentas: Avràs de saber, que auiẽdo llegado a mi noticia la nueua opinion que en aquesta fortija defiendes, satisfecho de que es injusta, me he mouido a caminar en busca tuya largas jornadas, despues de las quales en este punto he llegado a las puertas desta villa, deseoso de escusar tan desesperado parecer, como mantienes: y assi considerãdo, que mi persona viene muy desapercebida, assi de ingeniosas inuenciones, como de las galas, y ostentacion conueniente a la grandeza destas fiestas, me ha parecido suplicarte, que admitiendo la escusa forçosa, que por ser tan forastero tengo, seas juntamente seruido, de que con qualquier sucesso de perdida, ò ganancia yo salga de la tela libremente, sin que mi propio nombre, o persona, de nadie sea conocida, pues siendo de tan poca importancia, como yo la reputo, mucho mas gusto serà, que no quede de su nombre, y firma memoria alguna, que tenerla de vn caualiero de tan escura fama.*



Pue-

Con esto, sin aguardar de los juezes el parecer que querian darle, boluiendose al enano, assi le respondio: Vos podeis subir en vuestro cauallo, y a esse cauallero le direis por respuesta, que con la seguridad de mi palabra, y debaxo della podra quando quisiere venir, y de la suerte que por su carta pide, a la qual no respondo por escrito por la breuedad con que vos pretendeis vuestro despacho. Muy contento con tan buen despidiente dio el enano la buelta adonde su dueño le aguardaua; y no tardò muy grande espacio, sin que viesse al son de quatro trompetas, que traian otros tantos enanos (siendo vnos dellos, yguales a su humilde presencia, el que primero auia venido) desembocar por vna calle de la plaça ocho enmascarados caualleros, cuyas libreas eran vaqueros largos de terciopelo morado, cubiertos, y guarnecidos con futil arte de pequeños, y claros espejos, cuyos arcos, y engastes eran de fina plata; los paramẽtos, y guarniciones de los caballos del propio terciopelo, y espejuelos, sombreros de aualorio morado, y los penachos, y plumages dellos, y de las resteras, morados, blancos, y encarnados; las lanças q̃ traian venian cubiertas de vn cierto matiz tan bruñido, que no parecian sino quaxados açauaches; a estos se seguian en blancos, y pintados palafrenes nueue hermosas damas con sus mascaretas, vestidas a lo antiguo, y Romano, con tanta magestad, varias, y diuersas colores, brocados finissimos, y piedras de valor, que aunque para vestirse huuieran consumido aquellos esplendidos, y soberuios tesoros, que el Inga desdichado, aunque famoso Atauallina, dio por su infeliz, y mal-logrado rescate, aũ no parecia sufficiente precio a tan superflua costa; las sienes destas ninfas ceñian preciosas cintas de diamantes, jacintos, y esmeraldas, de quien nacian innumerables, y hermosissimos penachos de varias, y encendidas colores; en las manos traia cada vna vn acordado, y bien labrado instrumento con que hazian, assi de violines, tiorbas harpas, rabeles, y vihuelas vn celestial, y sonoroso ruido, a cuyas dulcissimas cadencias venian con milagrosas vozes cantando, y respondiendose las vnas a las otras estos versos.

Oy

*Oy nuestra fuente, y Parnaso*
*dexamos ausente, y solo,*
*porque a seguir este Apolo*
*solo mouemos el passo:*
*y no llegarà a su Ocaso*
*de Daphne el diuino amante,*
*sin ver de su amor triunfante*
*nuestro heroyco auenturero,*
*pues por premio verdadero,*
*a tal fee espera vn diamante.*

Detras de las nueue hermosas Musas venian enmascarados vna dama, y vn caualliero, ella tan bizarra, y de gentil donayre, quanto èl galan, y bien dispuesto, en vn poderoso caualllo blanco, labrado de espesas, y concertadas pintas negras, paramentos, y guarniciones de brocado morado, bordado de plata, y a concertados trechos de aquellos espejuelos, aunque mas pequeños, y curiosos; su vestido era vn vaquero algo mas rozagante que el del mantenedor, del mismo brocadete morado, quaxado de laçadas, y flores de plata, tirada, en cuyos medios venian engastados los cristalinos espejos, dando de si tan claro resplandor, que como en ellos los rayos puros del Sol, que ya iba al fin de su jornada, hiriessen con blanda fuerça, parecia con sus resplandecientes zelajes otro nueuo, y altiuo Faetonte. Las plumas que al sombrero bordado de cañutillo de plata coronauan, eran blancas, rojas, y moradas, como assimismo los penachos, y testera del caualllo. La gentil dama traia de raso blanco saya entera bordada por tantas partes, y con tan intrincadas labores, que casi no se parecia la blancura de la seda, a que assimismo adornauan muchos botones de oro fino, en cuyos remates se veian preciosissimos diamantes, que en vez de los sutiles espejos, dauan mas pura luz que sus cristales: el cabello de su rubia cabeça, aunque sobrara por adorno las treças naturales, tesoro de las minas, traia cogido con vna redecilla de oro, y vn rico apretador de finas piedras, de quien nacian con vna azul garçota dos plumas blancas, y verdes, que mas graciosa hazian su tersa, y lisa frente; venia en vna remendada, y blanca pia, hollandose con tanta gentileza, como el gallardo, y poderoso caualllo del galan auenturero, en cuyo pecho se veia esta letra escrita en vna tarjeta de oro fino.

*Si con la fee de mi dama*

*Puede igualar mi amor,*
*Será del mundo el mayor,*

Arrojando assimismo la hermosa dama la siguiente:

*Si el firme amor del que adoro*
*Admite comparacion,*
*Oy le iguala mi aficion.*

Con esta graue, y luzida compañia, dieron a la plaça juntos vna buelta, despues de la qual tomando el auenturero licencia de su dama, y cessando las trompetas, y instrumentos, se vino para el mantenedor, a quien saludando cortesmente, le dixo: Por las muchas joyas que veo en aquel aparador, reconozco las pocas q̃ de vuestro mucho valor han grãgeado tantos auenturetos, no obstante la mucha razon, y justicia q̃ consigo traian, defendiendo, y amparando la firmeza de las damas, por donde entiẽdo, que solo este conocimienro os falta, para del todo consumadamente merecer el nõbre de vitorioso caualiero; y aũque esto es assi, no por ello dexo de conocer lo mucho que de honra, y estimacion sois digno; y assi os suplico seais seruido de correr cõmigo tres lanças a ley de buenos caualleros, sin que en nosotros aya mas interès que el prez de la vitoria. Gerardo mientras el auenturero le hablaua, estuuo tan atento, quanto sospechoso de que no era la vez primera, que aquella voz auia llegado a sus oidos; y con este cuidado le respondio, que èl holgaua mucho de darle gusto en quanto le pedia, aunque si su buena suerte le sacaua vitorioso, no podia escusarse de recibir el señalado premio; y diziendo esto corrio vna lãça, en la qual se leuò la sortija, y retirandose a vn lado, dexo la carrera al bizarro auenturero, que como vn passador salio de lla, lleuandose de hilo el argolla, como assimismo en las segundas suertes fueron iguales, lleuãdose el vno, y el otro; adereçandose el cuidadoso mantenedor para la tercera, y vltima, en quien no anduuo tã venturoso, porque tan solamente la tocò, y no con pequeño disgusto puso en el contrario los ojos, q̃ hecho otro Argos, por no errar la sortija, passo la carrera con notable sossiego, hallandose al fin della con el argolla en la punta de la lança,

con

con tantas vozes, y regozijo del vandolero vulgo, que en grande espacio no se pudieron oir, ni entender los vnos a los otros, hasta que los clarines, trompetas, y atambores, juntamente cõ el artilleria de la fortaleza, declararõ con su espantoso ruido por vencedor al gẽtil, y gallardo auenturero, al qual llamando los juezes con exquisitas ceremonias, dieron el estimado anillo, y rico diamante, premio de su destreza, y recibiendole el auenturero, acompañado de sus caualleros, y de otros muchos aficionados de su valor, se vino para adõde su bizarra dama le atendia; y tomando el anillo en su mano le dixo: hermoso dueño mio, siẽpre podeis creer, me he prometido por tocar en cosa de vuestro seruicio el premio destas fiestas, q̃ como la mas firme y constante de las damas, y mugeres presentes, sois digna de posseerle, honrando su valorcõ vuestras manos. Respondeme queria la graciosa dama, quando por inaduertẽcia de las enlaçaduras de la mascara, se le cayò en el suelo, sin ser parte el quererse encubrir del buen Gerardo, (que a la mira de lo que passaua auia estado) el qual quando conocio por vñõ original de la hermosissima Amaranta el bello rostro que mira ua, no se puede con palabras encarecer el alegria, y contento que recibio, verificando entonces la sospecha que en su coraçon auia guardado, de que el vencedor auenturero era el valiente, y amigo Arsenio su querido amante, con que consolado de su perdida, se vino para èl, y quitãdole la mascara que el rostro le cubria, con vn estrecho, y apretado abraço, le dixo: Como famoso Arsenio queriades vsar conmigo semejãte crueldad, boluiendoos sin darosà conocer, dexandome con vuestro vencimiento tan cõfuso? Creedme, que si reconociẽdo la gloria que recibo en ser de vos sobrado, no tẽplara mi disgusto, que oy fuera sin duda muy dificultoso de alcançar de vuestra culpa ningun perdon de mi. No os matauilleis amigo Gerardo de mi cortedad, respondio el gallardo Arsenio, porque aun os estoy mirãdo, y no acabo de creer sois el mismo q̃ de mi se despidio en Seuilla, de quien no me atreuerè yo a presumir sustentara en cõtra de las damas la riguroſa opinion que agora os he visto man-

mantener. Bien està, replicò Gerardo, que al fin vos hablais con la confiança que osda vuestro venturoso apellido, no todos nacen con tã feliz estrella, ni todos, como vos, viuen con la seguridad, y fee que promete el verdadero amor de la hermosa Amaranta, a la qual boluiendose assimismo, y besando le las manos, le dio de su venida las deuidas gracias; y siendo dellu hermosa boca correspondido con no menos gracia que discrecion, todos juntos se entraron en la rica, y bizarra tiẽda, a la misma hora que el claro, y rubio Febo en las saladas ondas de Neptuno; con q̃ viendo que ya no auia mas a que atender los juezes mandaron a Gerardo dexasse la tela, dãdole la gloria, y honra de aquel dia; y auiendose recogido las restantes joyas, se baxaron de los miradores, y andamios, y subiendo à cauallo, pusierõ en medio a Gerardo, y à su vencedor amigo; y con todos los demas caualleros, y galanes, dieron a la gran plaça vna vistosa buelta, acompañados de todos los innumerables instrumẽtos que auian entrado en ella, oyẽdo el noble mantendor, aunq̃ perdidoso, mui regozijados parabienes del confuso rumor de los presentes; y llegando a los miradores de las damas, que ya dello se apeauan, los fuerõ acompañando en muchas, y gentiles carroças, q̃ las agnardauan, hasta el fuerte, y torreado castillo, lleuando en la suya la hermosa, y bella Nise a la forastera Amaranta, y entrambas cõ igual emulacion de sus buenas partes.

Todos los auentureros, como aquella tarde acabauan de correr sus lanças, fueron assimismo combidados de parte de D. Antonio para la siguiente noche, en quien se auian de dar los premios de mejor inuencion, lança, letra, y gala: y assi auiendose jũtado en el castillo, y morada de Don Antonio, con grande regozijo se pusieron en vna anchurosa sala quatro esplendidas mesas, en las quales al son de acordada, y dulce musica, se sentarõ en la primera, y principal los juezes, padrinos, mantenedor, y vitorioso Arsenio, y en la que estaua enfrente las damas, en la de mano derecha los auentureros, y en la vltima todos los demas caualleros, y gentiles hombres, que en las fiestas se hallaron, adonde auiendoseles ser-

seruido con vna magnifica, y sabrosa cena: y leuãtandose las mesas, se començo vn alegre, y concertado sarao, en que dãçaron muchas damas con los caualleros que de sortija auia salido. Lauia con la hermosa Nise dançò la dança de la hacha, y no sin algun enfado del mantenedor. Cosa notable y exagerada fuerça deste verdugo, ò monstruo carnicero, que comũmente en voz de enamorados, llaman zelos; pues sin auerle podido mouer à voluntad su coraçon, la mucha terneza con que de Nise era querido, solo el verla seruida del galan Lauro con tanta aficion, le causò pena; y della, y de sus zelos, poco à poco se fue engendrando vn tan viuo fuego de amor en sus entrañas, que en breue tiempo las passadas ruinas de sus llamas con el presente incendio se echarõ en perpetuo olvido.

Con estas zelosas fantasias entretuuo Gerardo gran parte de la noche, en quien despues de auerse concluido el sarao, en publica voz, y de comun acuerdo de los juezes, se les diò por premio de mejor inuencion, dos riquissimas, y verdes esmeraldas, original hermoso de vna agradable primauera, à los gallardos Sevillanos Saauedras. De mas galan lleuò Arsenio vn labrado, y precioso cabestrillo, rematè en la cabeça de vna arpia, con sutil arte matizada. Lauro de mejor letra ganò vn clauel de oro, cuyo rojo matiz eran rubies; el qual aunque quisiera verle engastado en la nieue, y grana de la diuina frente de su prima, no se atreuiò a ofrecerle, temiendo, que su victima auia de ser de sus sagradas aras despreciada; y no se engañò, que del passado atreuimiento la tenia no poco sentida. Vltimamente, de mejor lança al mantenedor con generales votos se le diò el hõroso premio. Y auiendose entendido el acertado juizio, y acuerdo de los juezes, se començò de las almenas, torres, y reuellines à disparar el artilleria; y de las ventanas, rejas, y balcones à oirse infinita musica de trõpetas, clarines, caxas, y pifanos, à cuyo son, y estruendo aquellos Caualleros se fueron recogiendo a sus posadas, hasta el siguiẽte dia; en el qual se renouarõn las alegres fiestas, corriendose del campo de Tarifa doze ferozes toros, en quien se hizieron venturosas suertes, particularmente el va-

lero-

leroso Leoncio, cuyos braços alanceò tres, atrauessando con igual valor, y tristeza al valiente animal en la primera suerte, desde el alto cruzero, hasta la dura planta del pie izquierdo, y con otros semejãtes sucessos, auiẽdole tenido hasta el fin bonissimo las alegres fiestas, con extraordinario regozijo de D. Antonio, y de los demas caualleros, se cõcluyerõ, dando todos los forasteros, y damas a sus ciudades, y casas la buelta, excepto el valiẽte Arsenio, y su querida prenda, q̃ importunados de Lauro, Leoncio, y Gerardo, huuieron de quedarse con ellos algunos dias, q̃ gastaron en entretenida caceria, mõteando aquellos grãdes, y cerrados bosques, de q̃ la antigua Cesarina està como assombrada. En este tiempo, auiẽdo ya crecido con mas claras, y amorosas señales los fauores q̃ la gallarda Nise hazia al gentil Gerardo, y en èl descubierto se el reconocido agradecimiẽto de su amor; al mismo passo se fue aumẽtando en el zeloso Lauro la rabia intrinseca del embidioso fuego q̃ su alma encendia, rebentãdo parte de sus ardiẽtes llamas el amoroso Etna de su pecho, en las sentidas razones desta cancio, bien q̃ disimulãdo por respetos justos en ella sus sospechas; y hallãdo ocasiõ oportuna, forçado de tan rigurosos desdenes, hizo q̃ entre su llanto, discante, y tiernos suspiros, llegasse à los oidos de su amada prima, que en la misma hora reclinaua el pecho sobre los hierros de vn balcon, que daua vista a vn deleitoso jardin, a cuyas paredes casi pretendian escalar las aguas del rio Guadalquiuir, q̃ à la sombra de copados alamos por alli se deslizauan, graue, y sonorosamẽte.

LAVRO, A NISE.

*O mas q̃ la siluestre palma ingrata,*
*ni esperanças, ni fruto (ta,*
*hallo, ni espero de tu hermosa mano,*
*q̃ nũca da la vida, y siẽpre mata*
*tu amor, que era tributo (no,*
*para rẽdirle tarde, ò mas tẽprano,*
*por noble, o por villano,*
*por tiempo, ò por antojos,*
*por todo rõpe altiuo, y imposible*
*presunciõ soberana, aunq̃ terrien tan humanos ojos, (ble*
*eternos vencedores, no vencidos,*
*siẽpre ganados para ver perdidos*
*En otro carmen q̃ à la casta diosa*
*de virgenes Vestales*
*consagrò la deuota serrania*
*vn año ha (ò fuerça poderosa*

de

de estrellas celestiales)
robò mi libertad tu tirania:
mas no correspondia
al concurso amoroso
el astro, q̃ instruyẽdo por tu parte,
quando mi estrella me forçaua à
fatal, y riguroso, (amarte,
por tantos modos se inclinò a mi
daño,
q̃ viuo sin vẽtura oy hazẽ vn año.
Si quando yo te vi luego cegara,
con menos sentimiento
castigo, y confusion reconociera,
en ausencia del biẽ q̃ tãto amara,
mas ay que veo, y siento
de mi dolor la causa verdadera;
no fabula, ò quimera
de hermosura fingida,
tantos estremos de belleza jũtos,
distingo en partes lineas, y por
que apenas es creida, (puntos,
como la siento yo por contẽplarte,
hermosa en todo, y qualquiera
parte.
Yo cantè otra vez, bien lo dixera
este dormido rio,
que menos soñoliento caminaua,
antes q̃ viesse Abril su primaue-
quando el inuierno frio (ra,
su curso con las aguas despertaua
el que viò que cantaua,
tan cruel como hermosa,
y agora estàs cruel, y peregrina,
confiesso tu hermosura por diuina
mas no eres pidaosa
en el rigor que sigues obstinada,
ni tierna, ni rẽdida, ni obligada.
No viste seco, barbaro, y desnudo
este fresno valiente (ços
de verdes hojas, q̃ en estrechos la-
à los rayos del Sol siruen de escudo:
ya està vestido, y siente
calor, vida, y amor, besos, y abra-
por terminos y plaços, (ços,
ni largos, ni terribles, (ça
dichoso mas q̃ yo, pues ve, y alcã-
vn tronco vil el fin desu esperãça
y a tantos imposibles
rõpe esperãdo vn dia, y otro dia,
ò mas cierta esperança q̃ la mia.
A sumo bien mi pẽsamiẽto aspi-
mas presumo que puedo, (ra,
vn Icaro atreuido retratara;
pero su fin, y exemplo me retira,
y escarmentado quedo,
porque sino sufriera, no baxara,
ni al padre lastimara,
ni al mar nombre pusiera,
Icaro fue atreuido sin ventura,
pues pagò con la muerte su locu-
O jala yo pudiera (ra:
subir por este medio à merecerte,
porque hallara mi vida entre la
muerte.

Aun sin las tristes lagrimas q̃ acõpañaron los passados versos, bastara la terneza de su estilo a conuertir en regalada cera qualquier empedernido coraçõ. Mas el de Nise, como agena, mal sin ofensa de su dueño, podria dexarle diuertir, de que ella

ella viuia tã descuidada, como del remedio de su primo, que mas abrasado en su zeloso fuego infierno, raras eran las ocasiones que la assistencia de sus ojos dexasse comunicar los dos amantes, cosa que en el tierno sugeto de la bella Nise, como mas fragil, y insufrible, causò no pequeño desassosiego, y pena; y deste desconsuelo dieta mayores muestras, à no yrla à la mano la discreta Amaranta, a quiẽ por alivio, y remedio de sus tormentos, tuuo por acertado el descubrirse, y assi para mejor con ella comunicar à solas su pensamiento, auiendo en vna serena, y clara noche tomado la por las manos, juntas se baxaron al amenissimo jardin, que hermoseado de variedad de arboles, plantas frutiferas, y olorosas, adornaua a vn entrejado quarto del castillo, aposentos de Leoncio, Arsenio, y Gerardo, desde cuyos dorados balcones, que à la misma hora, por gozar del blando, y fresco viento ocupauan, pudierõ ver à las gentiles damas, que con seguridad, y descuido de ser descubiertas, en los cristales puros de las corrientes bullicios as de vna perene fuẽte, tributaria del Betis, engastauan el terso, y albissimo alabastro de sus candidos, y neuados pies, sugeto, q̃ el gentil, y aficionado Gerardo escogiò para assumto, y materia del Soneto siguiente; el qual pidiendo vna vihuela, cõ admirable gusto de sus amigos, comẽçò à cantar de aquesta suerte.

*Betis, mientras la dulce Filomena*
*Le lleua el tiple à tu sonora plata,*
*Y el ~ estro tambien su voz desata*
*En las acordes hojas donde suena;*
*Peina tus ouas, y tu rubia arena*
*Con laços de oro al verde margen ata,*
*Y à tu linfa veloz que el viento trata,*
*Pues la pisa mi Nise, el curso enfrena.*
*Reciba tu cristal à aquel que goza*
*Vn alma, de vn hillo solo digna,*
*Y en tus luzidas ondas se recrea,*
*Pero corre à mi vista la cortina*
*De marfil puro con que en ti se emboça,*
*Aunque siendo Anteon, Diana sea.*

Ape-

Apenas reconocio la hermosa Nise los acentos de la amada voz de Gerardo, quando sossegando en su pecho la repentina alteracion, que auia causado, con admiracion, y gusto suyo, y de Amarãta, suspendieron el regalado entretenimiento, diuertidas con la apacible y discreta harmonia de la amorosa cancion, que casi oyendola se le antojaua a Nise profundo sueño, segun era el amor en que se ardia, pues teniendo tan peregrinos requisitos de belleza, aun se reputaua por indigna de ser pagada de Gerardo cõ otra igual voluntad; el qual no cantò estos versos con tanto silencio, ò recato, que dexassen los ecos de su voz de llegar a los oidos del cuidadoso Lauro, a quien pequeña causa fue bastante para leuantarle de su lecho, y saliendo a vna reja, que de su quadra, y debaxo de los balcones de Gerardo salia al mismo jardin, pudo desde sus hierros oir los q̃ el ciego amor iba forjando en el pecho encendido de Gerardo, quedãdo con el auer entendido sin distincion el nombre de su dama desengañado, ò por mejor dezir, cõfirmado en sus sospechas: y esto con tan arrebatado sentimiento, que a no quebrar la fuerça de sus penas en espesos, y acelerados suspiros, pudiera ser anegarse entre su amargo llanto, cuyos gemidos tiernos siendo de Gerardo, como tan vezino a su origen, entẽdidos la experiencia de semejantes golpes, le hizo reconocer al pũto la causa q̃ le obligaua, y assi se retiro con su hermano, y amigo a sus lechos, temeroso de que hablandole por ventura la hermosa Nise, de su inaduertẽcia procediesse mayor inconueniente en el zeloso caualliero, que viendo recoger a las damas, que tambien lo auian sentido, hizo lo mismo, aunque cõ diferente pensamiento que su prima, la qual mas que nunca, satisfecha de que su aficion tenia de Gerardo recompensa, durmio con mas sossiego que hasta entonces, lo restante de la prolixa noche: y no passaron muchas, sin que dexasse de verse a solas, y como deseaua, con su querido amante, lo qual siẽdo Lauro recogido se podia facilmente efetuar, donde biẽ se puede creer sin dificultad, que estando tan dispuestas estas dos voluntades, no dexaria el ciego dios de hazer sus efetos, animando al vno, y acobar-

dando al otro: pues al fin sin resistencia, Nise se sugetò a sus ciegas leyes, y al aluedrio, y gusto de su amante, el qual con el nueuo, y dulce entretenimiento ya se estimaua por tan alegre, y venturoso, como hasta aquel punto se auia reputado por triste, y desgraciado.

O Lauro, como en tan solicito cuidado caber pudo descuido, y ocasion tan en tu daño? y como en tan rica, y inestimable joya, siendo para ti solo reseruada, pusiste cobro igual a tu ventura? quien tan tristes, y miserables nueuas se atreuera a llenar a tu alma, sino es el coraçon, que como la mas leal prenda de tu pecho de su infelice suerte seria aduino? Y verdaderamente entiendo que esto fue sin duda, porque siendo imposible, segun el recato de los dos amantes, saberse sus amorosos hurtos, solo por los motiuos, y presunciones de su zeloso coraçó, ya a los ojos de Lauro el bello rostro de su prima parecia monstruo fiero, cõuirtiendo su amor en odio inmenso, y su passada voluntad, y aficion en deseos sangrientos de vengança, la qual sin dilacion começò a tratar; y parecíe dole, que la mas cruel, y terrible q̃ de Nise podia tomar, seria quitarle de delante a Gerardo, luego trato el darle muerte

Ya auia muchos dias, q̃ faltando de su ciudad, y casa de Arsenio, y Amaranta, erã de los amigos que allà les deseauan, tan solicitada su buelta, que les fue forçoso tomar licencia de aquellos caualleros, y como Leoncio huuiesse de su hermano entendido la obligacion en que les estaua, huuo tambien de aparejarse para acompañarlos en aquel viaje, haziẽdo lo mismo Gerardo, teniendo ya de su querida Nise por la propia razon en el beneplacito, aũque con harto sentimiẽto de su alma, y mas del que puedo yo exagerar con mi corta, y humilde pluma. Bien que fueran los nobles dueños de Cesarina escusar la penosa ausencia de sus amigos, y en particular la de los dos agradecidos hermanos. Mas viendo su determinacion, huuieron de sufrirse, despidiẽdose con tiernos abraços de Arsenio, y Amaranta, y con importunos ruegos de su breue buelta de Leõcio, y Gerardo. Especificar el llanto de Nise es escusado, porque, ni la prometida fe de su amãte, ni la

que

que Amaranta le ofrecia de hazerle boluer en breue termino pudo consolarla; y assi serà forçoso passar sus lagrimas en silencio, hasta que con la vista de su querido dueño tengan el fin alegre que pretenden, aunque primero padecio la triste dama, no pequeños disgustos, y tormẽtos, porque como Gerardo suspendiesse en aquella confusa Babilonia su deseada buelta, y el termino secretoque de su Nise auia lleuado con otros muchos dias, se passasse, no pudiendo su tierno sentimiẽto sufrir el exceso injusto, y riguroso de su amãte, y por otra parte temiendo algun desastrado sucesso en su persona, se determinò a atropellar honrosos inconuenientes, y assi sin mas dilacion dio parte inconsideradamente de su pena a vn Berberisco esclauo, aquiẽ por auer nacido entre sus braços, como dizen, y otras particulares razones (que aunque friuolas, para quien como ella amaua pare cerian bastantes) tuvo por biẽ el confiarse de su persona, a la qual auiendo primero grangeado con algunas dadiuas, y prometiendole por la seguridad de su secreto otras mayores, le despachò a Gerardo con vna carta muy deseoso de acertar a seruirla, llegando en breues horas a Seuilla, y en su termino a la morada del valiẽte Arsenio, de quien ya lleuaua entera noticia, en cuya agradable amistad, y compañia, hallando al buen Gerardo, sin detenerse vn punto le dio la carta de Nise, recibiendola èl con el gusto, y deseo que su voluntad requeria, aunque la demasiada confiança q̃ su dama auia hecho de tan importantes negocios, templò algun tanto, y con razon, su excessiuo contẽto. Mas viendo que ya no tenia remedio, huuo de hazer buen rostro al mensajero, y mandole descansar, entretanto abriẽdo la carta, leyò en ellas las siguientes razones.

NISE, A GERARDO.

*NO el temor de que vuestra palabra pueda faltarme en algun tiempo, es causa de que poniendo mi honor tan al tablero, confie con tanta facilidad de vn tan humilde sugeto el secreto importante desta carta, porque solo ha podido mouer mi volũtad, la mucha que de veros tienen estos cansados, aunque de derramar lagrimas no lo estaran, en tanto que los amados vuestros con sus rayos sacan de las amargas*

*tinieblas en que vive a mi afligido coraçon, que este solo remedio puede (como el mas eficaz para mi alma) escusarle de tan tristes tormentos.*

Otras mil vezes besò, y leyò Gerardo el tierno papel, y breue carta de su llorosa, y apassionada Nise, y muchas mas le leyera, si la infinidad de lagrimas, y suspiros, que en satisfacion de la pena de su tardança la ofrecio su amor en sacrificio, no le suspendieran; y assi no queriendo con su ausencia tener a su amada señora en mayor desconsuelo, mandando regalar al mẽsajero, le despidio con suma breuedad, dandole por respuesta, demas de vna muy tierna, y amorosa carta, q̃ de palabra aduirtiesse a Nise de su breue partida, la qual seria la siguiente noche.

En este tiempo no dormia el zeloso cuidado del enojado Lauro, cuyo vengatiuo, y colerico pensamiento, a mas andar crecia en su animo; de suerte, que no sufriendole el coraçon tanta tardança, se determinò a ponerle en execucion, matando a Gerardo antes que saliesse de Seuilla, como en lugar mas oportuno para el cumplimiento de su dañada intencion, y assi tomando en su compañia vn animoso, y valiente criado, de quien èl se confiaua, sin darle cuenta a sus tios de su ausencia, tomaron el camino de la Betica, y confusa Babilonia, a quien no permitieron los contrarios, y enemigos hados llegasse con la vida, porque yendo bien descuidado de su mortal desastre, caminando la noche del amargo dia que salio de Cesarina, platicando con el criado que lleuaua de su sangrienta empresa, y descubiertamente de la afrentosa sospecha, que de su prima, y Gerardo le obligaua, antes de la mitad del vlado camino encontrò con ellos el esclauo, que con la respuesta de Nise muy alegre, y contento caminaua, que como de Lauro fuesse conocido, y èl de su breue ausencia estuuiesse ignorante, con alguna alteraciò, y mayores vozes le començò a preguntar la causa de su viage, cosa que no dexò en el pobre siervo de causar bien grande cõfusion, y passara a mas que sobresalto, si con otro mayor no oluidaran todos la presente inquisicion, siendo en aquel mismo instante salteados impensadamente de quatro soldados foragidos, que retirando el

cue-

cuerpo al tercio de la carrera de Indias, venian salteandoscõ otros tantos arcabuzes a quantos encontrauan, los quales poniendoselos a los pechos, les pidieron las bolsas, y vestidos, siendo de los tres el peor librado el desgraciado Lauro, porque queriendose poner en defensa, le metieron dos valas por el cuerpo, cayendo miserablemente en el suelo, adonde con las espadas, y su furia le acabaron de matar, con inmensas lagrimas de su criado, y esclauo; aunque reconociendo su peligro, y lo mal que podian vengarle, tuuieron por acertado el ponerse en cobro, sin que los ya encarnizados ladrones pudiessen darles alcance; bien que no les parecia bolver con semejantes nueuas a Cesarina, temiendo cada qual lo q̃ podia resultarle por auer assi desamparado a Lauro, con que tuuieron por mas seguridad el alargarse la tierra adentro, huyendo el cuerpo lo mas que les fuesse posible a Cesarina, para adonde en este punto caminaua el buen Gerardo; de cuya suerte, y fortuna en esta ocasion no podia quexarse con razon, pues milagrosamente librò el cielo su vida de dos tan conocidos riesgos: porque fuera muy cierto, viniendo como venia solo (que aun de la compañia de su valeroso hermano, dexando por justos respetos en Seuilla, no auia querido valerse) ò el morir a las manos del zeloso Lauro, ò a las sangrientas, y ciuiles de sus quatro homicidas, que ocupados en el despojo del difunto cauallero, auiendo entonces retiradose con èl de el camino real a la espesura, dieron lugar a que libremente pudiesse Gerardo concluir esta noche misma su deseada, y breue jornada, llegando al fin della, quando los rayos del Sol, a las soberuias cumbres del fuerte, y torreado castillo de Cesarina, adonde entrando supo como auia salido tres horas Don Antonio, y Don Enrique a matar vn grande, y furioso xauali, de quien tenian noticia que alli cerca, con no pequeño daño, se apacentaua; con que mas contento de lo que dezirse puede, por ver con mas seguridad, y secreto su amada y bella señora, se fue para su aposento, adonde no auiendola hallado, con ser tã de mañana, preguntando por ella algo mas cuidadoso, le fue aduertido

de vna de sus donzellas, como estaua en el jardin, al qual no auiendo sido pereçoso en baxar, la vio q̃ con amoroso cuidado animando con su diuino aliento la hermosura, y fragrãcia de las flores, entre diuersas murtas, claueles rojos, blancas, y moradas violetas, ofreciendole todas sus despojos, forjaua con las nevadas manos vna pintada, y texida guirnalda, en tanto, que cõ la dulce lengua explicaua con suauisima armonia en los siguiẽtes versos los ardientes, y eficacissimos deseos de su alma; que oyendola su tierno, y aficionado amante, no queriendo romper su dulce canto, suspenso, y elado con su sonoroso ruido, guardando igual silencio las parleras aues, fresco, y agradable Fabonio, que todos muy alegres la escuchauan, oyo, que tomando por idea la que representaua vna enroscada vid de vn olmo verde, desta suerte dezia:

*Tu parda sierpe de torcidos laços*
*Hazes coyunda al infecundo esposo,*
*Y por gozarlo en talamo frondoso,*
*Las hojas bocas, los sarmientos braços.*
*Tu olmo excelso admites los abraços,*
*Y del santo Himeneo en el reposo*
*Permites a la Vid, que el licencioso*
*Cuello recline en ti, tu en sus regaços;*
*Assi contra su curso en su discurso*
*Os priuilegie el tiempo, y de los vientos*
*Burleis la furia en su mayor concurso.*
*Que le leais de amor los documentos,*
*Quando descanse en vos del agil curso.*
*El ingrato que huye a mis intentos.*

No lo permita el cielo, Niseria, dixo a las vltimas cadencias del soneto el buen Gerardo, q̃ no merece la firmeza de vuestro amor por paga semejante recompensa. O quien sin alargar estos discursos pudiera aqui pintar cõ el fino matiz de sus afectos las muestras verdaderas con q̃ el inmẽso regozijo de la gallarda Nise dio a entender en obras tiernas, y amorosas palabras al querido amãte su apassionada volũtad

luc-

luego que los deseados acentos de su voz tocaron en sus oidos, a quien sin reparar en el daño que de ser vista se les podia conseguir, como loca, y sin sentido, le ciñò el cuello con sus braços, diziendole: Si de tan graue, y dilatado descuido houiera de tomar la vengança de que sois merecedor, cõ justa causa pudieran oy los laços que os añudan, retirarse de tocaros con tanto estremo: mas viuo ya tã temerosa de que sabreis pagaros, que a trueco de no veros tan libre, como en mi ausencia sospecho avreis andado, me es fuerça que dude, aun el quitaros desta cadena. Por cierto dueño mio, respondio Gerardo, que aunque la vida se arrestara en tal prision, estimaria por menos mal perderla, que verme della libre; y pues de mi descuido redunda tanta gloria, que justicia teneis para llamarme descuidado? No le faltaua mas, replicò Nise, a mi fortuna, segun es de corta, sino que de los presentes fauores vengais oy a tener ocasion de atormentarme con nueuas sinrazones. A esto riendose Gerardo, con otras amorosas, y alegres platicas la tomò por la mano; y subiendose a lo alto del castillo, despues de auer tratado con alguna sospecha, de la tardança del esclauo, y no pensada ausencia del ya difunto Lauro, tomando de su dulce boca licencia, se entro en su quarto, adonde descansando del penoso trabajo de la passada noche, durmio con mas sossiego la mayor parte del dia, y lo restante, y otros dos siguientes en el regaço amado de su dama, hasta que viniẽdo su padre, y tio, tuuieron sus contentos menos seguridad.

Mucho se holgaron los dos nobles hermanos con la presencia de Gerardo, aunque con el auerse quedado Leoncio, se huuo en el agradecido pecho de su amigo Don Enrique de templar esta alegria, que durò en tanto que la muerte del sin vẽtura Lauro estuuo encubierta, que no fueron diez dias, al cabo de los quales llegò vna estafeta embiada de la justicia de Cordoua, auisando a Don Antonio, de como en su poder quedaua preso el fugitiuo esclauo, q̃ temiendo la indignacion de su dueño, huyendo su presencia, fue detenido en aquella ciudad por la vehemente sospecha de sus hierros, y señales;

cosa que a todos dio notable contento, aunque Gerardo, y Nise mas quisieran por el secreto de su negocio, que nunca huuiera parecido. Luego al punto despachò Don Antonio por su esclauo, cuya perdida auia sentido con notable estremo, y no tardò mucho en este mismo dia de llegar la desdicha-da nueua de su sobrino, cõ tanto dolor, y tormento de su alma, quanto las muestras rigurosas de su sentimiento lo dieron bien a conocer. Esto se supo de vna carta, que desde Mora (villa de Portugal) embiò a Don Antonio el criado de su sobrino Lauro, y cuyo triste discurso es el siguiente.

CARTA.

*AVnque pudiera escusar esta diligencia, la cierta, y mortal pesadumbre, que forçosamente sè aueis de recibir, con todo esso pudo mas conmigo la voluntad, y amor, que como obligado siruo deuo a mi difunto dueño, y vuestro amado Lauro, cuya vengança ha incitado mi coraçon dados cuenta de su muerte, y de la vehemente sospecha con que de sus homicidas quedo en este Reyno de Portugal, para el qual me parti la misma noche que de Cesarina faltamos mi señor, y yo, dexandole muerto cerca de la encrucijada que hazen los hondos barrancos del bosque de las Yeguas, adonde auiendonos salido quatro hombres, nos empeçaron a apretar de suerte, y con tan rabiosa determinacion, que nuestros pies, y diligencia pudieron saluar mi vida, y la de vn esclauo vuestro, que en aquel mismo punto con nosotros se auia juntado, quiçà para que tan enorme delito no se quede sin el castigo que merece. Y assi sabreis, señor, que el intento de nuestro repentino viage, aunque tan contrario saliò su sucesso, fue solo a matar à Gerardo vuestro intimo amigo: y la causa que de mi dueño entendi, era tan bastante, quanto a obligarle conuino, pues della resultaua la honra, y fama de vuestra vnica hija, cuya afrenta cõseguia con ilicito amor. De aqui presumo, y aun tengo por sin duda, que entendiendo estos pensamientos forjados en su daño, el traydor Gerardo pondria el remedio, haziendo del desdichado Lauro lo mismo que èl pensaua hazer de su persona; y de aqueste sospecha haze mas vehemente los indicios, auer entendido yo de su hermano Leoncio, a quien la mañana siguiente hablè en Seuilla, la jornada que la tarde antes auia Gerardo començado para Cesarina, adonde si estuuiere, podeis señor a vues-*

*a vuestro salvo, y con mejor inquisicion verificar estos mas ciertos, que imaginados pensamientos.*

Apenas desta carta huuo leído los vltimos renglones Don Antonio, quando sin ser poderoso a soportar tan intimo dolor su animoso, y noble pecho, se quedò fuera de todo su sentido, y cayendosele el papel de las manos, fixo en èl los tristes ojos, con muestras, y señales de tan cruel tormento, q̃ causò no menor pena, y cuydado en el querido hermano Don Enrique, que sólo en esta ocasion se hallò presente; y assi temeroso de que algun graue accidente huuiesse en tal estado puesto a Don Antonio, llegandose àzia èl, y trauandole por las manos, hizó de suerte, que le boluio en su acuerdo, y con tan acelerados suspiros, quanto dos tan tristes, y lamentables casos requerian, los quales auiendo entendido Don Enrique, casi le pusieron en el mismo termino: porque demas de ser tenido por vnico hijo, y heredero de entrambos el difunto Lauro, la afrentosa sospecha de la ignorante Nise acrecentaua, y subia de punto su dolor; bien q̃ el estar acostũbrado a tan crueles golpes, y juntamente con su mucha prudencia, hizo que mitigandose mas su colera, tratasse con su hermano mas atentadamente la vengança, y remedio destas cosas, que comunicadas con secreto silencio, por entrambos, acordaron prender à Gerardo, antes que de su intento tuuiesse auiso: todo lo qual, no sin grande admiracion de nuestro caualler, se puso por obra, cogiendole descuydado en su aposento, desde adõde le lleuarõ à la fuerte, y escura torre, que èl bien conocia, en cuya guarda, dexando dos criados de confiança, con otros quatro se partieron al bosque desdichado de las Yeguas, adonde sin mucho trabajo, hallaron en vno de sus hondos barrancos el cuerpo muerto del mal-logrado Lauro, mas tan horrible, hinchado, feo, y hediódo, que assi por esta causa, como por estar desnudo, y ya por muchas partes comido, y descarnado de las voraces fieras, les puso en notable confusion, y duda, de ser el mismo que buscauan, hasta que mirandole con mayor solicitud de los que con tiernos ojos le llorauan, fue conocido en vna

señal

señal que la siniestra parte de la barba le partia, con que sin mas aguardar, cubriendole cõ vn capete negro, dierõ la buelta a Cesarina, que a esta hora, auiendo entendido la secreta prision de Gerardo, andaua la gente della muy alborotada; y principalmente la hermosa Nise, cuya turbacion fue sin igualdad mayor, quando queriendo llegar a hablarle a la torre, impidieron su gusto las solicitas guardas, diziendola, como estauan en particular mandados, y aduertidos, para dificultarle su vista, mas que otra alguna, cõ que tan precisa orden acabòde entender nacia sin duda de la mala que en sus amores auian tenido, y desta la de la triste prisiõ de su amante, sospechando huuiessen llegado a noticia de su padre, y tio, de los quales, y no sin justa causa, començana a temer el rigor de su ofensa: aunque el amor, y voluntad ardiẽte que a Gerardo tenia, animando su tierno coraçõ la dio esfuerço, y valor para aguardar por el mil muertes, dispuesta a morir en su compañia, antes q̃ dexarle por ningũ humano, y mortal respeto. Determinacion por cierto de muger ilustre, y varonil, si al cumplimiẽto della no hizieralo que las mas suelen acostumbrar con su inconstante, y mudable condicion.

No atropellaua en este trance con su aficion Gerardo menos dificultades que su dama, que como de la muerte de Lauro estuuiesse inocente, solo en esto otra ocasion paraua el origen de su prision, alegre, y cõsolado de que en causa de tãto aprieto conociesse Nise su amor, y lo poco en que estimaua por èl su vida. A vna hora de la noche, llegãdo con el difunto caualiero los dos tios, pusieron con este espantoso espectaculo treguas en los passados discursos, y imaginaciones de los dos amantes, descubriẽdo por homicida suyo al buen Gerardo, q̃ hallandose inocente, y sin culpa, no tuuo su prision por de tanta calidad, solo hizo grandissimo sentimiento, de que sin muy bastãte aueriguaciõ se huuiessen aquellos caualleros mouido a alborotar el Andaluzia con su injusto cautiuerio, pues de obligaciõ, siendo tan particular su amistad, deuian proceder con mas justificacion que la vez passada en la causa de la hermosa Clori; y desto se quexaua tan

des-

descubiertamente, y con tan pesadas razones, quãto su enojo, y colera requerian, sin que por entonces fuesse de Dõ Antonio, ni su hermano satisfecho en mas que procurar ellos satisfacerle; y assi el dia siguiẽte enterrando al pobre Lauro, despacharon con grande diligencia a la villa de Mora por el criado que dio el passado auiso, y juntamente a Cordoua a solicitar la venida de su esclauo, suspendiendo entretanto otra menos importante diligẽcia. No se hizieron estas con tã poco estruendo, y alboroto, que al tercer dia dexasse Leõcio de saber el riesgo que corria su hermano, con que sin dilatar vn pũto su venida, acompañado de otros muchos deudos, y amigos, entrò en Cesarina; solo Arsenio, por hallarse entonces ausente de Seuilla, no siguio su cõpañia; ò lo mas cierto, por suspenderle su desgracia en otro tan desastrado, y triste, quanto en este vltimo; y tragico discurso quedarà, si ya no muy particularizada, a lomenos apuntada. Leoncio, y sus parientes, y allegados se apearon en la primer posada, no teniendo por segura la que del castillo se les embiò a ofrecer por aquellos caualleros, de los quales auiẽdoles ido a visitar, entendio mas de proposito el que aprender a su hermano les auia mouido, dexando en silẽcio la causa de Nise, que esta, mas por la infamia que su incertidumbre, quedaua entre rẽglones. Tambien no sin harto contento aduirtio de sus razones el poco daño que en los indicios mal fundados auia, aunque no lo dio a entender; antes en sus palabras, y afectos hizo muy grandes muestras, y sentimiento del agranio que se les hazia, y de lo mal q̃ a sus obligaciones auian correspõdido, pues cõ tanta facilidad, y por carta, y prefuncion de quiẽ deuiera tenerse por mayor reo; y con mas justa causa, assi auian mouido el peso de su buen juizio, y prudẽcia; y a estas añadio otras tã enojosas, y enconadas razones, que casi estuuieron de parecer de dexarlo, juntamente con su hermano, aunq̃ fuera, si lo intentaran, vltima perdicion de todos, segun iban los deudos, y amigos de Gerardo de biẽ apercebidos; y assi leuãtandose Don Antonio, le dixo: Si de la prision de vuestro hermano hazeis tal sentimiento, aduertid Leoncio, q̃ la injusta

muer-

muerte de mi sobrino requiere aun mas sangrientas diligẽcias: ello está puesto en tela de juizio, y vos no tan disculpado, que podais hablar en caso tan pesado cõ tan libre disgusto, Gerardo es vuestro hermano, y del se puede presumir no escusara el daros parte de su intento, y pues hasta mejor ocasion, aunque se entiende esto, se dilata, sufrios, y enseñad mas paciencia, y menos quexas, que hasta agora se ha procedido justamente; y ya podria ser, que lo que a vos parece leue cargo, os ponga antes de muchos dias en cuidado. Mas dixera el apassionado caualle-ro, y peor fuera respondido, si D. Enrique, que menos ciego estimaua al valeroso Leoncio por amigo, no les atajara, metiendose de por medio, cõ que sin aguardar mas razones, bolnio las espaldas Leoncio, y saliendose del castillo se vino a su posada, adonde auiendo igualmente cõ amigos, y deudos conferido este caso, y vltimamente su parecer, que era pedir, como en sucessos tan arduos se acostumbra, que el temido Consejo de la grãde Hiberia conociesse deste negocio, satisfecho de que tẽdria algun aduerso fin, si su justicia quedasse al aluedrio de D. Antonnio, pues siendo absoluto dueño, y señor de los juezes, que èl por su mano señalaua en Cesarina, forçosamente harian en todo su gusto; cosa que auiendoles quadrado generalmente, se puso al punto por obra, auiendo Gerardo primero apelado de su injusta prision, y hecho otras mas essenciales diligencias en aquel poderoso tribunal, y Audiencia, de quien sin dilacion despacharon por el. En el interin llegò la gẽte que auia ido por el esclauo, y trayendole a buẽ recaudo, luego que a la presencia de D. Antonio llegò, sin esperar aun a que se le preguntasse la ocasion de su fuga, auiendose arrojado a sus pies, y pedidole escuchasse aparte, cõfesso de plano quanto de sus secretos amores Nise le auia cõfiado, entregandole juntamente la carta de Gerardo: hecho por cierto digno de vna tan vil criatura, y muy mejor merecido, de quien para caso tã importante eligiò su pecho. Aqui visto por Don Antonio el mal remedio que ya podia conseguirse en el secreto de su honra, dando vozes, y quexandose

dose a los cielos de su afrenta, bramaua como agarrochado toro. No le parecia a Don Enrique exagerado estremo el q̃ en su hermano veia, sospechãdo sin duda lo que ya èl entendia de la boca de su esclauo, cuya venida apenas llegò a los oidos de Nise, quando temerosa de lo que sucedio, y oluidada de su amorosa determinacion, dexò al pũto, sin ser de nadie oida, ni vista, la casa de su padre, encerrandose en vn Conuento de Monjas, fundaciõ de sus antepassados, desde adonde sin mas dilatar su pensamiẽto, hizo saber esta mudança a su enojado padre, que ya de atormentado, y triste, casi no sentia estas desdichas, y afrentosos trabajos. Mas viendo que la causa principal, y fuẽte de donde manauan estaua en su poder, cierto de su vengança, recibia algun consuelo, y mas se le aumentò con la venida del criado de Lauro, à quien recibiendole su dicho, y declaracion, fue la misma, y con las mismas falsas presunciones la carta, que aũque por la del esclauo se conocia claramente la variedad, y encuentro de entrambos; pues el vno dezia auerle dexado en Sevilla, y el otro auerle parecido de los homicidas, todavia el caso, demas de ser atroz, podia poner cuidado a qualquiera animoso coraçon. Por otra parte el sucesso de sus amores dañaua en Gerardo la reputaciõ, y afeaua la inuiolable fee de la verdadera amistad, aunque estos yerros, por lo que son dignos de perdon, admitian disculpa.

Muchos caminos intentò nuestro desgraciado, y preso Gerardo para conocer la determinada voluntad de Nise, en quien por dueño, y señora de su alma tenia puesto el remedio de los presentes infortunios, pareciẽdole, que el vltimo seria recibirla por dichosa compañia. Mas tenian sus contrarios con tanta vigilãcia atajados los passos, que no fue possible el llegar à las manos de Nise algunos papeles, que para este fin escriuiò, porque solo en el de su vida tenia puesta dõ Antonio la proa: de suerte que assi por su persona, como por las de aquellas Monjas, que cõ su hija estauan, tratò de persuadirla, à que en todo acaecimiento negasse auer con Gerardo tenido mas que vna licita amistad, aduirtiendole, que in-

ta-

faliblemente Gerardo auia de morir, con que si otra cosa dixesse, demas de hallarse sin su cõpañia, su honor quedaua defraudado, y perdido, y otras cosas, que siendole ya con blãdas razones, y ya cõ rigurosos afectos propuestas, fueron bastantes a reducir su coraçon a la voluntad paternal; oluidando la inmensa, y ardiente, con que poco antes auia propuesto morir por su Gerardo. No hizo Nise de su variable mudança libro nueuo, que siendo esta en todas casi general costumbre, poco puede admirarse, quien auiendo leido los efetos de su amor, passare los ojos por el fin que tuuierõ. En efeto Nise determinada a padecer mil muertes por su amante, oy rompiendo el hilo de su firme intento, sola la ausencia de diez dias de prision, y el temor de vnas liuianas amenazas mueuẽ su gusto, conformandose en cõtra de Gerardo a no salir de la orden expressa de su padre, y tio. Esta nueua mudança, por lo que de triste para Gerardo tuuo, llegò como siempre suelen las malas nueuas a sus orejas, haziendo en su alma tan sangrienta, y cruda operacion, que en su igualdad, ni las passadas tragedias de sus difuntos, y passados amores recibian comparacion, antes ayudaron a la presente calamidad, con tan eficazes penas, quanto fines, y remates tã desdichados podiã causarle; y lo que con rigor atormentaua a su memoria, aunque parece increible, mas era el confirmarse de nueuo por hijo desdichado de su contraria suerte, que el considerarse burlado de la inconstante fee de sudama, como quien mucho antes traìa delante de los ojos sus inciertos fines. Mas priuando en su amarga passiõ, como era justo, los que tan ciertos a su alma prometia el apetito ciego de su desenfrenada volũtad, recordò à esta vltima aldauada de los cielos el lastimado, y preso Gerardo, con tan acelerado dolor, lagrimas, y suspiros, q̃ casi al despedirse del encãtado sueño de su vida, le faltaua el aliẽto para poder sin repugnancia de sus sollocos pronunciar con la turbada lengua estos versos, dignos por el sugeto de esculpirlos en bronce, mas que en la estampa del papel.

*Ya tiene Iob de su dolor, y pena*
*Retrato igual en la miseria mia,*

*Y aunque vn mismo dolor nos aflige,*
*No vna culpa, y pecado nos condena.*
*No le castiga Dios, ni el mal refrena,*
*Porque pecar con la salud solia,*
*Sino por ver el pecho que tenia;*
*Y si obedece Iob lo que le ordena.*
*Mas mi dolor efeto del pecado,*
*Fiscal acusador de mi conciencia,*
*Me tiene justamente castigado.*
*Dadme à sentir, ò Iob, vuestra paciencia,*
*Y alcançarè de aueros imitado,*
*Salud, enmienda, amor, y penitencia.*

En medio destos miserables tormentos llegò a Celatina el valeroso Leoncio, y juntamente a la presencia deln querido hermano, a quien (segun sus graues sentimientos le tenian) casi no conocio: mas consolãdole, como mejor pudo, por otra parte requirio a Don Antonio con las Reales, y temidas prouisiones, que para sacarle de su poder, y lleuarle a la famosa Hiberia traia, las quales mal que le pesò, aunque con entrañable disgusto, huuo de obedecer, entregandoles el preso con tantas guardas, custodia, y recato, quanto el caso, y la persona de Gerardo requeria, que menos fatigado, y triste, con la compañia de su hermano, se puso en el trillado camino de Hiberia, boluiendo en su determinado pensamiento para siempre a Celarina las espaldas.

A poco mas de medio dia, no siendoles por la gran fiesta posible el passar adelante, y apoblado, auiendo llegado a vn ameno, y florido valle, que assombrado de leuantadas rocas, y montañas, mas apacible hazian su verde asiento; de comun acuerdo, y parecer eligieron aquel fresco lugar, para dar algun alimo, y refrigerio a los cansados cuerpos; y assi auiendose apeado, mientras las caualgaduras se apacentauan, de vna azemila, que de repuesto les seruia, començaron a sacar grande abundancia de regalos, teniendo por mesa el campo matizado de diuersas flores, y por aguamaniles preciosos las transparentes vrnas de vn manso, y agra-

da-

dable arroyuelo, en cuyas margenes se auian sentado, dando principio al forçoso, y irrecusable alimento, con mucho gusto, y cõtento de todos, el qual mas se acrecentò con vna dulce, y sonora voz, que enmedio de su comida, cantando al delicado son de vn labrado rabel, llegò a sus oidos en los siguientes versos.

*A L pie de vn risco de nieue,*
*a quien visten peñas pardas*
*esmeraldas por ribetes,*
*finos diamantes por fajas:*
*De cuyos copos el Sol*
*con blandos rayos desata*
*de bullicioſos cristales*
*vna fuente pura, y clara.*
*Sentado en la verde alfombra*
*de sus margenes sagradas,*
*Celio su corriente mira,*
*saltando con pies de plata,*
*Y entre las menudas guijas,*
*rojas, azules, y blancas,*
*las fugitiuas arenas,*
*Oro de Tibar, y Arabia.*
*Del arbol de Febo hermoso*
*las orillas coronadas,*
*siendo de la esquiua Daphne*
*grillos de vidro las aguas.*
*En vez de pintados pezes*
*del velo de cristal sacan.*
*Nayades ninfas cubiertas*
*las cabeças de guirnaldas,*
*Cigno sus tardales pisa,*
*mas blanco que nieue elada,*
*Progne sus endechas llora,*
*mientras Filomena canta.*
*Del amado de Cibeles*
*contempla las cumbres altas,*
*en cuyas hojas Fabonio*
*al amante hermoso llama.*
*Iacinto sus plantas pule,*
*Acanto muestra sus ramas,*
*Adonis su flor, Narciso*
*las suyas de pura grana.*
*Admirase el pastorzillo*
*de ver en la espuma cana*
*los palacios de Neptuno,*
*la corona de Adriana.*
*Las doctas Musas, las nueue*
*hermosissimas hermanas,*
*y sus Eliconas linfas*
*con sus corrientes mezcladas.*
*Quando de las claras vrnas*
*con su lira soberana,*
*haziendo cadencias dulces*
*salto el musico de Tracia.*
*Y suspendiendo los montes,*
*aues, pezes, flores, plantas,*
*mientras el pastor le escucha,*
*assi templa, toca, y canta.*
*Oy la discreta Fenisa,*
*deste valle primauera,*
*el cristal de su ribera*
*con sus pies de nieue pisa.*
*Amor de su amor rendido,*
*niño alagueño, y rapaz,*
*con tan florido disfraz*
*quiere abonar su partido.*

*Y pues verla has merecido,*
*pastor, trueca el llanto en risa,*
*que en la discreta Fenisa*
*desse valle primanera,*
*el cristal de su ribera*
*con sus pies de nieue pisa.*

Con igual suspension, dexando la començada obra, auian escuchado todos el discreto Romance. Mas Gerardo, que aun entre tan confusos cuidados no auia perdido de su memoria la de su antiguo, y buen amigo Celio, apenas su canto, y voz oyò, quando en sus dulces acentos fue dèl conocido; bien que el verle era imposible, por estar a la buelta, y nacimiento del arroyo, adõde no podia alcançar el deseo de su vista, el qual por darle gusto, huuo de suplir vno de sus compañeros, leuantandose en su busca, al mismo tiempo, que mouido de las vozes que Gerardo le daua nombrãdole, salia Celio de entre los espesos, y intrincados laureles, trayendo por la mano vna çagala tan gentil, y hermosa, como el gallardo, y bien dispuesto, con cuya compañia, auiendo, no sin pequeña admiracion, reconocido a Gerardo, se fue para èl cõ los braços abiertos, y los ojos (de cõfiderarle al cabo de tan larga ausencia en tan trabajoso estado) llenos de tiernas lagrimas, efetos de su tristeza. No fue cõ menos sentimiento, y dolor recibido de Leoncio, y Gerardo, que auiẽdole hecho sentar junto à si, le començò a dar cuenta de su miserable historia, cerrandola con iguales suspiros de Celia, y su amada pastora, a quien boluiendose Gerardo, la dixo: Por vuestra amorosa compañia, y los passados versos de mi amigo, vengo a entender, que sin duda sois la dichosa imagen, a cuya deidad milagrosa ha dedicado su vòlũtad, que vn tiempo conoci yo bien agena de semejantes empleos, igualando mis propios pensamientos, y determinaciõ; aunque como el hechizo de vnos rasgados ojos pudo alterar mi pecho, deuiendo estar muy escarmentado, q̃ mucho, q̃ à quiẽ ni la experiencia, ni su rigor auian acobardado, se dexasse rendir de vn tã peregrino sujeto como el vuestro? Essa sola disculpa, respondiò Celio (antes que pudiesse hazerlo la graciosa çagala) escusa mi passado intento, y parecer, noble Gerardo, y aun os prometo, q̃ no tan solamẽte me hallo satisfecho de auerle quebrantado,

mas confuso, y arrepentido de no auer desde mis primeros años empleado la vida en el seruicio, y gusto de Fenisa, cuya amable presencia, de su venturosa aldea (y despues de vna muy larga ausencia) ha baxado oy à dar nueuo ser, nueuo aliento, y nueuos matizes, y colores a las plantas, al valle, y à sus flores. Que quereis amado Celio, que no esquiue ofendida de vuestras lisonjas (dixo la hermosa Fenisa con alegre semblante) pues auiendo de mi humilde sujeto tantos testigos, osais encarecerle, ó por mejor dezir, afrentarle con tales atributos? Y aun pienso que anda corto, respondio Gerardo, con que en estos, y otros agradables discursos, dandose fin a la sabrosa comida, tuuo assimismo principio el de su começado viage, despidiendose Gerardo, y Leoncio de los dos amantes, en cuyo no pequeño encuentro tuuo Gerardo à suma felicidad, y por mejor señal de su sucesso, aunque el desastrado, y triste del valiente Arsenio, trocò este pequeño aliuio en igual sentimiento al de sus desventuras: porque quiero que sepais, que muy pocos dias despues de su assistencia en la famosa carcel de Liberia, siendo traido a ella por los mismos passos, le tuuo en su compañia: la causa, aunque en el ser tragica, fue a la de Gerardo muy parecida, en los efetos, y obras fue muy mas contraria, pues a nuestro desgraciado Caualiero se le imputaua vna muerte que no auia hecho, ni aun pensado, y à Arsenio tres, que en campaña, y singular desafio tenia muy bien prouadas, con general satisfacion, y mayor prueba de su valiente braço, hecho digno por cierto, mas de premio, y corona, q̃ de castigo, y pena; y tal, que si al motiuo principal, y al breue despidiente, q̃ en esta historia he prometido, le fuera dado el describirle, sin salir de el assunto, fuera para el curioso letor de no menos gusto, q̃ entretenimiento. Mas el deseo q̃ ya con mas agudos azicates corre à los vltimos fines, auràde escusar mi remission. Có la prudente, y agradable cõpañia de su amigo Arsenio, fue poco à poco Gerardo diuirtiẽdo sus tristes memorias, entregandolas a vn eterno, y profundo oluido, tratando solamente del cuidado solicito de su libertad, bien que si el cielo, mouido de su inocencia, como otras

mu-

muchas vezes, no le sacara de este peligro, su vida le corria muy manifiesto: porque fue en este mismo tiempo seruido, que al cabo de quatro meses que Gerardo estaua preso, se publicasse en toda aquella Prouincia su injusta prision, descubriendose los quatro sangrientos homicidas del difunto Lauro, por el camino q̃ menos se esperaua. Y fue el caso, que como de vnas partes a otras, en su infame, y cruel exercicio anduuiessen vagando, fueron presos por vnos bien ligeros indicios, en vn lugar pequeño del Duque de Medina, en donde auiendoles puesto a question de tormento, no tan solamente confessaron el delito de que alli eran indiciados, mas otras muchas muertes, hurtos, robos, y salteamientos, y entre ellos el del desdichado Lauro, con otro igual en el fin, aunque en su atrocidad mas fiero, y abominable, que fue la muerte de Don Iuan Ronce, Caballero Tartesano, a mi parecer, por cierto, vna de las mas crueles que en España, y en nuestros tiempos ha sucedido, tanto por el principio, y origé que tuuo, quanto por auer sido de ella autor, y reo principal, el padre mismo que le auia engendrado; y assi me ha obligado su extraordinaria miseria a no passar en silẽcio, escriuiendola lo mas sucintamente que me fuere posible, y sin desviarme vn punto de la verdadera relaciõ que tuue, que para eterna, y perdurable memoria de los hombres quedarà estampada en estas vltimas hojas de mis tragicos, tomando la carrera desde adõde, para q̃ mejor se entienda, tuuo el siguiẽte su principio

Oy dia viue en la antigua ciudad de Tartesia, vna dama viuda, cuyo nombre es Fabia, a quien el cielo en sus primeros años dotò mas de la hermosura, gracia, virtud, y honestidad, que de bienes de fortuna, ilustre sangre, y nobleza, a la qual por sus estremados requisitos, y partes, diò en seguir, y pasear vno de los mas nobles Caualleros de aquella Ciudad, cuyos amorosos pensamientos a pocos lances fueron de la honestissima dama apeados, mas cõ tanto recato, y prudencia, que nunca de su pretension se diò por entẽdida, hasta que el tiempo, y los cõtinuos, y exquisitos regalos, que por no pensados caminos llegaron de las de su amante à sus manos, la hizieró

mostrarse algo menos esquiua, y mas humana, que tanto puede este dulce interès. No digo yo por cierto, que a Fabia esta fuerça la mouiera, mas no puedo sufrir, que amor se compre con el valor, y riquezas, parto monstruoso de las duras entrañas de la tierra. Esto dixo docta, y agudamente D. Sebastian de Cespedes mi hermano en vn Soneto, a cierta dama amiga de dineros (como lo son por la mayor parte las mas destas señoras) que por ser parto (aunque breue) de tan solido ingenio, me pareciò sacarle a luz en esta ocasion.

*Imperio injusto, loca tirania,*
*Sacrilego interes, hambre dorada;*
*No errò Maron, si te llamò maluada,*
*Que especie es de traycion la villania,*
*Ley ha de ser tu fuerça, ò tu porfia,*
*Quando su estrella inclina vn alma honrada?*
*No quiero, no, la voluntad comprada,*
*Ni hazer de las estrellas simonia.*
*Nacimos (Lisi) en sangre desiguales:*
*Mis venas son de amor, las tuyas de oro,*
*Mira la variedad destos metales.*
*Trata las almas con mayor decoro,*
*No vendas los influxos celestiales,*
*Que no ay valor para tan gran tesoro.*

En efeto la determinacion de este Caualiero grangeò el llegar à hablarla por vna alta vẽtana, y desta comunicacion, aunque tan corta, la esperança de poseerla, cosa de que viuia tan agena, como segura la bella Fabia, que solo por desobligarle le daua aquel pequeño gusto, el qual no se proseguiò con tanto secreto, quanto a sus amores se deuia, pues a riendo llegado a noticia de vna tia suya, fue de su aspereza reprehendida de suerte, que sin querer mas escuchar ruegos tan en su daño, cerrò al galan amante para nunca mas hablarle, las puertas, y ventanas, desden que mas acrecentò el fuego de su amor, creciẽdo por momentos el deseo de verla, mientras ella con mayor vigilancia procurava encubrirse de sus ojos. Dizen, que los de amor, aunque vendados, igualã

en

en la vista al lince penetrante; y assi no fueron bastantes las diligencias de Fabia para escusar la ocasion de su vista, de quien hecho cuydadosa centinela estaua siẽpre su caualle-ro en atalaya, con que reconociendo la agradable presencia de su dama, que descuydada de tal sobresalto, auia salido hasta la puerta de su casa, sin perder la coyuntura, llegò a hablarla, obligandola cõ tan cortescs, y amorosas razones, que uo tuuo animo para boluerle las espaldas; ni menos para taparse los oidos, fuerça, ni manos, dando lugar a que su encanto amoroso fuesse contraminando su constante proposito. Mas entendiendo, que solo à quexas de su mudança iban enderezadas, no queriẽdo passasse con ellas adelante, le respondiò de aquesta suerte. El auerse estendido a mas q̃ a estos vmbrales la merced q̃ me hazeis, pues ha passado fuera de todos sus secretos limites, ha forçado mi volũtad a no corresponder a la vuestra; cosa, q̃ yendome en ella, no menos que la honra, es justo que vos lo tengais por bien: pues no es razon que quien tanto dize que me quiere, desee quitarme el mayor bien que tengo, el qual no podrè restaurar vna vez perdido; mis padres tratan de casarme, y yo de obedecellos, porque sè quan a cuento me està el estado que me dan; y supuesto que el cielo a vuestro merecimiento me hizo tan desigual, que por medio tan licito no pueda pagar vuestro amor, encarecida mente os suplico procureis desecharle, poniendo los ojos en otra dama, que por su calidad merezca lo que yo desmerezco por humilde. Aqui abrasandose en encẽdidas llamas, celoso del apuntado casamiento, replicò el determinado caualliero, diziẽdo: No passarà en mi ofensa, querida Fabia, si yo puedo, tan cruel concierto, ni menos piẽso dilatar el remedio que està en mi mano, dandoosla desde este punto de vuestro esposo, y marido; y porque de su validacion, y firmeza viuais mas segura, quiero que dellan sean testigos quatro de mis criados que estàn en mi guarda; y diziendo esto, sin esperar respuesta de la que de contento, fuera imposible darsela, con vna conocida seña hizo llegar a los criados; delante de los quales, boluiendose a la hermosa

Fabia; que la verguença, y el repentino sucesso la tenia suspensa, y buelto el neuado color de se gracioso rostro en encarnado, y rojo carmin, prosiguiendo su intẽto, la dixo: Dulce señora mia: porq̃ aueis enmudecido? ò que cosa puede dilatar el si, q̃ ya de vuestra boca aguardo? yo digo vna, y mil vezes, que quiero, y deseo ser vuestro esposo, y desta palabra son los cielos, y quantos me oyen testigos; dadme vuestra hermosa, y blanca mano, q̃ con ella viuirè mas contento, que cõ todas las riquezas, tesoros, y calidades q̃ puede el mundo ofrecerme; y cessando con esto, dio lugar a que la honesta Fabia, menos turbada, y mas alegre respondiesse. No os espanteis, dueño, y señor mio, q̃ assi me aya tenido cõfusa merced tan desigual de mis acobardados deseos, que aceto, y estimo, recibiendoos por mi esposo, y vnico bien; y tomandose las manos, se abraçarõ estrechamente, quedando con la vnion de sus voluntades tan conformes, quãto deseosos de gozar el fin dellas, como en efeto lo hizieron aquella misma noche, cõ notable gusto del aficionado amante, el qual pidio a Fabia tuuiesse en silencio su casamiento, y palabra dada, en tanto que el diesse orden de cumplirla, sin contradicion de sus deudos, y parientes; cosa q̃ ella tuuo por bien, como quien ya solo deseaua darle gusto. Con este secreto, y recato prosiguieron los dos amantes el discurso de sus amores, en quiẽ Fabia se hizo preñada, y su Caballero, con poco temor de Dios, tratò con muchas veras da casarse con vna bizarra dama, que era deuda suya, y como lo pensò, sin que Fabia lo entendiesse por entonces, lo executò. Mas que mano podrà regir mi cansada pluma, si acaso determina escriuir el tierno sentimiento de la burlada Fabia? ò que lengua se atreuerà a explicar sin enternecerse, el inmenso dolor que llegò a su alma luego como supo las amargas nueuas desu rompida fee, y cierto engaño de el que tenia por esposo, y dueño? seria necessario començar con nueuo aliẽto nueua historia, y assi sus lagrimas, y suspiros quedaràn a la discreta consideracion del piadoso lector, las quales fueron tan abundantes, y continuas, quanto difficiles de encubrirse de sus padres, a quien

su-

supuesto el femenil temor descubrio su pecho, y el estado en que se hallaua preñada en casi dos meses, con que haziendola en su llanto, y desconsuelo compañia, trataro (como cuerdos, y prudentes) el remedio de su honor, antes que pleytos imposibles para mas infamarle; y assi, sin mas dilacion casaron a su hija con vn hombre de su misma calidad, y con alguna mas hazienda, con quien sin ser entendida la falta de su persona, y sobra de su preñado, passò por donzella, y lo que pariò al fin de siete meses, que fue vn niño muy hermoso por hijo legitimo, borrando en su agradable compañia de su memoria la del aleuoso, y perjuro padre.

Diez años, y mas, avrian passado despues de su nacimiento, sin q̃ en todo este tiempo el justo cielo quisiesse al ingrato cauallero darle hijos de bendicion en su muger propia, ni en otra alguna, cuya penosa imaginacion, y deseo, le traia tristissimo por verse sin heredero, y q̃ forçosamente, de faltarle, auia de serlo alguno de sus hermanos, a quien aborrecia entrañablemente; y assi desesperado de esperar en su muger mejor fruto, propuso adjudicarse a si mismo el hijo que en Fabia auia engendrado: y no contentandose con auerla burlado, faltando a Dios, y a su palabra, confiado en su hazienda y braços, sin reparar en el tan grande inconueniente de la infamia, y afrenta q̃ a Fabia, y a su esposo se les seguiria, determinò por justicia cobrar su hijo, pidiendole ante el juez Ordinario; que fuera muy justo no se huuieta quedado sin castigo por auer admitido tan escandalosa demãda, en la qual auiẽdose obligado a prouar lo que dezia, hizo informacion cõ sus criados, y otros muchos testigos (que nunca a los poderosos falta quien anime sus intentos) assi de la estrecha amistad, y comunicacion q̃ cõ Fabia auia tenido, como del auerse hecho en aquel mismo tiempo preñada, segun ella cõfessò diuersas vezes, y despues pareciò ser verdad, y que lo estaua en dos meses; y computado con el termino de su parto, por sentẽcia difinitiua desposseyeron al que como padre le amaua, del muchacho, entregandosele al que era, aunque perjuro, y falso, el verdadero, y cierto; de cuya afrenta, y pena, cayendo envna

graue enfermedad el pobre esposo de Fabia, murió en siete dias, que dando la desdichada y triste dama, sin honor, sin hijo, y sin marido, que tanto puede vn tirano, y cruel pecho.

Con esto auiendo salido con su intento el injusto padre, sumamente alegre, y regozijado, llenò a su casa al querido hijo, cuyo nõbre desde el mismo dia fue Don Iuan, haziendole criar con tan estremado, y solicito cuydado, que este, y la inclinacion buena del mancebo, le hizo crecer en pocos años en loables costumbres, y virtudes; desuerte, que igualmente era amado de toda la ciudad, y con tanto gusto estimado, que casi en su padre causaua embidia: de su madrastra no ay que dezir, pues es llano, y como forçosa herencia, su comun aborrecimiento, y mal trato; el qual, el noble Don Iuan padecia con mas prudencia de la que se podia esperar de sus tiernos años, no oluidãdo con la grandeza, y ostentacion del nueuo estado, y casa, la humildad, y pobreza de su antigua morada, adonde ordinariamente, sin faltar dia, era del su madre visitada, y obedecida, y esto tan a pesar, y disgusto de sus padres, que totalmente ya casi les pesaua, y aun se hallauan arrepentidos de su possesion, dandole a conocer este descontento cõ tantas veras, que aun del ordinario sustento, y adorno de su persona no curauan, ni menos della hazian caudal, con que a Don Iuã le fue forçoso el ponerles pleyto sobre sus alimentos, q̃ por sentencia de vista, y reuista, y en cantidad de setecientos ducados se le mandaron señalar. Mas pareciendole al virtuoso cauallero, que la necesidad de su madre carecia mejor que la suya propia de remedio, tratò de darsele, dexandola sus alimentos, como en efeto lo puso por obra, yendose de Tarteria con vn primo de su padre, que tiernamente le amaua, a la ciudad de Lisboa, para adonde iba proueido en vna honrosa plaça de Maestre de Cãpo. Alli viuio muy alegre, y contento Don Iuan en compañia de su tio, hasta que entendiendo por cartas de su madre lo mal que en el particular de sus alimentos con ella procedia el cruel padre suyo, le conuino dar la buelta con harta breuedad, y mohina, aunque la disimulò, como obediente hijo. Bien co-

nociò

nociò por cierto el que le engendrò la causa que de su venida auia sido origen, la qual tampoco se le encubriò a su esposa, que solo su perdicion, y vltimo fin, como cruel madrastra deseaua, como en resolucion lo vino a ser: porq̃ hallando en la mala voluntad, y rencor que su marido mostraua al pobre Don Iuan, suficiente entrada su dañado intento, claramente, sin mas dilatarlo, le dio particular cuenta del; y no hallando en su esposo menos deseo de su muerte, huuo de quedar entre entrambos muy bien assentada desde entonces, partiendose con este sangriento pensamiento el futuro filicida el siguiente dia a la gran ciudad de Seuilla a buscar en ella quiẽ de su hijo mismo fuesse homicida, cosa que en ella no fue de hallar muy dificultosa; y assi auiendo acaso encontradose con los quatro desalmados amigos, que teneis noticia, concertando en docientos escudos su miserable assessinio, y dandoles cincuenta de señal, dieron juntos la buelta, adonde la noche que en Tarteſia entrarõ, informado el precipitado Cauallero del lugar, y casa que aquella hora su hijo ocupaua, (que segun parecio era la de su madre) les dio la orden q̃ en matarle auian de tener, y acompañandoles hasta cerca del injusto sacrificio, algo desviados de la casa, boluiendose àzia ellos, les dixo: Aquella q̃ alli veis es la puerta; y assi solo resta, q̃ el vno llegue, y llame en ella a D. Iuan, y en saliẽdo, los demas podeis hazer desuerte, que no quede para testigo de su vengança, y mi satisfacion. No faltò quien por reseruado juizio de Dios oyesse estas vltimas palabras, y conociesse el peruerso juez que contra su sangre propria pronunciò tan riguroſa sentencia, q̃ fue vna pobre muger, q̃ bien descuydada de tal sucesso estaua a aquella misma hora en vna oculta ventana, desde la qual vio tãbien, como auiendo llamado por la orden que tenian al inocente, y virtuoso mançebo, al salir del alvergue de su madre, le hirieron de muerte. Mas no le sobreuino con tanto aceleramiento, que primero no huuiesse lugar de darle los vltimos Sacramentos, cosa que en su alcuoso padre no dexò de causar algun cuydado, temeroso de que las heridas no deuian de ser mortales

cales, y por esta razon (si ya no fue, que cumplida su voluntad, se hallasse arrepentido de passar por el concierto) èl trapazò la resta desuerte, que con otros veinte escudos hizo pago a los inhumanos homicidas, despidiendoles con dezir, que èl auia cõcertado la muerte de su hijo, y q̃ ellos no auian cumplido su palabra; pues no le auian dado mas que vnas ligeras heridas, q̃ bastantemente se pagauan, y satisfazian con el dinero recibido. No les faltaron replicas a los que impacientes, y aun arrepentidos de no auer hecho en el passado camino igual carnizeria de su persona le escuchauan. Mas visto quanto a todos conuenia el silencio, renegando de su infame proceder, salieron de Tarcesia otro dia siguiente. La hermosa Fabia, que del mortal peligro de su amado hijo estaua sin sentido, informada de la muger que arriba dixe, de la verdad que ya ella sospechaua, acompañada de otras muchas, procurò, como rabiosa madre su vengança, arrojãdose a los pies del Corregidor, q̃ era vn noble cauallero, pidiendo sela con tierno, y doloroso llãto, y prouocando con gemidos y lagrimas su justicia, y ayuda de los poderosos, y diuinos cielos.

Apenas por el furioso y cruel padre fueron entendidas las diligencias de Fabia, lo q̃ del se murmuraua, y lo muy cercano que su mal-logrado hijo estaua a la muerte, quando cercado de vn sudor frio, y temor macilento, remordiendole su pecado, sin esperar mayor aueriguacion, se retruxo en vn Conuento, de donde sin mas prouança, que auerse el mismo declarado con semejãte nouedad por reo, y actor, le sacò la justicia, y seuero Corregidor, tratando luego de su castigo, y con mayores veras, quando dentro de pocas horas tuuieron fin las del desdichado Don Iuan; aunque el ser su padre tan emparentado, y poderoso, huuo de suspender su buẽ deseo, el tiempo que bastò para que por vltimas censuras mandassen restituirse al lugar sagrado, que aunque fue despues de vn escandaloso entredicho, y cessatio à diuinis, y muchos dias de pleyto, al fin fue buelto.

A los principios deste negocio, y en los de su retraimiento, por justos respetos le parecio a este cauallero escusar del ordi-

ordinario secreto vna gran cãtidad de joyas, y dineros, que passauan su valor, y riqueza de treinta mil ducados, los quales entregò, como en segura custodia, y guarda a sus hermanos. Pues como al presente el largo pleyto, y los inmensos gastos le tuuiessen tan alcançado, tuuo por acertado el valerse de aquella hazièda, y para el efeto, luego como fue restituido a la Iglesia embiò a llamar a sus hermanos, de quien por justa prouidencia del cielo, no tã solamente fue desamparado, mas muy afeada su demanda necia, negando remotamẽte el auer recebido vn solo marauedi de sus manos; cosa, que en el fatigado caualleró engendrò tan vehemente enojo, que ahogados los vitales espiritus en su propria saña y ponçoñosa colera, sin dezir otra palabra, se cayò muerto delante de quantos le mirauan, atonitos, y suspensos de su miserable, y acelerado fin: que este mismo aguarda siempre a quien tan mala cuenta da de su vida, con la qual me ha parecido poner tambien fin a su sangriento, y lastimoso cuento, boluiendo al que por esta relacion he suspendido.

Ya dixe como enel tormento, entre otros desafueros, cõfessaron los foragidos soldados la muerte deLauro, la qual auiendose comprobado por el tiempo, lugar, y ocasion, se hallò ser cierta, y falsa la culpa q̃ a Gerardo imputauan; cõ que verificada en la Real Audiẽcia la infalible verdad de aquesta nueua, justamente fue absuelto de la instancia, con tanto gusto, y alegria de su hermano y amigos, quanto tuuieron de pesar sus contrarios, que corridos por vna parte del ciego proceder, q̃ en sucesso tã arduo auian tenido; y por otra sentidos de que el honor de su hija y sobrina quedasse al aluedrio y parecer del vulgo, trataron antes que de la prision saliesse con bien diferente parecer de su passado intento, de pedir D. Antonio el quebrantamiento de su casa, y amistad, y la desconocida Nise la palabra de casamiento, que nunca Gerardo le auia dado, y ella afirmaua, que debaxo detal seguridad leauia entregado, y hecho absoluto dueño de su persona.

Mucho sintio Leõcio la nueua prision de su hermano Gerardo, el qual, determinado antes morir mil muertes,

que

que admitir la odiosa compañia de Nise, propuso firmemẽte viuir aquellas cárceles, antes que verse encadenado, y preso con nudo indissoluble, al triste cautiuerio, y laberinto de muger tan inconstante, de cuyo padre, deudos, y allegados, reconocida su firme, y constante determinacion, fue insidiado, y perseguido por varios, y increibles modos, sin que en tantas persecuciones su valor desdixesse vn solo punto de su resolucion.

# SEGVNDA PARTE DEL Español Gerardo.

## DISCVRSO PRIMERO.

*Arrados braman, si con passos lentos*
*Terminando los puntas, bien regida*
*Contrasta su rigor, nave oprimida*
*Entre los dos diformes elementos.*
*O incauta navecilla, que a los vientos*
*En las voraces ondas reduzida,*
*Si bien, ò mal su fuerça resistida,*
*Son vnos, son iguales tus tormentos.*
*Mísero yo, retrato exemplo viuo*
*De tu naufragio, pues que ciego, y loco*
*Doy mi roto baxel al mar esquiuo:*
*Donde si me resisto, entonces toco,*
*Desde su espuma el cielo mas altiuo,*
*Y mas rendido su rigor provoco.*

ASSI cantando, diuertia el Español Gerardo, al son de vna vihuela, la memoria de sus passadas desventuras, y parte de sus presentes trabajos y prisiones. Y en esta misma hora, arrojado del apacible golfo de su libertad, entre vna, y otra ola, tocò el margen de la famosa carcel de Hiberia vn hombre, quando apenas el Sol amanecia en aquellos calaboços. El eco sordo de vn remachar de grillos (principal esca-lon de aquella miserable casa) lleuò a Gerardo a sus primeras rejas, desde adonde viendo el nueuo huesped, y agradado de su gentil presencia (que esta suele ser carta de recomendacion en las mas agenas voluntades) pudo escusarle aquella vexacion, tomando por su cuenta el tirano subsidio de los ministros de aquellas puerras. Passò dellas al son del aldauilla, que golpeandole tres vezes, diò a entender por aquel su estraño estilo, que el delito del preso era resistencia. Nome pa-

parece dar con mas clara distincion cuenta deste lenguaje de la carcel, pues à ninguno (por lo mucho que tiene de ordinario, y comun) le podrà causar nouedad. Rodearon al preso con anchuroso circulo, los que llaman viejos, de entre los quales no hizo poco Gerardo en sacarle entero, valiendose del decoro de su antiguedad. Tomole por la mano, y juntamente se apartò con èl a vn lado de los espaciosos corredores, en quien reconociendo (por su larga experiencia) la confusion que le tenia desalentado, procurando diuertir le della, y consolandole con las razones que mas a proposito le parecieron, le començò à dezir.

Todos los mas hombres que veis cruzando por estos corredores, y aquel patio, tienen sus prisiones agrauadas con tan calificados delitos, que vienen a hazer de los semejantes al vuestro en los ojos de los jueces menos estimacion, y mas facilidad para su despidiente. Animaos con segura esperança, de que si las circunstancias del hecho que aqui os truxo, no son mas importantes, vuestra assistencia en esta morada, no serà tan prolixa, como os deueis de prometer. Algo mas sossegado, aunque con vna profunda tristeza, atajò Gerardo al afligido moço, respondiendole. Si solo resistir mi prision me huuiera traido à conoceros, confiesso de mi agradecimiento, que admitiera de voluntad vuestra compañia, aunque esperara de mi persona vn mal successo: mas ay (noble mancebo) del que se vè tan ageno de su libertad, quando mas vrgente, y apretada necessidad tuuo della: pluguiera al cielo, que antes las armas viles de mis enemigos huuieran concluido con esta aborrecible vida. Mas passara adelante, y en mayor confusion pusiera à Gerardo, si a este punto no le interrumpiera vn hombre, que acercandosele por vn lado, y tocandole con la mano en el ombro, como si verdaderamente le huuiera conocido, le dixo: Aca està v.m? Dexando con semejante modo, y pregunta, pasmado al preso, que con alguna admiracion le respondiò por los mismos filos: Llano es, que estoy acà, pues me ha podido ver; aunque si vine con mi gusto, fuera mejor que me propusiera. A esta razon, sin mayor intervalo, replicò

plicò el mismo hombre: Ya sè que ha ocasionado esta prision cierta resistencia, y assi quise escusar otra pregunta; mas si la causa no se estiende a mayores delitos, riase della, y calle, que dándome dineros, yo le soltarè al punto. El Escriuano es mi amigo, el juez mi compadre; y vno, y otro no hazen mas de lo que yo quiero. Estas palabras no le dexò concluir otro oficial de su misma profession, que sin hazer à ninguno de los circunstantes cortesia, mirándo con arrugado ceño al que primero hablaua, y tirando de el por la capa, le dixo: Hartomas bien contado os fuera dexar los presos de mi suerte, pues no ignorais, que el diligenciar à aqueste hidalgo, conforme al assiento que auemos hecho, à mi solo compete. A esto respondiò el opuesto: Si por mi lance (amigo mio) huuiera grangeado este despacho, pudiera ser que lo dexara à vuestra buena diligencia, mas corren diferentes obligaciones; porque este Caualiero es cosa propia, de suerte, que ninguno tendrà para que con los dos entremeterse. Destas razones (no sin admiracion del nueuo preso) procedieron otras innumerables, que al fin pararon en declaradas injurias, mordiendose con las lenguas, y lastimandose con las manos con tan repentinas puñadas, que en vn instante, ni les quedo cuello, ni capa, que ya parte entre los pies, y parte conuertida en menudas tiras, y arambeles, no hiziessen en aquesta tragicomedia su personaje. Las vozes, el rumor, los sobresalientes de las pazes, y la controuersia tan graciosa, como bien reñida, bastara à sacar de juizio al mas modesto, descomponiendole con tan desenfrenada risa, como la que causo en Gerardo: y fuera mayor, si el conocimiento de aquella gente no le priuara de lo admirable que trae consigo la nouedad. Passauan ya de numero los pleytos que de semejante calidad auia visto, y assi tuuo por acertado el eximirse de la refriega, retirando à su aposento al justo, y a su capa, dexando por mitigadores de la pendencia, al mismo cansancio que de ella les sobreuino, y algunos presos, que no trabajaron poco en despartirlos, protestando cada vno del contrario vna querella criminal. Fueronse en conclusion, auiendoles dado aquel breue

entretenimiento: que aun quiero yo dilatar para el lector, escriuiendo, ò (por mejor dezir) dando vn rasguño en las muchas particularidades de aqueste genero de hombres, cuyo propio apellido es çangano: su oficio, solo el de engañar, en que estàn tan diestros, que apenas entra el preso, quãdo saben su nombre, su natural, su delito, su escriuano, y su juez: con que vsando aquel estraño lenguaje: Acà està V.m. y porque señor? riase desso, yo le soltarè, deme dineros, desangran poco à poco a los nouatos chapetones, siruiendose de aquella dulce, y sabrosa palabra, yo le soltarè luego; y desaparecciendose, no le ven en vn mes, hasta que si por ventura sus parientes, y amigos, ò los Diputados de la carcel le sacan della; ellos que siempre andan en centinela, acuden, diziendo, que sus diligencias, y solicitud les dan libertad: y si esta se alarga, alegan, que el escriuano no està cõtento, y el juez con siniestra relacion indignado, y de vna, y de otra suerte embistan, sacando jugo de las peñas, y se escapan riendo del que dexan burlado. No tienen titulo de procuradores, ni mas del nombre que he dicho; y esto basta para començar a entender la suma desventura a que estàn sugetos los miseros, a quien truxeron sus pecados a ella.

El deseo de aliuiar su nueuo huesped, hizo que preuiniesse Gerardo la hora de comer, a que auiendole juntamente con su alvergue combidado, y èl acetadolo con mas cortesia, que voluntad, satisficieron la necesisidad forçosa: y despues auiendo del Alcayde, assi con ruegos, como con intereses, y regalos, alcançado Gerardo le dexasse en su compañia, partiendo con èl su propia cama, y acariciando (como mejor pudo) su persona, y finalmente le tuuo muchos dias consigo, y vno de aquestos, en quien la soledad le diò mas ocasion, deseando saber la causa de su prision, le pidiò encarecidamente le hiziesse participante della: facilitando este deseo con darle primero vna larga relacion de sus desgracias, y dezirle por fin, y remate dellas su nombre, y calidad, aunque los honrados respetos, a quien siempre su buena voluntad se enderezaua, auian grangeado en el huesped tanto cre-

credito, que bastaran para el cũplido efeto de su propoſito menos exagerados ruegos, y palabras: y assi cõdescẽdiendo con su gusto, y dando vn tierno y profundo suspiro, le dixo.

Assegurà vuestro noble termino nuestra corta amistad, con tanta fuerça, que casi haziẽdola en mi pecho, le obliga à desfogar con vos la pena que le oprime; y aun el origen que a tales estremos me tiene reducido. Escuchadlo, con presupuesto de aconsejarme lo que mejor a vuestro desapassionado juyzio le pareciere: porque os prometo, que està el mio tan necesitado desto, como de consuelo, el qual si bien del todo me faltare, por lo menos contandole, se suspẽderà el tormento que me aflige, y congoja.

Oy haze justamente seis meses, que sali de la Ciudad de Cordoua, patria mia, adonde por el nombre de Leandro soy tã conocido, como por vna razonable hazienda, herẽcia de mis padres. El dexar mi casa resultò de lo que agora oireis. Iuntamonos despues de Missa ordinariamente los caualleros moços, y passeàtes del barrio, en los portales, y escaños de nuestra Parroquia, desde adõde solemos limitar el poder del Turco, las acciones del Vngaro, los Estados de Italia, y censurar gouernando el mundo con nuestros pareceres. Vn dia pues, q̃ el triunfo de la cõuersacion salio bien diferente desse (si ya no de nuestro natural, y condicion) se dio principio a la de la hermosura, y belleza de las damas de España, vsurpãdo cada qual la mejoria para el lugar q̃ mas le interessaua. Vnos dezian, que las Granadinas generalmente erã con estremo hermosas, y a estos contradezian los que dauã à las damas de Toledo el superlatiuo, assi en la belleza de sus rostros, como en la agudeza, y discrecion dessus entendimiẽtos, aunq̃ no faltaua quien esforçãdo su partido quisiesse aventajar a todas el despejo, donayre, y brio de las Cortesanas. Este era el mas valido parecer, y no el menos reñido, el de las damas de Seuilla, cuyo natural color trigueño, y graciosissimo, alentado de su curiosa limpieza, daua no poco en q̃ entender para la vltima determinacion deste argumento: el qual atajò vno de los q̃ en la conuersacion, y aun en

nuestras opiniones la tenia de mas prudente, y en lo que hablaua modesto, y recatado. Este pues endando principio à su razon, nos puso en silencio, diziendo: De que sirue con encontrados parecerescan saros, y mas a quien conoce como yo, q̃ toda la perfeccion, y hermosura se halla cifrada, y junta, no doze leguas deste lugar, y no en el mayor de aquesta Andalucia, sino en vna pequeña de sus villas, la qual es Osuna? Este es el archiuo de la mas admirable belleza que conoce en nuestros tiẽpos España, y en aquel venturoso sitio, aun sin ser conocida de sus naturales (que iguala su recato à su hermosura) se encierra este milagro. Quien quisiere desengañarse en su opinion, siga la mia, y procure ver con los ojos el pequeño encarecimiẽto que oy ha hecho mi lengua, que yo sè que ha de dar credito a mi verdad, y salir de su error.

A no estar el autor destas razones en tan honrado predicamento, sin duda alguna todos las cõtradixeramos, y aun nos rieramos de su nueuo parecer, mas apoyauale el credito grangeado, y la persona, que raras vezes se preciaua de tãta exageracion. Con que arqueando vnos las cejas, y otros repreguntando semejante marauilla, hizimos hora de recoger nos, cortando el hilo a nuestra entretenida conuersacion. Comi, y cõ igual sossiego quise tomar vn rato de reposo, quando sin pensar, se me ofrecio para desvelo de mi memoria todo lo referido, cabando poco a poco, y consumiendome el coraçon el deseo de ver aquella muger, cõ tanto estremo, q̃ aunque quise de intento diuertirme, quantas vezes lo procurè, tantas me hallò la nouedad del caso, y el encarecimiento con que mi amigo le auia representado. Cõ todo esso, sin dexarme vencer (aũque vacilando, y pensatiuo) forcè el deseo, y amaynè algunos dias su desẽfrenado curso, mas siruiome de espuelas aquesta repugnancia, porque al fin insufrible, y sin admitir consejo de ninguno, me determinè à tã dificil empressa. Puse en razõ mi casa, y informado de las partes desta dama, con mayor y mas clara noticia, y dos mil escudos en oro, me puse en camino solo: porque si biẽ pudiera acompañarme de algunos criados, el secreto con que yo

iba

iba disponiendomi intento, no los admitia. En conclusion, aquella noche llegué al lugar referido, y tomando posada despues de auer vn tanto sossegado, llamádo al huesped della cautamente procuré saber del, quien entre los vezinos de la villa era el de mayor autoridad, mejor vida, y mas buena opinion; a q̃ haziendo primero vn largo discurso de personas, al fin me respõdio, resoluiendose en dar al Vicario del lugar todas las partes, y circũstãcias que yo le auia propuesto; con que hecha la eleccion para mi traça, y passada la prolixa noche, en pareciendome conueniente hora, sali de mi posada para la del Vicario, al qual hallé, que con vna ropa de damasco negro, y vna caña de la India por baculo, passeaua el patio de su casa. Parose en viendome llegar, y yo sin pregũtar si era el que buscaua, por la buena relacion que de sus señas traia, le saludé cortesmente, y sacando vna carta q̃ de proposito, y no muy limpia la cubierta, auia escrito, se la puse en la mano, con el titulo, y nombre de su propia persona. Mandome cubrir, y juntamente preguntò de adonde le escriuian? Respõdile, q̃ de la Nueua-España, y èl sin mas replicar la abriò, y en ella algo entendidas leyò estas razones.

*DEsde que sali de Seuilla para estas partes, tengo escritas a V. m. algunas cartas, bien que de ninguna he visto la respuesta q̃ siempre he deseado, y añ. q̃ tan grande oluido pudiera causar en mi correspondencia descuydo, puede mas la voluntad q̃ tengo de seruirle: y assi en esta ocasion è querido valerme de la que V. m. me tuuo algun tiempo, encargandole la persona de mi hijo Leandro, q̃ es el portador, a quiẽ suplico à V. m. agassaje, haziendo se entretenga en essa Vniuersidad en tanto q̃ yo llego en la siguiente flota, q̃ esta sola merced suplirà la omissiò q̃ en el responderme ha tenido V. m. cuya vida nuestro Señor, &c.* Diego Tauiria.

En tanto q̃ estos breues renglones leyò el Vicario, no dexaua con la admiracion dudosa de loq̃ via, de hazer mudanças con el rostro, ya torcié do la boca estirando la frente, poniendo el dedo en la nariz, ya dãdose algunas palmadas, y rascandose de quando en quãdo la cabeça: hasta que finalmente, encogiendole de ombros concluyò, diziendome:

Sin duda alguna, señor, venis errado, porque aunque es verdad que el sobrescrito desta carta dize a mi, y en este lugar no ay otro semejãte apellido, yo os confiesso totalmente, que no tengo, ni tuue conocimiẽto cõ vuestro padre, ni menos correspondencia en aquellas Prouincias: mas dexado à parte esto, en lo q̃ pudiere valeros lo harè de voluntad, porque me estimo, y precio de fauorecer con todas mis fuerças à los forasteros. Cessò pues cõ aquello el buen Clerigo, y yo discurriendo con mi estratagema, le respondi. Admirado me tiene la confusion con que v. m. se suspende en cosa que yo tenia por tan cierta, como imposible de creer, que mi padre se aya engañado, ò (por mejor dezir) errado. El caso es señor, que por particulares motiuos èl gustò de embiarme antes de su partida a España, y presupuesta su assistencia de v.m. a esta villa, con ordẽ, de que en todo me rigiesse por la suya, diome dos mil escudos en oro, estos traygo, y aunque v.m. no sea la persona de mi encomienda, la satisfacion que tengo de lla me obliga a suplicarle se sirua de guardarmelos, para que se me vayan dando poco a poco: porq̃ deseoso de obedecer a mi padre, estoy de vna, o de otra suerte determinado a esperarle aqui. Apenas huue concluido estas vltimas palabras, quando impensadamente, dandome vna gran voz, y mayor palmada, me dixo el Vicario: parad hijo, y perdonad mi olui do, que aora acabo (con la reflexiõ que he hecho en mi memoria) de caer en la persona de vuestro padre, q̃ fue vno de los mas intimos amigos, y compañeros de mi mocedad. Dezidme hijo, està muy viejo? con quien se casò, y quantos son vuestros hermanos? O buẽ Tauiria, buen Tauiria, quien pensara q̃ auia de ver tan crecidas y honradas prendas vuestras? por cierto Leãdro, vos podeis estimaros por el honrado padre que el cielo os dio, tanto como yo del mejor amigo que tuue. Aora señor, aqui miẽtras tardare, tendreis posada, y el regalo que deuo a nuestra amistad: y assi solo resta saber, que es el entretenimiento q̃ en esta carta se me apunta, para que vuestro gusto se execute? Mira, noble Gerardo, quantas dudas, y dificultades atropellò en vn instãte aquel dorado

titulo

titulo con el viejo Vicario. Bien ſoſpechava yo, que mi intento avia de tener ſemejantes fines; y aſsi no me admirè de lo q̃ à esto causara muy grã de novedad. Segui mi traça, y agradeciẽdole con palabras corteſes ſu recordacion, y ofrecimiento, le entregùè con vna cedula, baſtante a aſſegurarme de ſu codicia, los dos mil eſcudos; y tomãdo dellos la cantidad q̃ me parecio, juntamente le aduerti, como por tener mas q̃ razonables principios en entrambos Derechos, quiſiera mucho exercitarme en ellos, ſirviendo de paſſante a algũ Letrado de los muchos q̃ auia en aquella Villa, y Vniverſidad, en tãto que mi padre dilataua ſu venida: Pareciole acertada mi determinacion, y aſsi con acuerdo ſuyo ſali a buſcar el q̃ mas me agradaſſe, para cõ èl hazer aſſiento. Es de ſaber amigo, que eſta maquina tenia ſu fundamento, y no menos que en el todo de mi intencion: porque el dueño, y eſpoſo de la dama que me auia traido à Oſuna, ſi bien, ni el mejor, ni aun el rico, en efeto era vno de los Letrados della recien caſado, y tan caſado cõ ſu hermoſa muger, como recatado, y zeloſo de ſu hõra; de ſuerte, que preſto conocereis, que no era el menos importante eſcalon de mi empreſſa el plantarme en ſu caſa, con qualquiera tranſformacion, y eſta grandemente la facilitauan algunos años que tẽgo de eſtudio en la miſma facultad, a quien en los de mi mayor juventud me inclinè con particular guſto de mis padres, que quiſieron endereçar mi vida por otras diferentes pretenſiones, q̃ con ſu muerte, y mi nueua herencia ceſſaron. En fin, bien informado de la poſada deſte Letrado, llegùè a ella, y a tiẽpo, que traſtornando los Bartulos, y Baldos, acabaua de hazer algunas peticiones, y eſcritos. Saludele, y mãdome q̃ tomaſſe vna ſilla, con que penſando que deuia de ſer pleyteante neceſſitado de ſu cõſejo, me començò à preguntar lo que queria, y yo à reſponderle con eſtabiẽ penſada arenga. Yo, ſeñor Licẽciado, ſoy natural de Nueua-Eſpaña, ſi bien mis padres ſon deſta Andaluzia, de quiẽ he ſido embiado a ella, y en particular a eſta Vniverſidad, para en tanto q̃ ſu venida ſe apreſta exercitarme en los eſtudios

de las Leyes, cuyo loable intento he proseguido algunos años en la ciudad de Mexico. Para que este su deseo tuuiesse aun mas que razonable efeto, les pareciò remitirle, juntamente con mi persona al señor Vicario desta villa, con quien professan vna amistad tan estrecha, y antigua, q̃ la pudiera mejor dar titulo de parentesco. Este pues, entendido su gusto, y mi pretension de auerse de lleuar adelãte, ha hecho de vuestra causa, virtud, persona, y letras, singular elecciõ para su cumplimiento: tan grande es la satisfacion que de vos tiene, que quando yo no viniera (como digo) limitado a su parecer, y voluntad, de la mia no admitiera, ni señalara cosa menos conueniente, y principal para mi acrecentamiento. Esta razon supuesta, quisiera mucho quedar de vuestra mano tan aprouechado, como instruido: assi no auiendo causa mas precisa q̃ lo impida, os suplico me admitais en vuestra compañia los dias que mi padre se tardare: en los quales, no tã solamente procurarè sobrellcuar el trabajo de vuestra cõtinua ocupaciõ, sino que os seruirè de fiel criado, y discipulo, sin mayor interes, que el de enseñarme, ayudandoos cada mes por el trabajo, q̃ en hazerlo tomaredes, con treinta escudos, de que os darè la satisfacion, ò deposito que mãdaredes. Todas estas razones, bien que a la deshilada, por no dexarle reparar en ellas, le propuse, a las quales auiendo vn breue espacio suspendidose, despues de auerme cõ los ojos dado algunas bueltas, y sin duda considerado (que siempre la codicia rompe mayores imposibles) el prouecho que tan sin costa se le entraua por las puertas, y las demas circunstancias con que este se le auia ofrecido, vltimamente respondio: Aunque es verdad, que estoy carmentado de cosas que sucedẽ cada dia, ha muchos que viuo solo, guardãdo mas de passar con incomodidad, que de viuir mal acõpañado: vuestra honrada presencia, y el deseo de sacar verdadero al señor Vicario, que de mi os dio tan buena relacion, deshaze toda dificultad, con que podreis desde luego disponer con tal conformidad, assegurando con la satisfacion, que es justo, la promessa, y ofrecimiento q̃e me hazeis. Esta sera (repliquè yo)

yo) cõ tan abonado fiador como os pareciere, y assi no esperando mas, tomò su capa cõ mucho contento (y sabe el cielo si temeroso de perder el buẽ lance) mano a mano se vino conmigo en casa del Vicario, que en viendome salio a recebirnos, diziendo: Para conocer vuestra acertada eleccion, bastame ver la discreta persona que os acompaña, de quien seguramente podeis fiar vuestro acrecentamiento, cosa de que estoy sumamente alegre, por el gusto de vuestro padre, y mi buen amigo. A estas razones respõdimos otras de igual agradecimiento, proponiẽdo el Letrado lo que para su seguridad, y satisfaciõ de mi persona faltaua. A que replicò el buen Clerigo, como yo podia desear, encareciendo las partes de mi padre, y las mias, con tanta abundancia de palabras y exageraciones, como si verdaderamente toda la vida nos houiera tratado, y conocido, cerrando su platica con aduertirle, que èl me fiaria en toda su hazienda; y siendo necessario pondria en deposito desde luego mil, ò dos mil escudos.

Mucho menos bastara à dar mayor seguro al Letrado, que antojandosele traia vn mueuo Potosi a su casa, el mas alegre de los hombres, despidiendonos me lleuò a ella, donde en llegando me señalò por aposento vnos entresuelos, que estauan en el descanso de la escalera, que subia a su quarto: con que haziendo traer a ellos vna buena cama, y adereçandolos, segun mejor le pareciò, no sabrè encareceros, quan regozijado, y contento me hallaua, pareciẽdome auia emprendido hasta alli vna de las mayores dificultades de mi jornada: y es de creer, que si el interes no le venciera, fuera imposible pisarle los vmbrales.

Desde luego, tratandome, en quãto al sustento de mi persona, como solia en mi propia casa, procurè regalar al Letrado cõ notable solicitud, no comiendo bocado (como dizen) de q̃ no participasse, haziendo esto por medio de vna muchacha de nueue, ò diez años, de quien tan solamente se servia. En lo demas de mi adorno, y vestuo, limpio, y biẽ tratado, aunque recatadissimo, y sin alguna curiosidad en mis ojos, ni en mis preguntas: cosa, que poco a poco fue

ganando tierra en la voluntad y austera condicion de mi dueño, con quien en mucha conformidad estuue algunos dias: pero en todos ellos, no solamente no pude ver a la q̃ en semejantes transformaciones me trata, mas ni aun llegué a sentir vna sola pisada, ò mouimiento, de que en aquella encantada casa huuiesse mas personas de las referidas. O quantas vezes lleno de cõfusiõ dudaua en el credito, y relaciõ de mi ausente amigo, y quantas arrebatado de vn ardiente deseo, determinandose mi pecho a romper aquel silencio, subiendo aquellos breues escalones, el temor amoroso de perder la empressa me boluia cobarde a mi aposento, adonde quexandome de quien no conocia, y amando a quien nunca mis ojos auian visto, passaua à ratos melancolico, y a ratos menos triste, esperando el Domingo, forçoso dia, en quien saliẽdo a Missa, no se podia encubrir mi dama! Mas aunque este llegò, tambien passò como los demas, sin dexarme mas cõsuelo, ò rastro de su vista, quedãdo yo en mi duda, y cõ mayor tormento, formando nuevos discursos, y quimeras. Hasta que la siguiente fiesta, aun antes de auer salido el Sol, yo que horas auia estaua en vela, con azicates los ojos, y el sentido alerto, oì que atrauessauan por delante de las puertas de mi aposento algunas personas, cuyos passos, parcciẽdome en el sonido, y rumor, como de chapines, me alteraron de suerte, que sin tomar siquiera vn ferreruelo, saltè en camisa de la cama, y abri las puertas, pero a tã desgraciado punto, que solo pude ver a espaldas buelras, y subiendo las escaleras a mi dama. Quedeme atonito mirãdola, y sin duda la tirara del manto, sino conociera que su esposo la acompañaua: lo que entõces pudieron juzgar mis ojos, fue vna gallarda, y ayrosa disposicion, cõ que mas aliviado, y aduertido, para no dormir tãto otro dia me comencè a vestir, creciendo desde aquella alegre hora cõ mayor exceso mis regalos, cõ cuya suave artilleria pretendia yo aportillar el intratable, y zeloso animo de su marido: efeto q̃ ya se dexaua reconocer de mi en el crecido amor, que al passo de mis dadivas, y dineros me iba cobrãdo: el qual llegò a sazonarse

tan dichosamente, que sin pensar, y quando menos esperava que mis servicios huviessen hecho tãta bateria, vn dia despues de aver comido le vi entrar por mi aposento, adonde sentandose cerca de mi persona, me dixo: Leandro, quando las buenas obras no tienen su igual retorno (segun el Maestro de las Sentencias, y el nuestro Fuero luzgo nos advertẽ) justo es, que siquiera la voluntad se muestre agradecida con palabras, y destas soy Leandro tan enemigo (siguiendo el parecer de Bartulo) que quisiera poder callando, declararos las obligaciones con que me aueis prendado: lo qual ya mejor huvierades conocido, si la esquiua condicion, y recato de mi esposa Violante no estuviera de por medio; porque os prometo, q̃ desde oy aujades de seruiros de mi pobre mesa, escusandoos de mayores cuydados: mas ella estraña tanto el ver otra persona q̃ la mia dentro de los vmbrales de su quadra, q̃ no me ha sido posible vencerla con vuestro apacible, y modesto proceder. Recebid mi buen deseo, y por mi vida que limiteis la prodigalidad con que nos aueis regalado, pues lo hecho hasta aqui basta adexarme miẽtras viuiere obligado, y reconocido. Estas fueron las formales palabras, que el dueño, y esposo de mi dama propuso cõ toda llaneza, y sinceridad, a q̃ yo muy sin ella (aunque notablemente contento) le respondi las que a mi cauteloso intento mas convenian; concluyendo con darle a entender, que de mi natural cõdicion procedia aquel pequeño genero de cosas, de quien èl tan sin causa se mostraua agradecido; y finalmente se boluio mas obligado de lo que auia venido, quedando yo con mas crecidas esperanças de buẽ sucesso: no obstante que carecia de la vista, y conocimiẽto de mi pretension: aun que no se passaron seis dias, sin que saliesse de semejantes tinieblas: y fue el caso, que como yo continuasse los regalos que aueis oido, quiso mi suerte que llegasse vno a tan vrgente, y buena coyuntura, como despues parecio: porq̃ cayẽdo sobre la voluntad de mi maestro, bastò a que atropellando su recatada, y zelosa condicion, y el gusto, y estrañeza de su esposa, me hiziesse llamar desde la mesa, adonde cõ ella estaua

estaua comiendo, y con tanta priſa, que caſi no tuue lugar a aſſegurar mi turbacion, que fue tan grande quando entendi el intento, que como ſi verdaderamente fuera a oir vna ſentencia de muerte, lleguè temblando a ſu preſencia.

Sin exageracion, ni genero de encarecimiento puedo deziros, que haſta aquel punto no vieron mis ojos mayor hermoſura, ni la imaginacion colmado, y ſin tener mas que poder fingir ſu deſeo. No ſe como pintaros la, deſuerte, q̃ no quede contra mi légua, quexoſo ſu peregrino original: pues tratar de hazer ſimiles, y comparaciones de verdes eſmeraldas finiſsimos diamantes, madejas de oro, copos de nieue, carmin, criſtales, aljofar, y alabaſtros, fuera de pareceerme todas baxas, y humildes en ſu igualdad, pudiera ſer, q̃ con ſemejante eſtilo en vueſtra preſuncion quedara mas por poetico, que por verdadero, y fiel ſu retrato; y aſsi ſolo os avreis deſatisfacer con creerme, que en lo menos que pude entonces juzgar, lleguè a ver debaxo vna blanca, y liſa frente, a quien coronauan dos trenças de vn limpio y crecido cabello caſtaño, dos zafiros, dos luzeros, dos ſoles. Mas q̃ digo, vſando de tan eſtraño lenguage? vnos alegres, y honeſtos ojos, en cuyo medio deccendiẽdo la bien proporcionada nariz, ſeruia de linde a las blãcas, y roſadas mexillas, y de vmbrales de plata a las ſangriẽtas puertas, y labios de coral, como eſtos de alcaydes, y guardas a la riqueza, y blancura de ſus menudos dientes. Y finalmente por no cãſaros, qualquiera de ſus partes, aunque yo las tenia no mal dibuxadas en mi idea, me parecierõ mas bellas, mas hermoſas, y mas dignas de ſer amadas. Yo por entonces quedè mudo, y tanto, q̃ pudiera, a ſer tan vèturoſo, que mereciese ſer mirado de ſus ojos, conocer mi turbacion, y aun parte de voluntad. Mas ella hizo tan poco mouimiento, que caſi no pude colegir en quanto alli eſtuue, ſi lenantò la viſta del pecho de ſu eſpoſo, q̃ bolviendoſe a mi, començò a hablarme deſta ſuerte. Lo primero, que ante todas coſas aveis de eſtimar, Leandro, es auer cõ tan voluntad permitido llegueis a eſte lugar, en quien os prometo ningũ hombre ha entrado, ſino ſoy yo: y deſpues os

aveis

aueis de seruir de comer desde oy conmigo, porque estoy muy determinado a no dexaros despender cõtanta exorbitancia vuestra hazienda: y assi sin replicarme aueis de hazer mi ruego, pues es tan justo: fuera de que podreis con esto echarme juntamente en mayor obligacion, passandolo en nuestra compañia, como padres, y hijos, que en tal lugar, y possessiõ os tengo. No se como pude darle vna conforme respuesta, segun estauan mis sentidos diuertidos: mas temiendo caer en alguna sospecha, esforçandome lo mas que fue possible, le respondi: Señor, la misma razon que vos dais para q̃ yo obedezca a vuestra voluntad, me obliga a cõtradecirla: porque no fuera yo tan biẽ mirado, y agradecido, si conociẽdo la quietud de vuestra condicion, y la soledad con que mi señora Violante gusta viuir, la interrumpiesse por mi comodidad; la que me hazeis estimar èmientras viuiere, y assi os suplico gusteis de no tratar mas deste particular, porque resueltamente os digo mi vltima determinacion. Pretendia yo, mostrando este encogimiẽto, y recato, grangear opinion, y cõ ella auẽcer qualquier desconfiança, assegurandolos para mayor ocasion, y por esta causa no obedeci el intento del Letrado.

Estaua Gerardo tan deseoso de ver el fin de tan estraño cuento, que casi me atreuo a afirmar le pesò de que Leandro no abraçasse la oferta, parecièdole, que por aquel camino abreuiaria en el de su pretension; y aunque quiso aduertirsele, temeroso de interrumpirle lo escusò: oyendo que en su discurso dezia el discreto Leãdro: No por la mia le faltaron replicas, y aun bien apretados ruegos al dueño de mi dama. Mas como en el recato, y modestia de mi persona tenia yo librado el buen sucesso de mi amor, fueron por demas. Bien que desde aquel dia tomè animo para continuar la vista de la hermosa Violante, eligiẽdo para hazello las horas en que los dos estuuiessen juntos, porque si va a dezir verdad, ni yo me atreuia a mas, ni mi maestro daua lugar a otra cosa, y menos su bizarra, y honesta muger, de quien no solamente no oi en este tiempo razon q̃ pudiesse abrirme puerta para auẽturar algunas mias: pero ni aun entiendo averla visto

le-

quantar de su labor los ojos, con que ya echareis de ver con quanta confusion, y desvelo estaria mi alma, pues el considerarme en tan humilde estado, y tã ageno de poder descubrirme, a quien, si ya no lo agradeciesse, por lo menos no lo ignorasse, que por su causa padecia, forçosamente auia de tenerme en vn cõtinuo tormẽto. Mas no se alargò mucho tiempo el cumplimiento deste deseo: bien que pudiera costarme la vida, pues casi me puso en el peligro de perderla: porque quiso mi fortuna, que vna siesta en que mi Letrado, y su esposa se entretenian jugãdo al Axedrez, y yo solo presente, que ya componiendoles las pieças, ò ya viendo a mi dama con notable donayre, y mas hermosas manos, mudarlas en vna, y otra parte, tã biẽ, y mejor, me diuertia. Auiendole llamado a su esposo vn pleyteante, y siendole fuerça el assistir en el estudio por algun espacio, huuo de dexar el juego, diziendome al baxarse muy cõtento: Leandro ya veis quan de vencida va Violante, lo q̃ os ruego es, que assistiendo por guarda del tablero, no la dexeis que toque en los trevejos, porque estimaria sobre todas las cosas ganar aqueste lance: prometisselo, con que mi buen maestro tan alegre, quanto yo regozijado, nos dexò, y se fue. Pero en esta sazon, caro amigo, començò el temeroso encogimiento de mi coraçon, y el trauarse mi lengua cõ la impensada turbacion de mis sentidos, y en efeto, aunque lo intẽtè, no pude formar en la imaginacion razon por donde dara mi amoroso cuydado algun principio, si bien la ocasiõ era marauillosa; hasta que sacandome de tan notable confusion la hermosa Violante, aunque con otros fines, me dixo con apacible rostro: Sabeis acaso Leandro aqueste juego? porque sino le ignorais, como sospecho, en ocasion estoy que pudiera aprouecharme de vuestra industria, que os asseguro trocara qualquier gusto por el de saber alguna treta con que escusar el mate que mi esposo pretende darme en èl. No ay palabras que puedan encarecer el alegria de mi coraçon, pareciẽdo le auia descubierto algun resquicio por dõde arrojar parte de su amoroso sentimiento, y assi la respõdi: Muchos dias ha

que

que se con particular experien cia este juego de damas, el qual puedo dezirme cuesta larga inquietud, y perdida de hazienda; y aunque por esta causa pudiera desconfiar de mejor dicha, todavia en el lance presente me atreuerè à enseñaros trata tan ingeniosa, que no solamente queriendo vos vsarla, escuseis el mate que os va dando vuestro esposo, pero jũtamẽte en vez de recebirle, le le dareis a èl. Con mas contento del que podreis pensar escuchaua Violante mis razones, y assi no viendo la hora en que satisfazerse del remedio, me replicò: Ya juzgareis el corto termino que nos darà mi esposo para admitirme, no tardeis mas Leandro en descubritos, pues podria sin pensar faltarnos coyuntura.

Esta razon vltima causòen mi mayor atreuimiento, con que asiendo della, y no me pareciendo dilatar mas mi intento, con nueua turbacion la comẽcè a dezir. El mismo temor, dueño, y señora mia, que aun en tan pequeña causa significais, deseando no perder la ocasion, me fuerça a que sin esperar otra mejor en la que el tiempo, y mi ventura ofrece, se pais de mi boca, que vos solo señora aueis podido reduzir mi persona (siẽdo de mayores partes, y calidad que muestra al presente) a la baxeza, y humildad, en que por veros, y seruiros, se ha puesto, auiendome sacado de mi casa, y patria, la relacion q̃ me hizo vn discreto amigo de vuestra rara hermosura, y singulares virtudes, y sin cessar hasta el mismo punto en que me via, y desde el dia en q̃ llegò a mi noticia en Cordoua, fui discurriendo, ponderando vltimamente mi sentimiento, y voluntad con tantos suspiros, y lagrimas, que bastaran à enternecer vn alma de diamante. Mas que respuesta amigo entendereis, que a tan tierna platica daria mi dama? prometoos, que aun el traerla agora al pensamiento me atemoriza, porque aueis de saber, que apenas acabè de significar las ansias de mi pena, quando trocandosele en el de vna maciẽta gualda, el rostro color desus mexillas, llena de arrebatada turbacion, y atropelladas entre sus dulces labios, me respondio las siguientes razones: No es posible, fementido Leandro, que en esse pecho se halle mejor sangre, q̃ la

que

que de vuestro infame presupuesto ha descubierto; pues si bien nacido, y noble fuerades (como me aueis significado) antes procurarades dar hora à quien tan bie como mi esposo os la merece, q̃ quitarsela, intẽtãdo cõ solicitarme, su afrenta. Y aqui cegandole con mayor impetu la colera, cõcluyò otras mas asperas injurias, con leuantar a dos manos el tablero, descargando juntamẽte su ira con èl en mi cabeça, dexandome suceſſo tan impensado, fuera de sentido, y mucho mas el ver subir a su marido al terrado cõ el ruido que el golpe, y los treuejos auian hecho. Quedò pasmado mi maestro, aduirtiendo la ruina de su juego, y buelto a mi, quiso riendose, q̃ le absoluiesse de su duda. Mas Violante, que via en la mudança, y turbacion de mi rostro la ruin satisfacion que por entonces auia de darle, tomando el responderle por su cuenta, cõ gẽtil donayre le dixo: Si de ver baraxado nuestro pleito mostrais enfado, biẽ podeis consolaros, entendiendo que hasido mucho mayor el que yo he recibido, pues ya estaua el vencimiento de vuestra parte menos seguro, y mas dudoso, porq̃ auiendome querido valer del ingenio de Leãdro, el me auia enseñado treta tan artificiosa, y sutil, que no tan solamente haziendola escusara el mate que deseauades darme: pero le recibieradesinfaliblemente de mi, si bien mi ropa, y demasiado descuido, queriẽdo mejorarme de asiẽto, nos han quitado sin pensar de porfias, derribãdo el tablero, debaxo del qual inaduertidamente le dexè al sentarme. Con este admirable despidiente, motejando mi intento, y poca fee, y sin quitar de la verdad del caso cosa alguna, ella salio de confusion, y aun tambien su marido, q̃ como la amaua tiernamẽte, y aquella ocasion era de passatiempo, atribuyendolo a burla, y juego, quedò con lo dicho alegre, y satisfecho.

Quando el coraçon està lleno de passion, mal pueden, Gerardo los oidos escuchar consejo: abrasauase mi alma en vivas llamas, y aun q̃ en semejante acaecimiento tuuiera quien con sabio consejo procurara trocar su determinacion fuera imposible, que del resultara en mi algun buen efeto, y assi menos quexa puedo tener de mi perseuerancia, y menos del

dexar-

dexarme rendir, y vencer de la triste imaginacion deste sucesso; pues faltandome siquiera vn amigo, vn criado, vn hombre no conocido con quiẽ descansar, contandole mi pena; llano es, que como en sugeto tã dispuesto auia de hazer operacion: la que en mi se reconocio con suma breuedad, fue de tal fuerça, q̃ apenas me quitè de los ojos de Violante, quando dexádome caer encima de mi cama, tras de vna congoja, y sudor frio, en vn instante me sobrevino con furioso accidente vna calentura, que sin menguar vn pũto, quitandome las ganas del comer, en quatro dias me reduxo à mortal peligro, y al quinto casi desahuciado de los Medicos, llegue à conocer me iba acabando. Del sentimiento de mi maestro os asseguro, que era aun mucho mayor que merecia el origen de mi daño. No se quitaua de mi presencia en todo este tiempo, antes faltando a todas las demas cosas de su casa, acudia solo a hazerme los regalos, y remedios mas conuenientes à mi enfermedad: mas como los Medicos, y èl ignorassen la causa della, con los q̃ me aplicauã, en mayor riesgo me poniã: porque al amor no basta medicamento alguno: es mal incurable, y el que solo carece de Auicenas. En fin la noche deste dia, q̃ para mi fue la mas triste, y dichosa que hasta entonces tuue, siendole fuerça al Letrado el salir de su casa, por no dexarme solo, temeroso de la velocidad con q̃ mi accidente caminaua, llamando a su muger cõ lastimado afecto, la rogò me hiziesse cõpañia en tanto q̃ èl daua la buelta. Hizolo al fin mi dama, siendo para ello no poco persuadida de su esposo, que aũ hasta en ocasiõ tan piadosa quiso mostrar la esquiua condicion de su animo. Aunq̃ mi mal era terrible, no por esso auia llegado a encarcelarme los sentidos; y assi libres pudieron conocer quan cerca estauan de su cruel dueño, que a este punto (no permitiendo el cielo mi vltimo fin) ò ya compadecida de verme en tã corto termino, reducido a tan misero estado, y trocada la lozania de mi juventud en el triste retrato de la muerte, ò ya reconociendo la pureza, y verdad de mi amor (pues el sentimiẽto de su desden, cõ tales muestras alegaua en mi fauor) ò por la vna, y otra causa

moui-

mouida (porq̃ al fin no ay muger a quien de ser amada le pese, ni que à largo, ò breue plaço dexe de mostrarse agradecida) dando ternissimos sospiros, y sentadose en cima de mi cama, en baxa, y dulce voz tomando las mias con sus hermosas manos, me començò à dezir estas de mi, aunque tã sin acuerdo, bien entendidas razones. Es posible, discreto Leandro, que quien tuuo por vna mas incierta que segura nueua de mi poca hermosura, determinacion, y atreuimiento para oponerse a su empressa cõ animo de contrastarla, le aya faltado en el combate primero, mostrãdo a su resistencia, y desvio tan notable flaqueza? Prometoos, señor mio, que si vuestro generoso proceder no estuuiera publicãdo a vozes vuestras nobles partes, que la presente cobardia me obligara à poner en ellas mucha duda. Alentaos Leandro, y conoced, que si en la primera ocasion q̃ pudistes declararme tan amoroso intento, quedara yo rendida a vuestras palabras, ò por lo menos cõ las mias, ò el semblante de mi rostro, dieran entonces algun genero de esperança a vuestros pensamiẽtos, esto que oy en mi os parece amable, por semejãte facilidad y desemboltura, fuera desestimado de vos con justa causa, porq̃ la fortaleza que con perseuerancia, y valor sufrio del enemigo vno, y muchos assaltos, de mayor estimacion seria digna, que no la que al primero se dexò entregar, y rẽdir; ni menos os fuera glorioso el vẽcerme, si la pelea no os costara dificultad, y trabajo. De los que por mi aueis atropèllado, bien podeis creer que estarè satisfecha, y aun reconocida a la deuda en que me aueis puesto, q̃ desde luego me obligo a pagar, no queriendo otro mas largo plaço para el cumplimiẽto desta palabra, sino el que en restaurar vuestra salud se dilatare. Mas dixera aquel mi hermoso dueño, si estas vltimas razones no se huuieran casi embaraçado con la breue venida de su esposo: ocasion que hizo librar la respuesta q̃ preuenia mi alma en tiernas, y amorosas lagrimas de mis ojos. Hallome, aũque fuera de su parecer, mas aliuiado, conociendose tan de improuiso esta mejoria, que entiendo la atribuyò à causa milagrosa. Mas q̃ mucho, si al veneno de

mi

mi enfermedad se le auia opuesto con superior antidoto el remedio, q̃ solo podia atajarla, Estuuo amigo Gerardo, mi vida, ò miserable fin, sujeto al absoluto imperio de la hermosa Violante; y assi el mismo q̃ pudo con su aspereza, y crueldad ponerme en los vmbrales de la muerte, oy con esta piadosa platica, y razones, tã agenas de mi esperãça, no tan solamente concedio la salud al desmayado cuerpo, sino q̃ juntamẽte dexò el alma colmada y llena de vn increible, y marauilloso regozijo, con que dẽtro de pocos dias pude, aunque conualeciente, leuãtarme de la cama, alentando el debil y cansado espiritu, mi deseado, y bien merecido premio, pendiente de la restauraciõ de mi salud, y fuerças. Este entrañable y amoroso deseo muchas vezes me sacò de mi aposento, y puso, aunque con el mismo temor, en la presẽcia de mi dama, cuya alegre vista gozãdo, nunca tuue animo para siquiera traerla a la memoria su promessa, y el fin de mis trabajos: porque el respeto, y temor que igualmẽte la auia cobrado, se apoderauan de mi lẽgua, causando segun lo q̃ pudo al presente juzgar, el mismo empacho, y turbaciõn en mi Violante: mas como entõces la passion lo apreciasse por su acostumbrado desden, y rigor; yo os prometo que estuuo muy apique la recaida, boluiẽdo a perder en su tibieza la salud que auia grangeado con el prometido galardon. Entre aqueste desvelo, y los dias de mi conualecencia llegò el Domingo primero, en quien por indisposicion, ò otro caso contingente el Letrado no saliò de su casa, ni mi Violante pudo ir a Missa a la hora que madrugando acostumbraua, con que siendo entrado el dia, a su esposo le pareciò librar en mi el oficio de acompañarla; yassi, que riendo traer a proposito su intento, me dixo: Amigo Leãdro el no auerme sentido bueno esta passada noche me ha detenido en casa, y aũ a Violante, sin ir a la Iglesia, cosa que ella siente, y yo no puedo remediar, si vos no suplis la falta que la hago siruiendola de escudero: tomad por vida vuestra este trabajo, q̃ dandola la mano, ella podrà juntamẽte seruir de arrimo a vuestra flaqueza.

No se como acertè a dissimular mi sobrada alegria: en fin

yo obedeci, dandole las gracias, tomando cō interior contento la mano de mi dama, y prometiendo a mis cuydados la libertad de su silencio mudo. Desde luego determinè en el camino significarle las justas quexas q̄ ya podia de su descuydo formar mi alma, para cuyo efeto comencè a preuenir razones tales q̄ bastasen a enternecerla. Mas apenas mi acobardado pecho se atreuiò a despedir siquiera aū ligero suspiro, temiendo mas el enojarla con mis palabras q̄ el verme de vna, y otra ocasiō salir por su cortedad muriendo, y tan sin esperāça de remedio. Cō este encogimiēto la acompañè hasta la Iglesia, y con el mismo la bolueria a su casa, si vn impensado fauor suyo no mediera mayor atreuimiento, y fue pues, Gerardo, q̄ al bolvernos, mi dama cō mashumano rostro, fingiendo para otra ocasiō quitarse el guante, me dio sin èl la hermosa, y blanca mano, cosa q̄ dexandome abforto de alegria, estimè por recompēsa de mayores disgustos. Iba tan alērado, y gozoso viendome dueño de aquel pedaço de cristal, q̄ no pude temeroso de perderle, escusarme de ceñirle, y apretarle con mi mano, respondiēdo aquesta amorosa acciō tādichosamente a mis intentos, q̄ apenas la puse en execucion, quando mi dama pagandome en la misma monedad, apretò la mia, diziēdome: Hasta quando, querido Leandro, ha de hazer vuestra cortedad oposiciō a mi honesto recato, pretendiendo con lengua muda, y proceder encogido, que yo con mi persona os brinde, y ruegue, siendo este mas propio officio de los hombres, que costumbre bien parecida en nosotras? y ya sè que a vuestra condicion quereis dar por escusa la riguroſa mia, y si biē el auerme visto no ha muchos dias menos cruel, pudiera tenerme en mejor opinion, todavia por la ocasion q̄ primero os di, la avrè de admitir, aduirtiēdoos, q̄ con seguridad de mi correspōdēcia podeis amar, con q̄ dandonos a entender mejor q̄ hasta aqui, no faltaràn ocasiones en que con igual descuento nuestras volūtades queden satisfechas; y porque no penseis, que solo con razones pretēdo pagar dilatādo vuestro gusto, esta noche procurarè dar ordē, con la qual entreis en mi aposento,

Aqui

Aqui llegaua el amoroso cuēto de Leandro, no con pequeña suspension de Gerardo, quando su agradable discurso interrumpiò vn grā tropel de ministros de justicia, que juntamente con el Alcayde de la carcel entrarō adō de los dos amigos estauan. No dexò de alterarlos semejāte nouedad, y mucho mas se entristecio Gerardo quā do supo traian ordē para remouerle la prisiō adonde estaua, trocandole por vna de las mas fuertes torres del Alhambra, fortaleza poco distāte de aquella famosa ciudad, pretention q̄ hasta aora, aunque bien solicitada de sus contrarios, no se auia conseguido. Era su principal intēto vencer con semejantes vexaciones, y aprietos su determinaciō, remedio de que en dos ocasiones suelen los juezes aprouecharse; ò bien quando la calidad del preso, y delito no admiten mayor castigo que el de vna estrecha carcel; ò quando cō las incomodidades della, y el priuarle de la mayor comunicaciō de sus deudos, y amigos, pretenden reducirle a su proposito, como enefeto suele ser siempre el mas acertado. Esta vltima experiencia era la q̄ al presente hazian en el afligido cauallero, de quien no fue estimada por la mas ligera desventura q̄ en este cautiuerio le sobreuino: mas no queriēdo desacreer de su buen animo, con alegre rostro començò a preuenir su partida, despidiēdose de su noble, y antiguo amigo Arsenio; q̄ con increible sentimiento derramò tiernas lagrimas sin que su valiente coraçon pudiesse reprimirlas, haziēdole en ellas (no menos lastimado) compañia el nueuo Leandro, cuya agradable historia, aun sin auer entēdido el fin que tuuo, lleuaua a Gerardo marauillado, y enternecido.

Preside a la ciudad ilustre de Granada, cō superior grandeza, vn alto cerro, que tiene a cauallero su grandiosa maquina; ya en partes vestido de frōdosos alamos, y ya ceñido de atadas peñas, asperos, y peynados riscos, cuyas arcillosas plantas baña el Darro famoso, por el oro que nace en sus corrientes, de quien no sin emulacion de mas caudalosos rios ofrece a los cristales de Genil su tributo. Hazese en lo mas alto deste gracioso mōte vna ancha plaça, en q̄

sobre algunas ruinas Fenices fundaron los arrinconados Reyes Moros (y vn tiepo por los pecados de España su riguroso açote) soberuios alcaçares, a quien cercarò de murallas fortissimas, altas torres, barbacanas, fossos, y baluartes, dexãdo aquel eleuado sitio igualmẽte fortalecido, y prouehido para su seguridad, y morada, dandole a todo junto, el Alhambra por nombre, que oy aun cõ mayor resplandor cõserua: porque no tan solamente sustentan nuestros poderosos Monarcas con particular cuidado los edificios Arabes, sino que cõ otros mas nuenos, y magnificos la ilustran, y engrandecen, teniẽdo assimismo para su mejor perpetuidad en ella lucida infanteria q̃ la defiende, y todos los demas requisitos q̃ a vn prosidio cerrado le competen. Ay en el ambito de aquesta fortaleza, Iglesias, y Conuentos, y casi docientas casas, en quien se auezindan oficiales del Rey, soldados, y otros particulares moradores, que la estiman por habitacion mas saludable q̃ la ciudad, de quien estarà aun no medio quarto de legua. Aqui pues quãdo pudiera acabar su cansado cautiuerio, truxeron a Gerardo, dexandole en vna de las muchas torres, que desde sus murallas mirã la hermosa Vega, cuya vista en otro, q̃ de tantas desdichas no estuuiera rodeado, pudiera causar muy grande aliuio: mas ocasiones tales hazen siempre contrario efeto en la persona q̃ estàimposibilitada de gozarlas, porque conuirtiendo en otro miserable Tantalo el objeto marauilloso, q̃ deuiera deleytarlos, se viene a reduzir en mas duro tormento: assi le sucedia a Gerardo, q̃ cercado de hierros frios, y seguros candados, solo podia estender por aquellos espaciosos campos los cãsados ojos, embidiando los passos libres del pobre, y miserable jornalero: y deseando la comunicacion del mas rustico, y grosero pastor. Infeliz suerte sobre quantas affligen a los hombres, y por quien antes que alguno se dexe oprimir, y vencer, perdiendo la libertad, debe arriesgar vna, y muchas vezes la vida: y assi, no sin muy justa causa dixo Caton, que todo el oro, y riquezas de la tierra no podia ser de tanto valor, que mereciesse apreciarse con el de la libertad. Marco Tulio, que para conseruar tan

gran

gran bien, la muerte q̃ es el vltimo de los males, no se auia de temer. Y preguntando ansimismo Diogenes, qual era la cosa mejor del mundo? dixo, q̃ la libertad, a quien las leyes llaman bien inestimable, y mas precioso que todos los bienes, y tesoros humanos. Ay perdida, que con la perdida de tan marauilloso don se pueda igualar? Y ay comparacion que justamnte quadre al desdichado q̃ se vè sin èl? Yo conozco, que no por otra causa llamamos a vn cauallo bestia, y bruto, sino porque no sabe, ni puede gouernarse de manera que libremente haga su voluntad, porque en todo hade seguirla agena, y otro le ha de regir, y encaminar. Pues si estos nõbres merece vn animal tan gallardo, y por tan vil cosa se tiene, que diremos à vn hõbre preso, y cautiuo, cuyo miserable estado le viene a hazer tan semejante a vn bruto? No digo yo que la prision le priue del discurso del juizio, y la razon, ni que la voluntad libre, q̃ està plãtada en su alma, para interiormẽte querer desear, amar, y aborrecer, escoger, aprobar, determinar, proponer, esperar, y producir otros muchos actos de la misma voluntad, y potencias, le falte en algo desta parte, porq̃ en quanto toca a su natural dominio, y mãdo interior, nada le falta, nada perdio, todo como antes le queda. Pero si el efeto, y execucion destas operaciones que produce, consideramos en la otra mitad corporal deste mismo hombre, que sino es de tãta nobleza, es sin duda vna muy notable parte de su natural, libre, verdadero, y perfeto señorio, que le hallaremos de prouecho, ò que no le faltarà en el pũto que se cautiua, y que dà en vna vil prision? ò quanto de lo que fue pierde violentamente tiranizado, è imperfeto, sin que solo algun sentido, miembro, ò parte de los que Dios, y la naturaleza le dieron pueda libremente predominar? ò al contrario, que le falta para ser en el vso dellos vn bruto animal, sin querer, ni voluntad? Puede por ventura hazer alguna cosa este desdichado hõbre, si primero el barbaro Alcayde, y ministro, a quien viue sujeto, no lo consiente, no lo permite, no lo manda, no lo quiere, y no lo ordena, adonde, como, y quando se le antoja? O quebrãtado, y triste

genero de vida, pobre en parte, y en todo de alvedrio, que importa para dexar de ser la vltima miseria, que no toques en la sustancia del alma, y en sus naturales potencias, y q̃ en su ser interior viua libre la voluntad, si por otra parte el vso y señorio del cuerpo, de sus miẽbros, y sentidos, y el mãdo della sobre sus ministros, y gouierno deste Reyno, y mundo pequeño, le hã tiranizado, y ocupado por fuerça? Bien creo tendrà disculpa cõ el lector este lamentable episodio, en quien arrebatado de compassion, no pude antes de parecer prolixo suspender la pluma, escuseme la desdichada suerte de nuestro Heroe, y las muchas razones que ay para hazer mayor exageracion de vn tan misera ble genero de vida, el qual padecio Gerardo largos dias, casi impaciente del dolor que le ocasionaua el nueuo cautiuerio: apartado de sus caros amigos, y reducido a hazer compañia a los marmoles, y piçarras de aquella torre: porque aun los mas cercanos deudos, con el achaque de auerle retirado, sucrõ poco a poco mostrando con tibieza la incomodidad que suspẽdia el verle. Haze en el triste preso la visita del amigo, o pariente, la misma operacion q̃ en el afligido doliente la del Medico deseado; y assi ageno deste aliuio Gerardo, bien se puede entender que le seria mucho mas graue de lleuar su tormento, si bien su prudente discurso, preuiniẽdo este daño con la mejor diuersion que el tiempo dio lugar, pudo tener constãte, y firme el animo acosado, fauoreciendo con intrepidos acaecimientos, la fortuna su valiente determinacion. Dos meses serian passados despues desta mudança, quando vna noche, que fue la primera del florido Abril, estãdo ya Gerardo recogido biẽ a deshora le inquietò el sueño vn agradable rumor de varios instrumentos, que no muy distantes de su torre sonauan, tocados diestramente; y assi solicitado, tanto de la nouedad, como del deseo de suspender con semejante harmonia el desapacible son de sus cadenas, salio àlas ventanas, desde adonde no haziendo muy escura la noche, pudo sin dificultad ver, que la ocasion que de su lecho le auia leuantado, eran quatro, ò seis personas, que arrimadas a los cimientos de la

de la torre, a esta misma hora, acompañando a la dulçura, grauedad, y consonancia de

*Quiera Dios, bella enemiga,*
*que huyendo de tus desdenes*
*me alcancē tus maldiciones,*
*porque me alcance la muerte*
*A priuacion de la vida,*
*que son mis vltimos bienes,*
*me condena tu rigor,*
*porque ninguno me quede.*
*Desterrado de tus ojos,*
*hermosos, como crueles,*
*estrangero, y peregrino*
*voy à padecer ausente.*
*Tu memoria, y mi desdicha,*
*que son la que mas lo temen,*
*aunque su remedio buscan,*
*nunca mis penas diuierten.*
*Quien dirà qne en el ausencia,*
*que ser el infierno suele,*
*se cifra mi libertad,*
*y mi salud se preuiene?*
*A dudosas esperanças,*
*que ya imposibles parecen.*

No menos confuso, que admirado, le tuuo a Gerardo la suaue musica: porque si en parte le diuirtiò su pena, tambien la curiosidad de saber la causa le puso en cuydado, marauillandose en estremo, de que en la soledad de aquel cāpo, y no de los mas vezinos al concurso de la ciudad, y en el altura, y aspereza de aquellas torres huvna corneta, harpa, y guitarra, con milagrosas vozes cātauan los siguientes versos.

*desesperado remito*
*mi buena, ò mi mala suerte,*
*Publicarè mi castigo,*
*para exemplo de las gentes,*
*y porque a todos admire,*
*lo que quise, y lo que puedes.*
*Si llegare hasta el sepulcro*
*esta memoria presente,*
*tendrè para mis cenizas*
*vn epitafio solene.*
*Yo dirè en tristes endechas,*
*compendiosas como breues,*
*la fuerça de tu hermosura,*
*y la causa de mi muerte.*
*O tirana vencedora,*
*triunfa vfana, vence alegre,*
*que ilustres hazañas tuyas*
*son mis despojos crueles.*
*Gloriosa fama consigues*
*en verme morir ausente,*
*peleando con la vida,*
*y entre mis cuydados siēpre.*

uiesse ocasiō de tan cuydadoso desvelo, como ni tampoco le parecio ordinario, y comū el aparato de gente, vozes, è instrumētos. Todo le causaua nouedad, y todo pōderandolo le venia a parecer vna mas que particular auentura. En estos pensamientos gastò parte del tiempo que los musicos ocuparon (hasta tener otra orden) en

templar nueuamente, tocando despues con sonorosas y varias inuenciones, hasta que interrumpido dellas, cõ mayor atencion, y vigilancia huuo de assistir a ver donde paraua vn hombre, que saliendo del pequeño esquadron a largo passo se acercaua a la vezina muralla. No alcãçaua Gerardo a ver el fin de su viage, porque vn pequeño esconce del pretil de la torre se lo impedia; y assi huuo de trocar la ventana en que estaua, por la de otro aposento, que derechamente salia a aquella parte, desde la qual pudo mas claramente conocer se auia reparado al pie de otra torre, que no siendo tã alta, ni tan fuerte como la suya, adornada de balcones, rejas, y galerias, venia a caerle muy cerca de su prisiõ por aquel lado; y tanto, q̃ hablando medianamente recio, se podia entender qualquiera voz. Alli luego como llegò, vio Gerardo q̃ avian abierto las puertas de los mas baxos miradores, y jũtamente assomadose a ellos vna muger. No eran de lince sus ojos, ni la distãcia de el lugar tan corta, q̃ pudiesse de noche determinar su talle, ò parecer; y assi solo curò de atender al fin de sus intẽtos, escuchando cõ notable silencio las razones q̃ hablauan, como la mas segura cuerda, que para guia de semejãte laberinto podia escoger. Al principio, gemidos, y suspiros tristes, que atropellando el ayre, despidio el no conocido galan, tuuierõ suspendidos los oyẽtes hasta que enmedio dellos, con afligida, y alterada voz començò a dezir: En fin discreta Aminta, os dexa salir sola vuestra hermana, ò por mejor dezir, mi cruel Lisis, cierta señal de q̃ pretende lleuar adelãte su riguroſa, y aspera condicion: castigo injusto de quien tan estrechamente la ha querido, como premio, y galardõ desigual al que deue a mi antigua, y verdadera voluntad. Atajado de aquella dama, a quien tierno galan llamaua Aminta, vio aqui Gerardo, q̃ le auia respondido desta suerte. No dexarè que con tan poca razon, noble Liseno, assi os quexeis de Lisis, ni de su desden, y tibieza, pues ni a esta la experimentastes alguna vez mas apacible, ni a mi hermana menos recatada, cõ que no auiẽdo sido cõvos piadosa, ni su condicion mas fauorable en tanto tiẽpo, como

como fatigais vuestro cuydado, ni vos cõ justicia la podeis dar nombre de cruel, ni ella dexarse de ofender, en que tratandola assi deis motiuo al vulgo, para que piẽse ha auido de su parte ocasion: basteos Liseno saber, q̃ salgo aqui sin disgusto suyo, y por lo menos, que si no muestra el agassajo q̃e desea vuestra voluntad, no defiẽde (pudiendo ser tan a costa de su reputacion) estas demonstraciones, y solicitud. No me tiene, replicò Liseno, tan ciego mi passion, hermosa Aminta, q̃ dexe de conocer essa verdad, la qual eternamẽte sustentarè, porque en su mayor euidencia fundo yo la justicia de mis quexas, y el mas poderoso derecho de mi sentimiento, amar, seruir, obedecer, tan largos dias, y con tã corto fruto, es lo que me desvanece, y considerar, que tan sin piedad se aya Lisis ensordecido a mis suspiros, callado a mis papeles, endurecido a mis razones, burlado de las veras de mi amor, y ofendido de que sus burlas me lastimen, y ofendan, obligado a vezes a que mi mayor cordura, y presunciõ se trueque en efetos furiosos, y desbaratados. No me parece Liseno, dixo Aminta, que con semejante desesperaciõ podreis cõseguir algun prouecho: porque la prudencia de los hõbres discretos en los casos mas arduos, y dificiles se ha de mostrar, preuiniendo con valeroso sufrimiẽto los sucessos, y gouernando los mas con industria, y traça, que con repugnancia, y violẽcia. Sufrid, y perseuerad Liseno, y seguid la derrota q̃ ya empeçastes, y no os cansen, ni ofusquen las alteradas olas de tantos disfauores, q̃ yo sè mejor que vos de nuestra natural condicion, que al fin al fin auemos de quedar vencidas: pero si ya las fuerças son tan debiles, que os impiden el contrastar mayor fortuna, no se q̃ consejo os dè mas acertado, que el de procurar abalançarse al saludable puerto de vna ausẽcia, en cuyas letras corre con mayor seguridad el caudal, y hazienda de el mas fino enamorado, y mucho mejor son sus libranças, aun cerradas en el cãbio del oluido, concluyendo en vn mes dos montes, y seis peñas, que pongais entre vos, y Lisis, lo que no serà posible acabẽ muchos dias, y aun años, estando sin desistir deste proposito a su vista, y presencia,

sencia. Aqui aun mas alterado, respôdio Liseno. Parece, hermosa Aminta, q̃ han penetrado vuestros ojos el intento de mi coraçon, si ya el buen consejo que me dais, no pende del assunto, y versos, que cantaron los musicos: porque sabed q̃ yo vengo dispuesto a no atormentar mas cõ mis cansadas vozes estos campos, ni abrasar cõ el veneno, y llama de mis lagrimas, y suspiros sus plãtas, y sus flores: yo quiero no tan solamente dexar en sossegada paz estas murallas, mas alexarme muchas leguas de todo aqueste Reyno; quiçà con diuidir las causas q̃ jũtas me atormẽtã, cessaràn en parte, ò en todo sus efectos, mẽguãdo el fuego q̃ me consume el alma: bien quisiera, q̃ el dueño della animara a esta vltima, y triste despedida con su presẽcia: mas ni mi atreuimiento es tã soberuio que se persuada a que vuestros ruegos, ni mis importunaciones lo han de alcançar de Lisis, ni menos de mi paciencia, y sentimiento loco, puedo prometer tolerãcia, q̃ assegure cõ silẽcio mi lengua, si llego a ver, y hablar la causa q̃ tan sin razon, y piedad humana me obliga a dexar la patria en q̃ naci, y el sossiego, y tranquilidad de mi casa, deudos, y amigos, y assi tengo por mas seguro el desistir de tal proposito. El cielo Aminta os dè mejor vẽtura, ycõ èl os quedad hasta q̃ cesse en esta su influencia miserable la estrella q̃ me sigue. Estas vltimas razones acompañò Liseno de algunas lagrimas, y no menos entrañables suspiros, y sin querer esperar de Aminta otra respuesta, la boluio las espaldas, y llegò adõde la demas gente, musicos, è instrumẽtos le esperauan, a los quales mandando q̃ le siguiessen, poco a poco se fueron acercando a la ciudad, cantando por cõtera de su musica, al passar por debaxo de la Torre de Lisis este Soneto.

*Donde el Sol, y crece en sombras frias*
*La luz turbada de su hermosa frente,*
*Y cubriendo de luto el rojo Oriente,*
*Viste el rapaz desnudo en sus porfias.*
*Llora el hijo de Orfeno tiranias*
*De Proserpina quando al dueño ausente,*
*La Tortolilla casta, y Progne siente*

*Su afrenta, repitiendo endechas pias.*
*O noche, imagen del ausencia amarga,*
*Dile a mi Lisis que llegò al Ocaso*
*La luz diuina desus rayos de oro.*
*Dila tambien que en su desden se alarga*
*El tormento zeloso, en que me abraso,*
*Y que aunque estoy presente, ausente lloro.*

Acabarse los versos, cessar las dulzes vozes, retirarse Aminta, encubrirse Liseno, y su compañia, entre las sombras, y alamos del camino de la ciudad, fue todo vno: con lo qual agradecido al no pensado entretenimiẽto, Gerardo se boluio a su cama, haziendo en ella sobre el estraño amor de Liseno, discretas razones de Aminta, y seuera condiciõ de Lisis, notables digressiones, y discursos, de quien lo que sacò despues de auerse largas horas en ellos desvelado, fue vn extraordinario, y mas que curioso deseo de conocer, y ver el biẽ encarecido, y cruel retrato de Lisis, y el gracioso sujeto de Aminta; pareciendole, que si su buena suerte le hiziesse grato cõ alguna de las dos, siendo su vezindad tan acomodada, no dexarian de causarle muy grande diuersion, cosa de q̃ en su amargo cautiuerio necessitaua con increible sentimiẽto: porque lo que mas inquieta, y desamina a vn preso es la soledad q̃ padece, y las pocas, ò ningunas causas q̃ ay para poder en ellas diuertirse. Cõ este nueuo intento durmio Gerardo lo q̃ de la noche le quedaua y con tanto sossiego, q̃ hasta el siguiente dia que su Alcayde entrò a despertarle, no boluio a sus cuydados. Saludole, y despues la razon primera q̃ le dixo fue, si auia oido la passada musica, cosa de q̃ Gerardo se holgò notablemente, porq̃ estaua resuelto a informarse de el con algun disimulo, de quiẽ fuessẽ las dos hermanas; y assi viendo abierta a la ocasion las puertas, si bien haziendose muy de nueuas, le respondio, si se burlaua, ò auia soñado aquellas fantasias? A que el Alcayde replicò. Antes Gerardo sospecho, que por escusar vuestra pereza, ò la mucha pesadumbre de vuestro sueño, quereis atribuir a defetos del mio lo q̃ real, y verdaderamente ha passado: aunq̃ si và a dezir ver-

verdad; no me atreuo con todo a creer que tantos instrumentos, vozes, y rumor, dexasse de llegar a vuestros oidos. Mucho mas admirado se mostrò Gerardo a esta segunda replica; y assi fingiendo mayor cuydado, le boluio a dezir: En estos campos, a quien señor patrõ, sino a sus alamos puede festejar los galanes de Iliberia? si ya mi ventura no es tal que las Ninfas, y Diosas destos mõtes, ò alguna Sirena del famoso Dauro por hazerme esta fiesta dexaron el alvergue de sus seluajes riscos, y las vrnas cristalinas de sus aguas. Riẽdose el Alcayde respõdio: No me admiro Gerardo, q̃ ignorante de las damas que encierra aquesta fortaleza, tẽgais a burla lo que os he contado, ò por lo menos dificulteis el poder hallarse ella en ocasion digna de mayores estremos: pues yo os asseguro, que siendo la mayor belleza de estas montañas, no estais lexos de la celebrada Lisis, y discreta Aminta: damas cuya honestidad, y hermosura es, y ha sido ilustre resplandor desta ciudad, como portẽto marauilloso de todo el Reyno. Estas, y otras mas encarecidas razones hablò el Alcayde en la misma materia, dandole al curioso Gerardo, aun de cosas particulares de ella, estrecha cuẽta: porq̃ no tan solamẽte le dixo quié erã sus padres: quanta su hazieda, y quales sus pariẽtes, sino que juntamẽte con aduertirle de los cuidados de Liseno, cerrò su platica dizien do, q̃ el origen dellos procedia de auer visto a Lisis en vn Conuẽto, en quien sus padres desde su tierna edad la auian tenido; y donde enamorandose Liseno al presente, que ya estaua fuera dèl, y en su casa, proseguia los desvelos de su amor con publicos passeos, galas, fiestas, y musicas, no obstante q̃ della, segun todos dezian (si bien cauallero de muchas partes) ni era fauorecido, ni menos bien mirado. No quiso por entõces Gerardo parecer mas curioso; y assi dexando la conuersacion, dio lugar a q̃ el Acayde se bolviesse, con que èl le tuuo para salirse a las vẽtanas que de su torre caian àzia à aquella parte, que por ser atras mano de sus aposentos, y no siẽdo sabio de tã honrados vezinos, nunca nuestro cauallero las auia continuado, y a ocasion q̃ para el princi-

pio

pio feliz de sus deseos fue tan buena, que apenas huuo abierto las ventanas, quãdo las dos hermosas hermanas salieron a vn cercano balcon de su torre, en quien se sentaron a hazer labor, aunque bien agenas de que con tanto cuydado eran miradas.

Nunca vieron los ojos de Gerardo Pais de Flandes, ò pintura Romana de tan lucidos, y milagrosos lexos, como entonces le parecio el lienço de la torre de Aminta. Era el balcon de marmol blanco, y negro, a quien vna coluna de pintado jaspe diuidia en dos pequeños arcos, cuyas losas seruian de alfombra a los coxines de Lisis, y su hermana. Esta, que de menos edad pareeia, con viuos, y alegres ojos daua aun mayor donayre a su gracioso rostro, cuyo color era mas trigueño que blãco, boca, y nariz en estremo bien hechas y acabadas con dos arcos muy negros, y bruñidos, que siendo diademas de sus ojos, juntos formauan vn circulo de cuanto perfetissimo; Lisis, a quien los años diferenciauan algo de Aminta, si bien entre las dos no pudieran pagar al tiempo de los treinta tributo, era de aspecto mas graue, y de rostro mas sereno, y blanco, en tanto estremo, que muchas vezes las hebras del peynado cabello, cayendo con gracioso descuido por las margenes, y lados de la neuada frente, parecian sutiles rasgos de la pluma, hechos en el papel mas albo, y liso; y tal era la perfeccion de su blancura, y tan sin comparacion negras, delicadas, y resplandecientes las trenças concertadas de su cabello, de quié no discrepauan en el color los ojos, que siendo en proporcion, ni grandes, ni pequeños, no ay ingenio que pueda encarecer su donayre; ni exagerar la mas pequeña parte de su belleza. Tenia los labios, y mexillas de vn esmalte conforme, y este pudiera dar perfeció al mas fino carmin. Las manos, que bordãdo en vn bastidor de raso verde, ya de vna, ò de otra parte trenejauan, parecian copos de blanca nieue, quaxados en la fecunda yerua de las cumbres; y en conclusiõ, toda ella vn rico, y milagroso retrato de su diuino, y marauilloso pintor, a quien Gerardo, suspenso, y mas que nunca admirado, reuerenciò en sus perfetas obras, y alabò con interior afecto,

afecto. Vn breue espacio estuuo assi confuso, tanto como gozoso desta graciosa vista, hasta q̃ auiendo las dos hermanas reparado en su cuydado, convna cortesana reuerẽciase les humillò, respondiẽdo ellas casi con la misma igualdad, y cortesia, no se atreuiendo por entonces a dezirles cosa alguna, ni menos dandole su recato mayor licẽcia. Pareciole, q̃ con la nouedad desu presencia las tenia encogidas, y assi por no empeçar a serles pesaroso, se boluio a su aposento, tornãdo a cerrar como se estaua la ventana, por quien otras muchas vezes pudo participar de aquel contento, teniẽdo ya de su parte mas despojo, y menos estrañeza en las dos damas.

No dilataua Gerardo el hablarlas por corto, y encogido, porque en vna, ò en otra ocasion no le faltara para introducir su razon algun achaque: pero el auer de hablar a vozes por la distãcia del lugar, le suspendia, temiendo, que aunque ellas de cortesia le respondiessen, la nouedad auia de causar curiosidad en los vezinos, y enfado cuydadoso en su propia casa. Y assi dispuesto a proseguir con otros medios su pretension: se determinò a escriuirlas, valiẽdose para la tercería deste intento de la diligẽcia de vna esclaua de el mismo Alcayde, a la qual con regalos, y dadiuas tenia obligada aun para mas dificiles negocios. A esta pues teniẽdola primero aduertida en lo que auia de hazer, y mandandola, que solo a Lisis, ò a su hermana Aminta se le diesse, no poco cuydadoso de el sucesso la entregò este papel.

Si quisieredes, señoras mias, culpar este atreuimiento, satisfecho quedo de que no le tendrè para escusarme: porque pensar valerme de la cortedad de mi animo, y fuerças (desiguales en todo) siquiera con ellas resistir a vuestra hermosura, antes seria temerario disparate, que bastante disculpa, pues esta misma razon auia de enmudecer mi lengua, respetando, como a particular deydad, vuestra belleza, y assi estoy resuelto a no ampararme de otro escudo mas fuerte q̃ el de vuestra discrecion, a quien con humilde voluntad consagro los versos de esse romance, y en ellos, como mas licenciosos, vn firme coraçon, y vn alma noble, que eternamente

se

se reconocerà por vuestra hechura, si alentadola en la miseria de su estado, la recebis por despojos de vn rendido, que igualmente reuerencia, y adora vuestras marauillosas partes, y virtudes. Guardeos el cielo.

*HErmosissimas zagalas,*
*deste valle primauera,*
*cuyos ojos para rayos*
*embidia el Sol en su esfera.*
*Gallarda, Lisis. Aminta*
*gallarda, como discreta,*
*clara aurora, luz del dia,*
*de la noche escura estrellas.*
*Vna como nieue blanca,*
*y otra graciosa, y trigueña:*
*y aunque en colores distintas,*
*conformes en la belleza.*
*Dizenme, que sois señoras,*
*la gala de nuestra Aldea,*
*y entiendo que no se engaña*
*quien lo dize, y quien lo piensa.*
*Que os paga tributo amor*
*en vez de doradas flechas,*
*(suerte dichosa) pues rinde*
*a quien todo lo sujeta.*
*Que al enano terso, y liso*
*timbre de vuestras madejas,*
*si matiz no le dio el oro,*
*fue para mas excelencia.*
*Que prestan vuestras mexillas*
*blancura a las açuzenas,*
*purpura, y grana a las rosas,*
*copos de niene a la sierra.*
*Ambar vuestro dulce aliento*
*a los montes, y a las seluas,*
*color al carmin los labios,*
*como al mar los dientes perlas.*
*Y que tambien sois crueles,*
*condicion de las mas bellas:*
*mas si sois agradecidas,*
*que importa vuestra aspereza?*
*Va de amor, el alma os rindo,*
*y estara dos vezes presa;*
*vna en vuestros ricos lazos,*
*y otra en mis pobres cadenas.*
*Solo por la fama os quiero,*
*nueuo rigor, nueua pena,*
*que vuestra deydad adore*
*quien no ha merecido verla.*
*Piedad pido, hermosas damas,*
*sed la luz de mis tinieblas,*
*norte de mi rota nauc,*
*Santelmo de su tormenta.*
*Dos Angeles poderosos*
*sois para tan flacas fuerças,*
*la ventaja es conocida,*
*y mi fragil resistencia.*
*El alma rendida os doy,*
*echad las suertes con ella,*
*que a quien la ganare ofrezco*
*su esclauitud, y firmeza.*
*Y pues ya mi prezension*
*se consulta en vuestra audiencia,*
*mientras se concede el fin,*
*quedaos a Dios dulces prendas.*

Desde que dio este villete, y de sus ojos se apartò la esclaua, hasta ver su despidiente, los minutos se le antojauan

siglos

siglos, y edades largas; pero cõ todo su desvelo estuuo tres dias en esta confusion, porq̃ no huuo ocasion en todos ellos de poner la tercera en execucion su proposito. Al fin, despues de itos, teniendo mejor lugar, pudo hablar co Aminta; ella, aunque importunada, recibir el papel. Este sucesso supo Gerardo luego, y con marauillosa confiança, prometiêdose grandes cosas, espero la resolucion q̃ tomauan las dos damas, a quien, ni en este, ni en el siguiente dia pudo ver en vêtanas, ni galerias, cõ que aun no auiendo interuenido mas que el entretenimiento dicho, le causaua su soledad mas pena de la que buenamente se puede creer, sospechando, que aquella ausencia, y retirada, era darse por mal cõtentas, y ofendidas de su atreuimiento. Y fue el caso, q̃ ocasionadas de vnas fiestas q̃ en la ciudad le hizieron, cõ otras deudas, y amigas suyas auian baxado a ellas y esto mas claramente parecio ser assi: porque la misma tarde q̃ boluieron, se assomaron juntas y mas que nunca alegres a su balcon, en quien con mayor gusto que hasta alli auian mostrado: assistieron todo el tiempo que Gerardo en sus ventanas, con lo qual mas sossegado y quieto, esperò la siguiente mañana, en quien aun no auiêdo el Sol con sus primeros rayos coronado las torres, salièdo a las rejas de la suya, hallò, que ya Aminta esperaua en su puesto, desde adonde apenas vio a Gerardo, quando sacò vn papel de el pecho, y diziendole, que embiasse algun criado por èl, le dexò caer entre vnas yeruas altas q̃ auia al pie de su torre, y sin esperar alguna replica, boluiêdose a entrar cerro las puertas del balcon.

Quedò Gerardo atonito de semejante acaecimiento, pareciendole de la accion, y modo con q̃ la hermosa Aminta se retirò, a que el villete que auia arrojado al campo era sin duda el mismo que ella auia embiado, y con notable congoja del desprecio, no viêdo la hora en que desengañarse, llamando avn criado, que solo para su seruicio le dexauan, le mandò q̃ baxasse por el villete: lo qual auiendose puesto por obra en vn instãte le vio en sus manos, y abriendole, conociendo no ser su letra, con menos sobresalto, y mas sossiego, começò a leer las siguientes razones.

Si

*Si a la facilidad del responderos no disculpara la conmiseracion de vuestro penoso cautiuerio, creed Gerardo, que procuraramos escusar aqueſta diligencia, aunque con vos quedaramos por mal correſpondientes: mas tiene la piedad tan honrado lugar en nueſtro pecho, y vos ſabeis obligando grangearla tan bien, que quando la triſte ocaſion en que os hallais, no nos moniera, vueſtro diſcreto proceder nos forçara a mudar de condicion: y porque os perſuadais a, que ni es tan riguroſo, y cruel como os han informado, hagoos ſaber, q̃ Liſis, y yo quedamos diſpueſtas a no dexaros lleuar eſſa priſion con tanta ſoledad, ſirviendoos en quanto entendieremos que puede ſer aliuio, ò diuerſion vueſtra. Y aunque ſoſpecho q̃ con igual volũtad pudierades diſponer de nueſtro guſto, por no dexaros motiuo a que penſeis cũplimos con palabras (pues os negamos el primero) deſde oy reſignamos en vueſtro parecer nueſtra voluntad, con preſupueſto de ſer la que de noſotras eligieredes, muy grande compañia de vueſtros trabajos.*

No pudiera en los muchos que Gerardo padecia, ſucederle ocaſion de mayor conſuelo, y aſsi en eſtremo alegre, no le pareciendo interrumpir la dichoſa corriente de ſu pretenſion, tomando adereço de eſcriuir a las graciolas damas, replicò las razones deſte papel.

*NO sè con que palabras encarecer mi buena ſuerte, moſtrando en eſtos breues renglones, vna ſombra, ò raſguño del verdadero agradecimiento con que queda mi alma rẽdida a vueſtro cortesano, y piadoſo termino.*

*Eſcojo por partido para no quedar corto, mi ſilencio, aſſegurandoos ſolo, que el fauor que me hazeis, eſtimo en mucho mas que la libertad, la qual ſi deſde oy deſeare con algunas veras, no ſerà para gozarme en ella, ſino para mejor emplear eſta vida en vueſtro ſeruicio: la puerta, que para entrar a èl me aueis abierto, tiene al preſente mis ſentidos en vn confuſo laberinto, de quien ſerà impoſsible eſcapar con bien en tanto que no mudaredes de intento, reuocando la eleccion que remitis a mi parecer, el qual podria ſin penſar dañarme, ignorando qual de las dos ſe halla mas libre para fauorecerme. Eſte inconueniente ſe deshaze conformãdoos en ſeñalar el dueño que he de obedecer, pues en todo lo demas de vueſtras partes no ay deſigualdad conocida, ſino vna hermoſiſsima concordancia, digna de eſtimacion.*

No andaua el buen Gerardo poco acertado en su discreta replica, pues con ella, no tan solo tiraua al blanco del ausente Liseno, mas rãbien boluiendo a sus manos la eleccion, salnaua su temor de vn poderoso emulo, pues forçosamente qualquiera de las dos, cuya suerte saliesse en vano, no auia deque dar muy gustosa: porque ni aun en cosas de burlas permite el flaco natural de las mugeres conocido desprecio. Y assi con este intento, y el de procurar alguna ordẽ para dar su villete, boluio a la ventana, y muy poco despues Lisis a su balcon. No auia hasta aquel punto visto a la hermosa dama Gerardo sola, a quien haziendo su cortesia con alegre semblante, y amorosas señas, dio las gracias de su mas singular fauor, a que riendose Lisis, y haziendole entender, que no a ella, sino a su hermana Aminta se le deuian, casi mostro en sus hermosos ojos vn zeloso enfado, pareciendola, q̃ mas con Aminta que con ella se entendia Gerardo; sospecha q̃ èl como tan bien acuchillado conocio claramente; y si bien quisiera replicar, Aminta con su venida lo escusò, y assi, sacando el papel del pecho, y ellas que ya estauã sobre auiso, arrojando vna cinta por señas, le aduirtieron, q̃ embiasse vn criado para que le atasse, lo qual puesto por obra, tomandole Aminta, y despidiendose entrãbas de Gerardo, le dexaron aũ mas cuydadoso que hasta alli, porque ya nuenos desvelos solicitauan su coraçon, teniendo en èl por particular simpatia de estrellas vna de las dos hermosas damas, imperio absoluto, y conocido señorio, en cuya apacible imaginacion se diuirtio hasta el siguiente dia, que por la misma orden que el primero, tuuo de su segundo villete esta respuesta.

LIsis, y yo, Gerardo, leimos con notable gusto vuestro papel, y con mayor leyeramos si auiendoos valido de nuestra licencia, no procurarades con tan largos rodeos escusar la; vos aueis de escoger, esta es nuestra vltima determinacion; y assi, no ay para q̃ os suspenda el pensar, que no viuamos libres, pues es cosa muy cierta, q̃ a tener dueño, ninguna quisiera parecer tan liuiana, deseando otro alguno, con que absuelto desta duda, no teneis sino sacar a Lisis, y a Aminta

de

de contienda: porque quiero que sepais, que el estar tan segura de que vuestro discreto, y cuerdo proceder ha de elegir, como es justo, a mi hermana Lisis, me ha mouido a hazer con ella cierta apuesta, la qual avrè de perder forçosamente por vuestra causa, si en sus conocidos meritos no hazeis tan acertada eleccion como presumo.

Bien entendiò Gerardo de las razones deste villete, que no le conuenia hazer otra cosa; y assi temeroso de enojarlas, se determinò a seguir su voluntad, aunq̃ en el disponerla, le parecio caminar muy atentado, y desuerte, que no quedasse alguna por su causa quexosa. Con este acuerdo, y bien pẽsado el modo (si ya en su coraçon dispuesto el dueño a quien con mas secreta fuerça se inclinaua) no dilatando el vltimo fallo, boluio por el estilo acostũbrado a remitirsele a las graciosas damas, que auiendole con admirable gusto recibido, vieron que contenia las siguientes razones.

SAbe el cielo, Lisis, y Aminta hermosas, que quisiera partir primero el alma, para igualmente rendirla a vuestros pies, antes que verme en tanta confusion, mas la fuerça de obedeceros rompe las dificultades de mi temor, ni obligando le a que con mucuo aliento se determine a hazer vuestra voluntad: la mia no sè por qual dichosa estrella que la obliga, tiene por particular inclinaciõ al milagroso sugeto de. Mas no passes adelante pluma mia, que el braço tiembla, y el coraçon se turba, temeroso de la incertidumbre deste caso; perdonad dulces prendas, si con semejãte cobardia sũspẽdo mi determinacion, porq̃ el cuidado de acertar en cosa que tanto me importa, no es mucho q̃ me alborote, y aflija: y assi, solo quisiera dexaros primero persuadidas a que siendo en las partes marauillosas del alma, como en las excelentes, y peregrinas exteriores del cuerpo, iguales, y conformes, ninguna singularidad me ha mouido a escoger particular dueño, sino la resolucion de vuestro gusto, creyendo juntamente, que de la suerte que sucede a muchos, viendo jugar a otros, que ni conocen, ni eternamente vieron, y desean con entrañable afecto, q̃ el vno gane, y salga victorioso: assi mi alma, y todas sus

potencias, se han rendido con inclinacion admirable a la diuina Lisis, deseando parecer a sus ojos digno de tan hõrados pensamientos, conq̃ declarando los mas secretos mios, y cumpliendo con vuestra ordẽ, comiẽço, Lisis bella, a obligaros, y seruiros; protestandoos de nueuo vna humilde, y perdurable esclauitud, vn singular amor, vna inuiolable fee, y vn animo sujeto, y mientras me durare la vida agradecido Dios os guarde, hermoso dueño mio.

Era la hermosa Aminta, quiẽ de las dos hermanas leia al presente este papel, mas con tan poco gusto, luego como acabò de entender la voluntad de Gerardo, que sin serle possible mayor disimulacion, cubriendose de lagrimas sus hermosos ojos, del todo declarò el sentimiento de su coraçon; con que retirandose a su aposento, huuo de dexar a Lisis sola, mas tan regozijada, y gozosa, que como si Gerardo la huuiera hecho ganar vna insigne vitoria, assi se dispuso a premiar en èl la gloria de su vencimiento, dandole a entender este su pensamiento agradecido con escriuirle al punto, que aceptaua con mucho gusto su eleccion, alargãdose en el agradecimiento della, con tan discretas razones q̃ bastaron a q̃ con seguridad Gerardo se persuadiesse en su dichoso acierto. Successo, que entre los q̃ tengo escritos de este cauallero, me ha parecido digno de mayor admiracion: porque si bien la inconstancia de su prospera, y aduersa fortuna, con acaecimientos tan increibles, me assombra, y marauilla, la promptitud de Lisis en inclinarse le por tan estraño camino, desvanece mi consideracion, no hallando en ella razõ en que apoyar el fundamento de su amor. Al fin Lisis, amada largos tiempos de Liseno, y nunca de su voluntad, y seruicios obligada, oy rinde satisfecha de dos, ò tres valletes bien peynados, el libre coraçon, y el alma noble, a vn hombre rodeado de grillos, y cadenas, cuya libertad es tan incierta, como poco segura su comunicacion; desta suelen dezir los que bien conocen de passiones de amor, se engendra el mas firme, y verdadero: mas en aqueste caso, en quien no tan solamente ha faltado este principio, sino tambien las buenas obras, que

que a vna muger obligan tanto, como perſuaden: de donde diremos procediò la volũtad de Liſis, de quien el mas fiel, y valiente amor que vierõ los humanos, como deſte diſcurſo ſe avra de conocer con brevedad. Fuerça es, ſi cõ razones a nueſtro modo queremos penetrar eſta cauſa, q̃ le demos por autor, y padre al vehementiſsimo accidente de ſu aficion violenta. En concluſion, deſde eſta hora, para Gerardo ſumamente feliz, en vez de las tinieblas q̃ ocupauan ſu triſte priſion, luzieron con predominãtes rayos los dos ſoles de Liſis, trocando en claro dia la eſcuridad de ſu noche: pues no auiendo haſta eſte punto preciado en menos la pena de ſu ſoledad, como al preſente eſtimado la gloria de tan venturoſo empleo, con el qual, no tã ſolo mejorò ſu fortuna, mas totalmente ſe ocaſionò ſu libertad, y remedio.

Viuia con eſto Gerardo entretenido: porque diuirtiendo cõ la preſencia de Liſis ſus cuydados, gaſtaua en ella la mas parte del dia, y aun le faltaua el tiempo que antes tuuo por prolixo, y ſobrado, para leer, y reſponder a ſus diſcretos, y amoroſos villetes, con quiẽ ſi ya la deſeada ocaſion del poder hablar mas cerca les faltaua, no poreſſo dexò de creer con entrañable guſto ſu volũtad; la qual agradecida (ya q̃ la limitacion, y cortedad de ſu cautiuerio no daua lugar a mayores ſeruicios) todavia moſtraua ſu fineza en las faciles ocaſiones dèl: y aſsi entendiendo, que Liſis con particular afecto apetecia el dulce, y agradable entretenimiẽto de la muſica, muchas noches por aquellas ventanas, rindiendo humilde el tributo de ſu voz, procuraua acrecentarle, aunq̃ le era penſion bien deſabrida hallarſe impoſsibilitado de poder explicar ſu aficiõ en los conceptos de la dulce poeſia. Tan grande era el recato, que aun en ellos nunca quiſo dar motiuo ò ſoſpecha a los oyentes, con que le era forçoſo el ocuparſe en algunos juguetes mas ſatiricos, y ocioſos: faltaua le materia muchas vezes, y vna en quien deſeaua diuertirla, y trayendo a la memoria ciertas dezimas, pareciendole agudas, y diſcretas, dando al viẽto la voz, de aqueſta ſuerte las començò a cantar.

Consejos, y no dineros
graciosamente reparto,
no es aborto lo que es parto,
ni mis verdades agueros:
si alagueños lisongeros,
dieren garrote al sentido,
lo comentado, y mentido
no ha de correr por mi cuenta,
porque aquel haze el afrenta,
que la dize al ofendido,

Viejo verde, que te pintas
de tan diuersas colores,
ya se agostaron tus flores,
de que te siruen las tintas?
si entre las formas distintas
hallasses la juuentud,
tu vicio fuera virtud;
mas das con el agua fuerte
aldauadas a la muerte,
hay benes en tu salud.

Que siendo caluo coronas
de ageno honor tu cabeça,
segunda naturaleza
disimula essos borranes:
porque sino descompones,
para componer tu vltrage,
las guedejas de tu page,
vendras a enmendar despues
con los tafos de vn Frances
la herencia de tu linage.

Yo he sabido que vna madre
vende la hija donzella,
mancomunando con ella
la paciencia de su padre:
si ay alguno a quien le quadre
el contrato, y la crueldad,
debes pagar por mitad
a sus padres la luxuria
de la inocente la injuria;
y dellos la caridad.

Si es la donzella segura,
ni se afirma, ni reprueua,
que en vna cosa tan nueua
será muy grande ventura;
la buena madre assegura
su donzellez, y el contrato,
aunque vende tan barato,
que se presume, y entiende,
que no tiene lo que vende,
y comete estelionato.

Baxo vn pũto, aũq̃ es tan baxo,
y llegome a vn obrador,
dande las damas de amor,
son damas de su trabajo;
dellas alabo el atajo
con que toman la razon,
pues hablando con perdon,
he de lleuar, si las quiero,
en vna mano el dinero,
y en otra la execucion.

Yo vi vn amigo doliente,
que de cumplir este antojo
sacò vna rixa en vn ojo,
y dos gomas en la frente:
y aun estima el inocente
este martirio, y passiones:
que como tales liciones
son ciencia de conjeturas,
le han hecho sus coyunturas
profeta de mutaciones.

Para el pobre, y para el rico
nace qualquiera muger,

si al

*si al rico por su poder,*
*al mas pobre por su pico:*
*que vn ingenio a lo falsico,*
*ya glosſador, ya eſtrellero,*
*de eſtomago aucuturero,*
*ſuplirà en lenguage puro*
*con palabras de futuro*
*las faltas deſu dinero.*

*Yo ſe de vna conſultora,*
*oraculo del amor,*
*pues que le daua al ſeñor*
*reſpueſtas de la ſeñora,*
*que auiendo viuido Mora*
*ſe ha conuertido a tercera:*
*porque de qualquier manera*
*no quiera, aunque mude Fè,*
*perder el nombre que fue*
*de la profeſsion primera.*

Tenia Liſis tan eſtampada en ſu coraçon la preſencia de ſu amante, como en la memoria y oidos el agradable ſonido de ſu voz; y aſsi, aunque repoſaua, de ſus ecos deſpierta, en vn inſtante ſalio a la ventana acompañada de Aminta, que ya con menos paſsiõ ayudaua contenta a la proſecucion de ſu perdida ſuerte. Biẽ conocio Gerardo el fauor que le auian hecho, y con palabras dignas de ſu agradecimiento quiſiera declararlo: pero el temor de ſer le algun curioſo oido, reprimio ſu deſeo, como aſsimiſmo en las hermoſas damas el deſeſpadres, y familia, de quiẽ no ſin rezelo eran guardadas, y mas en eſta ocaſion: porque la quietud con que Liſis viuia y la aſsiſtencia de ſu caſa, ſiẽdo tan ageno deſu condicion, pues todas deſean ſer viſtas, y ſalir, y aun la color de ſu hermoſo roſtro (que como vencida de la paſsion de ſu tierno amor, traia trocada, y perdida) los cauſaua no pequeño cuydado; el qual mas ſe les acrecentò cõ el caſo q̃ ſabreis.

Liſeno, que ofendido del rigor de Liſis (como ya queda eſcrito) dexò ſu tierra, y caſa, deſpues de quatro meſes (que fue el tiempo que en eſta amoroſa conquiſta gaſtò nueſtro Gerardo) con la enfermedad antigua que ocaſionò ſu auſencia, dio la buelta a Granada, y no mucho deſpues a ſus deſvelos; y aſsi dentro de pocos dias, ſiẽdo tan continuados ſus paſſeos, rodeãdo las murallas de Liſis, y torre de Gerardo, facilmẽte fue dèl conocido ſu cuidado; y aſsimiſmo con corta peſquiſa, ſu nonbre, y pretẽſion, coſa que el preſo amante començò a temer, y rezelar, y con mayor diſguſto, mientras ſu diſcurſo le repreſentaua las ventajas con que podia Liſeno

hazerle competencia, estando libre para fomentar su intento, y al fin libertad, y manos con que defender su partido. Tambien le causaua notable pena, el parecerle, que Lisis en ley de honrada, y firme, tenia precisa obligacion de auisarle la reincidencia del amor de Liseno, con que de no auerlo assi dispuesto, formaua su escrupulosa voluntad, no pequeñas culpas; estasentendio Lisis por vn papel, si bien hallandose (como en verdad lo estaua) sin alguna, facilmente satisfizo con su inocencia, cuya seguridad duraua en Gerardo, mientras no parecia el apassionado Liseno. Mas en boluiendo a sus passeos, el aumentaua sus sospechas, y ella las satisfaciones, con que en poco tiempo fueron muchos, y grandes los enojos que sobre este particular Gerardo tuuo con la inocẽte dama: porque se persuadia, a que tan larga continuacion, sin fomentarse con algunos fauores de Lisis, era imposible que durasse tanto en Liseno. De aqui nacio, q̃ estando algo despues de aquestas cosas ya mas recõciliados, yen sus ventanas los dos amantes) porque auia faltado algunos dias la ocasion de su enojo) sin pensarse les puso delante, viniendo Liseno en vn rucio rodado, cõ tanta gallardia, q̃ pudiera dar zelos al mas galan cõpetidor. Como los cogiò tan de improuiso, Gerardo quedò atonito, y Lisis viẽdo su turbacion mas que nunca alterada, y con tan grande estremo, que arrebatada de passion, y colera, sin pensar en el terrible daño que se podia seguir à sus intẽtos, y no reparando en mas que dar del todo satisfacion a su Gerardo: mirando a Liseno cõ ayrados ojos, a grandes vozes le començò a dezir: Hasta quando, atreuido Liseno, han de durar vuestros mal nacidos pẽsamientos? Hasta quando mi silencio, y paciencia, y el poder sufrir q̃ vuestra infame pretension sea motiuo de mi deshonra? Reprimid, y acortad los viles passos, ò por el Cielo os juro de vengarme yo misma en vos, y en ellos, de la afrenta q̃ me hazeis. Y con esto, cerrando con dos furiosos golpes las puertas del balcõ, se quitò del dexando mudo, temeroso, y confuso al buen Gerardo, y al desdichado Liseno sin mouimiẽto alguno en sus sentidos: porque, ni aun su caualio dio

mas

mas passo luego que la impetuosa voz tocò en sus oidos. Mas como viesse el mísero amante, que assi a las de Lisis, como a las vezinas ventanas, y balcones salia mucha gẽte, incitados del passado rumor, no queriendo passar mas adelante, corrido, y afrẽtado de boluerta a la ciudad, dexando en las manos de tan impensado, y terrible desprecio la corrẽte de su amorosa pretension, con q̃ dentro de pocos dias (efeto, que suele proceder en tales casos) el amor que a semejante aprieto le reduxo, se trocò en aborrecimiento, y deseo de vẽganca, yassi, sospechãdo de las partes, y vezindad de nuestro preso tãto como de auerle visto con particular assistencia colgado de sus rejas, y de Lisis y mas aquel vltimo dia, que cogiendolos sin preuencio̅ juntamente los hallo en el hurto de algunas amorosas señas, finalmente, quedò assegurado, de q̃ solo el deseo de poner en mayor obligacion a su amante, y no otra causa, auia incitado el rigor, y desden de su dama, con lo qual ciego desta zelosa rabia, se determinò a deshazer aquella amorosa maquina, tomãdo por acertado medio el dar cuenta de lo que passaua a sus padres, valiẽdole de la estratagema de vna carta fingida, en quien dispuesto el caso, lo mas sangriento, y peligroso q̃ supo, se la hizo entregar sin firma, resultando de aquesta diligencia cõ las sospechas q̃ traian de su hija, tã buẽ efeto, que dando noticia de todo a quien mejor pudo preuenirlo, y remediarlo, vltimamente se tomò por mas facil acuerdo el impedirle a Gerardo la salida a aquellas ventanas, rapiñ̃ soselas vna mañana, q̃ sin pensar, y menos cuidado se estaua de semejante desventura: fuelo para èl aquesta nouedad, y tanto, q̃ a auerle impedido tambien la traza que tenian por medio de los papeles, y cinta, para comunicarse, totalmẽte perdiera el animo: De Lisis no tengo q̃ dezir, sino que como menos acostumbrada a semejantes baybenes, y mas debil, y flaca para poder sufrillos, sintio este con tan locos estremos, q̃ fue necessario (por escusarle otro mayor desatino) que Gerardo la fuesse muy a la mano, cõsolado la cõ fingidas premissas de su libertad, en quien libraua el remedio de sus fatigas, y disgustos.

No

No ay cosa que mas aliuie el alma en sus passiones, que la diuersiõ de las potencias; porque con el variar de entretenimientos, y comunicacion, se alienta, y desahoga; y assi no hazen en ella tan assentado efeto: todo lo qual cõ quiẽ està priuado desto, sucede al cõtrario, y como al presente Gerardo experimẽtaua, cuya ciega aficion, aũque la causa fueron los meritos que he dicho, (no teniendo sus ojos otro objeto, ni su imaginacion, y sentidos mayor assunto en que estenderse) totalmẽte se auia de apoderar hasta hazerse sangre y sustancia propia de su coraçon, como infaliblemente en ella se iba el amor de Lisis conuirtiendo: y assi oluidando cõ extraordinario descuydo sus importantes pleytos, y los medios de su libertad, ni hablaua ni escriuia, ni pẽsaua cosa que no fuesse su Lisis; ya velando, ya triste, ò ya contento; aunq̃ esto vltimo nunca en èl se conocio desde que lo priuarõ de su vista. Este deseo, pareciendole q̃ podia tener mejor efeto, le hizo vn dia (si bien ageno del vẽturoso caso que le esperaua) baxar a vnos aposentos, que en medio de la torre seruian de recoger la inmũdicia della, sospechando que alguna de las claraboyas que en aquel quarto auia, saldria a la casa de su querida dama: y assi mejorando vnas piedras para poder subir a la vna dellas, despues que encima estuuo, viendo, que por alli no se alcançaua a ver su pretension, queriendo disgustado en estremo deceder, al asirse de vn hierro de la reja para sustentar el cuerpo, se salio con la mitad del, quedando cõtan estraño acaecimiento turbado sumamẽte, si bien reparando mas en el rõpido hierro, vio como estaua sutilmente limado, y que despues, a lo que parecia, por mas disimular, auian pegado con blanda cera, ò otro betũ mas correoso aquel pequeño corte de la lima.

Con esto, boluiendole a encajar como estaua, sin ser sentido se subio a su aposento, no acabando de marauillarse del sucesso, a quiẽ el ignorar su autor, le hazia tener por milagroso, aunque cõsiderando su atrebatada vida, finalmẽte se conocia por indigno de tã diuino, y celestial beneficio. Mas como despues supo, no Angeles, sino hombres eran autores del,

del: porque auiendo muchos dias antes estado en la misma torre presos dos caualleros, y con algun riesgo de sus personas, intentarõ aquel remedio, y el mismo dia que esperauan efetuarle, fuerõ sin pensar, como Gerardo, remouidos a otra menos aspera prision, con que atajandose les por entonces la libertad no siendo vista, ni entendida su obra, huuo de remitirse a la ventura de nuestro caualiero el fruto della, para lo qual, sin mayor dilacion começò a prevenirse, valiendose de su gallardo ingenio, tanto como de su audaz, y valiente animo, de quien para tan peligrosa ocasion tenia harta necesidad, y assi, tomando primero con vn hilo de cerrar cartas, (porque otro no se le permitia en la prision) el altura que desde la claraboya auia hasta el suelo del cubo en q̃ estaua fundada, hallò q̃ serian diez braças, ò mas, si bien el hazer medida desde el cubo hasta el suelo era imposible, por salir sus pretiles muy distãtes de la ventana: mas pareciendole a Gerardo q̃ el principal inconueniente consistia en la salida de la torre, no curando de lo segundo salto, sin mas esperar, atãdo vna con otra las sabanas de la cama, y juntamente vna delgada colcha, q̃ todo haria seis, ò siete braças, librando en la agilidad de sus pies lo q̃ restaua, y auiendo luego como anochecio quitado el hierro de la reja, y asseguradose de q̃ el Alcayde andaua por la fortaleza, antes que escureciẽdo mas la noche le truxesse, encomendandose muy de veras a Dios determinò su salida, aũq̃ no dexaua (viẽdo tan profũda altura) de temer su vida: pero alentandose con la esperança de la deseada libertad, cerrando con intrepido animo los ojos se dexò en vn instãte descolgar, cruzando fuertemẽte braços, y piernas por las sabanas, al cabo de las quales dando vn veloz salto, facilmẽte, y sin peligro alguno se hallò en el cubo, y dèl, si biẽ estaua del suelo cinco rapias, descolgando primero el cuerpo salio cõ la misma dicha, no cansandose de dar al cielo infinitas gracias, quãdo cõ tã poco cuydado, y preuencion, y sin auer hecho participante de su fuga a persona humana, tan sin pẽsar, y de improuiso se hallò libre. No sabia Gerardo la posada de su hermano Leoncio, ni menos

de alguno de sus amigos, porq̃ igualmente ignoraua las calles de Hiberia, como quien nunca en ella auia estado menos q̃ preso; y assi por no auenturar su buena suerte, dando sospechas a los que encõtrasse con sus pregũtas, por la parte que mas segura le parecio, se alargò a la ciudad, y assi atra, uesandola de vna parte a otra quando entendio q̃ ya estaria cerca del fin della, se informò de vn Conuento que estaua fuera; y algo distãte del lugar, en quien tenia vn particular amigo religioso, mas como ya fuesse muy tarde, aunque llamò à la porteria no fue posible oirle; con que reconociendo su peligro, y no atreuiendose a boluer a la ciudad, ni apassar adelante, vltimamẽte se determinò a entrar por las paredes de la huerta, y como lo pensò lo puso por obra: mas huuierale de costar la vida su atreuimiento, porq̃ apenas puso los pies en ella, quando impensadamente, acudiẽdo al ruydo que hizo saltando, dos ferocissimos alanos, que la guardauan, embistieron con èl tan repentinamente, que sin poderse guardar, ni preuenir, desapoderado de todas sus fuerças, dieron con èl de espaldas en el suelo.

Traia Gerardo vn cuchillo de poco mas de vn palmo, armas que solo le auian sido reseruadas en la prision. Y assi, viendose casi muerto, sin perderse de animo, tendido como estaua, sacandole en vn punto, se le metio al vno por debaxo de los braços, con cuyo penetrable dolor, dexandole este, pudo mejor reboluerse con el cõpañero, que auiendo hecho presa en los dobleces de la capa, dio lugar a q̃ leuantandose Gerardo, pudiesse cõ presteza increible, subirse en el arbol primero que hallò cerca, mas tan laftimado, y herido, q̃ no pensò con el dolor terrible que las mordeduras le causauan, llegar al dia, en quien el consuelo que despues hallò para su mal, fue ver tendido, y rebolcado en sus sãgre el vno de los feroces perros; cõ que muy pesaroso, y no queriendo hazerse dueño del disgusto que auian de recibir de semejante caso los buenos Religiosos, y mas en ocasion que venia a valerse dellos, tuuo por mejor el boluerse a salir de la huerta, y assi, pareciendole que ya las puertas del Conuento estarian abier-

abiertas, saltando por la misma parte que auian entrado, pudo sin ser de alguno visto encaminarse a la porteria; adonde preguntando por aquel su amigo, luego se le dio a conocer: el qual, no tan solamente le agasajò con notable alegria, y caridad, sino que assimismo, viendo las heridas que en diuersas partes los perros le auian hecho, procurò, que cõ mucho cuidado, y diligencia fuessen curadas. Poco despues de aquesto, con acuerdo de entrambos, salió el buen Religioso con otro cõpañero a la ciudad, en quien yendo auisado de lo que auia de hazer, supo discretamente el estado en que estauan las cosas de Gerardo, informando se como al punto que le echaron menos en la torre, partiendose por diuersas partes en su seguimiento, y prendiendo los juezes à su hermano Leoncio, y à algunos de los criados, sospechosos de que con su ayuda huuiesse assi ausentadose, andauan con notable solicitud, y vigilancia en las auerriguaciones, y probanças: y deq̃ supuesta la inocencia de los nueuamente presos, no le dierõ aquestas diligẽcias mucha pena: ni tampoco Leoncio tenia dellas cuydado; y del que podia por entonces afligirle, le sacò el Religioso, haziendole cõ la dissimulacion que conuenia sabidor dela segura assistencia de su hermano, con que dexandole en estremo alegre, dẽtro de pocos dias, dando por libres a èl, y a los demas criados, pudo ver a su querido Gerardo, y el consolarse, y preuenir con su prudencia el mejor despidiente que sus negocios requerian. No era la ausencia, y memoria de la graciosa Lisis lo que en esta ocasion menos aquexaua a nuestro caualler; de quien, ni el gusto de verse tan dichosamente libre le diuertia vn solo punto, ni menos el temor de su peligrosa comunicacion le acordaua, antes no deseando otra cosa con mayor afecto, ninguna por dificil, y temerosa que fuesse, se le ponia por delante. Y bien entiendo, que en aquestos amorosos cuydados no le daria Lisis la ventaja, pues desde la misma noche de su venturosa fuga, ni sabiendo si con ella alegrarse, ò entristecerse, viuia muriendo indeterminable, y cõfusa, y mas ignorando el lugar en que su querido dueño estaua oculto. Sabia de la prision de

Leon-

Leoncio, y sus criados, y assi, viendo q̃ entre ellos estaua el tercero de sus amorosos papeles, no pudo, ni se atreuio a cul par la fee de su amante, y de quié el mismo dia que dieron a Leoncio, y a los demas por libres, teniendo mejor ocasion, persona conquien poder hazer lo, tuuo vn largo villete, prometiendola en èl, que la veria luego, como estuuiessen los sene migos, y contrarios mas seguros, y sus negocios menos alterados; pero el deseo de Lisis, que presuroso caminaua por la posta, no dio lugar a tantas dilaciones; antes teniendo traça para que vna tia suya embiasse por ella desde la ciudad, luego como se efetuò, la tuuo juntamente para persuadirla se fuessen vna mañana a oir Missa al propio Conuento, y retraimiento de Gerardo, adõde auisandole primero, con increible, y marauilloso contento, y sin sospecha alguna de la tia (porq̃ no le conocia) se pudieron hablar vn breue espacio, en quien reconociẽdo el tierno amante tan de cerca aquel portento de hermosura, y discrecion, reputandose por indigno de merecerla, quedò aun mucho mas abrasado, y encẽdido, no despidiendose de su presencia Lisi menos pagada; antes entiendo que desde aquelte dia fue creciendo con menos resistencia la poderosa fuerça de su amor, y assi, dando la buelta con su tia, poco despues a su misma casa, començò por todas las vias, y caminos posibles a inquirir, y buscar con singular astucia, y diligencia vn suficiẽte medio para poderse ver con su querido Gerardo; del qual (no sin temerario atrevimiento) fue muchas noches visitada, viniendo a hablarla con vn solo criado, de quien solia fiarse, por aquella parte adonde las altas ventanas de su torre caian al campo, pero eralés tan penoso el auer de entender se casi a vozes, que conociendo el peligro en que podian caer, siendo de aquella suerte en vna ocasiõ, ò en otra descubiertos: ya fomentados desta causa, y ya de la conformidad de sus coraçonès, q̃ igualmente apetecian su deseado galardon, vltimamente se determinarõ a que haziendo Gerardo vna escala, Lisis la noche que estuuiesse dispuesta echasse vna cinta, con q̃ recogiendola, y despues atandola fuertemente a la coluna de jaspe que diuidia el balcon, pu-

pudiesse facilmente, y sin estorvo subir a su aposento: Todo lo qual, auiendo en esta forma concertado, señalando muy contentos para de alli a dos dias su execucion, Gerardo se boluio a su retramiento, y Lisis a su cama. Quando los buenos sucessos, y acaecimientos dichosos con tanta violencia se apresuran, y atropellan, fuerça es, que ayan de concluir breuemente su curso; natural condicion de la inconstancia humana, y que nuestro caualliero experimentò mas apriessa de lo que su generoso, y audaz animo merecia; mas no son, ni pueden ser sus fragiles bonanças mas durables, ni sus borrascas, y tormentas menos seguras.

No sin causa los dos enamorados se recatauan las noches que por la parte referida con tanto sobresalto se auian hablado: porque aueis de saber, que la vltima en quien comunicaron el particular intento de la escala, el padre de Lisis (auiendo por su desgracia despertado) oyèdo las vozes, y el rumor que hazian, con notable silencio, y sin que aun su propia muger le sintiesse, saliendo de su cama, y aposento, acercandose poco a poco a la ventana donde estaua, pudo sin dificultad, ni ser visto, ni oido, entender quanto a la descuberta Lisis auia cõ Gerardo, preuenido, y el concierto que dexauan hecho: con que boluiendose a su lecho, y dissimulando prudentemente su proposito, desde luego se dispuso a coger le entre puertas, determinãdo antes que aquellas cosas mas se estẽdiessen, matar a puñaladas a Gerardo, ò por lo menos hazerle prender en la ocasion. No ignoraua la causa de los pleytos, y prision de nuestro caualliero el indignado padre de su dama, y assi visto q̃ el tratar con èl de otra mas honrosa salida era escusado, ciego de su passion, y sin reparar en la mayor infamia, que por aquel camino se le seguia, incitado solo de su rabiosa vengança, no quiso, ò no acertò otro mas saludable remedio, con que aduirtiendo a algunos deudos suyos, para que con cuydado estuuiessen apercebidos la noche, y hora en quien los auisasse, no dando de su intento mejor cuenta, ni ellos deseando mas que obedecerle, quedaron todos esperando el ignorado fin, cuyo riesgo preuenido

con

con tan cruel concierto, llanamente amenazaua la cabeça del seguro amante, que descuydado de semejante preuencio, solo trataua de traer a cumplido efecto los disignios de su amor, auiendo en aquellos dos dias mandado con particular secreto hazer vna fuerte escala, de largura suficiente.

Llegò pues la deseada noche, en quien aun horas antes de lo que solia (porque cõ mas seguridad pudiesse su criado atrauesar la ciudad) le embiò con la escala, mandandole esperasse en la puerta de vnas graciosas huertas, y jardines, q̃ para su recreo tienen en la mitad de aquellos campos los santos Religiosos de los Martires seguidas con el mismo Conuento. Lo qual puesto por obra, despues de algun espacio tambien tomò Gerardo el propio camino, llegando a lo alto del cerro a poco mas de las onze, y juntamente al lugar, y puerta donde su criado le auia de esperar, à quien ni hallò, ni vio en quanto con la vista se alcançaua: nouedad que en su pecho causò demasiada pena, sospechando mil contrarios sucessos desta ausencia; aunque por otra parte, pareciendole que el criado huuiesse por ventura errado el puesto, y entendido, que en vez de la puerta referida, se le auia señalado la que salia a la Iglesia, sin detenerse mas, se foe acercando a ella, no dexando de mirar primero todos aquellos campos, y contornos.

Desta suerte que digo llegò hasta muy cerca del Conuento, cuyas altas paredes tocò apenas, quando sin ver, oir, ni entender causa que pudiesse ocasionar su turbacion, de improuiso fue tan grande la que del coraçon se apoderò, y tan terrible el temblor de su cuerpo, y ofuscamiento de sus sentidos, que faltandole totalmente las fuerças, y el animo arreuido, que en tan arduas ocasiones le auia ayudado, erizados, y yertos los cabellos, dio consigo en medio de aquel florido campo, de adonde queriendo mas alentado leuantarse, le resistio vna negra, y remerosa sombra, que en altura disforme le tenia por todas partes rodeado. Aqui sintio Gerardo aun mucho mas crecido desfallecimiento: porque aun para llamar en su ayuda el amparo, y proteccion del cielo se le trauò la lengua:

mas

mas con todo esso no dexàdose de tan tremendo caso vẽcer, sacando fuerças de flaqueza, y cayendo, y leuantando a cada passo, vltimamẽte llegò adonde dando cõ todo el cuerpo vn desarmado encuẽtro, hallando de que asirse con las manos (si bien desalẽtado) descansò vn breue rato, despues del qual mitigandosele la turbacion, y abriendo los ojos (q̃ hasta alli, por no ver aquella espantosa sombra, los auia cerrado) finalmente se hallò en la misma puerta de la Iglesia, y asido de sus verjas, y varandas, con que cobrando nueuo aliento, pudo tãbien con mas sossiego assentarse en sus vmbrales, en quien estando con entrañable afecto, encomendandose a Dios, oyò vn rumor sordo de cõfusas vozes, interpolado con algunos menudos y espesos golpes, a q̃ atendiendo con turbado silencio, claramẽte pudo conocer q̃ era causado por aquellos benditos Religiosos, que en tales horas suelen algunas noches de la semana disciplinarse en semejante forma: cosa que siruio en aquesta ocasiõ de aldauada fortissima a Gerardo, traspassando sus golpes lo mas oculto de sus entrañas, dexandole compungido el duro corazon, y cubierto el rostro de tiernas, y piadosas lagrimas.

Representaròsele en vn punto los marauillosos casos de su vida, sus desenfrenados deseos; y en fin el aprieto en quẽ por Nise, y sus parientes se auia visto, y la venturosa libertad de sus prisiones: merced particular del cielo, y que pudiera estimarse casi por milagrosa; y tras de aquestas cosas, põderaua los peligrosos passos que seguia, deuiendo cõ tan justas causas gastarlos en vn deuoto, y Christiano reconocimiento; y vltimamente considerando, que quiçà todos aquellos penitentes Religiosos no eràn deudores de tantos, y tan grandes sacrificios, ni dignos por sus culpas de la pena, y tormẽto que merecian las suyas, y que no obstante esto, rõpiendo sus maceradas carnes, se castigauan con tan rigurosa, y estraña continuacion; fue su horror tan crecido, y tã marauillosa su confusion, q̃ sin mas esperar, cerrando las puertas al deseo, y los cansados ojos al entrañable amor de Lisis, se resoluio a dexar en el presente estado el ciego discurso de su

aficion : y con este acertado pensamiento, queriẽdo dar la buelta, tropezádo huuiera de caer entre los mismos pies de su criado, que durmiendo bien descuydado de semejantes cosas, estaua tẽdido en aquel suelo, sin que hasta este punto le huuiesse visto. Nouedad, q̃ en su animo causo, no menos admiracion que las passadas; pero queriendo proseguir su viagé, sin mas larga consideraciõ le despertò, y mandandole, que le siguiesse, poco a poco començaron a acercarse a la ciudad.

No estaua el capital enemigo de los hombres muy satisfecho con el proposito, y determinacion de nuestro caualiero, y assi, pesandole de que tan rico lance se le fuesse de las manos, no ay duda sino que echaria por no perderle, el resto de sus fuerças.

Llegaua Gerardo en esta sazon en la prosecucion de su camino, casi a emparejar con el balcon de Lisis: la qual apenas le vio, y reconocio que le passaua de largo, quãdo cierta de que no podia ser otro, le començò a llamar; y con tan tierna, y lastimosa voz, que en tocando en los oidos de su aman te, como si verdaderamente fueran acentos dulces de sirena, hizieron en èl, el mismo efeto, y con tan estraña enagenacion de su memoria, y sentidos, que de la propia suerte, que si por èl no huuiera passado tan temeroso caso, ni presupuesto tan bien justificado intento, sin poder passar mas adelante, apoderandose de su mal gouernada nauecilla la valiente remora de su desordenado, y ciego apetito, diobuelta adõde su dama le esperaua. Por cierto increible fuerça de amor, y que ella sola suspende al presente mi mano, y pluma para no dexar escurecida, y afeada en estos renglones la mal determinada voluntad de Gerardo: el qual no parando hasta la torre de Lisis, en disculpando, como mejor le pareciò, su tardança, queriendo ella desde mas cerca satisfacerle, arrojò la cinta en quien asiendo èl la segura escala, al mismo punto que Lisis la acabò de atar fuertemente en el pilar de su balcon; se leuantaron de entre vnos grandes, y crecidos herrages, que rodeauan aquellos muros, quatro hõbres, que con las espadas en las manos

arre-

arremetieron con èl, y su criado. Bien claro està de entender si con tales sucessos quedaria confuso, mas reconociendo en esse, que eran otros los accidentes de su turbacion, con arriscado coraçõ premino su defensa. Auia Gerardo, para mejor dar la escala, subidose en vn empinado montecillo, q̃ de la basura, y tierra, q̃ de ordinario echauan por las ventanas, se leuantaua con mayor altura, con que no pudiendo rodearle los contrarios, acometiẽdole todos por delante, era menos peligrosa su resistencia, aũque toda ella no le bastara, si a este punto oyendo el estruendo, y vozes de la pẽdencia, el crugir de las armas, y los golpes de los broqueles (porque assi Gerardo, y su compañia, como los enemigos venian muy bien armados) no le fueran arrojando de la misma fortaleza algunos hombres, que saltando por la parte q̃ mas baxa estaua la muralla, acudieró al lugar de la pendencia. Estos vltimos eran su padre, y deudos de Lisis, los quales estando preuenidos para poner en execuciõ su intento, viendo desde vna secreta parte (adonde hazian a Gerardo cẽtinela) lo q̃ passaua y que con semejante refriega se impedia la vengança que deseauan tomar por sus manos; pareciendoles q̃ a no rebuelto se podria cõ menos riesgo disponer, lo venian a executar; si bien el cielo q̃ aun tenia determinado sacarle libre de aquel graue peligro, permitio, q̃ los mismos que con Gerardo reñian, pensassen que al presente estos acudian en su fauor, con que afloxando dieron lugar a que antes que pudiesse alguno poner por obra su sangriento proposito, animado cõ los que nuevamente auian llegado, y presumiendo lo mismo que sus contrarios entendian, con su criado se arrojò a ellos, tirãdoles arrebatados golpes, aũque en hazer cõtra èl la propia diligencia no se descuydauan sus enemigos, con que apretando vnos, y retirãdose otros, huuieron de baxar hasta los espesos alamos que adornan aquel pequeño valle, a donde mezclãdose con la mayor escuridad de sus sombras, cayò vno de los que primeramente a Gerardo acometieron, pidiendo a grandes vozes confesion, cosa que apenas tocò en sus orejas, quando sin esperar mas, tomando por adelante al

criado, y encubriendose con las crecidas ramas de los arboles, haziendo vn grã rodeo dio la buelta a la ciudad, y a su retraimiento.

En este tiempo Lisis, a quien en viendo a su querido amante en tan mortal peligro, auia salteado vn terrible desmayo; ya buelta en si, apenas conocio a su padre, y deudos, quãdo persuadida a que entendidos sus amores, los auian querido atajar por tan crueles medios, teniendo prevenidos en el cãpo aquellos hombres para mejor assegurar su vengança, atajandole a Gerardo el camino, contrastada deste miserable pensamiento, y cubierta de vn sudor frio, temiẽdo, que della se haria otro semejante sacrificio, vacilaua su animo en estas imaginaciones confusas, hasta que oyendo vltimamente aquella triste voz, que pidiendo confesion, y socorro al cielo, salia del tropelespantoso de las armas, y viendo juntamente, que con presurosos passos su padre, y deudos se boluian a entrar en la fortaleza: con el temor que la affligia, y sobre todo ciega de su ardiente, y amorosa pasion, creyendo era Gerardo, quien con las ansias postreras batallaua, arrebatada de rabiosas congojas, y no temiendo al presente quien la consolasse, ò por lo menos impidiesse su determinacion, hallandose cõ la escala en la mano, sin mayor tardança se puso en ella, si biẽ aun no auia decendido quatro escalones, quando enmarañada con el embaraço de sus ropas, y enflaquezida de tan terribles sobresaltos (permitiendolo assi por sus secretos juyzios el soberano cielo) vino a tierra desapoderada de todas sus fuerças, al mismo punto, que auiendo ya llegado su padre, con el impetu, y colera que su justa indignaciõ podia causarle, fue a su pesar testigo (con furioso tormento de su alma) de aquel lastimoso desastre, cuyo dolor privandole de juyzio, estuuo a pique de hazerle por el mismo camino acompañar a su desdichada hija: mas acudiendo al ruydo los que le acompañauan, juntandose con èl, y llevando algunas hachas encendidas, en vn punto boluieron a saltar por donde primero, y baxando a la parte, y lugar en que Lisis auia caydo, no la hallarõ, porq̃ como esta desmaiadamente acosta-

acostado por alli aquel pequeño cerro, el impetu de la caida tanto como su desacuerdo, la auia llenado ázia los espesos alamos, q̃ era el mismo sitio en quien cayera con la vltima agonia aquel hombre que tuuo la pobre dama por su amante; al qual (no obstante q̃ estaua despedaçado, y roto su delicado, y hermoso cuerpo) parece q̃ quiso acompañar Lisis en aquel lastimoso, y amargo trance. Aqui pues con entrañables ansias la hallò el desconsolado padre, y aunq̃ no del todo perdido el vital aliẽto, palido, sangriento, y desmembrado aquel diuino, y celestial retrato, cuyos miserables despojos, tomãdolos entre sus braços, y regãdolos con tiernas lagrimas, conociendo (aunq̃ tarde) su imprudente consejo; eran tales, y tan lastimosas sus ansias, que bastaran a enternecer al mas barbaro, y empedernido coraçõ; y aun no pararon en esto sus fatigas; porque queriendo los que le acompañauan ver si era Gerardo el que entre las funestas sombras de los arboles estaua muerto, no sin temerosa admiracion salieron de su duda, conociendo mortal el cuerpo herido del galan Lisera, cuyos rubios d[illegible] de ver gasça le auian puesto en semejante estado: de quien bien os acordais, que ofendido de Lisis, y embidiando la suerte de su amante, nõ tan solamente traçò la carta con que auisò a su padre, y de quien redundò al afligido preso cerrarle las ventanas (que eran su mayor diuersion) sino que assimismo luego como entendiò su venturosa libertad, sospechando, y no sin causa, q̃ vna vez, y otra acudiria a verse con su dama, saliendole este cuydado cierto, finalmente propuso hazer desuerte, que Gerardo dexasse su pretensiõ; y pareciendole, que para vengarse con mas crueldad de Lisis, no auia mejor camino, que quitarle su querido dueño de los ojos, con semejante intento teniẽdole espiado en otras noches, esta que fue la vltima de su vida, tomando consigo tres amigos (y de tal satisfacion, q̃ en viendole en el suelo le dexaron) ocultandose entre los carrizales y yeruas, que estauan junto a la torre, le acometio con el sucesso que aueis oido; el qual, tanto por ser en persona de sus partes, quanto por el peligro que todos

corrian, començaron a temer padre, y deudos de Lisis, a quiẽ boluiendo a su triste casa, si bien se procurò por muchas razones dissimular su tragedia, no fue posible, porque las vozes, y alaridos de su madre, y criados, y los llantos, y lagrimas de Aminta, rompiendo el ayre, cõ temeroso ruido lo hizieron todo publico, y patente, con que procurò cada qual assegurarse, poniendo las personas en cobro. Todo lo restante de la noche, y parte del siguiente dia, estuuo agonizãdo la mal lograda Lisis, siendo Dios seruido de darle en este tiempo lugar, para que con arrepentidas, y verdaderas lagrimas, afectuosos, y penitentes deseos, recibiesse su diuino cuerpo, y el vltimo Sacramẽto, y beneficio de la Iglesia; con que aun no siendo las diez horas de la mañana, en el aurora de su vida llegò al ocaso triste de la muerte, ofreciendo su espiritu en las piadosas manos de su Autor, y dueño.

Bien ageno del fin arrebatado de su dama, en tanto que estas cosas passauan, ya seguro en el retraimiento gastaua Gerardo el mismo tiempo en la consideraciõ de acaecimientos tan increibles, no cessando de dar al cielo gracias, por auerle librado de su peligro, de quien aun mucho antes (si bien Gerardo no acertò a entenderlo) su infable sabiduria le auia preuenido, y auisado; porque q̃ otra cosa podemos imaginar de aquel espantoso temor, negra, y horrible sombra (de quien primero se viò tã afligido) sino que fuesse particular golpe, y auiso de su marauillosa prouidencia; para q̃ compungido en èl conociesse Gerardo el tenebroso abismo por donde a tan grandes peligros se acercaua: En efeto, passando con aquellos desvelos la noche, llegò el dia, en quien auiendose estẽdido por la ciudad el infeliz desdichado de Liseno, y poco despues la muerte acelerada de la hermosa Lisis, en vn instante llegò tambien a sus oidos. Al principio la dificultad del successo imposibilitaua el credito en Gerardo; pero siendo visitado de Leoncio, no tan solamente supo dèl esta verdad, sino que juntamente le aduirtiò, de como le hazian el reo, y complice principal de tan graues desdichas: cõ que fue tal el estremo de su pena, y tan continuos sus lastimosos

mosos suspiros, que si su hermano no le tuuiera, y cõ mayor violẽcia que razones, sin duda alguna, dando como hombre sin juizio desesperadas voces, se entrara en la ciudad, y juntamente se pusiera en las manos de los juezes, para que del hizieran igual justicia: los quales a esta hora notablemente con tan estraño caso indignados, y como si el pobre caualle ro fuera el autor dèl, haziã busc̃adole, assi en particulares casas, como en Iglesias, y Cõuentos, extraordinarias pesquisas y diligencias, que siendo entendidas del discreto Leõcio, y no menos reconocido su peligro de Gerardo, vltimamente tratò de preuenirle, para lo qual, no sin lagrimas tristes, y mayores gemidos, huuo nuestro caualiero de disponerse, y assi dentro de dos dias, siendo anochecido, salio de la antigua, y famosa Hiberia, dispuesto a no parar mas en España, con cuyo pensamiẽto, abraçando a su hermano, y no queriendo (por mas disimulaciõ) que ningun criado le acompañasse, tomò el camino del mas cercano puerto: aunque primero, por vltimas obsequias de su querida, y difunta dama, significò con tierna, y lastimosa voz el sentimiento de su corazon, en las endechas tristes, que se siguen.

*Espiritu que gozas*
*el estrellado imperio,*
*y el Sol que hirió tus ojos*
*ves a tus plantas puesto.*

*Alma feliz, que el campo*
*de eterna gloria hiriendo,*
*reposas trasladada*
*al inmortal sossiego.*

*Ya que resituida*
*deste comun destierro,*
*a tu dichosa patria*
*vines seguro assiento.*

*Ya que en mejores prados,*
*ves, que su Abril eterno*
*con pies de flores pisa*
*la dura ley del tiempo.*

*Que alli jamas la agrauia*
*el siempre ayrado inuierno,*
*ya con valientes lluuias,*
*ya con armados vientos.*

*Inclina los piadosos*
*ojos a lo que hazemos*
*tu soledad llorando,*
*humano sentimiento.*

*El alma que fue tuya*
*en lagrimas te ofrezco,*
*ya que no pude darte*
*el abraço postrero.*

*Ay dulce Lisis mia,*
*prenda mejor del pecho,*
*en ti seueros hados*
*robaron mi consuelo.*

*Para mayor desdicha*
*me cautiuaste preso,*
*perdite en este valle,*
*de quien sin ti me ausento.*
*A donde huyeron triste*
*aquellos ojos bellos,*
*soles a todo el mundo,*
*para Gerardo cielos?*
*Adonde aquellas manos,*
*y erizado cabello,*
*que tuuo mis sentidos*
*tan justamente presos?*
*Mas siempre està a peligro*
*el mas florido almendro*
*de morir a las manos*
*del inclemente yelo.*
*Ay y quanto lastima,*
*quando al salir del puerto*
*la naue a quien mirauan*
*los vientos con respeto,*
*Por justa ley, nacida*
*de aquel mejor gouierno.*
*viene a ser su verdugo*
*el peñasco mas fiero!*
*Iamas pensò la tierra*
*gozar tus años tiernos,*
*quanto indigna dichosa,*
*pues ya cubre tus huesos.*
*No bien diez y seis años*
*los campos se vistieron,*
*mientras que tu animaste*
*puro, y vital aliento.*
*Desasi y sobre el marmol*
*que el cuerpo està cubriendo*
*con lagrimas suspire*
*el peregrino incierto.*
*Que yo, pues en tus glorias*
*tuue el lugar primero,*
*si bien el que esperaua*
*los cielos me impidieron,*
*Llorare tus memorias,*
*y aunque le pese al tiempo,*
*mientras viuiere, viua*
*te guardarè en mi pecho.*

Rodeado de aquestos dolorosos pensamientos caminò Gerardo la mayor parte de la noche, y con tan estrañas congojas, considerando el successo miserable de su amada Lisis, que fue muy necessario el consuelo, y fauor del cielo, para q̃ la desesperacion de su animo se mitigasse, dexando hazer su oficio a la prudencia, de que Dios la auia dotado.

Ibase a mas andar acercando el dia, y no teniendo por seguro el caminarle, escusando el peligro de los que por tantas partes le buscauan, sin mas detenerse, dexando el camino passagero, se encerrò en lo mas aspero, y fragoso de las vertientes de las nõbradas sierras del Alpujarra. El desvelo de la noche, y el cansancio, fomentauan su sueño; y assi buscando lugar acomodado para dar al cuerpo algun reposo, sin pensar le retirò de aqueste pensamiento vn rumor, y vozes de

per-

perſonas, q̃ no muy lexos dèl oyò que conuerſauã. Aun ſuelen muchas vezes las hojas de los arboles cauſar ſoſpecha a los que como Gerardo van huyendo, y aſsi menos ligera cauſa pudiera darle pena. Con la que eſta nouedad le causò quiſo boluerſe; mas auiaſe ſin aduertirlo acercado tanto, que temio del eſtruendo de ſu caballo, q̃ ſi ya no auia ſido ſentido, por lo menos mouiendoſe, ſeria deſcubierto; con que dudoſo en la determinacion, vltimamente huuo de apearſe, atandole a vnos lentiſcos, y tomando vna gentil piſtola, que en el arçon traìa para ſu mejor defenſa, con bien cõtados paſſos, y ſilencio, fue allegandoſe a la parte en quien ſe oia el rumor: adonde queriendo aun acercarſe mas, le ſuſpẽdiò vna crecida, y leuantada voz, que poniendole en mayor ſobreſalto, claramente pudo entender, que aſsi dezia: Es poſsible Don Diego, que vna paſsion tã ciega, y deſordenado apetito atropelle con tan barbaro intento vueſtra razon, y que ſiquiera, ya que no os mueue el ſer quien ſois, alomenos la ſangre que teneis de vueſtro noble primo, y el conoceirme por prẽda ſuya, no reprima eſſe infame deſeo? A eſtas quexas ſintio luego Gerardo, que trocandoſe la voz reſpondian: Por demas es, querido dueño mio, impedir mi guſto con injurias, y razones: porque mi determinacion ya no eſtà en puntos q̃ ſe puede atajar, menos q̃ obedeciendo mi voluntad, de quien aũ quando os huuiera gozado mi primo (coſa que vos me aueis negado) fuera impoſsible el deſviarme por ningun temor, y aſsi os ruego no querais, con ſuſpender mi gloria, ocaſionarme a que forçoſamente os pierda el reſpeto. Ay miſera de mi! bolueron a replicar, con vn triſte gemido: que al fin Don Diego, mis lagrimas no os enternecẽ, ni el canſado guſto de vna muger forçada, entibia el fuego de eſſa beſtial torpeza? Pues acabad de perſuadiros (ya que mi contraria ſuerte en trance tal me ha pueſto) que primero que la executeis, ha de ſer con mi muerte. Ceſsò aqui la afligida voz, dexãdo a Gerardo tan ſuſpenſo, como enternecido de ſus razones; y aſsi ſintiendo, que con mayor vehemencia ſe aumentauan las triſtes quexas, determinando per

der

der antes la vida, que cõsentir maldad tan grande, y teniendo por cierto, que para remediarla, el cielo auia guiadole a semejãte lugar, sin dilatarlo mas, llevando por delante, y bien preuenida la pistola, se arrojò a aquella parte, donde apenas llegò, quãdo arrimados a vnas vezinas peñas vio dos hombres, q̃ asidos fuertemente forcejauan, reboluiendose por las menudas yeruas, dando el vno dellos (q̃ al parecer andaua mas rendido) aquellas vozes, y lastimosos gemidos. No ay palabra que puedan encarecer la turbacion, y espãto, que con semejante acaecimiẽto recibio Gerardo, viendo espectaculo tan ageno de su profuncion, y assi irritado de mas vehemente colera, poniendo en la pretina la pistola, yarrancando de la espada, arremetiò àzia ellos; mas no bien el roo, y vil autor sintiò sus passos, quando soltando al que ya tenia casi desalentado, desviandose cõ turbados pies del primer impetu, y queriẽdo cobrar su espada, q̃ con la demas ropa tenia, fue preuenido de la furiosa indignacion de nuestro caualleró, q̃ alcançandole en la cabeça con vna terrible cuchillada, desaforado le hizo venir al suelo, adonde segũ su infamia le tenia coleriço, fuera imposible dexarle de acabar, si poniendose enmedio el compañero, no le pidiera con lagrimas su vida. No auia visto hasta aquel punto Gerardo su rostro, ni menos las enmarañadas trenças de los cabellos, q̃ con la passada refriega se le auian soltado; y assi conociẽdo en lo vno, y otro su engaño, y q̃ era muger la que venia (aunque en disfraz tan desigual) delante de los ojos, dio lugar a su ruego, y tiempo al que en el suelo estaua, para que se leuantasse; mas tan herido, y desalentado por la mucha sangre q̃ perdia, que sin tratar mas de vengança que procurar su vida, pidiendo a Gerardo licencia para irse, y èl no curando mas de afearle su maldad, tuuo por bien de darsela, ayudandole con notable animo a subir en vno de dos caualios q̃ alli cerca tenia

No era Gerardo tan poco recatado, q̃ viendo de la suerte que aquel hombre partia dexasse de preuenir su peligro, y assi, aduirtiendolo a su nueva compañia, la hizo subir en el caualio q̃ quedaua; y boluiendo por donde estaua el suyo, a lar-

largo passo tornaron al camino real, a quien atrauesando breuemente caminaron hasta tanto, que pareciendoles estar bien alexados de aquel su primer sitio, para passar el dia se apearó, tomando cada qual en la amena soledad de aquellos montes al vergue acomodado.

El deseo de entender con toda clàridad esta auentura, tenia Gerardo no poco cuydadoso, maravillandose del impensado caso, tãto como de la peregrina hermosura, y buenas partes de la afligida dama, que a esta hora, considerando el aprieto en que se auia visto, y el peligro de que Gerardo la libraua, en estremo agradecida, y pagada de su proceder, casi vazilaua cõ otro igual pensamiento, deseãdo sobre todas las cosas, saber quien fuesse la persona a quien tanto deuia, cõ que no pudiendo reprimir mas el afecto de su voluntad, huuo de rõper aquel silencio, diziendole a Gerardo estas razones: Quando vuestra presencia no diera a mi curiosidad motiuo, el valor q̃ ha mostrado vuestro coraçon, poniendo a riesgo la vida por reparar mi honra, me obligara a pregũtaros vuestro nombre, pues sabiendole, y cõ èl las partes q̃ os ha cõcedido el cielo, por lo menos conocerè el dueño a quien deuo la vida, y el honor, y el tẽplo milagroso, en cuyos marmoles, y colunas han de quedar pendientes las señales, y despojos de mi verdadero agradecimiẽto. Esta merced os suplico, señor, no me negueis, satisfecho de que sabrè estimarla mientras viuiere.

Menos encarecidas palabras bastaran, para que Gerardo, atropellãdo mayores riesgos, la obedeciera; y assi, no queriendo aun en su cortesia conceder la ventaja, la respondiò de aquesta suerte: Dexando aparte, mi señora, el pequeño seruicio que os he hecho, de quien os prometo sois muy poco deudora; lo mucho q̃ vuestra hermosura merece, y la estrañeza del habito, tãto como el passado sucesso, me tiene ã deseoso de saber su origen, q̃ de muy buena gana os sirviera en cumplir lo q̃ me aueis mandado, recibiendo por cãbio el entenderlo; y assi confiado que me aueis de hazer este fauor, y librandole por mas bien merecerle en vuestra cortesia, sabreis q̃ mi nacion es Castilla, mi patria Madrid, y mi nomb è

(ũ bien será la vez primera que le ayais oido) el Español Gerardo. No le dexò proseguir la hermosa dama, antes buelto su rostro en vn fino rubi, con la voz alterada le replicò: Si aquesso que me dezis es cierto, ò vos sois la persona a quien mas he deseado conocer en esta vida, ò por lo menos teneis su mismo nombre: aunq̃ por no dexarme con esta duda, os avreis de seruir de que yo sepa si ya estuuistes algunos dias preso en la carcel de Hiberia? Bien pudiera temer Gerardo muchos inconuenientes, q̃ del confessar esta verdad era posible sucederle, mas venciendo los su noble condicion, no pudo, ni aun quiso negarsela, con que apenas lo entendiò la dama, quando cubriendosele de lagrimas los ojos, con presuro sos passos se leuantò a abraçarle, diziẽdo: Al fin señor, no podia venir mi remedio de otra mano, porque sospecho que a la vuestra ha reseruado el cielo el aliuio, y descanso de los atribulados coraçones, pues no tan solamente en aquel mi sero estado de vuestra prision fuisteis consuelo, alvergue, y cõpañia de mi querido Leandro, sino q̃ tãbien en aquestos desiertos con valor tan estraño aueis librado en mi su mas amada prenda; Dios que en esta, y aquella ocasion os tuuo para remedio de nuestras desventuras, galardone cõforme mereceis lo mucho q̃ Violante, y Leandro os deben; y cessando con estas vltimas razones, boluio con nueuo gusto a abraçar a Gerardo, cuya admiracio̅ no sabrè encarecer, oyẽdo tales cosas, y conociendo q̃ la que tenia delante era no menos que la discreta dama, q̃ tantos desvelos costò à su amigo Leandro, historia tan peregrina, y notable como ya oistes, y que interrumpida con la mudança de su nueua prision, quedò sin concluirse en la mitad de aqueste tragico discurso; y assi mostrando en tan admirable sucesso vna marauillosa alegria, con mas viuos afectos, y mayor cortesia la boluio a ofrecer su persona, significandole lo much. q̃ a Leandro estimaua, y quanto al presẽte estaua satisfecho de auer por cosas suyas puesto aun en mas graues peligros su vida; mas como en este caso fuessen tales, y tan peregrinas las causas que con su curiosidad le incitauan (porque igualmente el

tra-

trage de Violante, y su impensado conocimiento era digno de toda admiracion) no pudo escusarle de pedirla, que de tã cõfuso laberinto le sacasse; rogandola con encarecidas razones se contasse el modo con que a semejante estremo se auia reducido. A que la hermosa dama, queriédo mostrarse agradecida, y auiendo jũtamente oido de la boca de Gerardo lo mas essencial del apacible cuento de sus amores, deseando (si bien muy a costa de su reputacion) darle aquel pequeño gusto, y començando desde adõde Leãdro le dio fin, no sin algunas lagrimas, efetos de las tristes memorias que en su pensamiento reboluia, dio principio a lo restante de su historia, diziendo las siguiẽtes razones. No ay empressa tan dificultosa, a quien por la mayor parte no rinda, y atropelle la perseuerancia; y si la de Leandro fue digna de vencimiento mas honroso, vos mismo, o buen Gerardo, quiero que lo determineis, juzgãdo en vuestro noble pecho, si pudo ser mayor mi resistencia, pues casi llegò a merecer el nõbre riguroso de la cruel Anajarte. Finalmente, vencida me dispuse apagarle cõ igualdad su voluntad, y amor, y con este proposito, auisandole de lo q̃ auia de hazer para que aquella noche nos viessemos, fiẽdo ya la mayor parte de la tarde passada, Leãdro (porque assi era el cõcierto) fingiẽdose indispuesto, y diziendo a mi esposo, que queria acostarse, hizo que lo ponia por obra entrando en su aposento, de quien en dando nuestro dueño mejor lugar se salio, y dexando juntada bien la puerta, se vino al mio, donde para mejor seguridad le hize que entre la pared, y cortinas de mi lecho se escondiesse. Era fuerça que aquesta diligencia se executasse en tal coyuntura, porq̃ mi recatado esposo cerraua despues con sus propias manos todas las puertas, y aposentos, que baxauan al quarto de Leandro, el qual tãbien le auia aduertido, que de ninguna suerte permitiesse que nadie le llamasse, porque el desvelo, y falta de reposo ocasionaua su nueua indisposicio, todo a fin de que no se le antojasse querer verlo.

Estaua mi coraçon en este tiẽpo tan alegre, y gozoso, como temeroso, y confuso, porq̃ el tenerle tan mal acostumbrado

brado

brado a cuydados semejantes, embarazaua el gusto de conseguirlos, si ya no era, que aquella inquietud, y alteracio iba preuiniendo el successo que aora oireis.

No se por qual camino mi Leādro, desde su primera assistēcia en nuestra casa tuuo particular comunicacion, y trato con el Vicario de aquella villa, con quien professando vna correspondiente amistad, era socorrido a vezes con dineros y a vezes visitado por su propia persona. Este, pues, auiēdo estado ausente todo el tiempo de su passada enfermedad, como llegasse esta misma noche a su casa, y en ella supiesse el peligro mortal en que Leādro se auia visto, pareciendole que no cūplia con las leyes de buē amigo, sino tomasse mayor descanso sin verle, dexando su posada, luego sin dilacion se vino a la nuestra, en quien aunq̄ hallò las puertas cerradas, llamando, y juntamente siendo conocido de mi esposo, fue abierto sin tardança alguna. No pude yo con tiempo entender quiē fuesse: porque descuydada de tan notable daño, solo el deseo de ver a costado, y dormido a mi dueño desvelaua mi cuydado: y assi no tuue lugar para preuenir a Leādro, por quien preguntando el Vicario, si bien se le aduirtio de su nueua indisposicion, no quiso boluerse sin verle, con que no atreuiendose a mas contradecirle, huuo mi marido de obedecerle, llamādo en su aposento, a cuyas puertas tocò apenas, quando hallādolas abiertas, y a Leandro menos, no sin terrible alteracion boluio a dezirselo a su amigo, y pareciendole, segun la preuencion de aquella tarde, q̄ infaliblemente èl estaua dentro de casa, y ayudado, y persuadido de su zelosa condicion, finalmente rastreò la verdad, y nuestra corta suerte, y assi no pudiedo dissimular su rabiosa pena, despidiendo al Vicario, en vn instante se puso en mi aposento, adonde hallandome cortada de animo, y trocada la color del rostro (porq̄ el caso entendido me tenia casi muerta) acabādo de confirmarse en su sospecha, començò sin dilacion a buscar la casa. Ya vereis, buen Gerardo, quan afligida estaria mi alma reconociendo tan grande peligro, y quā acobardadas mis flacas fuerças, pues viēdo el miserable fin que me amenazaua,

zaua, no tuue pies para ponerme en mas seguro lugar, siendo tal el q̃ me dio mi alterado esposo, hasta q̃ auiendo hallado a Leandro, y èl conocido mejor q̃ yo su riesgo, y que furioso con la espada, q̃ ya auia tomado, arremetia mi marido à èl, boluiendo en mi con presteza increible, llegue adonde estaua vna vela que encendida daua luz a todo el aposento, y apagãdola pude atajar la execucion del golpe, dando cõ las repentinas tinieblas lugar para q̃ Leando se desviasse; mas como mi marido ciego de enojo fuesse tã desatinado, no parò hasta juntarse con èl, y desuerte, q̃ luego senti, q̃ se auian abrazado, si bien no pudo mi fragil coraçon esperar el sucesso, antes reconociendo de su estado vn desdichado fin, sin mayor suspension, baxando a la puerta de la calle, me sali de mi casa, y sin pararme alexè della, hasta llegar vltimamẽte al mismo campo, aunque con mejor dicha q̃ la que en tantos males pudiera desear: porque acertando impensadamente cõ el camino real de la grande Hiberia, a pocos passos que por èl anduue, dio conmigo vn coche de algunos passageros que venian a ella, a quien encomẽdandome con abundancia de suspiros y lagrimas, enternecì de suerte, q̃ dispuestos a fauorecerme, juntamente me recogieron consigo, trayendome a Hiberia, donde valiendome de las ordinarias joyas, q̃ assi en las orejas, como en garganta, y manos acostumbraua a traer, pude remediar mi necessidad, deparandome juntamẽte el piadoso cielo la virtuosa compañia de vnas buenas señoras, cõ quien me entretuue algunos dias, en cuyo tiempo le tuue para despachar a Osuna con todo secreto vn mensagero, a quien encargandole por diligencia principal, q̃ supiesse en lo q̃ auian parado mis desgracias, assimismo le di vna carta, mãdandole la entregasse a Leandro, si por mi desventura, como yo sospechaua, le huuiessen preso aquella amarga noche; pareciendome q̃ segun le dexè bien asido de los braços, y manos de mi esposo, a sus vozes acudiẽdo gente, ò acaso algũ ministro de justicia, le auria puesto en la carcel. Todo lo qual auiendose efetuado y dado buelta la persona q̃ llevò este despacho (saliendo de mi dudosa confusion) cõ la respuesta

puesta que me truxo, y por vna carta de Leãdro, supe alsimismo quanto auia passado, desde que de sus ojos, y de mi casa me apartò la turbacion, y el miedo que de mi alma se auia apoderado, luego como los sẽti abraçados a el, ya mi dueño, de quien reconocied o Leãdro, q̃ totalmente forcejaua, echando el resto de su poder por quitarle la vida, y aduirtiendo juntamente, q̃ por bien que librasse de sus manos, era fuerça, segun las grandes vozes que daua, caer en las de la justicia, adonde seria igual el riesgo, siendole en todo acaecimiento permitida su natural defensa, huuo en ella de hazerlo de tal suerte, que sin serle posible el escusarlo, le dexò con vna daga, que traia, cruelmente herido, y tanto q̃ dentro de pocas horas, sin tener remedio huuo de morir, auiendose primero acogido. Leandro a la primera Iglesia que hallò abierta, en quien sẽdo cercado de muchas, y diuersas personas, q̃ como a forastero le siguieron, no pudo escaparse, poniẽdo tierra en medio, con que dãdo lugar a que la justicia supiesse el caso, en vn punto le impidieron cõ infinitas guardas la salida; fauoreciendo como a causa tan propia su amigo el Vicario, que no le sacassen de el sagrado refugio, como al principio lo quisieron emprender de hecho. No pudo con tan miserable acaecimiento dexar mi alma de enternecerse; porq̃ assi la larga compañia de mi esposo, como la tierna voluntad cõ que dèl fuy siempre amada, y vltimamente, el considerarle al presente por mi liuiano proceder tan afrentosamẽte muerto, llano es que auia de hazer aun en pechos de marmol mas lastimoso efeto.

Masno quiero con semejantes sentimientos alargar esta historia, porque si bien pueden (aunque tarde) admitirse, deseo igualmente acabarla, y escusar el enfado que con su prolixidad recibireis: y assi (noble Gerardo) considerãdo entonces mi soledad, y el mal remedio que tenia para soldarse vn tan grande yerro, determinãdo ampararme de quiẽ auia sido la causa del, le bolui a escriuir que en todo caso procurando salir de aquel retraimiento, se viniesse dõde yo estaua, poniendole delante para mejor disponer su animo, mi

inco-

incomodidad, y tristeza: lo qual apenas entẽdio, quando no sin muy graue peligro, ayudado de su amigo el Vicario lo puso en execucion. Mas no permitiò el justo cielo, ni mi aduersa fortuna, que este deseo llegasse a concluirse; disponiẽdose las cosas por caminos mas asperos, y sin comparacion dificultosos: porque aun no auia Leandro puesto los pies en los vmbrales, y puertas de la casa adonde yo le auia escrito que esperaua, quando cercandole por vna, y otra parte muchos hombres, y ministros de justicia (aũque hizo por defenderse quanto le fue posible) finalmente contrastaron su resistencia: tanto pudo la vigilancia, y sagacidad de los parientes, y deudos de mi difunto dueño, los quales, auiendole seguido la noche que salio de Oluna, y viniendole siempre a los alcances, tuuieron lugar en viendole apear en vna posada, para preuenir la justicia, con quien aun antes de salido el Sol, dando breuemente la buelta, atajaron los passos que en prosecucion de lo que yo le auia escrito, traia guiados para mi posada, en quien apenas llamò quando reconociendo su desseada voz, y queriendo hazer a abrirle, me detuuie: ò los gritos, y rumor de los que le acometian. Con que reconociẽdo mi nueua desvẽtura, en vn instante atrauessando vnas açoteas, y cerrados a otras casas, me puse en cobro, en que no anduue poco dichosa, porque no dexaron parte alguna en la mia q̃ no buscassen, mouidos de la sospecha que Leandro les daua yendo a ella. Querer significaros el tormento que con aquesta segunda desventura recibio mi alma, seria dar nueuo principio a aquesta triste historia; y assi, escusando por demasiado este particular, proseguirè en lo restante de nuestro sucesso, en quien no del todo perdi el animo, antes se me acrecentò, para ver en persona a mi Leandro, disponiendose esto facilmente con llegar a deshora, y disfraçada a vna de las rejas de la carcel, adonde hablandole supe la mayor parte de lo que aueis entendido, y juntamente el gusto con que en vuestro aposento le tenia desaluergado, y en conclusiõ vuestra mudança de carcel, cosa que sin lisonja os puedo afirmar, sentimos igualmente yo, y Leandro.

Con aqueste genero de consuelo, viendonos las mas noches por el lugar q̃ he dicho, passauamos con mas descanso que hasta alli nuestra desdicha; si bien aun no cansada la fortuna de vernos padecer, ordenò nuestros negocios desuerte, que cayendo en la cuenta nuestros contrarios, no faltò quiẽ auisandoselo a Leandro, escusasse juntamente mi total perdicion; y assi determinandose a ponerme en mas seguridad, sacandome (como dizen) de entre los pies de los caualios: finalmente èl lo puso por la obra, embiandome, por mayor dissimulaciõ en el habito que veis, a la Ciudad de Almeria, adonde, dirigiendo mi comodidad, y assistencia al amparo, y compañia de vnas señoras deudas suyas, me entregò a vn su primo hermano, para que hasta el cumplimiento de nuestro intento me acompañasse, el qual lo hizo tan ficlmente conmigo, que a no ser por particular permission del cielo tan marauillosamente por vuestro noble animo socorrida, yo quedara oy a sus manos muerta, ò por lo menos executada su infame, y torpe voluntad.

Con aquestas razones, dando assu cuento la hermosa Violante el fin por tantos dias deseado de nuestro caualiero, suspendiendo la platica, dio lugar a su agradecimiento, tan acompañado de admiracion, quanto la estrañeza, y conclusion del caso requeria; y assi, viẽdo a la graciosa dama, que con amargo llanto suspirana, doliendole su triste soledad, y el desamparo en que el vil deseo de su guarda, y compañia le auia puesto, desde luego se dispuso a acompañarla, hasta ponerla en Almeria, dando breuemente las cartas, q̃ Violante lleuaua a las parientas de su cautiuo amante, y siendo de ellas con gusto particular bien recebida, pareciendole a Gerardo, que auia con aquello cumplido con su obligacion, no sin tiernas, y agradecidas lagrimas de la hermosa dama, se despidiò abraçandola. Y poco despues, auiendo entẽdido, que en el vezino puerto se apresstaua vn nauio para Genoua gozoso de auer con tanta breuedad hallado facil passaje, se concertò con su patron, y al siguiente dia saliò de España.

(2.)

DIS-

# DISCVRSO SEGVNDO DE LA segunda parte del Español Gerardo.

DE Alpujarras, y riscos, cubriendo el Sol su luz, nació la noche, anticipandola de los vezinos montes las sombras pardas, recogiose cõ ella nuestro Español Gerardo a su posada, y poco despues a su aposento, donde renouando la memoria de sus passados desastres, y vagando en la cõsideracion miserable dellos, desvelandose hurtò al reposo algunas de sus deuidas horas; pero vencido al fin del blando sueño, entregò los fatigados miembros a su imagẽ mortal; mas como a vezes suele la libre idea, aun en los mas quietos, representar durmiendo fantasias, no quiso que Gerardo gozasse sin pension aquel breue descanso; soñaua, q̃ preuiniendo entonces la justicia sus passos, le cercaua la casa, y que entrandola por las altas paredes sus ministros, llegauan a prenderle, rompiẽdo a cozes las puertas de su quadra. Aqueste sobresalto, dãdo buelcos furiosos, quebrantò su sossiego al mismo punto, que pudiendo despierto ya discernir las cosas, vio a la luz, q̃ en vn candelero auia dexado, como abriẽdose con impetu vna ventana, que casi estaua encima desu lecho, se arrojaua por ella vn bulto blãco, causando en èl tan grande turbacio, que aun con tenerlo entre sus braços, no acabaua de creer, que era vn hõbre desnudo: traia en la vna mano vn pequeño lio, y en la otra la espada, de cuya empuñadura mas aduertido, le asiò sin dilacion, y queriẽdo dar vozes, el impensado huesped, con ruegos le preuino, diziendole: Por Dios noble mãcebo, que no me descubrais, q̃ mi venida no es para daros enojo alguno yo vengo a mi pesar huyendo de vn peligro afrentoso, y saltãdo de vno en otro terrado, nunca hasta aqui he hallado puerta abierta, ni vẽtana sin reja por dõde escapar, de los que entiendo q̃ me siguen, perdonad mi atreuida ignorãcia, y amparadme, pues ya el cielo, y mi dicha os ha puesto en esta forçosa obligacion. Quedò oyendole, mudo el buẽ Gerardo, aunq̃ passando la alteracion, sin dudar en el caso le dio credito, y piadoso sus braços, con menos aspere-

21. Sossegose con esto, y en vn punto desbaratando el lio, que eran sus propias ropas, se fue vistiendo dellas, que dando tã galan, y bien aderezado, quanto al principio pareciò a los ojos de Gerardo temeroso, q̃ en aquesta sazon con nueua marauilla no sabia que conjetura hazer de aquellas cosas, creciendo aun mucho mas cõ lo que aora oireis su confusiõ. El temor, y sobresalto que igualmente discurriò por los dos, auia hasta este punto suspendido su mejor aduertẽcia: pero como ya sossegados, el vno reparasse en el otro, apenas a vn mismo tiẽpo se miraron, quando Gerardo fue conocido del nueuo cõpañero, y este por el conseguiẽte de Gerardo, que no sin admiracion interrumpiẽdo su silencio, le dixo: Si mis ojos no juzgan por sueño, òpor encanto lo que tienen presente, sin duda alguna creo, q̃ no es la vez primera q̃ nos hemos visto. Assi es verdad, respondiò el mancebo, q̃ ya, noble Gerardo, os hize vn tiempo cõpañia en los miserables trabajos de la prision, de dõde con vna bien rigurosa sentẽcia salì el mismo dia que a vos os mudaron de la carcel de Hiberia, a la fortaleza del Alhãbra, de quien tambien supe, q̃ los dias passados cobrastes venturosa libertad. Bien se holgara Gerardo de que no uuiera de sus desgracias tanta noticia: pero haziendo diferẽte semblante, cõ rostro alegre se leuantò a abraçarla, acabando de reconocer por sus palabras a Claudio Alcino (q̃ era el mismo q̃ sospechaua) cauallero principal de Almeria, y a quien desde aquella ciudad, en el discurso largo de sus prisiones lleuaron a Granada por algunos delitos; y no fueron del cõ menos gusto recibidos sus braços, antes como si en õces cobrara nueuo aliento, ciñendole los suyos, dixo: Aora si, Gerardo, que puedo cõ el amparo destos braços contarme por seguro, pues bien puedo afirmar que bastan a sacarme de mayores peligros q̃ el presente, si bien no es tan pequeño, que dexara de dar cuidado a otro q̃ se hallasse sin vuestra valerosa compañia. Pareceme que vuestra cortesia, respõdio Gerardo, anticipò las razones que pudiera mejor hablar mi lẽgua: nuestro riesgo es igual, y assi podremos pagarnos, acudiendo en qualquier trance

anuel-

annestra obligacion. De aqui passaron a otros largos discursos, que poco a poco se fueron acercando a la ocasion que entonces truxo a Claudio en semejante a prieto. Deseaua la entender Gerardo, sino por curiosidad, a lomenos por hazer della conjetura para la mejor preuencion del amigo, que conociendo este pensamiẽto, no obstante q̃ la noche les combidaua a mas quieta diuersiõ, empeñados del caso, y dando el vno agradecido silencio, assi Claudio començò su razon.

Aũque de la causa de mi prision tendreis noticia, por ser origẽ del sucesso presente, me avrà de ser forçoso el refrescarla; prestad Gerardo paciencia, que yo os prometo ser en todo sucinto. A seruir cierto oficio del Rey avrà seis años que vino a esta ciudad, de la de Murcia, vn hidalgo cõ su casa, y familia, y entre los della, vna hermosa hija, cuyo peregrino sugeto fue, y ha sido assunto principal de mis desgracias, su nõbre por particulares respetos no os le digo, aunque para mas biẽ entender su historia, le avremos de suplir con el de Siluia, a quiẽ me destinò la fatal suerte, con tan violento amor, que desde el punto que la vi no han sido parte ausencias largas, ni trabajos inmensos para tẽplar su fuego, ni mi ardiente, y amorosa voluntad, que en los principios creciò, aunque breuemente con tan profundos cimientos. La primera vez que nos vimos, fue en vn regozijo de toros, con quien, haziendo en vn gentil cauallo algunas suertes, devi de parecer grato a sus ojos; pues la segũda, q̃ fue en cierta romeria, agassajado dellos, tuue atreuimiento de hablarla, y poco despues pagado, en otras ocasiones de escriuirla, prosiguiẽdo mi amor cõ gusto suyo, cõ tal continuacion, y recato, que bastò a obligarla tanto, que a ruegos, y persuasiones mias, muchas noches saliò a hablarme par vna ventana, con q̃ vino del trato a fomentarse nuestro mayor deseo, sazonandole la perseueranciade mi fee en tales terminos, que para la deseada possessiõ mẽguaua el, no como la voluntad de Siluia. Mi desgracia despertò la de vn mancebo gallardo Genoues, y de los mas galanes, y generosos que en aquesta ciudad se hã naturalizado: este pues, oponiendose a

mis intentos, començò a amar solicito a mi dama, de quien sin dilacion luego lo supe; por que auiendo llegado a su noticia por medio de vna cierta criada, no queriendo incurrir en mi sospecha, gustò de preuenirme. Bien pudo escusarla esta prueua fiel de su voluntad, mas como la mia era sin igualdad mayor, no asseguradose abriò las puertas a los infernales zelos, abrasandome el alma sus nocinas llamas. O quantas vezes, Gerardo amigo, considerãdo lo q̃ me sucedia, desmenuzaua en partes las de mi opositor, ya anticipãdolas, ya con vituperio deshaziẽdolas: y quantas de Siluia, y su firmeza confiado, aliuiaua mi pena, y en vn instante temeroso con la memoria de su fragilidad, se acrecentaua, ya determinando este consejo, y ya repudiãdo el mismo parecer; al fin sin eleccion de alguno, ciego corria por el confuso mar de mis cuydados cõbatido de diferentes vientos: que no es menos igual la escasada, y miserable confusion de vn zeloso amante. Largos dias padecì esta enfermedad, q̃ dura aũ hasta oy en mis entrañas; y aũque entonces pudiera remitir a las manos su remedio, la voluntad de Siluia, y el temer su reputacion, suspendio mi animo, que pluguiera al cielo nunca tomara semejãte acuerdo; pues por ventura si desemejante cordura no me huuiera valido, mis cosas sin llegar a los terminos q̃ sabreis, tuuieran mejorado sucesso. En el de mis amores cada dia auia mil nouedades, porque con el desvelo, y continuacion de los passos de Ascanio (que este es, sino su propio nõbre, el que os puedo declarar) ni yo podia hablar a Siluia ni ella verme cõ el recato que solia, y assi, muchas noches su solicitud importuna rompiaen la mitad del mayor gusto nuestras amorosas platicas, cõ que aumentandose mi despecho, poco a poco amẽguando la paciencia, iba desamparando el sufrimiento, sazonando mi enojo de manera, que dentro de breue termino, estando en vna casa de conuersacion, cõ bien ligera causa me trauè con èl, dexandole impensadamente mal herido. Iuzgaron los presentes (no sabiendo el secreto) por supercheria ò liuiandad mi arrojamiẽto; pero otros menos apassionados, y en cuya opinion la mia tenia mejor lugar,

ahon-

abondando el negocio vinie-
ron a alcançar su fundamẽto,
y como en lugares cortos difi-
cultosamente se encubrẽ tales
circunstancias, ni falto quien
las contasse a sus padres de Sil
uiá, y a los mios, ni quien a As-
canio diesse el mismo auiso,
aunq̃ sospecho que fue para èl
diligẽcia escusada, porque sin
duda alcançaua ya el verdade
ro origen. A mis padres les pa
recio con este achaque assegu-
rar su miedo, porq̃ viendome
tan empeñado en el amor de
Siluia, temiã no me casasse cõ
ella, siendo su voluntad tã di-
ferente, q̃ tratauan en esta mis-
ma sazon mis bodas con vna
deuda suya: y assi dissimulada
mente me embiaron a Seuilla,
diziendo, que para assegurar
mi persona cõuenia esto. Creia
lo yo de la misma suerte, con
que ignorante de su intento,
lo tuue por bien: despidiendo-
me primero de mi Siluia, que
aunque lo sintio tiernamente,
segura de mi amor, posposo a
su contento mi quietud.

En esta ausencia, por medio
de vn criado de mi dama tuue
algunas cartas suyas, porq̃ po-
niendolas con fidelidad en la
estafeta, llegauã a mis manos:
si bien la vltima, que por en-
tõces tuue, trocò en lagrimas
semejantes fauores. Escriuio-
me al cabo de vn mes Siluia,
como sus padres, despues de
largos pareceres, a ruegos de
interessores principales, se la
auian prometido por esposa a
mi enemigo Ascanio, y que no
obstante q̃ ella procuraua con
todas sus fuerças impedirlo, sa
biendo la causa de su cõtradi-
ciõ, la guardauan cõ tanto re-
cato, y la afligian con tanta as-
pereza, que temia de sus cosas
vn mal sucesso; pero que final-
mente quedaua cõ determina-
cion de perder antes la vida q̃
perderme, como yo gustasse
de recibirla por esposa, cuya
vltima resoluciõ esperaria por
mis cartas; y en conclusiõ alar-
gãdose la suya en otras amoro-
sas, y tiernas persuasiones, me
dexò en tales terminos, que
sin mayor discurso, ni dilaciõ,
acosado de terribles cõgojas,
me puse en vna mula, parecié-
dome, q̃ la mas conueniente, y
segura respuesta seria mi pro-
pia persona. Mas la contraria
suerte, q̃ ya tenia dispuesta mi
desdicha, rodeò las cosas bien
diferente de lo q̃ yo traçaua:
porque caminando a toda di-
ligẽcia, muy cerca de Anteque
ra, queriendo atrauessar vn

ancho arroyo, sin reparar, con la solicitud de mi cuydado, en que por las continuas lluuias venia demasiadamente poderoso; a los primeros passos derribando me, dio cõsigo la mula en lo mas hõdo, y desuerte, que sin poder valerse, la corriẽte la arrebatò, anegandola, quedando yo herido cruelmente en la cabeça, de sus herraduras, y en el mismo peligro, de quien (ayudandome el cielo, y vnos hombres que de vn molino me acudieron) escapè, aunque tã malparado, que sin boluer en mi sentido, al cabo de tres dias que assi estuue, quando abri los ojos me hallè en la cama de vn meson de Antequera, donde siguiendo los terminos, y pũtos del accidẽte, ya con esperanças de salud, ya sin ella, llegùe a estar desahuciado, y finalmẽte a restaurarla despues de treinta dias, en cuyo espacio, aunq̃ escriui a Siluia, y a mis padres mi peligro, ò ya por el descuydo del portador que las lleuaua al correo, ò ya por mi desgracia (q̃ esto fue lo mas cierto) ninguna carta llegò a su poder, ni menos con el desacuerdo de mi mal tuue aduertencia para embiarles vn propio. Al fin, ya libre me de vna cadena de oro que me dexò el desastre, yo paguè mi cura, y prosegui el viage, llegãdo (porque assi lo dispuso la infeliz suerte mia) a esta ciudad el mismo dia, que vencida mi dama de las amenazas, ruegos, y persuasiones de sus padres, y mucho mas del descuydo, y poco caso que yo a su parecer hazia de su respuesta, y sospechando (aũ mas de lo q̃ fuera justo) que me huuiesse mudado, y oluidadola, dio la mano de esposa a mi contrario, q̃ no pudiendo dilatar su ventura, quiso que juntamẽte el mismo dia recibiessen las bendiciones de la Iglesia; y assi a las diez de la mañana, entrãdo yo por la ciudad, al passar por delante de vna Iglesia, fuy testigo miserable de su regozijo, viendo enmedio de grande acompañamiento salir a mi querido dueño de la mano de su nueuo esposo. Aqui, Gerardo amigo, juntãdoseme el cielo con la tierra, solte las riendas a la mula, y hecho vn espectaculo de miserables ansias, quedè del impensado encuentro transformado en vna inmobil piedra, y en vn pequeño espacio, representandoseme mis amores passados, los

gustos

gustos dellos, y los trabajos padecidos, cuyo fruto via en ageno poder, fue tan horrible el sentimiento que afligio mi alma, que sin mas consideracion, perdido el juizio, y solo deseando satisfacer mi pena, dexè la silla y sacando la espada, por enmedio del confuso tropel arremeti al que segun mi presunciõ, por vengarse de mi, auia pedido a Siluia por esposa, y dando vozes como loco furioso, antes q̃ pudiesse èl defenderse, ni otro alguno ampararle, ya tenia, sino tãtas heridas como yo quisiera, las que bastaron a tenderle en el suelo, adõde yo le acabara de matar, si el acudir a la defensa de mi vida no me fuera forçoso. Pero no obstãte, que las espadas de sus deudos, y amigos me cargaron, acudiendo al estruendo algunos mios, mediante su ayuda pude escapar de su rigor, si bien el de la justicia me preuino antes de tomar el vezino Templo. Pusieronme al punto en vna torre, y sonando el suceſſo, y que Ascanio moria muy apriessa, sus deudos temiendo, que el poder de los mios contrastaria su justicia, acudieron a la Real Chancilleria, de cuya diligencia, aũque menos peligroso el herido, redundò el traerme a su carcel, y a vuestro conocimiẽto; adonde despues de largos dias, cobrando Ascanio la salud perdida, apretò en mis negocios de manera, que a no valerme de muy efetiuas causas, el suceſſo dellos fuera aun mas terrible: pero siendole fuerça el contẽtarse, yo sali desterrado de todo el Reyno, y con pena de muerte, si le quebrantasse. Siluia mientras estuue preso, creciendo su primera aũcion, con el determinado disparate que vio a sus ojos, prosiguio el escriuirme por medio del criado antiguo, disculpando su amor tan cuerdamente, ya cõ la violencia de sus padres, y ya con mi descuydo; que conociendo su razõ, yo muy sin ella bolui a engolfarme, fiẽdo sus cartas el principal cõsuelo de mis cadenas. Tan ciego me ha tenido su amor, q̃ aunque pudiera la misma causa, que desamarte la a otros, obrar en mi, por el propio caso que yo la perdi, y Ascanio la goza, en mayor crecimiento se aumenta mi aficion, fomentada de rabiosos zelos, y de deseos tan continuados, y prolixos. Al fin, avrà seis dias, que por el mismo-

esti

estilo recibi esta carta: y dixo aquesto Claudio, sacandola de su faltriquera, que viendolo Gerardo, acercandole la luz, oyò que desta suerte la leia.

*NVestra triste fortuna, Claudio mio, ablanda su rigor, pues oy a mas fauorable offrecela comodidad que tanto tiempo se nos ha dilatado: mi esposo està ausente desta ciudad, y tardarà en boluer algunos dias, ved si es ocasion para perderse, y si merece Siluia ver vuestros ojos: no la dexeis passar, pues viniendo con recato, el lueues a prima noche, os esperarè a la puerta de mi casa. El termino ya medido, y le avrà para que llegue este auiso, y vos vengais. No soy mas larga, el cielo, dueño mio, os trayga con bien, &c.*

Esta carta (prosiguio el tierno amante) recibi en Granada en cierto Monasterio, donde estoy recogido, y luego con el contento q̃ ya podreis pensar executè su orden, llegando puntualmente ayer tarde a vna aldea, media legua de aqui; de adonde, dexãdo el caualllo en que vine, prosegui a pie, y sin ser conocido, acompañado de mi temeridad, y atreuimiẽto, toquè los dichos vmbrales de mi dama, que ya estaua esperandome. Mas el contento que con su dama vista recibio mi coraçon, le aguò vn accidente inopensado, que en este mismo punto nos sobreuino, y fue, que auiendo oido rumor de espadas, no lexos de la puerta, al tiempo q̃ me la abria para entrar, llegò vno de los que reñian, huyendo, si bien no passando adelante, cayò casi a mis pies, diziendo con desmayada voz, que venia muerto, vi mi peligro, si alli mas esperaua, y assi, no dilatandolo me entrè con Siluia, adonde, siendo aquella la primera vez que nos viamos tã de cerca, yo quedè turbado de manera, que no supe con q̃ razon empezar a hablarla, mostrandome entonces la experiencia, q̃ el coraçon del verdadero amante, llenãdo de diuersos cuydados el entendimiẽto, ata la lengua y sin poder encubrir su passiõ, no la permite lugar para que hable, pero al fin, rompiendo con vn tierno suspiro mi silencio, la dixe: Que mayor prueba podrè daros de mi aficion, y fidelidad, pues oluidãdo enojos tan justos, llego a vuestra presencia con el peligro q̃ sabeis, adonde, aunque me sobreuniesse la muerte enmedio

del

del efeto de mis deseos, me tendrè por dichoso. A esto, no sin algunas lagrimas, respôdiò Siluia. Yo estoy de vuestra fee tan satisfecha, quanto basta a cegar mi volũtad, para arropellar por vos los inconuenièntes, y dificultades que se ofrecen a vna muger, q̃ por su desventura està en ageno poder, y veo que igualmente nos pagamos en todo: aunque dexadas a vna parte estas cosas, lo que mas al presente siento es q̃ ha de durar menos dias nuestro contento de lo que yo pensaua, por q̃ oy tuue auiso de mi esposo, en que su buelta serà con breuedad; mas no obstãte lo que tardare, si bien siempre fuy vuestra, por lo menos lo podrè ser con mas libertad. El alma me atrauessaron sus vltimas razones: pero haziendo de la causa forçosa mi consuelo, passè adelante, y tomãdola por la mano, nos entramos en su quadra, facilitãdo esta amorosa diligẽcia vna criada muy querida de Siluia, cuyos regalados fauores apenas quise gozar, quando atajada esta dulce, y deseada ocasion, quedamos igualmente turbados, oyẽdo con grãdes, y terribles golpes llamar a la puerta principal de casa, y assi mismo a otra que caia a las espaldas.

No entendi al principio sino que fuesse Ascanio, y assi miẽtras mi Siluia salio con turbacion a las ventanas, quise començar a vestirme, mas nunca el sobresalto me dexò acierto, ni memoria; en fin, haziẽdo de mis ropas vn lio, quise salirme de la quadra, pero encontrando a Siluia, me dixo harto mas alentada de lo que yo esperaua; Adõde vais señor, que sois perdido? porque sabed, que quien llama en vna, y otra parte es la justicia, q̃ sin duda, alguno que os ha visto les ha auisado; o vuestro poco recato, y mi desdicha lo ha rodeado desta suerte. Quedè me oyẽdo semejante successo embelesado, y presentes dos tan graues peligros, indeterminable considerauà assi el del quebrantamiẽto del destierro, como la infamia afrentosa de Siluia, que diziẽdome la siguiesse, viendo q̃ los golpes crecià, ayudandola su criada me subierõ por el cañon de la chimenea, en cuyo medio hallãdo cierta barra de hierro atrauessada, y de qu[illegible] pẽdia vna cadena, me puse de pies en ella; en tanto Siluia tomando vna ropa, mãdò abrir;

de

de suerte, que en vn punto ya estauan los ministros en parte donde yo podia oir su demanda, y al Gouernador, que con palabras muy corteses dezia a mi dama, q̃ perdonasse aquel enojo, porque no obstãte que ausente su marido, lo hazian contra su voluntad, era inescusable el buscarle la casa, porq̃ se auia hallado vn hombre muerto a su propia puerta, y que segũ algunos vezinos declarauan, el homicida al punto que cayò el herido, se auia entrado corriendo en ella.

Algo me alentò el coraçon lo que os he dicho, si bien no dexaua de temer mi desgracia: y tengo por la mayor que puede sucederle a vn infelize la que se padece sin culpa, ò como aquella, por yerro de cuenta, pues lo fuera muy grãde, que en vez de buscar al homicida me cogieran en semejante trance. Tambien mi dama mostrò con mas quietud el rostro alegre, diziendo, que mirassen todos los aposentos, porque no obstante que ignoraua semejante cosa, todavia con lo que auia entendido no se atreueria a quedar en su casa; y con esto, fingiendo gran temor, solicitaua a vnos, y a otros, rogandoles, q̃ aun hasta los mas pequeños atomos buscassen. Yo con tanto, hecho perdida centinela, trasspassado del frio de la noche, y los pies de tenerlos en el angosta barra, con vn dolor increible estaua sin saber de que suerte tolerar su tormento: mas conociendo por el rumor que la justicia cansada de buscar se despedia, cobrè nueuo vigor, y poco a poco començè a descender; pero no me siendo possible sin ayuda, huue para mejor hazerlo de desembaraçarme de la espada, a la qual, queriendo colgar en alguna parte, tentando la negra pared, hallè vna quiebra que hazian las junturas del tabique, y ladrillos del cañon, por donde meti vno de los gauilanes, y menos ocupado bolui al primer intento: mas mi aduersa fortuna, no contenta del sobresalto passado, me tuuo aparejado otro, sin comparaciõ mucho mayor: porque apenas los ministros y juez baxaron a la calle, quando llegò su marido de Silnia, espantado de hallar a tal hora su casa abierta, y tãta gente que salia della.

Considerad amigo, qual seria la turbacion de mi dama, y qual

qual la que yo sentí luego como tocò su voz en mis oidos: porque Silvia, si bien de su impensada venida alborotada, todavia discretamente disimulando el secreto disgusto, dandole cuenta de lo q̃ passaua, poco a poco le truxo hasta la misma quadra adõde yo estaua, bien ageno del segundo lance; y verdaderamẽte si ella con tal presteza, vsando del arbitrio, no entra hablãdo cõ su esposo, estaes la hora que yo estoy descubierto, y Silvia perdida: porque como ya dixe ignorando la mouedad iba baxandome; pero aduirtiẽdo en el presente daño, no sin terrible pena bolui a ponerme en pie, y aun os prometo que fue grande milagro, segun la turbacion, poder sin caer al suelo sustentarme. Satisfecho el marido, aũque enojado del poco respeto que a su parecer le auia (estando ausente) guardado la justicia, quiso acostarse al punto: pero algunos criados que vinieron con èl, pidiendo de cenar se quedaron alli. Silvia, aunque ya estaua con Ascanio, oyendo esto, temerosa (segun puedo creer) de que no encendiessen para la cena lumbre q̃ descubriesse nuestro daño, mandò que se les diessen algunas cosas con que sin gastar fuego se entretuuiessen hasta el dia, mas ellos replicando dieron quexas de suerte, que entendidas, su esposo dio nueua orden, y tomando el cansancio por achaque, mandò q̃ los asassen vnas postas de venado con que sin dilatarlo, aplicando gauillas, y manojos, en vn instãte me vi lleno de chispas, humo, y llamas. Este peligro tã ageno de remedio, me privò de sentido, y assi desesperado determinè el vltimo trabajo, arrojandome a morir en las manos de mi antiguo contrario, antes q̃ a las horribles de aquel fuego, y queriendolo ciego poner por obra, el cielo que aun no del todo me auia desamparado, permitiò, que al sacar la espada de donde la auia encaxado con el desatiento mio, poniendo mas fuerça de lo que era menester, se arrãcasse vn ladrillo, por donde viẽdo la claridad de la Luna, ofreciendoseme otro remedio, mudè de intẽto, y nõ obstante que abaxo se auian con el impensado golpe alborotado los criados, le prosegui, deshaziendo con gran facilidad gran parte del tabique, por

quien

quien saltando a los tejados, animandome las vozes, que ellos dauan, diziendo: Aqui està el matador que busca la justicia, los dexè en su engaño, atrauesando mil azoteas, y cerrados, hasta que hallando esta ventana, me arrojè, como vistes a vuestro amparo.

Aqui, viendo ya el fin de tan estraño caso, admirado Gerardo agradeciò con nuetos laços la cortesia de contarselo; y alentando al amigo cõ razones discretas, procurò aconsejarle lo mas importante, y menos peligroso, rogandole desistiesse de empressa à quien los mismos cielos contradecian cõ tan notables dificultades. Y passando lo restante hasta el alua en tales platicas, Claudio con mejor parecer determinò su buelta; y assi antes de ser sentido, saliẽdo Gerardo en su compañia, hasta la aldea cercana, despidiendose amigablemente partio a Granada. Y la siguiente tarde, embarcandose nuestro cauallero, nauegò con fauorables vientos la buelta de Leuante. Iba en parte contento, considerandose despues de sus trabajos increibles, libre, y seguro de tan grandes contrarios; si biẽ la memoria del miserable, y desastrado fin de Lisis, templaua esta alegria. Era el sucesso digno de mayor sentimiento, y assi, no es mucho que sus congojas se mezclassen aũ en los mayores gustos.

De aquesta suerte, y a vezes reboluiendo en la triste fantasia la innumerable cuenta de sus desgracias; y ya esperando, que con dexar assi la propia patria cessarian de seguirle en el agena, procuraua Gerardo engañar el prolixo cansancio del viage, y las incomodidades de la nauegacion, en quien dentro de breues horas, alexãdose del puerto, se engolfaron la derrota de Italia.

Iban, assi el patron, como los oficiales, y passageros generalmente alegres, porque la bonança del tiempo asseguraua su mas facil jornada; y assi quando con nueuos, y lucientes rayos bordaua el Sol de varios arreboles aquel hermoso lienço de cristal, se hallarõ mas de sesenta millas de la costa que dexauan.

Tienen los casos de nuestra fragilidad humana tan inciertos fines, como mal segura la esta-

estabilidad de su firmeza: desengaño fiel de nuestra vana confiancia, y muestra verdadera de lo poco q̃ valen, y puede las fuerças, y disignios de los hombres. Reconoció bien Gerardo esta verdad, y con el sus pobres compañeros la indignacion de la fortuna, y juntamente el braço poderoso de su inconstancia: porque aun no serian las quatro de la tarde, quando dando desde la gauia grandes vozes, descubrió cinco velas vn grumete, y no mucho despues, con grande espãto de los oyentes boluio a replicar, que eran galeotas, y baxeles Berberiscos. Discurrió con semejante nueua vn sudor frio por los temerosos passageros, que tocãdo en palida color la de sus rostros, los dexò casi a todos igualmente confusos: mas preuenidos con el cierto peligro, animandose los vnos a los otros, y fiando en la velocidad con que fauorecido de los vientos se alargaua el nauio, dificultauan el alcançarle, y disponian lo necessario para su defensa, dando a conocer Gerardo en este aprieto a la restante compañia la nobleza del animo en la prontitud de su generosa, y valiente determinacion. A este tiempo las galeotas, que rato auia que descubriendo la naue, vogauã en su seguimiento, viendola con ayuda del viento alargarse tanto, rabiosos de perder el buen lance, y açotãdo las profundas aguas, pretendian con el impetu, y furia de los remos igualar su velocidad, aunque infaliblemẽte fuera sin mejor fruto su trabajo, si a este punto reprimiendo la fuerça poco a poco, no calmaran los vientos, dexando desamparada del mayor remedio a la pobre naue, a quien dieron en vn instante caçe, rodeandola con grandes vozes, y alaridos. Auian tomado los del nauio otra resolucion, porq̃ viendose en tan impensada calma, y considerando la ventaja de los enemigos, y que vltimamente, por bien que a su defensa se esforçassen, ò les auian de rendir, ò echar à fondo, no sin sentimiẽto de Gerardo, q̃ antes quisiera morir que entregarse, amainaron las velas, sin querer esperar vn solo cañonazo. Con este presupuesto, luego como los cosarios lo entendieron se arrojaron en rendida naue, y quitando las armas a todos los que en ella venian (que con

ma-

marineros, y nauegantes seriã mas de quarenta personas) assimismo los fueron repartiendo en sus baxeles, con que en estremo alegres, auiendo reconocido el porte ganãcioso de la naue, dandola cabo dos reforçadas galeotas, trataron de dar la buelta a Berberia. Eran los cinco baxeles de a veinte y dos, y a veinte y quatro bancos, los tres de Ferru Arraez, Turco de nacion, y los restantes de Hali Mami, renegado Griego, los quales sin el presente lance auiã hecho en el mismo viage otros muchos de cautiuos, y ropa, en la costa de España, con q̃ por no caber debaxo de cubierta, ò por otra mas contingente causa, huuieron de dexar a vn lado de la popa (si bien amarrados a vna gruesa cadena) a Gerardo, y a otros quatro ò seis, que cupieron en suerte à vna de las galeotas en q̃ iba el mismo Ferru Arraez haziendo a nuestro caualliero (cuya agradable presencia, y mejor hsbito le lleuaua mas inclinado) muchas, y diferentes preguntas, de quien alborotado le interrũpio vna grande algazara, que assi Turcos, como renegados, y Moros, leuantaron de improuiso, diziẽdo, que los remeros Christianos se querian alçar con el baxel. Acudiò en vn punto despauorido a remediar este rumor el Arraez, resultando deste impensado origen el lastimoso fin que aora oireis: que para mejor declarar la barbara crueldad con que son tratados de aquellos infieles, y por ser el tormento primero, que en este cautiuerio afligio el coraçon de el buen Gerardo, quiero escriuir con mas particularidad el principio, y fundamento que tuuo.

Auian cõ el gusto de la nueua presa licenciado los barbaros soldados a la misera chusma, fatigada del continuo bogar, y mas del apreton q̃ dieron alcançando la naue: y estando en aqueste reposo, vn Christiano remero hallo q̃ le faltaua vno de dos turbantes, que cõ otra ropa le auia encomendado vn Turco para que le guardasse, como todos lo hazen, y es costũbre encargar al Christiano que boga junto a su lugar, y vancada, de que turbandose el miserable hõbre, temiendo no le diesse el Turco de palos, reboluio quanto por alli estaua buscãdole: mas visto que de aquella suerte no pa-

parecia, acrecentandose su temor, rogò a los Christianos, q̃ assistian cerca de su banco, que passando la palabra, juntamente diessen de mano en mano el que le quedaua, para ver si entre los demas cõpañeros auia quien huuiesse hallado se el otro que faltaua, y haziendo aquesto con toda simplicidad y sin malicia alguna, acasò aduirtiò en ello vn renegado, y auisando a otros Turcos, y Moros, con la sospecha, y rezelo que les ocasionò, dando vozes començaron a dezir se alçauã, porque el turbante q̃ passaua de mano en mano, era la contraseña de su intento: alborotandose los demas de tal manera, que dieron causa a que el Arraez llegando de tropel, sin esperar mejor razon, y cerrãdo èl, y todos aquellos infieles las orejas a las disculpas claras, y euidentes, q̃ los pobres Christianos les dauan, como rabiosas fieras arremetieron al desdichado cautiuo, q̃ buscaua el turbante; y por mas q̃ con piadosos ruegos les pedia le oyessen, y reparassen en su inocencia, le arrebataron, y desnudãdole, al momento le atarõ las manos atras, y poniẽdole a los pies vna disforme piedra, ligado con vna soga, y haziendo las tres ostas la entena en Cruz, y la pena a la mar, alçãdole por vna bolea en el ayre, le dieron tãtos, y tan terribles traços de cuerda, que le descoyuntaron los miembros, los nerujos, y los huessos, dexandole vltimamente desmayado, y casi muerto, siendo el Christiano en aquellos tormentos tã honrado, y constante, q̃ por mas preguntas que le hizeron para entender los complices, y modo de la conjuracion, nũca los fieros, y crueliss imos golpes pudieron obligarle a q̃ dixesse mas de la verdad; antes llamãdo siẽpre en su fauor, y ayuda al piadoso cielo, dana valientes vozes, diziendo cõ marauillosa libertad, q̃ era maldad, y testimonio, y su imaginacion perjura, y falsa; pero aprouechò todo esto poco para que siendo creido, los Turcos ablandassen sus duros, y empedernidos coraçones; antes menos q̃ nũca satisfechos, hizieron tambien desnudar a quantos forçados venian en la galeota, y poniendolos en la crugia tendidos de popa a proa, con nuevos alaridos, y algazaras, hundiendo a vozes los vezinos mares, comen-

çaron con rebenques dobla-
dos a darles fieros, y crueliſsi-
mos açotes: y queriendo deſ-
pues de bien canſados los ver-
dugos primeros renouar otros
el miſmo ſacrificio, mirando
vn Turco acaſo el lio de ſu ro-
pa, hallò en èl el turbante que
buſcaua el deſdichado cautiu-
uo, a quien aſsimiſmo auia he-
cho guarda, y cuſtodia de ſu
hazenduela, mezclandoſe con
ella al entregarſela, la prenda
q̃ era cauſa del preſente infor-
tunio: con q̃ reconociendo la
inocencia de los Chriſtianos,
dando vozes para q̃ los ſoltaſ-
ſen, ſe metiò en medio dellos,
diziendo la ocaſion, y publicã-
do, q̃ ni el primero q̃ atormen-
taron, ni los reſtantes tenian
alguna culpa; y aſsi a gran fuer-
ça, con ellas, y otras ſemejan-
tes razones, en que dauan a en-
tender ſer ignorancia, y no ſe-
ñal de alçarſe, la deſgraciada
acciõ del miſero forçado, pudo
quietar el animo indignado
de ſus compañeros, q̃ ya bol-
uian a deshazer con mas fieros
açotes, y palos los miſerables
cuerpos de los cautiuos Chriſ-
tianos. Triſte, y horrendo eſpe-
ctaculo, digno por cierto de
mas q̃ humana compaſsion, y
q̃ en el tierno pecho de Gerar-
do hizo tan laſtimoſo efecto, q̃
ſin poder reprimirſe, hilo a hi-
lo derramò de ſus ojos muchas lagrimas, temblandole el animoſo coraçon, con la cõſideracion de verſe en poder de tã infernales enemigos, en cuya barbara cõpañia, remoſcando la naue cõ ſus galeotas, y todas guarnecidas de flamulas, vanderas, y gallardetes, enderezaron a la ciudad de Argel, adonde el dia ſiguiẽte llegaron ſin contraſte alguno: y apenas ſus empinadas proas tocaron en el muelle, quando abriẽdo, y leuantãdo las cubiertas, començaron a ſacar vn numero infinito de cautiuos de diuerſas partes, y prouincias, aſsi hõbres como mugeres, niños, viejos, y mancebos, y aun muchas tiernas, y delicadas donzellas. Quedò paſmado con tan deſcõſolada vista nueſtro caualliero, y mas lo fue, viẽdo como llorando ſe abraçauan los vnos a los otros: porq̃ como venian d. baxo de cubierta, y en diuerſos baxeles, no ſe auiã viſto, ni hablado deſde q̃ fueron cautiuos, haſta aquel punto, q̃ como atonitos, y ſin ſentido, mirãdo los innumerables Turcos y Moros q̃ auian concurrido a la ribera, y puerto; y paſmados

mados con la tremenda, y no pesada vista de aquella ladronera, y carniceria de Christianos, començarõ vn sordo, y doloroso llanto, acrecentãdo sus gemidos, y el tierno sentimiẽto de Gerardo la partija, y diuision que poco despues, y en medio de aquel muelle hizieron dellos, apartando los hijos de los padres, y a aquellos de sus hijos: allí daua suspiros la afligida muger, que la diuidian del desdichado esposo, y la desconsolada madre, abraçãdose de sus tiernos polluelos, tanto mas miserables, quanto menos sientẽ, y conocen su desgracia: colgando los vnos de los amorosos pechos, y los otros de los braços, y algunos como medrosos corderillos, asidos de sus ropas, dãdo profundos gemidos, y el vltimo beso, y abraço a aquellas caras prendas de sus entrañas, vian sin poder resistirlo, ausẽtarlos con barbara crueldad de sus cansados ojos, quedandose como mudas estatuas, sin saber adonde boluerlo a ver, ò si jamas tornariã a gozar aquellos dulces despojos de su alma, q̃ por tan diferentes partes, y regiones los diuidiã, y apartauã. No sè como considerando tan extraordinaria desuẽtura, serà posible que aya lengua, y pluma que se esfuerce a escriuirla con mas largo dibuxo, ò relaciõ: yo confiesso q̃ a mi me falta el animo, y que si el auerme empeñado, prometiendo esta segunda parte, no me obligara, fuera por demas el passar adelante, prosiguiendo tantos y tan lastimosos sucessos como passã por el desdichado Gerardo: el qual esperãdo a esta hora correrla misma suerte, no tardò mucho espacio, en quien cayendo la del lleuarle al propio Arraez, con el dolor, y desconsuelo q̃ se puede pẽsar, fue embiado a su casa, con otros muchos que de su parte tuuo.

Aniale al barbaro dueño agradado su gentil presencia, con q̃ prometiendose della, q̃ sin duda era Gerardo hombre de calidad, assimismo asseguraua su mayor rescate, ò por lo menos su mejor salida, porque como esta es su grãgeria, y ganancia, aun de menor demostracion suelẽ los Turcos hazer mayores maquinas, fingiendo, aunq̃ estèn informados de lo contrario, q̃ tienen por cautiuo al hijo de vn grã Principe, ò señor de España; y assi los que a estos compran sus esclauos, lo

primero q̃ hazen es informar, se de quien es, que ser tiene, que calidad, que hazienda, y que arte, y oficio: aunque algunos aduertidos les niegan su nobleza, no les basta; porque auerigüado, si acaso estaua el dia de su cautiuerio bien vesti do, ò si traia vn buẽ sayo, ò capa negra, por muy corta q̃ sea la informacion, queda bautiza do por heredero de vn titulo: y lo peor es q̃ muchos, no siendo mas que vnos pobres oficiales, si por su desventura fue rõ, como tẽgo dicho, cautiuos en vn razonable habito, passan por el mismo camino, porque luego les llaman, y dizen, que ya están bien informados, y satisfechos de su calidad, y sabẽ que son vnos caualleros muy principales, sobrinos del Duque, Conde, ò Marques q̃ primero les vino a la memoria, y que assi no es menester encubrirse, ni negarlo; y juntamente les echan luego vna gruessa cadena, ò buenos grillos, con que no se pueden mouer de vn lugar. Y si viẽdose en tal estrecho, los miseros esclauos les responden, afirmando, y protestando, q̃ se engañan, y diziẽdo la verdad de su poco ser y valor, y como no son mas de vnos pobres hõbres, sin remedio, hazienda, ni parientes, nada desto les vale, ni aprouecha, antes tanto mas se obstinan, y endurecen, embriagandose de furiosa colera, demanera, q̃ a pesar suyo, y de quantos dixeré otra cosa han de ser quien ellos han pensado: con q̃ de aquella suerte muchos que dã imposibilitados de libertad; por q̃ ni tiené, ni alcançan fuerças para pagar el precio de su vana estimacion, en la qual cõfirmados de la forma q̃ he dicho, no tienẽ verguẽça aquellos barbaros de embiar a muchos mancebos pobres a Cõstãtinopla, presentandolos al gran Turco, y a sus Baxaes, o a otros señores, Reyes, y Principes de tierras muy remotas, y apartadas, diziendo, q̃ les enbian hijos de Titulos, Caualleros, ò Capitanes de grandes rescates; como en estos dias del cautiuerio de Gerardo sucedio, enbiando el Sultã, y Rey de Argel a tres pobres q̃ cautiuarõ en vnos vasos Rageeses, de nacio el vno Español y los otros dos Flamencos, a su puerto el General del Turco, cõ titulos de grandes, y señalados personages; si bien luego alla se entẽdio la burla, y se los

boluio

boluio a remitir a Argel, diziéndole por vna carta, que pues aquellos caualleros eran tan principales, y de poderosos, y ricos rescates, los procurasse el Sultán redimir, y le embiasse el dinero; donay re que le tuuo largos dias estrañamente afrentado, y corrido, aũque a otros cautiuos no les sucede tan dichosamente, pues con esta diabolica inuencion, y vanidad vienen a quedar alexados de sus patrias, con vn destierro eterno: porque admitidos en el titulo que lleuan, cõ la opinion, y fama de su grã calidad, a la hora los encierran en los baños, prisiones, ò torres del mar Negro, de donde jamas salen; antes acosados del peso intolerable de las cadenas, hambre, miseria, y hedores infernales, y adõde ninguno los puede conocer, ni remediar, acaban sus tristes, y cansados dias. No corriò por tan infeliz suerte nuestro cauallero, si biẽ no dexò en parte de gustar los desabrimientos, y aflicciones que en ocasiones tales atormẽtan los nobles, y generosos animos: porque la noche de aqueste amargo, y triste dia, fue igualmente encerrado con los demas compañeros en vna escura, y tenebrosa mazmorra en quien estuuo hasta la siguiẽte mañana, acompañado tanto de inumẽ dos, y asquerosos animales, quanto de tristes, y lastimosos cuydados, ya considerando el barbaro rigor con que empezaua a ser tratado, y ya reconociendo, que si dezia quien era, le auian de encarecer, y subir a tan terrible suma su rescate, que fuesse imposible el pagarle; con que determinado por entonces dissimular hasta mas apretada coyuntura, quãdo mas afligido le tenian aquestos pensamientos, abriendo la mazmorra fue sacado della, y finalmente lleuado a la presencia de su nueuo señor, à quien hallò vistiéndose en vnos altos, y hermosos apossentos, si bien limpios, y desocupados de omenage, y alhajas de casa; porque fuera de q̃ ni las tienen, ni las vsan generalmente entre los mas ricos, y principales Moros, todos sus muebles, adornos, y aderezos se vienen a resoluer en vn lecho de muy pocos colchones, quatro sabanas, dos fraçadas, o paños, dos cabeçales, ò cogines, tres, o quatro camisas por persona, y otros tãtos çaraguelles; vn par de tobajas, tres

lençuelos, vn alcatifa, ò dos, y otras tantas esteras en que se assientan, comen, y duermen, vn par de turbantes el varon, y otros tantos tocados a su modo la muger; y vn par de cortinas hechas de diuersas piezas, y retazos de seda baxa, que cubren las paredes de la quadra, en q̃ ordinario assisten con vn par de almohadas para sentarse. Y todo esto (como arriba aduerti) tienen, y poseen los que presumen de muy poderosos, y soberuios; porq̃ los demas se tratan como bestias, con animos, y coraçones apocados, y miserables.

En efeto Gerardo, auiendo hecho a su Arraez vna humilde, y profunda reuerencia, arrimandose a vn lado de la quadra, esperò lo que su dueño le queria, de quien p[illegible] despues en razonable Castellano fue preguntado quien, y de adonde era, diziendole: Christiano, desde la hora que cautiuaste tuue proposito (aficionado de tu buen talle) de quedarme cõtigo: si bien por traer a execucion este gusto, me fue fuerça dexar en cãbio dos cautiuos; pienso que en hazerlo assi no avrè errado: porque si tu honrada presencia, y el adorno, y gala de tu habito no me engañan, sin duda tu deues de ser algun caualler o principal: y si esto es como imagino, harás mal en negarmelo: porque fuera de ocasionar mi indignaciõ serás tu mismo causa de q̃ yo te haga padecer, ò bien amarrado a vn banco de mis galeotas, ò en otros mas crecidos, y enojosos trabajos. Esto he querido aduertirte, para que no ignorando mi voluntad, sepas aprouecharte della, tratando en esta conformidad de tu rescate, y digo en tal cõformidad porque no del todo se me encubrẽ tus partes, pues vna maleta q̃ venia en el nauio, y que segun el patron, y compañeros, que contigo venian, han confessado, es tuya, con las joyas, preseas, y vestidos de valor q̃ en si encerraua, nos ha dado bien claras muestras desta verdad, assegurando la nobleza, y calidad de su dueño, no obstante q̃ tãbien se hallaron en ella muchas cartas, y diuersos papeles, en quien no tã solamente te aprecian, y significan por hõbre noble, y caualler o de grande estimaciõ, sino q̃ assimismo declaran tu propio nombre, y apellido, llamandote el Español Gerardo,

Que-

Quedò, cessando aqui el Ferru Arraez, suspendido el triste cauallero, conociendo en la trasordinaria diligẽcia su astucia, y assi visto quã por demas seria encubrirse, no quiso, ni se atreuiò a negarle la verdad, aunque desta quito lo que mejor le pareciò, informando a su dueño largamente de su vida, y en fin de prolixa prision, de quien los papeles que auia hallado hazian particular mẽcion, pretendiendo darla por no poco suficiente causa para hallarse assi èl como sus deudos demasiadamente pobres, y gastados; pero en conclusion le dio esperanças de q̃ siruiendose de venir con èl a vn razonable concierto, procuraria q̃ en Espaũa se remediasse: cosa de que mostrando alegrarse el Turco, le replicò, q̃ èl quedaua satisfecho desuresoluciõ y q̃ despues se trataria del precio: y luego haziendole sacar pan blanco, y vna grãde aljufayna de cofaz, frutas, y alcuzcuzu, le mandò q̃ comiesse: y assimismo, que dos platicos cautiuos le sacassen a la tarde por la ciudad para que la viesse. Estaua con tan nueuo agassajo admirado Gerardo, y pareciendole, segũ auia oido, cosa muy fuera de la costumbre, y trato de aquellos infieles, no acabaua de dar por tan señaladas mercedes gracias al piadoso cielo: y pudiera aun con mas razonable admiracion estimar este nueuo, y singular proceder, si bien supiera entonces el camino por donde la inefable bondad, y sabiduria de Dios gouernaua sus cosas, y el modo con q̃ aquel bruto animo de su patron con muestras tan contrarias a su sangrienta condicion, se le inclinaua fauorable, y propicio. O inestimable prouidencia diuina! por quã varios accidentes viene s a sacar copioso fruto del mas agreste, è inculto arbol, flores hermosas del erizado espino, contrayerua, y antidoto del eficaz, y mortifero veneno: y por quã extraordinarios rodeos traes (quando es tu voluntad) su remedio al obstinado pecador, consuelo al miserable, y afligido, y al sobre todos triste, y desventurado cautiuo la deseada libertad! Conocerà el mas ciego la fuerça desta verdad, y el braço poderoso de tu inuencible fortaleza en el admirable, y peregrino sucesso que tenemos presente, para quien desde luego estos rẽglones mios le cõbidã

Tenia aqueste barbaro cosario en diuersas mazmorras, baños, y labranças mas de trecientos Christianos repartidos, y dentro de su casa casi otros ciento, los quales, oyendo el piadoso agasajo que su patrõ auia vsado cõ Gerardo; rodeandole por vno, y otro lado, no se cansaua de mirarle; ni menos de pregũtarle la causa de tã estraña nouedad, porque como la experiencia larga de su costumbre los tenia a todos tã lastimados, no se persuadian, ni acabauan de creer, que lo que hazia era sin particular misterio. Estos, y otros semejantes estremos, ponderauan con nuestro cautiuo caualliero los demas Christianos; y entiendo, que aun en todo no salian de los limites de la razon: porq̃ sin duda, no digo semejantes caricias; pero ni vna palabra que truxesse consigo olor de humanidad, cautiuo alguno se la auia entẽdido de su boca, ni menos èl solia (aunq̃ lo deseasse) dar a entender al que se auia de rescatar su gusto, porque antes suelen fingir aquestos lo contrario, mostrando por el mismo caso que aborrecen lo que mucho desean: todo a fin de que les echen rogadores, y que assi aya ocasion para mas estenderse, alargando la estimaciõ de su precio; el qual, sino le admiten, y prometen, luego les doblan las cadenas, y hierros, acrecentandosin comparacion sus trabajos, y tormentos.

Pareciales, segun esto, cosa repugnante al fiero natural de su cruel dueño, y assi, no me admiro de que la exagerassen con tan particular ponderacion: y mucho mas, quando poco despues entendieron se le señalaua para alvergue vn razonable, y bien acomodado aposento, y que este a su modo se le componian, y aderezauan.

El dia siguiente auiendo comido mandò el Ferru, que dos Christianos, a quien el tenia señalados, saliessen con Gerardo, llevãdole a ver lo mas notable de la ciudad, y juntamente haziẽdole desherrar, le hizo boluer (para que mejor se adornasse) algunas cosas de las que se le auian quitado, cõ que aumentandose en los pobres cõpañeros la confusion, y espãto, lo menos que algunos llegaron a juzgar de aquesta nouedad fue, que sin duda el Arraez aficionado de su gentil

pre-

presencia, queria con aquellas blanduras obligarle, a que dexando la verdadera ley de Iesu Christo, abraçasse los desatinados errores de la suya; si bien otros mas cuerdos, no arrojandose tan temerariamẽte, remitian al tiempo el sucesso de tan exagerados sentimientos. Salió pues Gerardo, no poco destos fauores alentado, con sus dos compañeros por la ciudad, de quien (auiendola con cuydado particular, considerado, y visto) pudo assi de su forma, sitio, y edificios, como de sus moradores, trages, y diferencias de gentes, hazer en su memoria vna breue, y sucinta descripcion, que para mayor entretenimiento, y gusto del lector me ha parecido no passarla en silencio.

La ciudad de Argel, principal lugar de Berberia, tãto como famosa en lo restante de la tierra, tendrà de vezindad treze mil casas, a quien abraça vna fuerte muralla, cuya forma, y modo es de vn arco de ballesta con su cuerda. Su frẽte a tramontana, como tãbien su muelle, y todas las puertas fronteras, açoteas, y corredores. Las espaldas (que vienen a ser el arco arriba dicho) estã arrimadas a vna cuesta aspera en partes; si bien poco fragosa en otros muchas; pero en forma, que como van subiendo por el cerro las casas, assi van leuantãdose vnas sobre otras, desuerte, q̃ las primeras, aunq̃ grandes, y altas, no impiden a las vltimas la vista.

La cuerda deste arco figurado viene a ser lo mas baxo de la ciudad, que por aqui se auezina tanto al mar, que rompen, y combaten sus olas con furor en las murallas.

Alli va poco a poco metiẽdose en el agua vn espolon, que la naturaleza criò, sin artificio, para que en èl començasse el muelle que Cheredin Barbarroja hizo, formãdo con mayor seguridad el puerto, y juntando con vn hermoso terrapleno la pequeña isleta vezina a la ciudad.

Es toda aquesta cerca de cal, y canto, firmissima, y estable, almenada a lo antiguo, y su alrura de treinta palmos; si biẽ por la parte del mar, como fundada en altas peñas, es mucho mayor su elevaciõ, y grandeza. El grueso sera de tres varas, y mas, vltra de aquesto, sobre el terrapleno q̃ ataja la dis

tancia

tancia que ay entre la ciudad, y la isleta, està otro fornido lienço de muralla, que tendrà en longitud trecientos passos. El fin para que esta contracerca se fundò, fue para mejor impedir de las voraces ondas el impetu soberuio, q̃ por aquella parte con espantosa fuerça quiebra, y bate, quando vientan Maestrales, y Ponientes; y assimismo para que no impidiessen el passage a los muchos tratantes que andauan siempre sobre el seguro muelle. Tiene la Ciudad nueue grandiosas puertas, y sobre ellas, y lo restante de los muros, gentiles torreones y caualleros, en quiẽ ay de ordinario artillerra, si bien no penden dellos la principal defensa, porque esta solo consiste en tres fortalezas, ò burgios, que los Turcos han hecho; el primero, junto a la nombrada puerta de Balvete, fundacion de Ochali: y el segundo, en vna leuantada montañuela, no lexos del Alcaçaua: hizole Mahamet Baxà; y el vltimo, y tercero, junto al mismo lugar, en quien el glorioso Principe, y Emperador Carlos Quinto plantò en la infeliz jornada su pauellon, quando puso a aquella fentana de ladrones cerco (si bien famoso) desdichado por el aduerso fin, que tuuo. Aunq̃ assi esta fuerça, ò castillo, como los demas, tienen muchos defetos, y padrastros.

Entrando en la ciudad, todas sus casas, assi las opulẽtas, y grãdes, como las pequeñas, y humildes, tendràn el referido numero, porq̃ el circuito no es muy anchuroso; demas, que no ay alguna con segundo patio. Son las calles tan estrechas, y angostas, que apenas puede passar a caualloporellas vn hombre, y a pie que vayan dos juntos, es imposible; excepto en la del çoco, que es la principal que la atrauiessa. Y en conclusion, toda la ciudad esta tan apiñada, y las calles tan enredadas, y torcidas, que mas parece laberinto cõfuso, q̃ habitacion de humanas criaturas. No tienen en las casas ventanas, ò balcones, q̃ respõdan, y salgan a la calle, porq̃ el recato de sus mugeres, y hijas ni se las dexa vsar, ni las permite. Sus habitadores sõ Turcos, Moros, Renegados, y Iudios, sin el mas crecido numero, que es de Christianos cautiuos, q̃ a vezes passan de veinte y cinco mil. Suma espantosa!

Los

Los naturales (si bien ay parte de buen color) los mas son loros, y todos de razonable proporcion. Las mugeres comunmente tienen blancos, y hermosos rostros, y muchas de marauillosos talles, y gallardia, vistiendose assi estas como aquellos, conforme a su calidad (ò por mejor dezir, hazienda) ya de liencios teñidos, paños de colores, taferanes, y sedas, y ya de terciopelos, y damascos. Todo lo qual en suma viendo nuestro Gerardo, y jũtamente aduirtiendo con entrañable descontento en los innumerables cautiuos, que arrastrando largas, y gruessissimas cadenas, y exercitando oficios viles, cubrian aquellas calles, puertas, y plaças: no pudo dexar de enternecerse, cõsiderando, que por nuestros pecados el cielo permitia cõ tan durables siglos, permaneciesse aquel asilo, y cueua de corsarios, de quien ha recibido la Christiandad tan graues, y cõtinuos daños.

En todos los passados tiempos fue notada de infama Africa, tercera parte del mundo, adonde cae esta infiel, y barbara poblacion, como dan testimonio quantos Cosmographos, y autores escriuierõ della. Y la causa es, porque la misma propiedad de su cielo, y la naturaleza, y calidad de la tierra, fue siempre de tal suerte, q̃ parece no tiene otra virtud, y ser mas essencial, que para producir espantosos monstruos, ferozes animales, pestilenciales serpiẽtes, mortiferos, y eficaces venenos, y assi por ser su ayre tãnociuo, dezia Lucano, que los hombres auian de viuir apartados, y lexos de tal tierra, en quien se crian los soñolientos Aspides, la escamosa Emorrois, la incõstãte Chersidros, la pintada Ceneris, la arenosa Amodites, la descoyũtada Ceraste, la seca Dipsas, la Escitala, que en el Infierno se despoja, la pesada Anfisibena, de dos cabeças, los grãdes y ponçoñosos dragones; y finalmẽte, el Basilisco matador, Rey, y Monarca de aquestos fieros, y espantosos vestiglos, que no son, ni fueron engendrados, sino para daño, y ruina de la naturaleza humana.

Desta manera pues, serà forçoso, q̃ los hõbres nacidos debaxo de tal constelaciõ, y participando de su calidad, y propiedades naturales, seã barbaros, incultos, groseros, è inhuma-

manos, y por la misma causa miserables, y sobre todos los nacidos, desdichados aquellos, que no tan solamente los tratan, y comunican, mas son juntamente sus esclauos, y sieruos. Con q̃ puede quedar bien escusado qualquiera sentimiẽto, ò flaqueza de nuestro caualliero, considerandose en su poder, y voluntad. Consolauãle los dos cautiuos, que le seruiã de guia, y èl agradeciendo su buen animo, procuraua lo mas que era posible disimular su tristeza, y disgusto, diuirtiendose en mirar los diuersos trages, diferencias de hombres, y desigualdad de colores, que a cada passo se le ofreciã a la vista, hasta que llegãdo al çoco, que es la principal calle de toda la Ciudad, en medio della hallò vnas grãdes losas cubiertas, y manchadas de reciente sangre, de q̃ marauillado, preguntãdo a sus compañeros la causa, no sin abundancia de lagrimas, le respondiò el vno de los dos, que auia tres dias, que el Sultan, y Virrey mandara arrastrar a vn valiẽte Christiano Español, y vezino de Toledo, a la cola de vn canallo cerril haziendole despues dar la mas cruel, y horrenda muerte, q̃ pudo imaginar barbara furia, y tal que eternamente quedaria su inhumanidad en la memoria de quantos la entendieron, y fueron de su rigor testigos. Enmudeciò oyendo cosas tales el piadoso Gerardo, y con notable lastima los dio a entẽder, que gustaria infinito de saber aquel caso; y juntamente (sino lo tuuiessen por trabajo) el origen, y ocasion que tuuo tan sangriento espectaculo. A todo lo qual, queriendo de conformidad satisfacer los compañeros, para mas sin cuydado executarlo, poco a poco les parèciò salirse al campo, adonde recostando se en vna peña, el que primero auia dado noticia del sucesso, assi le començò a referir.

No quiero, noble amigo, q̃ vos, ni otra persona que de mi pecho oyere aquesta historia, me agradezca el pequeño trabajo de contarla, porque para tenerme por muy bien satisfecho, bastame la causa, y el motiuo que darè siempre que la dixere, para ensalçar con entrañable afecto las grandiosas marauillas de Dios, y sus incõprehensibles juizios, pues con espantosa admiracion parece que resplandecen particu-

lar-

larmente en las acciones, y obras deste felicissimo, y excelente varon; a quien auiendole primero sacado por increibles medios de muchos, y mortales peligros, en que totalmente se vio perdido en el discurso de su vida, vltimamente, por iguales rodeos, mostrandonos la fuerça poderosa de su predestinacion, fue traido a tan dichoso fin, en quien para mayor exaltacion de nuestra santa Fè, confusion, y afrenta de la Morisma, permitiò su diuina Magestad se viessen jũtas la constancia, y valor de los antiguos Martires, el desprecio de las temporales riquezas, y finalmente de la vida, que tanto deseamos, y procuramos conseruar.

En el año de seiscientos y tres, Iafer Baxa, Sultan, ò Rey que fue desta ciudad, cautiuò vn famoso, y valiente hombre temido en este mar, tanto como espantoso en sus vezinas costas. Era de nacion Español Castellano, y natural de la Imperial Toledo, llamado Fernãdo Palomeque, que es el mismo de cuya gloriosa, y feliz muerte voy hablando, el qual vino a su miserable esclauitud en la forma siguiente.

Auiẽdo hallado se en su tierra, y ciudad en la muerte de vn ministro de justicia, viendo la que hazian de los cõplices, que pudieron ser presos, deseando escapar de el mismo aprieto, puso tierra enmedio, acogiendose al Reyno de Valencia, donde ya mas entrado en edad, con los años trocò la condicion, y no faltandole ocasion a su modo, finalmente se casò en vn lugar pequeño, vezino al Grao, en quiẽ cõ alguna hazienda que le dieron en dote tratò de armar vn vergantin de catorze vancos, cõ quien acompañado de algunos esforçados hombres, que seguiã el corso, comẽçò a entrar por todas las costas de Berberia, haziẽdo en ellas notables daños a los Moros; y era el valeroso Palomeque tan atreuido, y osado, q̃ muchas vezes solia en desembarcando de noche en este puerto, llegar hasta las mismas puertas de la Ciudad, debaxo de las quales se lleuaua algunos Moros q̃ (como es ordinario) se recogẽ a ellas para dormir con mas abrigo, y seguridad, y aun a vezes le sucedio dexar en la famosa puerta de Baluete q̃ (es la q̃ mira el muelle) en cla-

clauado su propio puñal, q̃ hallandole a la mañana los Turcos, sin mejores señas, presumian luego el dueño de la hazaña: tal era la satisfacion que de su animoso coraçon tenia, por lo qual vino a hazerse su nombre temido, y espantoso en estas playas, y tanto, que quando las Moras querian acallar sus hijuelos, les dezian pa ra atemorizallos en su lengua, Aceute caychi Palmeque, que es lo mismo, que calla, ò vendrà Palomeque.

Prosiguiendo pues en el oficio de cosario, a los primeros meses del Inuierno, y en el año que arriba tengo dicho, saliò del Grao, y playa de Valencia con su antiguo vergantin, y otro que ya con las ganancias, y grangeria de el corso auia puesto en orden, armados de valientes soldados, y muy buenos remeros, como siempre lo tenia de costumbre, maquinando en su atreuido pensamiento, de que suerte, ò manera pudiesse en aquel viage emprenderse vn hecho digno de su valor; y assi con este intento, haziendose al mar, y pareciendole, que conforme al arte, y buena razon de los cosarios, entrado ya el Inuierno estarian recogidos en Argel, teniendo fauorables vientos, y no siendo la trasiega de Valècia aqui mas de docientas y cincuenta millas, en menos de tres dias buscando coyuntura llegò Palomeque con sus dos vergantines a vista de Berberia, donde tomando vna noche lẽgua cerca desta Ciudad, como vna legua a Poniente, cautiuaron vn Moro, de quien supo, como en el puerto estauan muchos nauios de cosarios desarmados assi galeotas, como vergantines, cõ q̃ haziendosele facil el poner por obra en tan buena ocasiõ su determinado proposito (q̃ era entrar en el muelle, y quemar los baxeles) luego sin dilacion, apartandose con sus mas aficionados compañeros, les consultò su intento, y hallandolos del mismo parecer, y voluntad, en siendo media noche, teniendo aquella hora por mas acomodada, y cõforme a sus disignios; porq̃ los Moros estarian en ella descuidados, puso las proas en Argel; y sin ser sentido entrò con marauillosa ossadia por el puerto, de suerte q̃ llego à poner los espolones sobre las galeotas enemigas, arrojandose entre infinitos baxeles Turquesi-

quescos que estauan aferrados al muelle. Ya en esto, cada qual de sus honrados compañeros estaua de lo que auia de hazer aduertido, y lo mas essencial de la ordẽ era lo siguiẽte. Auia tratado Hernando Palomeque con sus soldados, que tuuiessen gran cuenta cõ arrojar fuego à todos los nauios, para cuyo efeto los entrego mucha cantidad de alcancias, y otros materiales semejãtes, de q̃ venia prouenido, y que èl miẽtra esto se executaua, saltando en tierra con su presteza acostumbrada, caminaria hasta el bestiõ, y puerta de la ciudad, que por aquella parte sale a la marina, en quien por mas señalada muestra de su esfuerço queria dexar fixado (como otras vezes) su puñal, en q̃ sin duda se ponia a terrible riesgo, por los Turcos que de continuo hazen toda la noche guarda, assi en el muelle q̃ auia de atrauesar, como en el bestiõ, y puerta adõde se dispusa a llegar. Con este presupuesto saltò el animoso Toledano en tierra, y caminando con peregrina audacia al torreon, dio con su daga en èl tres fuertes golpes, dexandole vltimamente clauado en las herradas tablas de sus puertas. Entretanto los cõpañeros arrojaron con breuedad, y priessa gran parte de las alcancias llenas de poluora, dẽtro de los Baxeles Berberiscos; si bien fue su ventura tã estrecha, q̃ por mucho que en ello trabajarõ, jamas el fuego quiso pegar en los nauios; lo qual considerado por algunos Christianos, saltarõ en las mismas galeotas, haziẽdo lo possible por quemarlas; y estando se ocupando en esta obra, aun cõ poco, ò ningũ fruto, los Turcos guardas del muelle, y del bestion, y algunos Moros que dormiã en los baxeles, despertando reconocieron los Christianos, y assimismo el intento que executauan, y por tanto comẽçarõ a apellidarse dando vozes a la ciudad, con q̃ en vn punto se leuantò, assi dentro como fuera terrible estruendo y espantosos alaridos. A este tiempo Hernando Palomeque boluia ya de la puerta, y oyẽdo las vozes de los Turcos, y Moros, llegãdo a sus soldados los començò a animar, para que no desistiessen de la empressa, y perseueressen en poner el fuego; el qual, no sin espanto, y admiracion de todos, nunca quiso arder, ni pegar, con

que

que rabioso por semejáte acaecimiento, sin ponerle temor los infinitos barbaros que acudian, cõ la espada en la mano se arrojò en los primeros, y satisfaciendo parte de su enojo con la muerte de dos, ò tres guardas del muelle, sin daño alguno se acogiò a sus vergantines, y viendo q̃ de todas partes tocando al arma, acudian muchos Moros, no queriendo esperar mas, mandò que se hiziessen a la mar. Desta suerte se saliò Palomeque del puerto, alargandose a voga arrãcada, mas tan disgustado, y pensatiuo, q̃ auiendo caminado como cincuenta y tres millas, se dexò estar cõ voluntad, y animo (segun èl despues nos contaua) de boluer al cabo de tres dias con la misma empressa. En tãto q̃ estas cosas passauan, fue auisado el Sultan del sucesso; y assi (aunque de noche) hizo al punto llamar cinco cosarios, a los quales mandò, que sin tardança fuessen por todas partes en seguimiento de los vergantines, y que procurassen (si biẽ fuesse necessario arrestar sus fuerças) no boluerse sin ellos. Hizierõ en oyẽdole la voluntad del Rey los cinco Arraez, y armãdo sus galeras, vno tomò la via de Leuante, y otro la de Poniẽte, otros dos se alargaron Tramontana, y el vltimo saliò Greco, ò Nordeste. Y como lleuauan buena chusma, y mejor deseo de encõtrar los Christianos, caminauan con estraña velocidad. Los cosarios, a quien cupo la via de Tramontana, ò Norte (q̃ es el camino derecho de Valẽcia) vogaron tan furiosamẽte, que antes de medio dia descubrieron los dos vergantines, que yà rambien auian visto sus galeotas, y sospechando lo que ser podia, començaron a huir, los Turcos por el consiguiente a seguirlos, y darles caça mas de quarenta millas, al fin de las quales, como las galeotas caminauan cõ tan grãdes ventajas, y mucho mas sin comparacion que los vergantines, huuieron de alcançar el mas zorrero, en quiẽ acertò a ir nuestro Español, y no siendo el entrarle dificultoso, si bien no sin heridas, muertes, y resistencia, en vn pũto los cautiuaron a todos, pudiendo entre tanto ponerse en salvo el otro baxel. Muy contentos quedaron los Turcos con el buen sucesso, y mucho mas lo fueron, quando supieron de los

mismos

mismos Christianos, era vno dellos el famoso, y valiéte Hernando Palomeque, y el intéto de su jornada: con que llenos de regozijo dieron la buelta a esta Ciudad donde apenas llegaron, quando sabiendose su cautiuerio, y prisiõ, assi el muelle, como el puerto, y marina se cubrierõ de Turcos, Moros, y renegados, deseando ver cõ los ojos vn hombre, a quien tanto auian temido. De todo lo qual el Sultã quedò en estremo gustoso, y agradeciendo a los Arraezes lo bien que auã executado su deseo, mandò q̃ lleuassen à Palomeque al baño, y lugar de sus esclauos, en quien el dia siguiente concurriò numero inmenso de Moros, y muchachos, a ver (como a milagro) esclauo, errado, y preso a vna gruessa cadena a Palomeque.

Deseaua el Sultan con gran demõstraciõ en aquel caso hazer vna notable justicia, para espanto de los Christianos, y assi no dilatandose su proposito, mandò que tomassen al Toledano, como a cabeza de aquel y otros semejãtes atreuimientos, y que armando en el mismo lugar que desembarcara vna horca, le enganchassen en ella por el talon del pie derecho, y que assi colgãdo le dexassen, hasta que muriesse en aquel espantoso torméto, que es vna manera diabolica, y genero cruelissimo de muerte.

Puso se en vn instante por la obra este barbaro intento, con extraordinaria, y general alegria de toda la Ciudad q̃ saliò a mirarlo. Mas como el cielo no tenia aun determinado por entonces el fin dichoso de sus felices dias, permitiò, que llegando a noticia de algunos Arraezes, y cosarios, como el Rey le mataua, pareciendoles cosa detestable, y cõsultandolo entre si, acordaron vltimamente de ir à su presencia, haziendo con èl reuocasse sin dilacion aquella sentencia: y entre las muchas razones cõ que le persuadieron, la mas essencial fue dezirle, que era vso de guerra procurar a los enemigos todos los daños, perdidas y males q̃ se pueden executar, quemãdoles las casas, y baxeles, y assolandoles las haziendas, y campos, sin que por ello mereciessen particular castigo, y que tambien ellos haziã lo mismo, destruyendo, y talando quanto de los Christianos se les ponia por delante, y

vltimamente que no conuenia emprender cosa por dõde los de Espaũa tuuiessen razon de pagarse en la misma moneda, si como era cosa muy posible los cautiuauan a ellos algun dia: y quãto mas insistiò en esta pretension, fueron los dos cosarios que auian prendido le, con que el Rey (aunque de mala gana) huuo de mãdarle desengãchar, y que le boluiessen, despues de vna hora que assi estuuo colgado, a la prision, y baño con los demas cautiuos, de quien fue amorosamente acariciado curandole assimismo vn gẽtil cirujano, que a la sazõ cõ ellos se hallaua. Aqui estuuo despues de sano, muchos dias, sin que el Sultan quisiesse tratar de su rescate, a ruego, y persuasion de Palomeque se lo propusieron; antes por escusarse de tantos ruegos y persuasiones, en los vltimos terminos de su gouierno, en cãbio de otros cautiuos, mancebos de buen parecer, que buscaua para llenar al grã Señor, y à sus Priuados, le trocò a vno de los Alcaides que residian en Tremecẽ. adõde despues desto fue llenado cõ notable sentimiento, y tristeza suya: porq̃ como su principal hazieda, que eran los vergantines, auian perdido, y èl no tuuiesse mayor remedio para su libertad, assistiẽdo en Argel, estaua su esperança pendiente de la redencion de los cautiuos que hazé la Merced, y Trinidad, y juntamẽte en los mercaderes, y amigos Christianos q̃ aqui contratan de diuersas Prouincias de la Europa, y suelen tambien ayudar a tan piadosas obras; y faltandole este buẽ aparejo en Tremecen, llano es que la desconfiança de su remedio se auia de acrecentar, como en efeto fue ello assi, porque apenas su patron entendiò la ida del Sultan, por cuyo respeto no auia ossado rescatarle, quãdo començò a darle la mas triste, y trabajosa vida que se puede pensar, toda à intento, q̃ el afligido Palomeque se rescatasse; cosa que ya le era tan imposible como tẽgo significado. Al fin viendose tan en estremo desconsolado, y tan maltratado del patron cõ continuas injurias, palos, azotes y tormentos, fue forçado a preguntarle el precio en que estimaua su libertad, aduirtiẽdole, que no obstante que èl auia venido a la suma pobreza y desventura que podia llegar

vn

vn hombre, si se ponia en razon, escriuiria à Argel a sus amigos, y a España à sus parientes, paraque todos le socorriessen, y ayudassen. Lo qual entendido de su barbaro dueño, haziendole saber, que la estimacion de su rescate eran docientos ducados, si bien aquestos se auian de pagar sin tardança, ò remissiõ alguna, juntamente le amenazò con vna horrible muerte, si en todo caso no prouenia determinacion, con que tu. ossar replicarle, tratò el pobre cautiuo de su remedio, y por tanto escriuiò luego a todos los mercaderes Christianos, y à los baños, y cautiuos de Argel, en quié por su valor, y fama era bié conocido, y estimado, dãdoles cuenta particular de los trabajos q̃ passaua, y pidiendoles para su rescate, cõ q̃ finalmente, aunque cõtra toda esperãça, ayudãdo los Frayles Redentores, le embiaron los docientos ducados, que el entregò luego al punto à su cruel patron, q̃ como viò el dinero, se puso à cõtarle muy de espacio; y acabando, sin dezirle palabra, echò mano de vn ñudoso baston, y arremetiẽdo al triste Palomeque, en vn instante le diò infinitos palos, diziendole entõces a vozes: Como perro traydor, y estos son los dineros que yo tengo pedidos del rescate? A esto, no poco afligido nuestro Christiano le respõdiò: Pues como, señor mio, no estàn juntos aqui los docientos ducados q̃ me mandaste buscar, sino està bien la cuenta, no te alteres, q̃ dos, ni tres q̃ falten, dexarè de suplirlos. A esto aquel infiel, boluiẽdole à dar con el baston, con grandes alaridos le replicò. q̃ èl no auia pedido le menos que docientos, y cincuẽta. Lo qual oyendo Palomeque, y juntamente conociendo la maldad de su dueño, boluiò otra vez, por el mismo estilo q̃ antes, a procurar la cantidad que nueuamẽte acrecentaua, que auiendosele assimismo llegado en esta ciudad, y remitido, muy cõtẽto, y pensando, q̃ los trabajos de su triste, y prolixo cautiuerio se le auian acabado, los presentò al patron; si bien no lo huuo hecho, quando aquel infernal hombre arremetiò a èl, maltratandole con otros tantos golpes, y puñadas, diziendole, que no le auia de dar sino docientos, y ochenta ducados, ò morir (haziendo lo contrario) en sus crueles manos.

Que direis, buen Gerardo, haria el desdichado Palomeque, viéndole tan sin causa atormentar, y por otra parte considerando, que aquella bestia fiera, ni tenia palabra, ni certeza en quanto cõcertaua, y proponia? Acusaua afligido su contraria fortuna, lloraua su miseria, importunaua al cielo, suplicaua a los Santos, deshaziase en suspiros, y rompia los vientos con entrañables, y dolorosos gemidos: pero viendo q̃ no auia otro remedio, no se atreuiò a repugnar la volũtad infame de su patron; y si boluiendo a solicitar sus bienhechores, dandoles la razon de sus desgracias, con humildes ruegos, mouiò los coraçones de muchos, desuerte, q̃ en breues dias le juntaron, y socorrieron con los treinta ducados; y traidos a su casa, vna tarde pidiò al Alcayde, le hiziesse la carta de su rescate, porque ya tenia el dinero junto. Quiẽ no pensara, q̃ todo era acabado, y que su dueño quedara aun mas que satisfecho? pues no fue assi, porque antes sin vengança ninguna le tornò a dezir, que en conclusion auian de ser trecientos ducados cabales el precio de su libertad, y rescate; porq̃ quien cõ tanta breuedad hallaua doscientos y ochẽta, podia sin dificultad cũplir al referido numero. Y para forçarle a conceder aquesto, le començò a jurar por su Profeta, que sino lo ponia en execucion, le auia de quemar viuo. Quando el valeroso Palomeque acabò de entẽder mal tã increible, q̃ aquel inhumano barbaro, ni tenia palabra, fe, ni razon alguna, cõsiderando juntamente quãto trabajo, y verguença le auian costado aquellos dineros; y que tenia a todos los amigos importunados, cãsados los mercaderes, y toda suerte de Christianos cautiuos con sus demandas, y nouedades; y finalmente, que ya no tenia de adõde esperar mejor remedio, acabando de perder la paciencia, casi desesperado, en vn punto arremetiò a vna espada, que acaso estaua en el mismo aposento, y cerrando con el patron, le diò sin poderse defender veinte estocadas, no cansandose de herir en èl, hasta tanto que cayò en el suelo, y alli acabãdole de hazer pedazos, a cada golpe, con furiosa indignaciõ le repetia: Toma dineros, perro, y satisface con aquesta moneda la insaciable sed de tu codicia.

Esta-

Estauan a este tiempo, que casi era de noche, presentes a este caso dos moços renegados, que eran del mismo Alcaide, ò por mejor dezir, bardajes suyos, de hasta diez, y seis años cada vno. Estos viendo matar à su señor, començaron a dar terribles vozes; a los quales arremetiendo Palomeque, en vn instante hizo piezas al que alcançò primero, acogiendosele el compañero por los pies, aun yendo siguiendole hasta la calle, y viendo que iba leuantando la voz, con la qual conuocaua a los vezinos, si bien conociò su notorio riesgo, no del todo se perdiò de animo, antes atrauesando en vn instante quatro, ò cinco calles, por la puerta que hallò en la vna abierta, le saliò al campo, y rodeando gran parte dèl, vltimamente se acogiò, sin ser de alguno visto, a vn jardin del principal Alcaydè, ò Gouernador de la Ciudad, en quien estaua vn su cautiuo por guarda, y jardinero. A este, pues, diò cuenta Palomeque del sucesso, y considerando quan bien buscado auia de ser, de comun acuerdo trataron, que Palomeque se encerrasse en vna cueua que tenia hecha en lo mas secreto, y escusado del jardin, adonde estuuo quinze dias sin salir de dia, ni de noche de su tenebrosa escuridad, hasta que finalmente pareciendole que ya estarian las cosas en mayor sossiego, no auiendo otro remedio mas seguro, se determinò a huir por tierra à Oran. Era esta diligencia peligrosissima, mas al fin buuola de emprender como a la vltima, y mas forçosa salida, si bien con tan siniestra suerte, que al segundo dia, dando sin pensar en vnos aduares, por mas que se quiso defender retirandose, y a vezes arremetiendo a los que le perseguian, no pudiendo tolerar con mas aliento su violencia, atropellado de vn caualio, que casi le hizo pedazos el rostro, y herido de algunos flechazos, le hunieron de rendir. No muchos dias despues desta desgracia, viniendo el Alarbe, a quien nuestro valiente Palomeque le cupo en suerte, al puerto de Sarpel, lugar distante deste àzia Poniente veinte leguas, se le boluiò a vender a vn cosario Tagarin, ò Moro Andaluz, el qual luego le puso al remo con los demas esclauos Christianos que tenia en vna galeota. En quien sin dilacion, aunque tenia el

rostro estropeado, fue de muchos forçados conocido, porque antes le auian tratado, y visto en aquesta Ciudad, adonde ya en aquella sazon se auia estẽdido la ocasion de su fuga. No ignoraua Palomeque el mortal peligro, que de tan cerca le estaua amenazando; y assi muy pensatiuo, y descõsolado no sabiendo q̃ hazerse, temia, que si la galeota venia a Argel, su muerte no se le podia dilatar, con que huuo de tomar por vltima resolucion el embidar el resto de su industria, y esfuerço, acabãdo de vna vez de morir, ò librarse. Parece q̃ la fortuna jugando con este hõbre, le ponia en las manos, como èl pudiera desear, las ocasiones, para despues desamparalle en la salida, y cũplimiento dellas; y assi en medio de aqueste torbellino, y confusion en que se hallaua atajado, le ofrecio la que aora oireis, que fue la postrera, en quẽ mostrò al mundo, aun ò nayer valor, su crecido animo. Estaua Argel en aquel tiempo temeroso, de que las fuerças, gente, y municiones, que su Magestad de el Rey Don Felipe Tercero mandaua preuenir (para mejor assegurar la expulsion de los Moriscos) en los mas importantes puertos de España, no le cayesse encima: y assi vna de las diligencias q̃ el Sultan huzo para su defensa, fue mandar recoger a esta ciudad todo el trigo q̃ se pudo hallar en la comarca, y otras tierras de Africa, para cuyo efeto embiò orde a Sargel, auisando por ella al cosario Tagarin, dueño de nuestro Castellano, q̃ fuesse a la Ciudad de Bona por bastimento: lo qual executando sin replica luego como allà llegò, cargò de trigo, mantecas, y otras cosas, hasta la vispera del Precursor glorioso, en cuyo dia todos los Turcos, y Moros desẽbarcarõ, queriendo cada vno cõprar particularmente para sus casas bastimẽtos, y no quedãdo en la galera mas q̃ doze, òtreze soldados, aduirtiẽdolo el animoso Palomeque a los compañeros, que a esta hora iban, y venian del baxel al lugar, metiendo a ombros todas las vituallas que se comprarõ, entẽdiendo el descuido de sus dueños, començarõ a hazerse señas, y despues a platicar por el mismo camino la ocasion milagrosa que para alçarse cõ la galeota les ofreciá su buena suerte; esforçando Palomeque

este

esta platica con tantas veras, que vltimamente se huuieron de resoluer con presupuesto de poner, luego como boluiessen a ella, en execucionn su pensamiento. Seria el numero de todos los Christianos ciento, y veinte, parte del Rey que los embiaua, y parte del barbaro Andaluz; y assi resueltos en lo que tengo dicho, al entrar con la ropa, y vitualla el despensero de la galera, que de todo era consentidor, les diò quatro al fajes de los Turcos, que por su mandado tenia guardados en lo mas baxo, y secreto de la despensa; y quien no pudo auer espada, echò mano de algun puntal, tabla, ò madero, y qualquiera forma de arma, que en tales casos suele ministrar el furor, y la necessidad; y hecho esto, y arremetera los Turcos q̃ auian quedado en la galera, fue todo vno. El Palomeque, con los otros tres que se preuinieron de los alfanjes, acometieron a la popa, en quien estauan ocho Turcos, que en viẽdolos venir con tal denuedo, tambiẽ echaron mano de sus armas, defendiendose como mejor pudieron; si bien cerrando Palomeque con ellos, dando al vno vna espantosa cuchillada, y reboluiendose el, y sus compañeros con los demas, los apretaron tan rabiosamente, que hizieron mal de su grado lançarse al mar los quatro. Los que quedauan, assi en popa, como en proa procararõ en castillarse, no tratãdo de mas defensa, que impedir a los Christianos el cortar de los cabos, y amarras, en cuyas esperanças libraua solamente el remedio de todos, pareciendoles, que assi sus compañeros podrian socorrerles por la tierra, y fueles en aquesto tan dichosamente, que sin ser parte alguno para contrastarles, dieron lugar primero, a que juntandose los demas Turcos, y Moros, y embarcandose en muchas barcas, los cercassen, haziendo finalmente en los Christianos desnudos, y sin defensa, terrible carniceria cõ las escopetas, y de tal suerte, que faltando los mas dellos, fuerõ entrados por la proa, que los de dentro tenian ocupada, forçandoles aque se rindiessen y entregassen.

Apoderado el Tagarin de su galera, lo que ante todas cosas executò, fue mandar encerrar a los que le pareciò debaxo de cubierta, y luego atemorizando a aquellos con ter-

ribles, y espantosos tormẽtos, començò a inquirir, y preguntar el autor de el alçamiento, lo qual entendido de algunos, no tan solamente el vil temor les hizo confessar la verdad, sino que juntamente, deseãdo grangear el gusto del patron, le aduirtieron de lo que pudieran escusar, diziendole, como aquel mismo era el famoso, y temido Palomeque, cõ que en estremo escandalizado, si bien en parte contentissimo, por tener en su poder la persona de quien tantos deseauan vengança, haziendole echar gruessas prisiones; apenas llego a Argel, quando dando al Sultan cuenta particular de su desgracia, y en fin, del que auia sido autor, y origen della, con grãdes vozes le pidiò por remate, y contera de su platica, que hiziesse de èl justicia. Auia desde que vino de Cõstantinopla deseado conocer el Baxà a nuestro Palomeque, singularmente aficionado a sus estrañas valentias, y esfuerços; y assi no pudiendo dissimular su regozijo, mandò, que luego le traxessen a su presencia, adonde despues de auerle con atẽcion considerado, pareciendole, que si tal hombre se boluiesse Moro, demas del gran seruicio que hazia a su Profeta, ganaua jũtamente vn importãte, y excelente hombre para la guerra: despues de algunas cosas que le dixo, vltimamẽte le propuso su intento, procurãdo ya à vezes con halagos, y ya con amenazas, y temores conseguirle: porque no tan solamente de obedecer su gusto, le asseguraua la vida, mascó promessas grandes, y mayores encarecimientos le ofrecia casarle de su mano, dandole hazienda suficiente, para que con honor se sustentasse, y viuiesse. A todo lo qual nuestro honrado Español, cõ marauilloso libertad le respondia, diziẽdo, que su Alteza no se cansasse en valde, mandandole obedecer a tã terrible desatino, de cuyo cũplimiento estaua tã ageno, como queriendo experimẽtar su constancia, lo conoceria mejor; porque no solo las riquezas, y bienes de la tierra, no bastarian à que èl desdixesse de la ley que professaua: pero que desde luego prometia passar por ella infinitas muertes, y otros tantos martirios. Y no por tal respuesta fueron menos las persuasiones que vsò, assi del Sultan, como de quantos se hallaron

llaron en la ocasiõ presente; si bien ni todas juntas, con los tormentos espantosos que le pusieron por delãte, fueró parte para que en su firmeza ablãdasse; antes con animo inuencible, replicaua riendose lo que aueis oido: de que el Sultan enfadado, tanto de su perseuerãcia, como importunado de vn numero grandissimo de Turcos y Moros, que a vozes clamauan, mandasse hazer en èl vn famoso castigo, sin mas tardança, ò remission, se le entregò a los deudos, y parientes de los muertos, para que ellos le diessen la muerte que mejor les agradasse: y no tardò mucho, sin que esta nueua dexasse de estenderse por toda la ciudad, con que entendiendose quien era el cautiuo que auia de morir, en vn punto se cubrierõ las calles de gente, y aun las mugeres, que nunca se dexan ver, salian a las puertas, y azoteas, haziendo con el regozijo que sentian, estremos locos, y algazaras confusas.

En tanto que estas cosas passauan en la ciudad, los Turcos, y Moros que con Palomeque en Palacio assistian, cansados de dezirle afrentosas injurias, y mandando traer vn feroz caballo con sendas sogas, le hizieron atar à la cola del, llenãdole de aquella suerte hasta en medio de la calle del Zoco, adonde conociendo estos perros, que si cõ èl querian passar mas adelante, muriendo en aquel tormento, forçosamente se auia de librar de los mas crueles, y sangrientos que le tenia preuenidos; mouidos desta rabiosa causa, hizierõ desatarle, llegando luego al pũto vn Moro vil, que auia de seruir de verdugo, el qual fixando cerca de el dicho Palomeque vn cepo que traia à cuestas, de poco mas de media vara, le echò mano de la pierna izquierda, y poniẽdosela encima del tròco, prosiguiò en su oficio, diziendole: Christiano fementido, es possible, que perdonãdote el Sultan aquesta justa, y merecida muerte, porque te buelues Moro, quieras assi obstinado en tus errores dexarte hazer pedazos? Buelue en ti, desdichado, que aun tienes vida, y tiẽpo para arrepentirte, pidiẽdo à su Alteza vse contigo de su acostumbrada clemencia, y misericordia. A estas razones, sin perder de aquel su valiente animo vn punto solo, respondiò con alterada voz: Mezquino bar-

barbaro, tu, y quantos me mirais de tu vil secta, sois los errados, ciegos y miserables: pues siguiendo los desatinados abusos de vn maluado embustero, os dexais condenar a rienda suelta; y assi de canalla tan sucia, y asqueroſa, ni temo sustormentos, ni hago mas caudal del que aueis visto de sus amenazas, cortad, partid, romped, y descoyuntad este cansado cuerpo, que no porque èl perezca a vuestras manos, ha de dexar mi alma a su verdadero Dios, en cuya piedad confio me darà animo, y sufrimiento para lleuar aun mayores tormentos, y con tanto leuantando la voz, con vn grito espantoso cõcluyò, diziendo: Christiano soy, y Christiano he de morir a pesar vuestro, y del infierno todo.

No huuo bien acabado esta razon vltima, quando el desapiadado verdugo de quatro, ò cinco golpes por la rodilla, le cortò la pierna, y teniẽdole algunos Moros, porque no cayesse, ordenarõ al mismo barbaro, que como auia quitadole la pierna del estriuo, assimismo le cortasse el brazo de la lança, emparejando cõ tan cruel castigo los dos principales miembros, que auiã sido daño, ofensa, y terror de su nació. Executose al fin como el primero este mandato, conuirtiendose el Español valiente en dos pedaços, y sangriẽtas fuẽtes, con q̃ los dolores que entonces su cuerpo desmẽbrado deuiò de sentir, cierto es que seriã incõportables, y terribles: pero todos los sufria el dichoso varon con esfuerço del cielo, poniẽdo admiracion en los mismos Turcos, Moros, y renegados, de quien estaua con espantoso numero este horrendo espectaculo rodeado. Hecho aquesto, y sustentãdo entre quatro personas la de nuestro Español, porque no cayesse, esperaron vn poco mientras se ponia en orden la horca en que le auian de subir, y enganchar, adonde apenas fue acabada, quando atado el sangriento, y casi mortal cuerpo por medio de la cintura, con la soga de la polea tirando, le alçaron hasta lo mas alto, y empinado della, dexãdole despues arrebatadamẽte caer cõ furioso golpe sobre los ganchos de hierro, que estàn hincados en el madero q̃ atrauiessa por lo baxo de los dos palos deste temeroso artificio, dexando el lastimado cuerpo

trasſ-

traſpaſſado de ſus agudas puntas por vn lado, y pendiente en el aire lo reſtãte dèl, ſin perder en tã riguroſo trance el ventu roſo Palomeque vn pũto de ſu animo, y fortaleza: mas antes en medio de tan crueles, y tremendos dolores, reſplandeciò con mayor claridad la luz marauillosa de ſu verdadera Fè, y el firme, y leal amor que tenia a Ieſu Chriſto, a quien llamando con perſeuerancia milagrosa, dio ſu eſpiritu al cabo de veinte y quatro horas que eſtuuo en aquella horrible pena, cõ general eſpanto, y confuſiõ de media Berberia, que caſi a ſu feliz, y glorioſo tranſito ſe hallò preſente.

Cõ eſto ceſsò el piadoſo cautiuo, dexando igualmẽte tierno, y cõpadecido a Gerardo, que admirado de tan peregrinos caſos, no acabaua de encarecer con marauilla el guſto, y cõpaſsion que le auia cauſado; con que, pareciendoles dar la buelta antes q̃ el parron ſe recogieſſe, llegaron a ſu poſada.

Ya he dicho, que a Gerardo ſe le auia ſeñalado vn apoſento, adonde apartado de los demas cautiuos, y ſus mazmorras, podia con algun aliuio paſſar la penoſa vida de ſu eſclauitud. Aqui, pues, deſpidiẽdoſe delos compañeros, ſe entrò a ora Gerardo, y queriẽdo ſentarſe en vn pequeño traſpõtin en que dormia, topò bien ſin penſar encima dèl, y embuelta en vn lençuelo blanco, la pobre cena, que era vn pan, y algunas frutas; y aſsi dando gracias al cielo, que aun en tãta miſeria, con mas particulares fauores q̃ a otros le amparauã, queriẽdo partir el pan, hallò, que dentro dèl venia vn papel, y por eſcuſar el bulto, muy doblado, coſa que cõ increible ſobreſalto le dexò vn breue eſpacio ſuſpẽdido; deſpues dèl qual cõ la miſma admiracion deſcogiẽdole, hallò en èl eſcritas vnas mal formadas letras, ſi biẽ (aunque no ſin trabajo) ſe dexaua entẽder el caracter Caſtellano, con que mas aduertido, leyendolas, viò que aſsi dezian,

*Chriſtiano, el cielo que ha permitido viniesse a tanta deſventura, conſuele tu afligido coraçon: ten buen animo, no deſconfiando de remedio: y ſi el Patron tratare de poner eſta noche precio a tu reſcate, y eſte ſi te pareciere exceſsiuo, ni te alborotes con ſu exorbitancia, ni le alteres con tus eſcuſas, negandoſelo ſin moderacion; pues no pudien-*

*diendo hazer mas, podrás condecenderle, pidiendo primero vn termino bastante, en cuyo limite si de España no te huvieren socorrido, Dios será seruido, que por acà se esplaye. No te encargo el secreto, pues bien conoceràs lo que te importa.*

Mirad à quien las razones deste villete no admirarian, y quien considerandose en tan triste vida, no recibiria gusto, y consuelo con tales esperáças? pues si bien fuessen dudosas, y fantasticas, no dexarià de alegrar mucho al afligido espiritu de Gerardo, de el qual puedo dezir, nunca mas indeterminable, y atajado se vio, que en aquelle sucesso, porque si ya su acostumbrada resolucio, y marauillosa confiança animauan el credito del, por otra parte su buen juizio, y prudencia le obligauan à temerse con recato de la sagacidad, y astucia de su barbaro dueño, de quien podia presumir fuesse estratagema, para con ella hazerle venir a su parecer; de el qual seria imposible vna vez efetuado salirse a fuera.

Desta suerte, con vno, y otro acuerdo, vacilando cõfuso en la eleccion, estuuo algunas horas, despues de las quales auiendo ya recogidose el Arraez, fue llamado a su quarto, llegando vltimamente a su presencia, resuelto en cõformarse cõ la volũtad, y parecer del incognito dueño del papel.

Acabaua el Ferru de cenar entonces, y assi aunque le hallò solo, bien conociò, que al mismo punto que èl entraua, se acabauan juntamente de retirar algunas mugeres de su compañia, alcançandolas sus ojos al encubrirse cõ vnas cortinas, que atajauan, y diuidian la quadra. Auia Gerardo oido en diferentes ocasiones, que nunca se recatauan las Moras de sus cautiuos esclauos; y assi no dexò de causarle nouedad aquella estrañeza; pero sin mas parar en su sospecha, atendiò a las razones de su patron, que auiendole preguntado afablemente, como se hallaua, y èl respondidole lo mas a satisfacion que le pareciò conuenir, oyò, que passando adelante en su platica, començaua a dezirle: No tẽgas poco feliz suerte, Christiano, la de auer venido a mi poder, pues te prometo, que en otro qualquiera de nosotros te auia de parecer tã insufrible el cautiuerio, q̃ no solamente esperaras en valde

saber

saber su gusto, sino que antes desearas mas que la propia vida rescatarte, y no te lo consintieran tratar, y hazemos esto, no porque aya ninguno que aperezca lo contrario, sino para que con la dificultad de conseguirle vengais a conocer, y estimar el bien, acertando vosotros a pagarle mejor. Yo Gerardo he querido, sin valerme desta costũbre, escusar contigo la prolixidad, y suspension de tu trabajo; y assi de los restantes el poder librarte, y eximirte, dexo desde luego en tu mano, con que te determines a pagarme por el rescate, y talla de tu persona dos mil ducados, cuyo precio medido cõla moderacion que deues estimar, he querido pedirte: porq̃ no siendo mas crecido, puedas con breuedad mandarle prenemir en España. Aora entendida mi voluntad, bueluete a tu aposento, y considera el plazo que serà para cumplir conmigo necessario, que en tal particular, no siendo largo, avràs mi beneplacito: pero aduierte, que serà por demas, y en daño tuyo replicar en la cãtidad referida, que yo estoy (para que no te canses) satisfecho de que me la puedes pagar.

Bien quisiera Gerardo luego como oyò tan exorbitante precio responder al patrõ, representandole su imposibilidad, y no dexara de ponerlo por obra, conociendo la escaseza, y cortedad de sus fuerças arruinadas cõ sus grandes trabajos, y finalmẽte con los passados pleytos, y prisiones: pero apenas abriò los labios, quando viò, q̃ lacando de entre las cortinas, q̃ atajauan el aposento, la mano vno de las mugeres, que al entrar se auiã escondido, le hazia señas muy apriessa, dandole de aquella suerte a entẽder, que se fuesse cosa que acrecentando su cuidado, obedeciò sin dilacion, boluiendose, aunque en estremo triste; porque en estremo le afligia la encarecida resolucion de su Arraez, y mas la dificultad de cumplirla sin muy crecido termino, con que aumentandosele assi forçosamẽte el de su cautiuerio, no podia escusar el mucho sentimiento de aquestas desventuras.

Embuelto en penas passò Gerardo el resto de la noche, y la mayor parte del siguiente dia, en quien siẽdo hora de comer, vna esclaua le baxò el ordinario sustẽto, y dexãdosele,

hallò

hallò en la forma q̃ el primero otro papel, que abierto leyò en èl las razones que se siguen.

*QVien oy, y ayer te escriue, fue la persona que assimismo anoche te auisò, para que sin replicar al patron te boluiesses; no lo atribuyas à mal, Gerardo, que la experiencia de su condicion me obligò a hazerlo, porque te asseguro, q̃ de contradecirle, no se pudiera seguir daño menor, que embiarte al punto à vna triste mazmorra, con q̃ se desbaratarán muchos buenos intentos: armate, pues, amigo de paciencia, y pidele al Ferrusseis meses de plaço para tu rescate, que por lo menos se te concederán los quatro, en quien tu podràs escriuir à España, y yo jũtamẽte preuenir con ayuda de Dios, y de su piadosa Madre, otro mas seguro, y para todos vniuersal remedio.*

La mayor claridad q̃ traxo en si este villete, ocasionò en Gerardo aun mas crecida cõfusiõ, y espãto: pero dispuesto yà à seguir la voluntad, y parecer de aquel inuisible cõsejero, lo puso por la obra, sucediẽdole cõ su patrõ lo mismo que el papel le aduertia; y assi desde aquel pũto tratò de escriuir a su hermano Leõcio, y à su querida madre, el desdichado cautiuerio en q̃ se hallaua, teniendo esta importãte diligẽcia efeto por medio de algunos Christianos, q̃ rescatados por el Redẽtor Trinitario, se boluiã à España; adonde apenas llegò con ellos la miserable nueua, que indo (como sus tragicos sucessos le auiã hecho tã conocido) se estendiò por lo mas remoto de sus prouincias. No quiero embarazarme en el sentimiento de su madre, y parientes, si biẽ es verdad, que no llegò tã presto a la noticia de Leõcio, porque harto seria ignorante el que considerãdolo no lo apreciare (aunque mi pluma escuse el escriuirle) en vna lastimosa estimacion: solo me ha parecido (bien que sin exageracion) dexar entre aquestos rẽglones estampadas las tiernas lagrimas, los suspiros tristes, y la amorosa pena con q̃ la bella, y mal pagada Nise mostrò al mũdo su firme, y leal amor, pues ni las endurecidas entrañas de Gerardo, su estremado olvido, su desdeñoso proceder, ni el tiẽpo que todo lo cõsume, deshaze, y acaba, pudieron juntos cõtrastar su firmeza, mudar su voluntad, ò finalmente escusar a su afligido, y amoroso cora-

çon,

çon, del dolor, y tormento que se apoderò dèl, luego como entendiò el triste cautiuerio desu querido dueño.

Auia (si bien os acordais de la primera parte destos discursos) retiradose a vn Conuento de Monjas, desde adonde cõformandose con la volũtad de su padre Don Antonio, atẽdia a la prosecucion de los pleitos de Gerardo, de quien muchas vezes se hunuera apartado, si el paternal respeto; y temor, y la esperança de conseguirle por esposo no la suspendieran; y assi casi igualmente sintiò con alegria, y tristeza el venturoso efeto de su libertad, si biẽ le hizo en su padre muy diferẽte: porque como en los hombres principales tales cosas hazen mas dañosa operaciõ, que las peligrosas, y agudas enfermedades: el considerar a su hija sin esperança de remedio, ocasionò la vltima, y el mal q̃ en breues dias le acabò, con q̃ aumentandose el desconsuelo y soledad de Nise, crecieron los cuidados de la hazienda, y familia, aunque todos no bastaron à sacarla de su retraimiẽto, en quien dezia muchas vezes, que auiendo de viuir sin Gerardo, queria acabar su cãsada vida. Aqui pues, llegò ahora à sus oidos la nueua que he contado, y à su alma con aflicion notable, la discreta consideracion de las dificultades q̃ le oponian a su libertad, ofreciendosele delante de los ojos las mismas que allà en su cautiuerio atormentauan a Gerardo, cierta de que sus pleytos no le podian tener sobrado; y por otra parte no le daua menos cuidado el ignorar el lugar, y el estado de su esclauitud: porque solo hasta entõces auia tenido, sin particular distinciõ del successo, amõtonada y cõfusa la noticia: por lo qual deseãdo mejor satisfacerse de la verdad, finalmente se dispuso a embiar vno de sus criados a Madrid, para que con secreto se enteraſſe en lo mas preciso, y sustancial del hecho.

Estas cosas passauan en España, miẽtras en Berberia, esperãdo la respuesta de su madre, y hermano, entretenia Gerardo el miserable termino de su prision, ya en parte diuertido con el consuelo de diuersos viletes que en este tiẽpo tuuo, y ya con la esperãça del rescate que esperaua: el qual se dilatò aun mucho mas de lo que Gerardo podia imaginar; porque

que quando cansado de contar con atenciõ los dias, medir las horas, y numerar los atomos, acercãdose el tiempo, en q̃ segun buena razon de auerse dado su carta, auia de boluer su despacho, el q̃ despues de todo aquesto tuuo, fue vna carta de su madre, tan llena de palabras de consuelo, quanto de tiernos, y entrañables sentimientos, concluyendola vltimamente con auisarle, que su hermano Leoncio estaua ausente, y que para efetuar lo q̃ pedia, despachaua por èl sindilacion: pero fue la desdichade Gerardo tanta, que aunque su enternicida madre hizo con amoroso afecto estas, y otras mayores diligencias, no pudo preuenir su rescate con la breuedad que el plazo requeria, imposibilitandolo vna peligrosa enfermedad de Leõcio, a quien fue mas preciso el acudir, para que con su salud mejor se remediasse la libertad del cautiuo Caualiero, que en aquesta ocasion ignorando tan por entero lo que en su casa pasaua tan grande tardança se ofrecia, temeroso de que passando sele el señalado termino, auia de mudar el patrõ su estilo, valiẽdose de sus acostumorados desafueros, viuia en estremo melancolico, y tãto, que conociendo el achaque de su mal, vno de los dos cautiuos q̃ primero le fueron compañia, y cõ quien mas comunicaua, mouido de lastimosa compassiõ, procuraua con discretas razones alentarle, facilitãdo su perdida esperãça por los medios que mejor consuelo podia recibir. Y assi vn dia q̃ mas triste y afligido le vio, tomandole por la mano, y apartandose a vn lugar del patio menos sospechoso, le començò a dezir: Mucho me marauilla, amigo Gerardo, que con tanta impaciencia procureis vuestro daño, no solo afligiendo, y descõsolando el coraçon, mas dãdo juntamente a entender el disgusto que en èl se encierra a los que os tratan, de quiẽ muy sin pensar puede estenderse al mismo Arraez, dandole cõ esso motiuo para apresurar, ò preuenir su sospechosa condiciõ, persuadiẽdose a q̃ vuestra tristeza nace de lo mucho que allà se imposibilita el rescate, cõ que vendreis a caer en su terrible indignacion: dos años ha, Gerardo, que cõ otra causa igual le entretengo, y me disculpo, ya dandole con alegre sem-

semblante oy vna escusa, y ya mañana fingiendo inconuenientes, y no obstante que se ha passado muchas vezes el termino que me ha señalado, y concedido, con indultria, y desenfado, sobrelleuandole me espera: demas que ni su barbara costumbre es ya tan aspera, y sangrienta, ni su condicion tan cruel, y bestial; porque à tan marauillosa mudança ha podido reducirle el afable, y amoroso trato de vna cautiua Española, à quien tiene por muger, adorandola (cosa increible en estos infieles) cõ tan verdadero, y tierno amor, quãto es bastante a obligarle a mayores estremos, y tales, que si el tiempo, y los compañeros que nos assisten, diera mejor lugar para contarlos, sè que infaliblemente fueran de algun pequeño entretenimiento a vuestros cuidados. No pudiera en esta coyuntura llegar a la noticia de Gerardo cosa de mayor gusto, ni que èl tan estremadamente deseasse; y assi apenas tocò el cautiuo en el particular referido, quãdo lleno de alegria, pareciendole, que sin duda hablaua de la misma persona que le escriuia, dissimuladamente viendo tan buena ocasion, le ata, ò diziendo.

Nunca la prouidẽcia de Dios, ò buen amigo, permite que a los hombres aflijan mayores trabajos de los que pueden sobrelleuar sus fuerças, yo os cõfiesso, que aun me sobran para mas graues, y pesadas cargas, siendo seruido de embiarmelas, si bien el triste semblante de mi rostro os aya lo cõtrario persuadido: pero no obstãte que esta pequeña accion de mi flaqueza tenga bien graues disculpas, acomodandome cõ vuestro sano parecer, de oy mas procurarè no valerme de alguna; y assi el abrazar cõ tãta voluntad vuestro consejo, aun que tan prouechoso para mi, quiero que se me pague en referirme el successo desta misera muger, pues mi aposento podrà escusar el ser de otro ningu no entendido, y la aficion que os tengo, el atreuimiẽto de pediroslo: hazedme entre las muchas que deuo a vuestra afabilidad esta buena obra, q̃ ya el cielo podria rodear nuestras cosas de suerte, q̃ este desdichado cautiuo os fuesse algun dia de prouecho. No passò a mas crecidos ruegos Gerardo, porque aun menos bastaran para el aficionado Fulgencio (que este era su nombre del Christia

no) y assi respondidole a medida de su gusto, y retirandose al pobre aposento de nuestro caballero, le començò a dezir.

Del caso que tenemos presente, bien puedo asseguraros, que ninguno de nosotros pudiera daros en aquesta Ciudad tan fiel relacion como yo, porque igualmente la fortuna me ha traido en su seguimiento.

El segundo año de los siete que he estado en este cautiuerio, mi dueño, que era entõces Mahamet Zanaga, cosario famoso, y cruelissimo, saliò de aqueste puerto cõ vna galeota en que yo iba al remo, a su acostumbrado exercicio; y auiendo hecho en las islas de Mallorca algunas presas, y mayores daños, salteados de vna tormenta, hubieramos todos de perdernos; y assi no pudiendo hazer otra cosa, tomamos por remedio el dexarnos correr, y llevar de vn furioso Leuãte, hasta que assi, ndo poco a poco, quando cesso del todo, nos venimos a hallar de adonde nos auia cogido casi docientas millas. Reconocioseaquesta costa, y queriẽdo tomarla: porque aun todavia andaua la mar alborotada, vltimamente nos recogimos à vna pequeña cala, en quiẽ de improuiso cogimos vna chalupa, que arrojada de la misma borrasca, se auia abrigado alli. No se reconociò tan presto la gente que la ocupaua, si bien acercandose mas nuestra galeota, pudimos verde sde ella, que quantos venian dentro, que al parecer seriã como veinte personas, furiosamente andauan embueltos, haziendo los vnos con los otros vna sangrienta batalla, cayendo algunos muertos a la mar: mas llegò Mahomet à tan buena ocasion, que sin pensar librò a diez, ò doze Moros, q̃ aun quedauan viuos, y cautiuò otros siete Christianos, que eran los que por su libertad procuraua darles la muerte; con que esta determinaciõ quedo frustrada tan desgraciadamente, apoderandose nuestro Capitan sin dificultad de todos; y deseando informarse de aquel successo, supo de los mismos Moros de la chalupa, como auiendo perdidose en la tormenta passada vna galeota, en que venian su Arraez, y otros muchos Turcos, cõ vna presa grande de cautiuos robados en la costa de España, al tiempo quando se iba a fondo, teniendole para arrojarse

jarse al mar en aquella barquilla; y juntamente algunos Christianos, que tuuieron por mejor su compañia, que a las furiosas ondas, al tocar para masbien saluarse en aquel abrigo, auian sido dellos mismos salteados, y con tanto coraje, que a no auer tan venturosamente socorridoles, fuera imposible escapar ninguno con la vida.

Este suceso (si bien contado con otras mas prolijas circunstancias) dió notable contento a nuestro Arraez; tanto por auer socorrido a los Moros, quãto por quedarse cõ los cautiuos que lleuauan; y assi poniendolo por obra, y dexandoles la chalupa, para que con ella se viniessen a Argel, èl con prospera nauegacion tomò su puerto dentro de dos dias, adonde haziendo venta, como tienen de costumbre, entre los cautiuos de quien se deshizo, fue el vno esta muger, porque no obstante, que estaua con los de la chalupa, no auia sido conocida por tal, encubriendola vn vestido de hombre con que venia disfrazada, aunque no le valio despues su traza, para que se le escusasse al patron, que oy vos, y yo tenemos el conocimiento verdadero de su persona, de quien aficionado la comprò, y traxo a su casa, adonde vistiendola en su natural, y propio trage, quedò (bien sin imaginarlo) tan cautiuo de su hermosura, quãto la triste esclaua de su miserable cautiuerio. En este tiempo, deshaziendose el Zanaga de algunos esclauos, que ya por debiles, y flacos no seruian al remo, siendo yo vno dellos, vine a poder de nuestro Arraez, con que no me fue dificultoso saber en lo que la hermosa esclaua auia parado; y assi entendi aun mas de lo que pudiera presumir, porque no tan solamente medieron cuenta de el amor del Ferru, mas assimismo de la constancia valerosa cõ que sin temer la muerte, que muchas vezes le auia querido dar, resistia su bestial cõpañia, por cuya causa era tratada cruelissimamente, llegando a tanto estremo, que temiendo algun dia matarla, y quedarse sin ella, y sin el valor que le auia costado, vltimamẽte tomò por acuerdo el rescatarla. Estauã en aquella ocasion aqui los Redentores, y assi auisados de la cautiua, y satisfechos del peligro q̃ su alma corria, entendida la voluntad del patron, tratarõ del

precio: el qual despues de algunos dias acordado, no sin grandes debates: finalmente recibiò su dinero, y rescatada, quedò en el deposito de vn mercader Iudio, adõde los padres tenian otras muchas Christianas. Avriase passado despues desto vn mes, quando el demonio enemigo mayor de nuestro bien, persuadido al Arraez desuerte con la memoria de su passado amor, que le hizo arrepentir de auer vendido la cautiua, con que buelto loco furioso, y abrasado de vna ardiente, y rabiosa ira, sin verguença ninguna se vino ante los Padres Redentores, y les dixo, que quã lo rescatara su cautiua, èl estaua sin juizio; y que por tanto tomassen sus dineros, y se la boluiessẽ; y principalmẽte, porque ella era Mora, y no Christiana: lo qual supuesto assi, no podia ser en manera alguna redimida. Quedaron los piadosos Padres en estremo marauillados del vil, y baxo termino de nuestro patron; y lo que mas en esta confusion los aquexò, fue considerar el manifiesto peligro en que estaua el alma de la Christiana, boluiendo a tal poder; y assi con la mayor afabilidad que pudieron, trabajarõ, por quietar el barbaro coraçon deste Turco: pero todo fue cansarse en valde; tan resuelto estaua, y de su ciego amor vencido. Al fin, viendo q̃ no auia otro remedio, se huuo de ir à la justicia, confiado, segũ buena razon, que no le valdria su inconstancia, y poca fe en vn caso como este. El juez, a quien los Moros llaman Cadi, mandò, que llegassen a la esclaua delante dèl, adonde en llegando con termino confuso, comẽçò el Arraez à dar vozes diziendo, que queria su hazieda, y el Padre Redentor alegaua la venta referida hecha de su propio motiuo, y voluntad: y como desta suerte debatiessen vn rato, viendo el Turco, que el pleito se le iba deslizando, acordò de alegar, que era Mora la muger, y no Christiana: lo qual quã do la cautada oyò; no obstante que de temor temblaua, sin poder sufrir maldad tan grande, con leuantada voz repetia muchas vezes, que ella era Christiana, y siempre lo auia sido; y que en la misma ley protestaua desde luego morir: mas apenas lo oyò el airado Turco, quando arremetiendo a ella, como vn brauo Leon, dandola fieros golpes, la dezia: Tu perra, bol

ueràs

ueràs a mi poder, y entonces pagaràsaqueste atreuimiento. No faltaron alli algunos aquié semejante rigor pareciò mal, y en particular al Cadi, que con alguna seueridad le mandò no la maltratasse, sino que presentasse testigos que hiziessen verdadera su pretension. Con esto el Arraez turbado, y ciego de su colera se fue, y boluiò en vn pequeño espacio, con dos tan viles Moros como èl, que dezian ser los testigos; à quien preguntando el juez lo que de aquel caso sabian, y respondiendo ellos, que la cautiua era Mora, y no Christiana, la pobre que tales cosas boluiò à entender, començò otra vez à dezir con mayores vozes, que eran falsos, y mentirosos, quantos semejante maldad testigauan, y con esto vertia tantas lagrimas, que era notable lastima verla en tan triste, y miserable afliccion: solo aqueste infiel como vna roca estuuo à todas ellas; y assi oyendola dezir tales razones, asiendo de ella, sin poder alguno de los presentes escusarlo, la diò vn terrible boferon, y la diera muchos mas, si el Padre Redentor no se pusiera en medio, rogandole, assido del albornoz, que aduirtiesse la descompostura que hazia en lugar tan respetado, ofendiendo a vna muger, que era Christiana libre, y no sugeta à esclauitud alguna. Pero con tan benigna, y mansa reprehension, no solamente aquel barbaro no se ablandò, mas en vez de apiadarse, con grandes alaridos començò à dezir, que como se permitia, que siendo èl Turco, y Genizaro, huuiesse el Padre puesto le las manos con violencia (mentira tan manifiesta, y clara, como aueis oido) y por tãto, que conforme à sus leyes, y preeminencias, deuia ser ahorcado, ò por lo menos cortada la mano derecha. Y porque mejor conozcais, quan infame, y traidora es aquesta canalla, no faltaron alli quarenta Moros que afirmassen por verdad infalible esta mentira, persuadiendo al Cadi, que el Turco estaua grauemente injuriado, y que en todo caso hiziesse justicia del buen Frayle: con que atormentado el juez de sus alaridos, y vozes, mandò luego a la hora se hiziesse lo que pedian, y que à lo menos se satisfaciessen, cortandole la mano, pues ella sola auia sido causa de su afrenta.

Ya los Moros (de que auia junto vn increible numero) echauan mano del inocente Frayle, para executar en èl la injustissima sentencia, quando otro Turco principal, Letrado, compañero, ò assessor del Cadi, los suspendiò, diziendo, que no se efetuasse semejante rigor: pero que si el Padre Redentor auia dado al Turco con el puño, ellos con igual injuria hiziessen en èl semejante castigo, y que assi se fuesse lo vno por lo otro. Fue cosa aquesta en parte de notable risa, y por otra de mayor lastima, y compassion, viendo la gana conque aquellos infieles sin razon de hombres, en vn subito instante arremetieron de golpe al Religioso, dándole cada qual como mejor podia, tantas, y tan fieras puñadas, que si muy presto no le sacaran de alli los que le acompañauan, sin duda no escaparade sus manos.

Desta manera huuo de quedar desamparada la cautiua, como vna triste ouejuela entre los fieros dientes de aquellos insaciables y carniceros lobos; los quales la condenaron luego a que boluiesse con su dueño, y a que por fuerça fuesse Mora. Bien sè yo que el piadoso Padre, aunque tan afligido, y maltratado, boluiera a dexar, no vna vida, mas ciento que tuuiera, si con perderlas todas se alcançara el remedio desta miserable muger. Pero sô juizios del cielo, èl sabe lo que haze, èl se entiende, no le pidamos cuẽta, ni razon, pues en todo la tiene, y la ha de tener eternamente. Enefeto boluiẽdola nuestro Arraez a casa, creciò en surrata miento el rigor desu crueldad, de quien vencida, y mas del de samparo en que por sudesdicha auia quedado, poco a poco fue ablandãdose, dexãdose menos esquiua y desdeñosa, persuadir de su barbaro amãte, que reconociendolo, tambiẽ le pareciò ir disminuyendo en sus tormentos, y tanto, que sin esperar a largas dilaciones, se determinò a repudiar (cosa en aquestos poco dificultosa) las mugeres que tenia, satisfecho de q̃ con muestra tan clara de su voluntad, vẽdria a efetuar la suya la hermosa esclaua, como al fin sucediò, resoluiendose a salir de penas tan intolerables, y no sintiendose ya con fuerças para poder sufrirlas.

Tres años ha que desta suerte viuen, y con tanto gusto de nuestro

nuestro dueño, que no solamẽte ha causado admiracion a toda esta Ciudad su singular mudança; mas assimismo con extraordinario trueco de condicio, y costumbres, ha hecho en èl marauillosos efetos, boluiẽdose de rustico, y bestial, tã docil, apacible, y tratable, como vos mejor que otro ninguno aueis experimentado; y lo que mas deue espantar, reduciendose en todo genero de acciones al consejo, y parecer de su muger hermosa: la qual solo se sirue de cautiuas Christianas, y dos renegados, que ya en guarda, y custodia nuestra avreis diuersas vezes visto.

Con esto, dando Fulgencio fin à su relacion, Gerardo mas que nunca, començò a darle con admiracio las deuidas gracias, creciendo sus cuidados desde este punto, con la mayor noticia que ya tenia del dueño de los papeles, y auisos que quedan referidos: si bien mas en esta sazon las dilaciones de su rescate le aquexaua, siendo sin igualdad mayores, y menos tolerables. Ibase haziendo hora de cenar, y assi despidiendose el cautiuo amigo, diò lugar à que Gerardo por la misma orden tuuiesse este nueuo villete, leyendole con tan imposible alegria, como de las razones siguientes podreis considerar.

*YA, Gerardo, ha llegado el dia que mas he deseado, desde el dichoso que mis ojos os vieron en este cautiuerio: yo (Caualllero) soy Christiana, y tal, que si llegassedes à conocerme, lloraria vuestro piadoso coraçon mi infeliz suerte, si bien nunca desesperada, de que el cielo teniendo misericordia de mi alma, ha de enbiar nesu remedio: este no sin particular confiança tengo librado en vuestra valerosa determinacion, conocida de largos dias, como ya entendereis en mas seg ra ocasion; y assi luego, como en las diligencias de vuestro conocimiento vi, y lei los papeles, que con la demas ropa de vuestra maleta os tomaron, y juntamente conoci à su dueño, trat è con el patron discreta, y sagazmente, que haziendoos mejorado acogmiento, propussisse el precio de vuestro rescate, auisandoos assi mismo de lo que me parecia hizissedes, para que assegurado con vuestra prompta, y liberal respuesta, el Arraez quedasse satisfecho, y vuestra persona con mas libertad, que recato, para la execucion de mis intẽtos, que son gouernar desuerte*

nuestras cosas, que sin detrimẽto salgamos de aqueste cautiuerio: para lo qual he aguardado tiempo, en que mientras las cosarios, y galeotas inuernaren en el puerto, sale nuestro patron à sus labranças, en quien se ocuparà mas de veinte dias: y en estos, no obstante que en casa quedarán los dos renegados, tengo tan bien dispuesto el caso, que sin duda tendrà el successo que esperamos; y assi para mejor despidiente, soy de acuerdo, que con los cautiuos de mayor confiança, lo vais comunicando en la forma siguiente.

Lo primero, les podreis animar con aduertirles, que no tan solamente me obligaré à darles todas las armas que aqui tiene el Ferru, sino assimismo las llaues de la casa, y puertas principales, con que prevenidos desto, lo demas que restare avrà de correr por cuenta vuestra, y de aquellos que se determinaren à seguirnos, para cuyo efeto serà necessario, que ante todas cosas se disponga el modo que ha de auer para armar vno de los mejores bergantines, que à la guarda, d'aqui en adelante, assisten en el puerto, que facilitandose este particular, no nos serà dificil si la salida de Argel, d'scolgandonos por la vezina muralla, que con nuestra casa confina. El cielo os guarde, y él encamine, y aliente vuestro noble, y generoso animo.

Todo el que Dios le concediò a Gerardo, huuo bié menester en la ocasiõ presente, para disimular el increible regozijo, y alegria, que se apoderò de su alma, luego como acabò de leer aquel papel marauillo so, en cuya consideraciõ diuertido, desmenuzando sus mas pequeñas partes, passò sin mas repoſo la noche entera; y despues no viendo la hora en que comunicar tan importante caso, haziendo eleccio del ya conocido Fulgencio, apenas pudo hablarle, quãdo desde el vi llere primero, hasta el vltimo auiso le diò particular cuenta, hallãdo por permisiõ del cielo tã buena acogida aquella hazaña en su valiente pecho, como Gerardo se pudiera prometer: y assi agradeciendole su amigo el bien que por su mano recibia, le acõsejò dexasse a su industria, y traza la disposicio del negocio; pues como mas experimentado en la tierra, humor, y cõdiciones de los Christianos cautiuos, sabria elegir los que conuiniessen; y assimismo los medios mas importantes

tes al buen sucesso de su preten sion. Cumpliole assi Gerardo, con que dentro de pocos dias, con gusto, y consuelo general de quantos lo entendieron, quedò acordada su partida para el segundo despues de la futura ausencia del Arraez.

No auian reuueltose los cautiuos (si bien se considera) con tanta facilidad como parece, porque segun la Christiana valerosa les ayudaua, y la ocasion se les ofrecia, antes era cosa muy facil el salir con su intento, siendo entonces (como en efeto lo era) entrado ya el inuierno, en quien todos los cosarios, y Arraez, ò se recogen fuera de Argel, ò inuernan cõ los baxeles desarmados en su muelle, y puerto; y assi podian antes de ser sentidos, ò por lo menos alcançados, lleuar muy gran ventaja a qualquiera que los siguiesse. Venido, pues, el dia señalado, auisada la Christiana del concierto aplazado, y el Ferru ausente en su alqueria, siẽdo las onze de la noche, la esclaua, de quien todos se auian fiado, baxò con gran secreto las llaues a Gerardo, y poco a poco mas de quarenta alfanges, dardos, y espadas. Y luego guiandole al aposento, donde el vno de los renegados dormia, llamando ella en sus puertas, y respondiendo al pũto con algun sobresalto; la esclaua le asseguró, diziendole, que su ama le llamaua para vn negocio, que entõces se le auia ofrecido, con que sin pensar en otra cosa, vistiẽdose con priesa, apenas para salir abriò la quadra, quando ya Gerardo estaua encima dèl, y con tan marauillosa presteza, que sin poderse remediar, en vn momento de dos crueles golpes de su alfange le hizo pedazos la cabeza, y con tan dichosa suerte, que ni aun tuuo lugar para rendir el vltimo gemido. Aqueste buen principio, dando a nuestro Caualler o doblado animo, puso en su coraçon mayor seguridad del sucesso, y assi no deteniendose, y baxando con su buena compañia, llegò hasta la misma puerta de la calle, cerca de quiẽ tenia su alvergue el segundo renegado, en cuyo poder estauan las llaues de todas las mazmorras, y prisiones de los cautiuos, adõde haziendo la esclaua la misma diligencia, queriendo salir, aunque no tan desapercebido como el difunto compañero, fue acometido de la resolucion atrevidade

Ge-

Gerardo, mas tan deseoso de executar el golpe, que su misma presteza, le hubiera de descomponer, porque hurtando a su impetu el cuerpo, viendose assi perdido el renegado, dando terribles vozes, se abrazò dèl, mas como en tales casos Gerardo siempre se hallaua cõ mayor acuerdo, no perdiendo se de animo, bolteando el alfãge, con sus primeros tercios le segò la garganta, y tan de buena gana, que nunca mas fue oida su voz; con que acabandole de matar, y entrando en su aposento, sacò de entre la cama las llaues que faltauan, abriendo con ellas, y desherrando aquãtos cautiuos se hallaron con fuerças para seguirlos, que serian mas de setenta. Y hecho esto, con extraordinario silencio repartiendo las armas que auia entre ellos, començaron con ayuda de la esclaua (que los iba enseñando los almacenes) à henchir algunos sacos, y costales de bizcocho, mãteca, y frutas, y los barriles de agua necessarios. Otros tomaron algunas cuerdas, y otros cargaron cõ las velas que tenia para seruicio de sus vergantines el patron.

En tanto la hermosa Christiana, que solamente esperaua à que auisasse la que assistia cõ Gerardo, alegre en todo estremo, por ver lo biẽ que su libertad se disponia, no auiendo hasta aquel pũto sentido ninguna de sus mugeres, y cautiuas lo que passaua, recogiendo primero lo mejor, y mas precioso, que el Ferru tenia, para despues con ello vestir, y remediar a los Christianos que la acompañassen; en siendo que fue llamada, baxò al patio, vestida a la vsança Berberisca, mas con tan admirable gallardia, que si biẽ por demasiada se reprobare, (esta accion) la pienso referir; y de la misma suerte que a las luzes que ya auian encendido, se presentò delante de Gerardo, y de los demas cautiuos Christianos que la esperauan.

Traia vestida sobre vna blanca, y trãsparẽte camisa, cuyas mangas, remates, y collar se parecian, labrados de finas y diuersas colores, vna goleila, ò sayo largo hasta media pierna, de terciopelo carmesi, abrochando la mayor parte del pecho con algunos grandes y artificiosos botones de oro, cubriẽdo lo vno, y otro, vna malaja de damasco pagizo, y encarnado,

do, y rebuelta de tal suerte, que prendida al pecho vna punta, venia à caer lo restante della sobre las espaldas, y cabeza, y cogerse el vltimo remate debaxo del brazo derecho, dexando con semejante compostura formado vn talle hermoso, y graciosissimo. De su blanca garganta, orejas, y cabello, pendian en increible numero ricas, resplandecientes, y orientales perlas, como tambien en las axorcas, y manillas de oro, adorno (en los principios) de sus pequeños pies; piedras preciosas de estimacion notable; los torneados dedos de sus manos, cubiertos à concertados trechos de anillos, ricas, y esmaltadas sortijas, y en los brazos otras (a las primeras iguales en valor) Axorcas, y manillas, de quien asidos los cabos, y remates de vn cendal sutilissimo, y listado cō vetas de oro, plata, y sedas varias, boluiendo por encima de los ombros, y brazos, y dando despues al rostro vna graciosa buelta, quedaua en èl formado finalmente vn rebozo tan bien proporcionado, que solo dexaua descubierto los apacibles, y hermosissimos ojos, de cuya alegre vista admirados extraordinariamẽte los agradecidos Christianos, dandole con la breuedad que el caso requeria, las gracias de tan señalado beneficio, sin detenerse mas, fueron de dos en dos por no causar rumor saliendo à la calle, y llegandose a la muralla que alli cerca estaua.

Es de aduertir, antes que prosigamos, que la principal diligencia para conseguir este negocio, consistia en el armar de remos, y timon la galeota, ò vergantin, todo lo qual tenia casi dispuesto el amigo de nuestro Cauallero, executādo dolo al presente con el valor que presto vereis, porque apenas llegò Fulgencio a la muralla, quando desconfiandose solo, mientras los demas decēdian, caminando por el pie de ella junto al agua del mar que bate alli, llegò sin ser sentido hasta el bestion, ò cauallero que està a la puerta misma que và al muelle, adonde se guardauan los remos que èl auia de sacar; y reconociendo bastātemente si era de alguno visto, subiò por la pared, cosa que sintener ayuda, ò cuerda parecia imposible, y no siendo tampoco en el sentido de las guardas,

co-

conociẽdo el profundo sueño, que les ocupaua, y adonde, y como estauã los remos, se boluiò à decender, si bien en este punto no dexarõ de alterar su buen animo dos perros, que alli assistian; los quales en oliẽdole, començarõ à ladrar: boluiò (aunque mas aduertido con aquesto) Fulgencio a sus amigos, que ya auiendose la mayor parte descolgado, no sin grande temor le deseauan, y muy regozijado les dixo: Amados compañeros, tened buen animo, y dad al cielo gracias, porq̃ os hago saber, que nuestro intento va dichosamente encaminandose, y con tanto dandoles cuenta del descuido de los Moros, y guardas, que à rienda suelta quedauan en el sueño sepultados, y como subiera, y baxara sin inconueniẽte ninguno, con que le parecia mas facil el sacar los remos de lo que auia hasta entonces presumido; dexandolos a todos muy contentos, y con mayor esperança de alcãçar libertad, boluiò al mismo efeto, lleuando juntamente consigo otros quatro compañeros, y dos panecillos, cõ que aplacar (echãdoselos) la furia de los perros, si por ventura tornassen à ladrarle: y assi no deteniendose vn instante, llegandose al vltimo bestion todos cinco, con mas facilidad por el ayuda de su compañia, subiò Fulgencio en èl, donde siendo luego sentido de los perros, con arrojarles prestamente el pan hecho pedazos, escusò sus ladridos, descolgando mientras ellos comian, muy à placer treinta remos de los mejores, los quales abaxo recibian, y recostauan al peñon los compañeros. Y concluido aquesto, osado, y sin temor atrauesò todo el bestion, y sin ser visto baxò a la otra parte que cae dentro dela Ciudad, y en vn llano que allí se haze entre las dos puertas de la muralla, tomò vn timon de galeota, sacandole debaxo de vnas cosas de pasas, sobre quiẽ a la sazon dormian tres Moros que las guardauan, que parece mas caso milagroso, que creible. Y al punto con la misma presteza, y osadia, lleuando a cuestas el timon, subiò otra vez encima del bestion; y vltimamente se descolgò con èl à la marina, y dexandole con los demas remos pegado a la muralla, bien gustoso, diò diligente auiso a Gerardo, y toda la restante compañia, aduirtiẽdoles

les estaua preuenida la dificultad mas precisa de su intento, con que sin dilacion los que se auian entóces descolgado, començaron a cargarse a porfia de los barriles, sacos, costales, velas, cabos, cuerdas, y estorvos para atar los remos.

Y estandó en esta obra, y quando solo por decéder de la muralla faltauan nueue, ò diez Christianos, acaso sin pensar por la parte de adentró llegò vn Turco, que venia en la misma calle, y lugar, por dónde los cautiuos se arrojauan, y yendo acercandose descuidado à su casa, oyendo sus passos los que en el muro estauan, no sin gran sentimiento començaron de nueuo a recatarse, mas conociendo que era imposible encubrirse de sus ojos; porque no tan solamente venia derecho a ellos, pero traia por hazer la noche tenebrosa, y escura vna lanterna, no pudiendo preuenir otro mejor medio, tomaró por acuerdo el embestirle, matandole si pudiessen; y assi queriendolo poner por obra, vno dellos le diò con vn lançon que en las manos tenia por medio de los pechos, tendiendole en el suelo herido mortalmente: pero dando tan furiosos alaridos, y vozes, que en vn punto, saliendo a ellas de su casa (que como tengo dicho estaua cerca) otros Moros, viendo lo que passaua, començaron a apellidarse, diziendo desde la muralla, que los Christianos se huian, a cuyo estruendo correspondiendo las guardas de los bestiones y marinas, los desdichados cautiuos que estauan en el muro, derramandose por las confusas calles, dexaron la deseada execució de su libertad; y los que en la marina aguardauan, oyendo aquel rumor gritos, y vozes, y sospechando el cõtrario successo de sus amigos, tomando breuemente los remos, y timon, por entre las acechillosas rocas, peñascos del mar, llevando en medio de su valiente esquadró las dos Christianas, caminaron al muelle adonde estaua el vergantin, que tenia Fulgencio ya ojeado, en quien poniendo en vn instante a las mugeres, y demas fardage, defendiendo los vnos el furioso acometer de las guardas, que acudian, tirandoles infinitas piedras, y otros preuiniendo los remos, y desamarrando el batel a pesar de quantos se lo contradezian, cõ marauilloso

valor

valor se hizieron a la mar, poniendo en todos nueuo aliento, y fuerças las exortaciones, y ruegos de Gerardo, cõ que probando su ventura, començarõ a vogar valientemente, y de tal manera, que no solo salieron libres en breue espacio de la enemiga costa; pero se hizieron vna legua à la mar, adõde arbolando, y metiendo las velas, caminaron con razonable viento hasta el siguiẽte dia; en quien se hallaron (no sin general gusto de todos) de Argel mas de cincuenta millas a Leuante. Iba en particular nuestro Gerardo, deseosissimo de hablar, y conocer à la hermosa Christiana, mas siendo el cielo seruido de que en este tiempo el viento se mudasse en Maestral, ò como acà llamamos en Norocste, creciendo por instãtes su violencia, y enfureciendose el mar, huuo de diuertirse aquel cuidado, acudiendo al remedio del baxel con los demas compañeros, que reconociendo muy tristes la contraria suerte, proejando trabajauan por contrastar la fuerça de los vientos, de quiẽ vencidos, no pudiendo tener el vergantin (con tiempo igual à vna fortuna muy desecha) no sin gran dissimo dolor, considerãdo la ocasion venturosa que perdiã, y el riesgo que les amenazaua, huuieron de boluerse à tierra; y assi pensando repararse en vn abrigo, ò cala, que està de Argel àzia Leuante, como cincuenta millas, y de la punta de Malafuz veinte y ocho, pusieron en aquella parte la proa, al tiempo mismo que descubrien dose dos velas, conociendo en ellas otro peligro igual, y que cõ su designio propio tomauan la derrota que ellos; no sabiẽdo por vn termino breue, en q̃ parecer, ò acuerdo resoluerse, vltimamente casi desesperados, se dexaron lleuar de las furiosas ondas, y no con menor riesgo de anegarse, hasta que viendo como a voga arrancada se les venian acercando, huuieron de preuenirse para la defensa, sospechando (como poco despues mas claramente vieron) ser baxeles de enemigos.

Auian estas (que no eran menos que dos biẽ reforçadas galeotas) salido de Sargel el dia antes cargadas de bastimẽtos, y leñame, para el palacio mismo del Sultan, si bien aunque intentaron boluerse tierra à tierra, temiendo alguna bor-

borrasca, mal de su grado hu-
nieron de lançarse à la mar, y
forçados de vn crecido Leuan-
te, que poco despues se les tro
cò en Noroeste, auiendo con-
trastado cõ èl gran parte de la
noche proejando, por no ha-
zerse pedazos en la costa, hu-
nierõ al fin de endereçarse al
puerto mismo q̃ se encaminauã
los Christianos, a quien auien-
do alcãçado en esta coyuntu-
ra; y vltimamente conocido-
los sin esperar vn instante, em-
bistieron al vergantin, alçando
al emprenderlo terribles vo-
zes, gritos, y alaridos espanto-
sos; y como fuessen dos, y bien
armados contra vn solo baxel
desapercebido cogiendole en
medio, començaron con rabio
so furor à combatirle, aunque
como el animo, y desesperaciõ
de los Christianos peleassen
igualmente, no tan presto pu-
dierõ ser entrados, antes defen
diendose cõ valor admirable,
hiriendo, y matando en los
barbaros infieles, hazian su par
tido, y la temerosa entrada del
vergãtin mas inexpugnable, y
inuencible, en quien a la hora
misma que casi los Christianos
retirauan los Turcos, fue tal
su desventura, que acertando
vna flecha desmandada el pe-
cho de el valiente Belgencio,
atrauesandole el coraçon, dio
con èl muerto entre los mis-
mos bancos de los remos, con
cuyo miserable desastre, no
siendo el animoso Gerardo po
deroso à detener los compañe
ros desfallecidos en aquella
desdicha, de tal suerte, cono-
ciendo su flaqueza, apretaron
con ellos los cõtrarios, que sin
bastar èl solo à resistirlos, los
entraron: renouandose en este
trance la batalla de forma, que
por todas partes corrian arro-
yos de espumosa sangre, sena-
landose con espantosas valen-
tias algunos Christianos, si biẽ
a todos lleuaua conocida ven
taja el afligido, y animoso Ge-
rardo, el qual discurriẽdo por
crujia con vn seguro alfange,
prenda estimada de su patron
ausente, mas brauo, y mas furio
so, que vn quartanario Leõ, da
ua horribles, y temerosos gol-
pes, durãdo desta suerte la san-
grienta pelea vn grãdissimo es
pacio, hasta que cargando por
momẽtos muchos mas Turcos
que entrauan de refresco, y ti-
rando de todas partes agudas
flechas, y escopetazos, cayerõ
muertos diez y siete cõpañeros
quedãdo casi todos los demas
muy malparados. Mas en este

mi-

miserable, y lastimoso estado, compadeciédose nuestro diuino Criador, a quien tiernamé te los tristes, y afligidos Christianos inuocauan, quando mas impossible parecia el escaparse de la muerte, con su poderosa fuerça, contra quien jũtas las de los mas furiosos elementos, son sin comparacion flacas, y debiles, marauillosamẽte les socorriò, tomãdo por ministro de su execucion, y voluntad, la impensada ayuda de vna valiente nao, que a este mismo pũto derrotada del Norueste furioso, de improviso llegò adonde passaua la refriega, y apenas reconocio las Berberiscas velas, y el aprieto, y naufragio del solo vergantin, quando presumiendo lo que ser podia, començò a disparar espesas valas, y con tanta continuacion, y furia de su artilleria, que en vn momento viendose echar a fondo, huuieron los Turcos de dexar el casi rẽdido baxel, y assi amparando mejor los suyos, alçando las amarras, y puestas en Berberia las proas, con perdida de mas de treinta Moros, a pura fuerga de los tristes forçados, començaron a huir, no queriendo seguirlos la poderosa nauc, temiendo perderse en la vezina costa, si bien quedò cõtenta con auer tan venturosamente cõseguido la libertad del maltratado vergantin, en quien auiendo por tan milagroso sucesso dado al cielo piadosas gracias los Christianos, alegre, y mas singularmẽte el buẽ Gerardo, queriendo hazer mirar si por desgracia les huuiesse alcançado de tantas desventuras a las pobres mugeres algun daño, apenas para efetuarlo adonde estauan boluio los ojos, quando por auerse le a la gallarda cautiua, con la turbacõ del passado peligro, caido el reboço del hermoso rostro, la conocio, y no menos que por la bizarria, y cruel lacinta, causandole la no pensada vista tan temerosa turbacion, y espãto, que como si verdaderamente se le huuiera aparecido alguna infernal, y fantastica sombra, assi turbado huyẽdo, y retirandose procuraua encubrirse, y alexarse de su presencia, como aquel que infaliblemente teniendola por muerta, y anegada (como ya oistes en la primera parte desta historia) la juzgaua al presente por alguna diabolica vision.

Que

Quedaron con tan repentino sucesso igualmente los circunstantes confusos, y assombrados, y mucho mas lo fuerõ viẽdo a la hermosa dama, que vertiendo de sus rasgados ojos dos abundantes fuentes de tiernas lagrimas, corriendo àzia Gerardo, y arrojandose à sus pies, assida fuertemente de ellos, y despidiendo algunos entrañables gemidos, con ronca, y triste voz començò a dezirle: Adonde valeroso Gerardo assi pretẽdes huir de aquesta, sobre quãtas nacieron, mi-sera, y desdichada muger? Reprime, ò antiguo dueño, y señor mio los temerosos passos, no permitiendo, q̃ viendome (aunque con tan justa causa) de ti, como de todo el mundo aborrecida, concluya con mi vida, arrojandome en las profundas olas del mismo mar, que ya otra vez me sostuuo, aun con mas piedad de la que en ti conozco aora; baste ya, cesse tu justissima indinacion, amainando las velas del deseo en mas graue vengança; pues ha sido tan grande la que de mi, y en tu lugar ha tomado el cielo, reduziendome a los trabajos, y barbara infidelidad de donde essas manos me han librado, y no sin particular prouidẽcia suya, para que satisfaciendo con el seruicio que al presente he procurado hazerte parte destos agrauios, pudiesse assi ser restituida en mi descãso, y patria del mismo, por cuya voluntad, y entrañable amor la oluidè, y perdi. No quiero, ni deseo otra cosa de ti, noble Gerardo, a solo este biẽ aspiro, solo este dõ aguardo, y solo aquesta gracia te suplico me cõcedas, por el amor verdadero que te tuue por quãtas cosas viuen amables, y deseadas de tu pecho, por ti mismo; y finalmente, por el todo piadosissimo Dios, que oy tan milagrosamẽte ha librado nuestras vidas. Aqui deshecha en llanto, y confundiendo entre espesos gemidos sus razones, cessò la triste, y desconsolada Iacinta, dexãdo al afligido Caballero tan indeterminable, y alterado, que reprimido de la impensada turbaciõ, ni supo ni aun pudo en grãde espacio mouer la lengua para respõderla, ni la turbada mano para leuantarla del suelo. Y no paraõ en solo aquesta marauillosa causa los estraños sucessos deste dia, porq̃ en el mismo tiempo en que estas cosas passauan en el vergãtin, y à los que yenian

en la artillada naue, deseando conocer à quien con tanta felicidad socorrieron, auiá mandado aferrarse à el: con lo qual no les fue muy dificultoso oir el triste llanto de la hermosa dama, a cuyas vozes tiernas, y dolorosas, saliendo algunos passageros al corredor de popa, y entre ellos otras dos mugeres de gentil, y bizarro parecer; apenas oyeron vna vez, y otro repetir el nombre de Gerardo, quando con esquisitas muestras de alegria, pidierõ al piloto, y marineros, echassen muy aprieſſa la escala, para passar mejor al vergantin, por quien en vn instante, ayudadas de tres, ò quatro hombres que las acompañarõ, decendieron al esquife del nauio, y deste al baxel de nuestro Caualiero, a quien llegando, y viendole en medio de la confusa suspension que os tengo referida; la que de las dos con su mayor, y mas admirable hermosura, tenia pasmados a los pobres cautiuos, tẽdiò los brazos, en azãdo con ellos el alterado pecho de Gerardo, que a esta hora, como si verdaderamente despertara de vn pesado y mortal letargo, hallandose no menos que ceñido de aquellos antiguos y amorosos lazos, cõ que la diuina, y gallarda Nise le tuuo vn tiempo dulcemente cautiuo, reconociẽdo del todo su presencia, y vltimamente considerando tan notables, y nunca oidos casos, absorto, y confundido de su nouedad extraordinaria, q̃ dò inmobil, y como si en vna estatua de endurecido marmol le huuieran transformado. Y ciertamente, que sucessos tan imposibles a su esperança, y credito, no ay duda, sino que causarian en èl mayor eleuacion. Y porque serà justo, que el Lector no se despeñe por la pereza de mi pluma en la misma incredulidad, antes de absoluer, y librar à Gerardo de la suya, me ha parecido satisfacer a la estrañeza, con que avrà recibido tan peregrinos, y marauillosos acaecimientos.

En los de la hermosa, y discreta Iacinta, bien entiendo, que con muy corta reflexion de su discurso suspẽdido en la Primera parte se podrà salir de duda; porque si bien os acordais, la dexamos en los vltimos terminos de aquella temerosa borrasca, quando queriendole amparar su galeota en el cabo de Gata, fue echada à fondo por el Almiranta Real del armada

del

del mar Oceano, en cuya mortal desventura, pareciendole a Gerardo que avria, como casi todos los demas perecido, no auiendolo assi permitido el cielo, tuuo lugar de arrojarse en la chalupa, que algunos de los Turcos, y cautiuos Christianos echaron à la mar, como tambien alli lo referimos, en quiẽ sin poder hazer otra cosa los miserables esclauos, tanto por el viento contrario que los impedia, quanto por ser muchos mas, y apercebidos de armas los cosarios que en ella auian entrado, huuieron de seguir la derrota de Berberia, recogiẽdose en la primera cala de su costa, adonde viendo a los Turcos, y Moros, que rendidos de los continuos golpes del mar, y trabajos en la tormẽta padecidos, reposauã, no cõ mucho cuidado de los que hazian la guarda, pareciendoles buena ocasiõ para escaparse, arremetieron à los mas impedidos, y quitandoles las armas, comẽçaron todos animosamẽte vna bien reñida escaramuza, y auiẽdo con la muerte de algunos Barbaros mejoradose el partido delos nuestros, quando con mayor esperança se alentauan à dar fin dellos, fueron infelizmente salteados de vna galeota, la qual era la misma en que iba Mahamet Zanaga, sucediendo despues todo lo que atràs el cautiuo Fulgencio cõtò a Gerardo, de cuyo cautiuerio, auiendo en este tiempo temido Nise la noticia que ya tã bien en aqueste discurso dexo escrita, en quien assimismo referi, como embiò vn diligente criado a Madrid, para que con mas certificacion se enterasse de la verdad: luego, pues, que aqueste diò la buelta, assi con el auiso desu certeza, como de la parte, y lugar en que estaua cautiuo, precio, y estimaciõ de su rescate; y entendidas juntamente las diligencias, que su madre, y hermano hazian para su libertad, sin mas tardarse, mouida de amorosa cõpassiõ y lastima, y sobre todo incitada de aquella firme, y verdadera voluntad, con que tan tiernamente le amaua, començò con particular diligencia à juntar el dinero necessario para el efeto de su pretensiõ, y cõseguido aqueste, deseosa de dar al mũdo, y en particular à su Gerardo, con vna valerosa, y noble accion, satisfacion bastante de su constancia firme, tanto como disculpa humilde, a la justa

obediéciá de quié siguiò oprimida (si bien como hija honrada) la voluntad, y parecer desu difunto padre, saliendose del Conuento, adonde hasta aquel punto auia estado, sin ser parte, a impedirselo los deudos, los amigos, los criados, y sobre todo la inmésidad de tãtos impossibles, y dificultades como contradezian su determinacion: finalmente, venciendolas a todas su valiéte, y atreuido amor, con quatro criados de su familia, y vna hermosa donzella, se puso en el camino de Cartagena, adonde llegando resuelta a ser el personage principal en el acto piadoso de la redenció de Gerardo, temiendo, que su madre, y hermano la preuiniessen, y ganassé el premio, se embarcò en vn nauio, q̃ cargado de poluora, balas, y artilleria para los presidios de Orán, y Mazalquiuir, passaua a aquellas partes, con proposito de pedir saluo conducto, y passaporte al Conde de Aguilar su Virrey, y Capitã General, con cuyo amparo se prosiguiesse su viage a Argel, y la libertad del querido amante, a quien impelida de vna espantosa borrasca, y contradiziendo los desatados vientos, su bien armada naue, llegando sin pensar a aquel parage, pudo dar el socorro que aueis oido, librando dichosa, y felizmente su vida, y la de tantos animosos Christianos.

Tales, tan aspantosos, y admirables suelen ser los afortunados sucessos, a quien viuẽ en parte las cosas desta vida subordinadas, y sugetas, ò por mejor, y mas cierto dezir, tã incomprehẽsibles, y marauillosos los diuinos juizios, por cuya prouidencia se gouiernan, y rigen, eferos dignos son de su potécia los que al presente tocamos con la mano, y no sè quien avrà tã grossero, y barbaro, que en la peregrina concordãcia deste sucesso no reconozca la infinita sabiduria de Dios, que por tan varios modos junta, y conforma, quãdo, y como es seruido, las causas mas remotas, haziendo dellas vnos mismos efetos, faciles los mayores imposssibles, y llano, cõ sola su voluntad, lo mas ageno a nuestras fuerças. Esta grãdiosa consideracion tenia entõces a Gerardo confuso, si bien no del todo dudoso en la certeza de lo que veia, dando con su suspension causa bastante a la admiracõ desus compañeros.

Llo-

Llorava arrojada a sus pies cõ tiernas lagrimas Iacinta, y loca de contento con la impensada vista del amante, Nise ceñia sus brazos, cuello, y pecho, casi no dandole lugar a que pudiesse determinar su rostro, y entender las razones, que con dulce, y alegre voz de aquesta suerte le dezia. No me espãto, querido señor mio, que assi dudoso dificulteis el credito de mi conocimiento: pues el cortoque de mi amortuuistes, avrà tambien borradome de vuestra memoria, y pésamiẽto; mas no la experiencia que tã à costa de mi alma, tengo desta verdad, no el cruelissimo rigor cõ que de vos he sido maltratada, no el largo oluido, no tantas sinrazones y desdenes, no el ausencia, verdugo del mas firme amor, han sido poderosas a enflaquezer el mio, trocar la voluntad, deshazer mi aficion; y finalmente contrastar la mas minima parte de mi dulce, y merecido empleo: este solo es el que vengo a buscar, Gerardo mio, perdido, y enagenado entre los Turcos, y crueles cosarios, que injustamente os posseyeron; y este cuidado solo, haziendome oluidar tantas injurias, me ha traido por tan graues peligros, sacandome de mi recogimiento, juntando vuestro rescate, caminando las noches, y los dias, atropellando tantas montañas, como dificultosos imposibles, no mas que para cõseguir hallandole, vuestra perdida, y de mi sobretodas las cosas deseada libertad. Merezca, pues, amado dueño mio, ser de vos admitida esta amorosa accion, pagando la firme voluntad que la ha emprendido, ya que no con igual correspondencia, alomenos permitiendome, que pueda publicar con gusto vuestro mi cansada lengua, que solamente ha sido Nise, si bien tan ofendida, eternamente para con vos leal, y vnico, y solo, su verdadero amor.

Quedaron con aquesto los circunstantes assombrados de su discreta, y prudente platica, y mas que todos Gerardo enternecido, y aunque menos confuso, admirado en estremo de la valiẽte volũtad de Nise, y casi enigual peso, cõpadecido de las tristes, y miserables bueltas con que auia à la pobre, y desdichada Iacinta atropelladola inconstante rueda, ya consolãdo con nobles, y piadosas entrañas su infeliz suerte, ya acercandose con agradecida volun-

tad à la graciosa Nise, ya blandeando con esta la entereza de su animo, y ya cõ aquella oluidando la justa indignacion de sus agrauios, no pudiendo sin lagrimas disimular su sentimiento, leuanta de sus pies à Iacinta, y ciñe juntamente a la diuina Nise, con mas nueua aficion el blanco cuello, y pidiendola perdõ, casi en parte corrido, y afrentado de verse de sus flacas, y amorosas fuerças vencido, con humilde, y alegre rostro confiessa su obligaciõ, y culpa su ingrato proceder; y bolviendo a la triste, y lastimada Iacinta, con semejãte regozijo la consuela, y promete no desamparar la hasta tanto; que cõ la tranquilidad que desea, llegue adonde pueda quedar en el abrigo de sus deudos, ò por lo menos en mas quieta, y segura vida. Y con este vltimo, y determinado parecer, mientras las dos hermosas damas alegres admirauan con igual emulaciõ su rara belleza, començò à dar orden en su jornada.

Estaua Nise muda, y zelosa, si bien mas confiada, entre los brazos de su amante, y Iacinta disimulando el mismo cuidado, como quien ya se conocia indigna de tenerle, ni nombrarle, por sacarla de aquella suspensiõ, rompiò el silencio, hablãdose vna à otra cortesmente, y como entrambas estuuiessen jũtamẽte deseosas de conocer, y entender la causa de su peregrinacion, viendo que ya Gerardo temeroso de otro encuentro, queria que su vergantin fuesse en conserua de la naue hasta Oran, para desde alli con mayor compañia boluerse a España, acordaron con gusto suyo de proseguir por su mejor comodidad juntas en el nauio la jornada: para loqual ayudadas de los criados de Nise, y juntamente de nuestro Caualiero, bolueron a ponerse en el esquife, desde adonde subiendo al bazel, Gerardo, a quiẽ no le parecia justo dexar la compañia de sus amigos, despidiendose de Iacinta, y Nise, que conociendo la razon, no quisieron contradezirle, boluiò à descender por el escala para entrarse en su vergantin. Mas porque la fragilidad, y mudança de los mortales gustos co mayor euidẽcia conozcamos, y para que ni en ellos hagamos cõfiança, ni esperemos de sus contentos mejor estabilidad, aduertid en aquestos renglones el vltimo sucesso que en este alegre dia

aguar-

aguardaua a Gerardo, y a las hermosas damas.

Auian estado todo el tiempo que estas cosas referidas passaron, el vergãtin, y naue fuertemente aferrados, tanto por poder assi mejor comunicarse, quãto por el ascarceo de las ondas, que todavia andauan alteradas; y si bien auian en aquel termino breue sobrellevado su furioso impetu, no pudiẽdo hazer los dos baxeles otra cosa, temerosos por no despedazarse, estando assi tan juntos, y sujetos a sus mismos golpes, y baybenes, y pensando que Gerardo se quedaua en la nao, vltimamente se desaferraron: pero fue al mismo pũto que nuestro Cauallero, auiendo descendido al esquife, iba à saltar dèl en el vergantin; el qual desviandose al instante, como ya estaua desamarrado, no pudiẽdo alcançarle, huuo de dar cõsigo (con dolor espantoso de quantos le mirauan) en medio delas turbadas y crecidas olas de quiẽ impelida la naue arrebatadamente con el furioso mouimiento que en las aguas causò, le hizo çozobrar debaxo dellas, desviãdose en vn pũ tõ de adõde el desdichado Cauallero peligraua, largo espacio, si bien aunque tã lexos, no dexauã de oirse las miserables vozes, gritos, y alaridos de la cinta, y Nise, cuyos ojos mal de su grado fueró alli testigos de este lastimoso desastre.

No se turbaron los valientes amigos de Gerardo, viendole en tan graue conflicto, antes cõ prestezaincreible procejando a todo rebentar el baxel, se le acercaron, arrojandole dos estrouos, de quiẽ llamãdo a Dios, y a su piadosa Madre, le assiò con valeroso coraçon, cõ que alando poco a poco los que tenian las cuerdas, y èl arrimandose a los remos, y palas, soliuiandose en ellos, fue finalmente subido al vergantin, en quien dãdo muchas gracias al cielo, fatigado del peligro, y cansancio, tanto como del agua salobre que auia bebido, estuuo vn quarto de hora sin poder alentarse, ni hablar palabra: despues del qual mas animado, con notable cõtento de su buena cõpañia, començarõ à prosegvir cõ la misma derrota del nauio, si biẽ ya las espumosas, y leuãtadas ondas se le auiã hecho perder de vista. Seria entonces la vna de la tarde, en quien començãdo à enderezarse vn viẽto largo,

les obligó a meter las velas; y assi aunque pudierá escusar los remos, porque solo cõ ellas caminauan a diez millas por hora, no lo hizieron, antes cõ admirable diligencia vogauã la buelta de Poniente, que era el propio viage de Oran, y adõde la naue caminaua, y sin cessar vn punto, ni dexar los remos, cõtinuarõ (sobrelleuãdose los vnos a los otros) la jornada, desuerte, q̃ antes de cerrarse la noche, ya estauan mas de sesenta millas de adonde sucediò la refriega: mas como ninguno de los cõpañeros supiesse atẽtadamẽte tomar el pũto fixo del altura, y la noche viniesse cõ tenebrosa escuridad, aunque en el rumbo inciertos, al fin se resoluierõ a proseguir la derrota de Poniente, como en efecto mas segura; porque el engolfarse andando tá furiosa la mar, no les parecia cosa acertada; y assi poniendolo por obra, y con la misma diligẽcia, y continuacion, quãdo menos pensaron, siẽdo passados de la prolija noche dos tercios, se hallarõ otra vez muy cerca de la costa, y lo que mayor temor les diò, a la boca, y entrada de vn gran puerto, de quien desviandose valerosamente, por mas que con todas sus fuerças lo procurarõ, no les fue possible, porque el viento de Tramontana, y Norte, opuesto al vergantin, contradecia su determinacion; con que reconociendo su notorio peligro, si mas le cõtratauan (porque es muy facil çozobrar en ocasiones tales vn baxel) huuierõ de rendirse a la suerte enemiga de sus hados, dexandose, ciegos de la pena, y dolor de tal desgracia, lleuar en la violẽcia de las olas, con quien en breue espacio se hallaron dentro de vn abrigado, y hermoso puerto, a quien cõ marauillosa magestad adornaua, y fortalecia vn alto, y torreado castillo, cuyos soberuios fundamentos eran las asperas, y empinadas rocas, limite incontrastable de las profundas, y sagradas ondas del mar.

(2.)

# DISCVRSO TERCERO DE LA Segunda Parte de los Tragicos de el Español Gerardo.

HAllauanse los triſtes Chriſtianos, aunque ſeguros del alterado mar, mas que nunca afligidos, reconociẽdo, que ſegun la coſta, el puerto que forçados auian tomado, era de Berberia, de que ſe les ſeguian irremediables, y ſeguros daños. Sentia nueſtro Cauallero cõ terrible dolor ſu mal lograda libertad, y mucho mas que el perderla, verſe por tan laſtimoſo fracaſo, apartado de aquella hermoſa, y ſobre todas leal, y firme Niſe, cuya notable determinaciõ, conſiderando, pueſtas en oluido las paſsiones antiguas, era fuerça apreciarla cõ eſtimacion digna a ſu volũtad, luciendo, y alentãdo poco a poco aqueſte agradecido pẽſamiento, el fuego amortiguado, cuyas llamas vn tiempo le abraſaron el alma, y como en la nobleza de ſu pecho, no pudieſſe el deſeo de vengança hazer mayor efeto, ſiendo ſin cõparacion ſu piedad mas crecida, lloraua juntamente el deſamparo de la cinta, y temia de ſu flaco natural otra igual caida, que la impoſsibilitaſſe del remedio que la auia prometido.

Eſtos juſtos, y amoroſos cuidados puedo dezir afligian tãto ſu coraçon, quanto el rieſgo preſente, el qual deſeãdo eſcuſar con alguna razonable ſalida, y viendo que haſta entonces no auiã ſido deſcubiertos, ni ſentidos, tomãdo el parecer de ſus compañeros, vltimamẽte acordaron, que dos dellos ſaliendo a tierra, procuraſſen cõ el ſilencio neceſſario tomar lẽgua, para que no ignorandola, ſe preuinieſſe en ſu conformidad lo conueniente.

Eſta faccion, ſi bien de gran peligro, queria para ſi cada qual de los Chriſtianos, diuirtiendo aun al mayor amigo de la empreſſa: mas Gerardo, a quien todos pedian nombraſſe a ſu elecciõ, temiendo mouer alguna diferẽcia, ſatisfecho de ſu buẽ animo, ſe ſeñalò à ſi miſmo, tomando por compañero al mas debil, y flaco del baxel,

con

con que no les quedãdo replica, ni quexa à los demas amigos, tomarõ tierra lo mas apartado, que les fue posible del castillo, ò fortaleza que tenian a la vista, y trepando con marauillosa ligereza vn cerro de peñascos, y tajadas peñas, yendo con passos lentos, derramãdo à vna, y otra parte los ojos, al empinar de aquella mõtañuela, no sin notable sobresalto oyẽdo ruido de caualios le detuuierõ. Era lo mas q̃ en aquesta ocasion solicitaua su cuidado, el encuentro de Moros; y assi inclinando con menos turbaciõ los oydos, sepudo mejor aduertir, que algunos de a caualio venian hablando; mas viendo que no llegauan, si biẽ detràs de vnos peñascos gran rato los auian atendido, pareciendoles que estauan alli cerca parados, sin mas dilatar su determinacion, cubiertos con las sombras delas peñas, fuerõ acercandose al rumor que oiã, hasta que llegando a vn espacioso llano, cumbre del cerro, y plaza bien cercada desus asperos riscos, pudierõ claramẽte determinar dos hombres de a caualio, preuenidos, y armados cõ sus lãças, y adargas: los quales hablando cõ alteradas vozes, causauan el rumor que cuidadosos los traia. Bien entẽdiò Gerardo que eran Moros, y lo mismo creyera el temeroso compañero, si a estepunto acercandose mas, no oyeran, que con mas alterada voz dezia el vno al otro estas palabras: Alto, pues, D. Martin, escusemos razones, que ya no es tiempo de dilatar cõ las fingidas vuestras, mi vengança, satisfaciendo a la burlada Ismenia, cuya maldad aueis de pagar muriẽdo a mis manos: porque solo a esse efeto se ha fingido la ocasion que de Oran os ha sacado. Y cessando boluierõ a oir, que el contrario le respondia desta suerte: Antes vil Caualiero serà estos peñascos de Mazalquiuir, sepulcro eterno de tu vana arrogancia, la qual aora conoceràs en quan poco estimo, y lo biẽ que te huuiera importado no hazerte dueño de agenas injurias.

No ay palabras, q̃ en aquesta sazõ basté a encarecer el gusto de Gerardo, conociẽdo la tierra en q̃ seguros se hallauã, por las razones delos dos caualleros, à quiẽ deseãdo su mamẽte escusar de tã notorio daño, no atreuiẽdose solo por el tropel delos caballos, en vn instãte despachò

con

con la dichosa nueua al compañero, aduirtiendole boluiesse prestantemente del vergantin con otros quatro ò cinco, para que con su ayuda despartiessen à los indignados enemigos, que a esta hora mostrãdose con mas resplandecientes rayos la clara Luna, haziendo su valor testigos los arsillosos peñascos, y juezes a sus desiertas y mudas soledades, con intrepida furia se acometieron, tirãdose el vno al otro desesperados golpes con las lanças. No podia Gerardo aduertir cõ singularidad, segun la distancia del lugar, las acciones particulares de aquella sangriẽta escaramuça, de quie temiendo algun fin desastrado, y pareciẽdole que se tardauan los amigos, posponiẽdo el peligro à que se auenturaua; vltimamente dandoles vozes para que se apartassen, llegò corriendo à ellos al mismo instante, que chocãdo los dos espantosamẽte impelidos de la fuerça de los caualleros, dierõ con sus cuerpos en el suelo, de adonde leuãtandose el vno cõ valeroso esfuerço, queriendo sin la lança embestir al que estaua caido, Gerardo se atraueso en medio, rebatiendo con el alfanje que traìa su acelerada furia, y pidiendole assimismo se detuuessen; mas estaua tã ciego el ayrado caualiero, q̃ sin querer atẽder a sus razones, ni menos mitigarse, viendo al contrario tendido en aquel campo, dana a Gerardo vozes, diziendole furioso, le dexasse matar aquel traydor. En este estado, q̃ sin duda rompiera en su intento, llegaron los cõpañeros de Gerardo, mas tã acelerados, y atreuidos, viendole de aquella suerte, que ano oponerseles con mucho tiento, y mayor diligencia, corriera el impaciẽte cauallero muy gran peligro, el qual turbado con la vista impensada de tantos hombres, presumiendo lo mismo que poco antes Gerardo sospechara del, quiso con toda priessa retirarse de su encuentro, para cuyo efeto procurãdo valerse del caballo, no le fue posible, preuiniendo su temor, y cuydado las vozes de Gerardo, que conociẽdo entõces su pẽsamiẽto, le aduertia se sossegasse, porque erã Christianos, de lo qual satisfecho, y menos alterado, huuo de dar lugar a que pudiesse demas cerca hablarle, y verle. Mas apenas nuestro Español començò su

razon

razon, quando sin mayor tardança conociò, que el que presente tenia era Don Iayme de Aragon, tã estrecho, y singular amigo suyo, como ya queda escrito en el Segundo Discurso de la Primera Parte, a quiẽ Gerardo perdiò de su compañia, quando (si os acordais) sacò a Iacinta cõ su ayuda, y fauor de aquel Conuento. Quedò vn tãto de la impensada nouedad suspendido, pareciendole sueño lo q̃ por èl passaua: mas despidiendo aquella primera alteracion del noble pecho, arrojàlo el damasquino alfange, le echò al cuello los brazos. No quedò de semejante acciõ menos turbado el antiguo amigo; porque como el habito de Gerardo dificultasse el conocerle, miẽtras de la verdad no se satisfizo, fuerça era estar cõ semejante confusion; la qual aun mas se le aumentò luego, como se oyò dezir las siguientes razones: Que es esto, valeroso D. Iayme, cõtra los mayores amigos leuantais indignado los azeros? Parad, señor, reprimid el airado brazo, que si Gerardo en mitigar vuestro enojo os ha ofendido, ya tan arrepentido como humilde, rinde las propias armas, y ofrece en vuestras manos su cabeza. Estas blãdas, y suaues palabras hizieron brevemente recorriesse D. Iayme su memoria, en quien representandose la voz, y presencia de Gerardo, llegò assimismo el conocimiento agradecido, dexandose sin igual comparaciõ alegre, y admirado aqueste peregrino acaecimiento.

Auian en este tiempo los demas compañeros acudido al Caualiero, que en el suelo estaua, a quien hallandole rebolcado en su sangre, muerto, ya trauesado de vna cruel lançada, preuiniendo lo que podia suceder, al mismo punto lo auisaron a los dos amigos, cosa que sintiò nuestro Gerardo cõ estremo, por el riesgo, y peligro de D. Iayme, que ya menos ayrado no se escusò, al fin como noble, y generoso Caualliero, de dolerse del sucesso mortal de su enemigo, a quiẽ dexãdo entre lo mas oculto de las rocas, y no le pareciendo razonable acuerdo esperar mas, informado del vergantin que tenian en el puerto, vltimamente se resoluiò à embarcarse en èl. Era aqueste camino el mas seguro, y assi con igual deseo de saber el vno del otro la ocasion de su encuentro en tales par-

partes, dierõ, en compañia de los demas Christianos, buelta al baxel, en quien entrando, apenas fue de dia, quando con otros muchos que venian a España se salieron del puerto, si bien antes Gerardo procurò atentamente reconocer el nauio de sus damas; pero viendo que aun no auian llegado, temeroso de algun desman, que impidiesse a Don Iayme el viage, y posponiendo el gusto que de esperarlas conseguia a su mayor seguridad, con general contento mãdò tomar la derrota de España, en cuya deseada prosecucion, dando cuenta de su vida, y marauillosos casos al animoso Aragones, vn dia que se viò libre desta precisa causa, deseoso de entender la que tan a peligrosos terminos reduxo sus cosas, pues al fin le obligarõ a darsele tã cruel, y sangriẽto, con el encarecimiento mayor de sus palabras, le pidiò se le contasse; y no pudiendo, segun buena amistad, resistir Don Iayme sus ruegos, importunado dellos, y mas del gusto con que deseaua complacerle, assi (con el razonamiento que se sigue) començò a referirle.

No muchos dias antes de vuestra venida (amigo Gerardo) a Zaragoza, auiamos tenido los Caualleros de aquella ciudad vnas grãdiosas fiestas; si bien de sus mayores regozijos nacieron causas de iguales disgustos, y passiones; de quiẽ fue el principal mouedor Lisauro, persona biẽconocida de vos; y el que mas en su contradicion se mostrò fue Dõ Iulio de Aragon, mi tio, y yo, por el consiguiente, quien sustentrò su opinion à pesar de Lisauro, y sus amigos. No haze a nuestro intento el especificar mas esta causa, y assi la podrè escusar cõ aduertiros, que casi la importãcia della venia à topar en cierta cifra, si biẽ sacada de mi tio con intencion pacifica, y segura, construida por Lisauro con diferente juizio, y significacõ, pues llegò a reputarla por injuria. Deste leue principio se engendraron algunas alteraciones, que fomentadas de los mas inquietos de vna, y otra parcialidad, en breue espacio se declararõ en sangriẽtos vandos, que dieron por largos dias igualmente en que entender à todos. En medio del rigor destos enojos, auiendome sido forçoso acompañar a

mi

mi tio en vna jornada que hizo fuera de la Ciudad, al boluernos à ella me sucedió lo que aora oireis. Llegauamos a tres leguas de Zaragoza, quando caminando vna tarde muy alegres, interrumpió nuestro viage vna impensada tormẽta, lloviendo el cielo tanta agua, que temiendo ser della anegados, corrimos por valernos a gran passo, hasta que reconociendo vna caseria, y hermosa quinta, nos metimos dentro, casi en el mismo punto que vna carroza entraua por otra puerta diferente, con el aprieto, y necessidad propia que nosotros. Aqui, pues, esperando el lugar que quisiessen cõcedernos las nubes, estuuimos mi tio, y yo con los que nos acompañauan vna hora larga, aunque cõ desiguales pareceres; porque Don Iulio con el gusto de llegar a su casa, solo deseaua la partida, y que no obstante el mal tiempo, se prosiguiesse luego la jornada: pero a mi, como propio, y natural de mis años, mas me tenia inquiero el saber quien ocupaua la carroza, por auerme parecido (aunque las cortinas estauan biẽ cerradas) que eran mugeres las que en ella venian, como en efecto fue verdad, si bien el descubrirla pudo salirme al rostro, porque apenas yo quise para verlas leuantar por vn lado la antepuerta, quando por ella misma se arrojaron dos hombres, que empuñando las espadas, y culpando por descõmedida mi accion, pusieron en confusion los circunstantes, de quien siendo, como de mi conocidos, y no menos que por Lisauro, y Tirso primo suyo, y entrambos crueles enemigos nuestros, aunque mi inconsiderada voluntad pudiera escusarlos; la colera, y reciente enemistad nos hizo a todos cerrar a la razon los ojos, procurãdo satisfacer su demasiado arrojamiento, y assi en vn instante, mal de su grado, huuieron de cercarlos nuestros criados. Temi de su arrebatada furia vna desgracia, que despues se nos atribuyesse a villania; y assi por escusarla, huue de ponerme en su defensa, y trocar de intẽto, haziendo q̃ nuestra gente se retirasse, y no les ofendiesse, procurando juntamente mi tio cõ palabras corteses mitigar su disgusto, y disculpar mi curiosidad. Y verdaderamẽte los dos primeros, conociẽdo lo poco que en la ocasion podian ganar, se aprouecha-

charan de nuestra cortesia, si à este punto no entraran por la puerta de la quinta otros seis hombres de a cauallo, que (a lo que pareciò) eran criados suyos, que auian quedado atràs, con cuyo calor mas alentados, sin esperar razones boluierõ a renouar la refriega, respondiẽdo a su deseo con tantas ganas los de nuestro partido, que en breue espacio, buelta la quinta el campo de Agramante, no se oian en toda ella, sino golpes de espadas, vozes, gritos, yaun gemidos tristes de los que de vna, y otra parte començauan a sentir las heridas: Y no eran menores los alaridos que dentro de la carroza se dauan, junto a la qual era lo mas sangriẽto de la pendencia, de quien deseandose mi airado tio aprouechar, no quiso dilatar la con clusion de los passados disgustos de Lisauro, antes asiendo la ocasion por los cabellos, se fue ceuando en èl, y aun retirãdole muy apriessa, bien que tan ciego, y loco de la colera, que sin poderlo escusar, quãdo mas auentajadamente le traia acosado, huuo de tropezar en vno de los cogines, y maletas, que rodauan caidos por el patio, dando de ojos a los pies del ya casi rendido Lisauro; con tan terrible sobresalto dentro mi alma, conociendo su desgracia, y peligro, q̃ estuue en termino de perder el juizio: mas como en semejãtes casos suele la breuedad suplir mayores quiebras, en vn instãte reparè cõ mi persona la de mi tio; porq̃ desbaratando con dos fieros mandobles vna punta de Tirso, con quien me auia afrontado, con vn salto veloz me puse à compàs de Lisauro, cruzando diestramente jũtas espada, y daga al reparo de vn tajo que tiraua a Don Iulio; yno parando aqui mi furia, ni aun mi buena suerte, del primero renès le dexè sin defẽsa; porq̃ desguarneciendole la espada, quedò tan solamente con el puño della en la mano. Aduerti luego al pũto el buen sucesso, y sospecho, que el odio antiguo me obligara à mayor demõstracion, si en aquesta sazon no se pusieran de por medio dos damas, que llorosas, y en estremo afligidas, abrazãdose la que de mas edad parecia del contrario, y boluiendose a mi la compañera, procuraua mitigar mi indignacion, y defender al desarmado Cauallero. Tenia la que me estaua hablãdo, cubierta por el

rostro vna toca, ò cendal de sutil plata, que siruiendole de embuzo, solo dexaua descubiertos los hermosos ojos, si bien en esta ocasion llenos de tiernas, y piadosas lagrimas, que acompañando con algunos gemidos, y no menos dulces, que discretas razones, no tan solamente pusieron rienda a mi desenfrenada ira, sino que assimismo, viẽdo por vna parte a Tirso mal herido de las manos de mi tio, que ya se auia leuantado; y por otra a sus criados, que arrinconandose a la puerta de vna quadra, trabajauan no poco en su defensa, vẽcido de sus corteses ruegos, tanto como de su gallarda presencia, sin dilatar mas mi intento, dandola primero a entender, que todo aquello grangeauacõ migo sudiscreto, y noble termino, me puse al lado de Tirso, rebatiẽdo los golpes de Don Iulio, y los canſados suyos; y pidiendoles jũtamente se apartassen, y detuuiessen, ayudãdome para esto algunas personas, que de la quinta auian acudido. Al fin mi proposito tuuo mejor sucesso, que el que de tal rebuelta se podia esperar; con que medio forçado de mis ruegos huuo de subir mi tio à cauallo; y haziendo yo otro tanto, sin despedirme, como quisiera, de aquella dama, mãdè a los criados nos siguiessen, con quien por preuenir lo que quedaua hecho, tanto como para curar algunos que iban heridos, caminamos la buelta de Zaragoza con tanta diligencia, que antes de anochecer ya estauamos en nuestras posadas, aunque yo no assistì mucho en la mia; antes siguiendo el parecer de mi tio, hume de salirme por mas de veinte dias à vna Aldea, cõ cuya forçosa ausencia no pude, ni acertè, como deseaua, à informarme de quien fuesse aquella gentil dama.

En este tiempo, auiendo entendido la justicia de Don Iulio mi tio el passado sucesso, temeroso de que no resultassen del mayores inconuenientes, tratò de apaciguarlo con tan viuas diligencias, que vltimamente bastaron à que dellas se dundasse vna general concordia; y si bien reconciliadas, en efeto le tuuieron publicamente nuestras amistades, con que yo di la buelta à mi casa, y juntamente al cuidado que os he dicho, aunque con tan siniestra suerte, que en muchos dias

por

por mas que hize, pude entender el secreto de aquellas damas, ni menos quien fuessen, ò adonde las llevauan.

Dos meses se passaron despues de todas estas cosas, a quien nuevos embites, y casos mas vrgentes me hizieron poner en olvido, hasta que vn dia al salir de vna casa, adonde jugando nos entreteniamos, llego a mi vna muger tapada, que poniendome en la mano vn papel, me dixo: Aqui, D. Iayme, vendrè mañana por la respuesta; y sin esperar mas, se partiò, dexandome tan confuso, como deseoso de ver lo que en èl se contenia; y assi abriendole, lei estas razones (que si ya no las mismas que su dueño escriviò entonces, a lo menos serán de lo mas essencial de su proposito.)

La enfermedad prolixa de mi padre, y las passadas inquietudes (si bien en la memoria la obligacion que os tengo) han suspendido mis deseos, de quié os puedo assegurar, que es mayor la voluntad que de serviros tienen, que los merecimientos que en su dueño conocen; el qual vencido tanto de los muchos vuestros, quanto del noble, y piadoso termino que a su ruego vsastes con Lisauro en la quinta, ha querido mostrar en este pequeño bosquexo de su aficion, parte del reconocido agradecimiento que os deue. Escusse, pues, tan suficiente causa con vos, noble Don Iayme, aquesta libertad, dandola mas honrado titulo en vuestro pecho, confiando del mio que sabrà merecer, si el tiempo alarga nuestra correspondencia, qualquiera estimacion de su voluntad, que entendida la vuestra, yo os harè sabidor de quien soy: mas hasta que de sus quilates, y valor tenga bastante prueba, encarecidamente os suplico sufrais como honrado Caualero. Y confiada, el cielo, como deseo, os guarde.

Aqui, amigo Gerardo, cessaua el breue assunto deste marauilloso villete, y doile este renombre, por la admiracion que sus razones me causaron, alegrãdome igualmẽte la noticia (aunque hasta entõces tan cõfusa, y breue) que ya iba teniendo de la graciosa dama de la quinta, a quien respondiendo sumamente contento, entiendo satisfize con mi papel a las discretas razones del suyo, significãdole las exquisitas di-

ligencias, con que mi voluntad auia desde aquel dia solicitado su conocimiento, y lo mucho que della, y de mi proceder podia fiar, procurando por tan licitos medios facilitar su vista, aunque vltimamẽte cerrè el villete, conformandome en tal particular cõ su gusto, y prometiendo obedecerla, sin pretender jamas della, ni de persona alguna saber, ò entender cosa en que pudiesse contradecir su voluntad, y como lo escriui, lo cumpli; porque aun a la misma criada, que pũtualmẽte me esperò en el puesto, le di mi papel el siguiente dia, sin atreuerme a preguntar la su nombre, ò otra semejante razon.

Al fin por este mismo estilo nos comunicamos algunos dias, aunque si va a dezir verdad, si bien la discrecion de sus villetes pronetia vn admirable sugeto, y vn firme, y bien nacido amor, la falta de su conocimiento derramaua en diuersas partes, y ocasiones mis pensamientos.

Llegò en aquesta sazon el alegre tiempo de las carnestolendas, celebrado en aquesta Ciudad con mayores, y mas licenciosos regozijos, que en todas las restantes de España, y assi con algunos deudos, y amigos de mi edad, y condicion, vestidos cõ no menos costosas, que bizarras libreas, y cubiertos con mascaretas los rostros, discurrimos por vna, y otra parte, gozando de muchas coyunturas, que para la libertad de aquestos dias tiene reseruadas el ordinario recato de las damas.

En medio de aquestos passatiempos llegò la noche del Domingo, en quien auiendonos informado de algunos festines y saraos, que en particulares casas se celebrauan, no queriẽdo escusar a la vista aquel contento, fuimos visitandolas a todas, cõ notable alegria, hasta que finalmente, llegando a las casas del señor de Bellide, en quien estauan juntas la bizarria, gala, y hermosura de toda la Ciudad, nos dispusimos a hazer la misma entrada; si biẽ mas recatados, por quanto era este Caualiero del vãdo, y parcialidad contraria; de la qual (aunque las amistades estauan hechas) no dexauamos de andar aduertidos.

Y os prometo, Gerardo, que desde que soy hombre, nunca vieron mis ojos mayor belle-

za, ni aun causa mas bastante a inquietar mi alma; porque no obstante que qualquiera de las damas presentes era digna de vn encarecimiento peregrino, la que por mi ventura me cupo por suerte, digo, aquella junto á quien se me concedio dichoso assiento, era de tan rara, y admirable hermosura, que verdaderamente en su comparacion, todas las circunstantes me parecieron feas: y assi, aunque turbado, no dexè de dezirla algunas razones, q̃ igualmente con mis ojos, ayudaron à darle à entender mi nueuo cuidado.

No sè si el conocimiento de mi voz, ò que acaso leuantando la mascara para limpiarme el rostro, reparasse en quiẽ era, hizo que aduirtiesse la graciosa dama con menos desenfado en mis palabras, a quiẽ cõ vna impensada alegria, acercando se mas a mi, con baxa voz me respondiò las que se siguen: Mil gracias doy al cielo (buen Dõ Iayme) por la dichosa suerte que oy me ha concedido, cũpliendo en aueros hablado, y visto, el mayor de mis deseos, de quien os puedo prometer, han sido, y serán siempre seruiros, mientras su dueño viuiere, aunque en vos os falte gusto para pagarles tan buena voluntad, de que no tendreis porque marauillaros el dia que entendais lo mucho que os estiman. Y con esto, tomando cõ las suyas mi mano, apretandola tiernamente, queriendo proseguir en su razon, y yo turbado de semejante acaecimiento responderlas; atajò nuestra amorosa platica vno de los galanes del festin, que sacandola a dançar, me dexò sin ella, ocupando el mismo lugar otra dama; con la qual, aunque la mia despues de auer con admirable gracia dançado, quiso boluerse a su assiẽto, viendo el embarazo, hoùo de trocarle por otro, y con tanto dolor de mi alma, por conocer lo mal que ya podia salir de tan dudosa auentura, que no supe, ni pude disimular mi disgusto, ni aun la nueua ocasion deste cuidado, que dandole a entender a vno de mis mayores amigos, queriendo, que el mismo me informasse en la ocasion que le fomentaua; supe en efeto, que era no menos que la hija del Cauallero, en cuya casa estauamos, admirandome aun mucho mas entonces el sucesso; y no sè, si juntamente entristeciendome, porque el

relacion que de sus padres tenia, forçosamente auia de imposibilitar la prosecucion del amoroso fuego, que poco a poco iba apoderandose de mi coraçon.

Esta nueua voluntad, aunque bastaua à tener diuertido al mas libre, y essento, no por esso escureciò de mi memoria la q̃ denia a la correspondẽcia, y aficion que por sus papeles me mostraua la encubierta dama de la quinta, de quien siendo entendidos, no sè por qual camino mis desvelos, quando menos pensaua, con la cuada que solia, me escriuiò vn villete, en quien no tan solamente significò sus zelosas quexas, mas assimismo particularizò lo mas singular de mis acciones, cõ señas, y palabras verdaderas, q̃ à mi me dexò en estremo cõfuso no pudiendo imaginar, porq̃ forma auia alcãçado tã señalados pũtos de mis nueuos, y amorosos cuidados, de q̃ procurando diuertirla, me resolui à responderla, negãdo esta verdad, y pidiendola aun cõ mayor encarecimiento q̃ hasta alli, se dexasse ver, para q̃ echãdome en tan grande obligacion, pudiesse assegurar de mi correspondẽcia sus sospechas: y en conclusion, no obstante que por otros papeles mostrò menos satisfacion a mis escusas, como las suyas para el cũplimiento de mi deseo fuessen cada dia alargãdose, careciendo de su vista, no fue mucho q̃ mis ojos tratassen de otro empleo con quien menos esquiua se les mostraua siempre que se ofrecia ocasion, con que algo mas tibio en sus villetes, prosegui con la bizarra dama del sarao mis intentos. Y deseando q̃ esta con todas veras conociesse mi aficiõ, y el sentimiento q̃ causaua en mi alma la dificultad de su comunicaciõ, ya que no podia llegar à hablarla, tratè de que vna musica le diesse a entender mi pensamiento; y assi acompañado de vn amigo, hize que vna noche se le cantassen los versos siguientes.

*Rota barquilla, que las hondas mides*
*Con tantos mares, como fuerças pocas;*
*Adonde el mar a tus abiertas boeas*
*Cierra con agua si fano le pides.*
*Tu que forçada sufraudal diuides,*
*Al cielo llegas, y al abismo tocas;*

Tu

*tu que entre sirtes, y elenadas rotas,*
*cuerpos arrojas, tabla con despides.*
*Dichosa tu, que aun vi e la esperança,*
*si el viento calma, si el cristal se enfrena,*
*pues al fin vences tan dura suerte.*
*¡Mas ay de mi, que ageno de bonança,*
*vn imposible amor oy me condena*
*a esperar su remedio entre mi muerte!*

Aun no auian dado los dulces instrumẽtos principio a los primeros ecos de su apacible voz, quando assi en las rejas, y balcones del señor de Bellide, como en todas las de la vezindad, parecieron diuersas personas, que dexãdo el blãdo sueño, saliana oir la musica agradable, en quien mãdando proseguir, se cantaron de nueuo otras muchas cãciones, y jugetes, con que pareciendonos se acercaua el Aurora, dimos la buelta, quedandome yo en mi posada hasta el futuro dia, en el qual yendome despues de comer a la casa de conuersacion dõde solia, me saliò al camino la criada que traia los villetes, y recaudos de la dama de la quinta, de quien dandome vno se fue, y me dexò leyendo en èl las razones siguientes.

No sè con que palabras escusar vuestro termino, D. Iayme, porque si la remissiõ de mi vista os disculpa, tiene este pequeño descarte mayores contrapesos, q̃ redundã en vuestro daño, pues la fee que en tantos papeles me aueis prometido, y las razones q̃ a este fin aueis escrito, antes hazen en mi fauor, q̃ en prouecho de vuestra estimacion, con que hallando al presente en el contrario proceder de vuestras acciones (testigo dellas la musica que distes a la hija del señor de Bellide) el engaño con q̃ me aueis tratado, no serà marauilla que mis quexas (siendo tan justas) lleguen, y passen de vuestros oidos. Mas porque conozcais, que las prendas q̃ en mi aueis despreciado, puedẽ correr parejas con las de aquessa dama (si bien tan justificadamente desmerecidoenvos este fauor) por boluer por mi honra, tanto, como porque mejor sepais lo que perdeis, gustarè de que esta noche me veais, y assi (si os pareciere) esta misma criada traerà vuestra persona, adõ

de poderos verme, y hablarme, esperadla en las puertas de vuestra propia casa, y en tanto el cielo os guarde.

Yo os prometo, Gerardo, que quando acabè de entéder estas vltimas razones, fue mucho mayor el disgusto, que no el cõtento que dellas, y su promessa recibi; tan notable fue el sentimiento, que llegò a mi alma, luego como entendi en la mala reputacion que estaua mi verdad, y con quanta razõ de su poca fee podia quexarse aquella dama, a quien (aunque corrido, y vergonçoso en estremo) me determinè à obedecer, aguardando a que la guia me llamasse, como en efeto sucediò; y assi no siendo aun las diez de la noche, tomandome por la mano, y pidiendome, q̃ yo solo la acompañasse, ponièdolo assi por obra, fui atrauesando juntamente con ella la mayor parte de la Ciudad, hasta que llegando a vna calleja angosta, y sin salida, acercãdose a vnas tapias medio derribadas, encubriẽdome cõ las sombras dellas, se perdio de mi, diziẽdome, que esperasse alli en tanto que ella daua la buelta por otra parte, y se entraua en su casa, para auisar a su señora; y cõ esto saliendose con diligẽtes passos dela calle, yo quedè esperando el fin de aquel sucesso, tan admirado del modo con que se gouernaua, quanto bien recatado, y preuenido.

Desta suerte, y con la misma confusion estaria atendiendo vna larga hora, despues de la qual senti, que poco a poco abrian las puertas de vna ventana, que caia frontero de la pared adonde yo estaua arrimado, en quien assomandose vna muger, aunque su vista me impedian las tinieblas de la noche, su voz me hizo conocer facilmente, que era la misma que alli me auia traido, y assi acercandome mas, oì que me dezia, subiesse en vna de las tapias caidas, que estaua assida en la pared de la ventana, desde adonde con mejor comodidad podia hablarme. A questo fin dificultad executè al punto, y puesto ligeramente encima, en viendome en ella la criada, boluiò a dezirme, que esperasse, y cerrando la vétana, se entrò dentro, quedando ya en aquesta sazon con tã exquisita turbacion el alma, que verdaderamente parecia querer desamparar la carcel, y archiuo de mi cuerpo, cuyos deseos,

cau-

causando aquella turbacio estauan como colgados, y pendientes de qualquiera rumor, ò fragil sombra, juzgando aun los embates de los vientos, por recatados passos mi dama, aquien vltimamente vi, q̃ abrié do la ventana se assomaua a ella. Era la pared en que yo estaua tan alta, que casi igualmente llegaua al vestidor, y assi no obstante que hazia algo escuro, pude sin dilacio conocer el hermoso rostro que tenia presente, el qual era no menos que el de la gallarda hija del señor de Bellide, cosa que me dexò tan turbado, que aunque estaua preuenido en lo que auia de hablar, como quiera que las razones venian forjadas en mi pecho, mas para satisfacion de las quexas, y zelos de la discreta dama de la quinta, que para el sujeto que tenia delante, enmudeciendose mi lengua, quedè tal, que si conociendo mi alteracion no se asiera de mi la hermosa dama, pudiera ser que igualaran mis ojos los vltimos cimientes de aquellas paredes: mas sintiendome tocar de sus hermosas manos, recobrando el aliento perdido, oi que me dezia: Que turbacion es esta caballero? atemorizaos por ventura mi presencio? ò temeis el castigo, que tan justamente merece vuestra inconstancia? Yo soy a quien aueis tratado con tanta aspereza por la hija del señor de Bellide, y quien obligada con los mismos seruicios q̃ a ella hizistes, se esfuerça a perdonar mis propias injurias: yo soy, Dõ Iayme, la misma aquien en la quinta, y compañia de Lisauro, fauoreciò vuestro cortesano, y noble proceder, y soy juntamente quien mereciò gozar de vuestra conuersacion en el sarao, y quien siendo Ismenia, hija del señor de Bellide, soy, y serè mientras la vida me durare, vuestra, a pesar de quantos en el mundo melo contradixeren. El entender, querido señor mio, que la natural enemistad que nos teneis, auia de oponerse a mis intentos, ha hecho dilatar mi conocimiento, esperando a que alguna de las impensadas ocasiones, que el tiempo ofrece auia de facilitar estos deseos, como finalmente ha sucedido, pues os aueis dispuesto a querer a Ismenia, conociendola por prenda del mayor enemigo. Esta verdad me acabò de persuadir la musica de la passada noche, cuyo fauor por el

cuydado en que os puse, estimo con igual recompensa, y diralo mejor mi resolucion determinada, que para disponer nuestra vista, ha atropellado vna increible numero de dificultades. Permita pues el cielo, bué Don Iayme, que conozcais mejor que con la dama de la quinta, lo que las verdades de Ismenia, y su leal voluntad merecen, y que haziendolo assi yo viuirè contenta, y vos nunca quexoso de mi correspondencia. Con esto dando fin a su platica, dio tambien lugar a q̃ menos turbado pudiesse satisfacer mi lengua tan amorosa obligacion, ya assi, con las mas discretas razones que pudo el alma preuenir, haziendola entẽder sus mayores secretos, vltimamente escuse el yerro que cometio su inconstancia contra la hermosa dama de la quinta, atribuyendo a la poderosa fuerça, y belleza peregrina de la gallarda Ismenia, cõ que trocandose el disgusto que antes me auia prometido (por aquesta razon) en vn impensado regozijo, gastamos grã parte de la noche en agradable conuersacio, en cuyo discurso entendi assimismo de mi dama, que la razon de auerla encõtrado cõ Lisauro, y Tirso en aquella quinta, auian sido forçados de la borrasca por quien nosotros tambien veniamos huyendo, auiendoles cogido caminando la misma tarde desde Zaragoza a vna aldea, adonde en aquella sazon estaua su padre muy enfermo, por el qual iban (para con mas comodidad traerle juntamente con su madre, y ella) los dos caualleros sus parientes, y los de mas criados que despues acudierõ, y que en boluiendo a la ciudad (forçada, si bien mejor pudiera de su generosa obligacion, que de mi cortesia) auia procurado mediante el secreto de aquella criada, darme a entender su pensamiento, con que mas que nunca gozoso, despidiendome de su hermosa presencia, viendo reir el alua, salte de la pared, llenando orden particular y mandato de Ismenia, para proseguir su amorosa vista todas las noches por la misma parte. Bolui la siguiente noche al puesto señalado, reconociẽdo ser èl el remate de las principales casas del señor de Bellide, si bien, por venir la noche antes ageno de sucesso semejãte, no las auia tambien reconocido. Aqui esperãdo se abrieſſe

se

se la ventana, me encubrí con la sombra de los derribados paredones, y estando ya para subir en ellos, vi tres hombres que de improviso entrauan en la misma calle, y que reparando en medio della, muy de proposito començauan a hablar entre sí. Acercauase el punto de mi tan deseado, y aunque por vna parte la nueua inquietud me tenia turbado, por otra mas me atemorizaua el cuydado de ser descubierta mi ocasion, ò ya llegandome a reconocer aquellos hombres, que segun de sus palabras auia colegido, eran ministros de justicia, que esperauan algun lance, ò ya si impensadamente abrian la ventana, y llamandome della, me obligauan a salir de adonde estaua, cosa que sucediendo de qualquiera manera, venia a ser por el lugar en que me hallauan, sospechosa. En medio de aquesta confusion estaua mi alma, quãdo su desgraciada suerte encaminò el peor successo; porque abriẽdo Ifmenia su ventana, y no echãdo de ver la demas gente que ocupaua el puesto, reconociendo solamente el bulto q̃ mi persona hazia, me llamò por mi propio nombre, diziendome: Porque Don Iayme no subis? a cuya voz, en vn instante oyendo lo que auia hecho, acudieron los tres hombres, que temiendo no llegassen tan cerca, que sin poder desuiarme conociessen mi persona, antes q̃ apechugassen conmigo: ya yo estaua en postura, acometiẽdoles sin hablar palabra, con tal desesperacion y corage, que a los primeros golpes di con vno en el suelo, de adõde no leuantãdose mas, los compañeros amedrentados con su desgracia, dierõ en vn punto la buelta: pero apellidando la justicia con tan grandes clamores, que no me atreui a esperar su efeto, si bien fue tal, que apenas yo auia salido de la calle, quando la ocupò otro gran tropel de hõbres, que segun despues entẽdi, eran de vna misma faccion, y todos verguetas, que esperauan, por orden de la justicia, hazer vna importante prisiõ en la propia calle, de quien, considerando el peligro, antes que ninguno me pudiesse seguir, salí con notable diligencia, llegando a mi posada tan disgustado, y triste, quanto alegre, y contento la passada noche. Luego como amaneció el futuro dia, tuue de mi dama vn villete,

por

por el qual, disculpando con su corta experiencia el inconsiderado descuydo, origen de nuestro desassosiego, me aduertia lo mucho que importaua para la quietud, y seguridad de nuestras cosas, el dilatar el vernos por algunos dias, y esto tanto por el cuydado que en su casa auia, quanto porque publicamente se dezia, que auian muerto en aquella calle vn ministro de justicia, no con mas graue ocasion, que por auer querido conocer a vn caualiero, que estaua hablando en sus ventanas. Vi representandoseme estos inconuenientes, la mucha razon que tenia Ismenia, y juntamente lo mucho que importaua seguir su consejo, y assi, pareciendome dissimular mejor, ausentandome de Zaragoça, satisfecha Ismenia deste intento, y con licencia suya, determinè el viage para vn lugar mio, trayendo entonces juntamente conmigo a vos, y a la hermosa Iacinta, con quien vltimamente nos sobreuino en la misma jornada la ocasion, y sucesso q̃ nos forçò a sacarla del Cõuento, a donde por mi ordẽ la auiamos dexado; y en cõclusion el perdernos con la escuridad de la noche aportãdo yo el siguiente dia casi en las mismas puertas de mi propio lugar, desde el qual, auiendo hecho (buscãdo vuestra persona) exquisitas diligencias, no me siẽdo posible el tener della alguna nueua; al fin tratè poco despues de apaciguar las partes principales, y mas quexosas de aquel acaecimiẽto, con q̃ su puesto que el Abadesa era tan deuda mia, temiendo el ponerme en mayor peligro, huuo de dissimular su satisfacion.

En este tiempo, aun que tan apartado de mi dama, no por esso faltò nuestra comunicacion: porque mediante la buena diligencia de aquel amigo, a quien (como atras queda dicho) descubri este secreto; yendo las cartas de Ismenia a sus manos, llegauan con igual seguridad a las mias, valiendonos, como siempre, de la solicitud de la criada, cuya persona le traia los recaudos de su dueño, y bolua los que yo remitia a mi amigo. Hasta que finalmente, no pudiendo soportar el coraçon mas larga ausencia, al cabo de dos meses di la buelta a Zaragoça, y juntamente a los antiguos cuydados de nuestra amorosa pretension. Luego supo mi venida Ismenia, porque (si va-

a de-

a dezir verdad (tan solicitado fui de sus cartas, y persuasiones, como de mis ardientes, y abrasados deseos, y assi, la siguiente noche acompañandome Don Martin de Vrrea (que este era el nombre de mi amigo) me fui al cõcertado puesto en quien estuue casi hasta que amanecia con mi dama, prosiguiendo otras muchas vezes cõ mas tranquilidad, y sossiego que yo pudiera imaginar, acrecentandose en la larga comunicacion nuestras voluntades, y deseos, con tan entrañable aficion, que no pudiendo el vno, y otro resistir los ardientes efetos, en conclusion determinamos dar a nuestras passiones el fin dichoso que tãto deseauamos. Y assi, la noche deste concierto, vencida de mis ruegos Ismenia, recibido primero testigos los cielos, y su fiel criada, mi fè, palabra, y mano de esposo, tuuo por bien de que yo entrasse en su aposento por la misma ventana, adonde hablauamos, aunque faltando por prevenir algunas cosas para este efeto, me fue fuerça suspẽder hasta la siguiẽte noche el merecido galardon de mis trabajos, los que mi coraçon padecio en aquel breue termino, esperando la hora señalada, entiendo que se pudiera igualar con todos los restantes de mi vida: y assi, aunque sentado no podia reposar, en leuantandome de la silla en que estaua, boluia a buscar de nueuo en que recostarme; y si de aquella suerte no recibia descanso, passeandome a vna, y otra parte hallaua mayores inquietudes, y en ninguna ocasion sossiego alguno, con que desta manera afligiendome de lo que en razon pudiera estar alegre, passè la mayor parte del dia, hasta que visitado de mi amigo Don Martin, por no darle a entẽder tanta flaqueza, mostrè en mi rostro menos inquietud, y mas alivio, aunque no tanto pudo dissimularse mi contento, que èl no dexasse de conocer su novedad. Este curioso intẽto dio presto a entender con ruegos y palabras, y yo por èl consiguiente, como quiera que fi na dèl los mayores secretos de mi alma, sin fermas apretado le comuniquè el concierto que auemos dado (y pluguiera a los cielos primero se acabara mi vida) y en fin Gerardo, aunque entonces no aduerti tanto como deuiera en las acciones de su rostro, despues, y quando le

entẽ-

entenderlo no tuuò remedio, cà en que mortalmẽte se auia entristecido D. Martin, luego como oyò de miboca la nueua causa que me tenia inquieto, mas estauan mis ojos de passion tan ciegos, que ni repararon en su tristeza, ni menos (aunque la conocieran claramente) juzgaran cosa que pudiesse redundar en su daño. Roguele vltimamẽte, que como soliame acompañasse, y èl condescendiendo con mi gusto, lo hizo, y assi, boluiendo a su casa, para salir mejor apercebido, despues de algunas horas tornò a la mia; en quien pareciẽdole mudar conmigo capa, y sombrero, lo efetuò diziendo irìamos assi con mas dissimulacion, con que llegando a la calle, y puesto acostumbrado, siendo algo tarde, hallè a sme nia que esperaua; a la qual saludandola porque me conociesse, con ayuda de mi amigo, en vn punto me puse en el paredon, desde adonde, querièdo subir a la ventana, apenas para executarlo me preuine, quã lo arrojandose en la misma calle dos hombres, embistieron desapoderadamente a Don Martin, con el qual (si bien a mi parecer resistidos valientemẽte) dieron principio a otra semejante escaramuça como la passada, pero no preuiniendo por entonces otra sospecha, cierto de q̃ sin duda auiamos sido espiados, saltè al suelo, y poniendome a su lado, facilmente los fuymos sacando de la calle, y como yo no deseasse otra cosa mas que apartar a mi contrario de aquel puesto, viẽdole q̃ en gentil compàs se retirava, desuerte le aprettè, que alfin huuo de boluer las espaldas, siguiendole por mejor a huyẽtarle, tres, ò quatro calles, hasta que cansado, di despues de algun espacio, buelta al mismo lugar, en quien no hallando a Don Martin, ni menos rastro alguno de la pendẽcia, sospechã, do que a èl le avria sucedido lo mismo que a mi, no tratando de esperarle mas, tornè a subir en la pared para poner en conclusion mis deseos, mas hallado la ventana muy bien cerrada, y oyendo a la parte de adẽtro algun rumor, pensando que sin duda con el de las cuchilladas auiamos sido sentidos, me bolui a baxar, y con tan desatinado dolor del nueuo acaecimiento, que estuue a pique de hazer de aquesta vida vn desesperado sacrificio.

No

No pude en toda aquella noche dar à mis cuidados vn pequeño espacio de sossiego, a quien el consuelo que con el dia les vino, fue tal, como presto sabreis. Serian las diez de la mañana, quando la criada de Ismenia, mas que nunca alborozada, y contenta, entrò por mi aposento, y dandome vn papel, me dixo, si estaua mas alegre, y menos vergonçoso, que la passada noche. No entendi al proposito que hablaua, y assi respondiendo la bien diferente del suyo, la pregũtè, si auiamos sido sentidos, con que replicandome, que no, vltimamẽte la despedi cõ mas gusto, que el que hasta aquel punto auia tenido; pero duròme su alegria lo que tardò la vista en leer las razones del villete de Ismenia, las quales eran las que se siguen.

Como en mi vida tuue mas alegre noche, assi nũca mi gusto pagò mayores desuentos; porque si bien vuestro mudo silencio entristeciò mi alma, el peligro en que primero os vi, y el temor que aun hasta agora tengo, ignorando si llegastes seguro a vuestra casa, me ha tenido, y tiene en vn mortal cuidado; y assi, amado esposomio, os suplico, no me dexeis de ver esta noche, pues ya estais obligado a conocer lo mal que passarè sus prolixas horas, sin boluer à gozar de vuestra dulce, y amorosa presencia.

Aun oy, Gerardo, llegãdo a considerar aquestas cosas, tiẽblo la turbacion, y espanto con que entonces se confundiò mi alma, leyendo vna, y mil vezes las razones de aquel papel, y considerando juntamente las que primero su criada me auia dicho; mas reconociendo que hasta ver à mi querida Ismenia, se trabajaua en vano mi cansado espiritu, huue de armarme de paciencia, esperando a que llegasse la noche, en quien aun antes de la acostumbrada hora, me fuy à la posada de Don Martin, tanto con pensamiento de llenarle conmigo, quanto por saber lo que la noche antes le auia sucedido; mas aunque vna, y muchas vezes llamè a sus puertas, ninguno me respõdiò, con q̃ huue de proseguir mi viaje solo; llegando al puesto, y subiendo sin cõtradicion alguna en la pared, y poco despues en la ventana, adonde ya me esperaua Ismenia.

Pareciame entonces, caro amigo, q̃ descoyuntandoseme

los

los huessos de mi cuerpo cruxian en èl, temblando fuertemente: y que el afligido coraçon, oprimido de algun futuro daño, dàdo impetuosos saltos enel pecho, sequeria deshazer y partir, y en conclusiõ, nunca mayor tristeza se apoderò de mis sentidos, y potencias, como quiera que la ocasion presente era la que con mas crecido gusto auia mi alma deseado. No dexò de conocer Ismenia mi turbacion, no obstante que estauamos sin mas luz que la de sus claros, y hermosos ojos, y assi con igual sobresalto, y algunos terniísimos suspiros me comẽçò a dezir: Es posible, Don Iayme, que aueis de mitigar nuestros contentos cõ tan extraordinaria tristeza; à noche no gustastes que os viesse, ni menos quisistes hablarme dos razones, auiendo tantas q̃ dezir a vna muger, que con tanta voluntad, y amor os entregò la possession mas estimada de su persona, y oy con la misma suspension parece que quereis proseguir en vuestra estrañeza? por Dios os pido, señor mio, que no passe adelante en enfado, cuya ocasion ignoro, ò a lo menos, que me deis parte dèl; pues ya no es justo, q̃ de qualquiera daño, ò prouecho vuestro de xe Ismenia de participar. Que dolor seria bastãte à igualar el q̃ mi alma padecia, oyendo tan amargas, y nunca imaginadas desventuras? O que lengua, ni palabras avrà, que basten a significar el rabioso tormento de mi coraçon, viendo con semejante simplicidad tratar à Ismenia los mas arduos, y estimados negocios de mi vida? con todo, sin dexarme rendir de mi passion, procurè entender lo mejor que pude, si eran acaso burlas, las que yo siempre tuue por veras; y assi viendo a mi dama, que con oirme negar la entrada en su aposento la noche passada, se iba sumamente alterando, conociendo claramente, q̃ otro auia sido con ella (miẽtras tardè en la prosecucion de la pendẽcia) sustituto de mi persona, fue tan terrible la pena que se apoderò de mi coraçon, que sin bastar el afligido espiritu a reprimir su violencia, quedè por mas de vna hora desmayado entre los brazos de la burlada Ismenia: la qual en tanto, auiẽdo hecho sacar vna luz, y conociendo en la perdida color de mi desfallecimiento el accidente verdadero de su daño,

no

no pudiendo en el ardiente amor que siempre auia en mi persona reconocido poner duda mayor, poco a poco começò a caer en la cuenta, persuadiendose que infaliblemente auia sido engañada, y con mayor eficacia acabò de creer esta verdad, luego como hizo otra experiencia, que bastò a dexarla aun mas certificada, porque acordandose en aquel pũto de vn pequeño Relicario, y bolsillo, que pendientes de vn cabestrillo de oro, y seda, se auia olvidado entre las almohadas de la cama, el que tan a costa desu honra la auia ocupado, hallò abriendole entre otras reliquias, y papeles, vn libricopequeño, q̃ con iluminaciones vistosas, y menudas letras, tenia esculpidos los quatro celebrados Euãgelios, estãdo juntamente en sus primeras hojas escrito el nombre de su dueño, que era el mismo de mi falso amigo D. Martin. lo qual apenas la criada entendiò, quãdo llorando con tierno sentimiento, buelta a la afligida Ismenia, y a mi, que ya estaua cõ mejor acuerdo, nos dixo desta suerte: No ay para que trabaje señores mios, vuestra imaginacion, y cansado espiritu, pretẽdiendo buscar mayores muestras desta verdad, porque no abitablemente el mismo Don Martin ha sido de quien esta traycion auemos recibido; la qual saben los cielos, que pudiera yo propia auer escusado, si el temor de alguna desvẽtura no me huuiera forçado a callar, como quiera que nũca llegùe a persuadirme, que susinfames, y viles pensamientos pudieran tener tan atreuidos fines; y assi sabreis, que luego como los passados dias os ausentastes desta Ciudad, dexando para mejor comunicaros, a cargo suyo vuestra correspondencia, yendo a lleuarle por mandado de mi señora Ismenia, la primera carta que os escriuiò, despues de muchas cosas que tratò conmigo entonces; vltimamente me dixo lo mal que mi señora lo hazia en quereros; porque no tan solamente era al reuès de vos correspõdida, sino que pretendiades con semejãte engaño vengar en su honra las enemistades de vuestro linage, y que para mas euidente muestra desta verdad, en aquella misma ocasion, agena de lo q̃ a su amor deuiades, auiendo sacado de vn Conuento de Monjas cierta dama p-

esta,

estauades en vuestro lugar, dã-
do con ella alegre, y gustosa
vida. Pero aduirtiome el atre-
uido, y falso caualliero con tan
desiguales afectos estas razo-
nes, y supo en ellas disimular
tan poco su passion, que sin
mas conocimiento de su enfer
medad, penetrè los achaques
de adonde redundaua; y no pa
raron en sola aquella vez sus
diligẽcias, antes en quãtas tu-
uo ocasion de verme, boluiò à
la misma materia, declarando-
se finalmente conmigo, y tan-
to, que llegò a ofrecerme algu
nas joyas de valor, prometien-
dome aun mayores intereses,
si con mi industria daua à entẽ-
der su voluntad a Ismenia, y
juntamente insistia en hazerla
creer el engaño con que devos
era tratada, y el intento a que
se enderezaua vuestra aficion;
mas la que siempre tuue a vues
tro noble proceder, y el amor,
y fidelidad que à mi señora de-
uo, me obligarõ, no solo a cer-
rar los oidos a tan viles razo-
nes, sino a perluadir a Ismenia,
para que assi solicitasse vues-
tra venida; la qual apenas entẽ
diò Don Martin, quando con
dissimulado, y risueño semblã-
te me quiso hazer entender,
que todas sus passadas diligẽ-
cias auian enderezadose, tanto
a la experiencia de mi fideli-
dad, y secreto, quanto a la cõs-
tancia, y firmeza de mi ama; cõ
que si bien destas razones pre-
sumi, que era curarse en salud,
no por esso me atreui a dezirle
ninguna dellas a Ismenia, pare-
ciendome, que si desu boca lle
gauan a noticia vuestra, no se
podia escusar entre Don Mar-
tin, y vos vn gran disgusto, que
finalmente auia de redundar
en daño mio, y deshõra della,
y de sus padres. Este, si bien cõ
siderado silencio, es quien oy
mas ha hecho en vuestra ofen-
sa; pero si ya tan sano intẽto, no
escusa à su dueño del castigo q̃
no merece; aqui estoy, tomad
en mi, señores, la vengãça que
mejor os pareciere. Con esto
cessando su lastimosa platica,
y discutriendo todos en las ac-
ciones, y circunstancias deste
miserable sucesso; cõsiderãdo,
aunque tan sin razon, y coyun-
tura, la nueua diligẽcia de tro-
car aquella noche conmigo
D. Martin capa, y sombrero, y
luego el acometimiento que
aquellos hombres tan à tiẽpo
crudo me hizieron, y el facil re
tirar de mi contrario, compas-
sando los terminos, y espacio
que pudo tener para entrar el

fin-

fingido amigo en la quadra de Ismenia; y vltimamente en silécio, que guardò mientras cõ ella estuuo, y el auer primero pedido la mandasse quitar la luz, y en fin su turbacion, y sobresalto, claramente, y sin alguna confusion de todas estas cosas, llegamos a conocer, que no solo Don Martin auia sido dueño de aquella maldad, sino juntamente autor de la pẽdencia, concertandola con algunos amigos, ò criados suyos, en la forma que sucediò, para que en tãto que en su prosecucion me detuuiesse, pudiesse tener su traycion seguro efeto; de cuyas verdaderas señales, satisfecha la afligida Ismenia, no ay entendimiento humano que pueda reducir a breue suma el numero infinito de sus lagrimas, el abundancia de sus suspiros, el apreto de sus congojas, sus gemidos tristes, sus ansias, y desfallecimiento. Mil vezes, buen Gerardo, la tuue entre mis braços casi muerta, y otras tantas sospecho me viera yo en la misma forma, si el rabioso deseo de vengança, y el ardiente corage de mi coraçon, no me alentaran, y dieran fortaleza. En fin, considerando que por mi causa Ismenia auia recibido tan grande injuria, y la precisa obligacion que por tantos caminos para satisfacer me corria, consolando su pena con las razones que mi dolor acertò a explicar, abraçandola tiernamente, me despedi de su presencia, con firme y verdadera promessa, que primero la hize, de no descansar, hasta que su honra quedasse igualmente restaurada.

Luego el siguiente dia, con el tormento que el alma me afligia, procurè con prudente dissimulacion espiar la casa de mi aleuoso amigo, de quien sin dilacion supe se auia ausentado la mañana antes, de la ciudad; y fue sin duda el caso, que como èl hallando menos el relicario, conociesse, que su maldad estaua por aquel camino descubierta, y sobre todo sin escusa para con Dios, conmigo, y cõ los hombres, tuuo por acertado el ocultarse; si bien juntamente deuio de arrepentirse, porque no ay que dudar, sino que el verse metido en tan peligrosa inquietud por vn leue contento, y esse hurtado a su mayor amigo, auia de remorderle, y fatigarle.

No dexò de causarme aun nueua pena esta impensada au-

sencia tanto por lo que mi ven
gança se dilataua, quanto por
el ignorar donde assistia: mas
el piadoso cielo, à quien ya su
maldad tenia irritado, fue ser-
uido, q̃ por el camino que pre-
tendia encubrirse, y alexarse,
viniesse yo à entender el lugar
de su assistencia, poniendome
en el pensamiento que acudies
se vna, y otra vez al correo, y
estafeta, en cuyas listas hallãdo
cierto dia cartas para vn pri-
mo suyo, las tomè, abrì, y leì, sa
biendo en ellas, aũque no eran
del mismo Don Martin, sino
de vn hermano de la persona a
quien venian, como quedaua
mi contrario en Oran: y assi-
mismo, q̃ embiaua à pedirles
dineros, y vnos baules de ropa
de cuya venturosa nueua auis-
sando a Ismenia, sin mayor di-
lacio̅ me partì a Oran, resuelto
en matar a mi contrario; y con
tanto, prosiguiendo el cami-
no, auia seis dias, q̃ en vna Tar-
tana llegùe al puerto de Ma-
çalquibir, de quien temiendo
el ser descubierto, no salì hasta
ayer, q̃ procurando ante todas
cosas informarme de vno de
los soldados de aquel fuerte, si
D. Martin estaua en la ciudad,
al punto que lo supe, dandole
algunos escudos, porque con
mas voluntad hiziesse la dili-
gencia q̃ traìa preuenida. Vlti
mente le roguè que le llamas-
se, dandole a entender, q̃ en la
tartana (que yo fingi venìa a
mi cargo) estauan vnos baules,
y dineros q̃ de Zaragoça le ve
nian remitidos, que conuenia
se entregassen aquel dia al mis
mo dueño, por quãto el baxel
auia de salir forçosamente con
las brizas de la noche para Es-
paña. Todo esto creyò por infa
lible el soldado, y assi codicio-
so de q̃ lleuando nueuas tales,
no podriã faltar sus albricias,
puso en execuciõ mi voluntad
y con tan dichoso efeto como
ya vistes; porque aun no era
puesto el Sol, quãdo el mensa-
jero boluiò, trayendome por
respuesta, como ya Don Martin
quedaua preuiniendo su veni-
da, la qual solo por esperar vn
cauallo, suspẽdia, a cuya causa
le embiaua a el delãte, para pe
dirme de su parte le esperasse,
por que no obstante que salies-
se de noche, no dexaria de ve-
nir a desembarcar su haziẽda.

Con este auiso, en despidien
dose de mi el soldado, pagãdo
a vno de los Alarabes de paz,
que assistia en el puerto, ven-
diendo, y comprando algunas
cosas, vn razonable cauallo en

que

que auia venido, y bien induſtriado en las trochas, veredas, y camino dela ciudad, tomãdo el que mas curſado, y ſeguido me pareciò, lleguè a poco mas de la mitad del viage, adonde encubierto con la eſcuridad, y ſombra de la noche, quanto cõ la fragoſidad, y altura de las peñas, preuenido de vna ſegura adarga, y fuerte, lãca, eſperè mas de quatro, ò ſeis horas ſu venida, haſta que dudando en la diligẽcia del ſoldado, y deſconfiando de mejor ſuceſſo, huue de dar la buelta por dõde auia venido: mas apenas auria caminado media milla, quãdo ſintiendo q̃ me venian ſiguiendo paſſos de cauallos, reparando en el mio, aguardè à ver, no ſin pequeño ſobreſalto, lo que ſer podia, y reconociendo brevemente, que muy apreſſa ſe me acercaua vn hombre de acaballo, y como yo tambiẽ apercebido de iguales armas, queriendo, para mejor conocerle atrueſarme en el camino, aun no lo puſe por obra, quãdo llegò a emparejar conmigo el traidor a quien yo eſperaua, el qual, ſaludãdome primero, preguntò ſi caminaua al puerto?

Eſtaua de alegria, y turbaciõ mi coraçon rebentando en el pecho, y aſsi no sè como entõces acertè a reſpõderle menos que con la lança, mas aunque a ſu villano proceder no deuia alguna corteſia, con todo le repliquè, diziendo deſta ſuerte: No voy al puerto falſo D. Martin, porque tu ſolo eres en quiẽ la ſatisfacion de mi vengança puede hallarle ſeguro. Y aſsi defiende tu perſona, porque te hago ſaber, que no he atrueſado el mar furioſo para bolverme a la afrentada Iſmenia, menos que con tu infame cabeça. Bien creo que a eſta voz no ſe hallaria muy guſtoſo mi contrario, con quien vltimamente (ſi bien tuuo otras diferẽtes replicas) como de ſu maldad yo iba ſatisfecho, al fin no pudo mi ayrado eſpiritu dilatar la execucion de ſu colera, remitiendo a las manos la vengança que el cielo permitio tomaſſe con tan hõrados teſtigos como fuiſtes vos, y vueſtros valeroſos cõpañeros. De la bondad de Iſmenia yo eſtoy tã ſatisfecho, como del caſtigo merecido de ſu injuria, la qual pienſo ſoldar, pues cõ tãto honor mio puedo ya hazerlo, cũpliendola mi palabra. Eſte es Gerardo mi reſuelto parecer, y eſte intento me buelue a

España, mas alegre, y consolado que della sali, porque tẽgo por cierto, que de otra suerte, ni puedo cumplir con las obligaciones de mi amor, ni tampoco con la mas essencial, y forçosa de mi alma, que es la que deue vn hombre cõ mayor seguridad anticipar a todas las acciones, y respetos humanos.

No passò cõ sus razones adelante el generoso Aragones, y assi aduirtiendo Gerardo el fin de su notable historia, no con menos espanto del successo, que alegre, y satisfecho de la justa vengança de Dõ Iayme, le dio de su discreta relacion las deuidas gracias, animando juntamente con prudentes razones su honrada, y loable determinacion; y con tal presupuesto, con general contento de todos, al descubrirse el alua del siguiente dia, tomaron el puerto de la antigua, y famosa Cartagena, donde con mas crecido gusto de Gerardo, hallaron la naue en que Nise, y Iacinta se auian perdido; con lo qual, deseando saber dellas, lo primero que hizo en saltando en tierra, fue a buscar al patron, de quien siendo recibido con mayor admiracion que Gerardo presumia, le informò de todo lo que hasta aquel pũto les auia sucedido, desde que del Vergantin impensadamente la borrasca del mar los apartara, diziendole, como forçados, y no siẽdo posible tomar la derrota de Oran, huuieron de boluerse a Cartagena, de donde la hermosa Nise, satisfecha que Gerardo auia perecido en las profundas aguas, llorando amargamente su desdicha, se boluiera a Cesarina, acompañada de los criados q̃ con ella venian, haziẽdo (aunque por diferente via) Iacinta, y la cautiua Christiana, no con menos dolor, y lagrimas, otro tanto; si bien no supo el camino que estas dos eligieron.

Aquesta informaciõ, no obstante que por el disgusto de las damas afligio mucho a Gerardo, por otra parte igualmente le fue ocasion de alegria, entẽdiendo, que al fin salieran libres de tan espantosa tormenta: y assi teniendo por cierto, que Iacinta segun su pretensiõ, abria tomado la buelta de Castilla, deseando cumplirle la palabra ofrecida, propuso ir en su busca, pareciendole, que quando el hallarla no tuuiesse efeto, por lo menos se acercaua a los ojos de su madre, y her-

hermano Leoncio, con quien ya llenaua determinado tratar su mas resuelta, y vltima volũtad, que era pagar con recompensa digna de su agradecimiẽto, el firme, y conocido amor de la gallarda Nise. De todo lo qual dando al valiente Dõ Luy me estrecha cuenta, y ofreciendose el vno al otro para la disposicion de sus intentos, con nueua voluntad las propias vidas, y despidiendose juntamente de los Christianos, y cautiuos, el Aragones se partio a Zaragoça, y nuestro caualiero deseando executar su pensamiento, preuino con mayor facilidad el camino, atropellãdo en pocos dias con su diligencia largas jornadas; hasta que en la tercera dellas, no siendole possible otra cosa, huuo de hazer noche en vna venta, no muy distante de la imperial, y nobilissima Toledo, adonde auiendose apeado (si bien mas necessitado de otra mejor comodidad) huuo de contentarse con la que suele hallarse en tales casas, recogiendose despues a vn pequeño aposento, en quiẽ con intencion de madrugar, de suerte q̃ pudiesse entrar antes del dia en la ciudad, se recostò vestido encima de vna cama. Traiale el trabajo cõtinuó del viaje en estremo cansado, y assi, aunque entonces acabaua de anochecer, facilmente se apoderò del el primer sueño, de quien despues de algunas horas le despertò el solicito cuydado de su jornada, tanto como el acostumbrado, y natural distinto de los gallos, de cuya musica siruiẽdole de relox, juzgò, q̃ entonces era la media noche, y pareciendole demasiadamente temprano para salir dela venta, quiso bolũerse a su primer reposo; aunq̃ salteado de varios, y confusos pensamientos, no pudo dormir mas, conque desvelandose en su cõsideracion, largo espacio estuuo desta suerte, hasta que oyendo hablar muy cerca de su cama, con la subita alteracio que recibio, antojandosele que era dentro de su mismo aposento, se leuantò en vn punto, y llegando a la puerta del, conociẽdo por el tiento de la mano que estaua cerrada, y como èl la auia dexado, menos turbado se boluio a su lecho, en quiẽ oyendo nueuamente el passado rumor, atendiendole con mayor quietud, facilmente salio de duda, aduirtiendo, que los que le hazian estauan en

otra quadra, a quien de la suya diuidian por la parte de la cabecera vna pared de tablas, y algunos paramentos antiguos; por entre los quales diuisando se vnos pequeños rayos, y vislũbre, pudo curioso ver a dos hombres, que a la luz de vna vela hablando (y bien descuydados de que nadie los oyesse) litigauan, diziendose el vno al otro las razones siguientes: Nunca desde que nos conocemos (que va para seis años) te he hallado cõ mayor flaqueza, ni menos atreuimiento en semejantes ocasiones; cosa que me tiene tan corrido, como pesaroso de que esta gente aya parado en tu venta, pues en otra qualquiera del camino sè que se huuiera ayudado mejor mi intento, no dexando perder tan seguro lance.

A estas palabras vio Gerardo que el compañero, conocido (segun sus razones) por el dueño de la posada, respondia de aquesta suerte: No es cobardia Ieaguirre, la q̃ en mi ves, porque si de esta me huuiera abroquelado los años de mi assistẽcia en tal lugar, ni yo pudiera auer sustentado mi familia, ni menos huuiera acrecentado el caudal, que me ha dado nõbre de ricõ en toda esta comarca: y assi puedes creer, q̃ solamente el deseo de no emprender sin fruto aqueste caso me tiene indeterminable, tanto como dudoso de que puedan ser los sugetos q̃ he visto, capazes de tãta riqueza, pues aun sino me engaño, pienso q̃ limitauan por falta de dineros la cena desta noche. Segũ esso (replicò Ieaguirre) ò no aueis entendido mis razones, ò le negais el credito que merecen. Ya os tengo referido, que mis propios ojos (aunq̃ con recato) fueron testigos de las joyas preciosas que del puerto sacaron, adonde ni antes, ni despues he perdido a sus ducãos de vista; porque no obstante q̃ allà posamos jũtos, he venido siguiendole, hasta hallar ocasion, y la que aora nos ha ofrecido el tiẽpo, es tã dichosa, q̃ podemos quedar entrambos ricos, y disculpados; porque auiendo como ay esta noche otro huesped en casa, podremos (arrojando por aqueste cancel de tablas algunas de las joyas en su aposento) dar facilmente a entender q̃ el ha sido autor de nuestra obra, declarando los dos, y vuestra gente lo q̃ con mas sagacidad nos parezca para hazerle culpado.

Con

Con esta resolucion diabolica, acabando su platica, vltimamente se conuchciò el vêtero, y assi, no deteniendo su dañado proposito, tomâdo el vno dellos la vela en la mano, se desaparecierõ de los ojos de Gerardo, dexandole el mas alterado, y confuso que en su vida estuuo, considerando el peligro que por vna, y otra parte le rodeaua; mas pareciendole, que el menor (aũque de mayor riesgo) era impedirles la execucion de su maldad, en vn instante, reuestido de animoso furor, se dispuso a hazerlo, y assi, tomando vna general pistola, q̃ para seguridad de su viage auia comprado en Cartagena, y jũtamẽte la espada, saliò del aposento al punto que los dos ladrones acabauan de leuantar de quizios las puertas de otra quadra, que auia en el mismo portal, en quien a esta hora començaron a oirse tristes, y lastimosas vozes de algunas mugeres que se quexauan: con lo qual, no queriendo el buen caualléro detenerse mas, y no le pareciendo ocasiõ aquella de guardar cortesia, arremetio a ellos, no con la flaqueza, y cortedad de animo que suelen tener los tales en semejantes sucessos, sino como rabiosos enemigos, viẽdo su trayciõ descubierta boluieron a embestirle, mas teniales Gerardo ventaja, tanto con el valor de su persona, como en sus armas; y assi disparando al vno la pistola, se conociò su daño, porq̃ haziendole las valas pedazos el braço derecho, cayendosela espada, dio consigo en el suelo vẽcido del dolor, si bien el cõpañero tuuo entonces lugar para mas a su saluo herirle de vna punta, con q̃ reconociendo el golpe (que fue en la frente) no ay ingenio q̃ pueda ponderar su arrebatada colera, de quien fuera imposible librarse el vil contrario, si a su justa indignacion ayudara mejor la lumbre de la vela, a la qual, siẽdoles el desampararla forçoso en el principio dela pẽdencia, pisandola (aora impensada, ò aduertidamente) el que cõ Gerardo reñia, dexando todo el portal a escuras, dilatò su castigo al mismo punto que con grandes aldauadas, y vozes, llegando de camino mucha gente, començaron a pedir les abriessen. Era el rumor que dentro auia, quexandose el herido, gritando el ventero, y llorando las mugeres, y gente de la ca-

casa, tan espantoso, y grande, que ni ellos, ni los de fuera se podian oir, ni entender, hasta que animandose el que de la pistola estaua maltratado, pudiendolo hazer sin impedimẽto de Gerardo, que con la escuridad se auia arrimado a la pared, atentando diestramẽte la puerta, leuantando el pestillo, le abriò en vn mismo instante, y hallando en ella a cinco, ò seis personas de a cauallo, que eran los que auian estado llamãdo, cõ terribles, y dolorosos gritos los detuuo, diziendoles, que no entrassen en la venta, porque estaua en ella vn famoso salteador, el qual, por robar a dos pobres mugeres, en cuyo seguimiẽto deuia de venir, queriendo èl, y el vẽtero resistirselo, los auia acometido con vna pistola, y enseñandoles con esto el braço roto por dos, ò tres partes, y juntamente la sangre que por las heridas derramaua, creyendo su maldad, cõ notable lastima, los vnos trataron de curarle, y los otros pareciendoles justificada accion la que emprendian, tomaron por acuerdo el cercar la casa, no passando mas adelante, tanto por escusar el peligro de los que dentro estauan, quanto porque escapãdose el agressor de aquel delito, no quedasse sin la pena merecida. Y assi persuadidos de lo que oian, y vian, con tal resolucion se pusieron en diferentes postas, haziendo vela hasta el siguiente dia.

En tanto la gente de la venta estaua en recatado, y temeroso silencio, porque Gerardo sintiendose herido, y no hallãdo camino de vengarse, solo tratauã en medio de tan confusas tinieblas de apretar su herida, escusando el desangrarse de aquella suerte. Y el hõrado ventero con el temor de otra vateria, hecho vn ovillo, y sin menear pierna, ni braço, callaua agaçapado entre vnas mesas, y las personas que primero llorauã, conociendo su buena, ò mala suerte, dependiente del dia, esperãdole con votos, y plegarias, se auian escondido en diuersas partes. Pues los de fuera menos les parecia el arrojarse con la escuridad de la noche, y por agena causa, en tan cierto peligro, y assi cõformes los vnos, y los otros, solicitauan la venida del Sol, con quien apenas sus rayos coronaron las cumbres, quando siendo a todos patente lo mas secre-

secreto de la venta, el dueño
falso della salio a la calle, refor
çando la opinion del compa-
ñero, y apellidando la santa
Hermandad, de quien era qua-
drillero, y ministro, con q̃ los
caminantes dando vozes a Ge
rardo, llamandole ladrõ, y sal-
teador, cõ crueles amenazas le
dezian, que se rindiesse, y por
otra parte los que auian pade-
cido el mayor miedo (que erã
vnas mugeres) desde adonde
estauan con mayores gritos im
plorauan el fauor del Cielo, y
el ayuda de los que no sin mu-
cha lástima, y compassion las
oian: cõ todo lo qual verdade
ramente mas parecia la venta
casa de encantamento, ò mo-
rada de espiritus fantasticos, q̃
posada, y paradero de cami-
nantes. Estaua (entendida la
diabolica industria) el buẽ Ge-
rardo tan afligido, como inde
terminable, sin saber que con-
sejo seguir, ò de que parecer, y
remedio aprouecharse; y pue-
do sin escrupulo afirmarme en
que nunca se vio perseguido su
noble animo de tan afrentosa
causa; pero librando en su in-
culpable intento el sucesso des
tas cosas, y confiando sobre to
do en la misericordia de Dios;
vltimamente se determinò à
salir, y poniendose en los vm-
brales de la puerta, apenas qui
so dar satisfacion a los que le
cercauan, quando conocio en
medio dellos a su propio her-
mano Leoncio, cuya repentina
vista le turbò de tal suerte, que
sin saber lo q̃ hazia, dexò caer
de las manos la espada, y la
pistola; lo qual no huuo hecho
quando assimismo, pensando
que aquella era señal de su ren
dimiento, el ventero, y los de-
mas apechugaron con el, abra
çandole vnos fuertemente, y
otros pidiendo muy apriessa
cuerdas, y sogas para atarle, y
esto con tanto estruendo, y al-
boroto, que aunque Gerardo
cõ mas acuerdo daua vozes, y
se nombraua por hermano de
Leoncio, no pudo ser entendi-
do, ni menos conocido por te-
ner de la herida de la frẽte cu-
bierto el rostro de reciẽte san-
gre, hasta que atendiẽdo Leõ-
cio con mayor cuidado, rom-
piendo el coraçon los amados
ecos de la voz conocida: y ha-
ziendo apartar de encima del
à vnos, y a otros (aunque desfi
gurado, y sangriento) clarame
te conoccio su persona, a quien
abraçando cõ increible espan-
to, y vertiẽdo de alegria amo-
rosas lagrimas, no se cansaua

de

de mirarle, ni menos de ceñirle con sus braços, dexando cõ tan marauilloso conocimiento a los circunstantes embelesados: los quales, como quiera que fuessen criados de Leoncio, oyendola hazer tales extremos, y cayẽdo en la causa verdadera que tenian delante, locos de alegria, y alboroçados con la presencia de su cautiuo dueño, no sabian con que regozijos, y contentos celebrar su venturosa suerte. En esta sazõ oyẽdo las miseras mugeres lo que a la puerta de la ventana passaua, dãdo infinitas gracias al Cielo, q̃ de tan graue riesgo las libraua, enjugãdo los ojos de su passado llanto, salieron adonde pudieron ser de todos vistas: mas aunque venian vestidas en habito de peregrinas, apenas los dos hermanos las miraron, quando Leoncio conocio el rostro de Iacinta, y Gerardo el de entrambas; porque la que la acompañaua, era la cautiua que desde Argel la auia seguido.

La turbacion de la afligida dama fue tan grande, viendo a Gerardo, que entendio, si en la escuridad, y desventura de la noche passada le sucediera, fuera caso posible caerse muerta: porque como viniesse tan persuadida, en que (segun ya queda escrito) èl se auia anegado, llano es que con su vista el alma, y los sentidos se ofuscarã temerosamente; como assimismo Leoncio, no obstante su valor, juzgaua de Iacinta (con causa igual) que era fantasma, ò sombra, mas sacoles de aquesta confusion el buen Gerardo, q̃ abraçandola amorosamente y desengañando en breues razones a su hermano, les dexò de sus nouedades, y dudas tan satisfechos, como deseosos de vengar aquel vltimo caso en las personas del ventero, y su amigo. Pero escusoles deste trabajo su mejor diligencia: porq̃ temiendo (desde el conocimiẽto de los dos hermanos) aquel sucesso, se auian puesto en cobro; con q̃ informado Gerardo de q̃ la jornada de Leoncio era solo a lleuar hasta Valencia el rescate de su persona, q̃ antes no se auia podido preuenir, no siendo necessario passar adelãte, dieron buelta a la querida patria, trayendo consigo a la hermosa Iacinta, y su cõpañia.

No les pareciò sobresaltar con su impensada vista la de su madre, y casa, y assi, mandãdo adelantarse a vn criado, preuinie-

nieron esta diligencia, auisandola de quanto passaua, caminando poco a poco aquellas dos jornadas que les restauan, en cuyo viaje, dando Gerardo mas particular cuenta a su hermano de los sucessos de su cautiuerio, tuuo tambien el descuento del, haziēdole sabidor de algunas cosas q̄ auian passado en Granada, luego como se ausentara della, entre las quales, las de mayor importancia, y aun disguito para Gerardo, fueron la muerte de su verdadero amigo Arsenio, à quien el cielo antes de llegar la bien merecida, y desseada libertad, dando fin a sus temporales trabajos, le llenò a su descāso eterno: y assimismo, la sentēcia del nueuo Leandro, y galan de la hermosa Violante, a quien por vn prolixo, y largo termino, remitieron los juezes al presidio y fuerça de Larache. Nueuas fueron aquestas, y principalmente las de Arsenio, que escusando el dolor de su agradecido animo, perdonara a Gerardo de buena voluntad, mas cōformandose con la de su hazedor, huuo de consolarse, tēplando cō la vista de su madre (a cuya presencia llegò el figuiēte dia) el sentimiento de mayores cuydados. El contento con q̄ fue recibido, siendo tan ordinaria su consideracion, no serà justo gaste la pluma tiempo en escriuirlo. Quatro dias estuuieron los dos hermanos descansando, sin q̄ en ellos se tratasse del particular de Lacinta, à quien (sabiendo como por su medio saliera libre Gerardo del cautiuerio) acariciaua su misma madre con iguales entrañas, con que ignorando lo menos licito de su conocimiēto con regalado termino satisfizo la primera obligacion, hasta q̄ passado este tiempo la hermosa dama, aduirtiendo en sus cosas con mas acertado consejo, y considerando, q̄ de dar a sus padres cuenta de su assistencia, viuiēdo como era possible el defendido esposo, quedaua su persona, vida, y honor en auentura, desistiendo de tal proposito, vltimamēte se dicò lo restante de sus dias a vn recogimiento, lo qual sin ayudarse de fauor ageno podia cōseguir cō las joyas, y piedras de valor q̄ sacò de Argel, porque no tā solamente su riqueza bastaua a suplir el dote, y alimentos de su persona; pero aun el de otras muchas, aunque fuessen de igual nobleza, y assi dando de

aquel-

aqueste parecer cuenta a Gerardo, y Leoncio, conociendo los dos caualleros el loable intento, vnanimes, y conformes le aprouaron, y aunque se litigò algun tanto sobre el lugar, en que mas comodamente pudiesse efetuarse, finalmente conuinieron en q̃ fuesse cierta villa, distante de la Corte seis leguas, y concertado assi, dispuestas las demas cosas necessarias para su execucion, trayendo Iacinta en su cõpañia la cautiua Christiana, q̃ nunca quiso desamparada, y algunas donzellas virtuosas, y pobres, que por medio, y diligencia de su madre de Gerardo se le buscaron, quãdo fue tiempo saliò de Madrid, yendo los dos hermanos acompañandola, hasta tanto que quedò muy de assiento en el lugar, que estaua apercebido, adonde en singular clausura, y abstinencia de vida, no sin particular fauor del cielo (que despues de tan estupendos infortunios la ha reducido) viue oy dia, siendo marauilloso exemplo de sus diuinos, y inuestigables juyzios.

Puesta por obra aqueste dili gencia, con notable alegria de Leoncio, y consuelo de Gerardo, boluierõ a su casa, y no mucho despues, al particular quemas les aquexaua, que era el de la discreta, y hermosa Nise, cuya firme, y constante voluntad, siendo digna de la honrada resolucion cõ que Gerardo pretendia pagarla, fue poco a poco disponiendose, aunque como enlas personas desu suerte tales casos deuen atentadamente determinarse, si bien las nueuas llamas de su antigua aficion le abrasauan el alma, y el deseo de verla, igualmente solicitasse su cuydado, huuo de tener paciẽcia, y sufrir la dilacion que en comunicar, y preuenir algunos inconuenientes tuuo la execuciõ de su intento, para el qual cõ aplauso, y voluntad de sus deudos, y acõpañado dellos, y de su hermano, saliò Gerardo a Cesarina, en quien pensaua (segun el auiso del Piloto) estaua su amada Nise, y assi adornados de bizarras galas, vestidos, y joyas, y todos sus criados de guarnecidas, y vistosas libreas, comẽçaron su camino, tomando por respeto, y deuocion particular de nuestro cauallero, el dela famosa, y celebrada casa de Guadalupe, Santuario, por su diuino dueño, de los admirables, y milagrosos del mundo. No se

tor-

torcia por aquella derrota el viaje, antes les venia a parecer mas breue, aunque no tan poblado, y apacible, cõ que muy alegres, y entretenidos le fueron prosiguiendo. Pretendia Gerardo, para que en Nise fuesse mas crecido el contento, cogerla sin auiso, presumiendo q̃ el tenerle por muerto, y el verle aora tan fuera de su pensamiento viuo, y con el gusto, y voluntad que iba, forçosamẽte auia de acrecentar el suyo, ocasionando a los demas igual regozijo; y assi, por esta causa, no permitiò que la llegassen la nueua de su partida.

Era en esta sazon passado el mas riguroso tiempo de el Inuierno, si bien aun en los principios de *Março* retrocediendo el temporal sus accidentes, boluieron a verse coronados de escarcha los tiernos pimpollos de las yeruas, como de nieue elada las erizadas puntas de los montes, y assi al quarto dia de su jornada, todos aquellos caualleros fatigados de neblas, agua, y nieue, y por lo mas fragoso de las montañas asperas de Guadalupe, caminaron con demasiada incomodidad, hasta que ya cerca de la noche, deseando abrigarse en la primera posada q̃ se les ofreciesse, mandaron a los moços de apie, que guiassen a vna conocida venta, que en aquel parage llaman de la Madalena; pero los pobres iban tan maltratados del agua, y frio, que aunq̃ lo procuraron, aumentãdose su trabajo cõla escuridad y tinieblas q̃ sobreuinierõ, no les fue posible acertar, antes desatinados perdieron la vereda, descaminando tan confusamente a sus dueños, que pudo atribuirse a merced de el cielo no despeñarse en la ocasion: tan impenetrables, y fragosos son en aquella parte los riscos, y peñascos por dõde caminauan. Sintierõ todos igualmente su daño, y aun temiendo el que con mayor rigor les amenaçaua, si quedauan aquella noche sugetos a la inclemẽcia del tiempo, considerando su perdicion, atropados los vnos con los otros, por no diuidirse, y perderse del conserua, y encomendãdo cõ particular cõfiãça su remedio, y guia al milagroso, y Diuino norte, estrella, y luz del Alua, para cuyo sitial, humilde ofrece Cintia sus rayos puros, a aquella dulce, y piadosa Madre de misericordia, a quien Gerardo,

y

y su compañia, iban a visitar con tan afectuoso deseo, quando menos pensaron, sin saber como, ò por donde auiã baxado los peligrosos despeñaderos de aquellas mõtañas; vltimamẽte al pie dela mas alta le vinierõ a hallar en vn profundo valle, y muy cerca de las tapias, y paredes de vna casa de razonable grandeza, aquiẽ llegando alegres, reconociẽdo q̃ por todas partes estaua rodeada de portales, no teniendo ya por tan desabrigado su hospedage, se apearon en ellos.

A esta hora, pareciendole a Gerardo, que no faltaria morador en aquella soledad, que cõ padecido de sus trabajos les diesse mejor acogida, queriendo llamar a las puertas, acercãdose mas a ellas para hazerlo, conociò luego, assi en la forma del edificio, como por otras particularidades que en èl vio, que era hermita la buena posada que tenian, con que escusando el intento, sin persuadirse a que en tan apartado desierto huuiesse hermitaño que los alvergasse, boluio a su cõpañia, mas engañose su desconfiança, porque apenas boluio a dezir lo que passaua, quando sintiendo abrir las puertas de la hermita, vieron salir por ella vn venerable, y anciano viejo, cuyas crecidas, y plateadas canas, tanto como el habito religioso que traia, pronocaron a quelos circunstantes cõ respeto, y deuocion se le acercassen. Estaua viendo cosa tan nueua para sus ojos admirado, si bien con piadosas palabras, y agradable semblante los saludò, pidiendo la causa de tan estraño camino, de q̃ bastantemente satisfecho por Gerardo, y juntamente aduertido el estremo de su necessidad, con entrañas llenas de caridad les ofrecio su alvergue, adonde entrando todos, adereçò con mas diligẽcia q̃ prometia su larga edad, vn razonable fuego, a cuya lũbre (estimãdo por particular regalo) poco a poco se fueron enjugando, recibiendo los que del frio venian mas acosados, con su calor, aliẽto, y nueuas fuerças, cõ que pudiendose mejor disponer la cena, assi delas resultas que venian en las mochilas, como de algunas frutas q̃ el piadoso viejo les sacò, la començarõ dando gracias a Dios que en tan notable aprieto les auia fauorecido, y hospedado en su misma casa. No se cãsauã todos aquellos caualleros, de

mirar

mirar con Interior reſpeto la preſẽcia, y venerable roſtro de aquel ſanto hombre, que a ruego de Gerardo les hazia compañia, pareciendoles teniã delante alguno de aquellos padres antiguos de los famoſos yermos de Scites, y Tebayda, y aſsi, con tal condicion, mas eſtauan pendientes de ſus dulces y admirables palabras, que del ſuſtento, y regalo de la cena, a quien dando fin, boluiendoſe Gerardo, y Leoncio a hazer cõ èl la corteſia ordinaria, no ſe lo permitio, antes atajando ſu intento, ſe leuantò diziendoles, que no a èl, ſino a ſu Criador ſe deuian las gracias, que le ofrecian. Y aſsi tomandolos por la mano, y ſiguiendo los demas llegaron a la peaña del Altar, donde a la luz de vna pequeña lampara, pudieron ver vn deuoto Crucifixo, en cuya celeſtial, y milagroſa preſencia inclinandoſe todos, hizieron oracion, y deſpues queriendo boluerſe a ſu primero aſsiẽto, yendo Gerardo a leuantarſe, conocio que la tierra en que ſe auia arrodillado eſtaua mouediza, y como ſi aquel dia la huuierã para alguna ſepultura rõpido, como en efeto ello era aſſi, de q̃ marauillado, pareciendole coſa nueua que en las hermitas de los yermos, ninguno ſe mandaſſe enterrar, y preſumiendo juntamente q̃ deuian de eſtar muy cerca de poblado, cõ deſeo de ſalir deſta duda, ſe la propuſo al venerable viejo de quien entendido, quando Gerardo eſperaua reſpueſta, aduirtiò, que en vez della llorãdo algunas lagrimas, procurauа encubrirlas, y enjugarlas cõ las blancas madejas de ſus largos cabellos, de cuyo no penſado ſentimiento admirado, y mucho mas q̃ antes codicioſo, para ſaber aqueſta, y la primera cauſa, comẽçò à preuenir las razones q̃ mejor en el efeto de ſu voluntad le parecieron conuenir, y aſsi, con tal intento ſe boluio a dezir las q̃ ſe ſiguen: Honrado Padre, aunque la demonſtraciõ de vueſtros ojos pudiera interrumpir mi propoſito, pues dèl ſe puede preſumir le ha ocaſionado, toda via, haziendo eſta miſma razõ fuerça al deſeo, me obliga a importunaros en nõbre deſta noble cõpañia no eſcuſeis la ſatisfaciõ de mi pregunta, ni menos la ocaſion de vueſtra impenſada triſteza: aſſegurado de que ſiendo neceſſario, qualquiera de los que teneis preſentes

ſabrà

sabrà facilitarla, sin que el mucho cuydado les desanime, ni la tolerancia del trabajo dificulte el seruiros: assi que con aqueste presupuesto, sin dilaciõ podreis aduertirnos, para que siendo de vuestra pena participantes, mejor podamos acudiros, y remediarla. Aun passara adelante Gerardo en sus razones, tanto deseaua disponer la voluntad del hermitaño, mas viendo que començaua a responderle, atajãdo las suyas; con silencio, y cuydado, oyò q̃ assi dezia: Desde que al cielo dediquè en estas soledades mi vida miserable, yo os prometo, hijo amado, que ni han inquietado el alma temporales bienes, ni otros desvelos han acõpañado los de mi saluaciõ, y penitencia, de que con humildes entrañas continuamente alabo a mi Criador, si bien no por aqueste dexo de reconocer y estimar la obligacion en que me pone vuestro noble animo, que pagara en la moneda que me aueis pedido, si el tiempo mas forçoso para vuestro descãso, que para otra menos gustosa ocupacion no lo impidiera: reposad al presente, pues lo requiere el trabajo del camino, que ya podrà ser acompañaros hasta Guadalupe mañana, y entonces os prometo de no solo satisfacer vuestra pregunta, sino que juntamente os contarè, para mayor salud de vuestras almas, la marauillosa vida del venturoso dueño de este sepulcro. Aqui boluiendo con algunos gemidos a enternecerse, dio fin a su razon, si bien con ella creciendo en todos los presentes el deseo, con mas importunos ruegos le pidierõ de nueuo, no librasse en mejor ocasion sus esperanças, conque poniendole delante la incomodidad de sus camas, y la prolixidad de la noche, considerando que assi se engañarian mejor sus largas horas, por no mostrarse mas desapacible, huuo en efeto de obedecer su gusto, y assi, determinãdolo, y boluiendose a la lumbre, hizo la recreassen con algunos secos, y dispuestos troncos, de qüien rodeandose los amigos, y hermanos, pendientes de su menor accion, rompio con tremula, y cãsada voz el silencio mudo, començando a dezir desta suerte.

Siempre en qualquiera herida, mengua el dolor curãdola, efeto de la saludable medicina, pero si alguno cõ descuydo

do la roca, renouandose crece la pena, y aumenta su daño, sucede en mi lo mismo: aquesta noche perdi el mejor amigo, y aunque mi alma, con ser obra de Dios, tiene cõsuelo, no puede su aficion disimularse, al golpe executado en la memoria con vuestra pregunta, yo os obedezco, sacrificando a vuestro gusto mi voluntad, y aunque mi pena en parte se mitiga; presumiẽdo que se ha de diuertir vuestro cansancio, tambien quiero me la ayudeis a lleuar, dando atencion a mis razones, ya la verdad del caso, que os ofrezco, el credito, y aplauso que merece.

Para preuenirme de alimentos, tributo inescusable destos miseros cuerpos, suelo salir vn dia en la semana, importunando con mi necessidad, vnas pobres aldeas, que estan a quatro leguas deste valle, a quien dãdo la buelta, avrà seis años, que obligado del fogoso calor del mes de Iulio, tanto como de las debiles fuerças de mis años, rendi la carga de los fragiles miembros, en el vmbroso margen de vna fuente, origen breue deste vezino arroyo: alli pues (si bien lo mas fragoso destos montes, no lo menos a meno, y deleitoso) hallò mi pensamiento assunto graue, en quien pudo considerando la hermosura, y fragrancia de tan diuersas plantas, copossos arboles, matizadas flores, fecundas yeruas, y cristalinas aguas, remontandose hasta los pies de su glorioso artifice, reuerenciar en ellos las excelentes obras de sus diuinas manos. En esta eleuacion estaua, quando al reboluer los ojos, de vnas çarças saliò vn pequeño resplandor, que de improuiso los deslumbrò, dexandome confuso. A los principios, crei fuessen reflexos de algun rayo del Sol, que desmandado luziendo assi aquellos intrincados espinos, penetraua su mas interior sombra, mas despues, haziẽdo cõ la vista vna, y otra vez la experiẽcia, conocido de aquella breue lũbre que estaua fixa en vn mismo lugar, con que mejor considerado llegùe a sospechar mayores cosas prometiendo al deseo alguna piedra de inestimable precio, òme tal de semejante valor. Leuanteme regido de aqueste pensamiento, y con èl llegando a los çarçales, ayudandome de mi ñudoso baculo, comencè a derribar a sus ramas, haziendo

con igual diligencia, en corto espacio, patente la ocasion, que fue vna silla gineta de marauillosa compostura, y adorno, bordada a trechos de puras y finissimas colores, caparaçon, yestremos, de cuyos arçones pédia vn bocado, cabeçadas, y riendas, si biẽ los alacranes, y pũtas, como las estriueras, y pretales, eran sobredorados, y cubiertos de finissimos esmaltes, y marauilloso artificio. Admiròme semejante auẽtura, y aunque desengañado en mi primera imaginacion, aduerti que los dos hierros auian formado el resplandor luzido; no por esto toquè en la causa del, antes sin mas ventilar su misterio, porparecerme imposible el saberle, boluiẽdo a cubrir los aderezos en la forma que estauan, los dexè a su dueño, prosiguiendo el camino de mi hermita, adonde diuirtiendose el alma en mejores exercicios, cessò de vacilar el pensamiento. Passose despues deste sucesso la semana, hasta que el vltimo dia della, estando en su mitad bien recogido, y cerradas las puertas desta casa, entoldandose el cielo de muchas pardas nubes, no sin algunos truenos, y relampagos, començaron terribles aguaceros, que en este valle, y en semejante tiempo, suelen ser (aunq̃ breues) tan cõtinuos como espantosos. Estaua yo oyendo su tormenta, afligido por el daño comun destos contornos, y assi mouido de tan forçosa caridad, pedia entrañablemente a Dios amparasse sus frutos, y hazẽduelas, aunque en este pũto alterandome vn gran tropel, relinchos, y bufidos de caualos, se suspendieron mis piadosos ruegos, obligãdome turbado, y sin aliento, a auezindarme mas a las peañas, y gradas del Altar, porque entõces indubitablemẽte presumi que eran espiritus diabolicos. Y no tengais a mucho esta sospecha, que os prometo como verdad segura, que no hizo el rumor de vuestras personas, y el estruendo de tantas mulas, y caualos menos horrible efeto aquesta noche, porque assi como entõces, al presente me parecio caso ageno de posibilidad, que humanas plantas pudiessen acercarse a aquesse sitio, el qual (no obstante que està muy cerca de poblado) ha sido, y es por la aspereza desus secretas, y ocultas sendas, para baxar a èl inaccessibles, y

prin-

principalmente desnudo de esperança, y camino a qualquiera hombre de acauallo, de que colijo, que no ha podido emprenderle menos que milagrosamente vuestra venida, y con tales circunstancias, no juzgareis por muy descaminada mi sospecha: y assi, sin salir della, estuue largo espacio, no apartandome del sagrado refugio que me amparaua: mas aduirtiendo que a los mismos passos que aplacauan los cielos su borrasca, juntamente cessaua el estruendo, y relinchos, ya con menos temor llegué a la puerta, pudiendo ver desde sus rejas vn bizarro cauallo, solo, en pelo, vayo el color, aunque los cabos negros, de marauillosa cõpostura, y presencia. Miranle mis ojos con la encogida suspensiõ que he referido, la qual mas aumentandose, aun oy dudo si acaso le hize algunos conjuros, y exorcismos (que de mi miedo bien encarecido) pues os prometo, que a no desengañarme la memoria del primero hallazgo, no le borrara el pensamiento la plaça de demonio, que ya le auia assentado; pero acordandome de la silla que he dicho, discurriẽdo la imaginacion, vino a pensar fuesse de aquel cauallo, y en consiguiente alguna desventura por su dueño, pareciendome cosa contingẽte que se huuiesse perdido, y despeñado, ò muerto de algunos salteadores en el camino real, que passa vna legua de aqui, aun que el ver aquel animal libre, guardado cuydadosamente sus adereços, desbaratando mis discursos frustrauan juntamente esta sospecha. Al fin por no cansaros, cierto de que los truenos, y relampagos, le auian hecho buscar medroso el acogida, me resolui a cogerle, teniendo por mas seguro guardarle yo a su dueño, que no dexarle a la inclemencia de los tiempos, y assi, abriendo para efetuarlo las puertas, apenas oyò el rumor que hizieron, quando se desviò grãtrecho dellas. Auiase la lluuia vn tanto sossegado, con que no por la fuga del cauallo dexò de proseguirse mi deseo, antes tomandole con vna buelta larga la delantera, yendole casi siempre a los atajos, ya acercandome, y ya con mas cuydado preuiniendole, vnas vezes poco a poco, y otras con mas veloz carrera de la que a mis cansados pies se les permite, me vine a

hallar en su seguimiẽto media legua de mi casa. Fuerça era quecõtal exercicio trabajassen mis fatigados miembros, pues no pudiendo tolerar su cansancio, se dexaron caer en aquel campo, adonde esperando algun aliuio, y sin perder de vista el ligero animal estuue algun espacio, y aun estuuiera mas, segun mi desaliento, si reconociendo otros nueuos nublados no me obligara a buscar lugar menos sugeto a la violencia de sus aguas, eligiendo para su defensa, el grueso tronco, y robustas ramas de vn siluestre nogal, que tocando su estremo las mas altiuas rocas destas cumbres, hazen sus hojas sombra a otros muchos penascos de quiẽ està ceñido. Alli pues en llegãdo, apenas quise entrarme, por amparar me de los furiosos viẽtos en vn hueco anchuroso que auia en el, efetos de su prolija y larga antiguedad (si ya no fue labrado de proposito) quãdo se me puso delante vn hombre, que ocupandole, estaua reposado en medio del. Suspendiose con esto mi proposito, aunque en la nouedad creciò el sobresalto, y mas viẽdo que no hazia (si bien pudieran auer sentidose mis passos) mouimiẽto ninguno, antes sentado, y cubierto parte del rostro con sus propias manos, con embebecimiento extraordinario daua de quando en quando profũdos suspiros. El habito, y vestidos, mostrauan en su riqueza el esplẽdor del dueño, y lo que del rostro parecia, supoca edad y aun su gentil semblante. Todas aquestas cosas dauan admiracion a quien las via, causando curiosidad, y deseo para comunicarlas, y assi no obstante que esperè grãrato, por ver si acaso desembuelto de tanta ofuscacion dexaua hablarse, visto que no lo hazia, tomando el dulce nombre de IESVS por delante, le saludè en voz alta, el qual como si despertara de vn apretado sueño, leuantando la vista, me respondio, diziendo: Sea por cierto en edades sin fin glorificado, y boluiendose a mi prosiguiò su razon, preguntandome, si auia menester del alguna cosa? A lo qual mas contento, le repliquè admirado desta suerte.

No se quien avrà, ò hermano mio, tan medido, y austero, que con las cosas que han procedido a vuestra vista, escuse el entẽder de vos la causa, y queriendo salir de dudas, saber los

medios

medios que a tanta soledad os han traido, assi encarecidamente os pido, me digais, no solo vuestra pena, sino tambien si sois por mi dicha el dueño de vn gentil cauallo, en cuyo alcãce he dexado mi pobre aluergue? Oyendo estas razones, mas quiero boluio a dezirme: Aunque la fuerça de ruego tan cortès pudiera inclinar mi animo à obedeceros, muchas vezes suceden a los hombres casos tales, que les obligan con silencio, y recato a suspender su deseo, como al presente reconozco en mi propio, pues deseando cõplaceros, la calidad de mis desdichas lo contradicen: perdonad si mi escusa no os dexa satisfecho, porq̃ serà imposible el alcançar de mi mejor despacho, si bien por no del todo desabriros, absoluerè vuestro cuydado en quanto a mi assistencia en tales partes, que es para deliberadamente acabar en ellas mi cansada vida. No quise importunarle con mas preguntas, teniendo su resolucion por vltima respuesta, ni menos quise dexarle proseguir, antes gozoso con entender su intento, le repliquè: La mia ha quarenta años que passo en aqueste desierto, y aũque en tan largos dias he encontrado diuersas gentes por estas asperezas, nunca con semejante determinacion he visto a alguno, porq̃ sospecho, que el riguroso estremo, y las incomodidades de los yermos son mas difi cultosas de llenar, que apetecibles, y assi, de vuestra singular elecciõ marauillado, ni escuso el alegrarme con ella, ni el ampararos, y seruiros cõ mi industria, y consejo, pues la experiẽcia deste modo de vida, me da licencia, y credito: aũque si vos gustassedes, tuuiera para su tolerancia por mucho mejor que acetassedes mi compañia, consideradlo bien, que si os parece, desde luego os la ofrezco, y juntamente mi alvergue, que es vna pequeña hermita, edificada en lugar mas oculto, y capaz de recogernos, tanto como por sus diuinos santuarios digna de guardia, y custodia mas perfeta. Aqui, auiendo primero vn tanto suspendidose, sin esperar mas ruegos, se leuantò diziendo: Alto pues, Padre mio, guiadme, y seguireos, que no es posible menos, sino que el cielo, compadecido de mi alma, gouierna por tan saludable camino su remedio: el me [illegible] por partes inau-

ditas de aquestas altas rocas (puedo dezir que milagrosamente) y ql me ha sustentado doze dias, cõ la fecundidad de aquestas yeruas, solo guardandome para entregarme a tal maestro, pues que espero vamos, vamos señor, q̃ de oy mas rindo mi voluntad, y libre albedrio a vuestro parecery cõsejo, y desde aqueste punto, hago testigo a Dios, que por seruirle consagro hasta la muerte mi vida, y cuerpo en estas soledades. Esto dixo, y siguiẽdome salio de la caberna, y a pocos passos, mas manso que vna oueja, el caualio antes feroz, cerril, y desatado, en viẽdose en lo despejado se vino a èl, y dexandose facilmente asir, llegamos jũtos a la hermita, si bien con tal faccion certificando mi sospecha, creì que era el mismo dueño, lo qual como aora sabreis, aun entendi despues con claridad, porque auiendo trocado con otras ropas mias sus vestidos, pareciẽdole incõueniente guardar semejãtes prendas, al fin de algunos dias, descubriendo su pecho me dixo; que yo mismo con otras joyas, y dineros, las llenasse, y ofreciesse en su nombre a la milagrosa casa de Guadalupe, como en efecto lo hize, dandola juntamente el hermoso caualio, con la silla, y guarniciones, que el mismo auia escondido entre aquellos çarçales. Cõ que mas libre con otra pobre tunica, ayudado de la diuina mano, en breue tiempo resplandecio cõtan marauillosos exercicios, que verdaderamente anticipando el caudal de mis años, los dexò en esto atras. Tales fueron sus riguros as y asperas abstinẽcias, sus disciplinas, ayunos, y continua oracion; y fuera en sus tormentos mas intolerable, si obedeciendo mis consejos, no templara su feruoroso espiritu, que sin conocida intercadencia prosiguio desta suerte seis años, en cuyos terminos comunicandome con mayor voluntad, tuuo por bien cõtarme, no vna, sino muchas vezes los estupendos, y admirables sucessos de su vida, la qual (hurtãdo el cuerpo a su presencia) para exemplo, y espanto de los hombres escriui, y con tanta singularidad, como vereis en aquestos renglones; y luego abriendo vn pequeño caxon, que estaua engastado en la pared vezina, sacando dèl vn quaderno cerrado, con nueuo aliento, abriẽdole prosiguio su historia.

En

En el Reynò de Toledo, a pocas leguas de su mayor ciudad, y en la dorada margẽ del caudaloso Tajo, està fundada la famosa Taluora, poblacion, por su antiguedad calificada, tanto como por su nobleza conocida. Aqui de ilustres padres nacio vn cauallero, llamado D. Fernando, cuya niñez, si biẽ (con marauillosas excelẽcias) dio motiuos claros de sus mayores años; por no conuenir a nuestro intento passo en silencio hasta los diez y seis, q̃ muriendo sus padres, con el quedar mas libre, y poderoso, pudo mejor aduertirse la nobleza de su animo, en quiẽ luciẽdo casi por la posta, muchas generosas virtudes, en breues dias llegò a ser el sugeto mas amado del vulgo, y aun la general emulacion de sus iguales. No sele conocia vicio digno de nota, ni tãpoco las inquietudes, y liuiandades, principal exercicio de caualleros moços, porq̃ si bien fue como tal vencido de algunas pasiones, disponia las cõ tanto recato, que jamas pudiessen entẽderse. Dezia èl, que en semejantes casos, mas ha de procurarse el cuydado, y secreto, que el propio gusto que se pretẽde, el qual no solo se consigue con mayor facilidad, pero sin el escandalo, viene a ser su pecado menos graue. Por esta causa era de algunos tenido por hombre singular, y en sus acciones remirado. Mediase en sus gastos con notable concierto, y desuerte, q̃ sin faltar al pundonor de su persona, y casa, tenia para mostrarse en las ocasiones con mayor prodigalidad, siendo en todas el mas luzido, y el mejor preuenido. Tambien era en el amparo, y proteccion de los forasteros estremado, y tanto, que muchas vezes arrestò por ellos la reputacion. Conocereis mejor esta verdad, aduirtiendo su vida, pues en ella claramente vereis, que sus mayores trabajos procedieron desta causa.

Queria en este tiempo, con aficion particular D. Fernando vna dama, que infaliblemẽte, a viuir vn año mas, fuera su esposa: y aunque esta voluntad se gouernaua con la prudencia y recato que solia en sus cosas, no por esso era oculta a algunos deudos della, porque sabiẽ dolo cierta donzella suya, fue por demas el encubrirse a todos, si bien, estandoles muy a cuento el parentesco, tacitamente disimulauan, esperado

que de su parte saliessen a pedirsela; y sin duda se hiziera, si en estos intermedios no se atrauesara vn caso bien digno de saberse; nacieron dèl notables inquietudes, y vltimamente el imposibilitarse sus loables intentos: y assi, aunque sucintamente hagamos de ocasiones agenas episodio, no me puedo escusar de referirlas.

Lleuando adelante su noble condicion, auia Dõ Fernando trauado estrechissima amistad con vn caualler o forastero, y este con mayores estremos la tenia con cierta dama de Auila, assistiẽdo vno, y otro en Talauera por diferentes casos: ella con Segundo Otauio, deudo suyo, yèl con su propio padre, que en aquella sazon era Gouernador, y mayor justicia.

Auia estado Gerardo desde que el hermitaño nombro à D. Fernando, esperando en su conocimiento señal mas euidente; pero aqui satisfecho, dãdo vna gran voz, interrumpiendo el caso, dixo, mirando las piadosas canas: Cessad Padre, cessad, no prosigais por Dios mi propia muerte; ò mi sero, y desdichado Gerardo, que al fin veniste despues de tãcrecidas desventuras a ser testigo, si ya no del vltimo gemido de tu amigo mayor, de sus historias, de sus graues desdichas, hollandole ignorante con tus mismas pisadas su sepulcro! No pudo proseguir cõfundido de lagrimas: pero su hermano Leoncio, que ya mas aduertido entendio el sucesso, viendo con tanta claridad, que el difunto hermitaño era su antiguo amigo D. Fernando, ayudando con suspiros, y vozes al afligido hermano, trocaron el passado gusto en vn confuso espanto: quedãdo los que el primero discurso destos libros ignoraua, atonitos, y embelesados, mas no estuuieron mucho en esta duda: porque el santo viejo conociendo, assi por los estremos tristes que los dos hazian, como por las razones de Gerardo, que eran sin duda aquellos caualleros, los mismos de quien èl auia oido tantas cosas a su difunto compañero, les pidio, que mitigando su passion le atendiessen vn rato: hizieronlo los dos hermanos, y viendolos cõ mayor sossiego, assi por consolarles fue disponiendo las siguientes razones.

Apenas, considerando vuestra impensada venida, siendo

tan

tan peligrosa, y llena de barrã cos imposibles, podia aquesta noche persuadir a los ojos el credito, y verdad de lo que veian; mas auiendo llegado en la ocasion presente a vuestro conocimiento, no solo estoy en ella muy satisfecho, mas tẽgo juntamente por certissimo, que fuistes con particular voluntad del cielo guiados, y traidos a esta casa, para que llegando a noticia de sus mayores amigos la prodigiosa vida y muerte deste caualliero, no quedasse en el mundo silencio de aquestas apartadas soledades: y assi aunque hasta aora no condeno vuestro sentimiento, de oy mas seria error demasiado proseguirle, porq̃ sabiẽdo su valerosa determinacion, su eleccio̅ santa, y su dichoso fin, antes ha de alegraros, gozandose vuestro coraçon en sus milagrosas hazañas, y virtudes pues estas, mas son dignas de embidiarse de todos, que de lamentaciones, y lagrimas, con que mejor podreis pedir al q̃ tan acertado, y dichoso le hizo que os haga a su valor, y grandeza semejantes, para que assi acerteis en la satisfacion de sus beneficios, teniendo por creido, q̃ esta vuestra venida, guiada en parte contra el natural curso de las cosas, se ha dispuesto solamente, para q̃ oyẽdo de mi boca el sucesso admirable de vuestro noble amigo, os sirua de exemplar, obuiando en el lo pernicioso, y detestable, y siguiendo en su arrepẽtimiento, y penitẽcia, los fines venturosos de su vida, a quien con vuestro gusto tengo de proseguir, y con mas voluntad q̃ hasta aqui, porque en ello, no solo sirno a Dios; pero assimismo, segũ lo solicita mi deseo, sospecho que ha de ser conueniẽte, y para alguno de los circunstantes prouechoso.

No tuuieron Leoncio, y Gerardo razon que replicarle, y assi con mas cõtento boluio a su historia, en quien refiriendo casi la mayor parte de lamoroso, y tragico discurso de Gerardo, y Doña Clara, escrita en la primera parte y tocãdo las acciones, en que como rã amigo se mostrò de su parte, vltimamente vino a concluirlas, diziendo, como por verle assi vanderiçado los padres, y deudos de su dama, que eran parientes, y amigos del difunto Don Rodrigo, y Segundo Octauio, no solo el dia que se dispuso à pedirla lo contradixerõ, pero

cerran-

cerrando a cosa que tan bien les estaua los ojos, hizieron cõ ella tales, y tan grandes diligẽcias, que bastaron a reducirla a vn Monasterio, adõde (no obstante que de su parte Don Fernando procurò diuertirlo) dentro de vn año haziendo profession, cortò a sus intentos la esperança.

Sintiò pues este bayben de su fortuna (dixo el venerable anciano) nuestro aficionadoca uallero, con tan notable pena, que no hallando remedio a sus passiones, sin rienda, ni cordura se dexò lleuar dellas largos dias, en quien alargãdose mas sus tiernas lagrimas, llegando a la noticia de Camila (que este era el nombre de la que fue su dama) conociendo, aunque tarde, mejor que antes, la volũtad de su perdido amante (si bien pudiera no embidiar otro esposo) obrãdo en ella los passados desvelos, yno resistiẽdo, segun deuia, aquesta tentaciõ, y pensamiento, al fin deliberadamente boluio a engolfarse en ellos, escriuiendo a D. Fernando este papel.

*AVnque pudiera, quando de vuestra parte con razon se culpara mi determinacion, tener mas que suficiente escusa en la justa obediencia de mis padres, ni quiero al presente valerme de ella, ni menos, supuesto q̃ falta la ocasion, pediros que me la admitais, pues ni vos tendreis atreimiento para negar fuistes la causa, ni en mi le faltara para quexarme de vuestra corta voluntad; lo q̃ no podrà hazer vuestro mas venturoso amigo Gerardo, cuyas cosas con euidencia se conoce que antepusistes a mi amor, atropellandole por seguir su opinion, contra mis padres, deudos, y aliados que justamẽte, si bien no tratan de hazeros otra ofensa, se han vengado en lo que han podido. Considerad pues si con razon mi alma està sentida, y si podrà esperar remedio que ya la satisfaga en ningun tiempo, y vereis quan mas justificadas son mis quexas, que no las que de vos me significan, y que denieran por muchas causas disimularse, aunq̃ sospecho, que recibido este papel, no serà necessario boluer a suplicaroslo, con que mas confiada quedo deseando. Vuestra Camila.*

Qualquiera medicina cõsuela, y regozija al pobre enfermo, q̃anhelãdo por la deseada salud, a vezes apetece el medicamento mas perjudicial y dañoso. Estaua el coraçon de D. Fernãdo lastimado de su ciega pas-

passion, y assi, aunque su claro entẽdimiẽto pudiera preuenir el mayor daño, el incẽtiuo agudo de su voluntad, ofuscãdo el vso libre dela razon, potẽcias, y sentidos, azelerò la determinacion, y contradixo opuesta el mas considerado parecer; alfin como si fuera la ganãcia mayor, y mas segura, admitio su embite, poniẽdo se en termino de perder el alma.

No ay pecado que con tãta indignacion castigue el cielo, aun en esta vida: porque los q̃ en ella se atreuen a imaginar lasciua, y torpemente en las esposas de Christo, no imitan menos que a los mismos demonios infernales, que siruen de ministros al Principe de las tinieblas, como embidiosos de que aya en la tierra jardines, y vergeles, que produciendo castas, y purissimas flores, conformen, y parezcan a los Angelicos, y celestiales espiritus. Miseros, y desdichados aquellos, que arrastrando tan barbaro desatino, si ya en èl se dexaron caer, no se retiraron antes del vencimiento declarado: porque a los tales, ni avrà calamidad que no les aflija, ni tormento que despues desta temporal vida no cargue en sus espaldas.

Ageno de semejantes cuydados, y ciego de su perdido amor, siguio Don Fernando la voluntad, y orden de Camila, viendola en vn secreto locutorio, adonde si los frigidos hierros desus redes tuuieran, como dureza, lenguas, y sentidos, no ay duda, sino que a vozes publicaran los suyos, que aunque amorosos, fueron detestables, por el sujeto, y parte en quiẽ se forjaron. Quedò con tanto el afligido amante menos quexoso, y con su vista, y comunicacion Camila, mas que nunca pagada: con lo qual satisfechos, boluerõ desde el mismo dia a su amistad primera, ò por mas limitarme, a vna deuociõ muy assentada, que dispuesta con recato, y cordura, pudo perpetuarse largos dias; pero como semejãtes estaciones se continuã muy en fauor de nuestro enemigo comun, assi el con mayor solicitud sucle mostrarse en ellas mas pũtual, mas fuerte, y poderoso, encendiẽdo los animos, turbando los sentidos, y acrecentãdo llama al fuego. Parece que su industria hallò por mas flaqueza, ò consentimiento en el coraçon de Camila entrada suficiente, de quien apoderandose, permitiendolo el

cielo,

cielo poco a poco auiuando el torpe apetito, y encendiendo el deseo de su alma, fue cõtrastada, y finalmente vencida. No dilataua ya la voluntad determinada su execuciõ horrible por los peligros, y dificultades de la clausura, y guarda, porq̃ tales inconuenientes facilita el demonio, haziendo llanos hasta cometer el delito, mayores imposibles, y temores.

Solo el pundonor vergonçoso de su persona regateaua el infame presupuesto, sintiendo anticiparse en demanda tan poco honesta, y con esto, considerando la compostura de su amante, en quien, ni accion lasciua auia conocido en tantos tiempos, la tenia perplexa, y en los medios ignorante: mas el que los disponia con sus traças diabolicas, temiendo perder el seguro lance, apretando con nueuas, y mayores maquinas, rindiò tambien el vltimo baluarte.

O quan fuera de aquestos pensamientos viuia en aquella sazon Don Fernando, porque contento con la gracioſa vista de la dama (si bien deuiera escusar su inquietud) ni apetecia otro gusto, ni menos pudiera encaminarse a tan injustos terminos su condicion! comunicaua la ordinariamente, y siendo en el locutorio puntualissimo censuario, ni auia hora en que no la viesse, ni dia en quien no la regalasse, teniendo por principal cosecha de su hazienda gastarla generosamente en el gusto, y seruicio de Camila: la qual con la deliberaciõ que tengo dicha, hallandose a solas vna tarde con èl, despues de auer hablado en diferentes platicas, vino a traer a pelo su proposito, que para mas bien significarle, me parece aduertiros primero de este punto.

Auia, quando vino Don Fernando, suspendido Camila de intento su salida, con que sentido por la nouedad, èl se mostrò de veras rezeloso, y con semejante cuydado, deseando entender la ocupacion, quisiera que su dama, anticipandose, la dixera sin mas largas preguntas: pero ella, que deseaua para entablar su juego mejor ocasion (no queriêdo perderla) fingiò q̃ al passar a la grada, vna amiga suya, que en otra hazia sarao a vn galã deuoto, la auia llamado, y que la causa procediera de cierta disputa, que los dos ventilauan, en quien

hazien-

haziendola juez, mal de su grado huuo de atender a sus alegaciones, dilatando lo mas importante, que era su vista. Quiso con esto Don Fernando saber mas de raiz la proposicion, y assi Camila, no haziendose mucho de rogar, como quien la traia bien estudiada, con alegre semblante satisfizo desta suerte su gusto.

Clemencia, y Fausto, a quiẽ vos conoceis, gastan el tiempo por mas bien diuertido en sus porfias, disputan pues aora entre otras cosas vna question discreta; porque Fausto defiende, que la possessión en qualquier cosa es el mas sumo biẽ: y contradize Clemencia esta opinion, fundandose la suya en la esperança, a quien encareciendo ha pretendido atribuir la mayor excelecia, y assi prueua su parecer, diziendo: Que esta virtud es tanto mas felice, quanto mas allegada al gusto, y alegria, y por el consiguiente distante, y apartada del pesar, y tristeza, con que se deue mas estimar, pues la esperança al fin tiene tan propinquo el contento, y menos vezindad con el disgusto; sucediendo en la possessión al contrario, a quien siempre, ò por la mayor parte se le sigue la afliccio, y congoja, y tambien porque segun nuestra natural condicion, toda la cosa posseida es menos estimada, no auiendo en esta vida hermosura tan rara, que gozada no se tenga en menos, con que euidentemente se colige, que será sin comparacion mejor el tiempo en quien lo pretendido mas se quiere, que quando por possseido se precia en poco: porque el que espera desea cuydadoso, y apetece con gusto, resultandole desto el placer, y alegria, de quien el que possee carece: pues en el estado que viue, ni quiere, precia, ni estima: y assi, vltimamẽte concluyò alegando, que la esperança por si sola tiene mas excelencia, y perfeccio, que la possessión, y señorio de lo que la espera: porque lo deseado con seguridad, es a su modo possseido, y juntamente esperado, y el que possee, solo tiene el dominio, el qual en llegando la esperança se fenece, y acaba.

Pero aueis de aduertir a todo aquesto, que no ha quedado Fausto en la defensa de su intento desvalido, porque esforçando la superioridad de su opinion, alega, y dize. Que todo

quanto

quanto por la esperança se anima, y contrapone, es en razon de la possessión; desuerte, que el bien que assiste en ella, no redunda de si, sino de aquello que se espera, y apetece, con que será mejor el mismo bien deseado, que no la esperança dèl, porque los fines siempre son de mayor estimacion, que los medios, los quales se ordenan, y disponen para el fin. Y que la seguridad, y certeza del bien, cõsiste en la mayor firmeza del, y esta solo el que possee la tiene, pero no el que espera, el qual si tuuiera por mejor la esperança, no queriendo llegar a la possessiõ, no solo no esperaria, mas ni aun pudiera licitamente llamar a la suya esperança, sino mortal desesperacion, porque mal se podria dezir deseaua el bien, de cuya possessión se desviaua: con que la perfeccion vendrà a estar en la realidad, y fin del deseo, y no en el apetito: y assi, que vltimamente, el que con sola esperança se sustenta, deue sin duda alguna condenarse, pues claramente apetece lo mas inutil y dañoso, queriendo mas viuir en continua guerra, que no con la tranquilidad, y sossiego de la paz, que solo se halla en la dichosa, y quieta possession.

Otras muchas razones han traido a este proposito, si bien las mas essenciales son las dichas, y aunque de todas me hã nombrado por juez, yo confiesso mi cortedad de ingenio, y assi pienso, Don Fernando, valiẽdome de vuestra discrecion, tomaros por assessor de la sentencia, en quien si mi ruego con vos ha podido algo, aueis de echar el fallo sin salir destas rejas, porque en la breuedad consiste el gusto.

Alegre sumamente atendiò a la disputa Don Fernando, y assi mas satisfecho respondiò riyendose a Camila: Por Dios hermoso dueño (que si bien a mi costa) tienen que agradeceros los pleyteantes, pues no podràn quexarse de la poca atẽcion del juez, ni menos desconfiaràn en la justicia de su causa, porque no es possible, sino que quien tan bien aduirtiò sus puntos, y mayores circunstancias, sabrà elegir las mas seguras: pero aunque reconozco esta verdad, sugeto a vuestro gusto avrè de obedeceros. Y assi resueltamente me ha parecido, que podeis sentenciar en fauor de Fausto, de cuya justicia

yo

yo quedo tan seguro, que a no pensar que basta a sustentarla, la apoyaran de nueuo mis razones. Luego segun esso (replicò Camila) qualquiera que amparare semejante opinion, serà mas cuerdo, y por el consiguiente culpado, y necio el q̃ lo reprobare? A lo qual, biẽ ignorante de sus pensamientos, boluio Dõ Fernando a confirmar lo dicho. Con que sin mas tardança, la rehuelta dama prosiguiò su razon, diziendo: Alto pues D. Fernando, ò ves no me quereis, ò yo no os amo, porque si en poseernos consiste el mas precioso bien, y esse nos falta, ò se ha de procurar, ò hemos de perder sin fruto alguno el tiempo que gastamos. Quedò el galan, oyendo a su Camila suspenso, y aunque a las primeras vistas pudo entender que era chacota, y burla, discurriendo en vn punto por lo que le passaua, teniendo por pensada la question referida, cayò en el caso, y juntamente en que auia sido indiscreto ya. Pesole tiernamente, porq̃ nunca su intento auia llegado a tã furiosos lamices: temblaua como cuerdo, el riesgo grande, y por otra parte cautiuo de su amor, vazilaua confuso en la respuesta q̃ fue en efeto la mas acertada, procurando diuertir su resolucion, mas como Camila venia en todo preuenida, fingiendo enojo, desdeñaua la escusa, atribuyendola a flaqueza, y cortedad del animo, llegando con èl a termino de boluerles las espaldas (y huuiera la valido su propia saluació). Al fin, tanto pudieron en el pecho de su amante aquellas sombras de fingidos disfauores, q̃ sin mas consideracion condescendiò en su gusto, con que reconciliandose, preuiniẽdo los medios concertaron, que Don Fernando entrasse por la huerta, adonde ella esperaria la siguiente noche. Temio Camila no se le arrepintiesse; y assi, no quiso dilatarle los terminos, ni que en ellos tuuiesse tiẽpo para aduertir lo que emprendia; que aun oy considerãdolo tiembla mi coraçon, y el alma gime dentro de aqueste cuerpo. Llegò pues el aplaçado punto, en quien preuiniendo D. Fernando vna escala, comunicò a vn pariente que tenia en casa el negocio aplaçado, y hallando en èl compañia, armandose començaron a disponer el viaje, pero gouernaua le el cielo por diferente modo.

Po-

Ponia a Don Fernando en aqueſta ſazõ vnos eſcudos (armas de ſu caſa) grauados en finiſsimos marmoles, en el arco de ſus propias puertas, y para aqueſte efeto, los maeſtros auian en ellas leuantado vnos andamios; pues como aora fueſſe a ſalir (a lo que tẽgo dicho) deslumbrado, dio ſin penſar en los maderos miſmos, y tan recio cayò, que caſi desbaratò vn puntal que ſuſtentaua los tablones, los quales, ò ya por no tener baſtantes lias, ò lo mas infalible, porque el cielo aſsi lo permitio, cayendo abaxo, le cogieron vn pie, que fue ventura no hazerle mil pedaços tan gran peſo; pero con todo eſtuuo en iguales terminos: quedauaſe algo atras ſu compañero, y primo, yaſsi no le cabiendo parte del golpe, pudo mejor valerle, leuantandole en ſus braços, y reconocido el daño, fue forçoſo boluerſe a ſu apoſento, en quien muy de propoſito, no vn dia, ſino muchos hizo cama.

Dexòle a Don Fernando temeroſo eſte ſuceſſo, ſi bien con la ceguedad de ſu aficion no dio en el blanco, ni aun preſumio la cauſa de ſu efeto, con que ſolicitando ſu ſalud, tuuo harto que hazer en la ſatisfacion de Camila, que ſin dar credito a ſu herida, fue preciſo, que algunas perſonas de quien mas ſe fiaua, experimentaſſen con los ojos la verdad, y tocaſſen el daño con la mano.

Vieronſe deſpues deſto muchas vezes, en quien la conualecencia ſuſpendia ſu guſto deteſtable; pero ſolicitãdole Camila boluierõ a cõſignar la hora, en quien apercebidos los dos deudos, poco a poco ſe fueron acercando al pueſto, y reconocida la pared del jardin, ò huertã, por lo mas baxo arrojaron dieſtramente la eſcala, y luego incontinente Don Fernando, ayudado del primo, començò a ſubir por ella, mas no auia llegado al eſcalon tercero, quando vn grã rumor de eſpadas, temiendo no ſer viſto, le hizo boluer al ſuelo preſtamente, al miſmo pũto, que por la parte, y lugar que ellos eſtauan de àzia el propio Conuento veniã tres hombres acuchillandoſe; aunque ſiẽdo los dos contra vno ſolo, a mas andar le retirauan. No pudo viẽdo tan gran ſupercheria permitirla Don Fernando, y aſsi, con menos ſobreſalto, dexãdo

a su pariente con la escala, en dos saltos le puso al lado del que andaua acosado: mas llegaua ya tarde su fauor, porque con la ventaja conocida, aprouechandose mejor los enemigos, le auian dado algunas heridas, con las quales desmayado cayò a sus pies, de quien valiendose los dos, no obstante que Don Fernando quisiera conocerlos, se pusieron en cobro, dexandole con la obligacion de amparar el caido, para cuyo intento, suspendiendo el intento principal, si bien era muy tarde, trataron de que ante todas cosas fuesse confessado: pedia este beneficio el pobre herido, y assi con diligencia, tomandole en los braços, caminaron con èl a su propia casa.

Iban con cuydado de la ronda, y procurando no encontrarla, torcieron por calles menos publicas, y passageras, aunque en ellas (errando tan buena diligencia) dieron con lo mismo que huian: no pudieron retirarse de su vista, ni tampoco les parecio cordura (apressurando el passo) hazerse delinquentes en la causa que eran bienhechores. Llegò alfin la justicia, que era el Corregidor, y sus criados, y aunque los conoció, viendo el tercio que llenauan al onbro, pesandole de auerlos encontrado, si bien ellos dixeron llanamente lo que passaua, siendo precisa obligacion de su oficio, por no errar los dexò en vna torre,

No sintio Don Fernando este desman, aunque la poca culpa pudiera irritarle; porque el cuydado de la nueua sospecha en que auia de caer con su dama, le tenia tan afligido, como ofuscado el ciego coraçon, sin considerar, que tales, y tan graues inconuenientes, no sucedia acaso, sino con muy singular prouidencia del cielo. El caso vltimamente tuuo auerigua-cion, porque en el tiempo que viuio el herido declarò la verdad, culpando a quien le auia muerto, con que su libertad tuuo efeto, y Camila, mas que nunca obstinada, insistiò en su proposito, aunque estando de acuerdo, les parecio suspenderle tres, ò quatro dias, seguros de que siendo tan reciente aquel successo, ò la justicia de oficio rondaria con mas solicitud, ò algun curioso procuraria ver con los ojos lo que a Don Fernando le auia lleuado a ser testigo dèl en tales horas. No pararon aqui las dificulta-

des, antes el mismo dia, que ya tenian para verse aplaçado, cayò enfermo su primo de Don Fernando, y con vna tan ardiéte calentura, que no solo imposibil tò su negocio, pero la temieron los medicos. Auisò desto luego a su Camila, que ni aun creyò, ni quiso admitir la escusa, y dixolo mejor la resolucion endurecida, con que le escriuio este corto villete.

*YO he llegado Don Fernando a presumir del inconueniente que oy poneis a mi gusto, que todos los passados han sido preuenidos por vuestra propia industria, para cumplir conmigo. Cessen señor tan largos fingimientos, porque si esta noche no cumplis vuestra palabra, yo quedarè desengañada, y vos nunca con mas atreuimiento para verme.*

Recibiò el ciego amante este despacho, y como si verdaderamente fuera el fallo riguroso de su muerte, assi temiò las quexas de su dama, a quien dispuesto a obedecer, el solo cõ su escala, llegãdo al puesto despues de media noche, assegurandola primero, bien asida subiò (aunque sin ayuda) hasta lo mas alto de la cerca, y pared. Era forçoso que estãdo alli para arrojarse a dentro se boluiesse el escala al mismo lado, lo qual queriendo hazer, apenas puso los ojos en la huerta, quando vio en su mitad con temeroso espanto vn encendido fuego, cuyas crecidas llamas, disparando infinitas centellas, y chispas, competian con las mas altas nubes, escureciendo el ayre con estampidos fieros, vn humo congelado, y escurissimo. Temblaua el afligido caualiero, estremeciendo el cuerpo, y palpitando en èl su coraçon daua gemidos, si bien mas tristemente creciò la turbacion, luego como (aduirtiendo mejor en lo que via) conocio su Camila entre las llamas: de que admirado Don Fernando, lo mejor que pudo se boluio al suelo, y fue a su posada, adonde rendido el coraçon a tal espanto, fue milagro viuir. No tenia Don Fernando mas que vna sola hermana, hermosa, y discreta, en todo estremo, y el ser solos ocasiona mas crecida voluntad en los dos. Sabia ella parte de los desvelos de su hermano, y casi adiuinando el sucesso viendole tal, no consintio le hiziessen escusados remedios, y assi tan solamente dio lugar a los que parecieron precisos.

Se-

Serian despues desto las ocho de la mañana, y Don Fernando no boluia en su acuerdo, con que teniendole por mortal, estuuieron en terminos de cortarse los lutos: mas yendo poco a poco esforçandose el alma, boluieron a cobrar su vigor los vitales espiritus, y a mejorarse la esperança de su salud.

A la misma sazon, no sabiendo en el Monasterio los terminos en que estaua el enfermo, no faltò quien de las amigas, de Camila le auisasse de otro peor sucesso, escriuiendole vn papel, en el qual le dezian, como la noche passada auian hallado en la puerta de su propia celda atrauesada a Camila, que sin desnudarse, y con vna cinta negra por la frente estaua muerta, teniendo todo su cuerpo desfigurado, y lleno de cardenales, y golpes espantosos, No pudo acrecentar aqueste auiso (referido con otras bien lastimosas palabras) mas graue turbacion en Don Fernando, aunque si bien antes lo tenia por cierto, no dexò de llorar mas tiernamente su perdicion: gemia, doliendose en lo interior de sus entrañas, y fatigandose en el propio consuelo, pedia con humildad misericordia a su diuina Mageſtad, q̃ teniendola del, cobrò salud, y con ella nueuos deseos de seruirle. Y començando desde luego, propuso el dexar para siempre, no solo la comunicacion de las Religiosas, pero aũ sus mismas casas, y Conuentos. Con este buen proposito (dixo, boluiendose a Gerardo, el ermitaño) assistio algunos dias en Talbora, hasta que llegando a su noticia vuestra prision, y la muerte de Doña Clara, segun mas largamente lo refiero, acudiendo a la amistad antigua, dexò su patria, y con diligencia facilitò vuestra libertad, dilatãdo algunos meses la buelta, q̃ solicitandola su hermana tuuo efeto.

Salieronles a entrambos diferentes casamientos en esta coyuntura, y aunque algunos cõuenian, Don Fernando se escusaua hasta dar estado a su hermana, y ella no apeteciendo los tratados, vsaua de la misma cortesia, cõ q̃ el vno por el otro no se determinauan, dando con esta materia al vulgo (que nada se le escapa, y todo lo ventila) no faltando quien se atreuiesse a afirmar, que Alcina (era este el nombre de la dama) quisiera mas casarse con su gusto, que no al de su hermano Don

Fernando, aludiendo su malicia comun, a que mirauan con cuydado a Tirso principal caualiero, si bien por ser hermano de Don Rodrigo, y por el consiguiente enemigo del suyo, ni el se atreuia a pedirsela, ni ella osaua declararse. Estas cosas, y aun otras mas pesadas se dezian en el lugar publicamente, aunque como ninguno queria ser el primero en aduertirselo, Don Fernando ignorante se estaua en sus treze, y Alcina en sus desvelos, y temores, que tuvieron el fin que vereis presto: pero conuiene que antes sepais qual fue el camino por donde se vino a rodear desastradamente.

En este mismo tiempo vino a Taluora vna bizarra dama Granadina, dedicada tãto por particulares respetos, como a instancia de algunos deudos suyos, a la Religion, y clausura de cierto Conuento, adonde para tomar el habito, señalandose el dia, combidaron a toda la nobleza, y galiardia del lugar, el qual diuulgandose las partes del sujeto, que eran muchas, y principalmente las naturales de su hermosa persona, concurrieron gran numero de damas y caualleros: solo Don Fernando, teniendo en la memoria su promesa, quedò singularizado, aunque por cumplir con los parientes de la hermosa dama, que eran amigos, y de su parcialidad, embiò Alcina, para que en su nombre assistiesse el concurso, y fiesta, que acabada, siendo con admiracion increible encarecida la peregrina belleza de la nueua Monja, ella se quedò en su Religiõ, y todos se boluieron a sus casas, permaneciẽdo por muchos dias el regozijo, que generalmente en aquel recibierõ con su peregrina presencia, de quié mas que otro alguno, quedando Alcina enamorada, en llegando a hablar de ella, todos los encarecimiẽtos humanos eran cortos, y breues en su alabança: estremo, q̃ continuado con exageracion, no dexaua de causar en D. Fernando deseos de verla, aunque el entredicho, que el mismo se auia puesto, dificultando su curiosidad, le forçò a suspẽderla.

Ay algunas personas en sus acciones particularissimas, y de estraños afectos, porque vereis a vezes, que sin redundarles algun prouecho, apassionadamente aprueban, y defiendẽ, encarecen, y estiman la causa agena, no con mas ocasion que se-

seguir su motiuo, y aquello quieren q̃ sea cõ general aplauso põderado, y que de vna misma suerte se elija por mejor, aũque sea condenable su parecer y intento. Destos estremadissimos sugetos era el de Alcina, muger en todo amiga de que su opinion procediesse siempre: por lo qual aun fuera de propósito traia por los cabellos la hermosura de Elisa (q̃ assi llamauan a la Granadina) procurando con sus mayores veras, q̃ Don Fernando calificasse con su vista su eleccion, y parecer.

Y no paraua en esto su exquisita aficion, antes visitando en el mismo Conuento à vnas parientas Monjas, valiendose de aquella paliada, la hazia llamar diuersas vezes, mostrãdole con esto amor tan fino, que à trocarse la suerte en su genero, Elisa ciertamẽte corriera peligro, y su clausura detrimento. Desta continuacion, se engendrò entre las dos grande amistad, y del discurso della, vino Elisa a tener noticia particular de Don Fernando, cuyas partes y meritos encarecidos de su hermana, no fue mucho que apetecieisse el verlas. Tenia Elisa, sobre las excelencias de que el cielo la enriqueciò, dulcissima, y agradable voz; y della gracia (si bien cõ mayor recato por ser nouicia, a intercesion de sus deudas) participaua Alcina de quando en quando, dãdo despues aun con mejor adorno, esmalte, y circunstancias, noticia singular a Dõ Fernãdo, della, y de las demas cosas que tratauan, en quien aumentãdose sin pensar el primer deseo, poco a poco le obligò a declararse, que entendido de Alcina, no con mayor intento que honrar su estremada opinion, en vn instante lo preuino de suerte, que pudiesse sin nota llegar a execucion: y assi auisando a las amigas el dia que la tuuieron grada se vino a ella quedando con su hermano de concierto, que hasta cierta hora no entrasse, para entretanto tener ella lugar de hazer salir a Elisa, cosa que por no ser professa era dificultosa; y si Dõ Fernando estuuiera presente, imposible del todo. Sucediò pues, como ella deseaua, porque resuelto ya su hermano, tanto como oluidado de la promessa, y voto, llegò a tan buena coyuntura, que de manos a boca cogio el nido, hallando a Elisa mas que el Sol hermosa: no sabia de su venida, porque

Alcina fingio que entraua a caso, y assi medio turbada, buelto el virgineo rostro en vn fino rubi, quiso esconderse, y hizieralo, si las demas Monjas no se abraçaran della, mas dan dose a conocer el huesped, a forçosos respetos de su hermana, y ruego de las amigas, huuo de sossegarse, con que hablandola Don Fernando (que no fue pequeña valentia, segun su honesta compostura, y diuina belleza le tenia embelesado) quedaron conociédose, el mas que nunca prendado, y tierno amãte, y Elisa (aunque con intencion casta) algo menos desdeñosa, y zahareña, y mostrolo mejor, pues no boluieron a su casa los dos sin gozar de su admirable musica.

Tieneme tan confuso, y pesaroso la imprudẽte recaida deste caualiero, que casi le deseò el castigo que despues le vino. con que ciño, y acorto particularidades, aunque otras muchas conuiene que se passen en silencio, y assi, por no alargarme, digo: Que Don Fernando, vsando desse estilo, vio otras vezes a Elisa, perdido de su amor, con tanto estremo, que vltimamente, antes q̃ se professasse, hizo que Alcina le saliesse al encuentro con su casamiento. Era tal qual tengo referido: mas dexados estos medios prolongando su respuesta, y escusando el intento cuerdamente: Elisa, mostraua poco gusto, y en conclusion al estado que tenia perdurable voluntad. Bastauale a su amante el entenderla, sin que mas la inquietasse; pero como el desden crecia su fuego, y assi ya no secreto, sino publicamente se proseguia su aficion, en quien ardiendo sin perder la esperança, continuaua el deseo, que entendido de sus deudos de Elisa, muy contentos trataron de reducirla, vsando para aquesto de diligẽcias tales, que bastaron a conseguir el fin. Tenia su fortuna por dichosa, y con tan noble deudo, aun presumian que grangeauan honor; pero no aduertiã los necios ignorantes, que si en quanto al mundo era el marido, rico, afable, y noble, el que perdia, ò ellos le quitauan, no tenia igualdad, siendo el dueño, y señor de cielo, y tierra. Assi en esta sazon, no procediendo a mas, dierõ auiso a los padres de Elisa, y en el interin que boluio su respuesta, trocando las passadas tristezas en galas, y libreas, Dõ Fernando,

y

y sus parientes regozijados, ya con diuersas mascaras haziendo dia la mas escura noche, y ya con toros, cañas, juegos, y carreras publicas, celebrauan sus futuras bodas, dando tambien a la bizarra dama algunas acordadas musicas, en quien haziendo alarde de su voluntad, y buen ingenio, se cantaró diuersos partos dèl, siendo entre todos por mas discreto, y graue, encarecido el breue assunto de la cancion siguiente; que pareciendome lisongea en ella con marauilloso estilo, la dulce voz de Elisa, y su natural desden, no he querido escusar el trabajo de escriuirla.

*Suspende el curso de tus claras linfas*
*espaciosa corriente,*
*por las arenas nitidas del oro*
*con que coronas tus sagradas ninfas,*
*por el monte, y la fuente,*
*que hazen mayor tu gloria, y mi decoro,*
*por la imagen que adoro*
*en tantas marauillas,*
*por los votos de vn huesped peregrino,*
*no auariento Iasson del vellocino,*
*que esconde en tus orillas,*
*oye si pueden mis conjuros tanto*
*el canto de mi Elisa, y de mi encanto.*
*No te combidan las fatales vozes*
*de engañosos Sirenas.*
*presagio infausto del salado Ionio,*
*ni de los dioses satiros ferozes*
*las rusticas auenas,*
*ni las flexibles cañas del Ladonio,*
*ni el digno testimonio*
*de su dulce instrumento,*
*ni la lyra del musico de Tracia,*
*alma, ocasion de la primera gracia,*
*que dio el auerno assiento,*
*oye a mi Elisa, que en tu margen sacro*
*vence su voz la virgen de Nonacro,*

No con rapidas ondas te deslizes
de los jaspes, y el oro,
que no te assorda el canto contrahecho
del monstruo Polifemo, ni desdizes
de tu antiguo decoro,
por correr menos graue, y mas deshecho.
Aplaude satisfecho
al canto peregrino
de tu vezina ninfa, assi Timolo
hecha tu margen veas, donde Apolo,
deste acento diuino,
sin que la juz gue injustamente Mida
vea su plectra, y citara vencida.
De oy mas veras otra valiente mano,
rigiendo tu trisdente
con animo, y con fuerças jueniles,
sin que Medea, como el ciego anciano
te remoce, y aumente,
con arte magia, y con encantos viles,
los concetos sutiles,
y el canto numeroso
de la ninfa que ves en tu ribera,
bueluen los años de la edad primera,
y el siglo de oro hermoso.
O si viesse mi vida entre la boca,
que a tanto bien su dulce voz pronoca!
O si cantasses quexas, como hazañas
del Dios no conocido,
no conocido amor, pues no le tienes,
aunqu celebras del cosas estrañas!
O nunca huuiera oido
de quien siempre haze mal, tan altos bienes!
Si yo fuera Hipomenes,
quando tu mi Atalanta,
tirara flechas quantas èl quisiera,
que igual era el amor, y la carrera:

*mas no es mi suerte tanta,*
*ni yo diré gozé entre simulacros*
*mi ninfa, y a frentè las bultos sacros.*
*Canta prodigios del amor inuicto*
*ninfa del rico Dauro,*
*que sus marinos dioses ya te ofrecen*
*diuina suspension, y el no marchito,*
*y siempre verde lauro:*
*que si las nueue Musas le merecen,*
*en ti sus hojas crecen,*
*tanto mas que la historia*
*de su famoso canto no vencido,*
*antes que el tuyo, Ninfa, fuesse oido,*
*pues su antigua memoria,*
*si de siglos en siglos fue tan cierta,*
*en este que te alcança quedò muerta.*

En estos intermedios, siendo el auiso que esperaua sus mismos padres de la hermosa dama, con gusto de su esposo, y cõ general aplauso de sus deudos, y amigos, celebraron el deseado dia de sus bodas: despues del qual passando algunos meses, los suegros se boluieron a Granada, dexando a Don Fernando, y a su esposa tan contẽtos, y alegres en el nueuo estado, que no pudiera hallarse voluntad mas conforme en dos sujetos: porque si Elisa era en el cuerpo perfectissima, la prudẽcia, y cordura de su alma era tan excelente, y su recato, y honestidad tan grande, que pudiera tenerse por dichoso, y felicissimo su dueño, que siendo juntamente de las partes que tengo referidas, mucho mejor reconocia el valor de su esposa, y rigiendose en todo por su gusto, viuia en descansados dias satisfecho, y contento, que para tenerle consumado, solo le desvelaua el remedio de Alcina, procurando marido que la mereciesse, y descargarse de sus ombros aquellos cuidados. Finalmente ignoraua Don Fernando los de su hermana, que como ya apuntè, eran bien desiguales (sino en la calidad) por ocasiones en su tanto mas graues; y assi, aunque con extraordinario secreto correspondida amaua, la seuera condicion

del

del hermano la tenia encogida, si bien al presente con la cõpañia de Elisa passaua mas licenciosa, y apaciblemente.

Llegaron a cumplirse en estos terminos los dos primeros años de casados, en cuyos dias vltimos muriendo el padre de su esposa, y poco despues el hermano mayor, quedando sola, y heredera de vn razonable mayorazgo, a fuerça de sus importunaciones, y algunas cartas de la suegra, huuo de disponerse D. Fernando a poner en razon la nueua herencia, y aunque sintiò en estremo el ausentarse, todavia siendo el caso forçoso, huuo de ausentarse, dexando, como tan recatado, y aduertido, concertada su casa, y la custodia della a cargo de su primo: era este vn cauallero pobre, y por la misma razon con voluntad estrecha querido, y alimentado en su propia casa, en quien de que assistiesse satisfecho, prosiguiò su camino mas consolado, y el negocio a que iba, si bien en el tardò casi seis meses, en quien aunque Fabricio (que este era el nombre de su primo) anduuo a los principios solicito, mirando, y conociendo el casto proceder de Elisa, y su cuñada, temiendo su trabajo por perdido, fue poco a poco descuydandose: pues quando mas seguro reposaua en vna noche del prozeloso inuierno, le recordò vn criado, que dormia en su mismo aposento, diziendole, que cantauan a vozes concertadas muy cerca de los quartos de Elisa, con que sobresaltado, queriendo mejor satisfacerse, breuemente salio a vna reja baxa, que salia a la misma parte, desde adonde, aunque estaua bien cerca, sin ser sentido de vn hombre, que passeaua en la calle, estuuo atento a ver lo que queria: mas boluiendo a sonar los instrumentos, aduirtiendo mejor, vio en otra esquina vn tropel de personas, que tocando suaue, y diestramente, cantauan a tres vozes estos versos.

*Yo, quando tu la simple tortolilla*
*Imitauas amante generosa.*
*Por cierta inclinacion, bien que dichosa,*
*Adorè tu verdad, y fee sencilla,*
*En el rustico amor del auezilla*
*Imitando sin arte cautelosa,*

De-

*Depositè la prenda mas hermosa.*
*Si parece al altor su maravilla.*
*Pero despues que a feytas las verdades,*
*No es tan igual tu amor como solia,*
*Intercadencias son desigualdades.*
*O como es vana en todo mi porfia,*
*Que amor quando apetece variedades,*
*Es señal que se acaba, ò se resfria!*

Dexò a Fabricio loco este Soneto, porque conjeturando de sus razones mayor conocimiéto en los sujetos, ignorando los medios, perdia el juizio, aunque por otra parte, animãdole su cuydado, y tantos imposibles, llegaua a cõsolarse, imaginando, que quizà aquella musica se daua a diferentes personas de la vezindad.

Haziendo aquestas cuentas, le alcançaron los ecos de las vozes, que assi de nueuo boluian a acrecentar su pena.

*No quiero mas esperança,*
*que impida mi posession,*
*ni gozar con la intencion*
*lo que por obra se alcança,*
*ni entretener su tardança*
*con fauores regalados,*
*pues dando regateados*
*los viuos, y los mayores,*
*son semejantes fauores*
*desdenes dissimulados,*
*donde el interes del gusto*
*consiste en la execucion,*
*y si en esta ay dilacion,*
*es mas desgracia, ò disgusto,*
*y assi tengo por injusto*
*sin posession de vn trofeo,*
*ir fomentando el deseo,*
*con tiernas lisonjas viles,*
*que entre palabras sutiles,*
*si las oygo, no las creo.*
*Es posible que vna puerta*
*muda, y sorda nos impida*
*las acciones de la vida,*
*con palabras de fee muerta?*
*Como que en la raya abierta*
*de vna tabla mal cortada*
*por do apenas tiene entrada*
*la sutileza del viento,*
*estè puesto el fundamento*
*de mi esperança cansada?*
*Para hazer tantas mercedes,*
*sin riesgo de vuestra fama,*
*no es mas secreta la cama,*
*que la calle, y las paredes?*
*No veis que rejas, y redes,*
*testigos disfamadores,*
*tienen lenguas de traydores,*
*que callan para notar,*
*y solo con el callar*
*publican nuestros amores?*

Com

Con mayor confesion la cē-tinela, los cidos hechos dos cerbatanas, escuchaua impaciē te aquestas cosas, y con mayor tormento, conociendo q̄ auian abierto en la quadra de Elisa vna ventana, y que acercandose a ella el galan, estaua hablando.

Dormian las dos cuñadas en esta ausencia de Don Fernando juntas; pero como Fabricio lo ignoraua, apenas viò lo dicho, quando sin distinciō culpò ofendido la torpeza, y maldad de Elisa. Era imposible verla desde adonde èl estaua, ni menos entender lo que hablauan, si bien colegia de las respuestas del amante la razon de sus preguntas. Y aun mas atendiendo oyò que èl la dezia: No teneis que negar mis justas quexas, porque a tan largas escusas, y quimeras (no se que mejor nombre atribuirle.) Yo, señora, estoy cansado ya de dilaciones, aunque os prometo en ley de Cauallero, que si para ellas tuuierades ocasion bastante, sufriera, y esperara como hasta aqui, pues no ignorais mi mucha tolerancia, y paciencia; pero si reconozco la ocasion, que perdemos en esta ausencia, y remision de Don Fernando, que he de pensar, sino que me traeis engañado, burlandoos de mis veras con fingimientos, y tropelias? A esto, no pudiendo Fabricio en manera alguna oir lo que le replicauan, huuo de contentarse con lo visto; y aunque estuuo mil vezes determinado à embestir la ocasion, saliendo a la calle, el considerar tā arduo caso para el honor del primo, temiendo su mayor infamia, puso riēda en sus brios y desde alli adelante nueuo cuidado en su casa. Mas ay, que es imposible guardar a vna muger si està resuelta! Y trabajaua en vano su desvelo, pues llegò (a su pesar) no muchos dias despues de este sucesso, a entender mayor daño, auiendo quien en casa (doliendose del mal del pobre ausente) le dixese: no ay ya passeos, ni musicas, sino entradas ilicitas; porque por el mismo balcon que èl viera hablarse, echandole vna escala, entraua a deshora las mas noches vn hombre, a quien diuersas vezes, viniendo a recogerse el del auiso, que era vn criado antiguo de Don Fernando, le auia visto desde otra casa adonde viuia enfrente.

No pudo ya Fabricio con aquesto, suspender lo que en su pe-

pecho tenia determinado, con que viẽdo en terminos tan publicos, y afrentosos estas cosas, si bien la vengança no competia a sus manos, hizo con ellas lo que en su preuencion mas conuenia, escriuiendo al momento a D. Fernando, que luego, y sin mayor tardança se boluiesse a Taluora, dandole juntamente a entender, que assi conuenia a su reputacion.

Qualquiera que tuuiere honra, y verguença, podrà mejor que yo sabrè significar, conocer los efetos que esta carta haria en el pecho del noble, y recatado Don Fernando, que no sin sospechas de algun siniestro caso, obedeciendo al primo, tomò ligeras postas, en las quales dẽtro de quatro dias, no sin admiracion del lugar, y aun de Alcina, y su esposa, que no le esperauan con tanta breuedad, llegò a su casa, adonde siendo alegremente recibido, y en particular de la hermosa Elisa, no viendo la hora en que salir de dudas, hallando ocasion conueniente, supo quanto passaua, ponderandolo su primo, tan afrentado, y triste, que estuuo en terminos de quitarse la vida. No hazia su condicion ofensa distinta en la injuria, y agrauio recibido; porque cierto de que vna de dos, Alcina, ò Elisa, eran las que infamauan su honor, aũque amaua tiernamente a su esposa, por la misma razon, como amante zeloso, mejor en ella sospechaua su afrenta. Es natural efecto desta pasion, y assi vemos, que lo que mas se estima, y quiere, mas se rezela, y guarda, y por el consiguiente, su perdida se teme cõ cuydado mayor. Tambien si culpaua a su hermana, siendo agrauio tan propio, igualmente irritado esperaua vengarse, aunque como prudente disimulando su dolor, quisiera el desengaño de su vista, no fiando del todo en la relacion del pariente. Esforçaua este consejo justo, ver el gouierno, y vida de la querida esposa en las propias valanças, q̃ primerò, el recato en su punto, la honestidad, y verguença en vnos mismos limites, los afectos iguales, y compuestos, y las caricias, y amores firmes, seguros, y verdaderos; pero si acaso enternecido en tal consideracion blandeaua el animo, suspenso, corrido, y auergonçado buelto contra si, procuraua que la memoria de la ofensa cerrasse las puertas a la misericordia, con que infiriendo

del

del efeto amoroso de Elisa fingimientos, boluia apassionado a los desvelos de su cuydado, y diligencia. Mucha fue la que puso en ver la causa; mas como los actores le temian, guardauanse con discrecion dilatando su gusto. Presumio aquesta industria Don Fernando, y assi con dissimulo conueniente, dando nueues, y aparentes achaques, hizo que boluia a proseguir en Granada los passados negocios; y poniendo este intento en execucion, bien sin nota, y sospecha de su casa, dexando a Fabricio preuinedo, y al criado, que era participante en el secreto, auisado, para que en anocheciendo le tuuiesse su casa aparejada, que como tengo dicho, era muy cerca de la de D. Fernando, y en puesto tal, que algunas de sus rejas veniana caer enfrente del balcon de su espofa; alfin lo traçò todo tan cuerdamente, que sin dificultad que contradixesse el silencio que pretendia, se puso por la obra. Pero si bien aquella, y la siguiente noche, cõ mas ojos que Argos, velò en sus assechanças, ni vio cosa que le causasse pena, ni oyò rumor q̃ se la acrecentasse, con que mas alẽtado, vacilaua en la verdad, y credito del caso, culpando, si ya no declaradamẽte, las razones del primo, alomenos su facil persuasion, fiẽdo vn engaño tan contingente, y possible en los mas atentados, y solicitos; y assi fulminando sospechas, y aumentando sus dudas, llegò la tercera noche, en que saliendo dellas, no vio fantasmas, no, vio claramẽte, que a cosa de las doze, passeando la calle dos hombres, despues de algunas bueltas, en que asseguraron, el vno dellos siluando hizo vna seña, a quien prestamente abriendo las puertas del balcõ, y saliendo vna muger fue respondido. Daua a esta misma hora la Luna en medio del, con q̃ en vn punto (aunque no pudo aduertir la voz, ni el rostro) en las ropas que traia vestidas, conocio que era Elisa, dando la tela (q̃ era vn tabi plateado) y los remates, y guarniciones della mas crecidos indicios. Turbose aun cõ tan grãdes preuenciones el desdichado caualiero, si bien no acelerandose esperò cõ quietud su breue platica, despues de la qual (que segun presumio, seria disponerse a la entrada) vio, que echandole del balcon vna cinta, ataua en ella vna escala el galan, por

quien

quien despues de auer arriba assegurado subio, boluiendo luego como estuuo dentro a recogerla, y cerrar la puerta.

Ya Don Fernando mas encẽdido en ira, como vn fiero leon viendo la presa, no pudo detenerse, antes saliendo por partes escusadas dio la buelta entrandose en su casa, adonde hallando al primo, y a otros dos criados apercebidos de seguras armas, mandandoles lo que auian de hazer, dexò a su cargo la calle, y las salidas de quiẽ podia valerse el vil amante, y ordenado esto, abriendo con vna llaue maestra, de que primero estaua prouenido, sin resistẽcia alguna entrò en la quadra de su esposa, adonde arrojandose con intrepidas vozes, aunque a escuras, furiosamente acertando a la cama, y hallando en ella a la cuytada Elisa, con presurosos golpes la diò quatro crueles puñaladas. A la primera despertò la triste, que durmiendo segura no cuydaua tan facil su postrimera hora, y viendose matar, despauorida, no sabiendo quien fuesse su homicida, con el ansia mortal se arrojò del lecho.

Andaua D. Fernando solicito tentando con las manos el adultero, y sintiendo rumor debaxo del, pareciendole q̃ alli se auria escondido, alçando la vltima cortina, endereçò con ira la espada a aquella parte, adonde apenas dio la segunda herida, quando conociò la voz de su hermana, q̃ tiernamente le dezia: Baste, no mas querido señor mio, baste por Dios, que ya me teneis muerta; detuuo el braço suspendido de tã tristes ecos, que al fin era su propia sangre, y no pensaua que ella fuesse la causa principal de su afrenta: mas de aquesta suspension, aunque fue corta, le sucedio brauemente el ver que abrian las puertas del balcon, que aũque estaua en vna misma quadra, todavia de la cama caia lexos, y assi tuuo el cobarde galan con las tinieblas lugar de abrir, sin que Don Fernando pudiesse defenderselo, y matarle, con que antes q̃ llegasse en su alcãce, ya estaua de vn salto abaxo; mas siendo el altura no muy corta, quedò en el suelo quebrantadas las piernas, y no importara el auerse escusado este desman, que ni por esso se escapara de la muerte: porque los tres que estauan esperandole, si bien quiso defenderle el compañero, le hizieron retirar mas

que

que de passo, y a èl le dieron mil temerosas heridas. En esta coyuntura, las donzellas de Elisa, oyendo en medio del rumor sus mortales vozes, acudieron con luzes a su aposento, en quien mirando aquel espectaculo, afligidas con temor espantoso, cada vna procurava esconderse de los ojos de su airado señor, que aviendo visto lo bien que su primo, y criados lo hazian, no del todo satisfecho, tomando a vna muger la luz, con ella, en vn instante acabò de entender su desventura, y engaño, hallando a Elisa, que con gemidos dolorosos, abraçada de vn Christo de marfil, que tenia a la cabecera de la cama, poco a poco iba rindiendo el alma, y junto a ella, a su querida hermana revolcandose en vn lago de sangre, que de las penetrables heridas le salia. Su esposa estava en sola camisa, bueltos los ojos, ya sin voz, ni aliento: pero Alcina, teniendo vestidas las ropas de la hermosa cuñada, con mas acuerdo desengañò a su hermano, diziéndole en los gemidos vltimos, como Elisa moria inocente, y sin culpa, pues ni aun participante era en sus desvelos, porque previniendo su cena con opio embeleñado, provocandola a sueño pesadissimo, escusava el ser de su persona vista, ni sentida, conque ella solamẽte venia a ser con justa causa digna de semejante castigo, pues admitio en sus braços, tan contra su honor, fama, y verguẽça, a su propio enemigo, con quien agena de su obediencia, y voluntad se auia de palabra desposado, cessando su voz, apretada de mortales cõgojas rindio el espiritu, dexando al afligido hermano oyẽdo tales cosas mas muerto de dolor, y arrepentido; aunque este remedio llegò tarde, porque tamqien Elisa espirò en sus mismos braços. Trauosele la lengua, y enmudeciendola la terrible, y dolorosa pena de su alma, creciò en la presente consideracion, represando en el pecho el aliento vital, con que pudiera (segun el desigual tormento) seguir con muerte subita los inocentes passos de su difunta esposa; mas sobreuiniendo Fabricio, y dandole priessa para ponerse en saluo, juntamente le dixo, que era el galan su mayor contrario, y no menos que Tirso hermano, y heredero de Don Rodrigo. Crecia el rumor en las vezinas calles, sus propios

pios criados turbados fomentauan el ruido, y alboroto, con que viendo que ya eran inescusables tantos daños, por no dar en el vltimo, y perderse, huuo de preuenir con diligencia la mayor seguridad de su persona, dexando desesperadamente al aluedrio de su familia, su hazienda, y casa.

Con tal resolucion, acompañado de su primo, solos, en dos cauallos salieron del lugar, caminando con priessa lo q̃ restaua de la noche: pero teniendo en la siguiente, conueniente ocasion para esconderse de Fabricia, dexò su mal afortunada compañia, y atrauessando por su puente las cristalinas aguas del Tajo, torciendo su camino a los fragosos montes de Guadalupe, en breues dias parò en lo mas oculto, y embreñado de sus riscos, adonde vencido del continuo dolor de sus desastres, consumiendose con ellos, con otros terminos casi llegara al vltimo de su vida, mas socorriendole el cielo, y alumbrãdo los ojos de su alma poco a poco cayò en la cuenta, conociendo en sus presentes males, el castigo de sus passadas culpas, a quien llorando con abundantes lagrimas, considerauа la bondad infinita de su Criador, pues pudiendo para siglos sin fin tan justamente condenarle, le auia tanto esperado, suspendiendo el riguroso açote de su ira, y assi queriendo no ser mas ingrato a mercedes tan grandes, con entrañable arrepentimiento, y penitencias increibles, auiendo por el sucesso que primero dixe, venido a mi compañia, despues de seis años q̃ estuuo en ella, tres dias ha, que con marauillosa tranquilidad de su alma descansò en paz. Cõ esto dio fin el hermitaño a su historia, y los oyentes, auiendo admirado las marauillas de Dios, se despidierõ del, y siguiẽdo el viage, en quatro dias dieron vista a las murallas fuertes del torreado castillo de Cesarina, adonde llegando antes de ponerse el Sol, teniendo por cierto que Nise estaua en èl, se apearon todos.

No auia Gerardo puesto los pies en sus vmbrales, quando conocido de algunos criados de su dama, no sin muestras de gran admiracion, corrieron a abraçarle, porque segũ las nueuas se auian estendido, y la graciosa Nise publicaua, en toda aquella tierra le contauan por muerto, con que casi espanta-

dos, aun tocandole dudauan si era el mismo objeto de su vista. No tenian semejantes estremos poco marauillado a Gerardo, aunque mas informado de la causa, aumentandose el deseo para desengañar a su dama, no via la hora en q̃ presentarse a sus ojos, y assi, significandoselo a los q̃ auian llegado, vno dellos le aduirtiò la ocasion porque Nise no estaua en el castillo: diziendole, como satisfecha indubitablemẽte, que su persona auia perecido en las furiosas ondas del mar de Berberia, buelta al Conuento en quien primero estaua, y atropellando su varonil intento, no solo el mayorazgo, de q̃ era absoluto dueño, sino otros muchos inconuenientes con q̃ sus deudos procuraron contradezirselo, finalmente se auia vestido el habito de santa Clara, cõ determinado presupuesto de professar su regla, perseuerãdo lo restante de su vida en ella.

Turbaronse los huespedes oyendo esta impensada relacion, aunque en Gerardo no fue solo turbarse el efeto que hizo, porque sin pestañear los ojos, ni tener mouimiento en pie, ni mano, fixa su vista, quedò mirando al suelo, tã inmobil, y firme, q̃ mas parecia vna estatua de bronze, q̃ hombre humano.

Notaua bien Leoncio sus acciones; y aunque sintiò en el alma que mostrasse semejante flaqueza, con todo, pareciendole que para suspensiõ era muy larga, queriendo estremecerle, disimuladamente, huuiera de dar con èl en el suelo. No era assi como quiera la passion de Gerardo, ni el tormento q̃ le atormentaua el alma tan tolerable como pensò su hermano: auiale totalmente desfallecido el coraçon, con que vsando otros medios, y aderezandole breuemente vna cama, le echaron en ella, rodeandole con increible sobresalto de accidẽte tan subito, sus parientes, y hermano.

No passaron estas cosas tan secretas, y mas estãdo en lugar tan pequeño, sin q̃ bolando la fama dellas, dexasse en vn instante de entenderlas Nise, que aunque en los principios (segun la estimacion de su pensamiento) estuuo en darles credito perrinaz, y sumamẽte remissa; quãdo se satisfizo, no ay encarecimiento que baste a exagerar su regozijo, si bien (como moral) mezclado con la tristeza, y pesadumbre que el repentino

tino daño de su amante podia causarle, al qual solicita despachò diuersos recaudos, y despuerte, que los vnos se llegauan en alcance de los otros, siendo respondida de Leoncio, y no menguando el accidente de Gerardo, no fue poco suspender su salida del Conuento, en quien sin dilacion dexara el habito, a no temer su pundonor, y que ninguno juzgasse por liuiana semejante accion. Pero viniendo a visitarla poco despues Leoncio, y los demas parientes, cierta de que el hermano mejoraua, con mas alegria, y gusto de su alma, quedo acordado, que el siguiente dia (supuesto q̃ la causa de su clausura procedia del pensar que fuesse Gerardo muerto) y que pareciendo al presente lo contrario, podia sin perdida de su reputacion renunciarla, suspendiendo la profession se celebrassen en la misma Iglesia del Monasterio las bodas q̃ tanto auian deseado.

Esta nueua se estendiò en vn momento por toda la villa, y con tan extraordinario regozijo la celebraron, que antes que anochecieſſe, ya estauan assi las almenas, torres, y murallas de sus cercas, como las calles, plaças, puertas, y ventanas, llenas de luminarias. Tambien los caualleros quantiosos, y los ginetes de la costa, que se hallaron en el lugar, traçaron breuemente vna graciosa mascara, corriendo en ligeros cauallos, y con discretas inuẽciones, por delante del Conuento de Nise, y castillo donde los huespedes posauan; en quien no obstante, que ya mas en su acuerdo, entendia Gerardo quanto en este particular passaua, ni por esso era parte cõsolarle, ni menos sus parientes, y hermano sabian a que atribuirlo: y assi Leoncio, mas que nunca penado, y afligido, viendole tal, y quedãdose conèl a solas, procurò importunandole, saber la causa de su nueuo cuydado, y accidente. Pagauanse en igual amor los dos hermanos, y assi no ay duda, sino que Gerardo cõ mayor claridad satisfaciera a su deseo a no temer, y con justa razon, que del mismo Leoncio se podrian seguir a sus intentos muy graues inconuenientes, cõ que dissimulando lo mejor que pudo, se animò a persuadirle achaques poco agenos de los que entonces afligian su pecho, diziendole, q̃ la impensada pena que en èl ocasionò la nueua del Religioso estado de su dama

presumiendo (en el primero instante) que el suyo quedaua imposibilitado, y no dandole el intenso dolor tiempo de discurrir, le auia apretado en la forma que vio, si bien al presente con entender su nueua voluntad, estaua sin temor, y mas cõtento. Quedolo sumamẽte Leõcio oyendo aquesto, y assi, seguro de que su hermano no encubria lo mas importãte de sus cuydados, començò a emplear el suyo, solicitando la preuenciõ del aplaçado acuerdo, y vltimamente dispuestas estas cosas, y auiendo cenado sabrosa, y regaladamente; todos juntos por alegrarle mas en el aposento de Gerardo, siẽdo ya los dos tercios de la noche passados, cada qual se recogio en el suyo, hasta q̃ con la venida del deseado dia, alboroçados en competencia los vnos de los otros, cõ noble emulacion, baxando al anchuroso patio del castillo, hizieron marauillosa muestra de sus animos, y generoso proceder, con que auisando a Nise, y acompañando a Leoncio, sus nobles amigos, y parientes fueron a sacar de su aposento al galan desposado; pero hallando la puerta del cerrada, y juntamente a sus criados, que cõ los vestidos esperauan que recordasse, marauillados de tan largo sueño, si bien algunos quisieran disculparle con el passado accidente, les hizieron llamar a grãdes golpes: mas visto que a ninguno respondia, enfadado Leoncio, de vn recio puntapie abriò la puerta, que solo estaua bien juntada, y entrando èl, y los demas, pensando q̃ aun dormia, llegò a mirar las cortinas del lecho, en quien no solamente no hallò a Gerardo, pero ni alguna parte de sus vestidos, ni aderezo de camino, cõ que turbado el coraçon, y adiuinando alguna desvẽtura por su hermano, hizo que le buscassen en toda la fortaleza, y viessen assimismo si faltaua su caballo (que fue segun pensò) creciẽdo al punto sus mayores sospechas: y el sobresalto, y pena en los parientes, que a grandes vozes mandauan aprieſſa ensillar con intento de salir en su seguimiẽto, mas suspẽdido el proposito vna carta, que en esta sazon hallò vno dellos sobre los cogines, y almohadas de la cama de Gerardo, cuya letra conociendola todos, y viendo, q̃ el sobrescrito era para Leõcio, sossegando su passion algũtanto, y abriendola presentes quã-

tos

tos le acompañauan, no sin algunas lagrimas despues de auer la passado por los ojos, boluio a referirla, leyendo en ella las siguientes razones.

NO ignoro, hermano, y señor mio, q̃ accion tan impensada, y en ocasion tan precisa, y fuerce, avrà de causar en vuestro noble pecho (si ya no mas piadoso) enojo contra vuestro Gerardo; pero tambien confio de vuestra discrecion, que ponderando las causas q̃ al dexaros me obligan, remitirà la pena en el perdon que desde luego pido: mas ante todas cosas os suplico, que reconociendo en la memoria de mi passada vida sus acaecimientos, y peligros espantosos, considereis juntamente los marauillosos medios, y caminos, que para remediarme, y librarme dellos ha vsado la bondad, y misericordia infinita de Dios, à quien segun esto, no solo vengo a deuer las principales obligaciones que las demas criaturas redimidas con su sangre, sino todas las accessorias, y singulares, en quien yo por mis pecados he caido, y su inmensa piedad me ha leuantado: quede assentada, como testimonio infalible esta verdad, y aduertidme despues si las mercedes, y beneficios referidos vos mismo los huuierades recibido, y experimentado, no de vn amigo, no, sino del mas humilde hombre de la tierra, quisiera les por dicha dexar de parecer con el muy agradecido? O dezidme si fuera justo que en vez de hazerlo assi, vos pretendierades con ingratitud desposeerle de la mas rica joya de su hazienda? No se yo quien auria de tan empedernido pecho, que escusasse el afearos semejante culpa: la qual, ò de agradecimiẽto, ò de vergõçoso temor, ni auiades de acometer, ni imaginar.

Si esto pues, ò hermano mio, sucedè en mi, si aqueste passa por los terminos propios de mi vida, porque no pensarè que me conuiene (cayendo ya en la cuenta de mis daños) procurar, no solo satisfacerlos, sino dexar en quieta possession a vn Señor tan benigno, y piadoso, la especie que a su santo himeneo tiene admitida; si ya no por deuerlo a tan grandes mercedes, por el justo temor de igual castigo, siruiendome de exemplo, y saludable auiso Don Fernando. Y no presumais vos, ni otro alguno, que aquel caso estupendo llegò à nuestra noticia, no mas que casual: porque es engaño. Perdernos todos juntos en el camino real, baxar a media noche su fragosa aspereza, con tan ciertos peligros, y seguros hallar en aquel paramo al verguero reparo, y compañia a nuestro anti-

yuo, y verdadero amigo, aunque muerto, pregonado en su vida tales sucessos, creed que no sucessin particular gouierno, y guia de las gloriosas, y liberales manos. Conmigo Nise no ha de ser Elisa, ni yo con Dios me he de poner a pleitos si ha professado, ò no: si puede, ò deue, ò quiere cumplir mi obligacion, aunque sea diferente: porque si bien dixeredes, que fuera mas acertado el satisfazerla, y que si Don Fernando inquietò a Elisa, yo no la solicito, antes nuestras cosas corren otro camino, siendo forçoso pagar la deuda de su honor, respondo, y digo, que ya la diuina prouidencia, a quien nada se encubre lo sabia, y no obstante que yo viaisse seguro del inundoso mar, dispuso su voluntad, y coraçon a tan buena eleccion: de que colijo, que es lo mas conueniente, y necessario a nuestras almas su estado venturoso, a quien el mio procurarà seguir dandome su fauor, y ayuda el cielo, en quien firmemente confio permitirà, que la discreta Nise admita, como es justo, las razones, y escusas desta carta, la qual os pido se la leais, y sobre todo que por Dios, y por quien sois en ninguna manera tardeis en buscarme, porque sin duda alguna os hago saber, que ya en vida mortal no nos veremos: y recibid, ò hermano de mi alma, y vosotros amigos, y parientes amados, mis vltimos abraços, en cuyo trueco, y cambio, si algun dia fuy a vuestros ojos agradable, aora os ruego, que juntos consoleis mi ausente, y querida madre, y el cielo piadosissimo guarde en ventura igual vuestra vida.

Aunque fuera esta carta menos breue, no pudiera Leoncio passar de aqui, porque haziendo sele a la garganta vn nudo, y dexando caer en el suelo el papel, estuuo a pique de rebentar, perdiendo con la pena el sentido, y la habla, y no quedaron cõ menos afliccion los amigos, y deudos, oyendose entre todos vn confuso rumor de entrañables suspiros, y gemidos roncos, a cuyos ecos tristes, despertando de aquella ofuscacion de sus sentidos, dando gritos Leõcio, llamaua tiernamente a su Gerardo, y al fin, trocando su passado contento en tristes lagrimas, sonò por el lugar la causa dellas.

No le afligia menos a Leoncio, considerar en medio destas cosas el sentimiento de Nise, y assi como si viera sus entrañas, fulminaua sus quexas, y temia con quan justa razon afligiria, que dos vezes la auia burlado su hermano; y trayendo a

la

la memoria el hazañoso intento de su amor, quando para librarle dexò su patria, y casa, sujetando su vida a vn fragil leño, y al peligro del mar. Auergonçado quisiera no llegar a la presencia; mas conociêdo q̃ el hazerlo era preciso, sin dilatarlo, fue acompañado de sus parientes, y criados al Cõuento.

En quien si bien pensaua que estaria muy preuenido todo, y las paredes entapiçadas, y cubiertas de doseles ricos, ni vio mayor nouedad que el dia passado, ni aquel rumor que la fiesta prometia: conque mas admirado hizo llamassen a la gallarda Nise, de la qual sospechãdo tambien justamente, que segun el concierto referido, estaria adornada de diuersas galas; tambien hallò trocado su pensamiento, y a Nise como primero en su Religioso habito.

Estaua acompañada de otras Monjas, el rostro mas seuero, y el semblante menos alegre, que el passado dia, causa, que fue bastante a persuadirlos, que ya sabia la ausencia de Gerardo, y assi Leoncio, como si fuera cierta su sospecha, boluiendose a la hermosa dama, prosiguio con razones corteses esta platica.

Supuesto, señora mia, que sabeis el impensado successo de mi hermano, escusarè la pena del deziroslo, cumpliendo con lo demas que me dexò ordenado. Atribulòse oyendo tales cosas el coraçon Nise, q̃ atajando a Leoncio, con alterada voz le respondio. Pues que me dezis señor? Acaso ha muerto? O que he de saber yo que en sus successos ninguna cosa alcanço, antes ignoro totalmente lo que me proponeis? Segun esso (con mas crecida confusion boluio a dezir Leoncio) avrè de proseguir; aunque la ausencia de Gerardo, y el hallaros al presente tan sin cuydado de sus bodas (si bien anoche que la õ preuenidas con vuestro beneplacito) no es posible sino que guarda en si mayor misterio. Con tanto sin cessar le contò el caso, feneciendo en la carta, q̃ no dexò, atendiêdola piadosa, de verter de sus hermosos ojos, en vez de lagrimas, mil cristalinas perlas, y acabando el afligido caualiero, aunque nó tan turbada como se auia temido, Nise le respondiò de aquesta suerte: Quando el cielo tan claramente muestra sus marauillas; ni yo tengo para que recatar mi pensamiento, ni auñ mi

pari

parece que andaría acertada en encubrirle. Leoncio, vuestro noble hermano ha escogido (al fin como prudente) el camino verdadero, en quien (aunque os parezca que se me anticipò) tened por cierto que antes le auia ganado por la mano, porque apenas resuelca en ser su esposa me apartè ayer de vos, quando trocandose mi voluntad, y coraçon, Dios todo poderoso fue seruido de concederme a mi alma su mejor conocimiento, y considerando, que en vez de los resplandecientes rayos de el Sol, eligia ciega, y loca, las temerosas tinieblas de la noche, y que por vn breue, y momentaneo passatiempo, trocaua los inmensos contentos, y perdurables bienes de la gloria, y en lugar del Criador, la humilde criatura; y vltimamente, en cambio de mi diuino esposo, a vn hombre perecedero, y mortal, viendo tan manifiesto el engaño de mi error, procure arrepentida su remedio, el qual hallò mi atribulado coraçon en los sangrientos, y clauados pies de su hazedor marauilloso, de adonde abraçada con nueuas fuerças, mi poderoso amor que siempre tuue a vuestro hermano, su ardiente deseo ni con èl juntas todas las obligaciones, y respetos humanos bastará a apartarme, y assi de tan iguales determinaciones infiero indubitablemente, que su confrontaciõ de voluntades, y cõformes efectos, se han conseguido por gusto particular del cielo, a quien protesto obedecer, perseuerando en esta Religion, mientras dure el aliento vital que me gouierna.

Cubriose (aun con tanto valor) de tiernas lagrimas, acompañandolas los circunstantes, con que sin poder alargarse en mayores replicas, Nise boluio a su celda enternecida, y Leoncio, y sus deudos al castillo; del qual aquella tarde (sin tratar de q̃ Gerardo le buscasse, gustando obedecer su vltimo gusto) dieron la buelta a la famosa Villa de Madrid, donde llegando a mi noticia estos discursos, pareciendome dignos de saberse, los escriui, deseando, q̃ para exemplo, y memoria de los hombres, inmortalizados en la estampa, viuan en los presentes, y venideros siglos.

FIN.